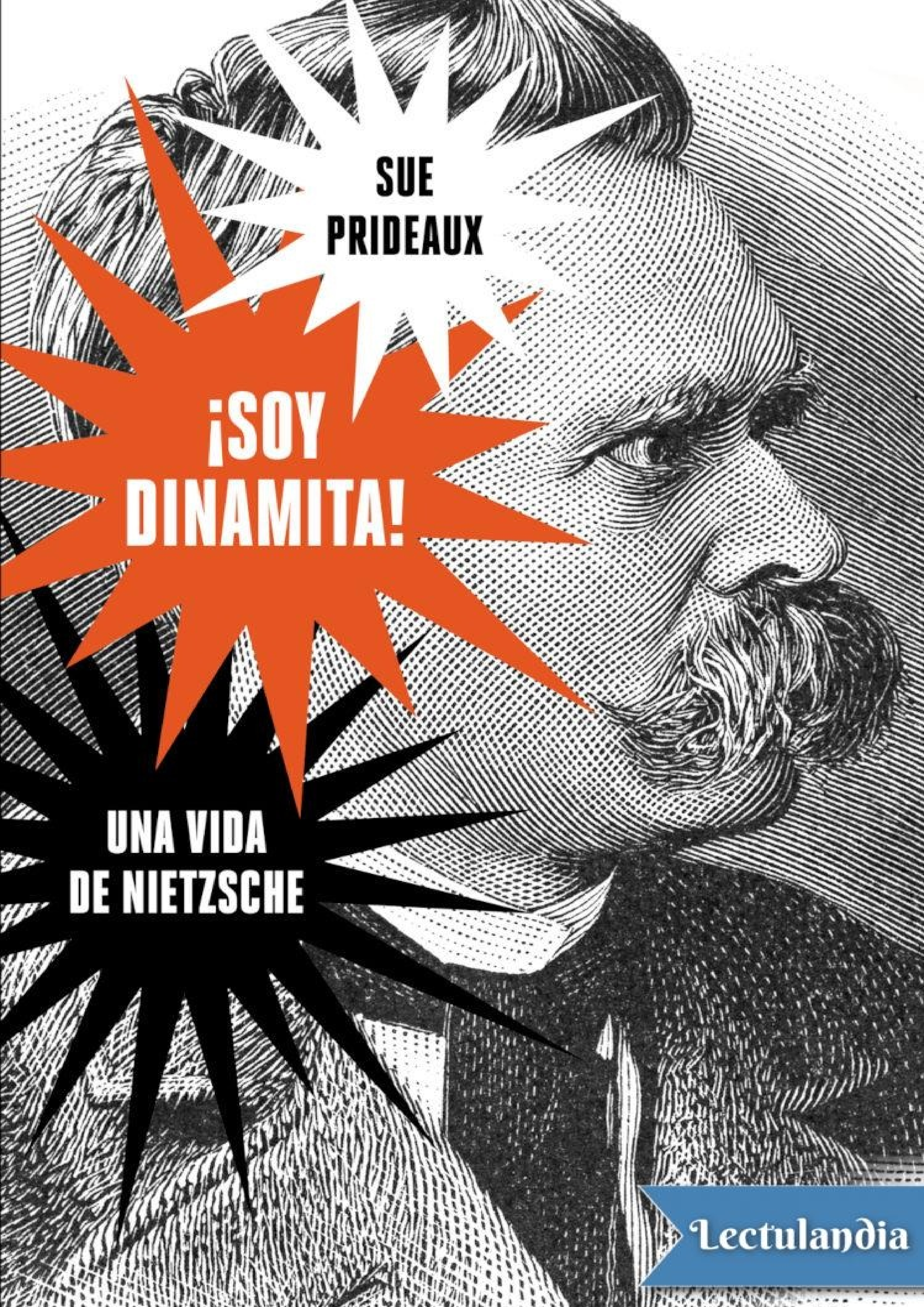

SUE
PRIDEAUX
¡SOY
DINAMITA!
UNA VIDA
DE NIETZSCHE
Lectulandia

La biografía que esclarece definitivamente algunas cosasque Nietzsche no fue: no fue antisemita, no fue nacionalista, no fue nihilista. Eso sí, fue pura dinamita.

La imagen, formidable y ya convencional: una amplia frente despejada, un poblado mostacho que cae sobre la boca, unos ojos engastados con mirada miope, entre alucinada y torva. Sin embargo, pese a la potencia expresiva del icono, se intuye una máscara que escamotea un carácter huidizo y atormentado. Si la imagen puede resultar engañosa, la vida y la obra de Nietzsche han dado pábulo a tantas y tan dispares interpretaciones que cuesta hacerse una idea cabal de quién fue y qué pensaba este hombre enigmático.

Sue Prideaux aborda la biografía con escrupulosa delicadeza, poniendo las cosas en su sitio, en su tiempo. Recorre así la infancia casi idílica de Nietzsche, sus estudios y su temprana entrada en la vida académica, sus amoríos y crisis personales, su precaria salud —y su supuesta sífilis—, su existencia errabunda, su aislamiento y su devastador descenso final a la locura. Y ese devenir biográfico está poblado de una impagable galería de personajes –del historiador Jacob Burckhardt a los megalómanos Cosima y Richard Wagner, pasando por Lou Andreas Salomé– retratados con implacable precisión, además de su peculiar familia. La misteriosa muerte de su padre, pastor luterano, cuando él tenía cinco años le influiría de por vida; Elisabeth, su hermana pequeña, le marcaría no solo en la vida sino más allá, censurando y manipulando su obra, pero conservándola casi íntegra.

Evitando el trazo grueso, desmontando mitos, rastreando la prolífica correspondencia del filósofo, Prideaux revela un hombre complejo, alguien cuyo genio extraordinario le llevó a ambicionar la demolición de cuantas certidumbres se habían «creído, exigido, santificado» hasta entonces; alguien que fue, ciertamente, dinamita.

Sue Prideaux

¡Soy dinamita!

Una vida de Nietzsche

ePub r1.0
Titivillus 19.10.2020

Título original: *I am Dynamite!*
Sue Prideaux, 2018
Traducción: Vicente Campos González, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Georgia, Alice, Mary, Sam y George.
Llegad a ser lo que sois, habiendo aprendido qué es

1

Una velada musical

> Cuando alguien quiere escapar a una presión intolerable necesita hachís. Pues bien, yo necesitaba Wagner. Wagner es el contraveneno de todo lo alemán.
>
> *Ecce homo*,
> «Por qué soy tan inteligente», sección 6[*]

El 9 de noviembre de 1868, Nietzsche, que tenía entonces veinticuatro años, le contaba una comedia a Erwin Rohde, su amigo y condiscípulo en la Universidad de Leipzig:

«Los actos de mi comedia —escribía— llevan estos títulos:

»1. Una velada de la asociación, o el profesor en ciernes.

»2. El sastre expulsado.

»3. Una cita con X.

»El elenco cuenta con algunas mujeres mayores.

»El jueves por la tarde Romundt me llevó al teatro, hacia el que mis sentimientos se van enfriando…, nos sentamos en el gallinero como dioses entronizados en el Olimpo para juzgar una obra mediocre titulada *Graf Essex* [«El conde Essex»]. Naturalmente, le rezongué a mi secuestrador…

»En la noche siguiente estaba prevista la primera conferencia del semestre de la Sociedad Clásica y se me había pedido amablemente que la impartiera. Tuve que proveerme de una reserva de armas académicas pero al poco estaba preparado, y tuve la satisfacción, al entrar en el [café] Zaspel, de encontrarme una masa negra de cuarenta asistentes…. Hablé a mi aire, ayudándome sólo de notas en un trozo de papel… Creo que irá bien esta carrera académica… Cuando llegué de vuelta a casa encontré una nota dirigida a mí, con estas pocas palabras: «Si quieres conocer a Richard Wagner, ven a las 15.45 al Café Théâtre. Windsich».

»Esta sorpresa provocó un torbellino en mi cabeza…, naturalmente salí disparado a buscar a nuestro honorable amigo Windsich, que me dio más información. Wagner estaba de riguroso incógnito en Leipzig. La prensa no

sabía nada y se habían dado instrucciones a los sirvientes para que permanecieran tan silenciosos como tumbas con libreas. Bien, la hermana de Wagner, esposa del profesor Brockhaus,[1] inteligente mujer a la que ambos conocemos, había presentado a su buena amiga, la esposa del profesor Ritschl, a su hermano. En presencia de Frau Ritschl, Wagner interpreta la *Meisterlied* [la canción del premio de Walther de la ópera más reciente de Wagner, *Die Meistersinger* [«Los maestros cantores de Núremberg»], estrenada unos meses antes] y la buena mujer le dice que ya conoce bien esa canción. [La había escuchado tocada y cantada por Nietzsche, aunque la partitura se había publicado hacía muy poco.] ¡Alegría y asombro de Wagner! Anuncia su decidida voluntad de conocerme de incógnito; voy a ser invitado el domingo por la noche…

»Durante los días siguientes, mi estado de ánimo tenía algo de novelesco: créeme, los preliminares del encuentro, teniendo en cuenta lo inaccesible que es este hombre excéntrico, rayaban en el territorio del cuento de hadas. Pensando que habría muchos invitados, decidí vestirme con suma elegancia, y me alegré de que mi sastre me hubiera prometido entregarme mi traje de etiqueta para ese mismo domingo. Hacía un día espantoso de lluvia y nieve. Me estremecía sólo con pensar en salir, y por eso me alegré cuando Roscher[2] vino a visitarme por la tarde para explicarme algunas cosas sobre los eleáticos [una temprana escuela filosófica griega, probablemente del siglo VI a.C.] y sobre Dios en la filosofía. Finalmente empezó a oscurecer, el sastre no había venido y Roscher tenía que irse. Le acompañé y fui a ver al sastre en persona. Allí encontré a sus esclavos trabajando frenéticamente en mi traje; se comprometieron a enviármelo en tres cuartos de hora. Me fui satisfecho, me pasé por el Kintschy [un restaurante de Leipzig muy frecuentado por estudiantes] y leí el *Kladderadatsch* [una revista ilustrada satírica] y, para mi alegría, encontré una noticia que afirmaba que Wagner se hallaba en Suiza. Y todo ese rato no dejaba de recordarme que yo lo vería esa misma noche. También sabía que el día anterior él había recibido una carta del pequeño rey [Luis II de Baviera] que iba dirigida «Al gran compositor alemán Richard Wagner».

»Al volver a casa no había rastro del sastre. Leí sin prisas la disertación sobre Eudocia,[3] interrumpido de vez en cuando por un repicar alto pero distante. Finalmente tuve la certeza de que alguien estaba esperando en la imponente cancela de hierro forjado. Estaba cerrada, como también lo estaba la puerta de la fachada de la casa. Le grité al hombre al otro lado del jardín y le dije que entrara por atrás. Era imposible hacerse entender con aquella

lluvia. La casa entera estaba agitada. Por fin la cancela se abrió y un pequeño anciano con un paquete subió a mi habitación. Eran las seis y media, hora de vestirme y prepararme, porque vivo bastante lejos de allí. El hombre traía el traje, me lo probé, me quedaba bien. Momento ominoso: él me entrega la factura. La cojo con educación. Quiere que le pague a la recepción de la mercancía. Estoy estupefacto. Le explico que no hablaré con él, un simple empleado, sino sólo con el sastre en persona. El hombre me presiona. El tiempo corre. Cojo el traje y empiezo a ponérmelo. Él coge unas prendas, me impide ponérmelas. Me pongo violento, se pone violento. Escena: estoy peleando con la camisa puesta, intentando ponerme los pantalones nuevos.

»Una exhibición de dignidad, una solemne amenaza. Maldiciendo a mi sastre y a su ayudante, juro venganza. Mientras tanto, él se va con mi traje. Fin del segundo acto. Me siento en el sofá, en camisa, y me planteo ponerme el de terciopelo negro, sin saber si estaría a la altura de Richard Wagner.

»Fuera, sigue lloviendo a cántaros. Las ocho menos cuarto. A las siete y media hemos quedado en el Café Théâtre. Salgo precipitadamente a la noche húmeda y ventosa, un hombrecito que ni siquiera lleva esmoquin…

»Entramos en el muy acogedor salón de los Brockhaus. No hay nadie aparte del círculo familiar, Richard y nosotros dos. Me presentan y me dirijo a él con palabras muy respetuosas. Quiere saber los detalles exactos de cómo conocí su música. Maldice todas las representaciones de sus óperas y se burla de los directores que interpelan con voz débil a la orquesta en un tono desapasionado: «Caballeros, aquí pónganle pasión. Mis queridos colegas, ¡un poco más de pasión!»…

»Antes y después de la cena, Wagner tocó todos los fragmentos importantes de *Meistersinger*, recreando cada parte vocal con gran exuberancia. Ciertamente es un hombre tremendamente vivaz y exaltado, que habla muy deprisa, es muy ingenioso y transforma una fiesta tan privada como ésa en un rato sumamente divertido. En el ínterin, mantuve una larga conversación con él sobre Schopenhauer; comprenderás lo que disfruté escuchándole hablar de Schopenhauer con indescriptible calidez, explicando lo que le debe y por qué es el único filósofo que ha entendido la esencia de la música.»

Por entonces, los textos de Schopenhauer eran poco conocidos y menos apreciados. Las universidades eran muy reacias a reconocerlo siquiera como filósofo, pero Nietzsche se había dejado arrastrar por un entusiasmo incontenible por Schopenhauer, tras haber descubierto hacía poco *El mundo como voluntad y representación* por azar, el mismo azar o, como él prefería

expresarlo,[4] la misma cadena de coincidencias inevitables aparentemente dispuestas por la mano infalible del destino que lo había llevado también a su encuentro con Wagner en el salón de los Brockhaus.

El primer eslabón de la cadena se había forjado un mes antes, cuando Nietzsche escuchó los preludios de las dos últimas óperas de Wagner, *Tristan und Isolde* [«Tristán e Isolda»] y *Die Meistersinger von Nürnberg*. «Cada fibra, cada nervio de mi cuerpo se estremecieron», escribió ese mismo día, y empezó a aprender los arreglos para piano. Luego Ottilie Brockhaus le había oído tocarlos y le transmitió la noticia a su hermano Wagner. Y entonces el tercer eslabón: el profundo apego de Wagner hacia el oscuro filósofo cuyos textos habían sido el consuelo de Nietzsche cuando había llegado a Leipzig, desarraigado e infeliz, tres años antes.

«Yo [Nietzsche] vivía por entonces en un estado de indecisión sin remedio, sólo con ciertas dolorosas experiencias y decepciones, sin principios fundamentales, sin esperanza y sin un solo recuerdo agradable… Un día descubrí este libro en una librería de segunda mano, lo cogí aunque me era desconocido y empecé a hojearlo. No sé qué demonio me susurró: “Llévate este libro a casa”. Era contrario a mi costumbre de vacilar antes de comprar un libro. Una vez en casa, me arrellané en el sofá con el tesoro recién adquirido y empecé a dejar que el genio lúgubre y enérgico ejerciera su influencia sobre mí… Ahí encontré un espejo en el que podía contemplar el mundo, la vida y mi propia naturaleza con una grandeza aterradora…, ahí vi la enfermedad y la salud, el exilio y el refugio, el Cielo y el Infierno.»[5]

Pero aquella noche, en el salón de los Brockhaus no hubo tiempo para hablar más a fondo de Schopenhauer debido a que se habían disparado lo que Nietzsche describió como las espirales del lenguaje de Wagner, su genio para dar forma a nubes, sus remolinos, vagabundeos y piruetas en el aire, su estar en todas partes y en ninguna.[6]

La carta prosigue:

«Después [de cenar], él [Wagner] leyó un extracto de su autobiografía, que está escribiendo, una escena tan absolutamente encantadora de sus tiempos de estudiante en Leipzig que todavía es incapaz de contener la risa al recordarla; escribe también con extraordinaria destreza e inteligencia. Por último, cuando ambos estábamos preparándonos para irnos, me estrechó la mano con calidez y me invitó con mucha cordialidad a que le visitara, para tocar música y hablar de filosofía; además me encomendó la tarea de familiarizar a su hermana y parientes con su música, algo que me he dispuesto a hacer con toda seriedad. Tendrás más noticias cuando pueda ver esta velada

con un poco más de objetividad y desde cierta distancia. Por hoy, una afectuosa despedida y mis mejores deseos para tu salud. F. N.».

Cuando Nietzsche salió de la sólida mansión del profesor Brockhaus, situada en una espléndida esquina, fue saludado en las siguientes esquinas por fuertes ráfagas de viento y aguanieve en su gélido trayecto hasta el número 22 de Lessingstrasse, donde le había alquilado una espaciosa y despojada habitación al profesor Karl Biedermann, director del periódico liberal *Deutsche Allgemeine Zeitung*. Describe su estado de ánimo como de una euforia inefable. Había descubierto la música de Wagner en el colegio. «Pensándolo bien, mi juventud habría sido insoportable sin la música de Wagner»,[7] escribió, y nunca se liberaría del hechizo que el compositor ejerció sobre él. Wagner es la persona que aparece con más frecuencia en los textos de Nietzsche, incluidos Cristo, Sócrates o Goethe.[8] Su primer libro estaba dedicado a Wagner. Dos de sus catorce obras llevan a Wagner en el título. En su último libro, *Ecce homo*, Nietzsche escribió que seguía buscando en vano, en todas las artes, una obra «tan peligrosa y fascinante con una infinitud tan estremecedora y dulce como “Tristán”».[9]

Desde temprana edad, la ambición de Nietzsche había sido convertirse en músico, pero como alumno excepcionalmente destacado de una escuela excepcionalmente académica donde las palabras importaban más que la música, había abandonado de mala gana la idea cuando rondaba los dieciocho años. En el momento de ese encuentro con Wagner, todavía no era filósofo, sino simplemente un estudiante de la Universidad de Leipzig que se estaba especializando en filología clásica, la ciencia de las lenguas y la lingüística clásicas.

Joven de buen talante, culto, serio, tirando a envarado, era robusto pero no gordo. En las fotografías da la impresión de vestir ropa prestada, los codos y las rodillas no están en los lugares debidos y las chaquetas se tensan en los botones. Bajo y de aspecto corriente, sólo le libraban de la insignificancia unos ojos singulares e impresionantes. Una de las pupilas era ligeramente más grande que la otra. Algunos dicen que los iris eran marrones; otros, azul-grisáceos. Se asomaban al mundo con la borrosa incertidumbre del miope grave; pero, una vez concentrada, su mirada era descrita como penetrante y turbadora: hacía que las mentiras se te atragantasen.

Hoy en día lo conocemos a través de las fotografías, bustos y retratos de sus últimos años, cuando la boca y la mayor parte de la barbilla quedan

completamente ocultas por el gran y tupido bigote «de cuerno de carnero», pero las imágenes tomadas con sus compañeros de clase de esa época nos muestran que en un momento en que se acostumbraba a lucir un imponente vello facial, el suyo no resultaba especialmente espectacular. Vemos unos labios gruesos y bien formados, un hecho que confirmaría más adelante Lou Salomé, una de las pocas mujeres que lo besó, y también vemos una barbilla firme y redondeada. A la manera en que la moda intelectual anterior había tendido a los rizos sueltos y las pajaritas de seda flexibles para exhibir credenciales románticas, Nietzsche exhibía su racionalismo posromántico dando relieve a su asombrosa frente, sede del no menos asombroso cerebro, y ocultando los labios sensuales y la resuelta barbilla.

Nietzsche se iba sintiendo cada vez más incómodo como filólogo. En una carta escrita once días después del encuentro con Wagner, se describe a sí mismo y a sus condiscípulos filólogos como «la alborotada ralea de los filólogos de nuestra época, y cada día tengo que observar su agitación de topos, con las mejillas caídas y los ojos ciegos, alegres por atrapar gusanos e indiferentes a los verdaderos problemas, los apremiantes problemas de la vida».**[10]** Un agravante añadido a su pesimismo se debía a que era tan excepcionalmente bueno en su agitación de topo que menospreciaba el que dentro de poco fueran a ofrecerle la cátedra de filología clásica en la Universidad de Basilea, donde sería el profesor más joven jamás nombrado, pero esa gloria todavía no había llegado la noche en que Wagner le trató como a un igual y comentó que le encantaría proseguir su relación. Fue un honor extraordinario.

Conocido simplemente como «el Maestro», el compositor mediaba la cincuentena y era famoso en toda Europa. La prensa informaba de cada uno de sus movimientos, como Nietzsche había descubierto esa misma velada, un poco antes de reunirse con él, leyendo el *Kladderadatsch* en el café. Si Wagner visitaba Inglaterra, la reina Victoria y el príncipe Alberto recababan gentilmente su presencia. En París, la princesa Pauline Metternich organizaba su visita. El rey Luis de Baviera se dirigía a Wagner como «mi adorado y angelical amigo» y estaba planeando remodelar completamente la ciudad de Múnich en honor de su música.

Luis murió antes de que el extravagante plan pudiera llevarse a cabo (posiblemente asesinado para impedir que sus descabellados proyectos arquitectónicos llevaran a su país a la bancarrota), pero todavía podemos ver los planes del arquitecto: una nueva avenida que atravesaba el centro de la ciudad cruzando el río Isar con un puente de piedra noble que recordaría el

puente de arcoíris de Wotan que conducía al Valhalla en el *Ring* [«Anillo», por el ciclo de óperas de *El anillo del nibelungo*] de Wagner, y que culminaría en una inmensa Ópera que se asemejaría al Coliseo cortado en vertical por la mitad con un ala añadida a cada lado. La música de Wagner era, para el rey Luis, «el único, más bello y supremo consuelo de mi vida», un sentimiento que a menudo encuentra su eco en Nietzsche.

Desde muy pequeño, Nietzsche fue excepcionalmente sensible a la música. Los relatos familiares de su infancia indican que para él era más importante que la palabra: siendo poco más que un bebé, se comportaba con tan deliciosa tranquilidad que la suya era la única presencia que su padre, el pastor Karl Ludwig Nietzsche,[11] permitía en su estudio recubierto de paneles mientras trabajaba en los asuntos de la parroquia y redactaba sus sermones. Padre e hijo pasaban agradables horas y días juntos en apacible monotonía, aunque, como muchas criaturas de dos o tres años, el pequeño Friedrich empezó a tener violentos accesos de rabia, en los que chillaba y daba golpes con brazos y piernas furiosamente. Entonces nada lo calmaba, ni su madre ni juguetes ni comida o bebida; sólo su padre cuando levantaba la tapa del piano y se ponía a tocar.

En una nación musical, el pastor Nietzsche era un consumado intérprete ante el teclado; la gente recorría kilómetros para escucharle tocar. Era el pastor luterano de la parroquia de Röcken, al sur de Leipzig, donde J. S. Bach había ocupado el cargo de director musical durante veintisiete años, hasta su muerte. Karl Ludwig era conocido por sus recitales de Bach. Y, más extraordinario todavía, se alababa su excepcional talento para la improvisación, un talento que heredaría Nietzsche.

Los ancestros de Nietzsche eran humildes sajones, carniceros y campesinos que se ganaban la vida en las afueras de la ciudad catedralicia de Naumburgo. El padre de Karl Ludwig, Friedrich Auguste Nietzsche, hizo ascender a la familia en la escala social al tomar los hábitos y todavía más al casarse con Erdmuthe Krause, hija de un arcediano. Mujer de simpatías inequívocamente napoleónicas, Erdmuthe dio a luz al padre de Nietzsche, Karl Ludwig Nietzsche, el 10 de octubre de 1913, pocos días antes de la batalla de las Naciones, también llamada de Leipzig, en las proximidades del campo de batalla donde Napoleón fue derrotado. A Nietzsche le encantaba contar esa anécdota. Consideraba a Napoleón el último gran inmoralista, el último que ostentó el poder sin someterse a la conciencia, la síntesis de superhombre y monstruo, y esa relación más bien tenue, fantaseaba Nietzsche, le confería una razón fisiopsicológica prenatal para su fascinación

por el héroe. Una de las ambiciones insatisfechas de su vida fue la de visitar Córcega.

El hijo de Erdmuthe, Karl Ludwig, estaba, naturalmente, destinado a seguir la carrera de su padre en la Iglesia. Asistió a la cercana Universidad de Halle, que gozaba de un antiguo prestigio por sus estudios de teología. Ahí aprendió, además de teología, latín, griego y francés, historia hebrea y griega, filología clásica y exégesis bíblica. No fue un estudiante destacado, pero tampoco era tonto. Se lo conocía como un aplicado alumno y ganó un premio en elocuencia. Al acabar la universidad a los veintiún años, trabajó como tutor en la ciudad más poblada de Altemburgo, a casi cincuenta kilómetros al sur de Leipzig.

Karl Ludwig era conservador y realista. Estas sólidas cualidades le hicieron merecedor de la atención del duque reinante José de Sajonia-Altemburgo, que le encargó supervisar la educación de sus tres hijas, Teresa, Isabel y Alejandrina. Karl Ludwig todavía era veinteañero pero cumplió admirablemente bien la tarea, y sin asomo de ningún enredo romántico.

Tras siete años como tutor, solicitó el puesto de pastor de la parroquia de Röcken, en la fértil pero desarbolada llanura que se extendía a unos veinticinco kilómetros al sudoeste de Leipzig. En 1842 se instaló en la casa parroquial con su madre, ahora viuda, Erdmuthe. La casa estaba pegada a una de las iglesias más antiguas de la provincia de Sajonia, una antigua iglesia-fortaleza que se remontaba a la primera mitad del siglo XII. Bajo Federico Barbarroja, la alta y rectangular torre de la iglesia había tenido una doble función como atalaya de vigilancia sobre la amplia llanura defendida por los Caballeros de Kratzsch. Dentro de la sacristía había una enorme e imponente efigie de uno de los caballeros. De pequeño, aterraba a Nietzsche cuando el sol incidía en sus ojos de cristales de rubí incrustados haciéndolos centellear y resplandecer.

Durante una visita a la parroquia de Pobles la mirada del pastor de veintinueve años Karl Ludwig se fijó en la hija de diecisiete del pastor local. Franziska Oehler no había recibido mucha educación, pero tenía una sencilla y profunda fe cristiana y no deseaba ningún destino más glorioso que servir de apoyo a su marido en este valle de lágrimas.

Se casaron coincidiendo con el trigésimo cumpleaños de Karl Ludwig, el 10 de octubre de 1843, y él se instaló con su esposa en la casa parroquial de Röcken, donde la vida doméstica la controlaba Erdmuthe, convertida ahora en intransigente *mater familias* de sesenta y cuatro años, que lucía la intimidante toca y los rizos laterales postizos que habían estado de moda en la generación

anterior. Mimaba a su hijo, controlaba los gastos y controlaba aún más la casa mediante su «delicado oído», que exigía que el volumen se mantuviera permanentemente *pianissimo*.

Los otros miembros de la casa eran las dos neuróticas y enfermizas hermanastras mayores del pastor, las tías de Nietzsche Augusta y Rosalie. La tía Augusta era una mártir de la vida doméstica, que no permitía a la recién casada Franziska hacer nada en la cocina por si arruinaba sus esfuerzos. «Déjame este único consuelo», le decía la tía Augusta a Franziska cuando ésta se ofrecía a ayudarla. La tía Rosalie tenía más inclinaciones intelectuales y prefería martirizarse con obras de caridad. Las dos mujeres sufrían del generalizado mal contemporáneo de los nervios y siempre estaban a dos pasos del botiquín que nunca las curaba. Este triunvirato de mujeres mayores convertía de hecho a Franziska, la esposa, en una inútil en su propia casa. Por suerte, a los cinco meses de la boda se quedó embarazada de Friedrich.

Friedrich Wilhelm Nietzsche nació el 15 de octubre de 1844 y fue bautizado en la iglesia de Röcken por su propio padre, que le puso el nombre del rey en el trono, Federico Guillermo IV de Prusia. Dos años después, el 10 de julio de 1846, nació una niña a la que llamaron Therese Elisabeth Alexandra, los nombres de las tres princesas de Altemburgo de las que su padre había sido tutor. Siempre se la conoció como Elisabeth. Dos años después, en febrero nació otro chico al que llamaron Joseph en honor asimismo del duque de Altemburgo.

El pastor era a la vez piadoso y patriota, pero no estaba libre de los trastornos nerviosos que aquejaban a su madre y sus hermanastras. Se encerraba en su estudio durante horas, negándose a comer, beber y hablar. Todavía más inquietante resultaba su propensión a sufrir misteriosos ataques en los que se callaba bruscamente a mitad de una frase y se quedaba mirando fijamente al vacío. Franziska corría a zarandearlo para que despertase, pero cuando «se despertaba» no parecía ni haberse dado cuenta de la interrupción de su conciencia.

Franziska consultó con el doctor Gutjahr, el médico de la familia, que diagnosticó «nervios» y prescribió descanso, pero los síntomas empeoraron hasta que finalmente el pastor tuvo que ser dispensado de sus deberes parroquiales. Los misteriosos paroxismos recibieron el diagnóstico de «reblandecimiento cerebral» y durante meses estuvo postrado, víctima de jaquecas atroces y ataques de vómitos, mientras su visión se deterioraba drásticamente hasta quedar casi ciego. En el otoño de 1848, a los treinta y

cinco años, y cuando llevaba sólo cinco casado, empezó a guardar cama y su vida activa cesó de hecho.

Con la creciente debilidad de su marido, la vida de Franziska se volvió opresiva bajo Erdmuthe y las dos tías neuróticas. Los adultos de la casa parroquial intercambiaban ceños fruncidos y malas caras apenas disimuladas, pero de alguna manera Franziska se las apañó para proteger a sus hijos de aquella atmósfera morbosa. Los recuerdos de infancia escritos tanto por Friedrich como por Elisabeth dan cuenta de la libertad y la levedad que ambos hermanos encontraron en su aparentemente ilimitado patio de juego, que abarcaba la gran torre de la iglesia, el corral, el huerto y el jardín. Había estanques sobre los que se inclinaban sauces en cuyos cavernosos huecos verdes podían introducirse para escuchar a los pájaros y observar a los veloces peces desplazándose bajo la superficie brillante del agua. Hasta el cementerio cubierto de hierba de la parte de atrás de la casa era «agradable», pero no jugaban entre sus antiguas lápidas debido a las tres claraboyas abiertas que había en el tejado en ese lado de la casa y que parecían mirar hacia abajo como los ojos de un Dios que todo lo ve.

El estado y los padecimientos de Karl Ludwig se agravaron; perdió el habla y finalmente su visión se deterioró hasta sumirlo en la ceguera. Murió el 30 de julio de 1849, cuando sólo tenía treinta y cinco años.

«La parroquia había dispuesto una cripta de piedra para acogerlo… ¡Oh, nunca dejaré de oír el sonido profundo y gutural de aquellas campanas; nunca olvidaré la lúgubre y estremecedora melodía del himno “¡Jesús es mi esperanza!”. Por todos los espacios vacíos de la iglesia atronaban los sonidos del órgano…», escribió Nietzsche a los trece años en unas memorias de su infancia.[12]

«Por aquel entonces soñé que oía música de órgano en la iglesia, la misma música de órgano que escuché en el funeral de mi padre. Cuando me di cuenta de lo que había detrás de esos sonidos, se abrió de golpe una sepultura, y mi padre, envuelto en una mortaja de lino, emergió de ella. Entró corriendo en la iglesia y salió al poco con un niño pequeño en los brazos. La sepultura volvió a abrirse, él entró y la losa se cerró sobre la abertura. Los estentóreos sonidos del órgano cesaron al instante y me desperté. El día que siguió a esa noche, el pequeño Joseph enfermó repentinamente, sufriendo graves espasmos, y al cabo de unas horas murió. Nuestro dolor fue inconcebible. Mi sueño se había cumplido por entero. El diminuto cadáver fue depositado para que reposara en los brazos de su padre.»[13]

La causa del empeoramiento del pastor Nietzsche que le llevó a la muerte ha sido investigada a fondo. La posibilidad de que muriera loco es una cuestión de considerable importancia para la posteridad porque el propio Nietzsche sufrió síntomas similares a los de su padre antes de sucumbir repentina y dramáticamente a la locura en 1888, a los cuarenta y cuatro años, y permanecer sumido en la demencia hasta su muerte en 1900. La abundante literatura sobre el tema sigue aumentando, pero el primer libro, *Über das Pathologische bei Nietzsche*, se publicó en 1902, sólo dos años después de la muerte de Nietzsche. Su autor, el doctor Paul Julius Möbius,[14] fue un distinguido neurólogo pionero que se había especializado en enfermedades nerviosas hereditarias desde la década de 1870. Freud citó a Möbius como uno de los padres de la psicoterapia, y, lo más importante, él trabajó directamente con el informe de la autopsia del pastor Nietzsche que revelaba *Gehirnerweichung*, reblandecimiento del cerebro, un término que se utilizaba habitualmente en el siglo XIX para una gama de enfermedades cerebrales degenerativas.

La interpretación moderna incluye un deterioro general, un tumor cerebral, tuberculoma cerebral o incluso una lenta hemorragia cerebral causada por alguna herida en la cabeza. A diferencia de su padre, no se realizó ninguna autopsia a Nietzsche, de manera que fue imposible para Möbius o cualquier otro investigador posterior realizar una comparación *post mortem* de los dos cerebros, pero Möbius, ampliando la mirada, reveló una propensión a problemas mentales en la rama materna de la familia. Un tío se suicidó, según parece porque prefirió morir a que lo encerraran en el *Irrenhaus*, el manicomio. En la rama paterna, varias de las hermanas de Erdmuthe, la abuela de Nietzsche, habían sido descritas como «anormales mentales». Una se suicidó, otra se volvió loca y un hermano desarrolló algún tipo de enfermedad psiquiátrica que requirió cuidados psiquiátricos.[15]

Antes de dejar las especulaciones sobre estos particulares, hay que abordar la muerte del hermano bebé de Nietzsche. Joseph sufrió convulsiones antes de morir de una apoplejía terminal. No puede llegarse a una conclusión definitiva, pero no hay duda de que la familia Nietzsche estaba afectada por una propensión a los trastornos neurológicos.

Karl Ludwig Nietzsche tenía treinta y cinco años cuando murió. Franziska tenía entonces veintitrés; Nietzsche, cuatro, y Elisabeth, dos. A la familia se le pidió que abandonara la casa parroquial para que la ocupara el nuevo titular. La abuela Erdmuthe decidió volver a Naumburgo, donde contaba con buenos contactos. Su hermano había sido predicador en la catedral. Alquiló una

planta baja en Neugasse, una calle humilde pero respetable de casas adosadas. Erdmuthe ocupó la habitación de la fachada e instaló a las tías Rosalie y Augusta en la habitación contigua.

Franziska recibía una pensión de viudedad de noventa *thalers* [táleros] al año, además de otros ocho por hijo. Eso se veía incrementado por una pequeña pensión de la Corte de Altemburgo, pero incluso sumadas no alcanzaban para una vida independiente. Los niños y ella se instalaron en las dos peores habitaciones del fondo de la casa, donde Nietzsche y su hermana compartían cuarto.

«Tras haber pasado tanto tiempo en el campo, para nosotros fue terrible vivir en la ciudad —escribió Nietzsche—; evitábamos las calles sombrías y buscábamos los espacios abiertos, como pájaros que intentaran escapar de una jaula… las enormes iglesias y los edificios del mercado, con su Rathaus [ayuntamiento] y la fuente, las multitudes de gente a las que no estaba acostumbrado… Me asombraba el que con frecuencia esas personas no se conocieran entre sí…, y entre las cosas que más me inquietaban estaban las largas calles adoquinadas.»[16]

Con una población de quince mil habitantes, Naumburgo resultaba ciertamente un lugar intimidante para los niños de la pequeña aldea de Röcken. En la actualidad tenemos una imagen de postal de Naumburgo, la de una ilustración extraída de un libro de horas medieval: un racimo de torres pálidas que se alzan de un meandro en el río Saale, pero cuando la familia de Nietzsche se asentó allí, el Saale no era un foso de juguete sino una verdadera barrera defensiva sembrada de fortificaciones.

Dos años antes de que se instalaran en Naumburgo, las revoluciones de 1848-1849 habían convulsionado Europa en espasmos de levantamientos libertarios que el moribundo padre monárquico de Nietzsche detestaba. Richard Wagner, por su parte, había apoyado incondicionalmente la época revolucionaria, que, esperaba, provocaría un renacimiento integral del arte, la sociedad y la religión. Wagner luchó al lado del anarquista ruso Mijaíl Bakunin en las barricadas del levantamiento de Dresde. Financió la compra por los rebeldes de granadas de mano. Cuando esto se descubrió, se exilió, lo que explica por qué vivía en Suiza cuando tuvo lugar el encuentro con Nietzsche.

La Alemania de la década de 1850 era la Alemania del *Bund* (1815-1866), la confederación de estados formada cuando el mapa de Europa fue redibujado en el Congreso de Viena, tras la derrota de Napoleón. El *Bund* comprendía treinta y nueve estados alemanes autónomos, gobernados por

príncipes, duques, obispos, electores y demás. La fragmentación en pequeños e insignificantes estados implicaba que no hubiera un ejército nacional, ni una estructura de impuestos común, ni una política económica compartida, ni tampoco una auténtica autoridad política. Cada déspota competía con su vecino, demasiado miope para ver las ventajas de la unificación. Como problema añadido, el *Bund* también incluía a checos en Bohemia, daneses en Holstein e italianos en el Tirol. Hannover estuvo gobernado por el rey de Inglaterra hasta 1837; Holstein, por el de Dinamarca, y Luxemburgo, por el de Holanda. En 1815, cuando se fundó el *DeutscheBund*, Austria había sido el miembro dominante de la confederación, pero a medida que avanzaba el siglo y el poder del canciller austríaco Metternich menguaba, el estado extenso y rico en minerales de Prusia se fue haciendo más próspero y belicoso con Bismarck.

La ciudad de Naumburgo, en la provincia de Sajonia, pertenecía al rey de Prusia. El carácter de ciudad fortificada que Nietzsche recuerda no sólo se debía a las fricciones internas del *Bund*, sino a los tiempos en que estuvo amenazada por Francia. Cinco pesadas puertas sellaban la ciudad por la noche. Sólo llamar ruidosamente y sobornar a la guardia nocturna permitía que se franqueara la entrada a un ciudadano. Nietzsche y su hermana disfrutaron de excursiones a «las claras montañas, los valles de ríos, y salones y castillos» de los alrededores, pero tenían que estar atentos a la Campana de Aviso (que más adelante él incluiría en Zaratustra como «la campana que ha visto más que cualquier hombre, que contó los latidos de color del corazón de nuestros padres»**[17]**) o podrían experimentar en carne propia el espanto de Hansel y Gretel de pasar la noche extramuros.

Alrededor de Naumburgo se cernía el negro Thüringer Wald, el bosque de Turingia: el bosque primigenio de Alemania, con sus sepulturas de héroes antiguos, cuevas de dragones, dólmenes y abismos oscuros que, desde los primeros tiempos de los mitos alemanes simbolizó la irracionalidad y carácter indómito del subconsciente alemán. Wagner se lo apropiaría para el viaje mental de Wotan hacia el caos envolvente, que tenía como consecuencia la destrucción del viejo orden a través de la muerte de los dioses y la anulación de todos los antiguos pactos. Nietzsche lo caracterizaría primero como demoníaco y más adelante como dionisíaco.

Nada podía ser más apolíneo, más necesario y lógico, que la propia ciudad de Naumburgo. A lo largo del río Saale fluía la razón, la prosperidad y un impulso hacia el conservadurismo romántico. Había nacido como núcleo comercial, un lugar pacífico vital entre las antiguas tribus guerreras. Con el

paso de los años se había transformado en un centro medieval para el comercio de los gremios artesanos alemanes. Desde la erección de la catedral en 1028, la Iglesia y el Estado habían crecido a la par, en armonía y razonablemente, durante siglos, en especial durante los siglos protestantes, de manera que cuando Nietzsche fue a vivir a Naumburgo, ésta era una gran ciudad de solidez burguesa, un lugar de vida limpia. Sus dos maravillas arquitectónicas, la catedral y el no menos imponente ayuntamiento, demostraban la prosperidad que podían alcanzar la Iglesia y el Estado si se permitía que la religión y la virtud cívica se volvieran indistinguibles mediante una cooperación armoniosa en una sociedad acomodada y retrógrada.

Durante la época en que la abuela Erdmuthe había crecido en Naumburgo, su círculo religioso había estado regido por los sencillos ideales luteranos del deber, el pudor, la simplicidad y la templanza, pero su regreso a la ciudad coincidió con el movimiento del Despertar, que otorgaba mayor importancia al fervor y la revelación que a la creencia racional. La gente se declaraba renacida. Se denunciaban públicamente como angustiados pecadores. Esta nueva moda de expresión religiosa tan desinhibida no se ajustaba al estilo de las damas de la familia Nietzsche, y aunque no hubo la menor vacilación en la intención de que Friedrich siguiera los pasos de su padre y su abuelo en la carrera eclesiástica, no había duda de que la familia no formaría parte de un círculo religioso tan espontáneo. Así que entablaron amistad entre las esposas de los funcionarios de la Corte y las de los jueces del Tribunal Supremo, una sección acomodada y poderosa de la sociedad provinciana a la que no afectaban las nuevas ideas.

En el lento devenir de una sociedad conservadora que se movía a paso de tortuga, las dos viudas de clérigos, Erdmuthe y Franziska, en sus acomodadas aunque no especialmente prósperas circunstancias, encajaron aceptablemente en la posición de damas que podían ser de utilidad para la vieja guardia de la clase dirigente a cambio de un discreto apoyo. Nietzsche distaba de enfrentarse a las convenciones puritanas, un detalle que él mismo admite con pesar cuando se describe durante su infancia en Naumburgo como alguien que siempre se comportaba con la dignidad de un pequeño y consumado filisteo. Pero si el relato que hizo de la visita del rey a Naumburgo cuando tenía diez años no muestra la menor precocidad de ideas políticas, ciertamente sí deja claro un precoz talento literario:

«Nuestro Rey honró Naumburgo con una visita. Se hicieron grandes preparativos para el acontecimiento. Todos los escolares se vistieron con

galas blancas y negras y estuvieron en la plaza del mercado desde las once de la mañana esperando la llegada del Padre de su Pueblo. Poco a poco, el cielo se fue encapotando, empezó a llover sobre todos nosotros, ¡y el rey no llegaba! Dieron las doce y el rey no se había presentado. Muchos de los niños empezaron a tener hambre. Cayó un nuevo chaparrón. Todas las calles estaban cubiertas de barro; dio la una…, la impaciencia aumentaba por momentos. De repente, alrededor de las dos, las campanas empezaron a tañer y el cielo sonrió entre sus lágrimas sobre la multitud que se balanceaba alegremente. Entonces oímos el traqueteo del carruaje. Una ovación atronadora recorrió la ciudad; agitamos nuestras gorras jubilosos y gritamos con todas nuestras fuerzas. Una brisa fresca hizo ondear la miríada de banderolas que colgaban de los tejados, todas las campanas de la ciudad repicaron y la inmensa muchedumbre gritó, extasiada, y literalmente empujó el carruaje hacia la catedral. En los recovecos del edificio sagrado, un grupo de niñas pequeñas con vestidos blancos y guirnaldas de flores en las cabezas había formado una pirámide. Ahí se apeó el rey…»[18]

Ese mismo año, 1854, Nietzsche se interesó apasionadamente por la guerra de Crimea. Durante siglos, la estratégica península de Crimea que se introducía en el mar Negro había sido la manzana de la discordia entre Rusia y Turquía. En ese momento estaba en poder de Rusia y las tropas del zar Nicolás I combatían contra las fuerzas del Imperio otomano y sus aliados, Inglaterra y Francia. Era la primera guerra que tuvo cobertura fotográfica. Gracias al telégrafo eléctrico se recibían los informes del frente casi a medida que iban sucediendo los hechos. Nietzsche y dos amigos de la escuela, Wilhelm Pinder y Gustav Krug, seguían las campañas con impaciencia. Se gastaban las pagas infantiles en soldaditos de plomo, construyeron un pequeño estanque para representar el puerto de Sebastopol e hicieron flotas con barcos de papel. Para simular los bombardeos, enrollaban bolas de cera y nitrato de potasio, les prendían fuego y las arrojaban a sus modelos. Resultaba tremendamente emocionante ver las bolas encendidas atravesando el aire, observar cómo daban en el blanco y provocaban un incendio. Pero un día, Gustav se presentó en el campo de batalla de juguete con cara larga. Sebastopol había caído, les contó; la guerra había terminado. Los niños enfurecidos desahogaron su rabia con su Crimea a escala y abandonaron el juego, pero no tardaron mucho en reanudar las batallas, ahora de la guerra de Troya.

La grecofilia estaba por entonces muy en boga en Alemania, cuyos numerosos pequeños estados imaginaban para sí un futuro y una grandeza

semejantes a los de las antiguas ciudades-Estado griegas. «Nos convertimos en pequeños griegos tan apasionados —escribió Elisabeth— que arrojábamos lanzas y discos (platos de madera), practicábamos el salto de altura y corríamos carreras.» Nietzsche escribió dos obras dramáticas, *Los dioses en el Olimpo* y *La toma de Troya*, que interpretó ante su familia, convenciendo a sus compañeros de juegos, Wilhelm Pinder y Gustav Krug, y a su hermana Elisabeth para que asumieran los otros papeles.

Su madre le había enseñado a leer y escribir cuando tenía cinco años. La educación de los niños empezaba a los seis y, en 1850, entró en la Escuela Municipal, a la que asistían los hijos de los pobres. Su hermana Elisabeth, siempre obsesionada con la posición social, afirma en la biografía de su hermano que eso se debió a que la abuela Erdmuthe tenía la teoría de que «hasta los ocho o nueve años, todos los niños, incluso de posiciones sociales muy distintas, debían estudiar juntos; los niños que procedían de clases altas adquirirían así una mejor comprensión de la mentalidad de las clases inferiores».[19] Pero eso, según su madre, era una tontería. Nietzsche fue a esa escuela porque eran pobres.

La precocidad de Nietzsche, su solemnidad, la precisión de su pensamiento y su capacidad de expresión, junto con sus ojos tremendamente miopes en continuo esfuerzo para enfocar los objetos físicos, lo situaban claramente fuera del rebaño. Lo apodaron «el Pequeño Ministro» y se burlaban de él.

En Pascua de 1854, cuando tenía ocho años, lo trasladaron a una escuela con el enrevesado nombre de «Instituto con el Objetivo de la Preparación General para el Gymnasium y otras Instituciones de Educación Superior», un centro privado al que asistía la progenie de hijos de su propia clase con aspiraciones. Socialmente, se sintió mucho más cómodo, pero la escuela simplemente se promocionaba vendiendo más de lo que en realidad ofrecía, con promesas académicas que no iban más allá de la pura palabrería. A los diez años, él, junto a Wilhelm Pinder y Gustav Krug, pasaron al Dom Gymnasium, la escuela de la catedral. Ahí tuvo que esforzarse tanto para recuperar el tiempo perdido que sus estudios no le dejaban más que cinco o seis horas de sueño cada noche. Sus descripciones de este periodo, como muchos otros fragmentos autoanalíticos, se remontan de manera habitual a la muerte de su padre. Una y otra vez, en sus relatos autobiográficos, tanto los que escribió de niño como incluso el que redactó en el último año cuerdo de su vida, regresa a la muerte de su padre.

«Cuando fuimos a Naumburgo, mi personalidad empezó a mostrarse. Yo ya había experimentado una considerable tristeza en mi vida infantil y por tanto no era tan despreocupado y libre como suelen serlo los niños. Mis compañeros de clase solían burlarse de mí debido a mi seriedad. Eso sucedió no sólo en la escuela pública, sino también en el instituto y en la escuela secundaria. Desde la infancia, busqué la soledad y me sentía mejor siempre que pudiera abandonarme a mí mismo sin que me molestaran. Y eso solía ocurrir en el templo al aire libre de la naturaleza, que era mi verdadera fuente de alegría. Las tormentas siempre me han causado una gran impresión: el trueno que se acerca desde la lejanía y los relámpagos centelleando sólo hacían que aumentara mi temor de Dios.»[20]

Durante los cuatro años que pasó en el Dom Gymnasium, se distinguió en las asignaturas que le interesaban: versificación alemana, hebreo, latín y, finalmente, griego, que al principio le había parecido muy difícil. Las matemáticas le aburrían. En su tiempo libre empezó una novela titulada *Muerte y destrucción*, compuso numerosas piezas de música, escribió al menos cuarenta y seis poemas y asistió a clases del noble arte de la esgrima, que no se ajustaba a su constitución física pero era muy necesaria para una buena posición social.

«Escribí poemas y tragedias, horripilantes y tremendamente aburridas, me atormenté con la composición de música sinfónica y me había obsesionado hasta tal punto con la idea de adquirir unos conocimientos y unas aptitudes universales que corría el riesgo de convertirme en un fantaseador atolondrado.»[21]

Pero el chico de catorce años se subestima al resumir su vida hasta la fecha, porque en ese mismo texto continúa realizando un análisis aceradamente crítico de su propia poesía que había empezado a escribir a los nueve años. La crítica de sus propias obras de juventud llega al curioso extremo de presagiar el estado de ánimo de la poesía simbolista, que él difícilmente podría haber conocido dado que justo en ese mismo momento empezaba a escribirla Baudelaire en París.

«Intentaba expresarme en el lenguaje más florido y llamativo. Por desgracia, esta tentativa de escribir con elegancia degeneró en afectación, y el lenguaje iridiscente en una oscuridad sentenciosa mientras que todos mis poemas, sin excepción, carecían de lo más importante: ideas… Un poema que carece de ideas y está recargado de frases y metáforas es como una manzana

rubicunda en cuyo interior hay oculto un gusano… En la escritura de cualquier obra debe prestarse la mayor atención a las ideas. Uno puede perdonar cualquier defecto de estilo, pero no de pensamiento. La juventud, que carece de ideas originales, busca de forma natural disimular este vacío bajo un estilo brillante e iridiscente; pero, en ese sentido, ¿no se asemeja la poesía a la música moderna? Siguiendo esa vía no tardará en desarrollarse la poesía del futuro. Los poetas se expresarán con las imágenes más extrañas, se expondrán pensamientos confusos con argumentos oscuros pero presuntuosos y eufónicos. En resumidas cuentas, se escribirán obras que se parecerán a la segunda parte del *Fausto*, con la diferencia de que estas creaciones carecerán por entero de ideas. *Dixi*.»**[22]**

Su búsqueda de un conocimiento y unas aptitudes universales se inspiraba indudablemente en el ejemplo de Fausto, así como en polímatas como Goethe y Alexander von Humboldt. Como ellos, estudió historia natural.

«Lizzie —le dijo un día a su hermana cuando tenía nueve años—, no digas esas tonterías sobre la cigüeña. El hombre es un mamífero y trae a sus crías al mundo vivas.»**[23]**

Su libro de historia natural también le había enseñado lo siguiente: «La llama es un animal notable; soporta de buena gana las cargas más pesadas, pero cuando no quiere seguir adelante, gira la cabeza y escupe saliva, que tiene un olor desagradable, a la cara del que la guía. Si se la obliga o maltrata, se niega a alimentarse y se tumba en el polvo para dejarse morir». Creía que esa descripción se ajustaba al dedillo a su hermana Elisabeth, y durante el resto de su vida, tanto en cartas como en conversaciones, se dirigió a ella como «Llama» o, a veces, «Leal Llama». Por su parte, a Elisabeth le encantaba el apodo privado y mencionaba su origen a la menor ocasión que se le presentaba, aunque omitía el fragmento del escupitajo de maloliente saliva.

El padre de Gustav Krug poseía un maravilloso piano de cola que fascinaba a Nietzsche. Franziska le compró un piano y aprendió a tocar ella misma para poder enseñarle. Krug era íntimo amigo del compositor Felix Mendelssohn. Todos los músicos destacados que había en la ciudad se reunían en su casa para tocar. La música salía por las ventanas hasta la calle, donde Nietzsche podía quedarse a escuchar cuanto quisiera. Y así, ya de niño, se familiarizó con la música romántica de la época, la música contra la que se estaba rebelando Wagner. Estos conciertos a través de las ventanas convirtieron a Beethoven en el primer héroe musical de Nietzsche, pero fue Händel quien le inspiró su primera composición musical. A los nueve años compuso un oratorio inspirado en la escucha del coro «Aleluya» de Händel.

«Pensaba que era como una canción de celebración angelical, y que Jesús ascendió [a los Cielos] con ese sonido. Al instante decidí componer algo similar.»

Se conserva gran parte de la música que compuso en su infancia, gracias a su madre y a su hermana, que preservaron cada papel garabateado por la pluma de su idolatrado niño. El propósito de sus composiciones musicales era expresar el apasionado amor a Dios que impregnaba su ya de por sí emocional hogar, un amor que no podía desligarse del morboso recuerdo de su padre, cuyo espíritu, creían, cuidaba de todos. Algo inseparable de las expectativas de que él mismo acabara convirtiéndose «meramente en mi propio padre de nuevo y, por así decirlo, en una continuación de su vida tras una muerte demasiado prematura».[24]

Las mujeres que lo rodeaban lo adoraban; él lo era todo para ellas. Elisabeth era muy inteligente, pero, tratándose de una chica, su educación no era una cuestión de estudios escolares sino de aprender habilidades prácticas. Aprendió a leer y escribir, un poco de aritmética, el francés necesario para ser educada, a bailar, dibujar y a dominar a fondo los buenos modales. Cada gesto de sometimiento de la fémina al sexo superior hacían que su madre y ella se regocijaran en su inferioridad. Y Nietzsche las recompensaba convirtiéndose en el hombrecito superior que deseaban que fuera. En casa, que no en la escuela, tenía un sentido muy desarrollado de su propia importancia. Cuando Elisabeth no era «la Llama» o «la leal Llama», era «la pequeña» a quien él tenía el deber de defender y proteger. Cuando salía a pasear con su madre o su hermana, él iba cinco pasos por delante, para protegerlas de «peligros» como el barro o los charcos, o de «monstruos» como caballos y perros, de los que ellas fingían asustarse.

Los informes del Dom Gymnasium decían que era un estudiante diligente. A su madre no le cabía la menor duda de que él tenía la capacidad de cumplir sus propios sueños y ambiciones de seguir los pasos de su padre en la Iglesia. La devoción que sentía el niño por la teología le permitió sacar notas excelentes en la asignatura. A los doce años, y fervorosamente religioso, tuvo una visión de Dios en toda Su gloria. Eso le decidió a dedicar su vida a Dios.

«En todo —escribió—, Dios me ha guiado sin peligro como un padre guía a su frágil hijo pequeño… Con convicción interior he decidido dedicarme para siempre a Su servicio. Que el Señor me dé fuerzas y capacidad para llevar a cabo mi propósito y me ampare en el camino de mi vida. Como un niño, me confío a Su gracia: que Él nos proteja a todos y nos libre de infortunios. ¡Hágase su voluntad! Cuanto Él me conceda, lo aceptaré con

alegría: la felicidad y la infelicidad, la pobreza y la riqueza, y con valentía miraré directamente a los ojos de la muerte que un día nos unirá a todos en la dicha eterna. ¡Sí, amado Dios, que tu rostro nos ilumine por siempre! ¡Amén!»[25]

Pero incluso dominado por ese entusiasmo religioso bastante convencional, en sus pensamientos íntimos ocultaba una extraordinaria herejía.

Un principio básico de la fe cristiana es que la Santísima Trinidad la forman Dios Padre, Dios Hijo (Jesucristo) y Dios Espíritu Santo. Pero el Nietzsche de doce años no podía aceptar lo ilógico de esa estructura. Su razonamiento erigía una Santísima Trinidad distinta.

«Cuando tenía doce años, imaginé por mi cuenta una maravillosa trinidad: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Demonio. Mi deducción era que Dios, pensando por sí mismo, creaba la segunda persona de la divinidad, pero que para ser capaz de pensar tenía que pensar en su contrario, y por tanto tenía que crearlo. Así fue como empecé a filosofar.»[26]

2

Nuestra Atenas alemana

Mal se recompensa a un maestro si uno no pasa de discípulo.

Ecce homo, prólogo, sección 4

La abuela de Nietzsche murió cuando éste tenía once años y por fin su madre pudo establecer su propio hogar. En 1858, tras algunos pasos en falso, sus dos hijos y ella se instalaron en una casa que hacía esquina en Weingarten, una calle respetable y anodina de Naumburgo. Nietzsche dispuso entonces de habitación propia. No tardó en adquirir la costumbre de trabajar hasta alrededor de medianoche y levantarse a las cinco de la mañana para reanudar su tarea. Fue el principio de lo que él denominaba *selbstüberwindung*, autodominio o autosuperación, que le acompañaría de por vida, un importante principio que desarrollaría más a fondo metafísicamente pero que, por entonces, se concentraba en dominar su devastadora mala salud. Desgarradores episodios de jaquecas con vómitos y agudos dolores oculares podían prolongarse hasta una semana entera durante la cual tenía que yacer en una habitación a oscuras con las cortinas corridas. La luz más tenue le hacía daño a los ojos. Leer, escribir e incluso pensar con un mínimo de coherencia ni se planteaba. Entre la Pascua de 1854 y la de 1855, por ejemplo, faltó a clase durante seis semanas y cinco días. Cuando se encontraba bien, forzaba lo que denominaba la «altiva majestad de la voluntad» para adelantar a sus compañeros de clase. El Dom Gymnasium de Naumburgo no era un centro educativo retrasado, pero Nietzsche albergaba la tremenda ambición de asistir a la Schulpforta, la principal escuela clásica del *Bund* alemán.

«Pforta, Pforta, sólo sueño con Pforta», escribió cuando tenía diez años. Pforta era el término coloquial de los entendidos para la Schulpforta y su presuntuoso uso de ese nombre expresa la intensidad de su anhelo.

Pforta educaba a doscientos chicos cuyas edades abarcaban entre los catorce y los veinte años, prefiriendo a aquellos cuyos padres, como el de Nietzsche, habían fallecido al servicio de la Iglesia o el Estado prusianos. El

proceso de selección para el ingreso no se diferenciaba mucho del seguido por los enviados del príncipe recorriendo el país de punta a punta buscando a aquélla cuyo pie se ajustara a la zapatilla de Cenicienta. Llegaron a Naumburgo cuando Nietzsche tenía trece años y quedaron lo bastante impresionados, pese a sus precarias matemáticas, para ofrecerle una plaza para el otoño siguiente.

«Yo, la pobre Llama —escribió Elisabeth con su habitual dramatismo—, me sentí injustamente tratada por el Destino. Me negué a comer nada y me tumbé en la tierra para morir.» Su rechazo no se debía a que envidiase las posibilidades de una educación de primera categoría para su hermano, sino a que le dolía que él fuera a estar lejos de casa durante meses seguidos. El propio Nietzsche sentía cierta aprensión. A medida que se acercaba la fecha, su madre contó que encontraba las fundas de almohada empapadas de lágrimas, pero durante el día él mantenía la bravuconería masculina.

«Era un martes por la mañana cuando salí por las puertas de la ciudad de Naumburgo… los terrores de una noche de inquietud todavía me asediaban, y el futuro que tenía por delante permanecía envuelto en un ominoso velo gris. Por primera vez iba a abandonar mi hogar familiar durante un largo, larguísimo periodo… La despedida me había dejado desolado, temblaba sólo de pensar en mi futuro…, la idea de que a partir de ahora ya no podría abandonarme a mis pensamientos, de que mis condiscípulos me alejarían de mis preocupaciones más queridas, cosas así me angustiaban terriblemente… cada minuto que pasaba me sentía más aterrado y, a decir verdad, cuando vi Pforta centelleando en la lejanía, me pareció más una prisión que una *alma mater*. Entonces mi corazón se desbordó con sentimientos sagrados. Me elevé a Dios en silenciosa plegaria, y una profunda calma se abatió sobre mi espíritu. Sí, Dios, bendice mi entrada, y protégeme también en cuerpo y alma, en esta cuna del Espíritu Santo. Envía tu ángel, que me guíe victorioso en las batallas que he de librar… ¡Eso es lo que te ruego, oh, Señor! Amén.»[1]

El aspecto de prisión de Pforta se debía a su origen como monasterio cisterciense. Se ubicaba en un valle apartado en una bifurcación del río Saale a poco más de seis kilómetros al sur de Naumburgo. Estaba rodeada de muros de tres metros y medio de altura y casi uno de grosor, y abarcaba treinta fértiles hectáreas salpicadas de los elementos habituales de un monasterio: un estanque de carpas, destilería, viñedo, prados de heno, pastos y campos de cultivo, graneros, vaquería, establos, herrería, claustros de piedra y varios espléndidos edificios góticos. Como una versión ampliada de su hogar de la infancia en Röcken, Pforta era una fortaleza eclesiástica diseñada para resistir

las sacudidas políticas, las más importantes de las cuales, para Pforta, habían sido las guerras de religión de los siglos XVI y XVII. Cuando la lucha cesó y el catolicismo fue expulsado, el príncipe-elector de Hannover, que había apoyado a Martín Lutero, declaró a Pforta *Prinzeschule*. Fue una de las principales escuelas de clásicas fundadas en 1528 por Schwarzerd,[2] que había ayudado a Lutero en la traducción del Antiguo Testamento al alemán. Schwarzerd añadió el estudio del hebreo a la enseñanza del latín y el griego que ya era la base de la educación superior, permitiendo así que los estudiantes leyeran los grandes textos hebreos de primera mano en lugar de traducciones que con mucha frecuencia presentaban distorsiones políticas o teológicas, una medida valiente contra siglos de censura eclesiástica, proporcionando así a cada estudiante los medios para un análisis independiente.

En la época en que Nietzsche entró, el sistema educativo había sido modificado ligeramente por Wilhelm von Humboldt,[3] hermano del famoso explorador, geógrafo y científico, Alexander. Amigo de Schiller y Goethe, el pensamiento político de Von Humboldt se había visto influido tras llegar a París poco después de la toma de la Bastilla. «Ahora estoy bastante cansado de París y de Francia», escribió con sorprendente madurez para un joven de veintidós años, y concluía con sensatez que estaba asistiendo a los inevitables dolores del parto que darían lugar a una nueva racionalidad. «La humanidad ha padecido un extremo y está obligada a buscar la salvación en el otro extremo.»

Encargado de la reorganización de la educación alemana entre 1806 y 1812, Von Humboldt combinó de manera ejemplar la racionalidad en lo que atañía a los acontecimientos contemporáneos con la experiencia de primera mano del legado clásico adquirida durante un periodo que pasó como embajador de Prusia en la Santa Sede. Concibió un futuro para el *Bund* alemán modelado según la estructura de la antigua Grecia: una red de pequeños estados que existían en su diversidad y creativamente en el marco de una unidad artística e intelectual. Sus ideas están esbozadas en *Los límites de la acción del Estado*, un libro que influyó en *Sobre la libertad*, de John Stuart Mill. El principio rector de Von Humboldt era que debía darse la máxima libertad en la educación y la religión en un Estado mínimo. En ese Estado, el individuo lo era todo, *ergo* la educación también. El objetivo final de la educación era «una formación completa de la personalidad humana […] el desarrollo más elevado y proporcionado de las capacidades del individuo hasta crear un todo coherente y completo».[4] Ese todo coherente y completo

combinaba dos ideales peculiarmente alemanes: *Wissenschaft* y *Bildung*. La *Wissenschaft* consistía en la noción de enseñanza como un proceso dinámico constantemente renovado y enriquecido por la investigación científica y el pensamiento independiente, de manera que cada estudiante contribuyese a la suma del conocimiento, que nunca detendría su avance. Era exactamente lo contrario del aprendizaje de memoria. El conocimiento era evolutivo, y con él llega la *Bildung*, la evolución del propio estudioso: un proceso de crecimiento espiritual a través de la adquisición de conocimiento que Von Humboldt describía como una interacción armoniosa entre la propia personalidad del estudiante y la naturaleza, que tendría como consecuencia un estado de libertad interior y de totalidad en el contexto general.

La cuestión de la totalidad y la moral social abordaba el apremiante problema contemporáneo de la fe religiosa, a medida que el avance científico hacía tambalear las antiguas certidumbres. Fuera cual fuese la fase que el alumno, tanto de la escuela como de la universidad, hubiera alcanzado en el viaje entre Darwin y la duda, no podía negarse la sanción casi divina conferida a la vida según el canon del conocimiento occidental, a partir de la cual había fluido una versión coherente de la verdad, la belleza y la claridad intelectual a lo largo de los siglos, independientemente del dios al que se adorara en cada momento.

La fuerza subyacente que sustentaba la civilización era el lenguaje, sin el cual seguramente no podemos pensar y ciertamente no podemos comunicar ideas complejas. Von Humboldt era filólogo y filósofo del lenguaje. En Pforta, así como en las demás escuelas y universidades en las que se puso en práctica la reforma de Humboldt, las disciplinas principales eran las lenguas y la filología clásicas, artes de una precisión puntillosa y retrógrada. Los filólogos eran los dioses de cosas inverosímilmente diminutas, «micrólogos estrechos de miras y con sangre de rana», los denominó en una ocasión,[5] y los filólogos clásicos eran los dioses del sistema educativo, dedicados a indagar en la lingüística del latín, el griego y el hebreo.

El rector de la época de Nietzsche describía Pforta como una escuela-Estado: Atenas por la mañana, Esparta por la tarde. Era un régimen semimonástico-semimilitar, riguroso tanto psicológica como físicamente. Nietzsche, que cuando estaba en casa tanto había valorado su propia habitación, en la que podía trabajar siguiendo su propio horario, dormía ahora en un dormitorio con otros treinta chicos. El día empezaba a las cuatro de la

madrugada con el chasquido simultáneo de apertura de las puertas del dormitorio que se habían cerrado puntualmente a las nueve la noche anterior (el paralelismo que a uno le viene a la cabeza hoy es el alto y simultáneo chasquido de las puertas en la Ópera de Bayreuth que encierra al público al principio de la representación y sólo lo libera al final). Ciento ochenta chicos liberados, que corrían hacia los quince lavamanos y el lavamanos comunal en el que escupir tras cepillarse los dientes. El día continuaba como Nietzsche explicó:

5.25	Oraciones matutinas. Leche caliente y panecillos.
6.00	Lección.
7.00-8.00	Estudio.
8.00-10.00	Lección.
10.00-11.00	Estudio.
11.00-12.00	Lección.
12.00	Se recogen las servilletas para la mesa y se va en fila al refectorio. Se pasa lista. Bendición de la mesa en latín antes y después de comer. Cuarenta minutos de tiempo libre.
13.45-15.50	Lección.
15.50	Panecillo y mantequilla, beicon o mermelada de ciruela.
16.00-17.00	Los chicos mayores examinan a los más jóvenes con dictados en griego o problemas de matemáticas.
17.00-19.00	Estudio.
19.00	En fila al refectorio para cenar.
19.30-20.30	Juego en el jardín.
20.30	Oraciones vespertinas.
21.00	Hora de acostarse.
4.00	Se abren las puertas. Un nuevo día.

Era la jornada escolar más rigurosa de Europa, como comentó con aprobación Madame de Staël: «Lo que se denomina estudio en Alemania es verdaderamente admirable, quince horas al día de soledad y trabajo durante años seguidos les parece un modo de existencia normal».[6]

Al principio, Nietzsche sentía una abrumadora nostalgia de casa. «El viento soplaba intermitentemente a través de los árboles altos, cuyas ramas gemían y oscilaban. Mi corazón se sentía en un estado similar.»[7] Se lo contó a tutor, el profesor Buddensieg, que le aconsejó que se abandonara a su

trabajo y que si eso tampoco le servía, debía simplemente recurrir a la misericordia de Dios.

Podía ver a su madre y a su hermana una vez a la semana, pero sólo durante un rato angustiosamente breve, los domingos después de que los alumnos de la escuela hubieran regresado de su desfile a la iglesia. Entonces él se apresuraba hacia el norte por el camino serpenteante entre bosques de abetos altos y oscuros y se encaminaba al pueblo de Almrich. Mientras tanto, Franziska y Elisabeth corrían hacia el sur para encontrarlo en el camino que salía de Naumburgo. La familia podía pasar una hora junta ante una bebida en la posada Almrich antes de que él tuviera que apresurarse de nuevo de regreso. Aparte de esos momentos, la libertad de los chicos de Pforta se limitaba a una hora vespertina, entre las siete y media y las ocho y media, en el jardín donde eruditos debates en griego o latín mientras jugaban a algo tranquilo como los bolos podían acabar en duelos verbales librados en improvisados hexámetros latinos.

A los chicos se los animaba a hablar entre ellos en latín y griego a todas horas. Nietzsche, para variar, llevó las cosas más lejos, proponiéndose pensar en latín, y probablemente lo consiguió porque no consta que se quejara de haber fracasado. No se les permitía leer periódicos. La política, el mundo exterior y la actualidad quedaban excluidos y alejados tanto como fuera posible. El núcleo principal del currículo escolar consistía en literatura, historia y filosofía de la Grecia y la Roma antiguas y clásicos alemanes como Goethe y Schiller. Aunque destacaba en esas disciplinas, tenía que esforzarse con el hebreo, que necesitaba para poder tomar los hábitos; la gramática le resultaba especialmente difícil. Nunca llegaría a dominar el inglés y, aunque amaba a Shakespeare y Byron, sobre todo *Manfredo*, leía ambos autores en su traducción alemana. Los chicos tenían once horas de clases de latín a la semana y seis de griego. Él era un estudiante excelente; a veces, pero no siempre, el primero de la clase al final del curso escolar. Su media bajaba sistemáticamente por las malas notas en matemáticas, en las que su interés siguió siendo escaso, aparte de un breve periodo en que le fascinaron las propiedades del círculo.

A veces llevaban a los chicos de excursión al campo. Entonces se vestían con uniformes *sport* que había diseñado Friedrich Ludwig Jahn, el furibundo nacionalista y padre del movimiento gimnástico, que pretendía fomentar un *esprit de corps* militar entre los jóvenes, cuyo carácter sano e íntegro coordinado serviría de delicado cimiento para la nación emergente. Jahn acuñó las famosas cuatro efes: *Frisch, fromm, fröhlich, frei* (vigoroso, devoto,

alegre, libre), en las que las excursiones del espíritu se emprendían con estilo militar. Los chicos formaban filas para conquistar las montañas con una banda de música, cantando, vitoreando, ondeando la bandera de la escuela y dando tres vítores por el rey (que en ese momento había perdido la cordura a causa de una apoplejía), el príncipe de Prusia y la escuela, antes de regresar marchando.

La instrucción de natación estaba estructurada de forma similar:

«Finalmente, ayer hicimos la excursión para ir a nadar. Fue espléndido. Formamos en filas e interpretamos música animada mientras salíamos por las puertas. Todos llevábamos nuestros gorros rojos de natación, con lo que componíamos una imagen magnífica. Pero los nadadores más jóvenes nos sorprendimos cuando nos llevaron un largo trecho por el río Saale para empezar a nadar, y todos nos asustamos. Pero cuando vimos a los nadadores mayores acercarse desde lejos y oímos la música, todos saltamos al río. Nadamos en el mismo orden en el que habíamos marchado al salir de la escuela. En general, las cosas fueron bastante bien; yo hice cuanto podía, pero a menudo me costaba. También nadé un poco de espaldas. Cuando finalmente llegamos, nos dieron nuestra ropa que habían traído en una barca. Nos vestimos rápidamente y marchamos en el mismo orden de regreso a Pforta. ¡Fue espléndido!».[8]

Llamativamente, a la luz de tal inicio, la natación iba a convertirse en una placentera afición durante toda su vida. No puede decirse otro tanto de las acrobacias gimnásticas, que él realizaba en un espíritu de divertida desesperación. Su amigo de la escuela Paul Deussen describía su única acrobacia, a la que él bromeando atribuía gran importancia. Consistía en impulsar el cuerpo, con las piernas por delante, entre unas barras paralelas y saltar cayendo al otro lado. El ejercicio, que sus otros compañeros realizaban en cuestión de minutos, a veces sin siquiera tocar las barras, suponía un gran esfuerzo para Nietzsche, cuyo rostro se enrojecía, y él se quedaba sin aliento y sudaba.[9]

Sudoroso, poco atlético, torpe, sumamente inteligente, Nietzsche no caía precisamente bien a todos. Uno de sus compañeros de clase recortó una fotografía de Nietzsche y la convirtió en un monigote que decía y hacía tonterías; pero una característica de la personalidad del joven era que su vulnerabilidad siempre hacía que sus amigos fieles asumieran la responsabilidad de protegerlo de los golpes y turbulencias de un mundo desagradable. Su pequeño círculo de amigos de Pforta hizo que la marioneta de burla desapareciera sin que el representado se enterara.

Su pasión por la música continuó. Se apuntó al coro de la escuela, que también ofrecía oportunidades infinitas para la diversión en grupo y las marchas militares, pero es en esta disciplina de la música donde podemos percibir, con más facilidad que en las demás asignaturas escolares —todas basadas en la idea de la realización personal mediante el sometimiento a la ética del grupo—, que estaba consiguiendo aferrarse a la libertad de pensamiento que tanto le había preocupado perder cuando estaba a punto de entrar en Pforta. Sus profesores y condiscípulos admiraban profundamente su sencilla y convencional habilidad al piano y su capacidad para leer música a primera vista, que era asombrosa, pero eran sus deslumbrantes improvisaciones al teclado lo que más los pasmaba. Mientras su padre vivía, la gente había hecho largos viajes para escucharlo tocar. Ahora, los compañeros de Nietzsche admiraban ese mismo talento también en él. Cuando se lanzaba a una de sus torrenciales invenciones melódicas, largas, apasionadas e incontenibles, los demás se congregaban en torno al chico rechoncho, con sus gruesas gafas y su cabello extravagantemente largo y peinado hacia atrás, sentado sin gracia en el taburete del piano. Incluso aquellos a los que les parecía insoportable quedaban hipnotizados por su virtuosismo, como si fuera un mago en el escenario. Las tormentas eran lo que más lo inspiraban y cuando resonaban los truenos, su amigo Carl von Gersdorff no creía que ni siquiera Beethoven hubiera sido capaz de improvisar de manera tan impresionante.

Su devoción religiosa pervivía con la misma intensidad, y no cambió su intención de seguir los pasos de su padre en la Iglesia. Su confirmación se produjo en pleno torbellino de fervor religioso.

El día de la confirmación, el domingo de Laetare del año 1861, estableció un nuevo vínculo entre él y Paul Deussen, el amigo de la escuela que había descrito las acrobacias gimnásticas de Nietzsche. Los confirmandos se aproximaban al altar por parejas para recibir la consagración de rodillas, y Deussen y Nietzsche se arrodillaron juntos. Estuvieron poseídos por un ánimo fervoroso y extasiado durante semanas, antes y después del acto. Los dos se declararon dispuestos a morir inmediatamente por Cristo.

Cuando remitió el arrebato religioso de alto voltaje, dio paso al mismo examen imparcial de los textos cristianos que Nietzsche estaba acostumbrado a aplicar a sus estudios griegos o romanos. Puso por escrito sus ideas en un par de largos trabajos titulados *Destino e historia* y *Libre albedrío y destino*, en los que mostraba su interés por el pensador americano contemporáneo Ralph Waldo Emerson, que había escrito profusamente sobre el problema del

libre albedrío y el destino. Nietzsche concluía *Libre albedrío y destino* con uno de sus primeros aforismos: «El libre albedrío absoluto convertiría al hombre en un dios; el principio fatalista lo convertiría en un autómata». Expresaría la misma idea, desarrollándola más, en *Destino e historia*: «El libre albedrío sin el destino es tan impensable como el espíritu sin la realidad, el bien sin el mal […] Sólo la antítesis crea la cualidad […] Habrá grandes revoluciones cuando las masas por fin se den cuenta de que la totalidad del cristianismo se basa en presuposiciones: la existencia de Dios, la inmortalidad, la autoridad bíblica, la inspiración y otras doctrinas que siempre serán problemáticas […] ni siquiera sabemos si la misma humanidad no es más que una etapa, una fase en la historia universal o […] ¿No es acaso el hombre la evolución de la piedra a través del medio de la planta o el animal? […] ¿Su devenir eterno no tiene final?».

La herética teoría de la evolución de Darwin aparece inesperadamente en estas especulaciones, pero para Nietzsche esas ideas se inspiraban en su lectura de tres pensadores que ocuparían su trabajo creativo durante muchos años: Emerson, el poeta y filósofo griego Empédocles y el poeta y filósofo alemán Friedrich Hölderlin.

En 1861 redactó otro trabajo escolar titulado *Carta a mi amigo, en la que le recomiendo a mi poeta favorito*. El poeta en cuestión era Hölderlin, que por entonces era poco leído y prácticamente desconocido, aunque ahora ocupe un lugar de honor en el panteón de la literatura alemana. A Nietzsche le pusieron una nota baja en el trabajo y su profesor le aconsejó que «se atuviera a poetas que son más sanos, más lúcidos y más alemanes».**[10]** En realidad, Hölderlin difícilmente podría ser más alemán, pero despreciaba profundamente el nacionalismo *über alles*. Era una postura que compartía el Nietzsche de diecisiete años y en su trabajo señala que Hölderlin: «Dice a los alemanes verdades amargas que están, por desgracia, plenamente justificadas […] Hölderlin lanza palabras afiladas y penetrantes contra la barbarie alemana. Pero su aborrecimiento es compatible con el mayor amor hacia su país, y este amor lo sentía Hölderlin en un alto grado. Pero detestaba en los alemanes a los meros especialistas, a los filisteos».**[11]**

A los profesores de Nietzsche les desagradaba Hölderlin por lo que consideraban su insalubridad intelectual y moral. Hölderlin perdió la cordura y acabó su vida loco, y eso lo convertía en una opción «poco saludable» como materia de estudio. Combinado con el deleite que le producía a Nietzsche cuestionar la autoridad de la razón, sus profesores sospechaban que el chico ocultaba un peligroso pesimismo que era completamente antitético con los

tres principios rectores de Pforta: *Wissenschaft*, *Bildung* y luteranismo. Esos tres principios sagrados debían proporcionar una defensa adecuada para evitar que cualquier joven estudiante de Pforta como Nietzsche se sintiera atraído hacia el territorio íntimo que, dejado de la mano de Dios, estremece el alma, y que es el que Hölderlin explora:

«¡Ah, pobres de vosotros los que sentís todo esto, los que, como yo, tampoco gustáis de hablar del destino humano, los que, como yo, os sentís también cada vez más atrapados por la nada que reina sobre nosotros, fundamentalmente convencidos de que nacemos para nada, de que amamos para nada, creemos en nada, nos esforzamos por nada, para hundirnos poco a poco en la nada!…, ¿qué puedo hacer si os flaquean las rodillas cuando pensáis seriamente en ello? Porque yo también me hundo muchas veces en estos pensamientos sin fondo y he gritado: ¿por qué llevas el hacha a mis raíces, espíritu cruel? Y todavía estoy aquí».[12]

Durante sus últimos años, Hölderlin fue capaz, esporádica pero imprevisiblemente, de producir una idea deslumbrante, un destello profético o una frase especialmente turbadora. Se instaló en una torre en Tubinga, donde se convirtió en una atracción turística, una parada en el Grand Tour del romanticismo que no amaba nada tanto como una torre ruinosa llena de búhos habitada por un pararrayos humano para la inspiración divina.

Nietzsche escribió que la «tumba de la larga locura» de Hölderlin, durante la cual la mente del poeta luchó contra la noche de la demencia que se aproximaba antes de expirar finalmente en oscuras y misteriosas canciones fúnebres, le desgastó la conciencia como los golpes del oleaje en un mar embravecido. El destino de Nietzsche no sería muy distinto. Con estremecedora clarividencia, su texto sobre Hölderlin se lee como un presagio que insinúa que él ya estuviera casi medio enamorado de la idea de rendir su mente, si la consecuencia era la apertura de las puertas de la revelación.

Hölderlin sin duda no se ajustaba a lo que se esperaba en Pforta. No obstante, pese a la desaprobación y la crítica de su profesor, Nietzsche no abandonó su interés por el poeta y sus preocupaciones.

Hölderlin había escrito una obra dramática sobre el poeta-filósofo Empédocles (*c*. 492-432 a.C.), y Nietzsche hizo lo mismo. Según la leyenda, Empédocles puso fin a su vida saltando al volcán Etna, convencido y completamente seguro de que emergería como dios, una expectativa que recuerda tanto a Zaratustra al emerger de la caverna como a Nietzsche al perder la cabeza y creer que se ha transformado en el dios Dioniso. El motivo de la divinidad naciente y la locura inspirada por Dios como pasaporte a la

divinidad recorre la vida y el pensamiento de Nietzsche, Hölderlin y Empédocles. Así que, a los diecisiete años, alumno de la principal escuela alemana dedicada al culto civilizado de la razón y la claridad del Olimpo, Nietzsche exploraba la idea de la locura liberadora y la validez de lo irracional.

«Estar solo, y sin dioses, eso…, eso es, es la muerte», le hace decir Hölderlin a Empédocles en la obra dramática y tal vez ahí podemos encontrar el primer susurro de la descomunal tragedia que Nietzsche articularía en la muerte de Dios.

Poco ha sobrevivido de los escritos de Empédocles. Los fragmentos que perviven son trozos de dos poemas filosóficos épicos, *Sobre la naturaleza de los seres* y *Las purificaciones*. *Sobre la naturaleza…* es un hermoso poema de la Creación que recuerda las pastorales de Ovidio y *El paraíso perdido* de Milton, pero Empédocles no era simplemente un hechicero de las palabras que nos hace pensar en Ovidio y Milton. Es importante por ser el primer escritor que dio nombre a los cuatro elementos:

¡Ea! Te hablaré en primer lugar del sol y del principio
desde el que se hicieron manifiestas todas las cosas que ahora contemplamos,
la tierra, el mar abundoso en olas, el aire húmedo
y el Titán éter, que estrecha su círculo en torno a todos los seres.
Ea, escucha cómo el fuego, al separarse,
dio origen a los vástagos…[13]

Empédocles postula una ronda universal de las cosas en la que no hay creación ni aniquilación. Existe una forma de materia que, en su conjunto, es inalterable y eterna debido a la mezcla y la separación de dos fuerzas eternas y eternamente opuestas: el odio y el amor. La tensión entre su oposición creó la energía del vórtice primigenio, que Empédocles representa como el torbellino de una pesadilla de Hieronymus Bosch, el Bosco, en el que las partes del cuerpo humano, «cabezas, brazos, ojos, vagan fantasmales a través del espacio» buscándose unas a otras mientras intentan «unirse en todas las formas posibles y ser bellas a la mirada». Hoy estas líneas se interpretan como el primer vislumbre inicial de la teoría de la evolución.

De la naturaleza fragmentaria de los vestigios literarios que han sobrevivido de Empédocles, Nietzsche aprendió brevedad. También aprendió que los fragmentos liberan la mente para emprender interminables viajes especulativos. Iba a convertirse en una facultad crecientemente valiosa a medida que los intervalos creativos entre sus periodos de enfermedad se

acortaban, planteándole el problema de cómo comunicar sus pensamientos rápidamente y con el mayor efecto antes de sufrir el siguiente ataque.

Otro trabajo de ese año que siguió a su confirmación es lo que jocosamente denominaba su «novela repulsiva», *Euforión*, una pieza transgresora de recargada escritura adolescente que coquetea con el sexo y el pecado.

«Cuando la escribí, se me escapó una diabólica carcajada», se jacta en una carta a un amigo que firma «FWvNietzky (alias Muck), *homme étudié en lettres* (*votre ami sans lettres*)».[14]

En la leyenda de Fausto, Euforión era el nombre del hijo nacido de Fausto y Helena de Troya. En la Alemania de Nietzsche, Byron era considerado habitualmente como un Euforión moderno. Así que, al escribir en primera persona como Euforión, Nietzsche adopta una pose faustiana, además de propia de Byron.

Sólo ha sobrevivido la primera página de la novela. Empieza con Euforión en su estudio:

«"El alba púrpura se despliega polícroma sobre el cielo, fuegos artificiales chispeantes, qué aburrido… Ante mí, un tintero en el que ahogar mi negro corazón; un par de tijeras con las que podría acostumbrarme a cortarme el cuello; manuscritos para limpiarme, y un orinal.

»"Si el Torturador apuntara su micción sobre mi tumba, un no me olvides […] me parece más agradable descomponerse en la tierra húmeda que vegetar bajo el cielo azul, arrastrarse escarbando como un grueso gusano es mucho más dulce que existir como ser humano, un signo de interrogación andante…

»"Enfrente de mí vive una monja a la que visito de vez en cuando para disfrutar de su excelente comportamiento […] Antes era monja, delgada y frágil; yo era su médico y me encargué de que pronto engordara un poco. Con ella vive su hermano como pareja de hecho; a mí él me parecía demasiado gordo y saludable, así que lo adelgacé, hasta que fue un cadáver.» En ese momento Euforión se recostó un poco y se quejó, pues sufría una enfermedad que le afectaba la médula».[15]

Aquí, afortunadamente, acaba la única página que ha llegado hasta nosotros del manuscrito.

Hay otro fragmento que no puede omitirse entre sus obras juveniles. Como texto, suele considerárselo un informe de algún tipo de experiencia real, una visión de una siniestra visita fantasmagórica, o incluso una anticipación de su locura. Como tal, es correctamente abordado como un fragmento de importancia, pero, vista *Euforión*, tampoco resultaría

sorprendente que se tratara de otra prueba de inquietante escritura experimental.

«Lo que me da miedo —escribió— no es la terrible figura que hay detrás de mi silla sino su voz; tampoco me asustan las palabras sino el tono espantosamente incoherente e inhumano de esa figura. Sí, si al menos hablara como lo hacen los humanos.»[16]

En Pforta trataban los terribles episodios de la enfermedad crónica de Nietzsche, sus jaquecas cegadoras, las supuraciones por las orejas, los «resfriados estomacales», los vómitos y náuseas, todo con humillantes remedios. Le acostaban en una habitación a oscuras con sanguijuelas sujetas a los lóbulos de las orejas para que le succionaran sangre de la cabeza. A veces también se las ponían en el cuello. Él odiaba el tratamiento. Creía que no le servía de nada. Entre 1859 y 1864 constan veinte entradas en el registro de enfermos, ingresos que se prolongaban, de media, una semana.

«Tengo que aprender a acostumbrarme», escribió.

Llevaba gafas ahumadas para protegerse los sensibles ojos del dolor que le causaba la luz, y el médico de la escuela no encontraba razones para el optimismo y predijo su ceguera total.

Estimulado por las limitaciones físicas y los pesimistas pronósticos, aprovechaba cada momento productivo. Sus ganas de trabajar eran prodigiosas. A la carga de trabajo de la escuela, añadió la formación de una fraternidad literaria con sus amigos de la infancia Gustav Krug y Wilhelm Pinder. Ellos seguían en el Dom Gymnasium de Naumburgo pues no habían sido seleccionados para la élite de Pforta. Los tres chicos llamaron a su sociedad literaria Germania, seguramente en honor de Tácito.[17] Celebraron la sesión inaugural durante las vacaciones estivales de 1860 en una torre que daba al río Saale. Hicieron muchos juramentos fraternales y vaciaron una botella de tinto barato brindando antes de arrojarla al río que fluía a sus pies. Cada uno de ellos se comprometió a crear una obra cada mes: un poema o un ensayo, una composición musical o un diseño arquitectónico. Los otros criticarían la obra a continuación «en un espíritu amigable de corrección mutua».

A lo largo de tres años, Nietzsche contribuyó con unos treinta y cuatro trabajos, que abarcaban desde un Oratorio de Navidad o *La personalidad de Krimilda según los nibelungos* hasta *Sobre el elemento demoníaco en la música*. Nietzsche prosiguió creando obras mucho después de que los otros lo

hubieran dejado. «¿Por qué medios podemos estimularnos para una actividad entusiasta?», escribió con desesperación en las actas de la sociedad de 1862.

Ese mismo año se interesó por una chica. Anna Redtel era hermana de un compañero de clase. Había acompañado a su hermano a una excursión a las montañas donde llamó la atención de Nietzsche cuando bailó dulcemente en un claro. Bailaron juntos. Era una chica pequeña, etérea, de Berlín y, según todos, encantadora, afable, instruida y con gusto musical. A su lado, Nietzsche parecía grande, corpulento, vigoroso, bastante solemne y envarado. Ella tocaba bien el piano y su intimidad avanzó sobre la banqueta del piano mientras sus dedos interpretaban melodías a cuatro manos. Él le mandó poemas y le dedicó una rapsodia musical. Cuando llegó el momento de que Anna regresase a Berlín, él le dio una carpeta que contenía varias de sus propias composiciones para piano. Ella se lo agradeció en una delicada nota y con eso terminó su primera y amable introducción al amor.

El año 1864 fue el último que pasó en la escuela. Había menos actividades extracurriculares. Tenía que concentrarse en redactar un trabajo original e importante, un *Valediktionsarbeit*, para aprobar el examen *Abitur*, la prueba de acceso a la universidad.

«Y así, durante los últimos años de mi vida en la Schulpforta trabajaba de manera independiente en dos textos filológicos. En uno pretendía dar una versión, a partir de las fuentes (Jordanes, las *Edda*, etc.), de las sagas del rey ostrogodo Hermanarico, en sus diversas ramificaciones; en el otro quería retratar a un tipo especial de tirano griego, el megarense… mientras trabajaba en él, se convirtió en un retrato de Teognis de Mégara.»[18]

Menos de 1.400 versos han sobrevivido del poeta griego del siglo VI a.C. Teognis de Mégara. Esto hace que Teognis comparta algo con los otros sujetos de interés para Nietzsche, Empédocles y Diógenes Laercio. Le daba gran libertad. «Me había enfrascado en un trabajo que requiere muchas conjeturas y especulaciones —escribió Nietzsche acerca de su texto sobre Teognis—, pero tengo la intención de acabarlo con la debida minuciosidad filológica, y todo lo científicamente que pueda.» La ciencia de la filología y la minuciosidad ciertamente salieron triunfantes en *De Theognide Megarensi* [«Acerca de Teognis de Mégara»]. Lo redactó en tan solo una semana al inicio de las vacaciones de verano. Comprendía cuarenta y dos páginas de apretada letra escritas en latín, y su brillantez asombró a los pedagogos de filología de Pforta. Tendría que haber dedicado el resto de las vacaciones estivales a las matemáticas, pero no se preocupó y, cuando volvió a la

escuela, su exasperado profesor de matemáticas, Buchbinder, quiso que le negaran el *Abitur*.

«Dado que nunca ha mostrado la menor aplicación en matemáticas, siempre ha ido retrocediendo, por así decirlo, tanto en su trabajo oral como escrito en esta disciplina, de manera que ni siquiera puede considerársele *satisfactorio*», se ensañó Buchbinder. Pero su queja fue invalidada por sus colegas pedagogos que preguntaron: «¿Quizá quiere que nos carguemos al alumno con más talento que ha tenido Pforta hasta ahora?».[19]

«Lo superé felizmente», exclamó Nietzsche el 4 de septiembre. «¡Oh, han llegado los gloriosos días de libertad!», y abandonó Pforta siguiendo la extravagante tradición usual: despidiéndose con la mano desde la ventanilla de un carruaje engalanado tirado por caballos y conducido por postillones en brillantes uniformes.

El informe de salida del médico de la escuela rezaba: «Nietzsche es un ser humano fuerte y robusto con una llamativa mirada fija, miope, y a menudo sufre una jaqueca irregular. Su padre murió joven, de reblandecimiento cerebral, y fue engendrado por progenitores de cierta edad; el hijo nació cuando el padre ya no estaba bien. Todavía no presenta síntomas anómalos, pero sus antecedentes deberían ser tenidos en cuenta».

El comentario de despedida de Nietzsche de Pforta tampoco fue muy halagador que se diga:

«Cultivé en secreto ciertas artes […] Salvé mis inclinaciones y aspiraciones privadas de la ley uniformizadora; intenté quebrar la rigidez de los programas y horarios impuestos por las normas, dando espacio a una pasión exaltada por el conocimiento y el placer universales […] Lo que deseaba era un contrapeso a mis inquietas y variables inclinaciones, una ciencia que pudiera estudiarse con fría imparcialidad, con fría lógica, con un trabajo sistemático, sin que sus resultados me afectasen profundamente […] Qué bien guiado pero qué mal educado es un estudiante así en una institución noble».[20]

3

Llega a ser lo que eres

> Hay cien formas de escuchar a tu conciencia… Pero que creas que algo es justo puede deberse a que nunca has reflexionado demasiado acerca de ti mismo y has aceptado ciegamente lo que ha sido prescrito como *justo* desde tu infancia.
>
> *La gaya ciencia*, sección 335

Nietzsche consideraría 1864 su año desperdiciado. En octubre se matriculó como estudiante en la Universidad de Bonn. Cumpliendo su papel de hijo obediente, entró en la facultad de Teología, aunque su mayor interés era la filología clásica. Su elección de Bonn había sido decidida por dos famosos filólogos clásicos del claustro, Friedrich Ritschl y Otto Jahn. El curso de teología le pareció aburrido y echaba de menos a su madre y a su hermana. Por primera vez en su vida, ellas no estaban a una distancia que pudiera recorrerse a pie. Pero aunque las echaba en falta, pudo dar a su alejamiento un buen uso, aunque deshonesto. Ellas seguían creyendo que pretendía formar parte de la Iglesia y él no supo desengañarlas.

Llegó a la conclusión de que su vida hasta entonces había sido provinciana. La forma de enmendar su ignorancia del mundo era unirse a una *Burschenschaft*, una fraternidad estudiantil. Fue un movimiento que acabó terriblemente desvirtuado por su posterior asociación con la Juventud hitleriana. Pero cuando se fundó, en 1815, su propósito era dar unos valores culturales compartidos y liberales a la generación de estudiantes alemanes a lo largo del recién formado *Bund*, aunque la federación mantuvo un control tan estricto sobre la actividad intelectual de las *Burschenschaften* —por si las asociaciones se volvían políticas y subversivas— que al final no hacían mucho más que excursiones por la montaña, cantar, librar duelos y beber cerveza. Nietzsche se hizo miembro de la exclusiva fraternidad Franconia, esperando discusiones cultas y debate parlamentario, pero, en vez de eso, se encontró levantando su jarra de cerveza y cantando a voz en cuello canciones

de borrachos de la fraternidad. Esforzándose por encajar, se metió en lo que describió como un extraño lío de movimiento confuso y excitabilidad febril.

«Tras empezar haciendo reverencias en todas direcciones y con la mayor cortesía posible, me presento a vosotros como miembro de la Asociación de Estudiantes Alemanes llamada Franconia», escribió a sus queridas madre y Llama. Incluso ellas debieron de aburrirse de sus muchas cartas describiendo las salidas de Franconia que invariablemente empezaban con un desfile, todos vestidos con sus bandas y gorras de la fraternidad y cantando vigorosamente. Desfilaban detrás de una banda de húsares («llamaba mucho la atención»), y solían acabar extraordinariamente alegres en una posada o en la choza de algún campesino cuya hospitalidad y bebida fuerte aceptaban con condescendencia. Aparece un inverosímil amigo nuevo: Gassmann, el director de una revista llamada *El Diario de la Cerveza*.

Una cicatriz fruto de un duelo era una insignia de honor esencial. Nietzsche siguió un método poco convencional para conseguir una. Cuando creyó que su dominio de la esgrima estaba a la altura, fue a dar un agradable paseo con un tal Herr D., que pertenecía a una asociación que solía librar duelos con los miembros de Franconia. A Nietzsche le pareció que Herr D. sería un adversario plácido. Le dijo: «Tú eres un hombre de gustos similares a los míos, ¿no podríamos librar un duelo? Prescindamos de todos los preliminares habituales». Eso no se ajustaba precisamente al código de duelo, pero Herr D. aceptó servicialmente. Paul Deussen hizo las veces de testigo. Contó que las hojas resplandecientes danzaron alrededor de sus cabezas desprotegidas durante unos tres minutos, antes de que la espada de Herr D. alcanzara el puente de la nariz de Nietzsche. Derramada la primera sangre, el honor quedaba satisfecho. Deussen vendó a su amigo, lo subió a un carruaje, se lo llevó a casa y lo metió en la cama. Un par de días después se había recuperado totalmente.[1]

La cicatriz es tan pequeña que no puede apreciarse en las fotografías, pero fue motivo de profunda satisfacción para Nietzsche. No tenía ni idea de lo mucho que se rieron los amigos de Herr D. cuando éste les contó la historia.

Los franconianos tenían por costumbre visitar los burdeles de Colonia. Nietzsche fue a la ciudad en febrero de 1865, contratando a un guía para que le enseñase la catedral y otros lugares de interés. Le pidió que lo llevara a un restaurante, pero es posible que creyera que era demasiado tímido para pedirle lo que de verdad quería porque lo llevó a un burdel. «De repente me vi rodeado por media docena de criaturas vestidas con gasas y oropeles que me miraban expectantes. Durante un instante me quedé absolutamente pasmado

ante ellas; entonces, como si me impulsara el instinto, me dirigí al piano como si fuera el único objeto con alma de todos los presentes y toqué un par de acordes. La música activó mis extremidades y al momento estaba de nuevo en la calle.»[2]

Esto es cuanto sabemos del incidente, pero en esta versión reverberan ecos de literatura y leyenda nietzscheana. Algunos creen que no se limitó a tocar un par de acordes al piano y marcharse, sino que se demoró para cumplir el propósito usual de esas visitas, durante el cual contrajo la sífilis, de la que provendrían sus posteriores problemas de salud físicos y mentales. Una de las justificaciones de esta creencia es que en 1889, cuando ya había perdido la cordura y estaba en el manicomio, dijo que se había «infectado dos veces». Los médicos dieron por sentado que se refería a la sífilis. Si hubieran mirado su historial médico, habrían descubierto que había sufrido gonorrea dos veces, un hecho que había reconocido ante los médicos cuando todavía estaba en sus cabales.

Thomas Mann convierte el incidente del burdel en central en su inmensa novela *Doktor Faustus*, en la que Mann recrea la leyenda de Fausto, reimaginando a Nietzsche en el papel del título. Mann elige la velada en el burdel como la noche en que Nietzsche/Fausto vende su alma al diablo a cambio de la mujer que desea. Ella se convierte en su obsesión y su súcubo. En versiones anteriores del Fausto, es Helena de Troya la que habitualmente adopta ese papel, pero Mann, de forma extravagante, sustituye a Helena por la Sirenita de Hans Christian Andersen, una pobre criatura que para consumar el amor humano debe sufrir terribles torturas: le cortan la lengua como precio para cambiar su cola de pez por una escisión humana y cada paso que da sobre pies humanos la hieren como espadas afiladas. Tal vez eso nos dice más sobre Mann que sobre Nietzsche.

Durante los dos cursos que Nietzsche pasó en Bonn, la música y la composición musical siguieron siendo sus mayores pasiones. Escribió una parodia completa de *Orfeo en los infiernos* de Offenbach que le hizo merecedor del apodo de «Gluck» entre la fraternidad de Franconia. Visitó la tumba de Robert Schumann para depositar una corona y se endeudó tanto para adquirir un piano que no pudo pagarse el viaje de vuelta a casa para pasar las Navidades con su madre y su hermana. Viendo que el dinero se le iba de las manos tan rápido, «seguramente porque éste era muy redondeado», [3] envió en su lugar un volumen con ocho de sus composiciones musicales (de tono muy schubertiano en este periodo), lujosamente encuadernado en tafilete de color lavanda, acompañado de instrucciones tediosamente

detalladas sobre cómo su querida Llama tenía que tocarlas y cantarlas: con seriedad, con pena, con energía, con una leve floritura, o a veces con gran pasión. Ni siquiera ausente renunciaba a controlar a las mujeres que lo adoraban.

La Pascua posterior al incidente del burdel fue a casa y se negó a tomar el sacramento de la comunión en la iglesia. La Pascua es una celebración obligatoria para los cristianos practicantes y el gesto no era baladí y desató el pánico de su madre y Llama, para quienes la apostasía de Nietzsche suponía una negación de lo que ellas vivían como el único objetivo de esta vida en la tierra: la reunificación al final de todos en el Cielo con el amado pastor Nietzsche.

Nietzsche todavía no había experimentado un rechazo en toda regla de la fe, pero albergaba ya grandes dudas. Sentado en su habitación de estudiante, un altar a su padre difunto cuya fotografía estaba sobre el piano bajo una pintura al óleo del descendimiento de la cruz de Cristo, leía un libro de David Strauss, *Das leben Jesu, kritisch bearbeitet* [«La vida de Jesús, críticamente elaborada»] y hacía una lista de los veintisiete libros de ciencia que tenía intención de leer.

Como toda su generación, se movía por el inestable territorio entre la ciencia y la fe, un problema que necesitaba una solución, y ésta parecía apuntar a transferir la fe ciega en Dios a una fe igualmente ciega en los científicos, que afirmaban haber descubierto la misteriosa naturaleza de la materia en algo denominado «la fuerza biológica», que explicaría la asombrosa diversidad del mundo natural.

Una enciclopedia contemporánea explicaba la formación del universo en un relato que no se diferenciaba demasiado del de Empédocles:

«Una lluvia eterna de diversos corpúsculos que caen en variados movimientos, consumiéndose al caer, creando un vórtice», que existiría dentro del éter, que era «un medio luminoso con la naturaleza de uno sólido elástico que ocupa todo el espacio, a través del que la luz y el calor se transmiten en ondas.» La luz «no puede explicarse de otro modo», aunque seguía siendo un enigma «cómo podía moverse la tierra a través del éter a la velocidad de más de un millón y medio de kilómetros al día. Pero si pensamos en que la cera de zapatero es tan quebradiza que se agrieta bajo el golpe de un martillo y que aún así fluye como un líquido en las grietas del barco en las que se coloca, y que las balas se hunden lentamente al atravesarla y el corcho emerge despacio de ella, el movimiento de la tierra a través del éter ya no parece tan incomprensible».**[4]**

El Universo explicado mediante la cera de zapatero: la fe en la ciencia se estaba volviendo tan irracional como la fe en Dios. El libro de Strauss examinaba la vida de Jesús «científicamente». Nietzsche comparó a Strauss con un joven león filológico que desgarraba la piel de oso de la teología. Si cristianismo implicaba la creencia en un hecho histórico o en una persona histórica, él no quería saber nada.

Llama le pidió explicaciones. Él le escribió: «Toda fe verdadera es ciertamente infalible; cumple con lo que el creyente espera encontrar en ella, pero eso no sirve en lo más mínimo para establecer una verdad objetiva.

»Ahí se separan los caminos de los hombres. Si deseas alcanzar paz de espíritu y felicidad, entonces, ten fe; si lo que quieres es ser un discípulo de la verdad, entonces investiga».[5]

Muy poco había conseguido durante sus dos cursos en Bonn. Se había endeudado, se había acostado tarde, a su colección de enfermedades se había sumado el reumatismo en un brazo. Se había vuelto sarcástico e irritable a la vez que lamentaba el tiempo y el dinero desperdiciados en el «materialismo que apesta a cerveza» y la «afabilidad sin motivo» de la Franconia. Por fortuna, los dos profesores de filología, Jahn y Ritschl, se enzarzaron en una discusión tan vitriólica que este último dejó Bonn para enseñar en la Universidad de Leipzig. Nietzsche lo siguió.

El nuevo inicio le sentó bien. Cada mañana se levantaba a las cinco para asistir a una clase. Fundó la Sociedad Clásica, que se ajustaba más a su carácter que la fraternidad Franconia. Convirtió un café local en «una especie de Bolsa filológica» y compró un armario para guardar sus revistas y documentos. Se unió a la emergente Sociedad Filológica y escribió ponencias en latín sobre toda clase de oscuros temas clásicos, conocidos y desconocidos. «Hace poco he encontrado la prueba de por qué el *Violarium* de Eudocia no se remonta a Suidas sino a la fuente principal de éste, un epítome de Hesiquio de Mileto (perdido, por descontado)…»[6]

Tenía el don de hacer que el tema más árido cobrara vida, un raro talento en el campo de la filología. Sus charlas eran muy concurridas. Era popular.

Carecía por completo de pedantería filistea, recordaba uno de sus condiscípulos: «Yo salía de sus charlas con una impresión de asombrosa precocidad y creciente seguridad en mí mismo».[7] Defendía a Homero frente a Hesíodo y ponía nervioso al profesorado cuestionando la idea aceptada de que la *Odisea* y la *Ilíada* eran poesía popular escrita por varios poetas, con el

argumento de que era inconcebible que una obra literaria tan espléndida no fuera obra de un individuo excepcionalmente creativo. Ritschl elogió su trabajo sobre Teognis y ganó un premio por un ensayo sobre Diógenes Laercio. Encabezó el texto con una línea de un verso de las *Píticas* de Píndaro que él tendría en gran aprecio toda su vida: «Llega a ser lo que eres, habiendo aprendido lo que es».**[8]**

Nietzsche estaba emprendiendo este camino para llegar a ser el que era cuando intervino el destino en la figura de la ambición territorial de Bismarck, cuya política expansionista estaba provocando una sucesión de pequeños conflictos bélicos con la intención de situar a Prusia al frente de Alemania a costa del *Bund*, y a Alemania, a su debido tiempo, al frente de Europa. En 1866, Prusia había librado y ganado una breve guerra contra Austria y Baviera. El ejército prusiano había invadido Sajonia, Hannover y Hesse, y proclamado que la Confederación Alemana ya no existía. Al año siguiente, 1867, estas cuestiones todavía coleaban y Nietzsche fue llamado a filas para servir como soldado en la sección montada de un regimiento de artillería de campaña estacionado en Naumburgo. Había tomado algunas lecciones de equitación, pero su experiencia con caballos no era mucha.

«Si un *daimon* te llevara una mañana temprano entre, pongamos, las cinco y las seis, a Naumburgo y tuviera la amabilidad de guiar tus pasos hacia mí, no te detengas en tu camino a mirar el espectáculo que se ofrece a tus sentidos. De inmediato respiras la atmósfera de un establo. A la media luz de los faroles se ciernen figuras. A tu alrededor hay sonidos de raspados, relinchos, cepillados, golpes. Y en medio de todo, con el atuendo de un mozo de cuadra, haciendo ímprobos esfuerzos para sacar con las manos desnudas algo indecible […] no hay otro que yo. Unas horas más tarde ves dos caballos galopando alrededor del prado, no sin jinetes, de los cuales uno se parece mucho a tu amigo. Va montando a su fogoso e impulsivo *Balduin*, y espera cabalgar como es debido algún día […] en otros momentos del día se sitúa, diligente y atento, junto a los cañones tirados por caballos y saca obuses del armón de artillería o limpia el interior del cañón con un trapo o apunta según las pulgadas y grados, y así sucesivamente. Pero, sobre todo, tiene mucho que aprender […] A veces, escondido bajo el vientre del caballo, susurro: “¡Schopenhauer, ayúdame!”.»**[9]**

A los artilleros se les enseñaba a montar a su caballo al galope, arrojándose audazmente a la silla. La miopía de Nietzsche lo convertía en un mal juez de las distancias y, en marzo, calculó mal el salto, y se dio un golpe en el pecho contra el duro cuerno de la silla. Estoicamente, continuó el

ejercicio, pero aquella noche se derrumbó y lo acostaron con una profunda herida en el pecho. Tras diez días recibiendo morfina pero sin experimentar ninguna mejoría, el médico militar le abrió el pecho; dos meses después la herida no cicatrizaba y seguía supurando. Para su asombro, apareció a la vista un pequeño hueso. Se le dijo que se limpiara la cavidad con manzanilla y una solución de nitrato de plata, y que se diera un baño tres veces a la semana. Pero eso tampoco consiguió la deseada cura y empezó a comentarse la posibilidad de una operación. Se consultó al famoso doctor Volkmann de Halle, que recomendó una cura de agua salada en los baños de Wittekind. El pequeño pueblo balneario era un lugar lúgubre, lluvioso y húmedo, y sus colegas inválidos distaban de resultar estimulantes. Para evitar las conversaciones banales, en las comidas se sentaba junto a un sordomudo. Felizmente, el tratamiento funcionó; las heridas cicatrizaron, dejando sólo cicatrices profundas, y pudo abandonar el deprimente balneario.

En octubre fue declarado temporalmente no apto para el servicio activo y excluido por invalidez del ejército hasta la primavera siguiente, cuando se esperaba que regresara para un mes de instrucción en el transporte de armas, una actividad difícilmente compatible con la culminación satisfactoria de la curación de las heridas. El 15 de octubre celebró su vigésimo cuarto cumpleaños y tres semanas más tarde se produjo el primer glorioso encuentro con Richard Wagner, y poco después Nietzsche recibió la invitación para ocupar la cátedra de filología en Basilea.

Era una oferta asombrosa: Nietzsche era todavía un simple estudiante. Había asistido a dos cursos en la Universidad de Bonn y a otros dos en la de Leipzig, pero no tenía título de ninguna, y aun así, su distinguido profesor Ritschl había recomendado a su extraordinario y brillante alumno para el puesto. Se lo ofrecieron el 13 de febrero de 1869, y para que pudiera ocuparlo se le concedió el necesario doctorado en Leipzig, sin tener que presentarse a examen, el 23 de marzo. En abril fue nombrado profesor de Filología Clásica en la Universidad de Basilea con un estipendio de tres mil francos.

Eufórico y orgulloso por ser el profesor más joven nombrado en la universidad, se gastó algo de dinero en ropa, costándole mucho renunciar a la moda juvenil y eligiendo tan sólo atuendos de un estilo que lo hiciera parecer mayor.

Tenía ciertas reservas sobre los suizos —sospechaba que eran una raza de «filisteos aristocráticos»— y sobre Basilea, una sociedad conservadora y acomodada, desarrollada gracias al comercio de telas, una ciudad con salones

impecables, concejales infalibles y una pequeña universidad con sólo ciento veinte estudiantes, la mayoría de los cuales se especializaban en teología.

La universidad insistió en que renunciara a su ciudadanía prusiana. No querían que lo volvieran a llamar para el servicio militar. Le sugirieron que adoptara la nacionalidad suiza; sin embargo, aunque renunció a la ciudadanía prusiana, nunca cumplió los requisitos para hacerse suizo. En consecuencia fue un apátrida el resto de su vida, opción que creía sin duda preferible a formar parte de las filas de los filisteos.

«Prefiero ser un profesor de Basilea a ser Dios»,[10] dijo, y fue ahí donde descubrió lo mucho que le gustaba enseñar. Además de en la universidad, lo contrataron para enseñar en la escuela secundaria local, el *Pädagogium*. Enseñaba historia de la literatura griega, religión griega antigua, filosofía platónica y preplatónica, y retórica romana y griega. Hacía que sus alumnos estudiaran *Las bacantes* de Eurípides y escribieran sobre el culto dionisíaco.

Sus alumnos «parecían compartir la impresión de que se sentaban no a los pies de un pedagogo sino de un éforo (uno de los magistrados de la antigua Esparta que compartían el poder con el rey) que había dado un salto en el tiempo para hablarles de Homero, Sófocles, Platón y sus dioses. Como si hablara desde su propio conocimiento de primera mano de cosas bastante evidentes y todavía muy valiosas; ésa era la impresión que causaba».[11]

Pero no lo conseguía sin pagar un precio. Uno de sus alumnos describe los días malos de Nietzsche, cuando resultaba doloroso verlo esforzarse por impartir su clase. Ante el atril, con la cara casi tocando su cuaderno pese a las gruesas gafas que llevaba, las palabras le salían lenta y trabajosamente, con largas pausas entre ellas. Una tensión insoportable se acumulaba en el aula dada la posibilidad de que ni siquiera pudiera acabar la clase.[12]

Su ánimo mejoraba gracias a la energía del río Rin. Cuando los alumnos entraban en su aula, a menudo se lo encontraban ante la ventana abierta, hipnotizado por su clamor ininterrumpido. El eco incesante del río contra los altos muros de las calles medievales acompañaba sus paseos por la ciudad, donde componía una figura elegante, aunque fuera un poco bajo, sin alcanzar la altura media (la misma que Goethe, decía siempre), de complexión robusta, iba esmeradamente vestido con buen gusto, y exhibía un aspecto distinguido con su gran bigote y sus ojos muy engastados y pensativos. Su sombrero de copa gris debe de haber formado parte de su estrategia para parecer mayor y era el único que se veía por Basilea aparte del que llevaba un anciano consejero del estado de Baden. Los días malos, cuando su salud lo

atormentaba, Nietzsche cambiaba el sombrero de copa por una visera que protegiera de la luz a sus sensibles ojos.

Cuando Nietzsche se instaló en Basilea para ocupar su puesto académico, Wagner vivía en Lucerna, en la Villa Tribschen a orillas del lago. Lucerna se encontraba a un breve trayecto en tren de Basilea y Nietzsche se desvivía por recuperar el contacto con Wagner, continuar la conversación sobre Schopenhauer y escuchar más fragmentos de la ópera schopenhaueriana de Wagner *Tristan und Isolde*.

La filosofía de Schopenhauer se expone básicamente en el voluminoso *El mundo como voluntad y representación* (*Die Welt als Wille und Vorstellung*, 1818), en el que desarrolla ideas anteriores de Kant y Platón.

Vivimos en el mundo físico. Lo que vemos, tocamos, percibimos o experimentamos es la representación (*Vorstellung*), pero detrás de la representación subyace la verdadera esencia del objeto, la voluntad (*Wille*). Somos conscientes de nosotros mismos, tanto en la versión de la percepción mediante la que conocemos las cosas externas, como, de manera bastante distinta, desde dentro, a modo de «voluntad».

La representación se encuentra en un estado de anhelo y eterno devenir al buscar la unidad con su voluntad, su estado perfectible. Esporádicamente, la representación puede llegar a ser uno con la voluntad, pero eso es sólo motivo de mayor insatisfacción y anhelo más intenso. El genio (un ser muy raro) puede alcanzar la totalidad en la unión de voluntad y representación, pero para el resto del rebaño es un estado imposible en vida, que sólo se lograría al morir.

Toda vida es anhelo de un estado imposible y por tanto toda vida es sufrimiento. Kant había escrito desde un punto de vista cristiano, que hacía soportable el estado siempre imperfecto, siempre anhelante, del mundo empírico porque algún tipo de final feliz podía imaginarse si uno se esforzaba lo bastante. La redención era siempre posible a través de Cristo.

Schopenhauer, por su parte, estaba muy influido por su estudio de las filosofías hindú y budista con su énfasis en la abnegación frente al sufrimiento, la suerte y el destino, y en el hecho de que cuando se sacian los deseos sólo se da lugar a la emergencia de nuevos deseos. La sensación de cambio constante en lo nouménico (metafísico) de la voluntad se resuelve en un anhelo de la nada.

Schopenhauer es conocido como el filósofo pesimista, pero a un joven como Nietzsche al que el cristianismo le estaba resultando cada vez más inhabitable, le proporcionaba una alternativa viable a Kant, cuya influencia

dominaba la élite filosófica alemana, en buena medida porque el cristianismo era un elemento vital del tejido de la sociedad alemana, utilizado por el Estado al servicio de una política nacionalista y conservadora. Eso situaba tanto a Wagner como a Nietzsche en la posición de marginales, algo que, por descontado, a ellos no les importaba lo más mínimo.

Nietzsche no había leído acríticamente a Schopenhauer. De camino había estudiado la obra de F. A. Lange *Geschichte des Materialismus und Kritik seiner Bedeutung in der Gegenwart* (*Historia del materialismo y crítica de su significado en el presente*, 1866) y había tomado notas.

1. El mundo de los sentidos es un producto de nuestro organismo.
2. Nuestros órganos visibles (corporales) son, como todas las demás partes del mundo fenoménico, sólo imágenes de un objeto desconocido.
3. Nuestro verdadero organismo es por tanto tan desconocido para nosotros como lo son los objetos externos. Ante nosotros tenemos siempre sólo el producto de ambos.

   Por tanto, la verdadera esencia de las cosas, la cosa-en-sí, no sólo es desconocida para nosotros: el concepto de la misma no es ni más ni menos que el producto definitivo de una antítesis que está determinada por nuestro organismo, una antítesis de la que no sabemos si tiene o no algún sentido más allá de nuestra experiencia.[13]

Con este reconocimiento de la ignorancia ilimitada, Schopenhauer respondía a una necesidad muy emocional en él: lo consolaba. La proposición de que toda vida es un estado de sufrimiento se le aplicaba mejor que a la mayoría, dado que su pobre cuerpo vivía en una situación de mala salud crónica y, a menudo, padeciendo grandes dolores. Naturalmente, anhelaba su condición ideal. Del mismo modo, se encontraba también en un estado de anhelo por su «ser verdadero» que lo persuadiera de que la existencia era inteligible y por tanto estaba justificada. En esta etapa estaba especialmente confundido con respecto a qué era su propio «ser verdadero». Schopenhauer le explicaba que no podemos darnos cuenta de la unidad de nuestro ser verdadero porque nuestro intelecto fragmenta constantemente el mundo, ¿y cómo iba a ser de otra forma cuando nuestro propio intelecto no es más que una pequeña parte, un fragmento de nuestra representación?

Nietzsche sentía todo eso de un modo muy personal: «Lo más irritante de todo es que siempre tengo que hacerme pasar por otro: el profesor, el filólogo, el ser humano»,[14] escribió al mes de haber ocupado su puesto en Basilea, y

no era un sentimiento precisamente sorprendente dado que se trataba de un joven que se vestía como un viejo para encarnar la sabiduría, un estudiante universitario que encarnaba a un profesor, un hijo exasperado que encarnaba a un buen hijo ante su fastidiosa madre, y un hijo amoroso y cumplidor ante la memoria de su difunto y cristiano padre mientras estaba en pleno proceso de perder la fe. Como si todas esas imposturas cotidianas no bastaran, estaba la cuestión de su situación de apátrida, la identidad formal en la que existían todas esas encarnaciones. Completamente fragmentado, se reconocía en el estado schopenhaueriano de lucha y sufrimiento: un hombre que distaba de comprender cuál era su verdadera voluntad, por no hablar de realizarla.

Por su parte, Wagner había recorrido, al menos en su propia opinión, un trecho tan largo de la vía del pensamiento schopenhaueriano como para haber alcanzado la condición de genio. Estaba tan convencido de que su voluntad y representación eran uno que su amante Cosima y él se dirigían en broma el uno al otro con nombres de amante schopenhaueriano. Él era *Will* (Voluntad), y ella, *Vorstell* (Representación).

Para Schopenhauer, la música era el único arte capaz de revelar la verdad sobre la naturaleza del ser. Otras artes, como la pintura y la escultura, sólo podían ser representaciones de representaciones. Eso las situaba el doble de lejos de la realidad última, la voluntad. La música, sin embargo, careciendo de forma, en el sentido de que no era figurativa, tenía la capacidad de acceder directamente a la voluntad, evitando el intelecto.

Desde que había descubierto a Schopenhauer en 1854, Wagner había estado estudiando cómo componer lo que éste denomina «suspensión». Una pieza de música schopenhaueriana debe ser como una vida: ir de disonancia en disonancia hasta resolverse sólo en el momento de la muerte (en música, en la nota final de la pieza).

El oído, como el alma estremecida, anhela incesantemente la resolución final. El hombre es una disonancia con forma humana, por tanto, la disonancia musical debía ser el medio artístico más eficaz de representar el dolor de la existencia individual.

Hasta entonces, los compositores estaban sujetos a observar la forma musical y obedecer las normas ancestrales: por ejemplo, las estructuras formales y fijadas de la sinfonía o del concierto. Escucharlas lo volvía a uno consciente de su contribución individual a la continuidad y el desarrollo histórico de la música. Si se conocía el lenguaje, resultaba sencillo ubicarlas en la línea histórica.

Pero Schopenhauer cuestionaba la idea misma de historia, y llamaba «tiempo» sólo a una forma de nuestro pensamiento. Eso liberaba a Wagner de una representación reconocible. Nietzsche describió la *Zukunftsmusik* [Música del Futuro] de Wagner como la culminación triunfal de todo arte, porque no le preocupan, como a las demás artes, las imágenes del mundo fenoménico, sino más bien hablar el lenguaje de la voluntad directamente. Desde la fuente más profunda de su ser, la música era la manifestación más esencial de la voluntad. Y de toda la música, la de Wagner ejercía un hechizo sobre Nietzsche cada vez más poderoso; era incapaz de mantener la cabeza fría cuando la escuchaba, cada una de sus fibras se estremecía, cada uno de sus nervios vibraba. Nada le producía una sensación de éxtasis tan intensa y duradera. ¿No estaba experimentando la sensación de acceder directamente a la voluntad? Anhelaba reanudar su relación con el Maestro.

Cuando Nietzsche llevaba tres semanas en Basilea, creyó que tenía el trabajo en la universidad bastante controlado y que podía hacer una visita a Wagner. No importaba que Wagner le doblara la edad con creces y fuera una figura famosa en el mundo entero cuya invitación informal a que le visitara se remontaba ya a seis meses atrás. El sábado 15 de mayo de 1869, Nietzsche cogió el tren para Lucerna, se apeó en la ciudad y recorrió el sendero que bordeaba el lago Lucerna y conducía a la casa de Wagner.

Construida en 1627, Tribschen era, y es, una imponente mansión de gruesas paredes, casi una torre de vigilancia. Numerosas ventanas simétricas se asoman bajo un tejado rojo piramidal muy inclinado. Ubicada sobre una elevación, domina una protuberancia triangular de rocas que se introduce despojada en el lago. Como el castillo de un ladrón, domina todas las vías de aproximación. Nietzsche no podía escabullirse sin ser visto sino que tuvo que acercarse, como todos los visitantes, turbado bajo el escrutinio invisible de las ventanas. Desde dentro de la casa le llegó un acorde angustioso y desgarrador que se repetía una y otra vez al piano: los acordes de *Siegfried* [«Sigfrido»]. Hizo sonar la campana.

Apareció un sirviente. Nietzsche presentó su tarjeta de visita y esperó, sintiéndose cada vez más incómodo. Ya se marchaba cuando el sirviente salió tras él apresuradamente. ¿Era él el Herr Nietzsche al que el Maestro había conocido en Leipzig? Sí, claro. El sirviente desapareció y reapareció al cabo de un momento. El Maestro estaba componiendo y no se lo podía molestar. ¿Podría el profesor volver para comer? Por desgracia, no podía. El sirviente desapareció, reapareció. ¿Podría Herr Nietzsche volver al día siguiente?

El día siguiente era Lunes de Pentecostés y Nietzsche no tenía clases. Esa vez Nietzsche recorrió pisando con fuerza el intimidante sendero, y el Maestro en persona salió a recibirlo.

Wagner adoraba la fama y la ropa. Entendía perfectamente el valor de la imagen como vehículo para las ideas. Ese día, para recibir al filólogo cuya disciplina consistía en la comprensión y continuidad de la Antigüedad, se había ataviado con su «atuendo de pintor del Renacimiento»: una chaqueta de terciopelo negro, calzones hasta las rodillas, calcetines de seda, zapatos con hebillas, pañuelo de cuello azul y una boina a lo Rembrandt. Su bienvenida fue cálida y sincera mientras guiaba a Nietzsche a través de la deslumbrante sucesión de salas amuebladas con el gusto opulento que el músico compartía con su regio mecenas, el rey Luis.

Muchos visitantes comentaron que Tribschen les pareció demasiado cursi y sobrecargada de cupidos, pero un interior así era algo relativamente nuevo y embriagador para Nietzsche, que se había pasado la vida en austeras habitaciones protestantes. Las paredes de Tribschen estaban cubiertas de damasco dorado y rojo o cordobán, o en un terciopelo de un tono especial de violeta que había sido cuidadosamente escogido para que realzara en todo su esplendor el deslumbrante mármol blanco de los bustos de Wagner y el rey Luis. Había una alfombra confeccionada con plumas del pecho de flamencos, ribeteada con plumas de pavos reales. Destacado sobre un pedestal había una taza de cristal de Bohemia rubí con elaboradas florituras y ridículamente frágil que le había regalado el rey a Wagner. Recuerdos de momentos de gloria colgaban como trofeos de caza de las paredes: coronas de laurel desteñidas, programas autografiados, pinturas de un musculoso Sigfrido de cabellos dorados derrotando al dragón, de valquirias con corazas recorriendo los cielos como nubes de tormenta y de Brunilda estallando de alegría al despertarse en su roca. Curiosidades y objetos preciosos se acumulaban atrapados en vitrinas de cristal, como mariposas clavadas con alfileres. Las ventanas filtraban una luz atenuada por una acumulación de gasa rosa y satén resplandeciente. El perfume de rosas, nardos, narcisos, lirios y lilas flotaba denso en el aire. Ningún aroma era lo bastante narcótico, ningún precio demasiado exorbitante por la esencia de rosas de Persia, las gardenias de América y la raíz de orris de Florencia.

La creación de la *Gesamtkunstwerk*, una obra de arte total que integraba el drama, la música y el espectáculo, fue en sí misma una *Gesamtkunstwerk* que implicaba todos los sentidos físicos de Wagner, pues «… si estoy obligado a sumergirme una vez más en las olas de la imaginación artística para encontrar

satisfacción en un mundo imaginario, al menos debo ayudar a mi imaginación y encontrar los medios para estimular mis facultades imaginativas. Por tanto, no puedo vivir como un perro. No puedo dormir en paja ni beber ginebra corriente: la mía es una sensualidad intensamente irritable, aguda e inmensamente voraz, pero excepcionalmente tierna y delicada, que, de una forma u otra, debe ser halagada si quiero consumar la cruel y difícil tarea de crear en mi mente un mundo que no existe».[15]

La sala desde cuya ventana Nietzsche había oído salir el acorde de *Siegfried* era el Salón Verde, donde componía Wagner, un espacio de trabajo sorprendentemente pequeño, masculino y práctico dentro de la atmósfera densamente operística de Tribschen. Dos paredes cubiertas de estanterías recordaban a todos que Wagner era un hombre tanto de palabras como de música, que componía tantos libros, panfletos y libretos como obras musicales. El piano estaba especialmente diseñado con cajones para plumas y un saliente que parecía una mesa sobre el que podían ponerse las partituras de la última composición mientras la tinta todavía se secaba sobre el papel. Los visitantes codiciaban con locura esas partituras y Wagner conocía el valor de autografiarlas y regalárselas a las personas influyentes agraciadas. Sobre el piano colgaba el gran retrato del rey. Por alguna razón, en Tribschen se consideraba de mala educación referirse al rey Luis por su nombre. Era «el amigo real». Visitaba Tribschen solo y de incógnito, e incluso se quedaba a pasar la noche, tras lo cual su dormitorio se mantenía siempre acondicionado para su regreso. Tribschen era el palacio de Rambouillet para Luis XVI, su lechería de María Antonieta. Y acabó siendo algo muy parecido para Nietzsche. Él era la única persona, aparte del rey, a la que se le dio su propio dormitorio en la casa. En el curso de los tres años siguientes, visitaría Tribschen en veintitrés ocasiones, y perviviría en su pensamiento para siempre como la Isla de los Bienaventurados.

El rey Luis, que pagaba las facturas, había dado carta blanca a Wagner para instalarse allá donde su imaginación se sintiera liberada de todas las cuestiones prácticas mientras se concentraba exclusivamente en acabar el ciclo del *Ring*, que era la pasión del rey. Wagner se había instalado en ese lugar espectacularmente pintoresco que sacaba todo el partido posible al principio de lo sublime de Kant: «Una función de la tensión extrema que experimenta la mente al aprehender la inmensidad y lo inagotable, trascendiendo todo criterio de magnitud y despertando una especie de delicioso horror, una especie de tranquilidad teñida de terror que, conseguida mediante una escala de referencia trascendente, posee una grandeza

comparable únicamente a sí misma […] su efecto es que la mente se vuelva sobre sí misma, y así pronto percibimos que lo sublime no puede buscarse en las cosas de la naturaleza sino en nuestras propias ideas».[16]

Partiendo de ese principio, la vistas trascendentales desde todas las ventanas de Tribschen podían desencadenar una inspiración sublime tanto en Wagner como en Nietzsche allá donde miraran. A través de las ventanas que daban al oeste, por donde el sol se ponía, se alzaban las nieves perpetuas del monte Pilatus, originalmente un Nibelheim [reino de la niebla] precristiano de legendarios dragones y duendes, rebautizado en la era cristiana posterior con la referencia a Poncio Pilato quien, desterrado de Galilea tras la crucifixión de Cristo, huyó a Lucerna. Ahí, abrumado por los remordimientos, ascendió los 2.100 metros del pico Pilatus desde donde se arrojó al pequeño y negro lago de montaña que puede verse desde la cima. Ahí habita su fantasma, en silencio e inmovilidad absolutos. Los guías locales le contarán que hasta el agua misma está muerta, señalando como prueba que su superficie siempre permanece en calma y ni las ráfagas de viento más fuertes llegan a agitarla. Pinos negrales rodean el lugar maldito. Durante siglos, ningún leñador se atrevió a aventurarse hasta allí por miedo a provocar al espíritu al que tantas calamidades se le han atribuido, de manera que los pinos crecieron densos y muy altos alrededor del pequeño lago y, de paso, mantuvieron los vientos alejados y las aguas en calma. En el siglo XIV, un valeroso sacerdote se introdujo en el oscuro lago del suicidio de Pilato y realizó un exorcismo. Sin embargo, los vecinos siguieron recelosos y las abundantes tormentas que estallan y se desatan con furia alrededor de la montaña y descargan repentinamente en el lago Lucerna son atribuidas todavía al fantasma de Pilato. Sólo después de la década de 1870 los *Frühromantiker*, jóvenes pálidos con las mentes sumidas en paroxismos de metáforas poéticas, que apreciaban lo sublime kantiano y «la poesía del corazón» por encima de todo lo demás, se arriesgaron a ascender a la malhadada montaña, donde el estanque de Pilato seguramente sirvió de definitivo lugar de suicidio para más de un Werther perdidamente enamorado.

En la época en que Wagner invitaba a Nietzsche a acompañarlo en vigorizantes excursiones de un día entero en las que ascendían el Pilatus, unos campesinos con iniciativa había construido una hostelería y alquilaban ponis para el ascenso. Wagner y Nietzsche desdeñaron ese servicio. Conquistaron los riscos pedregosos a pie, cantando y filosofando de camino.

Si Nietzsche se asomaba por las ventanas de Tribschen que daban al lago, sus ojos recorrerían el «Parque de los Ladrones», un promontorio pedregoso

cubierto de hierba donde pastaba el caballo de Wagner, *Fritz*, y sus gallinas, pavos reales y ovejas se diseminaban por las tierras que descendían hasta la orilla del lago. Tanto a Wagner como a Nietzsche les gustaba nadar lanzándose desde la escala acondicionada en el lago y que quebraba los reflejos pálidos de la serie de montañas nevadas de la orilla más alejada del lago. El monte Rigi, de mil ochocientos metros de altura, es un poco más bajo que el Pilatus, pero igual de famoso por haber sido pintado por J. M. W. Turner y por el curioso efecto luminoso conocido como «el fantasma de Rigi». Dadas unas condiciones concretas que requieren luminosidad y niebla, el fantasma puede verse claramente. Adopta la forma de una inmensa figura humana como la silueta de un gigante en el cielo vaporoso en las alturas. El gigante está rodeado por el halo de un arcoíris; de hecho, no hay ningún fantasma, sino que se trata de la imagen del propio espectador proyectada en la bruma, como se descubre cuando uno, asombrado, despliega los brazos, tras lo cual puede ver sus propios movimientos reflejados a escala gigantesca en la bruma como ante un espejo que ampliara la imagen. Wagner solía bailar y dar brincos en esta imagen especular celestial hasta que la bruma se movía y el espectáculo de marionetas acababa.**[17]**

En la orilla del lago que quedaba a la derecha de la escala para saltar al agua de Wagner, había una pequeña casa con tejado de tablillas, donde se guardaba una barca. Cuando Wagner necesitaba desahogarse llevaba a su leal sirviente Jacob para que le condujera remando entre las bandadas de blancos cisnes lohengrianos que volaban sobre el lago, lejos, hacia el lugar con eco donde Guillermo Tell se burló de su malvado adversario, el Landvogt [gobernador] Gessler insultándolo a gritos que resuenan por las montañas en una burla eterna. A Wagner le encantaba gritar obscenidades con su tosco acento sajón. Cuando el eco se las devolvía, se reía a carcajadas.

Si todavía estaba de buen ánimo cuando Jacob lo llevaba de vuelta, se subía a un pino y gritaba un poco más. En una ocasión escaló la fachada lisa de la casa y se puso a gritar desde la galería, pero se trató de un hecho singular porque no bramaba contra ningún enemigo sino contra sí mismo por haber hecho algo de lo que se avergonzaba.**[18]**

La situación doméstica de Wagner era caótica cuando Nietzsche lo visitó. Se acercaba su cumpleaños, que caía en el fin de semana siguiente, y el rey Luis quería estar presente ese día, pero Wagner dudaba entre pasar la jornada con el rey o con su amante Cosima. Aunque Wagner y ella llevaban juntos tanto

tiempo como para que le hubiera dado dos hijas y estaba embarazada por tercera vez, Cosima hacía sólo muy poco tiempo que había dejado a su marido y se había ido a vivir con Wagner en Tribschen. Wagner le ocultaba su presencia al rey por varias razones. El rey, fervoroso católico romano, desaprobaba las relaciones adúlteras. Era una criatura pálida que adoraba a Wagner más que a nadie. Obviamente nunca fue una relación física en ningún sentido, más allá de que cada uno de ellos cayera de rodillas para llorar a lágrima viva en honor del otro, pero sí fue intensamente romántica, al menos por parte de Luis.

Como todos los reyes, Luis era celoso y posesivo; no veía motivos para no ser el único para el genio al que él dedicaba una idolatría fetichista a la par que lo sostenía financieramente hasta mucho más de lo razonable, flagelando a sus ministros y súbditos hasta producirles un estado de angustia y suspicacia ante la Música del Futuro de Wagner que, mientras vaciaba las arcas del Estado, embaucaba a su dulce, apuesto e ingenuo joven rey vistiéndolo con el risible atuendo del Traje nuevo del Emperador.

Wagner y su amante ocupaban ya el centro de una complicada red emocional de amores hetero- y homosexuales reprimidos, anhelos y tensiones sociales a la que Nietzsche se vería arrastrado. Cosima era la segunda de las tres hijas ilegítimas del compositor Franz Liszt y la condesa Marie d'Agoult. La paternidad del propio Wagner era, por su parte, poco clara y cuando necesitó una figura paterna, Liszt había llenado el vacío tanto musicalmente como a efectos prácticos. En 1849, Liszt había proporcionado el dinero para que Wagner huyera de Dresde y le había facilitado la obtención de un pasaporte falso. Desde entonces le había ayudado económicamente apoyando su nueva música revolucionaria durante un largo periodo. Lizst era tanto el padre musical como el padre financiero de Wagner.

Aunque Wagner era mejor director, Liszt era un pianista infinitamente superior. De hecho, fue él quien inventó la profesión de concertista de piano internacional. Lo adoraban como a un semidiós del teclado desde San Petersburgo a Constantinopla y en la mayoría de los puntos intermedios. Heinrich Heine acuñó el término *lisztomanía* para la histeria de masas que había desatado. Las mujeres se desmayaban y se mecían como trigales en su presencia. Robaban las colillas de sus puros de los ceniceros y las conservaban como reliquias sagradas. Se llevaban las flores que adornaban las tarimas de sus conciertos. Aunque no cabe la menor duda de la vigorosa heterosexualidad de Wagner (motivo de ira de sus dos esposas, pues tenía una nueva amante joven casi por cada ópera), se echaba a llorar cuando se

arrodillaba para besar la mano de Liszt. En términos de sentimientos y sentimentalidad, Wagner se ajustaba a las convenciones de una era de culto viril al héroe, sin restricciones ni vergüenza.

Cosima no era la hija preferida de Liszt. Con algo de patito feo desgarbado de fuerte personalidad, era una *belle laide* de cara alargada, la viva imagen de su padre. Compartía el inmenso carisma del compositor, su altura, su característica nariz romana y su aspecto lánguido, rasgos que, atractivos en un hombre, le conferían a ella un aire de inaccesibilidad casi divina que resultaba irresistible para ciertos intelectuales de baja estatura, entre ellos, Wagner y Nietzsche.

En esa comida de Lunes de Pentecostés con Nietzsche, Cosima estaba todavía casada con Hans von Bülow. Previamente, Von Bülow había sido el discípulo más prometedor de Liszt. Ahora era el principal director de las obras de Wagner. También era, en esa maraña íntima de relaciones músico-eróticas, el *Kapellmeister* [maestro de capilla] del rey Luis.

Cosima se había comprometido a casarse con Von Bülow cuando todavía no había cumplido los veinte años y se había sentido arrobada por un concierto en Berlín dirigido por él. El programa del concierto incluía la primera interpretación de la música de la Venusberg del *Tannhäuser* de Wagner. Von Bülow se le había declarado esa misma noche. Ambos estaban enamorados de Wagner y completamente extasiados por su gloriosa música. Uno se pregunta a quién estaba cortejando él y a quién estaba aceptando ella. Numerosas versiones sobre la personalidad de Von Bülow siembran dudas acerca de su sexualidad. Parecen proceder de la extraña carta que le escribió al padre de Cosima, Liszt, con ocasión del compromiso:

«Siento por ella más que amor. La idea de acercarme más a usted abarca todos mis sueños de lo que, sea lo que sea, podría concedérseme en esta tierra; usted, al que considero el arquitecto principal y el diseñador de mi vida presente y futura. Para mí, Cosima es superior a todas las mujeres, no sólo porque lleva su apellido sino porque se parece mucho a usted…».[19]

Al año de su boda, Cosima estaba desesperada. Había cometido un terrible error. Pidió a uno de los amigos más íntimos de su marido, Karl Ritter, que la matara. Cuando éste se negó, amenazó con ahogarse en el lago y sólo la disuadió el que él dijera que, si lo hacía, él tendría que imitarla. El matrimonio prosiguió mientras ella realizaba repetidas tentativas de contraer enfermedades fatales.[20] Tanto Cosima como Von Bülow eran fervorosos admiradores de la música de Wagner y una noche, éste se fijó en que «ella se

encontraba en un estado extrañamente excitado que se delataba en una ternura convulsivamente apasionada hacia *mí*».[21]

Por entonces, Wagner seguía casado con su primera esposa, Minna, pero a su muerte, la situación se desenredó por sí sola. En el ínterin, Cosima había dado dos hijas a Von Bülow, pero eso no supuso ningún impedimento para que engendrara otras dos de Wagner, mientras mantenía el matrimonio de conveniencia y se quedaba embarazada por tercera vez de Wagner.

Cuando Nietzsche acudió a comer a Tribschen, Cosima estaba de ocho meses, un detalle del que el cándido Nietzsche parece no haberse percatado mientras disfrutaba de la agradable compañía de la amplia comunidad de la casa, que constaba de las cuatro hijas de Cosima, una institutriz, una cuidadora, un ama de llaves, una cocinera y dos o tres sirvientes, el joven Hans Richter, que era por entonces el secretario, copista musical y *maître de plaisir* de Wagner, encargado de organizar conciertos y diversiones; además también estaban el inmenso terranova negro *Russ*, que ahora reposa enterrado junto a su amo en Bayreuth, y el fox terrier gris de Cosima al que ella había bautizado como *Kos* para que nadie abreviara su propio nombre a «Cos», el caballo *Fritz*, ovejas, gallinas y gatos, un par de faisanes dorados y un par de pavos reales de cría llamados *Wotan* —como el padre de los dioses en la mitología alemana que es la causa de todos los problemas en el *Ring* de Wagner— y *Fricka*, por la esposa estridentemente posesiva de Wotan, que guardaba cierto parecido con Cosima.

4

Naxos

> Frau Cosima Wagner es el ser de naturaleza más noble que existe, con diferencia, y, por lo que a mí respecta, siempre he considerado su matrimonio con Wagner como un adulterio.
>
> Borrador de *Ecce homo*

Desgraciadamente, no ha sobrevivido ningún registro de lo que hablaron Nietzsche y Wagner durante la comida. Poco podemos saber por la tibia entrada del diario de Cosima: «En la comida, un filólogo, el profesor Nietzsche, al que R. había conocido en casa de los Brockhaus y que conoce a fondo las obras de R. e incluso cita fragmentos de *Ópera y drama* en sus clases. Una visita tranquila y agradable».[1] El entusiasmo de Wagner hacia su invitado parece haber sido mayor. Al despedirse de él le dio una fotografía firmada y le apremió a que volviera. Tres días más tarde, mandó a Cosima que escribiera una invitación a Nietzsche para el siguiente fin de semana, cuando celebrarían el cumpleaños del Maestro, el 22 de mayo. Nietzsche excusó su asistencia aduciendo que estaba demasiado ocupado preparando su conferencia inaugural sobre Homero, que tenía que impartir el día 28. Wagner contestó urgiéndole a que le visitara cualquier fin de semana: «Venga, sólo tiene que enviarme unas líneas por adelantado».

El compositor se estaba aferrando al filólogo como una lapa al casco del Holandés Errante. Mientras que el entusiasmo de Nietzsche por Wagner no resulta demasiado sorprendente, el de Wagner por Nietzsche, sí. El genio de Wagner tenía en sí una fuerza aniquiladora. La gente interesante podía dejarse arrastrar al círculo encantado o bien quedarse en la oscuridad exterior; no había medias tintas. Un acólito se describió a sí mismo como perfectamente satisfecho con ser una nota al pie de la historia privada de Wagner, un factótum, una pieza más del mobiliario intelectual, pero Wagner vio el potencial para algo más que ser un simple mueble en el profesor Nietzsche: un futuro hombre influyente en el mundo intelectual que era un apasionado amante de su música y un soberbio filólogo y clasicista.

Aunque con frecuencia a Wagner lo trataban adulándolo como profesor Wagner, no lo era. Su educación estaba llena de lagunas. No leía ni latín ni griego, pero su gran Obra de Arte del Futuro, el *Ring*, estaba concebida como un renacimiento de la tetralogía griega tal como se había representado en los Festivales Griegos en la época de Esquilo y Eurípides. Un reinventor del drama clásico que sólo sabía leer a los clásicos en traducciones podría sacar mucho provecho del imprimátur intelectual de Nietzsche.

Además, Wagner se estaba acercando a la finalización de las cuatro óperas que componían el ciclo del *Ring* y se había dado cuenta de que requería jóvenes emergentes como el rey Luis y Nietzsche que lo defendieran. El *Ring* era demasiado avanzado para las viejas mentalidades. Jóvenes de ojos iluminados debían atraer el dinero para esta obra teatral revolucionaria que necesitaba sumas ingentes, así como considerable empuje, para llevarla a escena. Dado que consistía en catorce horas de música interpretada a lo largo de cuatro días, requería la construcción de un tipo de espacio completamente nuevo en el que pudiera representarse: una ópera diseñada como un anfiteatro griego, pero cubierto para un clima frío. Alemania estaba llena de teatros barrocos y rococós, pero su acústica no era buena y sus espacios escénicos resultaban demasiado pequeños para la orquesta de cien músicos que requieren algunas partes del *Ring*. Incluso hoy en día en la Royal Opera del Covent Garden londinense, el foso es demasiado pequeño y las arpas y tambores se desbordan por los palcos a ambos lados.

Nietzsche aceptó la invitación abierta a volver a Tribschen a la primera ocasión que se le presentó tras su conferencia. Ésta llegó el sábado 5 de junio, sin que aparentemente tuviera la menor idea del avanzado estado de gestación de Cosima. El diario de ésta de esa jornada registra que pasaron una velada «soportable». Ella dio las buenas noches alrededor de las once, subió las escaleras y empezaron los dolores de parto.

La comadrona llegó a las tres de la madrugada, y a las cuatro, «gritando de un dolor agudo y desquiciante», Cosima dio a Wagner su primer hijo varón, cuyos vigorosos chillidos llegaron al Salón Naranja, donde Wagner esperaba en tensión. El niño nació a la misma hora en que el encendido resplandor del alba iluminaba intensamente el Rigi con una riqueza de colores «jamás vista». Wagner se deshizo en lágrimas. Desde el otro lado del lago llegó el sonido de las tempranas campanadas del domingo que tañían en Lucerna. Cosima lo interpretó como un buen augurio, un saludo al niño que sería hijo de Wagner, su heredero, y «futuro representante del padre para todos su hijos», todos los hijos que hasta ese momento eran cuatro simples

niñas: Daniela y Blandine, las dos hijas legítimas de Cosima, e Isolde y Eva, a quienes el mundo creía engendradas también por Von Bülow pero que de hecho eran de Wagner, pese a que las había tenido mientras todavía vivía con Von Bülow.

Wagner se pasó la mañana junto a la cama de Cosima, cogiéndole la mano. Salió a la hora de comer para darle a Nietzsche, el único invitado en la casa, la gloriosa noticia de la llegada de Siegfried. Curiosamente, Nietzsche ni se había enterado de lo sucedido por la noche. Tribschen, aunque sea una casa grande, no es de planta extensa. Sus habitaciones se encuentran una sobre otra, verticalmente. El ruido se desplaza arriba y abajo por la escalera por la que la comadrona había estado yendo y viniendo. Además, el parto de Cosima fue, según su propio relato, tan poco silencioso como la llegada de Siegfried. Pero a Nietzsche nada de eso le había parecido extraño o anómalo.

Como fuera, el caso es que Wagner consideraba a Nietzsche una presencia afortunada enviada por los dioses. Dado que para él no existían las coincidencias, fue el destino el que había escogido al joven e inteligente profesor como espíritu guardián de Siegfried. Wagner fantaseaba que cuando llegara el momento de que el chico partiera al mundo por su cuenta, sería guiado por Nietzsche, mientras él y Cosima los observaban desde lejos; como Wotan, el padre de los dioses, vigiló la educación de Siegfried, el joven guerrero, héroe del *Ring*, que redimiría el mundo.

Nietzsche tuvo el tacto de marcharse poco después de comer, pero la voluntad de Tribschen era indomable y ya al día siguiente, Cosima le escribió dándole gracias por un libro, y en la carta adjuntaba dos ensayos de Wagner y una invitación para que los devolviera en su próxima visita. Ocho días después ella le escribió a Von Bülow pidiéndole el divorcio. Finalmente, se lo concedió, tras una profusa correspondencia con el padre de Cosima, el libidinoso *abbé* Liszt, un devoto aunque nada ortodoxo católico que se negaba a que su hija imitara su propia libertad sexual. Seguramente, Liszt también estaba un poco resentido, debido a la edad. Cosima tenía treinta y un años y Wagner, con cincuenta y seis, era sólo dos más joven que él. En cuanto a Von Bülow, asumía la mitología atribuida a Tribschen, en la que Cosima era Ariadna y él, Teseo —después de todo, no era más que un simple director de orquesta y pianista—, aunque el genio musical Wagner, «este hombre maravilloso al que hay que venerar como a un dios» cuya música era «un acto de liberación de la sordidez de este mundo»,[2] era quien hacía las veces del verdadero Dioniso. Así que entraba en el orden natural de las cosas que un

simple mortal cediera a su mujer a un dios. Wagner no podía estar más de acuerdo.

Más tarde, Nietzsche también suscribiría esa disposición del universo, quitando de en medio a Wagner para ocupar él mismo el lugar del dios, pero todavía faltaba mucho para eso. Por el momento, pasó las semanas que siguieron al nacimiento de Siegfried cumpliendo con sus deberes como profesor en Basilea antes de volver al laberinto de Tribschen, donde estaban la majestuosa Cosima y cuanto lo estimulaba, excitaba o atraía.

Engels describió Basilea despectivamente como una ciudad árida llena de levitas, sombreros de tres picos, filisteos, patricios y metodistas.[3] Ciertamente no poseía nada que hiciera sombra a las innovaciones extravagantes de Tribschen. La conferencia inaugural de Nietzsche había tenido un considerable éxito y ahora debía impartir unas cuantas conferencias más, todas interesantes, pero no especialmente emocionantes, sobre Esquilo y los poetas líricos griegos. Sin embargo, Basilea sí tenía algo de interés, en la persona de su colega docente Jacob Burckhardt y en sus clases sobre el estudio de la historia.

Burckhardt y Wagner serían las dos grandes influencias en el pensamiento de Nietzsche durante los dos años siguientes, en los cuales ordenó sus ideas para su primer libro, *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música* (*Die Geburt der Tragödie*). Ambos tenían aproximadamente la edad que habría tenido el padre de Nietzsche de estar vivo, pero hasta ahí llegaban las semejanzas.

Ninguna boina de terciopelo adornaba la casi rapada cabeza de Burckhardt, y dentro de ella tampoco había ideas nacionalistas. Se contaba que no soportaba que se mencionara el nombre de Wagner en su presencia. Huesudo, brusco e inteligente, era un hombre que protegía su intimidad como un neurótico, se vestía sin llamar la atención y le desagradaba profundamente cualquier forma de pompa, pretenciosidad o fama. Vivía en dos habitaciones encima de una panadería y nada le gustaba tanto como que le tomaran por el panadero.

Revolucionario con atuendo burgués, las deslumbrantes ideas de Burckhardt se basaban en una profunda erudición que transmitía con una prosaica sencillez, lo que le hizo merecedor del respeto en Basilea, dado el contexto de querencia a la sobriedad y la moderación de la ciudad. Su estilo, de un laconismo telegráfico, contrastaba marcadamente con el de Wagner, el tormentoso y elegante artista de lo sublime, que era visto con gran suspicacia mientras vagabundeaba por Europa, viviendo a cuenta de reyes y provocando

revueltas culturales internacionales desde el refugio del promontorio rocoso de Tribschen.

El Burckhardt que con los dedos manchados de tinta caminaba por el casco antiguo de Basilea en su traje negro y su sombrero negro flexible, era una de las ordinarias seguridades tan queridas en la ciudad que confirmaban que todo iba bien, que la rutina funcionaba. Si llevaba una gran carpeta azul bajo el brazo, más interesante aún: significaba que iba de camino a impartir clase. Sus clases eran inmensamente populares. Nietzsche las tenía en mucha consideración. Burckhardt hablaba sin leer notas, utilizando un lenguaje informal y cotidiano. Enunciaba sus palabras como si simplemente estuviera pensando en voz alta, pero se decía que había ensayado cuidadosamente incluso sus pausas y digresiones espontáneas en sus habitaciones de encima de la panadería.

Burckhardt y Nietzsche adquirieron la agradable costumbre de pasear hasta una posada que había a unos cinco kilómetros de la ciudad para compartir la comida y un poco de vino. Mientras caminaban, hablaban del mundo antiguo y del nuevo, y de «nuestro filósofo», que era como llamaban a Schopenhauer, cuyo pesimismo sintonizaba con la opinión de Burckhardt de que la cultura europea se estaba sumiendo en una nueva barbarie en forma de capitalismo, cientifismo y centralización del Estado. En la era de las unificaciones de Alemania e Italia, Burckhardt condenaba el Estado monolítico moderno porque era «adorado como un dios y gobernaba como un sultanato». Una estructura así, creía, sólo daría lugar a lo que denominaba *terribles simplificateurs*, demagogos pertrechados con todas las armas potencialmente letales proporcionadas por la industrialización, la ciencia y la tecnología.

Burckhardt no creía en nada, pero no consideraba esa convicción ningún impedimento para comportarse éticamente. Sentía una gran aversión hacia la Revolución francesa, así como hacia Estados Unidos, la democracia de masas, de la uniformidad, el industrialismo, el militarismo y el ferrocarril. Nacido en el mismo año que Karl Marx, Burckhardt era un anticapitalista que despotricaba contra lo que denominaba «el tinglado íntegro de poder y dinero»,[4] pero también era antipopulista, un pesimista conservador que creía seriamente que las masas tenían que ser salvadas de sí mismas, sobre todo de su propia inclinación a entronizar la mediocridad y a degradar el gusto, rebajándolo todo a lo que él y Nietzsche coincidían en considerar la vulgaridad y la confusión de la cultura popular.

Burckhardt y Nietzsche estaban obsesionados por el espectro cada vez más real de la guerra entre Francia y Alemania. Napoleón había sido el *terrible simplificateur* de Francia, y ahora Bismarck se había puesto las botas militares con tachuelas de Napoleón para convertirse en el *terrible simplificateur* de Alemania. Napoleón había utilizado su conquista militar de Europa como arma de imperialismo cultural, y para Burckhardt estaba claro que Bismarck estaba preparándose para causar los mismos estragos. Todos los tiranos sufrían peligrosamente de un complejo de Eróstrato, creía Burckhardt, refiriéndose a Eróstrato de Éfeso, que incendió el templo de Artemisa en Éfeso, destruyendo ese símbolo icónico de la cultura sin más motivo que el deseo de que su propio nombre pasara a la historia hasta el final de los tiempos.

Wagner, que siempre fue un creyente en las estructuras ideológicas, admiraba inmensamente a Bismarck y el nacionalismo alemán, mientras que Burckhardt, que era un devoto europeísta, veía en el ascenso descompensado de un país un peligro para la integridad cultural. Wagner consideraba a los judíos y a su cultura un elemento ajeno que no podía pertenecer a ninguna nación europea y que sólo provocaría la disolución de los preciosos rasgos nativos. Burckhardt consideraba la cultura judía una levadura universal del pan europeo.

Nietzsche creía que nada distingue tanto al hombre del patrón general de su época como el uso que hace de la historia y la filosofía.[5] La estimulante idea de Burckhardt consistía en que la historia coordina, y por tanto no es filosófica, mientras que la filosofía subordina y por tanto es ahistórica. Esta idea de que una filosofía de la historia era una contradicción sin sentido fue una de las principales diferencias con sus contemporáneos. Otra era su rechazo visceral a la anulación del individuo dentro del Estado. Mientras que los demás historiadores de primera línea, como Leopold von Ranke, se ocupaban cada vez más de las fuerzas objetivas de la política y la economía, Burckhardt estaba persuadido con la misma convicción de la fuerza de la cultura y de la importancia que el individuo podía tener en la historia. También cuestionaba la moda de ver la historia como un proceso de recolección de datos de documentos y a partir de ellos ofrecer un relato «objetivo». Cuestionaba hasta la noción misma de objetividad: «Para cada ojo, los contornos de una civilización distinta ofrecen una imagen distinta […] y los mismos estudios que han servido para esta obra, con facilidad, en otras manos, no sólo recibirían un tratamiento y una aplicación

completamente distintos, sino que también llevarían a conclusiones esencialmente distintas».[6]

Tanto para Burckhardt como para Nietzsche, la helenización del mundo había sido el acontecimiento más importante de la historia. El objetivo de la Edad Moderna no era deshacer el nudo gordiano de la cultura griega siguiendo los pasos de Alejandro, y luego dejar sus puntas deshilachadas agitándose en todas direcciones. Se trataba, más bien, de atarlo: entretejer el pálido contorno del helenismo en la cultura de la modernidad. Pero mientras que eruditos anteriores como Goethe, Schiller y Winckelmann habían logrado componer esa urdimbre neoclásica presentando Grecia como el otro mundo ideal —sosegado, sereno, perfectamente proporcionado y esencialmente imitable en tanto uno conociera a los clásicos—, Burckhardt escribió una serie de libros que revisaban esta idealización plana y de color de rosa del mundo clásico y de su primer imitador, el Renacimiento.

El carácter sanguinario de la Roma decadente ya era bien conocido, pero Burckhardt, en su serie de libros y conferencias sobre el mundo antiguo y sobre el Renacimiento, demostró que la barbarie extrema no era un traspié cultural que se daba cuando una civilización se deslizaba hacia la decadencia, sino que más bien se trataba de una parte necesaria del tejido de la creatividad. A menudo se considera a Burckhardt el padre de la historia del arte, que contaría, entre sus distinguidos discípulos, a especialistas como Bernard Berenson y Kenneth Clark, pero, a diferencia de sus seguidores, que presentaban la Italia del Renacimiento como una idealizada arcadia intelectual, *La cultura del Renacimiento en Italia* de Burckhardt incluye relatos que erizarían el cabello sobre las cortes de las pequeñas ciudades-Estado italianas, cuentos de torturas y brutalidad que no disgustarían a Calígula ni a las hijas del rey Lear. La historia de Burckhardt no negaba lo dionisíaco, los bajos impulsos crueles e inmisericordes que surgían de la necesidad absoluta de crear su contrario: claridad, belleza, armonía, orden y proporción.

Burckhardt era un hombre que protegía su vida privada como un neurótico, además de ser obsesivamente discreto, y a Nietzsche le decepcionó que sus largos paseos y charlas no llegaran a convertirse en una amistad íntima y cálida como la que tenía con Wagner, pero mientras éste era incapaz de mantener una relación que no implicara pasión y sentimiento —fuera positivo o negativo—, Burckhardt era en esencia alguien que repudiaba la calidez, un hombre complicado para quien el desinterés por toda influencia

emocional y la liberación de ésta eran necesarios para percibir las verdades éticas más elevadas.

Nietzsche pasó un verano embriagador entre sus intensos debates con Burckhardt y la lluvia de invitaciones de Wagner para que acudiera a Tribschen, donde Wagner, Cosima y él componían un triángulo bien equilibrado de inteligencia, gravedad y admiración mutua.

«En casa de Wagner, los días transcurrían del modo más encantador. En cuanto entrábamos en el jardín, nuestra llegada era saludada por los ladridos de un perro negro enorme, acompañados de las risas de niñas desde la escaleras, mientras, en la ventana, el músico-poeta agitaba su boina negra de terciopelo en gesto de bienvenida. […] No, no recuerdo haberlo visto nunca sentado, ni siquiera una vez, salvo al piano o a la mesa. Iba y venía por el gran salón, moviendo esta silla o aquella otra, rebuscando en sus bolsillos una cajita de rapé o unos anteojos extraviados (a veces habían acabado colgados de brazos de candelabros, pero nunca estaban apoyados en su nariz), agarrando la boina de terciopelo que le caía sobre el ojo izquierdo como un cresta de gallo negra, restregándola entre los puños cerrados, y luego guardándosela en el chaleco para sacarla al instante y volvérsela a poner en la cabeza, y todo mientras no paraba de hablar y hablar. […] Daba rienda suelta a grandes arrebatos: metáforas sublimes, juegos de palabras, barbaridades, un caudal incesante de observaciones fluía en arranques y sobresaltos que alternaban el orgullo, la ternura, la violencia o lo cómico. Con una sonrisa de oreja a oreja, o emocionándose casi hasta las lágrimas, o sumiéndose en un frenesí profético, todos los temas encontraban su expresión en extraordinarios vuelos improvisados […] Abrumados y desbordados por todo eso, nos reíamos y gritábamos con él, compartiendo sus éxtasis, viendo sus visiones, nos sentíamos como una nube de polvo removida por una tormenta, pero también iluminados por su discurso imperioso, aterrador y exquisito a la vez.»[7]

Cuando Wagner le dijo a Nietzsche «Ahora no tengo a nadie con quien hablar tan seriamente como con usted, salvo con la Única [Cosima]»[8] fue un honor sublime, como también fue un gran elogio que la gélida Cosima dijera que lo tenía por uno de sus mejores amigos.

Eran unos momentos en que Cosima tenía las emociones a flor de piel. Su marido no le concedió inmediatamente el divorcio, así que vivía públicamente en pecado con un bebé que lo demostraba, en un estado de ánimo crispado y malsano. La mirada de Wagner ya se desviaba hacia la hermosa Judith Gautier, que era siete años más joven que ella. La supervivencia del pequeño

Siegfried se había vuelto perentoria para garantizar la posición de Cosima. La menor queja infantil del bebé le causaba un terror desaforado y la sumía en morbosas meditaciones sobre la muerte.

Durante ese primer verano, Nietzsche realizó seis visitas a Tribschen. Le dieron su propia habitación, un estudio en la planta alta. La llamaron la *Denkstube* [«la Habitación de Pensar»]. Wagner se enfadaba si no acudía a la mansión con la frecuencia suficiente para usarla.

¿Qué podría resultar más estimulante que sentarse a trabajar mientras escuchaba a Wagner componiendo el tercer acto de *Siegfried*? Qué privilegio podía compararse a oír el extraño proceso de vacilantes interrupciones con el que componía y cuyo sonido subía por las escaleras en el aire perfumado: los pasos —tranquilos o agitados— del Maestro mientras caminaba por la sala, su voz ronca canturreando un fragmento, seguida de un breve silencio mientras se precipitaba al piano para probar las notas. Silencio de nuevo mientras las anotaba. Avanzada la velada llegaba el momento de calma cuando Cosima se sentaba junto a la cuna a pasar a tinta la partitura de la jornada. Durante el día, si ella no tenía nada que hacer, iba con Nietzsche y las niñas de picnic al bosque y contemplaban los reflejos del sol sobre las aguas del lago. El nombre que le daban entre ellos era «la danza de las estrellas».

Tribschen le proporcionó otros gozos hogareños cotidianos que nunca había vivido antes. En su casa, su madre y su hermana lo atendían como a un semidiós, pero Wagner y Cosima no le daban la menor importancia a encargarle recados o enviarlo a comprarles las cosas más banales. Y él se enorgullecía de esas pequeñas tareas.

En una ocasión, nada más volver de una de sus habituales visitas dominicales a Tribschen, preguntó como el que no quiere la cosa a uno de sus estudiantes dónde podía encontrar una buena tienda de seda en Basilea. Nietzsche al final tuvo que reconocer a su alumno que tenía que comprar un par de calzoncillos de seda. Por razones que él sabría, Wagner llevaba ropa interior de seda hecha a medida. Ese trascendental encargo agobió a Nietzsche. Dirigido a la sobrecogedora tienda, sacó pecho en gesto viril, y miró antes de entrar: «Una vez has escogido a un Dios, tienes que adornarlo». **[9]**

Nietzsche ascendió solo al Pilatus, llevándose como lectura el ensayo «Estado y religión», en el que Wagner proponía que la educación religiosa fuera reemplazada por la educación cultural, una propuesta herética que irritó tanto al fantasma contrito de Pilato que sobre el monte se abatió una tormenta eléctrica extraordinariamente feroz. Relámpagos cruzaron el cielo como serpientes blancas. Los truenos estremecían la tierra. Abajo, en villa

Tribschen, los supersticiosos sirvientes de Wagner sacudían las cabezas y se preguntaban qué demonios estaría haciendo o pensando el profesor allá arriba para haber provocado tal furia.

Cuando Nietzsche y Wagner ascendían juntos el Rigi y el Pilatus, a menudo hablaban del desarrollo de la música en el teatro griego. Nietzsche no tardaría en escribir al respecto en su primer libro, *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música*, pero antes impartiría dos conferencias públicas sobre el tema en los primeros meses de 1870. A ellas, le contó con tono irónico a Wagner, asistió un público formado en su mayor parte por madres de mediana edad cuyo deseo de ampliar sus mentes parecía haberse visto un tanto confundido por la complejidad del tema. Lo cual no era muy sorprendente dado que Nietzsche ahondaba en ideas que Wagner llevaba desarrollando unos veinte años, el tiempo que le llevó componer el ciclo de cuatro óperas que conforman *Der Ring des Nibelungen* [«El anillo del nibelungo»].

Wagner empezó a componer el *Ring* cuando era un apasionado joven revolucionario que mediaba la treintena y no lo acabó hasta los sesenta y un años, cuando era una figura admirada internacionalmente y amigo de reyes. Pero los ideales en los que se cimienta el *Ring* nunca se apartaron del espíritu revolucionario de su nacimiento. En 1848, conocido como el Año de las Revoluciones, Wagner estaba listo para las revueltas que estallaron por todo el continente cuando los pueblos de Europa se echaron a las calles exigiendo reformas electorales, justicia social y el fin de las autocracias. Wagner había desempeñado un papel activo en las barricadas del levantamiento de Dresde, que fue rápidamente aplastado. Se emitió una orden de detención contra él, que huyó, supuestamente disfrazado de mujer, a Suiza, donde empezó a trabajar en el *Ring*. En esa época, Wagner no se había topado todavía con la filosofía de Schopenhauer y defendía la filosofía de Ludwig Feuerbach, que inspiró el movimiento Joven Alemania, que pedía la unificación del país, la abolición de la censura, una constitución, la emancipación de las mujeres y, hasta cierto punto, su liberación sexual. En *La esencia del cristianismo*, Feuerbach sostiene que el hombre es la medida de todas las cosas. La idea de dios es una invención humana, una mentira que han perpetuado las clases dominantes para someter a las masas a lo largo de la historia.

Hoy en día cuesta imaginar a Wagner como un progresista político y al *Ring* como un concepto igualitario pensado para liberar las artes del control absoluto de la Iglesia y la Corte y devolver la ópera al pueblo, pero eso es

justamente lo que era. Wagner lo aclara en los tres ensayos que escribió al principio de su exilio político, durante el que mantuvo cinco años de (relativo) silencio musical mientras depuraba sus ideas para la obra de arte del futuro. Los dos primeros ensayos, *Arte y revolución* y *La obra de arte del futuro*, fueron escritos en 1849, poco después de que se exiliara de Alemania por sus actividades revolucionarias y llegara a Suiza.

Cuando Wagner emprendió su carrera en la música, a menos que fueras un instrumentista virtuoso como Liszt (que ciertamente no era su caso: «Toco el piano como una rata toca la flauta»), la única posibilidad de ganarse la vida con la música era convertirse en *Kapellmeister*, director musical, de alguna de las numerosas pequeñas cortes que por entonces constituían el *Bund*. Wagner se hizo *Kapellmeister* de la corte de Sajonia, gobernada por Federico Augusto II, un déspota sumamente civilizado dado el contexto de sus pares. Pero el yugo que suponía el servir en la corte implicaba inexorablemente un constreñimiento musical para un joven *Kapellmeister* avanzado. El gusto de los príncipes de las cortes alemanas raramente era vanguardista y a menudo se dejaba llevar por caprichos, como que se abreviara una interpretación porque al príncipe le dolían las muelas.

A Wagner le enfurecía lo que vivía en la Corte. La sociedad dedicaba a sus propuestas musicales tanta atención como la que prestaba al ruidoso estrépito de tenedores y cuchillos mientras seguía concentrada en lo que verdaderamente importaba de la velada: coquetear y cotillear ante sus espléndidas cenas, o mariposear de palco en palco.

¡La grandeza de la música debía ser reconocida y restaurada! El teatro debía convertirse en el centro de la vida comunitaria, como lo había sido en la antigua Grecia y en Roma. El gran Platón había escrito que «el ritmo y la armonía llegan a los lugares interiores del alma, en donde se aferran con firmeza». Wagner la restauraría para que fuera algo más que un acompañamiento de los cotilleos y del estrépito de la cubertería.

Su nueva Música del Futuro conmovería el alma sin tener que referirse necesariamente al Ser Supremo, sobre cuya existencia albergaba serias dudas la propia alma de Wagner. La ópera del futuro se reubicaría en el panorama cultural más amplio, ocuparía un lugar importante en la vida pública. El teatro de la antigua Atenas sólo abría en días de festividades especiales, cuando el disfrute del arte era, al mismo tiempo, una celebración religiosa. Previamente se habían presentado fragmentos ante las poblaciones reunidas del campo y la ciudad, que asistían con grandes expectativas sobre la elevación de las obras

que se representarían, de manera que Esquilo y Sófocles podían crear los poemas más profundos y tener la seguridad de que serían apreciados.

El ciclo del *Ring* adoptó la forma de tal (imaginado) drama musical helenizado, un ciclo trágico equivalente a la *Orestíada*, pero basado específicamente en mitos y leyendas alemanes y, como tal, pensado para representar —y, de hecho, dar forma— al espíritu pangermano posnapoleónico. A través de su nueva forma de ópera, Wagner se imaginaba purgando la cultura alemana de elementos ajenos, en concreto de todo lo francés y todo lo judío. Lo francés no era bienvenido porque los franceses eran básicamente frívolos con su preferencia por lo elegante sobre lo sublime. Además, suponían un recordatorio siempre presente de la humillación nacional que sufrió Alemania bajo Napoleón. Por no mencionar que también le recordaba a Wagner su propia humillación personal en 1861, cuando la recepción ruidosamente hostil a su ópera *Tannhäuser* le convirtió en francófobo de por vida.

También había que eliminar todo rastro judío. El antisemitismo era inseparable del programa nacionalista de Wagner. Resulta aterradora la lectura hoy en día de su ensayo *El judaísmo en la música*. Al desarrollar sus ideas sobre la autenticidad de la música alemana, llegó a la convicción de que el arte y la civilización del siglo XIX se habían corrompido y envilecido por el capitalismo. El capitalismo lo personificaban los banqueros y comerciantes judíos a lo largo y ancho de Europa. Oportunamente olvidaba el hecho de que los judíos habían sido empujados al sector de las finanzas tras impedírseles por ley el acceso a otras profesiones y actividades comerciales. El antisemitismo de Wagner, como su francofobia, también estaba motivado por razones personales. Tenía celos de los compositores judíos que triunfaban, como Meyerbeer y Mendelssohn, que cosechaban, con diferencia, mucho más éxito que él.

El ciclo del *Ring* comprende cuatro óperas cuya narración, continua y circular como un anillo, demuestra la inevitabilidad de las consecuencias que siguen a una acción. El argumento se basa en el gran mito alemán de los nibelungos, en el que los antiguos dioses nórdicos se comportan no tanto como el Dios judeocristiano sino como, en gran medida, dioses griegos. Son caprichosos, injustos, lujuriosos, mentirosos y completamente humanos. Sus leyendas, tal como las relata Wagner, tienen todo el atractivo de un culebrón.

El relato épico medieval anónimo, *Nibelungenlied,* que se remonta a alrededor de 1200, ya era un símbolo poderoso en la lucha por la identidad nacional alemana y se consideraba un texto que ilustraba el *Volksgeist*, el

espíritu distintivo del pueblo alemán. La ideología nacionalista impregna el *Ring* de Wagner, una obra de arte que ha acabado grabada en piedra durante unos ciento cincuenta años, en los que el peregrinaje a Bayreuth en vestido de gala se ha convertido en un ritual capitalista —y a veces político— sagrado e invariable. Pero debemos conceder a Wagner el crédito de haber concebido su obra monumental con un sentido bastante diferente. Su propósito no era convertirse en un monstruo, sino ser el trampolín que inspirara la obra de arte del futuro. Se representaría en un festival para el *Volk*, la gente corriente, al modo de los festivales de la antigua Grecia. Imaginaba el propio *Ring* como una obra de arte provisional y efímera: «Tras la tercera [representación], el teatro será demolido y mi partitura quemada. A la gente que la disfrutó le diré entonces: "Ahora idos y hacedlo vosotros"».**[10]** Un sentimiento muy generoso teniendo en cuenta que se trataba del trabajo que le había consumido décadas de su vida, sus pensamientos y su ser.

Durante las largas ascensiones de Nietzsche a las montañas que rodeaban Tribschen en compañía del Maestro, le dieron vueltas a la idea del festival del *Ring* como una recuperación de las Antesterias, el festival anual de cuatro días en honor de Dioniso. Bajo ellos rielaban las aguas del lago Lucerna, donde Cosima y las niñas nadaban entre cisnes. El vestido blanco de Cosima se ondulaba con la elegancia de un cisne, según un miembro de un importante grupo de visitantes, todos escritores, que había realizado el peregrinaje a Tribschen desde París.

Aunque la representación del *Tannhäuser* de París en 1861 había sido un fiasco sin paliativos, también había tenido una gran repercusión sobre la vanguardia francesa. Los movimientos simbolista y decadentista leyeron con sumo interés el ensayo de Baudelaire «Wagner y *Tannhäuser* en París».**[11]** El ensayo llamaba la atención sobre la exploración abierta en la ópera de la idea de que la sexualidad y la espiritualidad eran antitéticas pero interdependientes, y también sobre el milagroso logro técnico de Wagner al entreverar sinestésicamente los sentidos entre las palabras y la música en su *Gesamtkunstwerk.*

Entonces tres devotos wagnerianos parisinos acudieron a Tribschen: Catulle Mendès, un poeta decadentista, dramaturgo, novelista y fundador de la revista literaria *La revue fantaisiste*; su esposa, Judith Gautier, y Villiers de L'Isle-Adam, fundador del movimiento parnasiano, que pretendía acabar con el romanticismo sustituyéndolo por un renacimiento neoclásico. El

parnasianismo nunca llegó muy lejos, ensombrecido por el mucho más exitoso movimiento simbolista.

Villiers de L'Isle-Adam, un hombre de constitución frágil, hizo su entrada en Tribschen vistiendo las mallas «Hamlet» acolchadas que se ponía cuando deseaba que se le vieran unas piernas bellas. A Catulle Mendès no le hacía falta disfrazarse para causar impresión: a menudo se lo consideraba el hombre más apuesto de su generación. Su aspecto se comparaba con el de un Cristo rubio, pero su personalidad era cruel, perversa y destructiva; Maupassant lo llamaba «un lirio en orina».[12]

Judith Gautier estaba en la veintena y era hija del poeta y crítico Théophile Gautier. Hizo su entrada como una *Parnasienne* con singular entusiasmo, tras haberse deshecho de corsés y miriñaques para lucir unas telas sueltas al estilo antiguo que dejaban sus volúmenes sin constricciones. Fue Judith la que había propuesto la visita. El alcoholismo de su marido Catulle estaba convirtiéndole en una fuente de sustento cada vez menos fiable y Judith se había hecho periodista y exitosa autora de novelas de subido romanticismo ambientadas en el Misterioso Oriente, donde nunca había estado. La intención del viaje a Tribschen era que escribiera una pieza vibrante sobre Wagner de vuelta a casa, para publicarla en Francia.

Judith era una diosa del instinto y de la sensualidad dionisíaca: alta, de pelo oscuro, pálida, intensamente teatral, desbordante «con la figura exuberante y la despreocupada apatía de una mujer oriental. Uno la imaginaba recostada sobre una piel de tigre, fumando de un narguile», dijo el poeta provenzal Théodore Aubanel, al que la poesía de la joven le parecía «diabólicamente nebulosa», pero su persona, «una maravilla», y su elaborado orientalismo, absolutamente irresistible. Ella se convirtió en una especialista en amar a hombres mucho mayores. Ya había sido amante de Victor Hugo, que era once años mayor que Wagner. Judith sabía muy bien qué efecto producía cuando bajaba sus lánguidos párpados de largas pestañas, exhalando conmovedoramente un suspiro del densamente perfumado aire de Tribschen y acariciando las telas ondulantes y suaves que Wagner amaba.

«En más de una ocasión —contó Catulle Mendès—, nuestra visita matinal lo pillaba [a Wagner] en ese extraño atuendo que la leyenda desde entonces le ha atribuido con frecuencia: bata y zapatillas de satén dorado, con brocados de flores de color perla (porque amaba apasionadamente las telas luminosas, que se desplegaban como llamas o se derramaban en espléndidas olas). Los terciopelos y las sedas abundaban en el salón y en su estudio, generosamente dispersos en grandes montones o hileras torrenciales sin ninguna relación

especial con el mobiliario, simplemente por su belleza y para hechizar al poeta con su esplendorosa calidez.»[13]

Cuando Judith volvió a París, Wagner le escribió cartas con el encabezamiento: «Amada Opulencia». A menudo incluía listas de la compra de los tejidos suaves y los perfumes intensos que ambos adoraban. Ella se los enviaba a diversas direcciones para que Cosima no lo descubriera. El hechizo de Wagner y su música era una religión para Judith, un estado de gracia extasiado, como lo era para Cosima. Ambas recurrían a las mismas lágrimas humillantes y homenajes hiperbólicos en su adoración por el Maestro: «los sonidos que crea son el sol de mi vida» y demás. Pero, aparte de eso, las dos acólitas difícilmente podrían haber sido más distintas. Ceñidamente encorsetada a toda hora, el conde Harry Kessler describió a Cosima como «toda huesos y fuerza de voluntad, un Juan Bautista de Donatello», y su dentista dijo de ella que era una mujer cuyo desprecio de los obstáculos que se interpusieran para conseguir sus propósitos era asombroso.[14] En contraste con el aire dionisíaco irrestricto de Judith, el control de Cosima sobre Wagner era apolíneo, estrictamente intelectual, con frecuencia admonitorio. Ese verano, el diario de Cosima recoge un tremendo programa de lecturas en voz alta entre ambos de la mayoría de las obras de Shakespeare, pero también las interpretaciones al piano de dúos de Beethoven y Haydn. Era una consumada pianista y una severa crítica. Wagner temía su censura como un niño. Y sufría insoportablemente cuando Cosima se negaba a acostarse con él.

Aunque Wagner y Judith no habían sido amantes, el instinto de Cosima requería que no se hubiera cometido ninguna falta. Mientras tanto, su relación cerebral, casta y completamente correcta con Nietzsche se hacía más fuerte e íntima. Por desgracia, ella quemó la correspondencia que mantuvieron, así que debemos basarnos en su diario, que escribió no como un diario íntimo sino como futuro documento público para ilustración e instrucción de sus hijos y la posteridad. Durante el periodo de la visita de Judith Gautier, simplemente describe a Nietzsche como un hombre agradable, culto y en forma. A Judith Gautier y su grupo los menciona como «la gente de Mendès».

Al regresar a París, Judith escribió un artículo sobre los Wagner en casa que no habría desentonado en la prensa rosa. Cosima se sintió horrorizada por la invasión de su intimidad y la vulgaridad de la descarada revelación de Judith de los pequeños detalles cotidianos de su vida privada.

En las pausas mientras componía, Wagner salía con los perros y se iba de excursión a la montaña o hasta un anticuario que le gustaba en Lucerna. Mientras el Maestro estaba fuera de casa, a Nietzsche se le permitía tocar su piano. Tocaba bien, incluso en ese contexto exaltado, y con mayor abandono emocional que Wagner, cuya mente siempre estaba concentrada en los detalles técnicos. Nietzsche se sumía en un estado de trance mientras tocaba, provocando en Cosima (que, al fin y al cabo, era hija de Liszt) un estado de embriaguez alucinatoria.

Cuanto más y más frenéticamente tocaba, más atrapada se sentía ella por «una sensación de temor y estremecimiento», percibiendo que la música liberaba lo demoníaco que llevaba dentro. Para Cosima, como para Nietzsche, la música era una vía de acceso a la esfera del éxtasis divino. La vida cotidiana, afirmaba, de repente se volvía insoportable comparada con la música. Cuando Wagner salía, ambos intentaron varias veces evocar el inframundo con Nietzsche tocando frenéticamente el piano como preludio de la convocatoria de las fuerzas de lo oculto.[15]

En esas Navidades de 1869 lo invitaron a pasar las fiestas en Tribschen. Él fue el único ajeno a la familia, el único invitado. Nunca había vivido unas Navidades como aquellas.

Wagner y Cosima observaban un elaborado ritual navideño. Cosima era una devota católica y Wagner un convencido ateo, pero, año tras año, colaboraban para maravillar a los niños. En Nochebuena seguían la antigua tradición alemana de san Nicolás, el portador de regalos, y el Knecht Ruprecht, que amenaza con azotar o secuestrar a los niños traviesos o desobedientes.

Nietzsche ayudó a Cosima a montar el teatro donde se representaría el ritual. Juntos decoraron el árbol. Cuando todo estuvo en su sitio, la doncella Hermaine fue corriendo a buscar a los niños diciéndoles que oía un tremendo rugido. Entonces apareció Wagner, disfrazado de Knecht Ruprecht, rugiendo a pleno pulmón y sembrando el miedo. Poco a poco, los niños se tranquilizaban con los regalos de nueces que Cosima se había pasado dorando buena parte de diciembre. Apareció entonces el Niño Jesús, distrayendo a los pequeños de la salida de escena de su padre. Se hizo el silencio y la atmósfera se volvió misteriosa cuando el Niño Jesús los llamó a las escaleras oscuras que daban a la galería. La casa entera los siguió en silenciosa procesión. Al

final llegaron ante el árbol de Navidad, profusamente iluminado con velas. Se hicieron los regalos y Cosima dirigió las oraciones de sus hijos.

La semana siguiente parece haber sido muy feliz y hubo mucha cercanía entre Nietzsche y Cosima. Su diario está en blanco tras la entrada de Nochebuena. Sólo se reanuda el 4 de enero, cuando anota que no ha escrito durante una semana entera y que ha pasado la mayor parte del tiempo con el profesor Nietzsche, que se había marchado el día anterior.

El 18 de julio de 1870 se deshizo finalmente el matrimonio de Cosima con Von Bülow. Nietzsche fue invitado a ser testigo de la boda de Cosima y Wagner celebrada en la iglesia protestante en Lucerna el 28 de agosto, pero no pudo asistir. A esas alturas, había estallado la guerra entre Francia y Prusia, como habían temido Nietzsche y Jacob Burckhardt.

El 19 de julio de 1870, el día que Napoleón III de Francia declaró la guerra a la Prusia de Bismarck, Nietzsche estaba en Basilea, en cama a causa de un esguince de tobillo, atendido por su hermana Elisabeth. Lo natural habría sido que la hubiera mandado de vuelta con su madre a Naumburgo, pero no era una opción ni segura ni posible en el caos que se desató inmediatamente después de la declaración de guerra.

«El 19 de julio se declaró la guerra —escribió Elisabeth— y desde ese mismo día Basilea se sumió en una confusión increíble. Llegaban a raudales viajeros franceses y alemanes desde todas partes, de camino a unirse a sus regimientos en sus países. Durante una semana entera parecía casi imposible para las multitudes que arribaban encontrar siquiera un lugar donde pasar la noche en Basilea. Las estaciones de tren rebosaban de gente noche tras noche, y los que no podían soportar el aire sofocante alquilaban toldos para toda la noche.»[16]

Nietzsche llevó a Elisabeth durante una breve visita a Tribschen antes de proseguir camino en una excursión al monte Axenstein. Allí se hospedaron en un inmenso hotel. Mientras se planteaba su futuro, Nietzsche escribió el ensayo *La visión dionisíaca del mundo* (*Die dionysische Weltanschauung*), en el que relacionaba la filosofía de Schopenhauer con el espíritu de la tragedia griega, y también redactó varios borradores de una importante carta al presidente del Consejo de Educación de Basilea:

«A la vista de la situación actual en Alemania, no le sorprenderá mi petición para que se me permita cumplir con mis obligaciones para con mi tierra natal. Por ese motivo me dirijo a usted para, con su amable mediación,

solicitar al honorable Consejo de Educación de Basilea una excedencia para las últimas semanas del trimestre de verano. Mi salud se ha recuperado hasta el punto de que podría, sin ningún temor de las consecuencias, ayudar a mis compatriotas bien como soldado o bien como asistente en una ambulancia […] ante la llamada terrible de Alemania de que cada uno cumpla con su deber *alemán* confieso que cumpliría con mis obligaciones con la Universidad de Basilea sólo como una dolorosa imposición. […] Y me gustaría ver qué suizos aceptarían verse atados a sus cargos en similares circunstancias». La última frase fue tachada y no aparecía en el borrador definitivo.**[17]**

El 9 de agosto escribió a Cosima contándole su intención de irse a la guerra. Ella le respondió el mismo día diciéndole que le parecía demasiado pronto para ofrecerse voluntario. En cualquier caso, una donación de cien puros sería de mayor utilidad para el ejército que la presencia de un diletante. Era un comentario típico de la espontaneidad que la convertía en un ser celestial a ojos de Nietzsche y Wagner, y los rendía impotentes a sus pies.

Las autoridades universitarias le dejaron marchar con la condición de que, dado que era, en todos los sentidos, ciudadano suizo, no debía regresar a su antiguo regimiento sino asumir un puesto no combatiente de auxiliar de ambulancia.

Nietzsche viajó a la ciudad de Erlangen el 12 de agosto para recibir formación como camillero en su gran hospital. Ni siquiera había acabado su curso de instrucción de dos semanas cuando tuvo que enfrentarse a un tren cargado de heridos graves, muertos y moribundos, niños y adultos.

El 29 de agosto, cuatro días después de la boda de Cosima y Wagner, Nietzsche realizó una marcha de once horas para atender a los heridos en el campo de batalla de Wörth, donde los alemanes habían conseguido una gran victoria con un coste humano terrible. Casi diez mil alemanes yacían muertos en el escenario entre ocho mil cadáveres franceses.

Le escribió a su madre sobre el atrozmente devastado campo de batalla: «Por todas partes yacían esparcidos restos dolientes y hedía a cadáver. Hoy vamos a Hagenau, mañana a Nancy, y así sucesivamente, siguiendo al Ejército del Sur.

»Durante las próximas semanas no me llegarán cartas porque estamos en marcha sin parar y el correo viaja sumamente despacio. Ahora no nos llegan noticias de avances militares, no se imprimen periódicos. Las poblaciones enemigas parecen estar acostumbrándose a la nueva situación. Pero se las ha amenazado con la pena de muerte ante la menor ofensa.

»En los pueblos por los que pasamos, se suceden los hospitales. Pronto tendrás noticias mías, no te preocupes por mí».[18]

El 2 de septiembre Nietzsche estaba atendiendo heridos en un tren hospital que viajaba de Ars-sur-Moselle a Karlsruhe. El viaje duró tres días y dos noches. Se lo describió a Wagner en una carta, fechada el 11 de septiembre.

«*Lieber und verehrter Meister*: Así que su casa está acabada y firmemente asentada en medio de la tormenta. Distante como me hallaba, no dejaba de pensar en el acontecimiento y desear lo mejor para ustedes, y me congratulo de ver, por las líneas escritas por su esposa, a quien tan sinceramente estimo, que finalmente fue posible celebrar esas fiestas [la boda y el bautizo de Siegfried] antes de lo que pensábamos la última vez que estuvimos juntos.

»Ya sabe qué riada me alejó de usted y me imposibilitó ser testigo de tales sagrados y tan anhelados acontecimientos. Por desgracia, mi trabajo como auxiliar ha terminado temporalmente, debido a la enfermedad. Mis muchos deberes y misiones me llevaron cerca de Metz [entonces asediada]. En Ars-sur-Moselle nos hicimos cargo de las bajas y regresamos con ellos a Alemania… yo me encargaba de un miserable vagón de ganado en el que viajaban seis heridos muy graves; los atendía, los vendaba, los cuidé solo durante todo el viaje… diagnostiqué gangrena en dos casos… Apenas había entregado mi carga en el hospital de Karlsruhe, cuando empecé a dar claras muestras de que también había caído enfermo. Llegué a Erlangen con dificultades, para presentar varios informes a mi grupo. Entonces tuve que guardar cama, y en la cama sigo. Un buen médico diagnosticó mi afección primero como disentería grave y, más tarde, como difteria […] Así, tras un breve periodo de cuatro semanas, intentando actuar en el mundo, me he visto arrojado de vuelta sobre mí mismo, ¡qué triste situación!»

Durante la crítica primera semana en Erlangen, Nietzsche estuvo al borde de la muerte. Lo trataron con nitrato de plata, opio y enemas de ácido tánico, el tratamiento habitual en la época, cuyo efecto era destrozar de por vida los intestinos del paciente. Al cabo de una semana, su vida ya no corría peligro y lo enviaron con su madre y Elisabeth, que seguían viviendo en la casa de la infancia en Naumburgo. Con dolores terribles y vómitos continuos, dio inicio al que acabaría convirtiéndose en desgraciado hábito durante el resto de su vida de autoadministrarse las medicinas que aliviaban temporalmente los síntomas mientras le dañaban todavía más el organismo. Se ha conjeturado

que Nietzsche contrajo sífilis además de difteria y disentería al cuidar a los heridos en el vagón de tren. Como la cuestión general de si tuvo sífilis, es algo inverificable en un sentido u otro.

Durante su convalecencia se dedicó a preparar clases y seminarios a fondo para el curso siguiente y se mantuvo en contacto con amigos a través de cartas en las que no hace referencia a los horripilantes recuerdos del campo de batalla que debían de haberle obsesionado día y noche. Nietzsche sufría problemas intestinales, ictericia, insomnio, vómitos, hemorroides, un constante regusto a sangre en la boca, además de los terrores psicológicos que le hubiera provocado su presencia en los campos de batalla. A diferencia de Wagner y Cosima, que casi todas las mañanas se contaban sus respectivos sueños antes de que ella los anotara con diligencia en su diario, Nietzsche no confió sus sueños a la posteridad. Sin embargo, sí se permite manifestar una vehemente repugnancia hacia el militarismo y el filisteísmo en general, y hacia la Prusia de Bismarck en particular.

«¡Qué enemigos de nuestra fe [cultura] están naciendo ahora del suelo ensangrentado de esta guerra! Me preparo para lo peor y al mismo tiempo confío en que, aquí y allí, entre la inmensidad de sufrimiento y terror, brotará la flor nocturna del conocimiento.»**[19]**

«[La] funesta y contraria a la cultura Prusia» era la culpable; lejos de revivir el espíritu creativo de la antigua Grecia, Bismarck la estaba transformando en Roma: filistea, brutal, materialista, una máquina de asesinar al por mayor, de barbaridades interminables.

A Nietzsche le indignó el carácter sanguinario y el brutal cinismo de los prusianos cuando dejaron morir de hambre a los franceses en el sitio de París, que se prolongó desde septiembre, cuando cayó enfermo, hasta el enero siguiente.

El espanto de Nietzsche ante la barbarie de la guerra no se circunscribía a los prusianos. En cuanto se hubo formado un nuevo gobierno en Francia, la Comuna de París se rebeló contra él y se comportó con la misma crueldad contra su propio pueblo que los prusianos. Se embarcó en una masacre indiscriminada y frenética: clérigos, presos y simples viandantes inocentes fueron asesinados. Se desató también una guerra contra la cultura. Se destrozaron y derribaron monumentos. Los museos y palacios de París, incluido el de las Tullerías, fueron saqueados e incendiados en un frenesí vengativo y absurdo de destrucción erostrática. En los periódicos de Basilea se informó erróneamente de que también se había destruido el Louvre. Ante tales noticias espantosas de deliberado genocidio cultural, tanto Jacob

Burckhardt como Nietzsche corrieron a la calle a buscarse. Al reunirse, se abrazaron, desconsolados y mudos.

«Cuando me enteré de los incendios en París, durante muchos días me sentí abatido y abrumado por temores y dudas —escribió Nietzsche—. La existencia científica, académica, filosófica y artística entera me parecía un absurdo si en un solo día se podían destruir las más gloriosas obras de arte, incluso periodos completos del arte; me aferré al valor metafísico del arte, que no puede existir por los pobres seres humanos sino que tiene misiones más elevadas que cumplir. Pero incluso cuando el dolor era más intenso, no podía arrojar una piedra contra esos blasfemos, que para mí eran sólo portadores de la culpa general, lo que da mucho que pensar.»**[20]**

Llegadas las Navidades, volvieron a invitarlo a Tribschen. A ojos de sus anfitriones, se había convertido heroicamente en el filósofo-guerrero, pero su experiencia del campo de batalla había abierto un gran abismo entre ellos y él. Había confirmado a Nietzsche como un comprometido europeo, mientras que Wagner y Cosima ardían con un nacionalismo vengativo y jovial. Wagner incluso se negaba a leer las cartas que le enviaban escritas en francés.

La mañana de Navidad, unos sonidos cautivadores recorrieron palpitantes el aire perfumado de la casa. Wagner había introducido en secreto a Hans Richter y una orquesta de quince músicos en la escalera. Interpretaron el *Siegfried Idyll* [«Idilio de Sigfrido»], entonces todavía sin título, que las hijas de Cosima llamaron «la música de la escalera».

—Ahora ya puedo morir —le dijo Cosima a Wagner al oírla.

—Sería más fácil morir por mí que vivir para mí —replicó él.**[21]**

Era un diálogo típico del tono elevado en el que se producían constante y agotadoramente las conversaciones en Tribschen, con frecuencia salpicadas de sollozos y lágrimas. El interludio navideño prosiguió en ese nivel de intensidad para Cosima, que escribió que era como si el *Siegfried Idyll* hubiera sumido su vida en un ensueño. Sentía una exaltación en la que los límites se fundían, una inconsciencia de la existencia física, una felicidad suprema, la dicha más inefable, como si hubiera alcanzado finalmente el objetivo schopenhaueriano de disolver los límites entre la voluntad y la representación.

A Cosima le encantó el regalo de cumpleaños de Nietzsche, el manuscrito de «El nacimiento del concepto trágico», un borrador de *El nacimiento de la tragedia*. Por las noches, Wagner leía fragmentos en voz alta. Cosima y él lo alabaron considerándolo una obra de sumo valor y excelencia.

Wagner y Cosima no hicieron regalos esas Navidades, como gesto de homenaje a aquellos que todavía sufrían las penurias de la guerra. A Nietzsche no le habían avisado. Llegó cargado con el ensayo para Cosima y pequeños regalos para los niños. Para Wagner había elegido cuidadosamente una copia del gran grabado de Durero *El caballero, la muerte y el diablo,* una imagen que desde su creación en 1513 había sido tomada como referencia nacionalista, un símbolo importante de la fe alemana y del valor de los alemanes frente a la adversidad. Wagner lo aceptó muy complacido. Para él, el caballero alemán adquiría el doble simbolismo de ser su héroe Sigfrido que, en la trama del *Ring*, cabalga hacia la redención del mundo, pero también lo representaba a él mismo. Wagner entrando en el escenario musical montado en la Música del Futuro: el caballero que renovaría el espíritu de la cultura alemana que, asfixiado por el filisteísmo y el multiculturalismo, un día sería llamado, como el Sigfrido de la ópera, a destruir los dragones de la cultura importada. Era un regalo bien pensado.

Nietzsche se quedó ocho días, una vez más, como único invitado. Una velada, leyó en voz alta su ensayo sobre la actitud dionisíaca, que luego discutieron. Otra, Wagner leyó el libreto de *Die Meistersinger*. Cosima anota que Nietzsche y ella disfrutaron de la sublime experiencia de escuchar a Hans Richter tocando fragmentos de *Tristán* para ellos dos solos. Mantuvieron una discusión sobre los méritos comparados de E. T. A. Hoffmann y Edgar Allan Poe, y coincidieron en la profundidad de la idea de observar el mundo real como un espectro, que, según Schopenhauer, es la señal que identifica la capacidad filosófica. Una día hizo tanto frío que Nietzsche vivió la inaudita felicidad doméstica de una amigable invasión de su Habitación de Pensar por toda la familia. Era el cuarto más cálido de la casa. Hicieron sus lecturas y mantuvieron sus charlas en amable *sotto voce* como si no quisieran molestar al profesor mientras trabajaba.

El día de Año Nuevo de 1871 se marchó para volver a Basilea. Nietzsche finalmente había decidido tomar medidas ante su creciente desinterés por la filología y su inclinación cada vez mayor hacia la filosofía. En enero escribió otra larga carta al presidente del Consejo de la universidad,[22] planteando la heterodoxa sugerencia de que lo transfirieran al cargo de profesor de Filosofía en Basilea, que acababa de quedar vacante. Sugería, además, que su amigo Erwin Rohde asumiera su puesto de profesor de Filología. Rohde y Nietzsche habían estudiado juntos con Ritschl en Bonn y Leipzig, pero dado que Nietzsche no tenía ninguna titulación en filosofía y que Rohde era un mero

Privatdozent [profesor visitante] en la Universidad de Kiel, a las autoridades les parecieron sorprendentes las peticiones de Nietzsche.

La idea de tener que volver a enseñar filología le produjo una especie de narcolepsia espiritual. Durante todo el mes de enero, su salud se resintió. Los médicos se empeñaron en que pasara un periodo de descanso completo en un clima cálido. Llamaron a su hermana. Después de que ella lo hubiera atendido hasta que recuperó algo parecido a la buena salud, los dos emprendieron un viaje de convalecencia por los Alpes italianos.

«El primer día —escribe Elisabeth— sólo llegamos a Flüelen porque la diligencia, cuyos trayectos habían interrumpido las intensas nevadas durante dos semanas seguidas, sólo pudo reanudar su servicio regular a la mañana siguiente. En nuestro hotel nos topamos con Mazzini, quien, bajo el nombre falso de Mr. Brown, viajaba en compañía de un joven.» Giuseppe Mazzini era un colega de Garibaldi. Lo habían sentenciado a muerte en su propio país y pasaba buena parte de su exilio haciendo planes para crear una república unificada en Italia. Como muchos de los republicanos y anarquistas internacionales de la época, Mazzini encontró refugio en Londres, desde donde planeó la invasión y conquista de Italia por todos los exiliados políticos que allí vivían. La por lo demás arrojada revolucionaria Jane Carlyle se apresuró a excusar su participación, debido a su propensión al mareo, pero fue la única en echarse atrás. El plan consistía en salir de Inglaterra en globos, ya que acababa de inventarse un método práctico para guiarlos. Mazzini creía, con cierta razón, que una campaña así sumiría en la confusión a los tiranos borbones que ocupaban el trono de Italia.[23]

«Este noble fugitivo —prosigue Elisabeth—, encorvado por la edad y la pena, que sólo podía entrar en secreto y con un nombre falso en la patria que tan profundamente amaba, me pareció una figura extraordinariamente conmovedora. El viaje completo por el San Gotardo en diminutos trineos preparados para transportar a sólo dos personas fue emprendido con tan buen tiempo que el lúgubre escenario, así como el paisaje invernal de oro, azul y blanco, nos pareció increíblemente hermoso. La compañía intelectual de Mazzini, que de buena gana se unió a nosotros dos en todas las paradas, y un accidente que nos aterrorizó mientras descendíamos el camino zigzagueante que llevaba desde las vertiginosas alturas del San Gotardo al valle de Tremola, como si fuéramos sobre unas alas (el pequeño trineo que nos antecedía cayó con sus pasajeros, el cochero y el caballo más de sesenta metros. Por fortuna nadie resultó herido, gracias a la nieve blanda), en fin, todo eso combinado convirtió el viaje en un acontecimiento singular de un

encanto inolvidable. La siguiente frase de Goethe, que Mazzini citaba repetidamente con su acento extranjero al joven que le acompañaba, se convirtió desde entonces en una de las máximas favoritas de por vida para mi hermano y para mí misma: *Sich des Halben zu entwöhnen und im Ganzen, Volen, Schönen resolut zu leben* [«Excluye el compromiso y vive resueltamente en lo que es íntegro, completo y hermoso»]. Las palabras de despedida de Mazzini fueron muy conmovedoras. Me preguntó adónde nos dirigíamos. Le respondí: "A Lugano, que, según dicen todos, es una especie de paraíso". Él suspiró, esbozó brevemente una sonrisa y dijo: "Para la juventud, el Paraíso está en cualquier parte".»[24]

El 12 de febrero llegaron a Lugano, donde se sumieron en el ensueño lúcido, como de Montaña Mágica, del gran hotel burgués de la época. Elisabeth tomó nota de la presencia de cualquier personaje notable, por menor que fuera, y entre ellos el más destacable a sus ojos fue el conde Von Moltke, hermano del gran mariscal de campo. Había juegos de salón, representaciones teatrales, conciertos y agradables excursiones al cercano y bello monte Brè. En tanto soltero y profesor de veintisiete años, Nietzsche era muy buscado y hasta idolatrado. Con elegancia ascendió más trecho del monte Brè que el resto del grupo. Sacó un ejemplar del *Fausto* del bolsillo y se puso a leerlo, «mientras nuestras miradas vagaban sobre el esplendoroso paisaje primaveral y se embriagaban con los exuberantes matices del mundo. Al final dejó caer el libro y, con su voz melodiosa empezó a hablar sobre lo que acababa de leer y lo que nos rodeaba, como si nos hubiéramos deshecho de toda nuestra mezquindad y estrechez de miras norteñas, y nos hubiéramos hecho acreedores de sentimientos y propósitos más elevados, y ahora, con más valor y alas más ligeras pudiéramos, con toda nuestra energía, ascender a la cumbre más alta para buscar el sol».[25]

Por desgracia, Von Moltke se resfrió mientras hacía una excursión por el lago. «Para consternación de todo nuestro grupo, murió —anotó Elisabeth, pero eso no hizo mella durante mucho tiempo en su ánimo alegre—: Qué días felices y sin nubes fueron las tres semanas que pasamos en Lugano; nos rodeaba el aroma de violetas, el sol y el liviano aire de las montañas y la primavera. Todavía recuerdo cómo bromeábamos y nos reíamos, con espíritus juguetones participamos incluso en las diversiones disipadas del carnaval. Mediada la Cuaresma nos invitó un noble italiano a Ponte Tresa. Cuando ahora recuerdo cómo nosotros, los alemanes del Hôtel du Parc,[26] bailábamos juntos y con los italianos en el mercado al aire libre (todavía me acuerdo

vívidamente de Fritz, bailando con alegría una danza en corro), todo me parece un verdadero sueño de carnaval.»

Mientras Elisabeth escribía sobre alegres danzas campesinas, su hermano escribía su primer libo, *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música*, en el que recogía las conclusiones a las que había llegado durante los años de reflexión en un estilo no filológico sobre el origen y el propósito de la tragedia griega y su importancia imperecedera en el presente y el futuro de la cultura.

5

El nacimiento de la tragedia

> Casi todo lo que nosotros denominamos «cultura superior» se basa en la espiritualización y profundización de la crueldad… La crueldad es lo que constituye la dolorosa voluptuosidad de la tragedia.
>
> *Más allá del bien y del mal*,
> «Nuestras virtudes», sección 229

La repercusión del primer libro de Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música*, ha resultado mucho mayor que las limitadas y temporales preocupaciones que impulsaron a Nietzsche a escribirlo. El libro se originó, al menos en parte, como el apasionado ataque de un joven contra la degeneración cultural de su época, y en parte como un manifiesto para la regeneración cultural del recientemente unificado Estado de Alemania a través de la visión de Richard Wagner. La obra perdura como una percepción revolucionaria de las elusivas transacciones entre lo racional y lo instintivo, entre la vida y el arte, entre el mundo de la cultura y la reacción humana a él.

El famoso inicio del libro nos explica que, del mismo modo que la procreación depende de la dualidad de los sexos, así el continuado desarrollo del arte y la cultura a lo largo de las eras depende de la dualidad de lo apolíneo y lo dionisíaco. Como los dos sexos, están enzarzados en una lucha continua sólo interrumpida por periodos pasajeros de reconciliación.

Identifica lo apolíneo con las artes plásticas, en particular la escultura, pero también la pintura y la arquitectura, así como con los sueños que, antes de Freud, no representaban la confusa erupción de efluvios subconscientes de culpa, sino que todavía conservaban su antiguo significado de profecía, ilustración y revelación. Las cualidades de Apolo más o menos pueden resumirse como lo aparente, lo descriptible; en términos schopenhauerianos se corresponderían aproximadamente con la «representación». El mundo de Apolo está conformado por individuos morales, racionales, «el *principium individuationis*, a través de cuyos gestos y miradas todo el placer, la sabiduría y la belleza de la “apariencia” nos hablan».**[1]**

Las artes propias de Dioniso son la música y la tragedia. Dioniso, el hijo nacido dos veces de Zeus, era percibido en la antigua Grecia como hombre y como animal. Representaba un mundo encantado de experiencias extraordinarias que trascendía los límites existenciales. El dios del vino y la embriaguez, de la bebida y las drogas, de la locura y el éxtasis rituales, el dios del mundo de ficción del teatro, de la máscara, de la encarnación y la ilusión; el dios cuyas artes subvierten la identidad normal o individual de sus seguidores en tanto los transforman.

La música y la tragedia son ambas capaces de anular el espíritu individual y despertar impulsos que, en sus formas exaltadas, hacen que la subjetividad se consuma en un completo olvido de sí, mientras que el espíritu es transportado místicamente a un estado trascendental de dicha u horror. En la tragedia ática, uno de los nombres de Dioniso era «el que come carne cruda». Sólo a través del espíritu de la música podemos entender el éxtasis implicado en la inmolación de uno mismo. Puede pensarse en los asistentes a los festivales de rock actuales, o en Nietzsche describiendo su reacción a *Tristán* como si hubiera apoyado la oreja contra el corazón de la voluntad universal y percibido la tumultuosa alegría de vivir como un torrente atronador. Para sus propios contemporáneos, él ilustra la idea con una referencia con la que estarían familiarizados: las multitudes frenéticas que habían recorrido la Alemania medieval con la febril necesidad de cantar y bailar, los denominados cantantes y danzantes de san Juan y san Vito. (Wagner se había referido elípticamente a ellos en *Die Meistersinger von Nürnberg*.) En ellos, Nietzsche reconocía los coros báquicos de los griegos. La embriaguez, la música, el canto y la danza eran las actividades en que el *principium indivuationis* se perdía. Ahí estaba la respuesta dionisíaca al dolor de la vida.

¿Dónde empezó el pesimismo de los griegos, su atracción hacia el mito trágico, hacia lo temible, lo perverso, lo cruel, hacia el hombre carnívoro, lo orgiástico, lo enigmático y destructivo? El genio de la tragedia griega, nos dice, radica en que a través del milagro de la voluntad helénica, lo apolíneo y lo dionisíaco se presentan emparejados. El dramaturgo griego presocrático es un artista del sueño apolíneo y del éxtasis dionisíaco al mismo tiempo, y eso se logra mediante el coro.

El coro, sostiene Nietzsche, representa el origen de la tragedia y es una representación del estado dionisíaco. La introducción del coro es una negación del naturalismo. Nietzsche nos advierte contra la cultura de su propio tiempo: «… con nuestra actual veneración de lo natural y lo real,

hemos llegado al polo opuesto de todo idealismo y hemos aterrizado en la región de las figuras de cera».[2]

Para entender la muerte de la tragedia griega, sólo tenemos que pensar en las máximas socráticas: que la virtud es conocimiento, que todos los pecados surgen de la ignorancia y que el hombre feliz es el hombre virtuoso.

En este planteamiento fundamentalmente optimista y racional radica la extinción de la tragedia. En las obras posteriores a Sócrates, el héroe virtuoso debe ser dialéctico. Debe existir un vínculo necesario y visible entre la virtud y el conocimiento, entre la fe y la moral. Sócrates reduce la justicia trascendental de Esquilo al «simple e impúdico principio de la justicia poética».

Sócrates es el «mistagogo de la ciencia» en cuyos ojos nunca brilló el cautivador fulgor de la locura. Sócrates instigó la «inimaginable, universal ansia de saber, extendiéndola a lo largo de la mayor parte del mundo culto y presentándola como la verdadera tarea de cualquier hombre de facultades superiores. [Sócrates] condujo la ciencia a alta mar, de donde ya nunca ha podido ser extraída del todo; por primera vez, gracias a esa universalidad, se ha extendido una red común de pensamiento sobre el mundo entero, con la perspectiva de que incluso llegue a abarcar las leyes del sistema solar entero».[3]

La gente está sujeta a la ilusión socrática de que el placer que se encuentra en el conocimiento puede sanar la herida eterna de la existencia. «Cualquiera que haya experimentado el intenso placer de un conocimiento socrático y haya sentido cómo se despliega en círculos cada vez más amplios intentando abarcar el mundo entero de las apariencias, sentirá siempre que no puede haber aguijón más afilado en esta vida.»[4]

Pero eso supone ignorar que el mundo es más que una réplica de los fenómenos. También existe lo dionisíaco, la Voluntad. Y por eso, «en este último periodo de cultura socrática, el hombre […] permanece eternamente hambriento». Reducido a la racionalidad, el hombre alejandrino es en el fondo «un bibliotecario y corrector que sacrifica tristemente su vista al polvo de los libros y las erratas de imprenta».[5]

¿Es nuestra huida a la ciencia y a la prueba científica tal vez una especie de temor, una fuga del pesimismo, un sutil último refugio contra la verdad? En términos morales, ¿es una especie de cobardía y falsedad?

Debe afrontarse el problema de la ciencia. La ciencia fue un problema postsocrático en Grecia, apunta Nietzsche, como lo sigue siendo en la Europa posdarwinista. Mediante la fe en el carácter explicable de la naturaleza y en el

conocimiento como panacea, la ciencia aniquila el mito. Como consecuencia, «caemos en un amor senil e improductivo de la existencia».

Nunca ha habido un periodo en el que la cultura fuera tan débil. Cuando el desastre latente en el vientre de la cultura teórica empiece a asustar al hombre moderno, la única salvación para la cultura será abrir de par en par la puerta encantada que conduce a la montaña mágica helénica.[6]

¿Quién tiene la llave de la montaña mágica? ¿Quién es tan poderoso como para echar abajo la puerta? Schopenhauer e, inevitablemente, Wagner. La ópera, en resumen, con su maridaje de palabras y música, presenta la nueva forma de arte trágica en la que lo dionisíaco y lo apolíneo se reúnen.

La Música del Futuro de Wagner debe basarse en el necesario renacimiento del mito trágico (alemán, más que griego) y en la disonancia. Su uso de la disonancia musical refleja y reconoce la disonancia del alma del hombre y la tensión que se da en su interior entre la Voluntad y la Representación, entre lo apolíneo y lo dionisíaco.

Quién, se pregunta Nietzsche, puede escuchar el tercer acto de *Tristan und Isolde*, «esa danza pastoril de la metafísica», sin expirar en una liberación espasmódica de todas las alas del alma. ¿Cómo podría alguien «dejar de estremecerse hasta quebrarse inmediatamente»?[7] Una experiencia dionisíaca como ninguna otra y además plenamente alemana, hablando en términos míticos.

En un hasta ese momento inaccesible abismo, el espíritu alemán todavía reposa y sueña, intacto y con fuerza dionisíaca, como un caballero sumido en la somnolencia; y de ese abismo, lo dionisíaco se alza hasta nuestros oídos.

En *Tristán* (aquí las cosas se complican), lo dionisíaco está en realidad al servicio de lo apolíneo. El objetivo más elevado de la tragedia radica en que Dioniso pronuncie las palabras de Apolo, y éste, finalmente, las de Dioniso. Así es como se alcanza la meta más excelsa de la tragedia y de todo arte.

Tras citar profusamente el libreto de *Tristán*, el libro concluye con un encuentro imaginario entre un hombre moderno y un griego de la Antigüedad, que asisten juntos a la tragedia para hacer sacrificios a ambas deidades. Aunque *El nacimiento de la tragedia* es un libro que se centra más en la cultura que en cómo la gente debería vivir la vida, sí nos presenta ideas sobre las que volvería a medida que desarrollaba su filosofía. El concepto de la dualidad de la naturaleza humana, manifestado en *El nacimiento de la tragedia* por lo apolíneo y lo dionisíaco, y la esencial necesidad de afrontar la ilusión de certidumbre proporcionada por la ciencia ocuparían sus reflexiones durante el resto de su vida activa.

Cuando hubo acabado el primer borrador del libro abandonó las nieves que ya se fundían de Lugano y se fue a Tribschen, donde sorprendió a Cosima al presentarse inesperadamente a desayunar el 3 de abril. Ella comentó que le parecía exhausto y lo convenció para que se quedase cinco días. Leyó el manuscrito en voz alta, que por entonces se titulaba «El origen y propósito de la tragedia griega». Cosima y Wagner estaban encantados. Buena parte del texto era una recopilación del intercambio de ideas de los dos años previos. Además, ¿cómo no iban a dejarse cautivar por la propuesta de renovación cultural nacional mediante la música de Wagner?

De golpe, en Tribschen todos y todo eran o apolíneos o dionisíacos. Wagner tenía un nuevo apodo amoroso para Cosima: ahora era su «espíritu apolíneo». Él ya era Dioniso en el triángulo amoroso, pero el libro de Nietzsche había añadido una nueva perspectiva al papel. Wagner incorporó los términos apolíneo y dionisíaco en el discurso que estaba escribiendo, «Sobre el destino de la ópera», que tendría que dar tres semanas después en la Academia de las Ciencias en Berlín. Después de eso tenía una cita para una charla privada con Bismarck. La dirección cultural del Reich alemán estaba en su punto de mira.

Aunque todo eso halagaba a Nietzsche, éste estaba descubriéndose más burckhardtiano, más europeo, que Wagner. No podía aprobar el júbilo de Wagner ante los sufrimientos del París asediado por los prusianos. Wagner se refería a París como «la mantenida del mundo» y se frotaba las manos encantado de que por fin estuviera recibiendo su merecido por su actitud casquivana de amante, su preferencia por la elegancia sobre la seriedad y su «banalización franco-judía de la cultura».

«A Richard le gustaría escribirle a Bismarck pidiéndole que demoliera París entero»,[8] anotó Cosima, pero Nietzsche tenía una opinión distinta: estaba abrumado por la compasión hacia los inocentes de París y le horrorizaba su propio país por imponer tal sufrimiento.

La banda sonora de Tribschen era turbadora, por no decir completamente repugnante, a oídos de Nietzsche. Los niños cantaban la nueva y pegadiza *Kaisermarsch* [«Marcha imperial»] que Wagner había compuesto en honor del nuevo emperador, y el Maestro leía en voz alta el nuevo poema que había escrito elogiando al ejército prusiano que asediaba París. Lo que Nietzsche veía como una oleada de barbarie que llevaba a la erradicación de la cultura, Wagner lo interpretaba como una marea de renovación cultural. El punto de vista de Wagner se reducía a que si uno no es capaz de volver a pintar

cuadros, no se merece poseerlos. Si se pasa por alto el desagradable nacionalismo de Wagner, seguramente ése era el punto de vista original genuinamente dionisíaco, genuinamente creativo, comparado con la inclinación meramente histórica y apolínea de Nietzsche a preservar el edificio cultural.

Sabemos que, mientras estaba Tribschen, Nietzsche realizó cambios en *El nacimiento de la tragedia* siguiendo sugerencias de Wagner, pero desconocemos exactamente cuáles. Después de «alegrar a los niños con una serpiente verde»,[9] volvió a Basilea para retocar más el texto, cambiar el título y añadir una larga dedicatoria a Wagner.

En Basilea le aguardaban sólo malas noticias. El puesto vacante de filosofía había sido ocupado por un candidato apto. Nietzsche se dio cuenta de lo ingenuo e inoportuno que había sido al plantear sus sugerencias, propias de un juego de las sillas musicales.

«¡Que tonterías he hecho! ¡Y qué confiado estaba de mis planes! No puedo ocultarme detrás del biombo de mi enfermedad; obviamente fue una idea surgida en una noche de insomnio a causa de la fiebre, y con ella creí haber encontrado un remedio contra la enfermedad y los nervios.»[10] En lugar de eso, tenía que seguir siendo uno más de la prole serpenteante de filólogos que investigaban las minucias gramaticales de los antiguos sin relacionarse jamás con los apremiantes problemas de la vida. Sus deberes filológicos suponían una terrible distracción de la tarea más importante. Tenía que depositar sus esperanzas en que la publicación del libro implicara su reconocimiento como filósofo. En ese caso tal vez podría cambiar de dirección.

Mientras tanto, su angustia y su mala salud eran tales que las comprensivas autoridades académicas de Basilea aligeraron su carga de trabajo. Su hermana Elisabeth se instaló en la ciudad para cuidarlo. No suponía ninguna molestia para ella mudarse de Naumburgo, donde llevaba la constreñida vida de una solterona, viviendo en casa de su madre y dedicada a hacer buenas obras.

A finales de abril, Nietzsche mandó el principio de *El nacimiento de la tragedia* a un editor de Leipzig. Transcurrieron meses sin siquiera un acuse de recibo. Su inseguridad como autor se agravó con la ausencia de Wagner y Cosima. Los dioses habían abandonado la Isla de los Bienaventurados y viajaban por Alemania en busca de un lugar para construir un teatro donde representar el *Ring*. Nietzsche no podía refugiarse en Tribschen en busca de apoyo intelectual. Además, incluso si Wagner hubiera estado disponible, no

se encontraba en condiciones de apoyar a nadie porque también él vivía en un estado de tensión e inseguridad. Tras los arduos esfuerzos de Wagner para impedírselo, el rey Luis había montado una desastrosa producción de *Das Rheingold* [«El oro del Rin»], la primera ópera del ciclo del *Ring*. Impaciente por verla en escena, el rey había promovido una representación prematura y mal planteada. Las peores previsiones de Wagner se cumplieron, y el fracaso de la fallida producción implicó que el rey interrumpiera sus relaciones con Wagner, que entonces no sabía si Luis seguiría financiando el proyecto del *Ring*. Por tanto, resultó curiosamente frustrante que en su viaje por Alemania, Wagner y Cosima identificaran Bayreuth como el lugar perfecto para erigir su ópera, si tuviesen el dinero.

Bayreuth, una ciudad de mediano tamaño del norte de Baviera, contaba con una vía de ferrocarril que podía dejar al público a las puertas de la ópera. El emplazamiento era maravilloso y legendariamente alemán. Estaba en el punto más elevado de una inmensa llanura fértil, llena de cultivos y ganado. Un palacio barroco histórico situado en un parque acondicionado como un paisaje representaba el triunfo del intelecto apolíneo, mientras una colina herbosa de gran extensión que dominaba la llanura pedía a gritos que la coronara la presencia dionisíaca de una ópera.

En la semana de Pentecostés, Wagner y Cosima regresaron a Tribschen desbordantes de esperanzas. Avisaron a Nietzsche para que acudiera. Pentecostés era un momento emocionalmente denso para los tres. Estaba marcado por el recuerdo sacramental del nacimiento de Siegfried en 1869, el acontecimiento que había sellado su místico triunvirato.

Ahora, sólo dos años después, se cernía una sensación de pérdida. Si el proyecto cultural salía adelante, algo que Nietzsche esperaba, Wagner y Cosima abandonarían Tribschen para siempre y se instalarían en Bayreuth. Los días de Nietzsche en la Isla de los Bienaventurados estaban contados. ¿En qué día la ondulación de la danza de las estrellas estaría destinada sólo a vivir mirando hacia el pasado? Su incertidumbre y su fragilidad emocional se veían agravadas por la falta de resolución del editor, que no se decidía a publicar *El nacimiento de la tragedia*. En junio, Nietzsche ya no podía soportar la tensión. Pidió que le devolvieran el manuscrito. Sin decírselo al Maestro, se lo mandó al editor de Wagner, Ernst Wilhelm Fritzsch.

A principios de septiembre, Cosima escribió a Nietzsche para pedirle que le recomendara a alguien que acompañara al hijo de la princesa Hatzfeldt-Trachenberg en un largo *grand tour* de Italia, Grecia, el Este y América. Había muchas y buenas razones para que Nietzsche se ofreciera voluntario.

Sería una especie de punto final a un largo verano cargado de tensión. Podría mejorar su salud (sus médicos no paraban de recomendarle un clima más cálido). Sería una forma de olvidar el problema de la cátedra de Filología. Significaba, además, que por fin vería con sus propios ojos Roma y el mundo clásico. Eso lo emocionaba tanto que habló con sus colegas de la universidad antes de que se hubiera acordado nada. Y por si fuera poco, parecía que era lo que Cosima quería, si no, ¿por qué se lo había dicho a él? Pero Nietzsche había malinterpretado lamentablemente a Cosima, que nunca dejaba entrever qué pretendía. Ella se escandalizó ante la idea de que abandonara sus elevadas funciones de profesor para asumir el frívolo papel de *cicerone* de un principito. Cuando se lo hizo saber, Nietzsche se sintió avergonzado por haber quedado como un tonto a sus ojos y a ojos de la universidad. Por suerte, la universidad no lo vio así. Cuando anunció su intención de quedarse, le subieron el salario sumándole la considerable suma de 500 francos, hasta los 3.500.

En octubre celebró su vigésimo séptimo cumpleaños. Un mes después escribió un carta delirante a Carl von Gersdorff, su antiguo amigo de la Schulpforta, para informarle de que «el excelente Fritzsch» había aceptado el libro y le había prometido publicarlo a tiempo para que saliera antes de Navidad.

«El diseño está decidido —le contaba exultante Nietzsche a Von Gersdorff— para que siga el modelo de *El destino de la ópera* de Wagner, ¡regocíjate conmigo! Eso significa que habrá amplio espacio para una bonita estampa: coméntaselo a tu amigo artista y dale, de paso, mis mejores recuerdos. Mira el panfleto de Wagner, abre la primera página y calcula el tamaño que podríamos darle:

El nacimiento de la tragedia
en el espíritu de la música

Dr. Friedrich Nietzsche
Profesor de Filología Clásica
Leipzig Fritzsch

»En este momento tengo toda la seguridad de que el libro se venderá muy bien y de que el caballero que diseñe la estampa puede prepararse para un ápice de inmortalidad.

»Ahora, algunas noticias más. Imagina, mi querido amigo, cómo aquellos cálidos días de [nuestra] reunión durante mis vacaciones han dado su fruto en

mí en forma de una larga composición para dos pianos, en la que todo resuena con el eco de un hermoso otoño entibiado por el sol. Dado que se relaciona con un recuerdo juvenil, la obra se titula *Eco de una Nochevieja con canción procesional, danza campesina y campanadas de medianoche*. Es un título alegre […] En Navidad, esta música será un regalo y una sorpresa para la señora Wagner […] hacía seis años que no componía nada y *este* otoño me estimuló otra vez. Cuando se interpreta como es debido, la música dura veinte minutos.»**[11]**

Su euforia no duró mucho más. El grabador que iba a pasar a la inmortalidad gracias a la estampa hizo una chapuza y hubo que buscar otro artista. El bueno de Fritzsch editó el libro con una tipografía más pequeña que *El destino de la ópera* de Wagner, y, con 140 páginas, parecía más delgado y de aspecto menos importante que lo que Nietzsche había esperado, más un folleto que un libro. Además, Wagner se había enfadado con él por acudir a su editor sin habérselo consultado. Daba la impresión de que ambos estuvieran confabulados, como si Nietzsche fuera el dócil propagandista de Wagner.

Declinó la invitación a pasar las Navidades en Tribschen aduciendo como excusa que necesitaba tiempo para reflexionar sobre un nuevo curso de conferencias acerca del porvenir de las instituciones educativas, pero era algo que también podría haber hecho en la *Denkstube*. En realidad, como reconoció confidencialmente a Erwin Rohde, el tiempo lo necesitaba para prepararse para el veredicto de Wagner sobre la pieza musical que había mandado. «Me pone nervioso lo que pueda decirme sobre mi obra musical.»**[12]**

Nietzsche se tenía por un compositor de cierto talento y esperaba con ilusión la admiración de Wagner. Cuando finalmente Hans Richter y Cosima se sentaron al piano en Tribschen para tocar el dúo delante de Wagner, el Maestro no paró de removerse inquieto durante los veinte minutos que duró la interpretación. La pieza era una típica composición para piano del Nietzsche de este periodo, un popurrí de Bach, Schubert, Liszt y Wagner. Deshilvanadas, demasiado emotivas y mal desarrolladas, sus composiciones transmiten invariablemente la sensación de que, de haber vivido más tarde, podría haber conseguido el éxito como compositor de música de acompañamiento para el cine mudo. Por más que Wagner y Cosima se burlaran en privado, ocultaron su mala opinión sobre la pieza. Ella le agradeció la «hermosa carta» que iba con el regalo, pero no dijo ni palabra sobre la música.

En Basilea, solo en Navidades, un desconocido pintor de brocha gorda ayudó a Nietzsche a abrir una gran caja que le había mandado su madre. Franziska había alcanzado cierta prosperidad tras recibir las herencias de sus tías fallecidas, que le proporcionaron fondos para adquirir la casa de Naumburgo entera y alquilar algunas partes a inquilinos.

Esa Navidad, con espíritu misionero, Franziska había decidido mandar a su hijo, de fe vacilante, un gran óleo italiano de la Madonna. Durante la soledad de los largos días de Navidad, Nietzsche dispuso de mucho tiempo para redactar una carta de agradecimiento que incluye una descripción de lo muy convencionalmente que había arreglado sus alojamientos: «Naturalmente, la *Madonna* quedará sobre el sofá; encima del piano habrá una reproducción de Holbein, el gran Erasmus […] con papa Ritschl y Schopenhauer sobre la mesa de libros junto a la estufa. En cualquier caso, te lo agradezco de todo corazón […] parece como si el cuadro me empujara hacia Italia sin yo quererlo y casi creo que lo enviaste para tentarme a ir. La única respuesta que puedo dar a este efecto apolíneo es con otro efecto dionisíaco —es decir, a través de la música de Nochevieja— y, después de eso, a través del doble efecto apolíneo-dionisíaco de mi libro que se publicará en Año Nuevo».

La carta sigue agradeciéndole el peine, el cepillo para el pelo y el cepillo para la ropa, «aunque es un tanto blando», los bonitos calcetines y la gran cantidad de galletas de jengibre que le habían enviado en un bonito paquete.[13] Al mismo tiempo, escribió otra carta en tono de alegre transgresión a su amigo de la infancia Gustav Krug diciéndole que esperase la publicación de *El nacimiento de la tragedia* en Año Nuevo y advirtiéndole, en casi el mismo tono y lenguaje que había utilizado cuando tenía diecisiete años para advertir al amigo al que había mandado su «repulsiva» y obscena novela *Euforión*: «¡Oh! Es travieso y ofensivo. Léelo a escondidas, encerrado en tu habitación».[14]

No pueden leerse sus cartas de esas Navidades sin compadecerlo por la incertidumbre que flotaba a su alrededor. Nadie era sincero; todos, incluido él mismo, simulaban; todos llevaban puesta una máscara, mostrando una cara a uno y otra cara a otro. Se había olvidado temporalmente de la advertencia rectora de Píndaro que había adoptado durante sus años de estudiante: «¡Llega a ser lo que eres!».

Finalmente, el libro salió de la editorial. El 2 de enero de 1872 pudo enviárselo a Wagner con una carta adjunta en la que le explicaba que se había retrasado a causa de «las fuerzas del destino, con las cuales no puede entretejerse ningún lazo eterno…

»En cada página encontrará que sólo intento agradecerle todo lo que me ha dado, pero sólo me asalta la duda de si siempre habré sabido recibir lo que me dio.

»Con el más cálido agradecimiento por su afecto, soy, como siempre he sido y seré,

su leal Friedrich Nietzsche».

Era la carta más abiertamente afectuosa y sincera que había escrito. Por fortuna, al recibir el libro, Wagner escribió a vuelta de correo:

«¡Querido amigo!

»No he leído nada más hermoso que su libro. ¡Todo es soberbio! […] Le dije a Cosima que, después de ella, es usted quien ocupa el siguiente lugar en mi corazón, y luego, a mucha distancia, viene Lenbach, que me ha hecho un retrato tan asombrosamente parecido a la realidad. ¡Adieu! ¡Venga a vernos pronto y habrá algarabía dionisíaca!».

Cosima escribió una carta arrebatada elogiando el libro sin reservas. El texto le parecía profundo, poético y hermoso. Le decía que le daba todas las respuestas a las preguntas de su vida interior. El sentimiento que expresaba era genuino: en la intimidad de su diario, calificaba el libro de «verdaderamente magnífico» y describe cómo Wagner y ella casi rompen el volumen por la mitad al diputarse su posesión física.

Nietzsche mandó un ejemplar a Liszt, que también respondió amablemente diciendo, entre otras muchas cosas, que nunca había encontrado una definición mejor del arte. Más halagos se sucedieron en cartas de damas y caballeros de alcurnia, barones y baronesas que no entendieron necesariamente el libro pero que escribieron un surtido de tópicos para mostrar que estaban de parte de Wagner y el rey Luis *contra mundum*. No recibió nada de ningún filósofo ni ningún filólogo profesional y no aparecieron críticas en la prensa. Esperó con nerviosismo. Alrededor del libro se cernió el más agobiante e intranquilizador silencio público. «Casi da la impresión —dijo Nietzsche— de que haya cometido un crimen.»

Sin embargo, encontró una absorbente distracción intelectual en la tarea de impartir las conferencias sobre educación cuya redacción le había impedido pasar las Navidades en Tribschen. La Sociedad Académica de

Basilea tenía una gran tradición de conferencias públicas. Cada invierno se preparaba un programa de treinta o cuarenta conferencias abiertas a todo el mundo. Unas trescientas personas asistieron a la primera conferencia de Nietzsche el 16 de enero, escucharon con agrado y aprobación y volvieron a las siguientes.

La serie *Sobre el porvenir de nuestras instituciones educativas* tenía como tema la dirección que debía seguir el vital ámbito de la educación en el recién fundado Reich. Buena parte de lo que ya había tratado en *El nacimiento de la tragedia* lo reutilizó en las conferencias. La crítica a la estéril cultura del presente iba seguida por la sugerencia de que se sustituyera por una regeneración del «espíritu germánico» del pasado.

Nietzsche estructuró las conferencias como diálogos platónicos entre un estudiante y un profesor, y las hizo atractivas para su público poniendo en boca de ambos opiniones sobre temas políticos del momento, enfrentando la teoría marxista a la vuelta al radicalismo aristocrático de la antigua Grecia.

El estudiante defiende la mayor expansión posible de la educación. La red debía lanzarse lo más lejos que se pudiera. La utilidad debería ser objeto y objetivo de la educación. La mayor capacitación posible para el beneficio pecuniario haría a todos igual de felices.

El filósofo defiende un regreso a la educación por sí misma y porque con ella se apuntala la más elevada moral y ética. Una educación generalizada tiene como consecuencia una educación debilitada. El dilema para el Estado es que el vínculo entre la inteligencia y la propiedad impone una educación rápida para que pueda crearse a toda velocidad una criatura capaz de ganar dinero. Al hombre se le permite sólo la cantidad precisa de cultura que sea compatible con los intereses del beneficio.

Había dicho lo indecible: que el Estado no quería individuos brillantes sino eslabones en la cadena, especialistas que habían sido educados sólo lo bastante para contribuir acrítica y servilmente, una consecuencia inexorable de lo cual era la perpetuación de la mediocridad intelectual. Escuchamos un eco de las conversaciones y divagaciones de Nietzsche con Burckhardt en su diatriba contra la irrupción del periódico en el espacio de la cultura, y su exasperación ante el hecho de que incluso el más importante erudito tenga que hacer uso de los periódicos, «ese viscoso estrato de la comunicación que une las costuras entre todas las formas de vida, todas las clases, todas las artes y todas las ciencias, y que, por norma, es tan sólido y fiable como el papel en el que está impreso».[15]

Estaba previsto que la serie fuera de seis conferencias, pero cuando había impartido la quinta, su salud se quebró. Eso, sumado a su incapacidad para cerrar la argumentación pasando en la última conferencia de la teoría a sugerencias concretas para la reforma educativa, supuso que la serie no llegara a completarse. Las cinco conferencias habían tenido mucho público y habían sido seguidas con atención. Recibió una oferta para ocupar la cátedra de Filología Clásica en la ciudad septentrional de Greifswald, pero lo último que quería era otro puesto docente de filólogo. Lo que deseaba era ocupar uno de filósofo.

Los entusiastas estudiantes de Basilea malinterpretaron su «no» a Greifswald. Creyendo que significaba una lealtad perpetua a Basilea fueron a visitarlo con una propuesta para hacer una procesión de antorchas en su honor. Él la rechazó. Unos días después, la Universidad de Basilea le aumentó el salario a 4.000 francos suizos en reconocimiento de sus «destacados servicios».

Ocho días después de que Nietzsche hubiera impartido su primera conferencia, Wagner fue a visitarlo muy inquieto. Se preguntaba cómo podría evitar que el libro de Nietzsche fuera «asesinado por el silencio».[16] Pero más profunda era todavía la preocupación de Wagner por sí mismo y la obra de su vida. Parecía que su sueño iba a derrumbarse una vez más. Primero, el Ayuntamiento de Bayreuth le había ofrecido la parcela donde erigir la ópera, entonces se había sabido que el Ayuntamiento no era el propietario de la tierra y que su dueño se negaba a venderla. A partir de ahí todo había ido de mal en peor: el secretario del rey Luis había revisado las cifras. Wagner era aún más negado para las finanzas que para cantar afinado, y los costes de construcción se habían disparado alarmantemente de 300.000 táleros a 900.000. El dinero tendría que recaudarse con la formación de Sociedades Wagnerianas de pago allá donde se encontraran entusiastas dispuestos a suscribirse. Se habían formado numerosas Sociedades en toda Alemania y en el extranjero, en lugares tan remotos como Egipto, donde contribuyó el jedive, deslumbrado con la idea de integrarse en Europa (hacía poco había invitado, entre otros, a Henrik Ibsen a la inauguración del canal de Suez). La responsabilidad de coordinar los fondos de las diversas Sociedades Wagnerianas había sido asumida por dos peces gordos de renombre, los barones Loën de Weimar y Cohn de Dessau, pero sólo habían sido capaces de reunir entre 12.000 y 28.000 táleros, o eso, al menos, fue lo que afirmaron, aunque Wagner estaba convencido de que el barón Cohn, al que llamaba «el judío de la Corte», saboteaba la empresa por viles razones semitas.

Wagner estaba desesperado; parecía a punto de abandonar el proyecto entero. No podía dormir. Sufría malas digestiones. Le obsesionaba la idea de que el rey Luis muriera o enloqueciera. En ese caso, la fuente de dinero se desecaría completamente y el proyecto del *Ring* y la regeneración cultural de Alemania moriría con él. Wagner había ido a visitar a Nietzsche como su primera parada en su última y desesperada gira de recaudación de fondos.

Viendo al Maestro en un estado tan lamentable, Nietzsche se ofreció impulsivamente a dejarlo todo para recorrer la patria alemana, impartiendo conferencias para recaudar dinero. Wagner lo disuadió. La tarea de Nietzsche consistía en permanecer en Basilea y consolidar su propia reputación concluyendo su serie de conferencias, cuya verdadera e importante ambición era provocar un cambio en la política educativa de Bismarck. Aparte de las exitosas conferencias, que Nietzsche planeaba publicar como libro, estaba preparando en secreto un memorándum para enviárselo a Bismarck, señalando las deficiencias del Canciller en el campo de la educación y sugiriendo reformas como modelo para una renovación cultural, «para mostrar lo ignominioso que es que se haya desperdiciado una gran ocasión para fundar una institución educativa verdaderamente alemana que regeneraría el espíritu alemán […]».**[17]** El caso es que el libro no se publicó y el memorándum no fue enviado. Era un proyecto mal concebido desde el principio: Bismarck nunca respondía positivamente a un dedo acusador.

Wagner prosiguió su camino a Berlín, dejando sola a Cosima consolándose con el libro de Nietzsche y una tarrina de caviar que Wagner le mandó desde Leipzig.**[18]** Si Nietzsche hubiera seguido su impulso quijotesco de abandonar la universidad y recorrer el Reich por Wagner, se habría sentido superfluo en menos de un mes. El viaje de Wagner fue un éxito financiero arrollador. La victoria sobre Francia había dado pie a un estado de ánimo nacionalista que lo convirtió a él y a su proyecto en algo inmensamente atractivo. Lo recibieron entre aclamaciones en Berlín y Weimar. Bayreuth le ofreció un terreno aún mejor, así como otra gran parcela cerca de la ópera, donde Cosima y él podrían construir una elegante villa como hogar.

Avanzado marzo, las nieves se fundían. Wagner había regresado de su gira triunfal y Nietzsche fue invitado a pasar las vacaciones de Pascua con ellos en Tribschen. Una vez más, era el único huésped. Llegó el Jueves Santo con la carga de cien francos en los bolsillos. Era una especie de traición pascual, con toda la apariencia de que quería remedar las treinta monedas de plata de Judas. El dinero se lo había dado Hans von Bülow, un experto en manipulación emocional que nunca dejaría de encontrar formas exquisitas de

atormentar a Cosima y a aquellos que la amaban. Von Bülow había visitado a Nietzsche en Basilea justo antes de Pascua. Había puesto *El nacimiento de la tragedia* por las nubes antes de encargarle la embarazosa tarea de entregar el dinero como regalo de Pascua a su hija Daniela, que vivía en Tribschen con Cosima y Wagner.

Aquel fin de semana de Pascua, el tiempo fue inestable y cambiante, como las emociones de todos los presentes, que se encontraban al borde escarpado de la separación, dominados por un pesar inefable. Iban a dejar la Isla de los Bienaventurados. Si abandonar Tribschen no implicaba de hecho lo que Wotan llamaba *das Ende*, el crepúsculo de los dioses, sin duda señalaba el final del periodo encantado de creatividad divina inspirada mutuamente que había visto la creación de un hijo y cuatro obras maestras: *Siegfried*, *Götterdämmerung* [«El ocaso de los dioses»], el *Siegfried Idyll* y *El nacimiento de la tragedia*. Todos sabían que se hallaban al final del idilio.

Wagner llevó a Nietzsche a lo que resultó ser su último paseo juntos por el paisaje de Tribschen. Por la noche, Nietzsche les leyó su quinta conferencia. Al día siguiente, mientras Wagner trabajaba, Nietzsche y Cosima salieron a caminar por el Sendero de los Ladrones. Para esos paseos, Cosima tenía costumbre de ponerse lana de cachemira rosa, profusamente ribeteada con encajes y, para proteger su tez clara, un gran sombrero toscano ornamentado con rosas de color rosa. Detrás de ellos iba el gigantesco terranova negro azabache *Russ*, digno, pesado y que inevitablemente recordaba el espíritu familiar en la leyenda de Fausto. Mientras recorrían la orilla del lago plateado, hablaban de la tragedia de la vida humana, de los griegos, los alemanes, de planes y aspiraciones. Como el roce de una gran ala, un viento frío anunció la llegada de una tormenta repentina que los persiguió de vuelta a casa, donde leyeron cuentos de hadas junto a la chimenea.

El Domingo de Pascua, Nietzsche la ayudó a esconder huevos en el jardín para que los buscaran los niños. Con sus atuendos de colores de Pascua, los niños parecían una nidada de polluelos de cisne correteando por la orilla, registrando los juncos esmeraldas en busca de los huevos escondidos y emitiendo grititos cada vez que hacían un descubrimiento. Protegiendo los huevos decorados en sus dedos entrelazados, los niños se los llevaban a Cosima.

Por la tarde, Nietzsche y Cosima tocaron dúos al piano. Apareció un arcoíris en el cielo. El símbolo universal de la esperanza y la aspiración centelleante, el arcoíris tenía para ambos un significado personal incluso más

profundo, porque en el *Ring* Wagner lo utiliza como puente que conecta el mundo de los mortales con el reino de los dioses. Sólo cruzando el puente del arcoíris puede realizarse la transición de un mundo al otro.

En la comida, los tres hablaron de una conexión distinta entre dioses y mortales: el pasatiempo en boga del espiritismo. Cosima, en privado, era una convencida creyente en lo sobrenatural. En su diario escribe que por la noche yacía en la cama oyendo los crujidos y golpes de la vieja casa y los interpretaba como señales del mundo de los espíritus: mensajes de mortales que había conocido o de perros fallecidos que había amado. Pero en presencia de Wagner, fingía un mayor escepticismo para no parecer boba a sus ojos. A Wagner no le interesaban las señales enviadas a través de la expansión y contracción de trozos de madera, aunque sí se interesaba, en cambio, cuando los dioses intentaban atraer su atención con signos más espectaculares como un arcoíris, un trueno, la luna liberándose de la cinta negra de una nube pasajera o las auroras boreales desplegando sus cortinas luminosas sobre el cielo de Tribschen. En la comida, Wagner expuso la refutación racional de las manifestaciones espiritistas y Cosima afirmó que todas eran un fraude. Sin embargo, por la noche todos participaron en una sesión de mesa giratoria. Fue un fracaso total.

El lunes por la mañana, Nietzsche tuvo que dejarlos para volver a sus deberes universitarios. Cuando el profesor se hubo marchado, ambos se sintieron perdidos, enfermos y deprimidos. Incluso el incontenible Wagner confesó sentirse dominado por el disgusto, la pena, la preocupación y el temor de no estar a la altura de la tarea que tenía por delante. Cosima se acostó.

Una serie de malentendidos, o tal vez el destino, dictaron que Nietzsche se presentara en Tribschen para despedirse del Maestro tres días después de que éste ya hubiera partido definitivamente hacia Bayreuth. Se encontró a Cosima en medio de la recogida de una casa que ya no era el lugar que había cambiado por entero la percepción de Nietzsche de cómo se podía vivir la vida. Las habitaciones habían perdido su hechizo: la atmósfera, en el pasado narcótica, ahora olía a aire fresco, alpino y levemente a agua del lago. El aire maquillado de su mundo privado se había vuelto refulgente con la luz del sol. Los espacios fluidos que se habían desmaterializado por la luz atenuada que entraba a través de gasas rosáceas habían perdido su suave misterio y ahora eran ásperos, lisos y sólidos. Las ventanas, a las que cargaban de misterio unas cortinas recogidas y envueltas en las manos regordetas de querubines dorados y en guirnaldas de delicadas rosas de seda, no eran más que lisos rectángulos de cristal. La visión apocalíptica de Wagner, que había

transformado todos los interiores domésticos en un escenario, había sido sustituida por espacios cúbicos y limpios que no ocultaban ningún misterio. Los ricos tapizados de las paredes, de terciopelo violeta y cuero estampado, lucían feas formas de color marrón donde los iconos de su fe habían colgado en el pasado. Borrosas formas en «u» señalaban los espectros de las coronas de laurel. Rectángulos vacíos recordaban los cuadros de valquirias con petos, del rey Luis con aspecto joven y noble, de dragones con cuerpos en espiral y escamas, y de *Dioniso con las musas apolíneas*, de Genelli, que Nietzsche había contemplado tan a menudo en la época en que desarrollaba las ideas que plasmaría en *El nacimiento de la tragedia*.

Nietzsche no podía contener la emoción. Del mismo modo que en la ocasión agobiante en que se había visto superado por el horror y la angustia en el burdel, corrió al piano de cola. Se sentó al teclado a improvisar mientras Cosima se movía con majestuosa solemnidad por las habitaciones, supervisando a los sirvientes en la melancólica tarea de embalar los tesoros de Tribschen. Sin pensarlo, dio rienda suelta a su intenso amor por ella y su marido, por el fulgor que habían creado juntos y compartido a lo largo de aquel periodo de tres años, por el arrebatado recuerdo y por la larga eternidad de la nostalgia futura.

Su pérdida todavía no era completa, pero nada podía impedir que fuera consumándose. Se sentía, dijo, como si paseara por unas futuras ruinas. Cosima habló de «tiempos eternos que ahora son pasado». Todos los sirvientes lloraban, los perros seguían a los humanos como almas perdidas y no querían comer. Nietzsche sólo se levantó de la banqueta del piano para ayudar a Cosima a ordenar y empaquetar los objetos que eran demasiado preciosos para confiárselos a los sirvientes: cartas, libros, manuscritos y, por encima de todo, las partituras.

«Las lágrimas flotaban pesadas en el aire. ¡Ah! ¡Era angustioso! Durante estos tres años que he pasado cerca de Tribschen, he realizado veintitrés visitas, ¡qué no van a significar para mí! Si no los hubiera tenido a ellos, ¿qué sería yo ahora?»**[19]** Y en *Ecce homo* añadía: «Por poco daría el resto de mis relaciones humanas, pero por nada del mundo renunciaría a mis días en Tribschen, días de confianza, de alegría, de azares sublimes, de instantes *profundos* […] Desconozco las vivencias que habrán tenido otros en compañía de Wagner, pero ninguna nube pasó jamás sobre *nuestro* cielo».

Se decía que a partir de entonces nunca pudo volver a hablar de Tribschen sin que se le quebrara la voz.

Al regresar a Basilea, enfermó de herpes zóster en el cuello y no pudo redactar la sexta y última conferencia. No tenía ningún nuevo libro para que Fritzsch lo publicara y la bruma de silencio seguía envolviendo *El nacimiento de la tragedia*.

Nietzsche escribió una carta a su querido profesor Ritschl, el filólogo clásico al que había seguido desde la Universidad de Bonn a la de Leipzig y cuyo retrato colgaba ahora encima de su mesita de libros junto a la estufa. «Espero que no le moleste mi asombro por no haber oído una palabra suya sobre mi libro recientemente publicado»,[20] empezaba la imprudente carta, que proseguía en el mismo tono juvenil.

Ritschl no había escrito porque no encontraba nada amable que decir. Creía que la carta de Nietzsche delataba megalomanía. *El nacimiento de la tragedia* le parecía una sucesión de disparates ingeniosos. Llenó los márgenes de su ejemplar con exclamaciones como «¡megalomanía!», «¡chillón!», y «¡disoluto!». Pero redactó su respuesta con tanto tacto que Nietzsche no se tomó a mal la sugerencia de que el texto era menos académico que diletante ni el comentario de que él no consideraba la individualización de la vida como como algo regresivo cuando la alternativa parecería consistir en disolver el sentido del yo en la inconsciencia.

La otra figura paterna cuya opinión le importaba era la de Jacob Burckhardt, que mostró el mismo tacto y fue igual de evasivo en su respuesta. Hasta tal punto que Nietzsche aparentemente creyó que el libro había emocionado y fascinado a Burckhardt, cuando lo cierto es que a éste le irritaba la tesis del texto, su falta de moderación, su tono estridente y su propuesta de que un serio erudito postsocrático no fuera nada más que un recolector de datos indiscriminados.

Y el silencio público se prolongaba. «La gente se ha mantenido callada durante diez meses porque todos se creen en realidad tan por encima y superiores a mi libro que no merece la pena ni comentarlo.»[21]

No hacía un mes que los Wagner se habían marchado de Tribschen cuando recibió una invitación para que asistiera a la colocación de la primera piedra de la ópera en Bayreuth. Las cosas habían avanzado a una gran velocidad. Cosima rápidamente había dejado Tribschen atrás. Ahí, en Bayreuth, florecía como nunca hasta entonces. «Es como si todas nuestras vidas hasta ahora fueran sólo una preparación para esto», escribió. Wagner remató ese

sentimiento arrodillándose a sus pies mientras la distinguía con un nuevo nombre: la Markgräfin [margravina] de Bayreuth.

Cosima siempre había sido una esnob. Vivían en el Hotel Fantaisie, que era propiedad del duque Alejandro de Württemberg y enlazaba con los elegantes espacios de su castillo, el Schloss Fantaisie. Las páginas de su diario empiezan a parecer el Almanaque de Gotha. Están llenas de duques de apellidos dobles y triples, príncipes y princesas. Todos querían ganarse su favor. Los aristócratas menores, condes y condesas, se hacían notar como podían. El conde Krockow le regaló a Wagner un leopardo que había cazado en África. La condesa Bassenheim bordó blusitas para el pequeño Siegfried. Cosima aceptaba cada homenaje con elegancia digna de una Markgräfin.[22]

La ceremonia de colocación de la primera piedra tuvo lugar el 22 de mayo, quincuagésimo noveno cumpleaños de Wagner. Casi mil músicos, cantantes e invitados se abatieron sobre la pequeña ciudad de Bayreuth, que nunca había visto tanta gente. Pensiones, posadas y restaurantes se quedaron sin comida ni bebida. El servicio de carruajes pronto se vio desbordado. Hubo que recurrir a extraños vehículos que pertenecían a los bomberos y a los clubes deportivos para ayudar a transportar a los distinguidos personajes hasta la Colina Verde. Del cielo descendieron nubes grises. Empezó a llover torrencialmente. Al poco, caballos y caminantes ascendían hundidos hasta los tobillos en un sucio barro marrón. Fue una suerte que no asistiera el rey Luis.

Esos días se veía cada vez menos al rey. Su día solía empezar con el desayuno a las siete de la tarde en una diminuta habitación iluminada con sesenta velas, tras el cual acostumbraba a pasar la noche deslizándose por sus jardines iluminados por la luna en su trineo con cisnes tallados mientras sonaban fragmentos de música de Wagner interpretados por músicos ocultos. Además, todavía seguía dolido por la discusión con Wagner por estrenar *Das Rheingold* sin la aprobación del compositor; aun así mandó un mensaje con su graciosa felicitación por Bayreuth. Wagner lo colocó en un cofre precioso que, con la debida ceremonia, se depositó en los cimientos mientras la banda tocaba la *Huldigungsmarsch*, la marcha de homenaje [o triunfal] que Wagner había compuesto para el rey Luis unos años antes.

Como el dios Wotan que golpeó el suelo tres veces en el *Ring*, invocando al fuego y a todo tipo de consecuencias fatales, Wagner golpeó la primera piedra tres veces con un martillo. Tras pronunciar una bendición, se dio la vuelta lívido como la muerte y con los ojos húmedos según Nietzsche, al que se concedió el gran honor de volver a la ciudad acompañando al compositor en su carruaje.

Nietzsche todavía estaba nervioso por el juicio artístico sobre el dúo para piano que le había mandado a Cosima en Navidades. Ni Cosima ni Wagner habían dicho ni una palabra. Decidió mandárselo a Von Bülow.

La vez que, en Basilea, Von Bülow le había dado a Nietzsche los cien francos para que se los entregara a Daniela, el director le había dicho que lo había impresionado tanto *El nacimiento de la tragedia* que lo llevaba siempre encima y se lo recomendaba a todo el mundo. ¿Podría él, le preguntó Von Bülow, dedicar su siguiente libro a Nietzsche? ¿Cómo no iba a aceptar el joven profesor tal halago? Posiblemente por esa conversación confiaba en recibir algún elogio de Von Bülow cuando le envió la pieza musical, que ahora había orquestado y titulado *Meditaciones de Manfred*.

En el peor de los casos, Nietzsche podía esperar que Von Bülow lo distinguiera con el habitual surtido de tópicos que los profesionales reparten cuando los aficionados les piden su opinión. Pero la *Schadenfreude* [alegría por el mal ajeno] estaba muy arraigada en el director y dio su veredicto con una despiadada crueldad. Escribió que no ocultaría su vergüenza al tener que juzgar *Meditaciones de Manfred*. Le parecía «la más descabellada y extraña extravagancia, sin nada de instructivo ni inspirador, lo más antimusical que me he topado desde hace mucho tiempo plasmado en notas escritas en papel […] Más de una vez tuve que preguntarme: ¿es esto una broma de mal gusto? ¿Pretendía usted acaso componer una parodia de la denominada Música del Futuro? ¿Consciente e intencionadamente manifiesta ese desprecio incesante a todas las normas de conexión tonal, desde la sintaxis más elevada hasta la ortografía habitualmente aceptada? […] Del elemento apolíneo he sido incapaz de encontrar el menor rastro, y en cuanto al dionisíaco, debo decir francamente que la composición me lo ha recordado menos de lo que recuerdo al día después de una bacanal [es decir, de una resaca]».[23]

Tanto Wagner como Cosima pensaron que Von Bülow había sido innecesariamente cruel, pero no mostraron la menor disposición a consolar a su querido amigo mandándole unas líneas que pusieran en duda su propia devoción a la verdad pura. Cuando Cosima le reenvió los comentarios de Von Bülow a su padre, Liszt sacudió su blanca cabeza con tristeza y dijo que el juicio le parecía desgraciadamente extremo, pero tampoco tuvo intención de suavizar el golpe.

Nietzsche tardó tres meses en recuperarse. Finalmente fue capaz de mandarle una carta a Von Bülow: «Bien, gracias a Dios, eso es lo que tenía que decirme. Sé muy bien qué momento más desagradable he debido de hacerle pasar y para compensárselo permítame decirle lo útil que usted me ha

resultado. Piense que, dado que soy autodidacta en música, he ido perdiendo paulatinamente toda la disciplina necesaria para ella; nunca he contado con el juicio de un músico sobre lo que hacía, y me alegra verdaderamente haber sido ilustrado de una manera tan simple sobre el carácter de mi último periodo de composición».

Se disculpa por su presunción al entrar en la «peligrosa región obsesiva» del torbellino emocional, lo atribuye a su impulso por honrar a Wagner y le suplica a Von Bülow que no rebaje esa «especie de *otium cum odio*, con esa forma de pasar el rato absolutamente odiosa» a un mero encaprichamiento de Nietzsche con la música de *Tristán*. «A decir verdad, todo esto ha supuesto una experiencia muy instructiva para mí […] Así que intentaré tomar una cura musical, y tal vez entonces seguiré, si estudio las sonatas de Beethoven en su edición, bajo su guía y tutelaje».[24]

Mejores noticias le llegaron cuando apareció el primer artículo sobre *El nacimiento de la tragedia*. Erwin Rohde, el amigo de Nietzsche, consiguió publicar un texto favorable en el *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*. El texto ni siquiera puede considerarse una reseña. Simplemente repetía la argumentación de Nietzsche sobre la muerte de lo sagrado y lo místico debido a la implacable coherencia del pensamiento socrático, su preocupación ante el insidioso vandalismo cultural de los bárbaros socialistas y el mantra de que Wagner había reinventado el panteón de los dioses alemanes y con ello proporcionaba una base firme para el renacimiento cultural de la nación alemana.

Nietzsche estaba eufórico. «Ah, mi querido amigo, ¡lo que has hecho!» Encargó cincuenta ejemplares impresos del artículo, pero tuvo poco tiempo para disfrutarlo. Ulrich von Wilamowitz-Möllendorff, un antiguo alumno de Pforta y colega filólogo, redactó rápidamente un panfleto de treinta y dos páginas titulado satíricamente *Zukunftsphilologie!* [«¡Filología del Futuro!»], jugando con el término wagneriano de la *Zukunftsmusik* [«Música del Futuro»]. Encabezado por una contundente cita de Aristófanes que condena implícitamente *El nacimiento de la tragedia* como una exquisitez para catamitos juveniles, critica el libro como una pésima obra de filología y una banalidad wagneriana. Wilamowitz defiende una rigurosa interpretación del pasado a través del medio «científico» de la filología en lugar del acercamiento que hace Nietzsche como «metafísico y apóstol». Wilamowitz sostiene la opinión general de que los griegos eran como «niños eternos, que disfrutaban con inocencia y sin suspicacia de la hermosa luz». La idea de que necesitaran la tragedia era «¡un montón de basura! […] Nietzsche conoce

menos a Homero que un serbio o un finlandés». El concepto de una alianza artística entre Apolo y Dioniso era tan ridículo como una unión entre Nerón y Pitágoras. El culto a Dioniso no surgía de la conciencia de lo trágico sino de «el pisado de las uvas, la vendimia, el alegre consumo de la nueva y excitante bebida». Más adelante aborda la música de la antigua Grecia, un tema sobre el que Wilamowitz se mueve sobre arenas tan movedizas como el propio Nietzsche. Ninguno de ellos podía tener la menor idea de cómo sonaba aquella música. Su resumen atacaba a Nietzsche por su crasa ignorancia, sus crasos errores y su falta de fidelidad a la verdad. Pedía que Nietzsche dejara de enseñar filología.

Cosima despachó la discusión íntegra como «no merecedora ni de hacerla pública», pero Wagner se apresuró a salir en defensa de Nietzsche en una carta abierta publicada en el mismo periódico el 23 de junio. Su artículo, enteramente previsible, se animaba con la magnífica observación de que Wilamowitz-Möllendorff escribía «como una hoja informativa de la Bolsa de Wisconsin», un comentario que sin duda arroja una luz interesante sobre los hábitos de lectura del propio Wagner.

Nietzsche había recibido dos golpes letales de Von Bülow y Wilamowitz-Möllendorff. Juntos bastaron para destruir sus perspectivas futuras como compositor, como clasicista y como filólogo, pero esto último importaba menos. Llevaba mucho tiempo queriendo escapar de la filología. Tal vez, entre las diversas interpretaciones existentes de *El nacimiento de la tragedia*, el libro puede leerse como la nota de suicidio de un filólogo.

Con el tiempo, *El nacimiento de la tragedia* se convirtió en una de las obras más vendidas de Nietzsche; pero de los 800 ejemplares impresos y publicados en 1872, sólo se vendieron 625 durante los siguientes seis años.[25] El daño a su reputación estaba hecho. Cuando empezó el nuevo año académico, Nietzsche descubrió que sólo se habían matriculado dos estudiantes en sus clases de filología, y ninguno de ellos era filólogo.

6

La Cabaña del Veneno

> La enfermedad me dio derecho a cambiar mis hábitos por entero: me permitió, me *exigió* olvidar… Mis ojos, por sí solos, pusieron fin a mis costumbres de ratón de biblioteca, o dicho llanamente, a la filología: quedé redimido del «libro»… ¡la *mayor* bendición que me he concedido! Ese yo más bajo, sepultado y enmudecido por *tener que* escuchar constantemente a otros yos (¡y eso, sin duda, es lo que significa leer!) se despertó despacio, tímido y dubitativo, pero finalmente *volvió a hablar*.
>
> *Ecce homo*,
> «Humano, demasiado humano», sección 4

En el otoño de 1872, Wagner invitó a Nietzsche a Bayreuth para celebrar la Navidad y el cumpleaños de Cosima, como solían hacer en Tribschen. Nietzsche rechazó la invitación: ni un solo alumno de filología se había matriculado para el siguiente semestre y la vergüenza lo consumía. Así que fue a pasar las fiestas en casa, en Naumburgo, donde Franziska y Elisabeth no considerarían *El nacimiento de la tragedia* como un fracaso, ni mencionarían su incapacidad para componer una pieza musical decente, o para completar una serie de conferencias sobre la educación, o para atraer más que a dos estudiantes a su curso de Año Nuevo en la universidad.

Su regalo de Navidades y cumpleaños para Cosima le costó tiempo y mucho trabajo. Incluso así, llegó tarde para la celebración. A ella le tranquilizó ver que no se trataba de un manuscrito musical, sino literario, aunque con un título poco prometedor: «Cinco prólogos para cinco libros no escritos». El primero, «Sobre el pathos de la verdad» (*Über das Pathos der Wahrheit*), adoptaba la forma de una parábola: una estrella está habitada por animales inteligentes que han descubierto la verdad. La estrella muere y los animales con ella. Ellos mueren maldiciendo la verdad, porque les ha revelado que todo su conocimiento anterior ha sido espurio, algo de lo que también se dará cuenta el hombre si es que alguna vez llega a descubrir la verdad.

El segundo prólogo trataba del futuro de la educación alemana. El tercero era una meditación profundamente pesimista sobre el Estado griego y el problema planteado por el hecho de que estuviera basado en la esclavitud. ¿No se erige también, se pregunta Nietzsche, esta civilización nuestra de la Edad del Hierro del siglo XIX sobre la esclavitud? ¿Es el terrible hecho de la necesidad de una clase de esclavos el buitre que roe eternamente el hígado del prometeico divulgador de cultura?

El cuarto prólogo abordaba la importancia de Schopenhauer para la cultura de por entonces; el quinto, la crónica de la guerra de Homero. Se pasó enero esperando en vano algún comentario, o siquiera un acuse de recibo.

Le dolía el silencio de Cosima, y no imaginaba cuánto había decepcionado y herido a Wagner al preferir pasar las Navidades en otro lugar. Desde que se había mudado a Bayreuth, Wagner le había mandado en dos ocasiones, una en junio y otra en octubre, cartas sumamente afectuosas en las que consagraba de hecho a Nietzsche como su hijo. Debido a su edad (Wagner pronto cumpliría los sesenta), su relación con su hijo Siegfried era más la de un abuelo que la de un padre. Nietzsche debía ser el eslabón generacional, hijo del uno y padre del otro.

Wagner y Cosima pasaron unas Navidades horribles sin él. Sus finanzas se habían hundido de nuevo, dejando la ópera a medio construir, balanceándose al borde del colapso. Se sentían abandonados por el rey Luis, que se había vuelto casi invisible para todos mientras encargaba decoraciones cada vez más extravagantes para sus fantásticos palacios y trataba con sus ministros de los asuntos de Estado a través de su mozo de cuadra favorito. Wagner sospechaba que el mismo mozo obstaculizaba sus comunicaciones con el rey. Su sensación de aislamiento al ver cómo el rey se apartaba de él se vio incrementada por el rechazo de Nietzsche a pasar las Navidades con ellos. Se lo tomó como una deserción y una deslealtad y lo afectó profundamente.

Wagner había pensado aprovechar las Navidades para presentarle un plan a Nietzsche para restaurar la buena marcha de Bayreuth lanzando algún tipo de publicación periódica, una revista o una hoja informativa, con Nietzsche como director y colaborador (podría publicar tantos artículos como quisiera, algo que sin duda le complacería). El propósito de la publicación sería promocionar y recaudar fondos para Bayreuth. En lugar de eso, el profesor Nietzsche mandó cinco prólogos inesperados y ociosos a cinco libros que nunca se escribirían, ninguno de los cuales guardaba la menor relación con Wagner ni sus problemas. «No nos dieron ánimo», comenta con acritud Cosima en su diario, en el que luego anota una triste celebración agobiada por

la angustia, la ansiedad y la mala salud, de manera que ambos se encontraron por primera vez en su matrimonio discutiendo sobre si el perro era demasiado sucio para dejarlo entrar en la casa. Noche tras noche, Wagner se veía asaltado por una sucesión terrorífica de pesadillas. Cuando se despertaba, se calmaba pensando en Nietzsche. Pero éste se veía a sí mismo sólo en el papel de discípulo. No comprendía la necesidad real que tenía el Maestro de él y no tenía ni idea de que Wagner y Cosima se habían tomado su ausencia como una traición. Cuando Cosima le mandó por fin una carta el 12 de febrero, Nietzsche se quedó pasmado ante su referencia a que se había abierto una brecha entre ellos: él ni siquiera lo había sospechado.

A modo de desagravio, empezó un libro para regalárselo a Wagner en su sexagésimo cumpleaños, en mayo. Eso posiblemente cicatrizaría la herida. Pero antes llegó la invitación para que pasara Pascua con ellos. Esta vez obedeció sensatamente, llevando *La filosofía en la época trágica de los griegos* (*Die Philosophie im tragischen Zeitalter der Griechen*) bajo el brazo, y fue acompañado de su amigo Erwin Rohde, que por entonces enseñaba en Kiel.

El entusiasmo inicial de Cosima al recibir a los profesores pronto se desvaneció. Rohde, aunque era un amigo fiel y de confianza de Nietzsche, no era un hombre precisamente alegre. Su presencia no aligeró en absoluto la atmósfera apesadumbrada de Bayreuth. Además, Nietzsche se empeñó en leer su obra en voz alta a lo largo de varias veladas, haciendo largas pausas para mantener discusiones profundas. A Wagner lo aburría mortalmente y se exasperó todavía más cuando Nietzsche se sintió inspirado por una tormenta para agasajarlos con una interpretación de su última composición musical. «Estamos un tanto irritados por los pasatiempos musicales de nuestro amigo, y R. se explaya hablando del nuevo giro que ha dado la música»,[1] anota Cosima con tono sombrío. Por su parte, a Nietzsche no le hizo gracia la propuesta de Wagner de que Rohde y él se convirtieran en propagandistas de Bayreuth con una publicación. Dada la cantidad de comentarios despectivos que había escrito Nietzsche deplorando la cultura periodística, la sugerencia resultaba ofensiva.

Los años de Tribschen habían sido incuestionablemente el mejor periodo de la vida de Nietzsche. El ritmo constante de aquellos primeros años de su prometedora carrera como profesor, mientras iba y venía entre el aula de Basilea y el santuario doméstico del Maestro, le habían concedido un intervalo luminoso de buena salud como no había disfrutado hasta entonces, ni tampoco después. Pero las interminables vacaciones de Pascua que Rohde

y él pasaron juntos en Bayreuth no habían revivido ni un ápice de los pasados días de gloria. Habían sido una pantomima vacía, un lamentable simulacro.

A su regreso a Basilea, su salud falló. Al principio, sus dolores de ojos y de cabeza sólo le impidieron mantener su hábito vespertino de sentarse a leer y a escribir notas para las clases en su cuaderno de cubiertas de cuero rojo, pero a medida que pasaban los días, la intensidad y persistencia del dolor crecía. Transcurrido un mes, se sentía totalmente incapaz de hacer eso siquiera. Su médico le aconsejó que diera descanso absoluto a sus ojos.

La luz le provocaba un dolor atroz. Se pasaba casi el día entero sentado en una habitación a oscuras con las cortinas corridas. A veces se aventuraba a dar un pequeño paseo fuera, protegiéndose de la luz con una sombrilla, lentes de cristales gruesos y cristales ahumados verdes, y una visera también verde acabada en pico por encima de la frente. Sus conciudadanos de Basilea pasaban por su lado como sombras platónicas delante de su cueva. Por lo que a ellos se refería, ya estaba bien así. Podían fingir que no habían visto al problemático profesor e ignorarlo.

Nietzsche era un incordio. Había adquirido tan mala reputación que resultaba dañino para la reputación de la universidad. Un profesor de filología de la Universidad de Bonn había dicho a sus estudiantes que Nietzsche era un enemigo de la cultura, además de un taimado impostor, y que *El nacimiento de la tragedia* no tenía ni pies ni cabeza y era un libro completamente inútil. **[2]**

Nietzsche se alojaba en unas habitaciones alquiladas en el número 45 de la Schützengraben. Otras habitaciones de la casa estaban alquiladas a Franz Overbeck,[3] recién nombrado profesor de Nuevo Testamento e Historia de la Iglesia en la universidad, que estaba escribiendo su primer libro, «En torno al carácter cristiano de nuestra teología actual», y a Heinrich Romundt, que estaba redactando su tesis doctoral sobre la *Crítica de la razón pura* de Kant. En sus paseos hacia la universidad y desde ella, los tres jóvenes y ambiciosos académicos a menudo se detenían en un bar llamado Das Gifthüttli (la Cabaña del Veneno), así bautizado porque se encontraba en el emplazamiento de una antigua mina de arsénico. Con buen ánimo, el trío adoptó el transgresor nombre para su propia casa. Pero los planes para revolucionar la sociedad tuvieron que quedar aparcados hasta que Nietzsche recobrase la salud.

Llamó a su hermana para que acudiera a cuidarlo y encargarse de las tareas prácticas de la casa. La ayuda para el trabajo le llegó en la figura de su viejo amigo Carl von Gersdorff, que lo había defendido en los tiempos de la Schulpforta. Von Gersdorff llegó a Basilea desde Sicilia, donde había contraído la malaria, pero tenía buena vista. Le leía en voz alta el material

para las clases a Nietzsche, y éste se aprendía de memoria todas las citas que quería utilizar. A Von Gersdorff le dio la impresión que la pérdida de la visión física le confería a su amigo una mayor claridad de visión interior. Tanto la selección del material como sus clases mejoraron por la laboriosidad del trabajo, que hizo que hablara con mayor claridad y elocuencia y con más concentración.[4] Nietzsche coincidía: «La enfermedad me dio derecho a cambiar mis hábitos por entero: me permitió, me *exigió* olvidar […] Mis ojos, por sí solos, pusieron fin a mis costumbres de ratón de biblioteca, o dicho llanamente, a la filología: quedé redimido del "libro" […] ¡la *mayor* bendición que me he concedido! Ese yo más bajo, sepultado y enmudecido por *tener* que escuchar constantemente a otros yos (¡y eso, sin duda, es lo que significa leer!) se despertó despacio, tímido y dubitativo, pero finalmente *volvió a hablar*». [5]

El método funcionó, pero no sirvió para detener el avance del creciente dolor. Su oculista, el profesor Schiess, le recetó gotas de atropina (la letal belladona) para relajar los músculos oculares. Al doblar el tamaño de sus pupilas, las gotas le impedían enfocar la vista. El mundo se convirtió en un borrón en movimiento. Dependía incluso más que antes de Von Gersdorff, que dijo que los estanques oscuros y brillantes de los ojos de Nietzsche le daban un aspecto aterrador.

Con Elisabeth encargándose de la casa y Von Gersdorff ejerciendo de amanuense, Nietzsche podía experimentar la libertad intelectual sin sufrir la terrible soledad del eremita del intelecto. El libro para el cumpleaños de Wagner rápidamente quedó relegado al pasado, mientras sus ojos desenfocados vagaban por horizontes más abiertos. Se lanzó a hacer listas. Escribió una serie entera de *Consideraciones intempestivas* (*Unzeitgemässe Betrachtungen*). Éstas darían inicio a sus reflexiones sobre la naturaleza de la cultura en el mundo moderno en general y en el Reich en particular. *Untimely* [«intempestivo», «prematuro», «extemporáneo», es la traducción en inglés del término] es una palabra pequeña y subestimada en inglés, pero para Nietzsche *unzeitgemässe* era una palabra con peso y entidad. Significaba estar fuera del tiempo, tanto del anterior como del posterior: fuera de la moda actual y también de la pesada ancla de la historia. La definía como estar firme y sólidamente arraigado en su propia fuerza, como el buscador de la verdad con su mirada siempre fija más allá de cuanto es efímero. Confeccionó una lista de los temas sobre los que él, el intempestivo, escribiría. Pretendía publicar dos *Intempestivas* al año hasta que hubiera completado la lista entera. No dejó de añadir y eliminar temas, pero el núcleo invariable incluía:

David Strauss
Historia
Leer y escribir
El voluntario [al servicio militar] de un año
Wagner
Escuelas secundarias y universidades
Disposición cristiana
El profesor absoluto
El filósofo
Pueblo y cultura
Filología clásica
El esclavo del periódico

La primera consideración intempestiva que escribiría fue *David Strauss, el confesor y el escritor*. David Strauss era un teólogo y filósofo kantiano que había tenido un gran éxito cuarenta años antes con su obra en dos volúmenes *Das Leben Jesu* [«La vida de Jesús»], una investigación supuestamente «científica» de Jesucristo como figura histórica. El libro causó sensación y escandalizó. La traducción al inglés corrió a cargo de George Eliot (a la que Nietzsche disfrutaba caracterizando reiteradamente como arquetipo de la raza inglesa: una sexualidad peculiar y un intelecto débil). El conde de Shaftesbury lo consideró el libro más hediondo que había salido jamás vomitado de las fauces del Infierno. Cuando Nietzsche leyó el libro de Strauss durante sus años escolares en Pforta, le escribió a su hermana diciendo que, si le preguntaran, Jesús como figura histórica carecía del menor interés para él, pero como maestro moral era algo muy distinto, merecedor de la más profunda investigación.

Strauss se acercaba por entonces a la setentena. No hacía mucho había publicado una continuación de la obra, *Der alte und der neue Glaube* [«La antigua y la nueva fe»] que de nuevo alcanzó gran popularidad y fue objeto de varias reediciones. El libro se ajustaba al aire de los tiempos y era uno de los primeros en abordar con alegría casi obsesiva la idea de que era posible existir en el mundo moderno como una nueva variedad de cristiano *racionalista*, una contradicción fundamental como pocas, algo manifiestamente imposible dadas las definiciones tanto de racionalidad como de fe. Como comentó Nietzsche: si uno se aparta de la idea fundamental, la fe en Dios, lo hace saltar todo en pedazos. Una revolución en la fe exige una revolución en la moral, una consecuencia que parece habérsele escapado a Strauss en lo que Nietzsche, con evidente placer, se refería demoledoramente como su «oráculo manual del filisteo alemán».**[6]**

Envió el manuscrito al editor antes de emprender unas vacaciones estivales con Romundt y Von Gersdorff en Chur [o Coira], un pequeño

balneario alpino famoso por sus baños reconstituyentes en el lago y otras «curas». Cada día, los tres amigos hacían excursiones de cuatro o cinco horas; Nietzsche, pertrechado con sus gafas verdes y visera puntiaguda. El aire fresco y despejado daba un filo cortante al pensamiento. Varios centenares de metros bajo su hotel rielaba el Caumasee, un pequeño y precioso lago. «Nos vestíamos y desvestíamos con el insistente croar de fondo de una inmensa rana», anotó Von Gersdorff. Después de nadar, los tres se tumbaban en el musgo aterciopelado y las agujas de los alerces, mientras sus amigos le leían a Nietzsche a Plutarco, Goethe y Wagner.

Rohde y Von Gersdorff habían leído las pruebas de la *Consideración intempestiva* con suma atención en nombre de Nietzsche, pero cuando recibieron los primeros ejemplares a principios de agosto, hicieron el humillante descubrimiento de que el libro estaba tan plagado de errores ortográficos y tipográficos como la obra de Strauss en la que Nietzsche había criticado el mismo defecto.

Pese a todo, la llegada de los primeros ejemplares era una ocasión digna de una celebración solemne y ceremoniosa. Llevaron una botella de vino a la orilla donde, en la cara inclinada de una roca, grabaron con adusta seriedad «U.B.I.F.N. 8/8 1873» [*Unzeitgemässe Betrachtun* 1. Friedrich Nietzsche, 8 de agosto de 1873]. Luego se quitaron la ropa y nadaron hasta el pequeño islote que emerge en medio del lago, donde encontraron otra roca donde grabaron sus iniciales. Volvieron a nado, sirvieron una copa sobre la primera roca y declararon: «Así conmemoramos la antistraussiada. ¡Ahora que reaccionen los adversarios! ¡Que se vayan al diablo!».[7]

Strauss murió en el febrero siguiente. Nietzsche lo anotó en su diario. Tenía remordimientos por si su salvaje ataque hubiera acelerado el final de un colega, pero sus amigos le aseguraron que su libro no había ensombrecido los últimos meses del difunto. Strauss ni siquiera supo de su existencia, le aseguraron. No era cierto. Strauss sí se había enterado. Lo había desconcertado, pero no encontró motivos para inquietarse: el mundo había prestado mucha más atención a sus obras con sus grandes ventas que a esta picadura de mosquito de un autor desconocido y no muy bien considerado llamado Friedrich Nietzsche.

Cuando Nietzsche volvió a Basilea para el semestre de otoño no había mejorado su estado de salud. Seguía sin poder leer ni escribir solo. A mediados de octubre, Wagner le pidió que escribiera un texto con un llamamiento dirigido a la nación alemana. Bayreuth sufría una angustiosa falta de dinero. Nietzsche se sintió tan incapaz de asumir la tarea que dictó

una carta a Erwin Rohde pidiéndole que la escribiera por él, «en estilo napoleónico». La carta de Nietzsche a Rohde era maliciosa y sarcástica. Se reía de Wagner, que había llegado a la conclusión de que era víctima de un complot comunista para sabotear Bayreuth. Uno de los primeros movimientos de la conspiración, pensaba Wagner, era que los comunistas estaban intentando hacerse con la editorial de Fritzsch a fin de acallar sus textos y los de Nietzsche.

«¿Tu viril corazón martillea con fuerza contra tus costillas? —se lee en la carta de Nietzsche a Rohde—. Tras tales sucesos ya no me atrevo a firmar esta carta con mi nombre […] pensando sólo en términos de bombas y medidas contra ellas, firmemos sólo con seudónimos y pongámonos barbas postizas. […]»**[8]**

Rohde se negó a ser el negro que redactara el panfleto, así que Nietzsche tuvo que dictarlo. Tal fue su resolución que pasó su vigésimo noveno cumpleaños, el 15 de octubre de 1873, trabajando en él. Lo tenía preparado para el Maestro con tiempo de sobra para el 23 de octubre. Era el Día de la Reforma, una festividad que se celebraba en toda la Alemania luterana. Conmemoraba el día de 1517 en que Martín Lutero había clavado sus noventa y cinco tesis en la puerta de la iglesia. Para Wagner era vital presentar su llamamiento cultural en una fecha señalada, cuando llegaría a los representantes de las Sociedades Wagnerianas de toda Alemania y el mundo entero.

Su texto encantó al Maestro, pero cuando Wagner lo envió a las Sociedades Wagnerianas, el panfleto de Nietzsche les pareció tan intimidante, tan carente de tacto y tan combativo que lo rechazaron de inmediato y redactaron el suyo propio, de tono más suave. El de Nietzsche no llegó a ver la luz del día.

La cálida respuesta de Wagner animó a Nietzsche a emprender una pequeña aventura por su cuenta. Todavía salía al mundo cuidadosamente envuelto en verde para protegerse de la luz, pero se arriesgó a realizar un viaje en tren para unirse al Maestro en las celebraciones del Día de la Reforma.

Fue como en los viejos tiempos. Tras una comida tremendamente agradable, Nietzsche los entretuvo contándoles la historia verdadera de la amenaza comunista a la editorial de Fritzsch.

Una viuda rica y desquiciada llamada Rosalie Nielsen, camarada política de Mazzini y, según se decía, mujer fea hasta lo inimaginable, había leído *El nacimiento de la tragedia*. Encendió en su pecho tal pasión por el autor que se presentó en Basilea y se le echó encima. Para gran alarma de éste, se creía una

servidora del culto de Dioniso. Él la había acompañado a la puerta. Ella lo había amenazado. Finalmente, se la convenció de que volviera a Leipzig, donde decidió comprar la editorial de Fritzsch, supuestamente con la intención de poseer y tener el control absoluto de los libros de su héroe, un plan que resultaba lo bastante aterrador ya de por sí, pero que adquirió proporciones terroríficas cuando se descubrió que ella mantenía estrechos lazos con la Internacional marxista, que ahora reclamaba a Nietzsche como uno de los suyos en lo político.

Wagner se rió con ganas y más a gusto con esa anécdota que todo lo que se había reído durante ese año. Días después de que Nietzsche se la contara todavía seguía escapándosele la risa y negando con la cabeza.

Al volver a Basilea, Nietzsche escribió la segunda *Consideración intempestiva*, «Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida», que se publicaría el año siguiente, 1874. Abordando la relación de la historia y la historiografía (la escritura de la historia) con la vida y la cultura, señalaba que la obsesión alemana por el pasado obstaculizaba su acción en el presente.

El ensayo distinguía entre tres usos de la historia: la anticuaria, que busca preservar el pasado; la monumental, que quiere emularlo, y la crítica, que quiere liberar el presente. Los tres deben mantenerse en un delicado equilibrio para alcanzar lo suprahistórico: una inclinación a la búsqueda de ejemplos perpetuamente válidos del pasado, junto con un olvido deliberado del mismo en interés del presente.

Nietzsche había estado realizando intensos estudios de los últimos libros sobre temas científicos como la naturaleza de los cometas, la historia y desarrollo de la química y la física, la teoría general del movimiento y la energía, y la construcción del espacio.[9] Esas lecturas lo habían llevado a volver a la idea obsesiva a la que había estado dando vueltas en la anterior *Consideración intempestiva* sobre David Strauss: abordar la gran cuestión de ciencia y religión y vituperar a los teólogos contemporáneos por socavar la misma fe que profesan al pretender reconciliar ambas. Era una de las grandes cuestiones de la época, a la que regresaría durante toda su vida.

Acuñó un neologismo para describir el efecto de la ciencia: *Begriffsbeben* [terremoto conceptual]. «La vida misma se derrumba, se torna débil y temerosa cuando el terremoto conceptual provocado por la ciencia priva al hombre de los cimientos de su seguridad y tranquilidad, de su creencia en lo perdurable y eterno. ¿Debe la vida dominar al conocimiento y la ciencia, o el

conocimiento ha de dominar la vida?»[10] Sin duda, la humanidad ha ascendido, o eso cree, hasta el cielo sobre el rayo de sol de la verdad científica, pero el cielo de la ciencia era una mentira tan necesaria como su equivalente religioso. La verdad eterna no pertenecía en mayor medida a la ciencia que a la religión. Cada nuevo descubrimiento científico tenía la consecuencia de dejar a la vista como ficciones todas las verdades científicas eternas previas. La verdad adoptaba una nueva forma a medida que los hilos de la telaraña se tensaban y deformaban o incluso se rompían del todo.

Las últimas páginas concluyen con un consejo para los jóvenes. Para curarlos de la enfermedad de la historia no es sorprendente que recomiende que la forma de salvar el caos es remitirse a los griegos, que poco a poco aprendieron a organizar el caos siguiendo el consejo del oráculo de Delfos: conócete a ti mismo.

Mandó los primeros ejemplares impresos a los críticos a quienes más estima tenía. Jacob Burckhardt siguió su pauta habitual de eludir una crítica a fondo escudándose en su humildad: su pobre y vieja cabeza nunca había sido capaz de sondear tan profundamente los cimientos, objetivos y deseos definitivos de la ciencia histórica.

Erwin Rohde le dio la respuesta más constructiva, señalando que, aunque las ideas eran brillantes, Nietzsche debía cuidar un poco más su estilo para que no fuera tan imperiosamente insistente, y también la construcción de sus argumentaciones, que deberían estar más desarrolladas y respaldadas con ejemplos históricos en lugar de que cada idea llegara a la mente por separado dejando al desconcertado lector la tarea de realizar las conexiones oportunas.

Wagner le pasó el pequeño libro a Cosima con el comentario de que Nietzsche era todavía muy inmaduro: «Carece de plasticidad porque nunca cita ejemplos de la historia, pero hay muchas repeticiones y ningún plan real. No conozco a nadie a quien recomendárselo porque nadie podría seguirlo». [11] Dejó en manos de Cosima la respuesta. Típico de ella, escribió sin concesiones y sin pensar en los sentimientos del autor. El libro sólo atraería a un pequeño público lector, le dijo, y le planteó algunas críticas de estilo que a él lo enfurecieron.

Nietzsche se deprimió. La *Intempestiva* sobre Strauss había recibido un par de críticas en la prensa precisamente por la razón opuesta de su carácter «intempestivo»: se la había acusado de tratar un tema de moda. Por el contrario, la *Intempestiva* sobre la «Historia para la vida» carecía del atractivo de abordar un tema de moda. No se esperaban grandes ventas y no las hubo. Su editor le ponía mala cara a la idea de proseguir la serie.

Su madre cumplía cuarenta y ocho años en febrero de 1874. Los deseos de Nietzsche de salud y felicidad no parecieron muy animados. Él le decía que no siguiera el ejemplo de su estimado hijo, que había empezado a enfermar demasiado pronto en la vida. Seguía comparando lastimosamente su propia vida con la de una mosca: «La meta es muy remota e, incluso si uno llega, con mucha frecuencia ha agotado todas sus fuerzas en la larga lucha y empeño. Uno alcanza la libertad exhausto, como una fugaz mosca cuando cae la noche».[12]

Wagner decidió que había llegado la hora de que Nietzsche tomara decisiones importantes. Debía o bien casarse o bien escribir una ópera. Sin duda, la última opción le resultaría tan pavorosa que nunca se llevaría a la práctica. Pero ¿a quién le importaba? Si la esposa era lo bastante rica, vendría a dar lo mismo.[13] Nietzsche tenía que entrar en el mundo, debía abandonar la pequeña corte que había creado a su alrededor, el círculo de hombres inteligentes y útiles subordinados a él y a la devota hermana-reina-consorte-criada a su disposición cada vez que la necesitaba. Se requería un poco más de equilibrio. Era una pena que Von Gersdorff fuera hombre porque Nietzsche podría haberse casado con él. Wagner y Cosima habían llegado a una conclusión probable sobre la intensidad de las relaciones de Nietzsche con sus amigos masculinos. Eran liberales a ese respecto. No les preocupaba ni tampoco veían en ello ningún impedimento para que se casara.

«… Ah, Dios mío, ¿por qué Gersdorff tiene que ser el único varón entre ustedes? ¡Cásese con una esposa rica! Entonces podrá viajar y enriquecerse […] y componer su ópera […] ¿Qué clase de Satán ha hecho de usted sólo un pedagogo?»[14]

Ése era el Wagner más contundente. Demasiado contundente para alguien que se había descrito como una mosca exhausta en el atardecer de su vida. Nietzsche no estaba para esos discursos. Le dijo a Wagner que con seguridad no iría a Bayreuth en verano. Tenía pensado pasarlo en el aire limpio de alguna montaña suiza muy alta y aislada mientras redactaba la siguiente *Intempestiva*.

A Wagner le pareció una mala idea. Insistió en que la presencia de Nietzsche en Bayreuth sería inestimable a lo largo del verano. El rey Luis se había sentido finalmente tan atormentado por la insoportable idea de no ver el *Ring* representado en la sublime visión del Maestro que había concedido un crédito de 100.000 táleros. Nietzsche tendría mucho que hacer.

Como el Valhalla de Wotan, la ópera se iba levantando piedra tras piedra. El verano iba a dedicarse a hacer audiciones de cantantes e instrumentistas,

construir los escenarios e inventar la maquinaria: las valquirias tenían que *volar*, las doncellas del Rin tenían que *nadar* como fuera, el dragón tenía que *exhalar fuego* sin incendiar el edificio.

¿Cómo podía Wagner ser tan insensible para imaginar que la delicada salud de Nietzsche soportaría un verano con tal trasiego? ¿Cómo iba a aguantarlo su cabeza? Además, no quería que lo atosigaran más con la cuestión del matrimonio, un tema que su madre raramente abandonaba.

7

Terremoto conceptual

> Es verdaderamente asombroso cómo conviven dos almas, una junto a la otra, en este hombre. Por un lado, los métodos más rigurosos de la investigación científica académica […] por el otro, el wagnero-schopenhaueriano excesivamente entregado a lo ininteligible, rapsódico y fantasioso, brillante por demás, con un atolondrado entusiasmo por el arte, el misterio y lo religioso.
>
> El profesor WILHELM RITSCHL hablando sobre Nietzsche con WILHELM VISCHER-BILFINGER, presidente de la junta de gobierno de la Universidad de Basilea, 2 de febrero de 1873.

Nietzsche pronto cumpliría los treinta con sólo unos textos con pocos lectores y una menguante reputación como prodigio de la filología en su haber. Difícilmente podía compararse con Jesucristo, que a los treinta se había embarcado en un ministerio de tres años que haría temblar la tierra. El padre de Nietzsche había muerto a los treinta y seis, y él siempre había creído que moriría a esa edad, pero ahora se preguntaba si siquiera duraría tanto. La mortalidad repicaba en los muros de la fortaleza: la maquinaria estaba viniéndose abajo. Se alternaban crisis de salud y «curas». Ambas a menudo concluían con horribles reacciones convulsivas y vómitos de sangre. En varias ocasiones creyó que le había llegado la hora. Había veces en que se descubría anhelando la muerte.

La teoría médica de la época, como la religiosa, oscilaba entre la superstición del curanderismo y el pensamiento científico. Los distinguidos médicos de Nietzsche le diagnosticaron gastritis crónica acompañada de una cantidad anormal de sangre en el cuerpo que causaba una dilatación del estómago y obstrucciones vasculares que daban lugar a una irrigación insuficiente del cerebro. A las sabandijas, ventosas y cantáridas se sumaban dudosas curas de moda como las sales de Carlsbad, la electroterapia, la hidroterapia, dosis masivas de quinina y una nueva medicina milagrosa llamada «solución de nitrato de plata». Ninguno de esos remedios, creía Nietzsche, le sirvió de nada.

Pasó a formar parte, en sus palabras, del grupo de gente de todo el mundo con anemia clorótica y problemas nerviosos que iba de balneario en balneario. Leía vorazmente textos de medicina y psicología y, aun así, pese a todos los remedios milagrosos que probaba y que sabía que no le servían de nada, era el único campo del saber en que dejaba de lado su rigor analítico. Era tan crédulo como un lector de periódicos que cree en el horóscopo. Pero en su interior sabía que: «La gente como nosotros […] nunca sufre sólo físicamente, todo está profundamente entrelazado con crisis espirituales, así que no tengo ni idea de cómo las medicinas y las dietas pueden hacer que recupere la salud».[1]

Seguramente, el mayor daño a su salud se lo produjo el especialista en estómago más reputado de la época, el doctor Josef Wiel, a cuya clínica en Steinabad acudió Nietzsche en el verano de 1875. Recetaba los enemas y sanguijuelas habituales, pero la verdadera novedad era la dieta «milagrosa» de Wiel: carne, sólo carne, cuatro veces al día. Wiel incluso le dio lecciones de cocina para que pudiera seguir con la monótona dieta una vez abandonara la clínica.

Cada vez que volvía a Basilea para retomar su trabajo, llamaba a Elisabeth para que fuera a cuidarlo. Y cada vez que Elisabeth dejaba a su madre, Franziska se quejaba dolida de sus dos hijos, haciéndolos sentir desleales y culpables. Nietzsche bautizaría más adelante ese sentimiento como *Kettenkrankheit* [«enfermedad de las cadenas»], siempre que percibía que su madre o su hermana tiraban de la cadena que lo sujetaba a ellas.

Franziska sentía celos de que Elisabeth escapara de la rutina de Naumburgo para cuidar de su hermano y relacionarse con su círculo de amigos. Sin embargo, el estado de salud de su hijo era tan precario que no le quedó más remedio que permitir que Elisabeth lo atendiera durante cuatro meses en 1870, seis en 1871, varios más en 1872 y 1873 y durante el verano de 1874. Finalmente, en agosto de 1875, ambos hermanos se fueron a vivir juntos en un apartamento del número 48 de Spalentorweg, al final de la calle donde estaba la Cabaña del Veneno, y donde Romundt y Overbeck seguían a mano.

Los textos sobre Nietzsche a menudo incluyen frases como: «hermano y hermana estaban incluso demasiado cerca» o «es posible que los hermanos se quisieran demasiado», frases que demuestran lo que cuesta librarse de las falsedades sensacionalistas.

En el año 2000, unos cincuenta años después de su publicación en 1951, y exactamente un siglo después de la muerte de Nietzsche, todavía se reeditaba

un libro supuestamente escrito por él titulado *Mi hermana y yo*. «El chico que se crió en una casa llena de mujeres sin hombre —rezaba la publicidad del libro—. La extraña relación entre Nietzsche y su hermana, acallada durante cincuenta años y revelada por fin en la confesión del propio filósofo. La historia de un hermano famoso y una hermana pequeña aterradoramente ambiciosa que crecieron amándose físicamente desde niños y siguieron amándose de adultos, excluyendo a todos los demás hombres y mujeres. Basta con leer unos fragmentos de este libro apasionante para darse cuenta de por qué ha sido silenciado todos estos años. Llanamente y con pavorosa seriedad, el mayor filósofo del siglo XIX relata cómo cayó poco a poco en esa trampa amorosa extremadamente arriesgada que le impidió casarse y que llevó al suicido al marido de su hermana. MI HERMANA Y YO fue escrito en un manicomio en Jena. Sin duda era su venganza deliberada contra su familia por haberle impedido publicar una confesión anterior y mucho más moderada, titulada *Ecce homo*, que no apareció hasta diez años después de su muerte. MI HERMANA Y YO tuvo que aguardar más de cincuenta años porque no podía hacerse pública hasta que todos los actores de este Gran Drama hubieran fallecido.»

Es un relato abominable, desde el mismo principio, con Elisabeth metiéndose en su cama y procediendo a la «aplicación de sus pequeños y regordetes dedos», hecho que ocurrió por primera vez la noche de la muerte de su hermano pequeño Joseph. Dado que Elisabeth tenía dos años en aquel momento, y Nietzsche cuatro, la lógica y la razón quedan excluidas desde el principio. Pero el sentido común a menudo se ve desbordado por el sensacionalismo una vez el escándalo se dispara. El gran erudito Walter Kaufmann desmontó filológicamente el libro con suma habilidad, pero se tardaron varios años en desenmascararlo como una falsificación, fruto de la laboriosa pluma del estafador reincidente Samuel Roth,**[2]** cuyas publicaciones con seudónimo o anónimas incluían *Lady Chatterley's Husbands* (1931), *The Private Life of Frank Harris* (1931), *Bumarap: the Story of a Male Virgin* (1947), *I Was Hitler's Doctor* (1951) y *The Violation of the Child Marilyn Monroe* por «su amigo psiquiatra» (1962).

Roth también editó varias revistas eróticas de breve vida en las que reproducía fragmentos sexualmente explícitos de autores contemporáneos sin su permiso. Eso sacó de quicio a los escritores de la época y tuvo como consecuencia una declaración de protesta firmada por ciento sesenta y siete autores, entre ellos Robert Bridges, Albert Einstein, T. S. Eliot, Havelock Ellis, André Gide, Knut Hamsun, Ernest Hemingway, Hugo von

Hofmannsthal, James Joyce, D. H. Lawrence, Thomas Mann, André Maurois, Sean O‘Casey, Luigi Pirandello, Bertrand Russell, Arthur Symons, Paul Valéry y William Butler Yeats.[3]

Mi hermana y yo se sigue publicando [en castellano también]. El nombre del autor en la portada sigue siendo el de Friedrich Nietzsche, sin ninguna mención a su verdadero artífice. Incluso hoy se requiere investigar un poco para llegar a la verdad.

Elisabeth era una chica lista e inteligente. Franziska la criticaba por ser demasiado lista, como su hermano. Su sexo, su educación y su madre fueron su tragedia.

Si hubiera nacido varón las cosas habrían sido muy distintas, pero no hubo *Gymnasien* para chicas hasta finales de siglo. Mientras los años de educación de Nietzsche en Pforta habían consistido en recorrer el mundo de las ideas en una rigurosa búsqueda de la verdad y el yo, la escuela de Fräulein Paraski para jóvenes damas en Naumburgo se había dedicado a inculcar justamente lo contrario a Elisabeth. La tarea de Fräulein Paraski era revestir la individualidad de una chica y dotarla de una identidad sintética, ajustándola al modelo almibarado de la perfecta doncella casadera, una *tabula rasa* preparada para asumir la marca del marido que fuera a regir su futuro. Un diccionario de la época da la siguiente definición de *Frau* (mujer): «La mujer *complementa* al hombre; la unificación de ambos es el ejemplo definitivo de la divinidad en el hombre. Él es el olmo; ella, la enredadera: él crece hacia lo alto, lleno de fuerza y savia; ella es delicada, aromática, con un resplandor interior, dada a combarse…».[4]

Una doncella lista de Naumburgo debía fingir ser una atolondrada cabecita hueca si quería cazar un marido. No era de recibo que una chica fuera inteligente. Elisabeth disimuló durante toda su vida. Aunque lo cierto es que la convención le iba bien. Su inteligente hermano le ofreció numerosas oportunidades para una educación autodidacta, pero ella nunca las aprovechó. Resultaba demasiado incómoda, demasiado inquietante. Incluso cuando ya sobrepasaba los setenta se la describía como «una *flapper* de corazón que se encapricha de ésta o de aquella persona como una jovencita de diecisiete años…». También comentaba Harry Kessler que Elisabeth mostraba una resuelta determinación a resistirse a las exigencias intelectuales, era una esnob a la que atraían pocas cosas, aparte de hacer reverencias a los miembros de la

aristocracia y, en dos palabras, era «la encarnación de aquello contra lo que precisamente luchó su hermano».[5]

La abuela Erdmuthe no había dado a su madre Franziska ningún papel adulto, ninguna responsabilidad, nada que ser o llegar a ser en la vida, aparte de seguir el hábito pietista de considerarse a sí misma tan desamparada como una niña carente de libre albedrío. Cuanto sucedía, bueno o malo, era voluntad del Padre Celestial. En segundo lugar, sólo por detrás de Dios, venía el sexo masculino. Las tres generaciones de mujeres de la familia Nietzsche eran excepcionalmente resueltas y poseían una voluntad fuerte, pero todas mantuvieron una conciencia muy clara de que eran «buenas hijas» dentro de los límites fijados por la Iglesia y el patriarcado.

Nietzsche sabía que su Llama era una mujer inteligente y la trataba como tal. En eso, Nietzsche era una rareza en su época. Durante toda su vida supo valorar a las mujeres inteligentes, estableciendo amistades duraderas y cercanas con ellas. Sólo se enamoró de ese tipo de mujeres; le desagradaban las ignorantes e intolerantes.

Nietzsche siempre había tratado a Elisabeth como un individuo autónomo y reflexivo, y procuró estimular su independencia de pensamiento. Intentó conseguir que escribiera con una prosa clara: «¡Si pudiera aprender a escribir mejor! Y cuando cuenta algo, tiene que aprender a olvidarse de los “ah” y los “oh”».[6] Le confeccionaba listas de lecturas. La animaba a mejorar su capacidad intelectual. Le recomendó (en vano) que aprendiera idiomas. Quiso que asistiera a clases universitarias como *Hörerin*, oyente, la única manera en que una mujer podía acceder a las aulas.

Franziska se oponía implacablemente a cualquiera de esas vías. Si Elisabeth iba a ser un florero doméstico, debía mantenerse alejada de cualquier pensamiento o actividad independiente. Debía llevar la casa para su madre en Naumburgo, asistir a tés, enseñar en la escuela dominical y aplicarse con la aguja en la Escuela de Remiendos para los Hijos de los Pobres.

De haber tenido la oportunidad de recibir una educación como era debido, probablemente Elisabeth no la habría aprovechado. Durante toda su vida se sintió a gusto en su propia noción de la feminidad, adoptando de buena gana el papel de fémina ignorante y desamparada, sabedora de que eso la libraba de asumir la responsabilidad por sus actos y creencias. Cuando todavía era una escolar, Nietzsche le había escrito desde Pforta confesándole sus propias dudas en su fe religiosa y apremiándola para que investigara sus propias ideas, y ella había rehuido afrontar la cuestión: «Dado que no puedo olvidar

mi naturaleza de Llama, me siento completamente confundida y prefiero no pensar sobre eso porque sólo se me ocurriría alguna tontería».[7] Era una excusa que repetiría, con variaciones, cada vez que se le pedía más de lo que estaba dispuesta a dar: se refugiaba en la feminidad con toda su banalidad misteriosa y su torpeza de jovencita, a menudo aduciendo que ella era «sólo una diletante». Elisabeth nunca quiso que la tomaran por una de esas «nuevas mujeres» feministas, a las que describía con desdén afirmando que «luchaban por el derecho a llevar los pantalones y los derechos políticos de votar como borregos».[8]

El estudiante Ludwig von Scheffler describió el apartamento de Spalentorweg donde se instalaron juntos Nietzsche y Elisabeth en 1875. El joven había ido a Basilea para estudiar con Jacob Burckhardt, pero pronto se pasó a los cursos que impartía Nietzsche, que lo «cautivó y confundió» con sus clases y su «misteriosa psicología». En la descripción de Von Scheffler los estilos de los dos profesores difícilmente habrían podido ser más distintos.

En el estudio de Burckhardt encima de la panadería, los libros ocupaban el espacio a cada lado de un destartalado y viejo sofá donde se sentaba el profesor. A no ser que el visitante quisiera permanecer de pie, no le quedaba más remedio que montar una pila tambaleante de volúmenes y sentarse en ella.

El apartamento de Nietzsche estaba lleno de sillones delicados y blandos, elegantemente protegidos con tapetes de encaje. Adornos y jarrones de flores oscilaban sobre mesas aterradoramente frágiles. Una luz rosácea entraba por las ventanas, atenuada por una gasa de colores. Desdibujadas acuarelas colgaban sin orden de las paredes claras. A Scheffler le dio la impresión de que lo habían invitado a la casa de una novia encantadora más que de un profesor.[9]

Las diferencias entre ambos profesores eran igualmente marcadas en el aula. Burckhardt era dado a estallar en clase a medio discurso, como un dispositivo incendiario que explotara por el fuego del pensamiento. Lo llamaban «el histrión estoico». A todas luces, no desperdiciaba ni un pensamiento en su aspecto exterior con su pelo casi rapado, sus trajes pasados de moda y su ropa de lino descuidada.

Nietzsche entraba en el aula con humildad, tan discretamente que casi pasaba inadvertido. Sus modales eran tranquilos. Llevaba el pelo y el bigote esmeradamente cepillados, su ropa arreglada con cuidado. Estaba claro que prestaba atención a la moda del momento, que por entonces tendía a los pantalones de colores claros, una chaqueta corta y una corbata también clara.

Sin embargo, pese a todo el convencionalismo exterior, fue Nietzsche el que atrapó a Von Scheffler. Después de escuchar la reinterpretación de Platón que hacía Nietzsche, dejó de creer en la fábula de la «soleada y alegre Grecia». Se dio cuenta de que estaba escuchando una interpretación verdadera y lo llevó a anhelar saber más.

Vista la pasión generalizada en Alemania por lo helénico, la áspera lección de Nietzsche sobre la brutalidad de la Antigüedad tuvo un efecto desconcertante sobre la mayoría de sus discípulos. Aunque cautivó a Von Scheffler, vació el aula. En el verano de 1874, el curso de Nietzsche sobre *Choephoroi* (*Las coéforas*) de Esquilo atrajo sólo a cuatro estudiantes, y ni siquiera de los más destacados. Nietzsche los describió como «tullidos universitarios». Uno de ellos era tapicero y sólo había estudiado un año de griego.

Su seminario sobre Safo se canceló debido a la falta de matriculados y su curso sobre retórica también se suspendió. Eso le dejó mucho tiempo para escribir la tercera *Consideración intempestiva*, «Schopenhauer como educador», un ensayo en ocho secciones publicado en 1874. Famoso por su equívoco título, apenas trata de la filosofía de Schopenhauer y se centra sobre todo en el ejemplo moral del filósofo que voluntariamente asume el sufrimiento que conlleva la veracidad.

El educador debe ayudar al estudiante a desarrollar su propio carácter. El propósito de la vida es no ser una imitación. Sin embargo, el estudiante que persigue la transfiguración del alma debe estudiar a tres tipos de hombres: «el hombre de Rousseau» es el más fogoso. Como Tifón, el monstruo serpentino que vive bajo el Etna, el rousseauniano está convencido de que producirá el efecto revolucionario popular más impactante, como la Revolución francesa. Luego está «el hombre de Goethe». Es un ejemplo dirigido a sólo unos pocos. Es contemplativo al gran estilo e incomprendido por la mayoría. Por último, tenemos al «hombre de Schopenhauer», el hombre veraz que concede un sentido metafísico a cada uno de sus actos.**[10]**

Nietzsche también escribe con admiración de Schopenhauer como gran estilista que expresaba su pensamiento con una voz personal, utilizando una prosa limpia. Nietzsche sólo antepone a Montaigne a Schopenhauer en términos de capacidad de reflejar la verdad con elegancia. Se trataba a todas luces de un ejemplo que se tomaba muy en serio, porque la *Intempestiva* sobre Schopenhauer llama la atención por el cambio en el estilo de la prosa del propio Nietzsche. Su obra escrita previa había sido acertadamente criticada por Wagner, Cosima y Rohde por su estilo envarado y didáctico, su

falta de claridad y su arrogante desprecio de la argumentación ordenada, pero ahora, en este volumen, su escritura adoptó a la vez la elegancia de Schopenhauer y la humanidad de Montaigne, ganó encanto, legibilidad y credibilidad al tocar una fibra más personal.

Si hasta ese momento sus consejos a aquellos que buscaban la verdad siempre habían acabado con la advertencia aforística y poco útil extraída del oráculo de Delfos de que la veracidad y la autenticidad sólo podían conseguirse convirtiéndose en algo vaga y brumosamente denominado el yo, ahora se alejaba de Grecia y se atrevía a recurrir a su propio pensamiento y experiencias para dar consejo práctico. «Que el alma joven observe en retrospectiva su vida y se pregunte: ¿Qué es lo que de verdad has amado hasta ahora?, ¿qué ha atraído a tu espíritu?, ¿qué es lo que lo ha dominado y, a la vez, bendecido? Coloca ante ti estos objetos venerados y tal vez su naturaleza y su orden te revelen una ley, la ley fundamental de tu verdadero ser».[11]

El texto de Schopenhauer como educador también es más ligero, juega con las palabras, divierte y seduce con numerosos y elegantes aforismos, entre ellos:

«Uno tiene que adoptar una vía hasta cierto punto osada y peligrosa con su existencia: sobre todo dado que, pase lo que pase, vamos a perderla».[12]

«El objetivo de todas las disposiciones humanas es, mediante la distracción del pensamiento, *dejar de ser consciente de la vida*.»[13]

«El artista se relaciona con los amantes de su arte como un cañón pesado se relaciona con una bandada de gorriones.»[14]

«El Estado nunca tiene ningún uso para la verdad como tal, sino sólo para la verdad en cuanto le sea útil.»[15]

«El Estado quiere que los hombres lo idolatren igual que antes idolatraban a la Iglesia.»[16]

«Los manantiales de la religión se están secando, dejando tras de sí ciénagas y charcos estancados; las naciones vuelven a separarse con suma hostilidad y anhelan despedazarse. Las ciencias, cultivadas sin ninguna restricción y con el espíritu del más ciego *laissez-faire*, están resquebrajando y disolviendo toda creencia firme y consistente; las clases y Estados instruidos están siendo arrastrados por una economía del dinero absolutamente despreciable»,[17] una idea que estaba relacionada con las notas que, mientras escribía sobre Schopenhauer, tomaba sobre Wagner, al contemplar como el monstruo en que se había convertido la máquina publicitaria de Bayreuth avanzaba sobre sus ruedas de oro.

Ante la dificultad de ambos temas, optó por tomarse unas breves vacaciones en el pueblo de Chur. Se topó con un grupo de conocidos que incluía a una bonita joven de Basilea llamada Berta Rohr. Nietzsche le escribió a Elisabeth que «casi decidió» proponerle matrimonio. Si esta «casi proposición» complacería a Wagner es irrelevante, pero era evidente que Nietzsche no se quitaba de la cabeza la cuestión del matrimonio. Sus dos amigos de la infancia, Wilhelm Pinder y Gustav Krug, se habían comprometido hacía poco y Nietzsche, rezagado, había estado sopesando las ventajas del matrimonio. Había llegado a la conclusión de que supondría una potencial interrupción del trabajo, pero no estaba totalmente convencido de su decisión.

Wagner seguía insistiendo en que fuera a visitarlo en verano. Finalmente, el 5 de agosto, Nietzsche se presentó en Bayreuth. Nada más llegar se sintió mal y se acostó en la cama de su hotel. Wagner estaba exhausto por el exceso de trabajo, pero fue en persona para llevar a Nietzsche a Wahnfried, la mansión recién acabada cerca de la ópera y que iba a ser el hogar familiar. Una vez instalado, Nietzsche se encontró mejor.

Originalmente, Wagner había bautizado la casa como Ärgersheim [«Casa de la Irritación»] debido a la exasperación que le había causado el proyecto de construcción, pero era un nombre demasiado airado para legarlo a la posteridad. Una noche, mientras estaba en la galería bajo una luna plateada con los brazos rodeando la cintura de Cosima y ambos contemplaban la amplia sepultura abovedada en el jardín donde planeaban pasar juntos la eternidad en compañía de sus perros (*Russ* fue el primero en ser enterrado allí, precediendo a su amo), rebautizó la casa como Wahnfried [«Paz para las Ilusiones» (o «para la locura»)].

Las inscripciones a cada lado de la inmensa entrada de Wahnfried rezaban: *Sei dieses Haus von mir benannt* [«Así llamo a esta casa»] y *Hier wo mein Wähnen Frieden fand* [«Aquí donde mi imaginación atormentada encuentra la paz»]. Pero la paz y la liberación de las ilusiones distaban mucho de lo que Nietzsche descubrió en aquel lugar.

Por estilo y carácter, Wahnfried no podría haber sido más opuesta al retiro romántico y la intimidad de Tribschen. Wagner/Wotan había erigido su Wahnfried/Valhalla a una escala divina. Cuadrada e imponente, la casa recordaba más a un ayuntamiento que a un hogar. La sombría fachada, cubierta con grandes y sobrecogedores bloques de piedra, estaba casi desprovista de ornamentación. Toda la atención se concentraba en una galería semicircular de proporciones vaticanas donde Wagner podía pasar a recibir

honores en ocasiones solemnes, como estrenos o sus cumpleaños, o simplemente presentarse para saludar alegremente con la mano a las bandas de música que desfilaban abajo, interpretando selecciones de sus óperas.

«A un hombre que complace a miles debería permitírsele un mínimo placer», decía y, pese a todas sus raíces revolucionarias, se había erigido a sí mismo un palacio en la más pura tradición monárquica de la arquitectura intimidante.

El visitante entraba por una puerta delantera situada en el centro, ornamentada con un ficticio blasón en vidrio y una pintura alegórica de la Obra de Arte del Futuro para la que el Siegfried Wagner de cinco años había posado como modelo. El inmenso vestíbulo se alzaba hacia todas las plantas superiores de la casa hasta una claraboya. Las paredes, de un rojo «pompeyano», daban un fondo vibrante al panteón de bustos y estatuas de mármol de los dioses domésticos, tanto humanos como míticos: Sigfrido, Tannhäuser, Tristán, Lohengrin, Liszt y el rey Luis. Wagner y Cosima se alzaban sobre pedestales lo bastante altos para contemplar desde arriba a todos los demás.

En el salón, espacioso para acoger audiciones y ensayos, Nietzsche reconoció el piano Bechstein modificado especialmente, que había sido un regalo del rey Luis. En Tribschen había ocupado la mayor parte del espacio del pequeño estudio verde que era el corazón pensante de la casa. Aquí quedaba empequeñecido por un gran órgano, regalo de Estados Unidos. Más allá del salón, unas altas puertas daban a una sala aún mayor, de cien metros cuadrados. Era la biblioteca y sala de estar de la familia. Su decoración había sido diseñada por el escultor de Múnich Lonrenz Gedon, uno de los decoradores preferidos del rey Luis, experto en fundir lo neomedieval con lo neobarroco a gran escala. Estanterías talladas con profusión se alzaban hasta dos tercios de la altura de las paredes, hacia un techo artesonado del que colgaba una gigantesca lámpara de araña. El perímetro del techo estaba recorrido por un friso pintado chillonamente con los escudos de armas de todas las ciudades que alardeaban de contar con Sociedades Wagnerianas. La franja ancha y lisa que discurría entre la parte superior de las estanterías y los multicolores escudos de armas estaba desaforadamente estampada con un papel pintado con motivos florales atestado de retratos de la familia y de otros notables. El fondo de la sala, enfrente de las puertas de entrada, se desplegaba en una rotonda semicircular de una planta, cuyo techo servía de suelo a la muy amada galería. Las ventanas llegaban hasta el suelo; una orgía de cortinajes de satén y terciopelo trazaban un arco alrededor de otro piano de

cola, éste regalo de Steinway and Sons de Nueva York. Cuando Wagner se sentaba a tocar ahí para su familia por las noches, no se asomaba a las sublimes cumbres naturales del Rigi y el Pilatus, como había hecho en Tribschen. Aquí su mirada tenía una vista muy distinta, una panorámica de un verde jardín que conducía a la sublime obra humana de su propia tumba, aguardándolo.

La primera noche de Nietzsche en Wahnfried, Wagner se puso al piano para entretener a sus invitados tocando parte de la música de las doncellas del Rin de *Götterdämmerung*. Como represalia, tal vez, de la monumental *folie de grandeur* de Wahnfried, Nietzsche sacó la partitura de *Triumphlied* [«Canto triunfal»] de Brahms, que había escuchado en un concierto y le parecía admirable. No podía haber exhibido mayor falta de tacto. Diez años antes, Wagner y Brahms habían discutido por la devolución de una partitura manuscrita de *Tannhäuser* que Wagner le había dado a Brahms y quería recuperar. Lo que había empezado como una pequeña discusión había acabado sobrepasando los límites de lo razonable. Mientras Wagner echaba un vistazo sentado en su espléndida sala a la partitura que había sacado Nietzsche, empezó a carcajearse y comentó que Brahms no entendía en absoluto lo que era una *Gesamtkunstwerk*. ¡La mera idea de añadir la palabra *Gerechtigkeit* (justicia) a la música era un absurdo!

La partitura del *Triumphlied* era un objeto llamativo, encuadernado en rojo. A lo largo de toda la semana siguiente, cada vez que Wagner pasaba cerca del piano, el rectángulo rojo parecía fulminarlo con la mirada y él lo apartaba colocándolo debajo de alguna otra cosa. Finalmente, el sábado, Wagner se sentó al piano y lo tocó, y a medida que avanzaba la música, se iba irritando. Dijo que era una composición raquítica: Händel, Mendelssohn y Schumann «envueltos en cuero». Impulsada por la rabia de una esposa dolida, Cosima anotó en su diarios con mezquino regocijo que había oído comentarios deprimentes sobre Nietzsche en la universidad, que sólo tenía tres o cuatro estudiantes y que casi lo habían expulsado.[18]

Wagner estaba tan molesto por lo que percibía como deslealtad musical por parte de Nietzsche como Nietzsche lo estaba por el materialismo de Wagner (lo que, a poco que se pensara, no era nada nuevo). Ciertamente, el Maestro se había entregado a la despreciable economía del dinero que ambos, juntos, habían execrado en el pasado. Bayreuth estaba a un universo de distancia del festival libre y democrático de renovación cultural que su idealismo compartido había imaginado al principio.

Ambos lamentaban la pérdida de su anterior cercanía. Nietzsche ya no era el único compañero del Maestro sino uno más en la gran multitud internacional que no dejaba de pasar incesantemente por los salones inmensos y con eco de Wahnfried para poder sacar adelante el proyecto. El primer festival estaba previsto que se celebrara al año siguiente. Era un margen de tiempo asombrosamente breve, teniendo en cuenta que todavía había que acabar el edificio de la ópera, completar la orquestación final de la partitura y encontrar, contratar y ensayar con cantantes que fueran capaces tanto de actuar como de cantar a una escala heroica. Finalmente, tardaron un año más, y la inauguración se retrasó al verano de 1876.

Durante la visita de Nietzsche, Wahnfried estaba alborotado con el ruido de los motivos wagnerianos que tarareaban, ensayaban, tocaban y cantaban a la tirolesa las potenciales valquirias, las doncellas del Rin, además de los dioses y mortales. Se recibía a los visitantes acaudalados, los próceres de la ciudad eran alimentados y agasajados. Se desenrollaban y enrollaban las hojas con los diseños y planos. Al final de la semana, la relación entre Wagner y el desatendido Nietzsche se había enfriado tanto que éste ofendió obstinadamente a aquél diciendo con poca educación que el idioma alemán no le producía ningún placer y que prefería conversar en latín. Se marchó al final de la semana, estresado, tenso e insomne. «El tirano —escribió Nietzsche en su cuaderno— no admite más individualidad que la suya y la de sus amigos de más confianza. Grande es el peligro para Wagner.»[19]

No tenía gran cosa que esperar a su regreso a Basilea, donde su trigésimo cumpleaños fue objeto de una celebración mortecina. El mejor regalo fue la llegada de treinta ejemplares de la recién impresa *Consideración intempestiva* «Schopenhauer como educador». Le mandó uno a Wagner, que se apresuró a responder con un gratificante telegrama: «Profundo y genial. No podría ser más osado y moderno en la presentación de Kant. Comprensible verdaderamente sólo para los diabólicamente poseídos».[20] A Hans Von Bülow también le gustó. Su entusiasta carta de agradecimiento reparaba un tanto la brecha que se había abierto entre ellos tras su salvaje crítica de Nietzsche como compositor musical. Von Bülow elogiaba el libro tildándolo de brillante y manifestaba que Bismarck haría bien en citar ciertos fragmentos en el Parlamento.

Nietzsche se sintió inmediatamente mejor. Así como también mejoró su ánimo el volver a casa a Naumburgo por Navidad. No se llevó sus libros de

trabajo, sólo las partituras de sus propias composiciones musicales. Pasó unas agradables vacaciones reafirmando su convicción en su talento musical, reescribiendo y mejorando sus piezas y tocándoselas a Franziska y Elisabeth, que conformaban un público entusiasta. Durante este sosegado interludio musical, incluso los sermones de Naumburgo fueron incapaces de alterar su buen humor ni afectar a su salud, y eso que tenía razones más que sobradas para preocuparse porque Wilhelm Vischer-Bilfinger, presidente de la Junta de la Universidad, había fallecido ese año. Fue Vischer-Bilfinger quien había recomendado a Nietzsche para el puesto de profesor en Basilea. Se había comportado como su mentor y protector desde entonces. Las prolongadas ausencias de Nietzsche de las aulas a causa de su mala salud significaron que sus contribuciones recientes a la universidad habían menguado considerablemente. Sus polémicas publicaciones tampoco habían supuesto ningún lustre para la institución. Sin embargo, mantuvo el ánimo y puede que ello tuviera algo que ver con una idea que había planteado en la *Intempestiva* sobre Schopenhauer: la de que sólo la libertad podía liberar al genio, sólo un filósofo que no tuviera ninguna asociación con una institución podía pensar con cierta autenticidad. Una salida de Basilea podría conferirle esa libertad.

Cosima escribió a Nietzsche una carta encantadora, discreta y con mucho tacto explicándole que Wagner y ella tenían que emprender otra gira de recaudación de fondos, en esta ocasión a Viena. No había nadie a quien les gustaría confiar sus tesoros más preciosos —sus hijos— tanto como a Elisabeth. ¿Sería tan bondadosa como para asumir el trabajo de establecerse en Wahnfried y hacer de madre para sus hijas y el pequeño Siegfried mientras ellos estaban fuera? ¿Era una falta de delicadeza pedir a Nietzsche que se lo propusiera a su hermana? Franziska refunfuñó malhumorada ante tal petición a su hija, pero Elisabeth no admitió ninguna negativa. Eso suponía un ascenso en la escala social. Llegado el momento, Elisabeth supo sacarle provecho a la visita, utilizándola para ocupar una posición en la casa que era más que la de sirvienta pero menos que la de amiga, algo parecido a una esporádica dama de compañía.

El invierno de 1874-1875 fue frío y nevó mucho. Entre diciembre y febrero, Nietzsche estuvo gravemente enfermo. Por suerte, sólo tuvo que hacer un trabajo sencillo para el *Pädagogium*. Concentró sus pensamientos en la siguiente *Consideración intempestiva* cuyo tema, decidió, sería el «arte». Se basaría en su experiencia de primera mano con Wagner. Pero antes de poder poner nada por escrito, sufrió dos grandes «terremotos del alma» que arruinarían su salud durante el resto del año.

El primero tuvo que ver con Heinrich Romundt, su íntimo amigo que le había servido de amanuense en la Cabaña del Veneno. Nietzsche tenía a Romundt poco menos que por una extensión de su propio cerebro. Entonces éste anunció que pretendía hacerse sacerdote de la Iglesia católica. A Nietzsche le dolió en lo más hondo. Era lo peor que podía hacerle un amigo íntimo. Se preguntó si Romundt estaba en sus cabales. ¿Podría curárselo con algún tipo de tratamiento médico, como baños fríos? ¿Por qué, de todas las Iglesias posibles, había escogido la católica romana? Era la más absurda de todas las confesiones cristianas, con sus reliquias supersticiosas, sus huesos y cráneos comprados y vendidos a cambio de indulgencias. Cinco años antes había superado incluso esas bobadas medievales elevando al papa a la infalibilidad. La Iglesia romana era el tañido de campanillas en un gorro de bufón. ¿Así era como Romundt le pagaba los años de íntima amistad, de filosofar y razonar juntos?

Las pocas semanas que Romundt permaneció en Basilea fueron dolorosas para todos. Romundt estuvo al borde de las lágrimas y le costaba expresarse. Nietzsche se mostró furioso y confuso. El día que Romundt se marchó al seminario, Nietzsche y Overbeck lo llevaron a la estación. No dejaba de pedirles perdón. Cuando los ferroviarios cerraron las puertas del tren, vieron que forcejeaba con la ventanilla, intentando bajarla para decirles algo mientras permanecían en el andén. La ventanilla no cedió y su última imagen de Romundt fue su extenuante esfuerzo físico para decirles unas palabras que nunca escucharían, mientras el tren se alejaba lentamente.

Inmediatamente, Nietzsche fue presa de una jaqueca que se alargó treinta horas, con vómitos reiterados.

El segundo terremoto espiritual que estremeció los cimientos del alma de Nietzsche procedió de su otro compañero de piso de la Cabaña del Veneno. Franz Overbeck se comprometió para casarse. Romundt lo había abandonado por una fe supersticiosa. Overbeck lo dejaba por amor. ¿Quedaba alguien que lo tuviera por la persona más importante en el mundo? Sólo su madre y su hermana, una idea deprimente. Pero el amor podía rescatarlo de la soledad. Con el ejemplo de Overbeck reciente, emprendió una pequeña aventura romántica.

En abril de 1876 se enteró de que una tal condesa Diodati, que vivía en Ginebra, había traducido *El nacimiento de la tragedia* al francés. Eso la convirtió en un objeto de interés que merecía la pena. Cogió un tren. Al llegar descubrió que la condesa estaba internada en un manicomio, pero el viaje no

resultó en balde por la recuperación de su relación con Hugo von Senger, el director de la orquesta de Ginebra y entusiasta wagneriano. Senger daba clases de piano. Entre sus alumnos se contaba una etérea letona de veintitrés años muy admirada por su belleza y delicadeza. Se llamaba Mathilde Trampedach.

Nietzsche sólo permaneció una breve semana en Ginebra. Una de las prioridades de su viaje era un peregrinaje a la Villa Diodati, donde Byron había vivido en el pasado. Mathilde formaba parte del grupo. Durante el trayecto en carruaje a lo largo de la orilla del lago, Nietzsche se explayó sobre el tema byroniano de la libertad frente a la opresión. Mathilde lo interrumpió inesperadamente con el comentario de que le parecía extraño que los hombres dedicasen tanto tiempo y energía a la cuestión de liberarse exclusivamente de las limitaciones exteriores cuando eran las interiores las que verdaderamente los constreñían.

Fue un argumento que encendió el alma del Nietzsche. A su regreso a Ginebra, se sentó al piano para interpretar una de sus tumultuosas y dramáticas improvisaciones. Acabado el recital, se inclinó sobre la mano de Mathilde y le clavó una mirada penetrante en los ojos. Seguidamente subió al piso de arriba a redactar una proposición de matrimonio.

«Reúna todo el valor de su corazón —empezaba— y no se asuste ante la cuestión que le planteo: ¿está dispuesta a convertirse en mi esposa? La amo y para mí es como si ya me perteneciera. No diga una palabra (a nadie) sobre lo repentino de mis sentimientos. Al menos son inocentes y no hay nada que perdonar. Pero me gustaría saber si siente lo que yo, que nunca hemos sido unos extraños, ¡ni por un instante! ¿No cree también que con nuestra asociación cada uno de nosotros será mejor y más libre, *excelsior*, de lo que lo sería estando solo? ¿Se atrevería a acompañarme como alguien que lucha con toda su alma para ser mejor y más libre?…»[21]

Nietzsche no podía saber que Mathilde estaba, en realidad, secretamente enamorada de su profesor de piano, el mucho mayor Hugo von Senger. Porfiadamente, lo había seguido a Ginebra con la esperanza de convertirse en su tercera esposa, una ambición que cumpliría con el tiempo.

8

El último discípulo y el primer discípulo

> Ambos quisieron interrumpir su amistad al mismo tiempo, uno porque creía que el otro no lo entendía, y el otro porque creía que el uno lo conocía demasiado bien, ¡y los dos se engañaban!, porque ninguno de ellos se conocía lo suficiente a sí mismo.
>
> *Aurora*, libro IV, sección 287

La tarea más apremiante para 1875-1876 era acabar la siguiente *Consideración intempestiva*. Su editor quería mantener el ritmo de publicar una cada nueve meses. Hizo una tentativa de escribir sobre filología, pero «Nosotros, los filólogos» no llegó muy lejos. ¿Qué más podía decir sobre el enfoque histórico reduccionista y su consiguiente insensibilidad a las fuentes verdaderas de la inspiración artística? Volvió al tema del arte.

Escribiría una nueva *Consideración intempestiva* sobre un tema que ahora le interesaba sobremanera: el genio individual y el efecto que puede tener en la cultura de una época. Gracias a su íntima y prolongada relación con Wagner, nadie podía estar mejor cualificado para aplicar la lupa al genio. La cuarta *Consideración intempestiva* se titularía «Richard Wagner en Bayreuth» y serviría a un doble propósito: sería la siguiente *Intempestiva* y, además, un estridente *Festschrift* (libro con contribuciones de autores que honran la trayectoria de alguien destacado) de la celebración del festival inaugural.

«Richard Wagner en Bayreuth» tiene sólo una cincuentena de páginas, pero tardó casi un año en escribirlo. El texto avanzaba cojeando sobre piernas desiguales, no por el motivo habitual de las dificultades de Nietzsche para poner sus ideas sobre el papel, sino por la tensión entre su cabeza y su corazón, cuya comprensión le supuso mucho tiempo y esfuerzo. El proceso de escribir un texto celebrando el genio del compositor le hizo darse cuenta de su propia necesidad de liberarse de Wagner. La peligrosa influencia del amado músico difícilmente puede exagerarse. El crecimiento de Nietzsche requería que dejara atrás a Wagner, y eso provocó un intenso conflicto emocional en su interior.

Nietzsche hacía mucho que elogiaba el poder sublime que ejercía la música de Wagner sobre sus sentidos, pero ahora se percataba de que también le arrebataba su libre albedrío. Este descubrimiento le produjo un creciente resentimiento contra la seducción metafísica delirante y que obnubilaba la mente, lo que en el pasado había tenido por la redención misma de la vida. Ahora consideraba a Wagner un terrible peligro, y su propia devoción hacia él le parecía la huida de un nihilista que escapa del mundo. Censuraba a Wagner por ser un histriónico romántico, un tirano espurio, un manipulador sensual. La música de Wagner le había destrozado los nervios y le había arruinado la salud; seguramente Wagner, más que un compositor era una enfermedad.

Era de todo punto imposible que incluyera pensamientos de ese tipo en la obra que iba a publicarse: ideas como ésas invalidarían por completo su único libro publicado, *El nacimiento de la tragedia*. Y así, mientras escribía sobre el genio de Wagner, la *Intempestiva* mutó, como Nietzsche reconocería adelante, en un análisis de su propio genio y una meditación sobre el uso futuro del mismo.

La anterior *Intempestiva* sobre Schopenhauer había identificado el genio rousseauniano cuya naturaleza es tan primordial como la de la serpiente Tifón bajo el volcán Etna.**[1]** Wagner era una fuerza vital similar, y eso aspiraba a ser también Nietzsche: un rebelde insaciable, al que no le importaba ni su seguridad ni la del mundo, un innovador cultural cuyo pensamiento provocaría inmensos terremotos conceptuales. Emocionaba pensar que revueltas visionarias de genios como Wagner (y él mismo), aunque sin duda sembrarían la destrucción, eran esenciales para la salvación de la humanidad del estancamiento y la mediocridad.

El ensayo retoma temas que habían aparecido por primera vez en *El nacimiento de la tragedia*. En nombre de Wagner, recupera sus propias ideas sobre la muerte de la veneración por lo dionisíaco mediante la imposición de teorías radicalmente racionalistas sobre el Derecho, el Estado y la cultura que habían llevado a la época actual en la que los *Bildungsphilister*, los filisteos instruidos, reinan engreídos con sus certidumbres, para que todo espíritu cultural activo apuntale los muros que sostienen los grandes edificios adosados de la economía y el poder, sustancialmente reforzados por el poder de los periódicos, que Nietzsche denuncia una vez más como vacuos pilares del ego de sus lectores que socavan sus almas. La verdadera cultura, como la de Wagner (y, por extensión, la suya), impulsa una corriente subterránea de purificación, engrandecimiento y ennoblecimiento del espíritu, junto con su inevitable función de iconoclasia. El ensayo acaba con fragmentos

tremendamente exagerados con elogios extravagantes a Wagner: su mirada proyecta «rayos de luz del sol que absorben la humedad, acumula niebla y disemina nubarrones […] ha sorprendido a la naturaleza, a la que ha visto desnuda, que ahora busca ocultarse con pudor en su antítesis»,[2] y así sucesivamente. Pero no pudo resistirse a dejar caer algunas indirectas maliciosas. Comparando la asombrosa confianza en sí mismo de Wagner con la de Goethe, la del primero «es tal vez de una naturaleza aún más "presuntuosa" que la de Goethe, que decía de sí mismo "Siempre creí que tenía todo, podrían haberme coronado y yo habría pensado que era lo más normal"».[3] La *Intempestiva* acaba, por si quedaba alguna duda, con la afirmación de que Wagner no es, de hecho, «el profeta de un futuro, como tal vez él querría presentarse, sino el intérprete y transfigurador de un pasado».[4]

Nietzsche se reservaba el papel de profeta del futuro para sí mismo.

«Richard Wagner en Bayreuth» no fue un buen texto. Plagado de resentimiento filial y falto de sinceridad, reproduce, además, su previo estilo envarado, con muchos análisis profundos y sin rastro de la calidez y el ingenio de la anterior *Intempestiva* sobre Schopenhauer. A lo largo de toda su redacción, sufrió los tormentos del parricida: la cabeza, los ojos y el estómago no le dieron descanso. Cada día, durante varias horas, tenía una sensación similar al vértigo. De media se pasaba treinta y seis horas en la cama cada dos semanas, sumido en una completa oscuridad, a menudo con dolores tan intensos que no podía ni pensar. Había perdido a los dos amigos que hasta entonces habían anotado lealmente lo que les dictaba: Von Gersdorff se había marchado a sus propiedades y Romundt al seminario, pero la solución del problema llegó en abril, en la figura enérgica de un compositor sajón de veintidós años y pelo revuelto llamado Johann Heinrich Köselitz. Estaba bendecido con la caligrafía más hermosa y clara.

Mientras estudiaba contrapunto y composición en Leipzig, Köselitz había leído *El nacimiento de la tragedia*. Los había dejado, a él y a su condiscípulo Paul Heinrich Widemann, «tambaleándose de puro entusiasmo». Fueron lo bastante humildes para confesar que no entendieron el libro del todo, pero estaban firmemente convencidos de que habían topado con una mente que se expresaba con una capacidad interpretativa como no habían visto ninguna hasta entonces. «Cuando Nietzsche presentó finalmente la destrucción de las fuerzas apolíneas y dionisíacas por el racionalismo utilitarista (tal como lo expresaba Sócrates), sospechamos por qué un brote y un florecimiento del gran arte era casi imposible bajo el dominio de nuestra cultura del conocimiento y la razón. […] *El nacimiento de la tragedia* es una poderosa

queja del hombre artístico y heroico contra las consecuencias que debilitan la voluntad y destruyen los instintos de nuestra cultura alejandrina.»[5]

«Schopenhauer como educador» había disparado su entusiasmo: «Porque mientras que nuestros contemporáneos pensaban que "cultura" significaba aproximadamente el ideal de Bentham de una maximización del bienestar general (el ideal de Strauss y de todos los socialistas desde Tomás Moro), Nietzsche apareció repentinamente entre ellos como un legislador salido entre nubes de tormenta enseñando que el objetivo y la cumbre de la cultura era producir genios».[6]

Köselitz llamaba a Nietzsche «el gran *reevaluador*». Llevado por un impulso, viajó a Basilea, resuelto a conocerlo y a estudiar con él.

Sin tener idea de cuál era el aspecto de Nietzsche, visitó las librerías donde podían comprarse fotografías de los lugares turísticos y las personalidades locales. Para su consternación, la vitrina dedicada a profesores universitarios no incluía ningún retrato de su héroe. Sus preguntas recibieron la respuesta de: «¿El profesor Nietzsche? ¿Hay alguien aquí que se llame así?», una reacción seguramente no debida por entero a la relativamente mala reputación de Nietzsche en la universidad sino también al desagrado que le producía lo que denominaba «ser fotográficamente ejecutado por los tuertos cíclopes. […]Por más que procuro evitar el desastre, lo inevitable siempre ocurre, y así salgo, eternizado de nuevo como un pirata, o un tenor prominente o un boyardo…».[7]

Köselitz era wagneriano a muerte y cuando finalmente conoció a Nietzsche, éste le prestó la versión inacabada de la *Intempestiva* sobre Wagner. El típico entusiasmo apasionado de Köselitz convenció a Nietzsche de que tenía que acabarlo, y de que él sería quien lo ayudara. Entre finales de abril y finales de junio copió los tres últimos capítulos al dictado, así como hizo una copia en limpio de las noventa y ocho páginas en su bella caligrafía. Cuando el editor le devolvió las pruebas, el diligente Köselitz las corrigió. Por fin, dos volúmenes espléndidamente encuadernados estaban listos para mandárselos a Wagner y Cosima a finales de julio, que era el periodo final de ensayos antes de la inauguración formal del festival, el 13 de agosto.

En medio de todos los preparativos de última hora, Wagner no podía disponer de un momento para leer el libro, pero fue un magnífico regalo para aquel momento turbulento. Respondió rápida y emocionadamente con un telegrama de tres frases: «¡Amigo! ¡Su libro es prodigioso! Pero ¿cómo ha descubierto tantas cosas de mí? Ahora venga rápidamente y acostúmbrese a los impactos [del *Ring*] durante los ensayos?».[8] Wagner le envió el segundo

ejemplar al rey Luis, que se declaró igualmente fascinado por el texto de Nietzsche.

Antes de que éste pudiera responder a la imperiosa convocatoria de Wagner a Bayreuth, recibió un carta de Erwin Rohde anunciándole su compromiso. La amistad cambia con la mirada de una novia, y ahora tres de sus más antiguos e íntimos amigos iban a casarse.

Los sentimientos de Nietzsche no estaban claros. Escribió una cálida carta de felicitación a Rohde que incluía la especulación de que, comparado con sus amigos, tal vez se equivocaba, pero el matrimonio implicaba un compromiso y una inaceptable acomodación a la mediocridad humana que él no estaba preparado para asumir. Durante la noche que siguió a la recepción de la carta de Rohde, compuso un poema sensiblero titulado «El caminante»,[9] que lo retrata recorriendo a zancadas un paisaje montañoso por la noche y escuchando el dulce canto de un pájaro. Como el pájaro del bosque de *Siegfried* de Wagner, el ave puede hablar. Al preguntarle, le informa de que no está cantando para él sino para su pareja.

El 22 de julio emprendió el agotador viaje a Bayreuth, adonde llegó dos días después. Se presentó en Wahnfried al día siguiente. Cosima da cuenta de su llegada en su diario, sin concederle apenas importancia. El frenético barullo de los últimos ensayos siempre es un periodo estresante para cualquier teatro, pero en este caso lo era más de lo habitual porque los financieros habían tomado la terrorífica decisión de vender entradas para los ensayos. Como un largo e imprudente *striptease* público, cada defecto y cada arruga quedaban expuestos a la mirada de todos. Pero cada día que pasaba costaba unos 2.000 marcos y era una forma de recuperar costes.

«Mucha irritación», anota Cosima. Wagner mantuvo una discusión espantosa sobre el escenario con el coreógrafo y el escenógrafo. Los cantantes se iban y hubo que contratar otros nuevos. Herr Unger, que cantaba Sigfrido, el joven héroe del *Ring*, se quedó ronco… ¿o se trataba sólo de una excusa? Una de las valquirias principales mostraba «un exceso de torpeza y falta de gracia». El villano Hagen se olvidaba de la letra. El único taller que podía construir un dragón capaz de exhalar fuego, mover la cola y los ojos, estaba en Inglaterra. El dragón fue enviado a Bayreuth en tres partes para que lo ensamblaran a la llegada, pero sólo llegaron dos. El cuello lo habían mandado a Beirut, la capital del Líbano. La máquina de humo no servía. Los decorados se desplomaron dejando a la vista de todos a unos fornidos obreros en mangas

de camisa holgazaneando mientras esperaban para hacer los cambios de escena. Los cantantes querían ovaciones al final. Wagner no las permitió: romperían el hechizo mágico que mantenía cautivo al público. En un egoísta aunque democrático gesto, Wagner permitió el acceso gratuito de los bomberos a uno de los ensayos, haciendo que un importante miembro del comité de gestión dimitiera. El ensayo de vestuario fue una tortura. Wagner había contratado a un pintor de motivos históricos para que diseñara los escenarios. Eran tan precisos históricamente y estaban tan meticulosamente ejecutados que hacían las veces de unas botas de plomo, anclando con firmeza el relato a la dimensión más puntillosamente realista de la representación e imposibilitando que la imaginación se apartara del suelo ni, menos aún, alzara el vuelo. Cosima detestaba el vestuario: «Recordaba a la perfección al de unos jefes indios y aun así conservaba, además del absurdo etnográfico, todas las huellas de la falta de gusto provinciana. Estoy consternada».[10] Tan consternada como Wagner, que se colocó el cuerno de Sigfrido en la cabeza y embistió al mal querido figurinista bramando como un toro.

El malestar de Cosima se multiplicó con la llegada de Judith Gautier; centro de atención de todas las miradas, recorría las calles de Bayreuth vestida a la última moda de París: el vestido de marinero. El encaprichamiento de Wagner por Judith, encendido en Tribschen, todavía ardía. No sabía ocultárselo a Cosima. Si Judith llegó o no hasta el final es objeto de discusión, pero tampoco importaba mucho. Se había instalado en una casa que Wagner visitaba con demasiada frecuencia, su relación era visible y tórrida, y se desataron las murmuraciones. Todo el mundo coincidía en que era su amante. Lo cual suponía una humillación terrible para la hija de Liszt que, en comparación, parecía un patito feo. Había pasado un infierno por Wagner, y ahora otra se había convertido en su musa, su inspiración y su amor. Sin esas atenciones, Cosima se sentía aniquilada. Escribe que se sentía «como si no existiera» y «muerta». A lo largo de todo el festival, ella, tan alta, se mantuvo todo lo erguida que pudo; alzando su perfil imponente y de larga nariz, se hizo un peinado con una cola de caballo de aire medieval, propio de una reina de los nibelungos, se vestía con la seda blanca y ondulante de una novia, asumiendo el papel de reina de Bayreuth y comportándose como la anfitriona pluscuamperfecta.

Mientras el Festival se regocijaba con los cotilleos del escándalo de la Gautier, la misma sociedad que antes había humillado y se había burlado de Cosima como amante de Wagner competía ahora por su atención. Bayreuth era el sitio en el que había que estar; Wagner, el hombre con el que había que

ser visto. Toda la buena sociedad llamaba a las puertas de Wahnfried, y Cosima era la portera. Resplandeciente en su atuendo casi medieval, con un enorme abanico en la mano (Bayreuth estaba soportando la habitual ola de calor de agosto que garantiza un buen número de desmayos en la ópera), Cosima se mantenía erguida, distante y majestuosa, recibiendo a los centenares de visitantes que habían venido desde todos los rincones del mundo para ver y ser vistos. Era una magnífica venganza contra la sociedad que en el pasado la había despreciado y contra la joven francesa.

El día en que llegó Nietzsche, él fue uno de los quinientos visitantes que pasaron por Wahnfried. Siendo un simple profesor, ocupaba un lugar muy bajo en el orden jerárquico. La etiqueta era observada como sólo la observan los advenedizos. Cosima tenía que vérselas con cuatro monarcas reinantes, numerosos príncipes y princesas, grandes duques y duquesas, archiduques y archiduquesas, duques, condes y condesas, y aristócratas menores. Para evitar el escándalo y no ofender a nadie, todos debían ser recibidos en el orden de prioridad correspondiente. Los plebeyos esperaban en las antesalas, hablando en voz baja, como en la iglesia.

El rey Luis quería asistir al festival de incógnito. Programó su llegada para la misteriosa medianoche, cuando acudió a recibirlo Wagner, que lo condujo en un carruaje al espléndido Palacio Hermitage, donde el rey creía que pasaría «inadvertido». Bajo unas nubes que se escabullían veloces y una luna fugitiva, los dos hombres desnudaron sus almas mientras el carruaje serpenteaba entre las fantasiosas extravagancias, fuentes y grutas tenebrosas del parque del palacio iluminado por la luna plateada. Para Wagner, ése fue uno de los pocos momentos puramente espirituales durante todo el festival, un momento que compensaba el materialismo y el jaleo, una reconexión con el genuino espíritu, la inspiración y el propósito de la obra de su vida.

Pero las relaciones con los monarcas son tristemente veleidosas. El rey se empeñó en que no quería ovaciones públicas durante su estancia en Bayreuth, pero se enfureció cuando le tomaron la palabra. Sin embargo, el teatro era lo más importante para el rey Luis, incluso más que las aclamaciones. Asistió al ensayo general de *Das Rheingold* el 28 de julio. Pese a la falta de aplausos, al oído real la música le pareció absolutamente sublime. A su regreso al Hermitage, mandó que el parque se iluminara con bengalas y se ocultaran músicos en él tocando obras de Wagner desde detrás de los arbustos, mientras las fuentes iluminadas se encendían y apagaban al ritmo de la música.

Como Nietzsche había previsto, el primer festival de Bayreuth estuvo a un mundo de distancia de un nuevo Esquilo forjando un resurgimiento del

espíritu trágico que rescataría la cultura europea del estancamiento y la mediocridad. Concebido originalmente como mucho más que un acontecimiento físico —una metáfora para la cultura alemana, una imagen del futuro y una pauta para la modernidad—, se había convertido, como concluía Nietzsche en su *Intempestiva*, en algo mucho más insignificante: una continuación acobardada del viejo orden, un compromiso y un goce para los *Bildungsphilister*.

Con amargura, Nietzsche escribía que «toda la chusma ociosa de Europa» estaba tratando el festival como un evento más que añadir a su vagar sin propósito en la gira anual de su calendario social. También le repelía la presencia de numerosos antisemitas que encontraban gratificante el tosco esbozo que ofrecía el *Ring* para la lucha racial entre los enanos oscuros y deformes del inframundo y la progenie rubia de Wotan. Les encantaba el triunfo final de Sigfrido, como también le gustaría a Hitler en su primera visita en 1923, después de la cual se puso a escribir *Mein Kampf*.

Pedro II, el emperador de Brasil, llegó a Wahnfried la noche posterior al ensayo general. Su presencia imperial aligeró considerablemente las sombras proyectadas por los fallos en la representación y el decepcionante vestuario. El rey de Württemberg bajó en la jerarquía de monarcas; sin embargo, su presencia también fue una fuente de satisfacción. El emperador alemán en persona, el káiser Guillermo, asistió gentilmente a las dos primeras óperas, y aplaudió mientras les gritaba sonriendo entre dientes a sus ayudantes: «¡Tremendo! ¡Tremendo!». Lamentablemente descubrió que no podía quedarse a ver las dos últimas óperas del ciclo.

Aunque Wagner le había dicho a Nietzsche que dispondría de su propia habitación en Wahnfried, como la había tenido en Tribschen, ni se planteó su estancia allí. En cambio, se hospedó en los alojamientos más baratos que pudo encontrar. Estaban justo en el centro de la ciudad. Tenían los techos bajos y dentro hacía un calor sofocante.

Bayreuth era por entonces una ciudad que rondaba los 20.000 habitantes. La nueva ópera de Wagner tenía un aforo de 1.925 personas. Iban a representarse tres ciclos de las cuatro óperas que comprenden el *Ring*. Eso significaba una afluencia total de unos 5.775 afortunados dioses en posesión de entradas para acceder al Valhalla, que llevaban sus familias, lo que sumaba miles de esposas, hijos y sirvientes. Luego estaban los profesionales: actores, cantantes, músicos, tramoyistas, carpinteros, modistas, lavanderas, empleados y sirvientes de toda clase. Ningún acontecimiento público está completo sin el oportunista de turno al que nadie ha invitado. Damas de la noche, aventureros

con bigote y bombachos, carteristas, pilluelos, domingueros mirones y un considerable número de campesinos que habían venido andando desde las granjas y campos de la zona para ver el espectáculo. Todos se amontonaban en las aceras áridas y agobiantes. El tumulto era insoportable. Nietzsche ni siquiera podía refugiarse civilizadamente en sus propios alojamientos, donde el calor y el mal olor no paraban de aumentar como la atmósfera repugnante dentro de un horno abrasador.

Para Chaikovski, como para muchos otros visitantes, la preocupación principal era encontrar comida: «Los menús preparados en las posadas no son suficientes para satisfacer a toda la gente hambrienta —escribió—. Apenas puede conseguirse un trozo de pan o un vaso de cerveza, y eso con grandes dificultades, peleándote a brazo partido o con estratagemas astutas o con paciencia de hierro. Incluso cuando un humilde sitio en una mesa ha sido asaltado, hay que esperar una eternidad antes de que sirvan la largamente esperada comida. Reina la anarquía en esas comidas. Todo el mundo grita y chilla, y los camareros exhaustos no hacen caso de las quejas justificadas de una persona. Sólo por pura suerte se logra probar alguno de los platos […] A decir verdad, a lo largo de todo el festival, la comida es el interés principal del público: las representaciones artísticas ocupan un lugar secundario. Chuletas, patatas cocidas, tortillas…, se discute sobre ellas con mucha más seriedad que sobre la música de Wagner».[11]

El teatro estaba iluminado con demasiada intensidad para que Nietzsche pudiera verlo desde la platea. Por eso se lo ubicó en una habitación oscura, diminuta como una despensa, cerca del escenario. Dentro hacía un calor asfixiante. Su llegada coincidió con los ensayos para la cuarta y última ópera, *Götterdämmerung*, en la que tiene lugar el fin del mundo. La orquesta de cien músicos trazaba la imagen de la caída apocalíptica de Valhalla y de la destrucción de los dioses antiguos con una potencia abrumadora de sonido que seguramente no tenía precedentes en la historia de la música. «No me gustó nada […] y tuve que salir…»

Las recepciones en Wahnfried le gustaron todavía menos. Asistió a una, donde quedó como un desdichado que ni siquiera hablaba, y no acudió a ninguna otra.

Una de las pautas repetidas de la vida de Nietzsche es que, cada vez que se encontraba hundido, aparecía un salvador para cuidarlo con afecto. En ese momento la salvación se encarnó en la figura de Malwida von Meysenbug,

una acaudalada anarquista ya mayor, tres años más joven que Wagner, pero de la misma generación revolucionaria.[12] La autobiografía de Malwida, *Memorias de una idealista*,[13] se había publicado hacía unos años y eso la convertía en una especie de celebridad en Bayreuth.

Malwida admiraba inmensamente al compositor, y su apartamento en Roma estaba decorado alrededor de su busto de mármol. Hija de un noble prusiano, un rechazo en un baile fue el desencadenante que la transformó: de ser un miembro de la alta sociedad pasó a convertirse en una resuelta activista por la destrucción de la misma. Como Wagner, tuvo que exiliarse tras las revueltas de 1848-1849, en su caso por pasar cartas de contrabando del primero de los muchos revolucionarios de los que se enamoró. El exilio la llevó al norte de Londres, donde se estableció entre el grupo de anarquistas rusos exiliados y donde, aunque hubiera preferido convertirse en su esposa, se convirtió en la tutora de las dos hijas del viudo Alexander Herzen.[14]

Malwida gozaba de tan buena reputación en el mundo de los revolucionarios que, durante la inmensamente popular visita de Garibaldi a Londres para radicalizar a los ingleses y formar «una república flotante (de barcos) siempre preparada para desembarcar allá donde hubiera que luchar por la libertad»,[15] el italiano invitó a Malwida a desayunar a bordo de su barco, que estaba amarrado en el Támesis. Cuando llegó en una barca de remos, «se descendió un sillón cubierto con una bonita esterilla, en el que me subieron. Garibaldi nos recibió a bordo con un atuendo pintoresco: una túnica gris corta, un gorro bordado de oro sobre su cabello rubio y armas en su amplio cinturón. Sus marineros, de tez y ojos castaños oscuros, estaban reunidos en cubierta con atuendos igual de pintorescos». Sirvieron ostras y «siguió la más alegre y encantadora conversación […] Todos los marineros parecían idolatrarlo y uno no podía dejar de percibir el hechizo poético de su personalidad».[16]

Convertida ahora en una mujer pequeña y regordeta de sesenta y tantos, de aspecto inofensivo, con el pelo blanco recogido hacia atrás bajo un trozo de encaje caro, el corazón de Malwida no había perdido un ápice de su carácter sanguinario de la época como joven anarquista. Todavía se regodeaba en el ejemplo de la Comuna de París —habrían saltado chispas si Jacob Burckhardt y ella se hubieran llegado a conocer—. No era una humanista, sino una mística que creía en un indeterminado poder para el bien que se hallaba fuera del mundo, una fuerza que no podía encontrarse en ningún laboratorio, menos aún en un tubo de ensayo. Esa fuerza concedía al espíritu

humano posibilidades infinitas que permitían a hombres y a mujeres convertirse en dioses, y por tanto, estaban obligados a hacerlo.

Malwida todavía conservaba el aire ingenuo y sincero de la revolucionaria resuelta. Sus dulces ojos azules, muy alabados, todavía seguían viendo exclusivamente lo que querían ver. La miopía moralista pasaba por alto aquellos aspectos del comportamiento humano irreconciliables con su idealismo. Todas sus relaciones con los revolucionarios sobre las que escribió en sus memorias habían sido platónicas: ella fue siempre el ama de llaves, aunque hubiera preferido ser la amante influyente. Cuesta no verla como un apéndice devoto de hombres fuertes, más dócil de lo que a ella le hubiera gustado creer: una «tonta útil» adinerada, en el sentido leninista. Por entonces consideraba que su misión era animar a jóvenes «pioneros de la libertad». Y creyó haber descubierto al siguiente en Nietzsche.

Se habían conocido en mayo de 1872 en Bayreuth, durante la colocación de la primera piedra de la ópera, y desde entonces habían mantenido una correspondencia cortés. Ella admiraba sus textos y él había expresado su cálida comprensión cuando una de las hijas de Herzen se casó con un hombre que no aprobaba el corazón revolucionario de Malwida.

Malwida vio el malestar físico que le causaba a Nietzsche el infernal alojamiento, y le dio refugio diariamente en la sombra fresca de su jardín. Le ofreció además una comprensión sin límite y una reconfortante dieta de leche. Él se daba largos baños en las aguas del pequeño río que fluía por el jardín. Era un régimen que le sentó tan bien que incluso reavivó su adoración por la música que escuchaba en el teatro. Tuvo que reconocer que su alma no podía resistirse a esa música, por más que el resto de la barahúnda de Bayreuth le resultara insoportable.

El 3 o el 4 de agosto, Nietzsche se marchó de Bayreuth sin decírselo a nadie, ni siquiera a Malwida. Cogió el tren a Klingenbrunn, un diminuto pueblo del bosque bávaro. Se quedó allí sólo unos días, pero le hicieron mucho bien. Volvió a tiempo para la noche de estreno, el 13 de agosto, ciñéndose al plan de reunirse con su hermana en Bayreuth, junto con sus queridos amigos Rohde y Von Gersdorff, todos los cuales habían pagado sumas considerables por sus entradas y hospedaje.

En las óperas de Wagner, uno de los dispositivos argumentales recurrentes es una poción de amor mágica, y fue como si los tres amigos le hubieran dado un largo trago.

Carl von Gersdorff se enamoró «loca, perdida y byronicamente» de una joven condesa italiana llamada Nerina Finochietti. Le pidió la mano

precipitadamente y se pasó los meses siguientes quitándose de encima la avaricia de la familia de la chica.

El recién comprometido Erwin Rohde coqueteaba escandalosamente, aunque con torpeza, con toda mujer que se encontraban para bochorno de sus acompañantes.

Hasta el propio Nietzsche se sintió desbordado cuando conoció a una bonita rubia llamada Louise Ott. La musicalidad le daba algo en común con sus anteriores amores. Louise era una excelente intérprete que tocaba bien el piano y cantaba con una voz dulce. Cuando Nietzsche la conoció, hablaron de todo, pero ella omitió decirle que estaba casada. Cuando él se enteró, el daño ya estaba hecho. El marido banquero de Louise no compartía su pasión por Wagner, así que se había quedado en casa, en París, y ella asistía al festival en compañía de su hijo pequeño Marcel. Parece que el flechazo alcanzó a ambos con la misma intensidad y profundidad.

«Todo se quedó a oscuras a mi alrededor cuando usted se fue de Bayreuth —le escribió él—; fue como si alguien hubiera apagado la luz. Primero tuve que recuperarme, pero ya estoy bien y puede coger esta carta sin aprensión. Aferrémonos a la pureza de espíritu que nos unió.»[17]

«Es una maravilla —le respondió ella al cabo de tres días— que una amistad verdadera y sana haya podido brotar entre nosotros y que podamos pensar en el otro directamente desde el corazón sin que nuestra conciencia nos lo prohíba. […] No puedo olvidar sus ojos: su mirada profunda y amorosa todavía se posa sobre mí, como hizo entonces […] No mencione nuestras cartas a nadie, que cuanto ha pasado entre nosotros hasta ahora permanezca entre nosotros, es nuestro santuario, para nosotros dos solos.»[18]

Un año después, casi en la misma fecha, él le escribió una carta apasionada diciéndole que sentía su presencia tan vívidamente que incluso había vislumbrado sus ojos. Louise estaba embarazada de nuevo, pero contestó casi de inmediato diciendo que no la sorprendía porque ella había estado recordando el breve tiempo que habían pasado juntos: «Lo reviví todo y me sentí tan plena, tanto, sólo porque usted me había entregado su corazón».[19]

9

Espíritus libres y no tan libres

> Pero si la ciencia nos proporciona cada vez menos placer, y nos priva de él proyectando la sospecha sobre el consuelo que ofrecen la metafísica, la religión y el arte, entonces la más poderosa fuente de alegría a la que el ser humano debe casi toda su humanidad se empobrece. Por esa razón una cultura superior debe dotar al hombre de un cerebro doble, como si hubiera dos ventrículos cerebrales, uno para las percepciones de la ciencia, el otro para lo no científico, el uno junto al otro, sin mezclarse, separables, capaces de aislarse, es un requisito de la salud.
>
> *Humano, demasiado humano*,
> «Indicios de alta y baja cultura», sección 251

La universidad le concedió una excedencia sin salario de un año que empezaba en el otoño de 1876. Incluso le dispensó de sus últimas funciones como docente que había ejercido en el *Pädagogium*. Eso significaba una libertad completa. Malwida von Meysenbug lo invitó a pasar el invierno en Sorrento, y él aceptó.

Su editor lo presionaba para que le entregara la siguiente *Consideración intempestiva*. Él le dijo que la llevaba avanzada. No era verdad, aunque le rondaba una idea que pedía que la pusiera por escrito. Provisionalmente la tituló *Die Pflugschar* [«La reja del arado»]. De la misma manera que la hoja afilada de la reja del arado corta limpiamente la tierra y desgarra las raíces de las malas hierbas asfixiantes que estrangularán a los buenos brotes, así el libro arrancaría las malas hierbas que hasta entonces habían asfixiado su pensamiento original, es decir, a sus antiguos ídolos Wagner y Schopenhauer.

Obviamente, el complicado viaje en tren hasta Sorrento, con su trasbordo y el acarreo del equipaje, era demasiado para que él lo emprendiera solo. Lo organizó para que lo acompañaran dos amigos. Uno era un estudiante de filología llamado Albert Brenner, un tuberculoso de veinte años, propenso a la depresión y la poesía, cuyos padres tenían fe en las propiedades curativas de pasar el invierno en el sur. El otro era el filósofo de veintiséis años Paul Rée, al que Malwida había conocido en Bayreuth. El primer libro de Rée,

Psychologische Beobachtungen [«Observaciones psicológicas»] había tenido cierta repercusión, y estaba a punto de publicar el segundo. Sería un añadido excelente al círculo de Sorrento, donde Malwida planeaba crear un salón filosófico-literario. Siempre había soñado con vivir en una especie de comunidad de idealistas y esperaba con anhelo el invierno siguiente para ver hecho realidad su laboratorio para el pensamiento fructífero. La propia Malwida tenía pensado escribir su primera novela. Y ese invierno, de hecho, escribió una titulada *Phädra*, una saga en tres volúmenes de enmarañadas relaciones familiares que pretendía ilustrar la búsqueda de la libertad individual.

El 19 de octubre de 1876, Nietzsche y Brenner se subieron a un tren que atravesaría el túnel del Mont Cenis, una reciente maravilla de la ingeniería, antes de seguir camino hasta Turín.

Se encontraron compartiendo el compartimiento de primera clase con un par de elegantes e inteligentes damas, Claudine von Brevern e Isabella von der Pahlen. Nietzsche sufrió uno de sus aturdimientos románticos cuando Isabella y él se pasaron el viaje hablando con pasión. Intercambiaron direcciones antes de separarse por la noche, que, finalmente, por casualidad, acabaron pasando en el mismo hotel. Por la mañana, las damas iban a coger otro tren y Nietzsche madrugó para ir a despedirlas, pero de camino a la estación se vio afectado por una jaqueca tan fuerte que Rée tuvo que ayudarle a volver al hotel.

En Pisa se detuvo a ver la famosa torre y en Génova vio el mar por primera vez en su vida. A partir de entonces, la ciudad quedó asociada para él a Colón, Mazzini y Paganini. Era la ciudad de los exploradores, los fundadores, los innovadores, la ciudad de las almas que tenían el valor suficiente para zarpar hacia mares inexplorados con la esperanza de descubrir nuevos mundos. Nietzsche recorrió las alturas que rodeaban Génova, imaginándose en la mente del gran Colón que, al descubrir el Nuevo Mundo, había doblado las posibilidades de la tierra de un plumazo.

Desde Génova cogieron un vapor hasta Nápoles. Era su primera visita al mundo clásico. No le dio tiempo a dejar constancia del solemne momento. En lugar de eso, tuvo que malgastar toda su conciencia y pensamientos en quitarse de encima a los agresivos pilluelos callejeros que regateaban, lo agobiaban y se peleaban por su equipaje como pequeñas urracas ladronas. Era intolerable llegar y encontrarse con una falta tan total de decoro en el mundo que había imaginado durante toda su vida. Malwida le hizo recuperar el humor con un paseo nocturno en carruaje por la bahía semicircular de

Nápoles, desde el promontorio boscoso de Posillipo (Pausilipon para los antiguos griegos) hacia el cono imponente del Vesubio con la isla de Isquia alzándose desde un mar color vino oscuro.

«Sobre el Vesubio se cernían majestuosamente unas nubes de tormenta; con los relámpagos y el lúgubre rojo oscuro de las nubes se formó un arcoíris; la ciudad brillaba como si estuviera construida de oro puro —escribió Malwida—. Era tan maravilloso que los caballeros quedaron casi embriagados por el éxtasis. Nunca vi a Nietzsche tan vivo. Se carcajeaba de puro gozo.»**[1]**

Tras dos días en Nápoles, reemprendieron camino a Sorrento. Nada lo había preparado para el trayecto a través de los restos arquitectónicos del sur. Con los muros ocres y mandarinas desmoronándose y el yeso desconchado, el amasijo de espectros clásicos desvaídos y descuidados exigía una conservación rigurosa. Resultaba turbador el contraste con la arquitectura suiza y alemana que había conocido hasta entonces, con sus estructuras estrictamente organizadas que simbolizaban la materialización de generaciones de corrección y virtud cívica ordenada.

Malwida había alquilado la Villa Rubinacci, un edificio cuadrado de estuco cercano a la ciudad de Sorrento. La villa estaba ubicada entre viñedos y olivares. Los tres hombres tenían habitaciones en la primera planta que daban a la terraza. Malwida y su doncella Trina se alojaban en la segunda planta, donde también se encontraba el salón. Éste era lo bastante amplio para que los espíritus libres se reunieran y se dejaran llevar en sincrónica inspiración.

La primera carta a casa de Nietzsche no contaba a su hermana ni a su madre nada de lo que había encontrado que fuera profundo o importante. Es más, estaba redactada con tal forzada ingenuidad escolar que incluso a Franziska y Elisabeth debió de parecerles irritante que explicara tan poco. «¡Estamos en Sorrento! El viaje completo desde Bex nos llevó ocho días. En Génova me encontré mal y tuve que acostarme. Desde allí hicimos un viaje de tres días y, no os lo creeréis, no nos mareamos»,**[2]** y así sucesivamente. Pero para sí mismo escribía otras cosas, confesando que le estremecía pensar que podría haber muerto sin haber visto el mundo mediterráneo.

Al visitar Paestum, reflexionó: «En el caso de que todo sea perfecto, acostumbramos a abstenernos de preguntar cómo fue posible: disfrutamos de lo presente como si hubiera brotado de la tierra como por arte de magia […] *Casi* sentimos (por ejemplo, en un templo griego como el de Paestum) que una mañana, un dios debe haber erigido su morada jugando con esas

tremendas moles; otras veces nos da la impresión de que una piedra adquirió de repente, por arte de magia, un alma que ahora intenta hablar a través de ella. El artista sabe que su obra consigue su pleno efecto cuando hace creer que se trata de una improvisación, que cobró entidad milagrosa y súbitamente, y por eso favorece esta ilusión e introduce esos elementos de arrebatada perturbación, de desorden que tantea a ciegas, de ensueño alerta que asiste al comienzo de la creación en su arte como un medio de engañar al alma del espectador o el oyente predisponiéndola a creer que lo perfecto y consumado ha surgido repentinamente».[3]

Los espíritus libres adquirieron una rutina. Pasaban las mañanas en completa libertad. Nietzsche nadaba todos los días que el mar lo permitía, paseaba y trabajaba. Se reunían para la comida. Por la tarde daban paseos en grupo por los naranjales de los alrededores, o se alejaban montando en burro, y entonces se reía del joven Brenner, cuyas largas piernas casi tocaban el suelo cuando montaba. Por la noche cenaban juntos. Luego subían al amplio salón de la segunda planta para mantener estimulantes conversaciones sobre un programa de estudios compartido. Rée y Brenner se turnaban para leer en voz alta a Nietzsche y Malwida, que también tenía mala vista.

Empezaron con las conferencias de Burckhardt sobre la cultura griega antigua, siguieron con Heródoto, Tucídides y *Las Leyes* de Platón, y luego *Thought and Reality* [«Pensamiento y realidad»] de Afrikan Spir, un filósofo y metafísico ruso-ucraniano que había servido en el mismo batallón que Tolstói durante el asedio a Sebastopol en 1854-1855. El sistema filosófico de Spir se basaba en la exigencia de una certidumbre absoluta. Lo que importa es la certeza, no la verdad. La única proposición inequívocamente verdadera es el principio de identidad A = A. Nada en la esfera del devenir (*Geschehen*) es verdaderamente idéntico a sí mismo. Debemos postular una realidad última, aunque no podamos afirmar nada sobre ella salvo que, siendo idéntica a sí misma, tiene que excluir la pluralidad y el cambio. Spir sostenía que eso proporcionaba una demostración lógica para lo que Platón y Parménides habían captado intuitivamente. Resulta extraño que Spir ejerciera tan gran influencia en el Nietzsche de esta época porque era deísta y, como Schopenhauer, metafísico, mientras que el otro gran interés de Nietzsche eran los moralistas franceses racionalistas Montaigne, La Rochefoucauld, Vauvenargues, La Bruyère, Stendhal y Voltaire.

Rée se calificaba de ético evolutivo y casi con toda seguridad fue él quien introdujo a los racionalistas franceses en el programa de lecturas. Voltaire habría sido anatema en la época schopenhaueriana de Nietzsche, pero tan drástico fue el giro que dieron sus ideas ese invierno que cuando finalmente se publicó su nuevo libro se lo dedicaría a Voltaire. Bromeando, se refería a su nuevo pensamiento como «Réealismo».

Paul Rée era cinco años menor que Nietzsche. Hijo de un acaudalado empresario judío, no tenía necesidad de ganarse el sustento y se convirtió en algo parecido a un eterno estudiante, asistiendo a varias universidades, donde estudió, entre otras cosas, derecho, psicología y fisiología. Había obtenido su doctorado en Filosofía el año anterior. Como Nietzsche y Wagner, no era muy alto. Su rostro era casi apuesto, con el pelo castaño ondulado y una expresión de benévola timidez que explicaba el pelele en que mujeres fuertes, como Elisabeth Nietzsche y Lou Salomé, lo convertirían en el futuro. Rée sufría de una indeterminada afección crónica menor, pero sufría todavía más por su falta de energía y confianza en sí mismo.

Como Nietzsche, Rée había participado en la guerra franco-prusiana y había sido herido, pero no lo consideró ningún impedimento para disfrutar de la cultura francesa. Su perspectiva cosmopolita sintonizaba con la ambición de Nietzsche de ser un buen europeo más que un buen ciudadano del Reich. La amistad con Rée duró unos seis años, entre octubre de 1876 y 1882, un periodo en el que ambos crearon obras literarias que se influyeron mutuamente, tanto en estilo como en ideas. Los dos tomaron la antigua Grecia como punto de partida para pensar sobre las preocupaciones filosóficas de su propio tiempo mientras intentaban asumir la reorganización del conocimiento humano en la era posdarwinista.

Rée expuso sus principios básicos en su tesis doctoral de 1875:

1. Los actos humanos no dependen del libre albedrío.
2. La conciencia no tiene un origen trascendental.
3. Los medios inmorales son a menudo loables si sirven para un buen fin.
4. No existe progreso en los asuntos humanos.
5. El imperativo categórico de Kant no es adecuado para una doctrina moral práctica.[4]

La intención manifiesta de Rée era abordar los sentimientos y conceptos morales como un geólogo aborda las formaciones rocosas de la tierra, tomando la doctrina darwinista de la selección natural como marco teórico

general y sustituyendo la especulación metafísica por el naturalismo científico.

Sin creer en el libre albedrío, no se podía creer en la responsabilidad moral. La idea misma de culpa o transgresión era un error porque daba por sentado que alguien podría haber actuado de modo distinto a como lo hizo.

En un último análisis, la perspectiva distanciada, incluso cínica, de Rée rechazaba cualquier intención, es más, cualquier posibilidad que pudiera suponer edificación, justificación, elevación moral o trascendencia. Y así, despojado de la metafísica, era aún más pesimista que Schopenhauer, pero basándose en la doctrina naturalista de esas ideas de Rée, Nietzsche se alejó del romanticismo metafísico de Schopenhauer y Wagner y adoptó un punto de vista positivista, científico. Este nuevo enfoque estaba muy influido por el intento de Rée de explicar los sentimientos morales reconstruyendo su desarrollo histórico o prehistórico en lo que denominaba su «ética evolucionista».

La explicación de Rée del sentido moral era la siguiente: del mismo modo que los niños desarrollan sus ideas mediante la experiencia, el ejemplo de los padres y los hábitos adquiridos, la raza humana, a lo largo del tiempo, ha desarrollado una naturaleza moral que se transmite de generación en generación. La concepción de Rée de la adquisición de la moral seguía la ética evolucionista que Darwin expuso en *El origen del hombre*. Es posible que Nietzsche sólo conociera la obra de Darwin de segunda mano, a través de personas como Rée.[5] La capacidad de Nietzsche para leer inglés era dudosa. Sin embargo, está documentado que sí tenía un conocimiento directo del artículo de Darwin *Bosquejo biográfico de un bebé*.[6] Es una pieza breve sobre la exhibición temprana del sentido moral. Darwin describe cómo se topó con su hijo William, de dos años, saliendo del comedor. A William le brillaban los ojos, «de una manera extraña, poco natural y forzada». El niño había robado un poco de azúcar. Darwin concluyó que el malestar del niño se debía a la frustración de su deseo natural de complacer, pareja a su recién adquirida capacidad para relacionar acontecimientos pasados y futuros. No se debía al temor al castigo, dado que el pequeño «nunca había sido castigado de ningún modo». Para Rée, el artículo corroboraba el segundo principio de su tesis doctoral: la conciencia no tiene un origen trascendental. Nietzsche iba a escribir un libro entero al respecto, explorando lo que él denominaba genealogía de la moral.

Rée llevaba en el bolsillo un ejemplar de las *Máximas* de La Rochefoucauld. Él mismo era un gran urdidor de aforismos, como: «La

enseñanza altera nuestro comportamiento, no nuestro carácter» y «La religión surge del miedo a la naturaleza; la moral, del miedo a los seres humanos».[7]

La tesis doctoral de Rée contenía la audaz y sorprendente afirmación de que «Hay lagunas en este ensayo, pero las lagunas son siempre mejor que los parches», y había lagunas de sobra en los aforismos que utilizaba como medio para expresar el pensamiento. El aforismo era una técnica curiosamente poco científica para alguien que se declaraba ético evolucionista, porque está claro que una de las propiedades de la demostración científica es que lleva con transparencia de A a B, mientras que el aforismo, como observó Nietzsche, es el gran trampolín de la conjetura: «Un aforismo, adecuadamente acuñado y moldeado, no ha sido "descifrado" cuando sólo se ha leído, más bien a partir de ahí uno tiene que empezar su *exégesis*».[8]

Nietzsche quiso imitar el elegante estilo aforístico francés de Rée. La brevedad le atraía mucho dado que los periodos en que era capaz de leer o escribir se iban acortando cada vez más. «Esta neuralgia actúa de una manera tan exhaustiva, tan científica, que literalmente me sondea para averiguar cuánto dolor puedo soportar, y cada una de sus investigaciones dura treinta horas.»[9] No siempre podía encontrar amanuenses que anotaran al dictado y se tardaba muy poco tiempo en poner sobre el papel un aforismo bien elaborado.

Los primeros que anota en su cuaderno destilan la perspicacia de los lemas de las galletas de la fortuna: «La maternidad está presente en todos los tipos de amor, pero no la paternidad», «Para ver algo como un todo, uno debe tener dos ojos: uno del amor y otro del odio».[10] Con la mejora, llegó la frustración con el idioma alemán. Comparado con el francés, el alemán era un pesado leviatán. Su engorrosa construcción no servía para la brevedad. Cualquiera que pretenda escribir aforísticamente en alemán pronto se topa con el problema de que sus construcciones no pueden interrumpirse con brusquedad ni ingenio, como sí es el caso con el francés o el inglés. Los verbos auxiliares separados se multiplican como en una avalancha, echando por tierra la concisión y volviendo romo todo posible filo. Sin embargo, disfrutó mucho persistiendo, y el libro en el que trabajaba en ese momento, *Humano, demasiado humano*, acabaría consistiendo en casi 1.400 aforismos o párrafos aforísticos.

Los Wagner también pasaban el invierno en Sorrento, en el Hotel Vittoria, cerca de la Villa Rubinacci. El único contacto entre Nietzsche y Wagner desde el festival de Bayreuth había sido en septiembre, cuando el Maestro le había escrito inesperadamente para pedirle que le comprara ropa interior de

seda en Basilea y se la enviara por correo. Cuando recibió la carta, Nietzsche se encontraba tan enfermo que no pudo contestar por escrito, pero se encargó de que compraran y le enviaran la ropa interior, y dictó una larga y afectuosa carta que adjuntó al paquete. La carta manifestaba la sincera alegría que le producía poder serle útil: el pequeño encargo le había hecho recordar los tiempos felices en Tribschen.[11]

En cuanto el grupo de Malwida hubo llegado a Sorrento, se apresuraron a visitar a los Wagner en el cercano Hotel Vittoria. Encontraron a Wagner sumido en una profunda tristeza. El prolongado esfuerzo del festival había resultado agotador. Pero peores, mucho peores, habían sido las imperfecciones del mismo. Vivía en un estado ininterrumpido de ira. Todo había sido una chapuza. *Tenía* que corregir los fallos artísticos para el festival del año siguiente. ¿Habría siquiera festival el año siguiente cuando el inaugural le había dejado deudas de 140.000 marcos? Le había escrito al rey Luis proponiéndole un ingenioso plan para endosar la deuda al Reich, pero el rey seguía su comportamiento habitual de evitar cuanto le pareciera complicado simplemente no contestando a las cartas.

Los dos grupos coincidieron en Sorrento durante dos semanas. Tenemos noticia, sobre todo gracias a Malwida, del viento que agitaba los olivares, de las excursiones diarias, de las fiestas vespertinas iluminadas por estrellas fugaces y de cómo lamían la costa olas fosforescentes, pero no sabemos nada interesante sobre las conversaciones de Nietzsche con Wagner. El diario de Cosima menciona a Nietzsche brevemente el primer día, cuando le había parecido muy mustio y preocupado por su salud.[12] No dedica ni una palabra amable a Rée, cuya «… personalidad fría y calculadora no nos gusta; tras un examen más detallado llegamos a la conclusión de que debe de ser israelita».[13] No menciona más a Nietzsche, pero podría ser que éste se encontrara demasiado mal para estar presente. Octubre fue un mal mes para él. Tras un «ataque bastante grave», se desplazó a Nápoles para consultar con Otto von Schrön, un profesor de óptica, que dictaminó que si se casaba, todo mejoraría mucho. Probablemente se trataba de un eufemismo para que mantuviera relaciones sexuales, y Rée insinúa que siguió el consejo y se acostó con prostitutas mientras estaba en Nápoles o cuando volvió a Sorrento. Malwida interpretó el consejo del profesor en su inocente versión al pie de la letra y se embarcó de buena gana en una frenética búsqueda de pareja. Juntos, Nietzsche y ella trazaron un plan, que Nietzsche esboza en una carta a Elisabeth.

«Y ahora el plan que Frl. Von Meysenbug cree que debemos tener siempre presente y que tú debes ayudarnos a realizar es como sigue: estamos convencidos de que a largo plazo no puedo continuar con mi vida universitaria en Basilea, porque si continúo allí será a costa de todos mis planes más importantes e implicará un deterioro absoluto de mi salud.» La solución era casarse con una mujer acaudalada: «“Una mujer buena *pero* rica”, como dice Frl. Von M., cuyo “pero” nos hizo reír con ganas. Con la esposa en cuestión viviría durante unos años en Roma, que es un lugar apropiado tanto por razones de salud y vida social como por mis estudios. Este proyecto se llevaría a la práctica este verano en Suiza, para que pueda volver a Basilea ya casado. Se ha invitado a varias “personas” a ir a Suiza, entre ellas algunos nombres que te resultarán poco familiares, por ejemplo, Elise Bülow de Berlín, Elsbeth Brandes, de Hannover. Desde el punto de vista intelectual, todavía considero a Nat. Herzen la más idónea. Tu idealización de la pequeña Frl. Köckert de Ginebra me impresionó mucho, ¡te mereces todas las loas y honores! Pero todavía albergo mis dudas: ¿qué recursos [económicos] tiene? […]».**[14]**

Apuntaba que la cualidad más importante (después del dinero) en una esposa es que fuera una mujer con la que pudiera mantener una conversación inteligente en la vejez. En este sentido, señalaba a Natalie Herzen como la candidata incuestionablemente más destacada. Judía-rusa, hija del viudo Alexander Herzen, Natalie había sido criada y educada por Malwida, que la consideraba, como a su hermana, sus hijas adoptivas. Aunque Natalie era sobradamente inteligente, no era rica, así que Nietzsche no tenía necesidad de planear una vía de escape. Cuesta imaginar a Nietzsche planteándose el matrimonio con algo que no fuera pánico. Cuando recibió una carta de la joven con la que había flirteado en el tren, Isabella von der Pahlen, manifestando su esperanza de que se vieran en Roma, se interpuso una repentina enfermedad, y era la segunda vez en que le ocurría con Isabella, y se sintió demasiado débil para contestarle directamente, aunque no tanto como para no dar instrucciones a su editor para que le enviara las *Consideraciones intempestivas* con sus saludos.

Nietzsche parece haber sido especialmente vulnerable en los trenes. En el siguiente viaje en tren que emprendió lo deslumbró una joven bailarina de un teatro de Milán: «¡Tendría que haber oído mi italiano! Si hubiera sido un pachá la habría llevado a Pfäfers conmigo, donde, cada vez que faltaran ocupaciones intelectuales, ella podría haber bailado para mí. De vez en cuando me siento un tanto irritado conmigo mismo por no haberme quedado

al menos unos días en Milán por ella».[15] Pero no tardaba en admitir: «El matrimonio, aunque sin duda muy deseable, es lo más *improbable*; lo veo con *toda* claridad».[16]

Los Wagner se fueron de Sorrento el 7 de noviembre, pero antes, el Día de Todos los Santos, 2 de noviembre, los dos grupos dieron un paseo juntos y luego pasaron la noche en compañía. En su biografía de su hermano, Elisabeth Nietzsche (que no estuvo en Sorrento) cuenta al mundo que, ese día, su hermano y Wagner tuvieron una fuerte discusión a consecuencia de la cual no volvieron a verse. Cosima no lo corrobora. Cosima, después de todo, sí estaba presente y la entrada de su diario de esa jornada es breve y tranquila. Pero este ejemplo de Elisabeth ejerciendo su talento para la invención tiene que incluirse ya aquí, a estas alturas de la narración, porque la biografía que escribió de su hermano es de lectura obligatoria para cualquiera que investigue la vida de Nietzsche, y sin duda su versión infiel de los acontecimientos influyó en los estudios académicos sobre la vida de éste durante décadas. Del mismo modo que el relato manipulado de Elisabeth de la muerte de su padre pretendía desviar la atención de la posibilidad de que la sífilis hubiera causado estragos en la familia, su relato de la discusión con Wagner pretendía ocultar la verdadera razón de la ruptura, que también tenía que ver con secretos médicos y escándalos sexuales que Elisabeth deseaba escamotear a toda costa.

«La última noche juntos [en Sorrento] —escribe Elisabeth—, Wagner y mi hermano dieron un espléndido paseo por la costa y subieron a las colinas, desde donde se disfruta de una magnífica vista del mar, la isla y la bahía.

»—Una atmósfera de despedida —dijo Wagner.

»Y entonces de repente empezó a hablar de *Parsifal* [la nueva ópera que estaba componiendo y que tenía como tema el motivo cristiano de los caballeros del Santo Grial]. Era la primera vez que él se extendía sobre esta obra y lo hizo de un modo llamativo, subrayando que no se trataba tanto de una creación artística como de una experiencia religiosa, cristiana. Le confesó a mi hermano las diversas emociones y experiencias cristianas, como el arrepentimiento y la expiación que había tenido, además de todo tipo de inclinaciones hacia los dogmas cristianos. […] Él [Nietzsche] sólo podía considerar el repentino cambio de bando de Wagner como una tentativa de reconciliarse con los poderes que gobernaban Alemania, que ahora se habían vuelto más devotos, y que su único propósito era el éxito material. Mientras

Wagner hablaba, el último resplandor del sol se desvaneció sobre el mar, y una leve bruma que acompañaba a la oscuridad se extendió sobre el paisaje. También en el corazón de mi hermano se había alzado la oscuridad. ¡Qué decepción! Malwida sólo recuerda que mi hermano estuvo deprimido toda la noche y se retiró temprano a su habitación. Tenía el presentimiento de que Wagner y él no volverían verse.»[17]

Lo precedente es una completa invención de principio a fin, pero se dio por verdadera hasta 1981, cuando el especialista en Wagner Martin Gregor-Dellin contó la verdadera historia.

Cuando Nietzsche llegó a Sorrento, a Wagner le preocupó su lamentable estado de salud y escribió a un amigo médico, el doctor Otto Eiser, que aconsejó que Nietzsche se sometiera a un examen clínico en condiciones. A su regreso de Italia, éste fue a Frankfurt para que lo examinaran Eiser y un oftalmólogo llamado Otto Krüger. Era la primera vez que era examinado a fondo, y el chequeo duró cuatro días. Diagnosticaron cambios en una porción interior del globo ocular llamada *fundus oculi,* que podían ser un efecto de la sífilis. También descubrieron daños graves en ambas retinas. Esto agudizaba la intensidad de las jaquecas, que de hecho no estaban causadas por «resfriado estomacal» sino por «una predisposición a la irritabilidad del órgano central», cuyo origen atribuyeron a una excesiva actividad mental. Tenía que trabajar menos, diseñar un programa de trabajo más relajado, tomar quinina y llevar gafas azules. Para alivio de Nietzsche, descartaron un tumor cerebral.

Por entonces estaba muy extendida la creencia de que la masturbación causaba graves problemas oculares como los que padecía Nietzsche, y Wagner mandó una lamentablemente indiscreta carta al doctor Eiser, explicitando sus sospechas. «Desde hace mucho, al valorar el estado de N., me han venido a la cabeza situaciones idénticas o muy similares de hombres jóvenes de gran capacidad intelectual. Al verlos aquejados de síntomas semejantes, descubrí con toda certeza que eran consecuencia de la masturbación. Desde que observé con atención a N., y guiado por esas experiencias, todos los rasgos de su temperamento y costumbres características han transformado mis temores en una convicción.»[18] Wagner encontraba más pruebas para su teoría en el consejo que el doctor le había dado en Nápoles: que Nietzsche tenía que casarse, es decir normalizar su vida sexual.

El doctor Eiser respondió: «Al abordar su estado sexual, N. no sólo me aseguró que nunca había sufrido sífilis sino que respondió con una negación cuando le pregunté sobre un fuerte instinto sexual y la satisfacción anormal

del mismo. Sin embargo, sólo toqué por encima este último punto, y por tanto no puedo atribuir mucho peso a los comentarios de N. sobre el particular. En cambio, me parece más convincente que el paciente hablase de infecciones blenorrágicas durante sus años de estudiante y también el que mantuviera relaciones sexuales varias veces en Italia por consejo médico. Estas afirmaciones, cuya verdad queda fuera de toda duda, al menos demuestran que nuestro paciente no carece de la capacidad para satisfacer la necesidad sexual de una forma normal; una circunstancia que, aunque no inconcebible en hombres de su edad que se masturban, no es la norma general. […] Admito que mis objeciones distan mucho de ser incuestionables y pueden ser refutadas por la larga y exhaustiva observación de nuestro amigo. Tiendo a aceptar su asunción de buena gana porque muchos aspectos del comportamiento y la actitud de N. me llevan a considerarla muy digna de crédito».

Eiser proseguía diciendo que había habido casos de recuperación de pacientes histéricos y neuróticos que se habían debilitado a causa de la masturbación, pero que esta recuperación dejaba de ser posible tras unos daños y un deterioro ocular tan graves. La visión de Nietzsche no podría recobrarse. Eiser descartaba que tanto la sífilis como la nefritis crónica (enfermedad del riñón) se hallaran en la raíz del problema.

En cuanto a los dolores de cabeza: «Tal irritabilidad patológica de los centros nerviosos casi con certeza puede atribuirse a un nexo causal directo con la esfera sexual, así que la resolución de la cuestión de la masturbación tendría a este respecto una relevancia muy importante en el diagnóstico, aunque, dada la bien conocida y tenaz persistencia del vicio, yo mismo dudaría de cualquier método de tratamiento y de su éxito». El doctor Eiser daba a Wagner el mismo consejo que el doctor Schrön le había dado a Nietzsche: había esperanzas de que su estado general —salvo la visión— mejorara un poco si contraía un feliz matrimonio.[19]

No fueron, frente a lo que sostenía Elisabeth, sus diferencias sobre la religiosidad del libreto del *Parsifal* de Wagner las que causaron la ruptura definitiva entre esos dos hombres que se querían y valoraban tanto. El motivo fue el descubrimiento posterior por parte de Nietzsche de esa correspondencia bienintencionada pero demoledora.

10

Humano, demasiado humano

> El pensador —y de manera similar el artista— que ha puesto lo mejor de sí mismo en su obra, experimenta una alegría casi perversa mientras observa cómo el tiempo erosiona su cuerpo y su espíritu. Es como si estuviera en un rincón observando a un ladrón ante su caja fuerte, sabedor de que está vacía porque su tesoro está en otra parte.
>
> *Humano, demasiado humano*, «Acerca del alma alma de artistas y escritores», aforismo 209

«A Malwida von Meysenbug

»Lugano, domingo por la mañana [13 de mayo de 1877]

»… La desdicha humana durante una viaje por mar es terrible, y aún así risible, que es lo que me parecen mis jaquecas a veces cuando mi estado físico podría ser excelente, en suma, hoy me siento en un estado de serena parálisis, mientras en el barco sólo tenía los pensamientos más oscuros, y mis únicas dudas acerca del suicidio giraban en torno al lugar dónde el mar sería más profundo para que no me recogieran inmediatamente y tuviera que pagar una deuda de gratitud a los salvadores con una astronómica suma de oro. […] Yo llevaba mis gafas más potentes y desconfiaba de todos. El barco de la aduana se acercó trabajosamente, pero yo había olvidado lo más importante, a saber: registrar mi equipaje para el viaje en tren. Entonces empezó el trayecto al fabuloso Hotel Nationale, con dos canallas en el compartimiento que querían obligarme a apearme en una sórdida *trattoria*; mi equipaje pasaba de mano en mano, y siempre había un hombre jadeando bajo mi maleta por delante de mí. Mi llegada fue espantosa, un montón de granujas querían cobrarme […] Crucé la frontera suiza bajo un chaparrón; hubo un único relámpago, seguido de truenos. Me lo tomé como un buen augurio.»

Nietzsche no había leído bien las runas. De vuelta en Suiza, había pocos motivos para el buen humor. El suave clima italiano no había tenido el deseado efecto mágico sobre su salud, y aunque la vida social en la Villa

Rubinacci había sido agradable e intelectualmente estimulante, no había dado lugar a un libro. Con el fracaso de las *Consideraciones intempestivas*, que ni provocaron una revitalización de la cultura alemana ni se habían vendido casi nada (el mayor número de ejemplares vendidos fueron los aproximadamente 90 de *Richard Wagner en Bayreuth* que compró el público cautivo de miles de espectadores del festival inaugural de Bayreuth), le escribió a su editor Schmeitzner: «¿No deberíamos dar por acabada la serie de *Consideraciones*?».[1] Schmeitzner se opuso, pero Nietzsche había dejado atrás la original y más bien caprichosa lista de temas de las *Intempestivas* y se había concentrado en un nuevo libro que se remontaba a Klingenbrunn, cuando se había dado un pequeño respiro del festival de Bayreuth. Los títulos provisionales «La reja del arado» y «El espíritu libre» habían dado paso a *Humano, demasiado humano*, con el subtítulo *Un libro para espíritus libres*. Lo describía como un monumento a una crisis. Su tema era la condición humana. La razón era su norte. El lenguaje no es violento, ni didáctico, grandilocuente ni oscuro, sino personal, lúcido y elegante. Seguramente es su libro más atractivo y legible.

Allá donde mirara, veía los defectos tanto de la Ilustración como del Romanticismo para llenar el vacío dejado por el desmoronamiento de las formas de pensar tradicionales. Se necesitaba empezar de cero, «libre de fantasmas y sombras chinescas de eremita». Libre, en su caso, de la glorificación nostálgica de la cultura de la antigua Grecia, de Schopenhauer, de Wagner, de la división del mundo en voluntad y representación. El libro señalaría su evolución de filólogo y crítico cultural a polemista. No era un libro escrito para filósofos. Era una obra para espíritus inquisitivos dispuestos a examinar las cuestiones culturales, sociales, políticas, artísticas, religiosas, filosóficas, morales y científicas libres de asunciones y de ideas preconcebidas, así como de todas las demás ficciones aceptadas que se han utilizado a lo largo de los tiempos para restringir la verdadera libertad de pensamiento. Examinaría el mundo fenoménico con ojos voltaireanos, aceptando que el mundo nouménico no sólo es inaccesible sino que carece de importancia en la vida cotidiana del hombre. Sería el espíritu que se ha liberado al tomar posesión de sí mismo, el heredero de la Ilustración. Dejó ostentosamente claras sus intenciones en la portadilla dedicando el libro a Voltaire. Era un espectacular acto de desafío a Wagner.

Dividió el libro en partes:

De las cosas primeras y últimas
Sobre la historia de los sentimientos morales
La vida religiosa
Acerca del alma de artistas y escritores
Indicios de cultura superior e inferior
El hombre en el trato
Mujer e hijo
Una ojeada al Estado
El hombre a solas consigo
Entre amigos: un epílogo

Cada parte consistía en aforismos o párrafos aforísticos numerados. «De las cosas primeras y últimas» empieza con contundencia señalando el defecto congénito en el pensamiento fundamental de todos los filósofos anteriores: veían la naturaleza humana como una *aeterna veritas*, una verdad eterna. El hombre se cernía sobre ellos como algo invariable entre toda la vorágine, una medida fija de todas las cosas. Pero lo único que hace el filósofo es poco más que una afirmación sobre el hombre observado en un periodo de tiempo muy limitado.[2] El hombre ha evolucionado. No hay hechos eternos, no hay verdades absolutas. Cuanto es esencial en el desarrollo humano ocurrió en tiempos primigenios, mucho antes de esos cuatro mil años que, más o menos, conocemos. Seguramente, el hombre no ha cambiado mucho en estos años. Pero el filósofo ve «instintos» en el hombre actual y da por supuesto que pertenecen a los rasgos invariables de la naturaleza humana. Partiendo de ahí, los utiliza como clave para la comprensión del mundo en general.[3] Pero la comprensión del mundo no puede alcanzarse mediante el antropomorfismo ni el homocentrismo.

Las sentimientos religiosos, morales y estéticos pertenecen sólo a la superficie de la cosas, aunque al hombre le gusta creer que tocan el corazón mismo del mundo. Eso se debe a que dan sentido a su vida, haciéndolo profundamente feliz o infeliz, y por eso se engaña a sí mismo con la ilusión astrológica, creyendo que el cielo estrellado gira en torno a su propio destino.[4]

El origen de la metafísica y la cultura se halla en los sueños. El hombre primigenio creía que podía llegar a conocer un segundo mundo real en sueños. Ése es el origen de toda la metafísica. Sin sueños, el hombre no encontraría justificación para escindir el mundo. La separación entre cuerpo y alma está relacionada con esas antiguas creencias sobre los sueños. También lo está el supuesto de una manifestación espiritual: ése es el origen de toda creencia en espíritus y también, posiblemente, en dioses.[5]

Los supuestos metafísicos no son más que errores y autoengaños vehementes. Sin embargo, Nietzsche está dispuesto a conceder que podría existir un mundo metafísico dado que difícilmente se puede refutar su posibilidad. Pero incluso si se demostrara la existencia de un mundo metafísico, su conocimiento sería el más inútil de todos los conocimientos: más inútil que el conocer la composición química del agua lo sería para un marinero en peligro.[6]

Las secciones sobre lógica y matemáticas pueden leerse como la venganza de alguien que no es matemático: la lógica se basa en supuestos que no se corresponden con nada en el mundo real.[7] Lo mismo puede decirse también de las matemáticas, que ciertamente no habrían nacido si se hubiera sabido desde el principio que no existe una línea exactamente recta en la naturaleza, ningún círculo puro ni ningún principio absoluto.[8] Recordemos las pésimas calificaciones de matemáticas de Nietzsche en Pforta cuando afirma que las leyes de los números se inventaron basándose en el generalizado error inicial de que haya varias cosas idénticas, pero, en realidad, nada es idéntico. La presuposición de la multiplicidad siempre da por sentado que hay *algo* que es recurrente, que ocurre repetidamente. Eso es un error. Inventamos entidades idénticas y unidades que no existen. En otro mundo, un mundo que *no* sea idea nuestra, las leyes de los números son completamente inaplicables. Sólo son válidas en el mundo humano.[9]

La parte titulada «Sobre la historia de los sentimientos morales» se presenta con advertencias. La observación psicológica debe ser la base del pensamiento libre. La humanidad no puede ahorrarse la espantosa visión de la mesa de disección psicológica, con sus escalpelos y fórceps.[10] Subraya ese aviso citando a La Rochefoucauld: «Lo que los hombres llaman virtud no suele ser más que un fantasma formado por nuestras pasiones, al que se da un nombre decente para hacer con impunidad lo que se desee».[11] El hombre, el superanimal (*Das Über-Tier*) quiere que le mientan. Los instintos sociales nacen de los placeres compartidos y de una aversión común al peligro. La moral es una mentira oficial contada para impedir que el superanimal se destroce.

En «Una ojeada al Estado» comenta que el gobierno de las clases dirigentes pone en peligro la libertad y raya en el despotismo, pero cuando se trata de las masas, uno debe acostumbrarse a esta deplorable necesidad, «como a un terremoto». Y aquí cita a Voltaire: «Cuando el populacho se pone a razonar, todo está perdido».[12]

Las intenciones del socialismo no pueden ser criticadas, pero la vieja cultura por entero se ha erigido sobre la fuerza, la esclavitud, el engaño y el error. En cuanto productos y herederos de la integridad de este pasado, no podemos repudiarnos a nosotros mismos, ni desear la eliminación de una parte concreta. «Lo que se necesita no es una redistribución forzosa sino una transformación paulatina de la mentalidad: el sentido de la justicia debe aumentar en cada uno, y el instinto de la violencia, debilitarse.»[13]

Escribe sobre religión con una granítica seguridad en sí mismo. Ahí hila en un territorio mucho más conocido para él que el de la ciencia, el arte del gobierno o las matemáticas. Sus aforismos evangélicos resuenan con cadencias bíblicas.

Toma versículos concretos de la Biblia y se regodea en demolerlos. San Lucas, capítulo 18, versículo 14, por ejemplo. El original reza: «porque cualquiera que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado». Nietzsche escribe: «Lucas, 18, versículo 14 mejorado: el que se humilla quiere ser ensalzado».[14]

La creencia en «la estafa mayúscula» que es la religión, y que incluye la creencia en lo ideal, corre el riesgo de verse reemplazada por una creencia ciega en la ciencia que, mediante la promesa de certezas, está siendo elevada al estatus de religión. El hombre que desea alcanzar la libertad de espíritu debe aplicar una interpretación crítica y analítica de la religión, la ciencia y lo ideal. Los espíritus libres de ese tipo no existen todavía, pero aparecerán algún día. Nietzsche los describe acercándosele lentamente, emergiendo como una fantasmagoría entre la bruma del futuro. Vagabundos, se saben viajeros hacia un destino final que no existe. Pero eso no arruina sus vidas; por el contrario, su liberación radica en complacerse en la incertidumbre y la fugacidad; dan la bienvenida a los misterios de cada nuevo amanecer por la evolución del pensamiento que pueda traer.

Nietzsche subtituló *Humano, demasiado humano* un monumento a una crisis: no sólo se trataba de una crisis por la ruptura ideológica con Wagner, sino de la que le provocaba la repugnancia por los diez años anteriores dedicados a una vetusta formación como erudito. Al reconsiderar su pasado, le irritaba haberse visto impelido demasiado pronto a seguir una vocación para la que no estaba preparado: la filología le había producido una sensación de vacío y ansia que sólo había podido satisfacer con el hechizo opiáceo de Wagner. Pero el sueño inducido por el opio musical no servía para hacer más llevadera la realidad. *Humano, demasiado humano* señala el principio de su viaje filosófico en busca del espíritu libre, el hombre cuya hambre existencial

puede satisfacerse pese a la ausencia de lo ideal, o de lo divino, e incluso pese a su propia vulnerabilidad a la sublimidad de la música.

Humano demasiado humano es el primer libro de Nietzsche escrito en el estilo aforístico con secciones numeradas. Obligado a escribir con ese ritmo de *staccato* por su espantosa salud, había transformado su infortunio en virtud. Mediante la escritura había aprendido que el aforismo es una provocación, un trampolín, un estímulo para nuevos y más profundos cuestionamientos. El libro señala el principio de su emergencia como estilista y pensador verdaderamente original.

Envió el texto completo del primer volumen (habría un segundo) a su editor Schmeitzner a mediados de enero de 1878. Con él mandó una lista de detalladas instrucciones. El libro *debía* publicarse a tiempo para el centenario de la muerte de Voltaire, el 30 de mayo. No debía hacerse ninguna publicidad. Tenía que publicarse bajo seudónimo de manera que aquellos grupos que habían tomado partido a favor o en contra de Nietzsche no tuvieran prejuicios en ningún sentido sobre el libro. El nombre del autor que aparecería en la portada sería «Bernhard Cron». Nietzsche adjuntaba una biografía del ficticio Cron para imprimirla con el material de publicidad.

«Herr Bernhard Cron es, hasta donde se sabe, un alemán de las provincias bálticas de Rusia que ha viajado sin parar estos últimos años. En Italia, donde, entre otras materias, se dedicó a estudios filológicos y de antigüedades, conoció al doctor Paul Rée. A través de éste contactó con Herr Schmeitzner. Dado que durante los próximos años, su dirección será objeto de frecuentes cambios, las cartas deberán enviarse al editor de Herr Cron. Herr Schmeitzner nunca lo ha visto en persona.»**[15]**

Schmeitzner se negó en redondo. Un libro de aforismos de Herr Berhhard Cron no llamaría la atención de nadie, mientras que un cambio radical de opinión del autor de *El nacimiento de la tragedia* era un acontecimiento de por sí. Le escribió con contundencia: «Cualquiera que se expresa en público está obligado también a contradecirse en público en cuanto cambia de opinión».**[16]** Schmeitzner encargó una tirada de mil ejemplares, no hizo caso a la prohibición de Nietzsche de no dársele publicidad y le puso el precio de 10 marcos. Eso lo convertía en el libro más caro de su catálogo, una señal de las altas expectativas que ponía en él.

El nombre de Nietzsche aparecía en la portadilla, desprovisto voluntariamente del tratamiento de profesor, del que en el pasado se había

sentido tan orgulloso. A finales de abril, Nietzsche mandó veintiocho ejemplares de cortesía. El de Paul Rée salió con la dedicatoria: «Todos mis amigos coinciden en que mi libro fue escrito por ti o fruto de tu influencia. Así que ¡te felicito por tu nueva obra! […] ¡Larga vida al Réealismo!».

A Jacob Burckhardt le gustó el libro. Lo calificó de soberbia publicación que aumentaría la cantidad de independencia en el mundo, pero Rée y él fueron sus únicos defensores apasionados. Los demás receptores de los ejemplares de cortesía formaban parte del círculo íntimo que había seguido a Nietzsche por el laberinto wagneriano-schopenhaueriano. Éstos, en mayor o menor medida, se sintieron traicionados, desconcertados o repelidos. Rohde se preguntó: «¿Puede uno quitarse el alma y cambiarla de golpe por otra? ¿Puede Nietzsche de repente convertirse en Rée?». Era una pregunta que también se hacía el resto del puñado de fieles que habían respaldado con valor *El nacimiento de la tragedia*. «¡No quiero partidarios!»,**[17]** respondió con tono severo Nietzsche cuando le manifestaron sus dudas.

Un corresponsal anónimo mandó a Nietzsche un busto de Voltaire desde París con una nota que rezaba: «El alma de Voltaire presenta sus respetos a Friedrich Nietzsche».**[18]** Tal vez lo había enviado la hermosa Louise Ott, de la que se había enamorado durante el festival de Bayreuth. Todavía mantenían una melancólica correspondencia tras el regreso de ella junto a su marido banquero en París. O puede que Wagner lo hubiera organizado para que se lo enviaran desde París. Le gustaban las bromas.

El libro llegó a Wahnfried el 25 de abril. La dedicatoria a Voltaire provocó sorpresa. Tras un rápido vistazo, Wagner decidió que sería más conveniente para el autor que no lo leyera. Sin embargo, Cosima sí lo hizo. Vio en el texto «mucha ira y aspereza», y descubrió algo peor todavía que la influencia de Voltaire, a saber, un microcosmos de la conspiración judía íntegra para adueñarse de Europa. Paul Rée era judío, un detalle del que se había percatado en cuestión de minutos cuando se conocieron en Sorrento. La explicación de Cosima para *Humano, demasiado humano* era que: «Finalmente Israel ha intervenido en la figura de un tal doctor Rée, muy pulido, muy moderno, dominado por Nietzsche, aunque en realidad más inteligente que él, reproduciendo la relación de Judea y Alemania en miniatura».**[19]** Y luego hizo el gesto dramático de quemar las cartas de Nietzsche.

El propio Wagner respondió públicamente al libro en el *Bayreuther Blätter*, el folleto periodístico y propagandístico que había conseguido sacar adelante. Cuando Nietzsche había rechazado la dirección de la publicación,

Wagner había designado a Hans von Wolzogen para que ocupara su lugar. Era un intelectual antisemita de segunda fila que se había introducido en Wahnfried construyéndose una ostentosa villa en las cercanías y adulando sin medida a Wagner. Aunque, como es bien sabido, Nietzsche despreciaba la cultura periodística y había rechazado el cargo, estaba celoso del puesto de director de Wolzogen. Era una posición de poder.

El artículo de Wagner era, en apariencia, un examen sobre la relación entre el arte y el público en Alemania. En realidad, se trataba de una defensa de sí mismo y del schopenhauerianismo, del concepto de lo metafísico y, por encima de todo, de la idea del genio artístico, de la cual se consideraba el ejemplo europeo más destacado. Lamentaba el ascenso del modelo del conocimiento científico con su marcado énfasis en la química y en ecuaciones ininteligibles. Atribuía a ese ascenso el incremento de una intelectualidad escéptica. El rechazo de la metafísica había llevado a cuestionar la noción misma de todo lo humano, incluido el genio. Tal negación del acceso privilegiado del genio a la esencia interior mística de la realidad era un absurdo. El pensamiento científico era incapaz de alcanzar nunca una conexión intuitiva comparable con el espíritu humano.[20]

Nietzsche, que todavía no había descubierto la horrible correspondencia de Wagner con su médico, no respondió públicamente. Se limitó a comentar en privado que el artículo era vengativo, hiriente y estaba lamentablemente argumentado. Le hizo sentir tan descolocado como una maleta enviada desde un mundo ideal. Durante el resto del año estuvo aquejado de una prolongada mala salud. Cuando pudo, tomó notas con material crítico, que se recogerían en «Opiniones y sentencias diversas» y *El caminante y su sombra*. Formarían la segunda parte de *Humano, demasiado humano*. Redactarlas constituyó una tarea frustrante y turbadora:

«Con la excepción de unas cuantas líneas, todo lo pensé mientras caminaba, y lo anoté a lápiz en seis pequeños cuadernos: al pasarlos a limpio me ponía enfermo cada vez que me ponía a escribir. Tuve que omitir unas veinte de las secuencias de pensamiento *más largas* —por desgracia, verdaderamente importantes— porque nunca encontré tiempo para descifrar mis espantosos garabatos a lápiz… Mientras tanto, mi memoria pierde la conexión de los pensamientos entre sí. Tengo que robar y recolectar minutos y cuartos de hora de “energía cerebral” como usted la llama, y robárselas a un cerebro que sufre».[21]

Tras su año de excedencia pagada, había vuelto a Basilea para intentar enseñar de nuevo. Sentía que no podía salir adelante sin la sensación de que

hacía algo con un uso práctico.

Había un nuevo médico en Basilea, Rudolf Massini. Tras consultar con el doctor Eiser, opinaba que no podía descartarse la *dementia paralytica*. Predijo una probable ceguera y prohibió toda lectura y escritura durante varios años. Era como si hubiera dictado una sentencia de muerte.

A Nietzsche le había resultado relativamente sencillo seguir impartiendo clases mientras había contado con Johann Köselitz para leer y escribir para él y con Elisabeth para llevar la casa, pero Köselitz se había ido a Venecia a seguir su carrera de compositor y Elisabeth ya no estaba tan dispuesta a acudir presta a su lado.

Le había dolido el rotundo anticristianismo de *Humano, demasiado humano*. El libro avergonzó a la familia. Ahora su hermano hablaba de abandonar la enseñanza, un paso que lo convertiría en pobre y le haría perder su posición social. Apagaría el lustre resplandeciente que reflejaba la cátedra en su madre y ella misma. Eso no mejoraría sus perspectivas de matrimonio en la sociedad represiva, patriarcal y, sobre todo, convencional de Naumburgo.

Era la hora de cambiar de alianzas. El fulgor prestado podía recuperarse de una fuente distinta, de Wagner y Cosima, cuya estrella se encontraba en su cénit. Desde que Nietzsche había presentado a Elisabeth a Cosima en Tribschen, ella se había tomado la molestia de hacerse útil en muchos detalles. Ambas mujeres eran muy burguesas y muy religiosas. A las dos les repelió e hirió por igual *Humano, demasiado humano*. Cosima le escribió a Elisabeth diciéndole con franqueza que el libro le había parecido intelectualmente insignificante y moralmente inaceptable. El estilo era a la vez pretencioso y descuidado. Cosima creía que había descubierto en casi cada página «superficialidad y sofistería infantil». La traición de Nietzsche era absoluta. Los había abandonado para volar a «un campamento bien fortificado», es decir, con los judíos.

Elisabeth coincidía sinceramente con esa opinión. Había empezado a escribirse con un destacado agitador antisemita al que había conocido en Bayreuth llamado Bernhard Förster. Su nacionalismo y antisemitismo la atraían mucho más que el europeísmo y réealismo de su hermano. No tenía la menor intención de convertirse en un espíritu libre; más bien al contrario, acariciaba cada eslabón de la cadena que la ataba a la sociedad y la convención. El círculo de su hermano en Basilea lo formaban numerosos

solteros, pero románticamente no había sido fructífero para ella. Era hora de asentarse en Naumburgo y concentrarse en sus perspectivas de matrimonio.

Sin Elisabeth para encargarse de la casa, Nietzsche se tornó invisible. Vendió sus muebles y se instaló en unos sencillos alojamientos en las afueras de la ciudad, cerca del jardín zoológico. Vivir en Bachlettenstrasse número 11 suponía una larga caminata hasta la universidad, pero aún así él siguió recorriendo con coraje el camino para cumplir con sus obligaciones como docente. Viviendo solo, «medio muerto de dolor y agotamiento», llevaba cuidadosas notas de sus gastos y esbozó una agenda similar a la que había llevado en Pforta con la intención de mantenerse intelectualmente productivo y no salirse de su presupuesto durante las doscientas semanas siguientes.

El 2 de mayo de 1879 dimitió oficialmente de su puesto aduciendo mala salud. Había puesto sus esperanzas en que sus médicos acertaran cuando dijeron que sus clases y su trabajo de escritura eran los responsables de su catastrófica salud. Él mismo también había estado culpando al canto de sirena de Wagner. «Mis muchos problemas con mi pensamiento y escritura hasta ahora siempre han sido la causa de mi enfermedad; mientras fui verdaderamente un erudito, también me sentía bien; pero entonces llegó la música para hacerme añicos los nervios, y la filosofía metafísica y la preocupación por mil cosas que no tenían nada que ver conmigo…»[22] Una vez se hubiera desembarazado de ambas cargas, seguramente recobraría la salud.

El 30 de junio, la universidad aceptó su dimisión, concediéndole una pensión de 3.000 francos suizos durante seis años. No había residido en Suiza durante un periodo seguido de ocho años, de manera que no cumplía el requisito para convertirse en ciudadano suizo. Aceptó de buen grado su condición de apátrida. Era la posición desde la que abordar una moral universal, de dar nueva forma al bien y al mal basada en una nueva evaluación de la vida, libre de cualquier préstamo meramente receptivo. Tal vez, finalmente, se había convertido en un genuino espíritu libre.

Con la idea de emular a su héroe de la infancia, Hölderlin, identificó una antigua torre en las murallas de Naumburgo donde podría vivir barato mientras trabajaba como jardinero. Pero sólo tardó seis semanas en darse cuenta de que un jardinero necesitaba una espalda más fuerte y una vista mejor, muchísimo mejor. Y así empezó sus años de vagabundeo.

11

El caminante y su sombra

> En los Alpes soy inexpugnable, sobre todo cuando estoy solo y no tengo más enemigo que yo mismo.
>
> Carta a Malwida von Meysenbug,
> 3 de septiembre de 1877

Nietzsche vendió sus posesiones, salvo sus libros y unos pocos cuadros. Encomendó la gestión de sus finanzas a su amigo de confianza Overbeck y dejó sus notas y sus cuadernos bajo custodia de Elisabeth (un grave error y un riesgo para el futuro). Conservó tan sólo dos baúles llenos de libros de los que no podía soportar separarse. Ellos lo acompañaron mientras hacía una sucesión de giras por los balnearios que ofrecían curas de leche y aire de los Alpes: Davos, Grindelwald, Interlaken, Rosenlauibad, Champfèr y St. Moritz. Deambulaba como Prometeo por lugares elevados, a menudo caminando durante ocho o diez horas al día, con la mente fija en el inescrutable propósito del universo. Descubrió una espléndida lucidez contemplando el reino inmenso de lo imperfectamente comprendido. Caminó con paso resuelto los senderos pedregosos de las montañas tan alto como osaba, pero su ascenso siempre tenía que detenerse en seco ante las alturas más elevadas, donde la luz refulgente de las nieves perpetuas le atravesaba los ojos como espadas desenvainadas, y lo hacía mientras anotaba sus pensamientos para su siguiente libro.

«En este libro, usted descubrirá a un “hombre subterráneo” trabajando, uno que abre túneles, socava y perfora. Lo verá —suponiendo que esté dotado de ojos capaces de ver su trabajo en las profundidades— avanzando lentamente, con cautela, con delicada inexorabilidad, sin delatar demasiado el malestar que toda privación prolongada de la luz y el aire conlleva; incluso podría creer que está satisfecho de trabajar ahí, en la oscuridad. ¿No da la impresión de que una fe lo guiara, de que se le ofreciera algún consuelo como compensación? Como si él tal vez deseara esta prolongada oscuridad, deseara ser incomprensible, permanecer oculto, enigmático, porque sabe lo que de ese

modo conseguirá: su propia mañana, su propia redención, su propia *aurora*? […] Se lo contará en persona pronto, este Trofonio [hijo de Apolo al que se lo tragó la tierra y siguió viviendo, bajo ella, como un dios oracular], este ser subterráneo, en cuanto se haya vuelto a "convertir en hombre". Permanecer en silencio es algo de lo que uno se olvida por completo si, como él, ha sido un topo solitario durante tanto tiempo.»**[1]**

Un fragmento del prefacio de *Aurora*, y un retrato de sí mismo durante los *Wanderjahre*, los años de travesía por el desierto en los que el topo filólogo medio ciego de antaño vagaba por las montañas y costas de Europa transformándose en el ciego total de vastos y proféticos horizontes.

El topo excavador se sentía cómodo bajo los árboles donde el caritativo dosel de hojas atenuaba la luz hasta convertirla en una penumbra verdosa. Y más importante, lo ocultaba de las nubes, que estaban cargadas de electricidad y se empeñaban en perseguirlo implacablemente. Desde que Benjamin Franklin parecía haber extraído energía eléctrica de las nubes con su experimento con la cometa en 1752, no era nada descabellado que una persona imaginase ser un conductor de electricidad, aunque, hoy en día, la noción de absorber electricidad de la atmósfera esté considerada un síntoma ilusorio de enfermedad mental, asociado sobre todo a la esquizofrenia.

Nietzsche siempre había sido especialmente sensible a las tormentas eléctricas. Desde sus tiempos escolares en Pforta, sus contemporáneos habían reparado en que sus efusiones más inspiradas y extasiadas de creatividad y sus mejores improvisaciones musicales tenían lugar durante tormentas. El padre de Dioniso, Zeus, había aparecido como un rayo, y con unos sentimientos crecientes de parentesco con Dioniso, Nietzsche creía ser probablemente más susceptible a la fuerza de la electricidad en las nubes que cualquier hombre en la tierra. Se planteó ir a París para exhibirse como rareza en la exposición sobre electricidad que se celebraba allí, y concluyó que la electricidad resultaba más perjudicial para su salud que la música de Wagner.

«Soy una de esas máquinas que pueden explotar […] el patrón eléctrico en la cubierta de nubes y los efectos del viento: estoy convencido de que el ochenta por ciento de mis padecimientos son consecuencia de *esas* influencias.»**[2]** Los ataques que sufría entonces solían implicar tres días de dolor insoportable y vómitos, acompañados de la sensación de semiparálisis, mareos y graves dificultades para hablar. Y pese a todo, en el aire enrarecido de las alturas de la montaña, se sentía a veces abrumado por repentinas ráfagas de extrema felicidad de una intensidad exquisita que nunca había experimentado antes. Se sentía tan aligerado, tan deliciosamente lánguido que

tenía la sensación de desplazarse por el paisaje como un garabato zigzagueante dibujado en un papel por un poder superior que quería probar una pluma nueva. Empezó a clasificar las montañas según la capacidad de sus bosques para ocultarlo del cielo que todo lo ve.

El legendario bosque de Teutoburgo, escenario de la derrota de las legiones romanas a manos de las tribus germánicas, ofrecía la más densa oscuridad y la mayor satisfacción. Recorriendo las lúgubres penumbras llenó doce cuadernos de bolsillo con el que denominaba su «maldito estilo de telegrama», la única forma en que era capaz de registrar las explosiones de pensamientos importantes entre jaquecas, aunque su editor ya le había escrito diciéndole que el mercado de aforismos telegráficos ya estaba saturado y que debía cambiar su estilo de prosa si quería ganar lectores.

A pesar del consejo, le envió a Schmeitzner «Opiniones y sentencias diversas» y *El caminante y su sombra*, dos recopilaciones de varios cientos de aforismos cada una, que servían de apéndices a *Humano, demasiado humano*. También le mandó un nuevo libro entero compuesto de 575 aforismos titulado *Morgenröte* (*Aurora*), subtitulado *Reflexiones sobre los prejuicios morales*. Los pensamientos que contenía abarcaban de la moral de acariciar a un perro a las más típicas preocupaciones de Nietzsche sobre Wagner, el libre albedrío, la libertad individual, la religión y el Estado.

Aurora avanzaba por la senda del materialismo. Lo escribió durante uno de sus periodos de interés por la especulación científica contemporánea, junto con su gozoso descubrimiento del filósofo judío del siglo XVII Spinoza. «Mi soledad es ahora una soledad de dos. Estoy verdaderamente asombrado, encantado. ¡Tengo un precursor!» Escribió un poema a Spinoza, en quien veía reflejada su «negación del libre albedrío, de los fines, del mal, del orden moral del mundo y de lo no egoísta […] por descontado, las diferencias son enormes, pero se trata más de diferencias del periodo, la cultura y el campo de conocimiento».**[3]** Leyó «Sobre la mecánica del calor» de Robert von Mayer, la teoría de los átomos no materiales de Boskovic, y *Kraft und Stoff* [«Fuerza y materia»] (1855) del médico materialista posdarwinista Ludwig Büchner, cuyo exitoso libro difundió el nuevo evangelio de que «las investigaciones y los descubrimientos de los tiempos modernos ya no nos permiten albergar dudas de que el hombre, y cuanto tiene y posee, sea mental o físico, es un producto natural como todos los demás seres orgánicos». *La historia del materialismo* (1866) de F. A. Lange afirmaba que el hombre era tan sólo un caso especial de la fisiología universal, y que el pensamiento no era más que una cadena especial en los procesos físicos de la vida. Cuando Nietzsche

recordó este año y escribía sobre él en *Ecce homo*, la autobiografía que redactó en 1888 cuando oscilaba entre la cordura y la locura, se describió a sí mismo subyugado por una fascinación ferviente y excluyente hacia la fisiología, la medicina y las ciencias naturales. Y eso es lo que explora en *Aurora*: la idea de que el hombre es meramente un organismo físico y las creencias y valores morales, espirituales y religiosos pueden explicarse mediante la fisiología y la medicina. El interés general en aquel tiempo se centraba en la idea de si el hombre podía dominar el futuro mediante el control de su propio desarrollo evolutivo a través de la dieta. Es una actitud que resumió para la posteridad el filósofo y antropólogo Feuerbach, que había muerto hacía sólo unos años: «Si quieren mejorar al pueblo, denle mejor comida en lugar de sermones contra el pecado. El hombre es lo que come».**[4]**

Y pese a todo, en abierta contradicción con lo anterior, *Aurora* también introduce la especulación sobre la importancia de la exaltación y el éxtasis de la locura en la historia de la ética y la moral. Nietzsche expone que bajo la temible presión de milenios de tradición, la única manera de liberarse era: «… mediante un pavoroso ayudante: casi por todas partes fue la locura la que allanó el camino para la idea nueva, la que puso fin al hechizo de una costumbre o superstición veneradas. ¿Entendéis por qué tuvo que ser la locura la que lo hizo?». La locura era la libertad total. Era el altavoz de la divinidad. Si la locura no era otorgada, tenía que ser asumida.

«Todos esos hombres superiores que se sentían irresistiblemente impulsados a liberarse del yugo de cualquier moral y a proponer nuevas leyes, no tenían más opción, *si es que no estaban locos de verdad,* que volverse o hacerse los locos. […] ¿Cómo puede uno volverse loco cuando no lo está ni siquiera lo parece? […] ¡Ah, concededme la locura, poderes celestiales! ¡La locura, para que al menos yo pueda creer en mí mismo! Dadme delirios y convulsiones, luces fulgurantes y tinieblas, aterradme con el fuego y la escarcha que no haya padecido jamás mortal alguno, con un estruendo ensordecedor y figuras fantasmales, hacedme aullar, gemir y arrastrarme como un animal, ¡todo con tal de que pueda creer en mí mismo! Me carcome la duda, he matado la ley, la ley me angustia como un cadáver angustia al que vive: si no soy *más* que la ley, soy el más vil de los hombres.»**[5]**

El libro acaba con un toque a rebato para desafiar a todos:

«Nosotros, aeronautas del espíritu […] ¿Adónde nos arrastra este poderoso anhelo, este deseo que para nosotros es más intenso que cualquier placer? ¿Por qué apunta en la dirección en la que hasta ahora *se han puesto* todos los soles de la humanidad? ¿Dirán algún día de nosotros que también,

navegando hacia el oeste esperábamos llegar a unas Indias, pero que nuestro destino fue naufragar estrellándonos contra el infinito? ¿O no, hermanos míos? ¿O no?»

Pocos autores tienen el suficiente valor para acabar un libro con un «¿O no?».

Su enfermedad fue su propio viaje alejandrino para alcanzar las Indias, su medio de estrellarse contra el infinito. Cada doloroso ataque ponía a prueba su capacidad para no dejarse vencer, cada recuperación era un renacimiento que corroboraba el valor del sufrimiento como precio de la revelación. Recobrarse tras haber estado al filo de la muerte (real o imaginaria) estimulaba una creatividad disparada mientras, día tras día, se iba acercando poco a poco al aniversario de la muerte de su padre, ciego y loco, a causa del «reblandecimiento cerebral», la edad en la que él había imaginado desde hacía mucho que correría la misma suerte.

Al recordar el año 1879, registró 118 días de enfermedad aguda e incapacitante. Y, cara a cara con Tánatos, ¿qué había conseguido? Unos cuantos textos menores, un puesto de profesor fallido, dos libros: *El nacimiento de la tragedia*, que no tuvo el menor impacto en la reforma del mundo cultural, aparte de complacer a Wagner, el padre al que ya había sobrepasado, y *Humano, demasiado humano*, el libro que desnudaba sus aspiraciones de Ícaro de que los espíritus se alzarían más allá de los prejuicios, fuera cual fuera el precio en cera derretida. El libro había conseguido tres admiradores, ninguna crítica, sólo había vendido un centenar de ejemplares y había incitado a su editor a advertirle que no escribiera más libros de la única forma en que era físicamente capaz.

Decidió que su aislamiento espiritual tenía que reflejarse tan completamente como fuera posible en su vida externa. No quería ninguna compañía humana, ni siquiera la de un amanuense. Nada debía disolver la intensidad de la experiencia subjetiva. Había que correr el riesgo de la locura, si eso era la prueba que había que superar para alcanzar el conocimiento.

Con la espeluznante y emocional celebración de la Navidad acercándose, volvió a Naumburgo planeando, a la manera de Hölderlin, comenzar su vida en soledad en la torre de las murallas de la ciudad. Pero estaba demasiado enfermo. Su madre y su hermana lo metieron en la cama del hogar de su infancia, la casa de Weingarten. Alrededor del espíritu libre pero encamado de Nietzsche se sucedían los irritantemente mezquinos rituales que garantizaban la cobarde continuación del viejo orden: servicios en la iglesia,

acebo, pasteles, visitas ceremoniosas realizadas con las mejores galas, emociones tibias, resuelto rechazo del análisis racional. Difícilmente podría imaginar que renovara el espíritu una festividad que distaba tanto de la descontrolada embriaguez dionisíaca alterada por la afable razón apolínea, pero él no estaba en condiciones para denunciar «la falseada construcción protestante de la historia en la que se me ha enseñado a creer»,**[6]** ni, de hecho, para adoptar ninguna postura ética o moral en absoluto porque el 24 de diciembre empeoró y tres días más tarde perdió la conciencia. Sus semanas de convalecencia tampoco fueron fáciles con su madre agobiándolo para que mantuviera vivo su griego. Empezaba a admitir a sus amigos que no le gustaba su madre y que la voz de su hermana le crispaba los nervios. *Siempre* estaba enfermo cuando vivía con ellas. Evitaba las discusiones y los roces, creía saber cómo manejarlas, pero no era propio de su manera de ser tener que hacerlo.

El 10 de febrero se encontraba lo bastante recuperado para huir. Se subió a un tren, llamó al servicial y devoto Köselitz para que se reuniera con él en Riva, en el lago de Garda. Köselitz haría una copia en limpio de las notas titubeantes que Nietzsche había garabateado en sus cuadernos. Las convertiría en algo que Schmeitzner pudiera leer e imprimir.

Nietzsche asumió una curiosa forma de control posesivo sobre el dubitativo e inseguro compositor mediante el excepcional gesto de rebautizarlo. Le puso el nombre de «Peter Gast». Köselitz lo asumió de inmediato y lo conservó durante el resto de su vida. La genealogía del nombre tenía algo de acertijo, una mezcla deliciosa de lo juguetón, lo serio y lo simbólico. «Peter» [«Pedro»], por el principal discípulo de Cristo, san Pedro, al que Cristo llamaba «La piedra sobre la que erigiré mi iglesia».**[7]** Gast, en el sentido *Guest*, «convidado». Las dos palabras se combinan en «el convidado de piedra», nombre del desgraciado personaje de Il Commendatore en la ópera de Mozart *Don Giovanni*. El papel de Il Commendatore, o Convidado de Piedra, es el de Némesis. Identificarse con la figura de Don Giovanni es uno de los temas secundarios pero recurrentes de Nietzsche. Deja claro que no se trata del Don Giovanni que seduce a miles de mujeres, sino de «el Don Giovanni del Conocimiento», una figura temeraria que persigue «las estrellas más remotas y elevadas del conocimiento» para explorar territorios desconocidos, dispuesto a sacrificar su alma inmortal y sufrir eternamente los fuegos del Infierno para alcanzar la revelación oculta. En la ópera, cuando al

final Don Giovanni ha sobrepasado los límites, es el Convidado de Piedra quien lo hace descender al Infierno para pagar el precio con el tormento eterno. Al ponerle a Köselitz el nombre de Peter Gast, Nietzsche le atribuía el papel doble de discípulo principal y némesis. Este último parece un papel muy poco apropiado para el dócil amigo que corrió detrás de Nietzsche durante años, haciendo las funciones de secretario y amanuense sin salario.

Peter Gast nunca dejó de creer apasionadamente en los libros de Nietzsche, quien, a su vez, apoyó incondicionalmente las composiciones de Gast. Gast era el compositor que él podría haber sido. Elogiaba su genio ante sus amigos y los acosaba pidiéndoles dinero para financiar la ópera cómica de Gast *Il matrimonio segreto*, cuya música carecía por entero de la letal y deliciosa obnubilación metafísica de Wagner. En marzo, ambos dejaron Riva y fueron a Venecia, donde se había instalado Gast. En apariencia, Nietzsche estaba en Venecia para acelerar la ópera de Gast, pero en realidad distraía a su amigo con lo que éste llamaba «trabajo samaritano». Éste consistía en leerle en voz alta dos veces al día y escribir sus dictados, así como rescatar repetidamente a su amigo de una sucesión de pequeños problemas físicos y contratiempos.

El dinero daba de sí en Venecia. Nietzsche alquiló una amplia y muy fría habitación a la que se llegaba subiendo por la escalera de mármol más espléndida que había visto en su vida. Su ventana dominaba una icónica vista que tenía un gran significado para su generación y varias de las venideras.

«He alquilado una habitación con vistas a la isla de los Muertos»,[8] escribió.

Debe de haber habido algo en aquella vista funeraria que compensaba a la generación emergente del desmoronamiento de las ilusiones tradicionales. El mismo año en que Nietzsche estuvo allí, el pintor simbolista Böcklin pintaba *La isla de los muertos*,[9] una pintura que colgaría en las paredes de Lenin, Strindberg, Freud y Hitler, y sería un distintivo de prestigio cultural en las paredes de todo intelectual de Berlín desde la década de 1880 a la de 1930, como comentó Nabokov. Wagner quedó tan impresionado por cómo había captado Böcklin el estado de ánimo del momento que lo invitó a diseñar los escenarios para su nueva ópera, *Parsifal*, en Bayreuth. Böcklin rechazó el encargo, que finalmente se le encomendó a Paul von Joukowsky.

La ventana de Nietzsche dominaba la vista de Böcklin del agua lisa y luminosa quebrada por las barcas funerarias que transportaban a los difuntos hacia los muros que rodeaban el cementerio de la isla. Sobre los muros se alzaban los cipreses altos y oscuros, que señalaban como dedos hacia los

cielos y el misterio que se oculta más allá de la tumba. La vista inspiró a Nietzsche a escribir «La canción de los sepulcros», uno de sus más bellos poemas, en el que las tumbas de la isla incluyen sepulturas de su juventud, de las extrañas maravillas del amor y de los pájaros cantores de sus esperanzas.

En Venecia empezó el calor; despertaron los mosquitos. Nietzsche abandonó la ciudad del agua sin volver la vista atrás. Peter Gast volvió con alivio a su trabajo.

Nietzsche estuvo vagabundeando durante dos años. En cada nuevo lugar se disparaba la esperanza de que había encontrado su nueva Arcadia. La belleza de los diversos paisajes le hacía estremecerse y adorar la tierra, tan pródiga en sus maravillas, como si nada fuera más natural que vivir la vida como si fuera un héroe griego trasplantado, a la vez heroica e idílicamente. «*Et in Arcadia ego* […] Y así es cómo los hombres singulares han *vivido* de hecho, así es cómo se han *sentido* largamente existiendo en el mundo y el mundo ha existido en ellos…»**[10]**

Pero en cada nueva Arcadia, con el tiempo acababa descubriendo alguna imperfección intolerable: o estaba demasiado alta o demasiado baja, o era demasiado calurosa o húmeda o fría, o simplemente estaba erróneamente ubicada bajo las nubes eléctricas y el cielo que todo lo ve. Siempre había una buena razón para que el caminante reemprendiera su vagar.

En verano se estableció en las frescas regiones alpinas, pero cuando en las montañas empezó a hacer demasiado frío y el fulgor de la primera nevada amenazó su vista, se embarcó en desastrosos viajes en tren (perdía el equipaje, perdía las gafas, perdía el sentido de la orientación) hacia el clima cálido de la Riviera francesa o Italia. Y entonces, en julio de 1881, descubrió su Arcadia en Sils-Maria, uno de los numerosos y cuidados pueblecitos que salpicaban el espectacular paisaje de la Alta Engadina en los alrededores de St. Moritz. Sils Maria se adueñó de su alma como ni siquiera Venecia lo había hecho. «Tendría que ir al altiplano de México desde el que se contempla el Pacífico para encontrar algo parecido (por ejemplo, a Oaxaca), y allí la vegetación sería, claro, tropical»,**[11]** escribió con un descabellado desconocimiento a Peter Gast en la misma carta en que le aseguraba que sus funciones como secretario pronto llegarían a su fin dado que se había enterado de la invención de una nueva máquina de escribir por un danés. Le había escrito al inventor, a Copenhague, pidiéndole información.

El *boom* del turismo en Suiza estaba en sus inicios. Había varios modestos hoteles en Sils-Maria, pero aun así habrían resultado demasiado caros y lo habrían obligado a socializar en exceso. Así que alquiló una monástica

habitación de la planta superior de la casa de Gian Durisch, el alcalde del pueblo, que vendía comestibles en la planta baja y tenía cerdos y gallinas en el huerto. Le costaba un franco al día.[12] Un alto pino crecía junto a la ventana que daba al este de su dormitorio-estudio. El árbol filtraba la luz que entraba por la ventana tiñéndola de un verde tenue. Eso suponía una bendición para sus ojos.

Si amaba Sils-Maria no era porque mejorara su salud. Por el contrario, en julio y de nuevo en septiembre estuvo a punto de acabar con él: «Estoy desesperado. El dolor está doblegando mi vida y mi voluntad.[…] Cinco veces he llamado al Doctor Muerte».[13] Pero, cuanto más se hundía, más se exaltaba: «He tenido pensamientos que jamás se me habían ocurrido…». Se comparaba a una máquina que podía explotar, y a principios de agosto, sin duda tuvo su primera idea incendiaria desde que había propuesto la dicotomía dionisíaco/apolíneo. Cuando se encontraba en la orilla del lago Silvaplana junto a una roca monumental con forma de pirámide que más tarde llamaría «la roca de Zaratustra», se le ocurrió la idea del eterno retorno:

«¿Y si un día o una noche se introdujera sigilosamente un demonio en la más desoladora soledad y te dijera: "Esta vida que vives y que has vivido tendrás que vivirla de nuevo e innumerables veces más, y no habrá nada nuevo en ella, sino que cada dolor y cada goce, cada pensamiento y cada gemido, cuanto de indescriptiblemente pequeño o grande haya en tu vida volverán a ti, y todo en el mismo orden y sucesión… ¡El eterno reloj de arena de la existencia da la vuelta una y otra vez, y tú con él, como una mota de polvo!"?».[14]

Una idea ciertamente aterradora, y de tal importancia que tomó nota en un trozo de papel que llevaba encima, «2.000 metros por encima del nivel del mar y mucho más arriba de todo lo humano».

Posiblemente la idea estaba relacionada con la cantidad de libros de ciencia que había estado leyendo, y de los que tomaba notas:

«El mundo de las fuerzas no sufre la menor mengua; si no fuera así, en el tiempo infinito se habría debilitado y sucumbido. El mundo de las fuerzas no sufre interrupción; si no fuera así, se habría detenido y el reloj de la existencia se habría parado. Cualquiera que sea el estado que este mundo puede alcanzar, debe haberlo alcanzado ya, y no una sino innumerables veces. Piense en este momento: ya ha ocurrido en el pasado, y muchas veces, y volverá a ocurrir, tal como ocurrió ya, con todas sus fuerzas distribuidas igual que ahora, y el mismo caso se da con el momento que lo engendró y el momento que él a su vez engendró. ¡El hombre! Tu vida entera se dará la

vuelta como un reloj de arena, una y otra vez, y una y otra vez se consumirá, un largo minuto de tiempo intermedio, hasta que todas las condiciones que te han creado vuelvan a darse en el curso circular del mundo. Entonces encontrarás cada dolor y cada placer, cada amigo y enemigo, cada esperanza y cada error, cada brizna de hierba y cada rayo de sol, el nexo entero de todas las cosas. Este anillo, en el que no eres más que un diminuto punto, brilla sin parar, una y otra vez. Y en cada anillo de la existencia humana hay siempre una hora en que emerge el pensamiento más poderoso —primero para uno, luego para muchos, finalmente para la mayoría—, el pensamiento del eterno retorno de todas las cosas, y cada vez es ésta, para la humanidad, la hora del *mediodía*».**[15]**

No puede tratarse de una coincidencia el que plantease la idea de la vida del hombre como el anillo de la existencia humana. Wagner no sólo había compuesto su *Ring*, sino que lo había estructurado meticulosamente como un anillo, un eterno retorno, un relato circular cuyo reloj de arena da la vuelta sin cesar.

Nietzsche también escribió el nombre de Zaratustra por primera vez en su cuaderno de Sils-Maria, pero sólo el nombre. Ambas ideas tardarían algunos años en madurar.

En octubre de 1881 llegó el frío a Sils-Maria. «Viajé con toda la energía de un loco a Génova», donde finalmente se alojó en una buhardilla. «Tengo que subir ciento sesenta y cuatro peldaños dentro de la casa, que de por sí está ubicada en lo más alto de una empinada calle de palacios. Como es tan empinada y acaba en un largo trecho de escaleras, la calle es muy tranquila y la hierba crece entre las piedras. Los trastornos de mi salud son *espantosos*.»**[16]** Procuraba gastar poco. Eso a menudo significaba que vivía durante días alimentándose de frutos secos. A veces su amable patrona le ayudaba a cocinar en un hornillo de alcohol. No podía permitirse calentar su habitación. Iba a los cafés buscando calor, pero en cuanto salía el sol se dirigía a un acantilado junto al mar y se tumbaba bajo su parasol, inmóvil como un lagarto. Ayudaba a su cabeza.

En general, a Nietzsche no le importaba la impresión que causaba en los demás. Durante esos años de migrante, la gente recordaba su sosiego, su pasividad, su voz baja, su traje de mala calidad pero bien conservado, los escrupulosos buenos modales que mostraba con todos, especialmente con las mujeres, y la inquietante carencia de expresión producida porque su boca era permanentemente invisible detrás del bigote, así como tampoco se veían sus ojos, tras sus gafas de lentes azules o verdes, además de que su cara quedaba

todavía más ensombrecida por la visera verde. Pero, pese a todo, no era ninguna sombra, nunca pasaba inadvertido: su presencia se hacía aún más llamativa por el aura de *noli me tangere* dentro de la cual se movía. Descubrió que «El más gentil y razonable de los hombres puede, si luce un gran bigote, sentarse como si estuviera bajo su sombra y sentirse seguro, porque por lo general se le verá como el *apéndice* de un gran bigote, es decir, un carácter militar, dado a la irritación y esporádicamente violento, y como tal se lo tratará».**[17]**

Paul Rée fue a Génova en febrero de 1882 llevando la máquina de escribir. La «esfera de escribir» Malling-Hansen era un aparato semiesférico que recordaba a un erizo de latón cada una de cuyas púas acababa en una letra. Cuando se la apretaba con un dedo, la púa imprimía la letra en el papel. La máquina había llamado la atención cuando se exhibió en París. Nietzsche tenía muchas esperanzas de que le permitiría escribir al tacto, pudiendo descansar los ojos. No fue un éxito inmediato. «Esta máquina es tan delicada como un perrillo y causa los mismos problemas.» Había resultado dañada durante el viaje y no funcionaba como era debido, pero incluso cuando la repararon, para sus ojos no era más sencillo ver las teclas de la máquina que la punta de una pluma desplazándose por la hoja. Afortunadamente, por el momento, tenía a Paul Rée para echarle una mano.

Fueron al teatro a ver a Sarah Bernhardt interpretar *La dama de las camelias*, pero la divina Sarah no tuvo más éxito que la máquina de escribir: al final del primer acto, se desplomó. El público esperó durante una hora a que volviera y, cuando lo hizo, sufrió un derrame. Pese a todo, su figura majestuosa y su porte imponente trajeron a la memoria de Nietzsche tiernos recuerdos de Cosima.

En marzo, Rée reemprendió el camino hacia Roma para reunirse con Malwida von Meysenbug, que había trasladado su «Academia de los Espíritus Libres» de Sorrento a Roma, donde ahora se denominaba «El Club Romano». Rée se presentó una noche, agobiado y sin un céntimo ya que durante el viaje perdió todo el dinero jugando en Montecarlo. Según parecía, un comprensivo camarero le había dejado el dinero para llegar a Roma. Malwida corrió a pagar al taxi que aguardaba mientras Rée se unía al círculo de espíritus libres reunidos, y se vio inmediatamente hechizado por la deslumbrante personalidad de Lou Salomé,**[18]** una elegante y cosmopolita joven rusa de veintiún años, de gran magnetismo, originalidad e inteligencia. Lou viajaba

acompañando a su madre, aparentemente por razones de salud, pero en realidad para aprovechar mayores oportunidades intelectuales de las que Rusia tenía a bien ofrecer a sus mujeres. El padre de Lou, un general ennoblecido por su papel en las guerras napoleónicas, había muerto, tras lo cual su familia femenina, Lou y su madre, habían viajado de San Petersburgo a Zúrich para que Lou cumpliera sus ambiciones intelectuales. Asistía a conferencias en la Universidad de Zúrich, pero había empezado a escupir sangre, un aviso para desplazarse más al sur. Una carta de presentación la llevó al salón romano de Malwida donde, y no por primera ni última vez, Lou asumió a fondo el papel de *femme fatale* intelectual. Lou Salomé hechizó a muchos intelectuales durante su larga vida, entre ellos Rainer Maria Rilke y Sigmund Freud.

Rée y Malwida pronunciaban el nombre de Nietzsche en el club romano como si hablaran de un dios. Naturalmente, Lou manifestó su gran deseo de conocerlo. Nietzsche se encontraba todavía en Génova, y Lou enseguida entabló una relación muy cercana con su amigo Rée. Cuando el salón literario de Malwida cerraba las puertas a medianoche, Rée acompañaba a Lou a casa. No tardaron en pasear por las calles de los alrededores del Coliseo cada noche entre las doce y las dos de la madrugada. Lógicamente ese comportamiento inquietó a la madre de Lou. Incluso la feminista y progresista Malwida se quejó. «De ese modo descubrí —escribió Lou hipócritamente— la medida en que el idealismo en tales materias puede interferir en la libertad personal.»**[19]** Nunca fue reacia a hacer de sirena o de Circe. Como ella misma reconoció, había resuelto a temprana edad que siempre haría lo que quisiera. Consideraba que contar la verdad era como «una mezquindad impuesta» a la que nunca se debería permitir que se interpusiera en una meta más importante. «Fui tremendamente consentida en casa, así que me sentía omnipotente. Sin mi imagen en el espejo sería una indigente», escribió en sus memorias que son devastadoramente transparentes al referirse a su propia personalidad mientras resultan esplendorosamente descuidadas con otras verdades.

Rée escribió extasiado a Nietzsche sobre el «ser enérgico e increíblemente inteligente con cualidades de jovencita, por no decir infantiles […] La chica rusa que debes conocer obligatoriamente».**[20]**

Oliéndose que se trataba de uno de los planes matrimoniales de Malwida, Nietzsche respondió bromeando desde Génova que si eso significaba matrimonio, él aguantaría un par de años, no más. Lo que Nietzsche no sabía era que Lou era tan reacia a la idea de matrimonio como él. Durante toda su vida siempre prefirió vivir con dos hombres a la vez. En realidad, se casó

cinco años más tarde, pero sólo porque su pretendiente se apuñaló en el pecho y amenazó con llegar hasta el final si ella se negaba. Estuvieron casados cuarenta y cinco años, completamente dedicados el uno al otro, aunque el matrimonio no llegó a consumarse y a ella le pareció muy bien que el ama de llaves fuera durante largo tiempo la amante de su marido, mientras Lou aportaba al matrimonio a sus propios devotos admiradores, el primero de los cuales fue Rée.

En Génova, Nietzsche vio la ópera *Carmen* por primera vez. En cuanto pudo, volvió a verla. Antes de morir, la vería veinte veces. *Carmen* reemplazó su obsesión por *Tristan und Isolde*. Con música de Bizet y un libreto basado en la novela breve de Prosper Mérimée, la ópera no albergaba pretensiones de alcanzar lo sublime, ni siquiera lo extraordinario. A diferencia de Wagner, no ofrecía aventuras del alma, e incluso podría considerársela una ópera materialista. Carmen no requiere una orquesta descomunal. Sus melodías son sumamente fáciles de tararear. Es breve. Ignora la metafísica. No trata de dioses ni de leyendas, ni siquiera de reyes y reinas. Cuenta una historia de lujuria entre las clases bajas, digna de la prensa rosa. Don José es un cabo común y corriente cuya estrecha y bien ordenada vida se topa con lo dionisíaco en la figura de Carmen, una chica apasionada y sexualmente voraz que trabaja en una fábrica de tabacos. Carmen es una *femme fatale* que (como Lou Salomé) toma y se deshace de los hombres en los términos que ella misma marca. El desconcertante e incontrolable desorden de lujuria, celos y obsesión posesiva que Carmen despierta en Don José, conduce inexorablemente a que él la acabe matando en un frenesí dionisíaco.

Tras manifestar su deseo de viajar a Génova para conocer a Nietzsche, Lou se enfadó al enterarse de que éste no se quedaría esperando su llegada. Él había decidido ir a Messina. En términos de la salud de Nietzsche, la decisión no tenía mucho sentido. Si en Génova empezaba a hacer demasiado calor para él en el mes de marzo, Sicilia era todavía más calurosa. Pero sus últimos veranos en las montañas lo habían llevado a creer que veranear a mucha altitud le situaba demasiado cerca de la electricidad de las nubes, agravando su estado. Así que intentaría pasar un verano a la mayor distancia posible del cielo: a nivel del mar. Además, *Carmen* había despertado su deseo de ver el sur.

«El elemento vulgar de cuanto complace en la Europa del sur […] no se me escapa, pero no me molesta, como tampoco me ofende la vulgaridad que uno encuentra en un paseo por Pompeya [seguramente se refería al arte erótico] o en la lectura de cualquier libro antiguo. ¿Por qué? ¿Es porque no

existe la vergüenza y todo lo vulgar se comporta con la misma confianza y desenvoltura que todo lo noble, lo delicado y apasionado en el mismo tipo de música o novela? “El animal” tiene sus propios derechos, igual que el ser humano; que corra libremente ¡y usted también, mi congénere humano, es todavía un animal, a pesar de todo!»[21]

La otra atracción de Messina era Wagner, que pasaba allí el invierno con Cosima. Hacía tres años que no había contacto entre ellos, pero Nietzsche había soñado a menudo con él y Cosima. Sus sueños eran amigables, positivos y generosos.

Escribió ocho alegres poemas titulados *Idilios de Messina*, básicamente sobre barcos, cabras y doncellas, y se embarcó hacia allí con muy buen ánimo. Se mareó espantosamente. Cuando llegó a Sicilia, estaba físicamente tocado y Wagner y Cosima ya se habían marchado. Wagner había sufrido unos espasmos en el pecho en Palermo y se había apresurado a volver a casa. El abrasador siroco soplaba desde la costa cartaginesa, un viento bien conocido por deprimir el ánimo y arañar todas las superficies y grietas con diminutas e insoportables partículas de arena. El único detalle que salvó el incómodo viaje a Sicilia de Nietzsche fue el poder contemplar el volcán Estrómboli, cuya leyenda sobre fantasmas voladores más adelante entraría en su relato de Zaratustra.

Seguían llegándole cartas y tarjetas de Rée cantando la inteligencia de Lou Salomé. Recibió una misiva de Malwida que era casi una convocatoria: «Una joven muy notable (creo que Rée le ha escrito acerca de ella) […] parece haber llegado a casi los mismos resultados que usted en el pensamiento filosófico, es decir, a un idealismo práctico que descarta todo presupuesto metafísico y toda preocupación por explicar los problemas metafísicos. Rée y yo coincidimos en el deseo de que conozca a este extraordinario ser…».[22]

Otra terrible travesía lo llevó de vuelta desde Sicilia. Cuando se hubo recuperado, cogió un tren para Roma.

12

Filosofía y Eros

> Las mujeres, las más exquisitas de ellas, saben esto: un poco más gruesas, un poco más delgadas… ¡oh, cuánto destino depende de tan poca cosa!
>
> *Así habló Zaratustra*, tercera parte,
> «Del espíritu de la pesadez», segundo capítulo

Ya antes de conocer a Nietzsche, Lou había resuelto vivir con él y Rée en un *ménage à trois*. Imaginaba una *Heilige Dreieinigkeit*, una Santa Trinidad de espíritus libres filosóficos, «rebosantes hasta casi reventar de espiritualidad y sagacidad».

Su fantasía fue cobrando forma durante el tiempo previo a la llegada de Nietzsche a Roma, mientras ella y Rée caminaban por las opresivas medianoches alrededor del Coliseo y Rée pontificaba sobre filosofía y la tentaba con la inacabable charla sobre su brillante amigo.

«Confesaré honestamente —escribió Lou— que un mero sueño fue lo que me convenció de la viabilidad de mi plan, que iba en contra de todas las convenciones sociales. En él veía un acogedor estudio lleno de libros y flores, flanqueado por dos dormitorios y a nosotros andando entre ellos, como colegas, trabajando juntos en un vínculo serio y gozoso.»**[1]** El reparto de los dos dormitorios entre los tres no lo aclaraba.

Lou no le ocultó su poco convencional plan a Malwida, que lo consideró una fantasía desvergonzada y empezó a preocuparse. La madre de Lou, incapaz de controlar a su hija y siempre desbordada por ésta, pensó en llamar a sus hermanos para que impidieran el indecoroso plan. Todos estaban en contra. Incluso Rée, dijo Lou, estaba «algo perplejo», aunque seguía enamorado con toda su alma. No hacía ni tres semanas que la conocía y ya le había pedido que se casara con él, incluyendo en la proposición la insólita condición de que no habría sexo porque a él lo asqueaba. A Lou también le repugnaba el sexo tras un traumático incidente al final de su adolescencia en San Petersburgo cuando su tutor, un sacerdote holandés mayor, casado y con

hijas de la edad de Lou, en quien ella confiaba, se le había echado encima. La propuesta de Rée de un matrimonio *blanc* habría sido de su gusto si a ella le hubiera importado su propia reputación. Sin duda, le habría dado respetabilidad. Pero a Lou nunca le importó su reputación. A lo largo de toda su vida, nada le gustó tanto como *épater les bourgeois*.

El 20 de abril de 1882, Nietzsche zarpó de Messina en un barco de mercancías y llegó a Roma el 23 o el 24. Tras unos días recibiendo los mimos de Malwida en la lujosa Villa Mattei, se consideró lo bastante recuperado de la travesía para el encuentro con Lou. Todos habían decidido que tuviera lugar en la basílica de San Pedro, una elección curiosa para un círculo de espíritus libres y ateos.

Era la primera vez que Nietzsche visitaba Roma. Ninguna guía Baedeker podía prepararlo para el trayecto desde la villa de Malwida, cerca del Coliseo, a San Pedro, donde por fin conocería a la misteriosa joven. Como Teseo siguiendo la pista de Ariadna a través del laberinto del minotauro, él siguió el hilo de sombra proyectada por la colosal columnata toscana de Bernini. Una vez dentro, en la penumbra atenuada y cargada de incienso de la basílica, a sus ojos les costó descubrir a Lou. Con el tiempo, ella florecería como una belleza barroca sin encorsetar, envuelta, de una forma no muy distinta a Judith Gautier, en sedas, volantes y pieles, pero en esta etapa su invariable uniforme de aprendiz de filósofa era de un decoro monjil: un vestido de cuello alto, color oscuro y manga larga que llegaba hasta el suelo, sujeto por un ceñido corsé que marcaba la silueta de reloj de arena. Llevaba el cabello rubio oscuro rigurosamente recogido hacia atrás dejando visible un rostro de belleza rusa clásica, ancho, con pómulos altos. Tenía los ojos azules; su mirada se describía a menudo como inteligente, intensa y apasionada. Era consciente de su belleza y disfrutaba del poder que le confería.

Ella cuenta que lo que primero le sorprendió de Nietzsche fue la fuerza de sus ojos. La fascinaron. Parecían mirar hacia dentro en lugar de hacia fuera. Aunque medio ciegos, carecían de cualquier matiz de acechadores o temerosos. No tenían la cualidad entrometida y fisgona de los ojos miopes. «Por encima de todo, sus ojos parecían los guardianes y protectores de sus tesoros —secretos silenciosos— para que no los vislumbraran quienes no fueran invitados.»[2]

Ésa debió de ser una conclusión posterior. En San Pedro, él debía de haber llevado las gafas ahumadas, sin las cuales no veía nada. Además, Lou poco podría haber atisbado de sus ojos a través de las gruesas lentes y la penumbra eclesiástica.

«[Enfocada] hacia dentro, por así decirlo, pero a la lejanía», así describe Lou la mirada de Nietzsche. Bien podría servir también de autorretrato, una descripción de su propia mirada. A menudo otros describieron sus ojos como poseedores de la cualidad extraña y distante de mirar a horizontes lejanos. Tardaban en despertar, captar su mirada entera, tocar su remoto núcleo interior, obligarla a ver el mundo físico que tenía delante. Esta contradicción entre su imprudente y pasional osadía y sus ojos extrañamente distantes le daba un don excepcional para obtener confesiones de los demás. Escuchaba como un espejo, devolviéndole el reflejo de sus pensamientos a su interlocutor. Ella hablaba poco, pero su pasividad animaba a más revelaciones. Sería la persona que Sigmund Freud dejaría psicoanalizar a su hija Anna.

Nietzsche la saludó con palabras que obviamente había ensayado:

—¿Desde qué estrellas habremos caído para acabar juntos aquí?[3]

—Desde Zúrich —fue la prosaica respuesta de Lou.

Al principio, la voz de la joven con acento ruso le pareció ronca. También ella se sintió decepcionada inicialmente. Había esperado encontrarse con un vendaval, una persona tan extravagante y revolucionaria como su pensamiento, o al menos con un hombre de presencia imponente. Pero ante sí tenía a un hombre tan ordinario, tan anodino, tan fácil de pasar por alto que resultaba casi risible. De pequeña estatura, modales comedidos, pelo castaño liso y peinado hacia atrás y ropa cuidadosamente elegida y lucida con esmero, daba la impresión de que pretendía llamar lo menos posible la atención. Su forma de hablar era sosegada, casi silenciosa. Su risa también era tranquila. Causaba la impresión general de cautelosa seriedad. Los hombros se le encorvaban ligeramente al hablar, casi como si quisieran empujar las palabras para que salieran. A ella le provocó la incómoda sensación de que una parte de él permanecía aparte.

¿Podía ser este hombre el iconoclasta que, según le había contado Rée, alardeaba de que había desperdiciado un día si no había echado por tierra al menos una de sus creencias? Esa taciturna soledad suponía un reto. Ella quería descubrir qué había bajo la cautelosa distancia que él establecía entre su yo real y el mundo. Se sintió un tanto decepcionada por la «pose estudiada y elegante».

Esa pose estudiada y elegante había sido obviamente tan bien ensayada como su saludo, que inmediatamente elevó a ambos a un ámbito más alto del destino y la suerte, situando su encuentro en la rueda del eterno retorno al referirse a un fragmento de su segunda *Consideración intempestiva* y que

ahora resultaba pertinente en sus nuevos pensamientos sobre el eterno retorno: «… cuando la constelación de los cuerpos celestes se repita en los mismos sucesos, hasta en el más diminuto detalle, así se repetirán también en la tierra. De manera que siempre que los astros se sitúen en cierta posición entre ellos, un estoico volvería a unirse a un epicúreo para asesinar a César, y, cuando adopten otra posición, Colón volverá a descubrir América».[4]

Mientras Lou y Nietzsche conversaban en San Pedro, Rée se había ocultado a la vista de ambos bajo la penumbra de un confesionario cercano, como un *voyeurista*, aparentemente con la pudorosa intención de tomar notas, aunque, a todas luces, lo que quería era escuchar a escondidas. Lou da a entender que Nietzsche y ella se lanzaron inmediatamente a tratar de la su «futura existencia trina», y dónde se ubicaría, aunque más tarde se retracta, contradiciendo su sueño de la *Heilige Dreieinigkeit* y afirmando que Nietzsche se entrometió en un plan que ella ya había urdido con Rée para que sólo ellos dos vivieran juntos en sociedad intelectual. Pero pasase lo que pasase en realidad durante la primera semana de su relación en Roma, no cabe duda de que los tres hicieron planes para vivir juntos. Nietzsche asumió el plan con entusiasmo. Deseaba volver a ser estudiante. Quería asistir a clases en la Sorbona en busca de corroboración científica de sus ideas sobre el eterno retorno. Lou y Rée estaban encantados con la perspectiva de ir a París, donde podían conocer más a fondo a Iván Turguénev.

El encuentro en San Pedro subyugó a Nietzsche hasta tal punto que tuvo que retirarse a su cama en la villa de Malwida, donde iban a visitarlo Rée y Lou. A él le gustaba leerles o recitarles partes del libro que estaba escribiendo, *La gaya ciencia*, una expresión efervescente de su incontenible júbilo cuando se hallaba al filo de una aventura inminente. En la introducción afirma que se trata tan solo de un divertimento después de un largo periodo de desvalimiento y privación, una manifestación efusiva de la fe reavivada en el mañana que expresa su repentina sensación de ilusionada expectación, de mares reabiertos. Había empezado a escribir en Génova durante los días en que lo seducía la sencilla materialidad de *Carmen*, el retrato del eterno femenino en la propia Carmen y la prometedora esperanza de que en Roma había una hermosa joven intelectual llamada Lou Salomé que le repetía a todos que nada deseaba más que conocerlo. Y ahora se habían conocido, y además estaba la perspectiva futura de París.

Pese a toda la devoción profesada, Lou no había leído ninguno de los libros de Nietzsche, pero su intensidad, su inteligencia y su seriedad causaron una profunda impresión en los sentimientos del filósofo.

Nietzsche tiene reputación de misógino, en general merecida. Escribió cosas deleznables sobre las mujeres durante casi todos los periodos de su vida, cuando se sentía abrumado por la enfermedad de las cadenas inducida por su madre y Elisabeth. Pero durante este periodo concreto, su comprensión hacia las mujeres y la perspicacia con la que comenta su psicología resulta llamativa para su época.

Los aforismos sobre mujeres en *La gaya ciencia* son particularmente positivos y comprensivos. Y, más importante si cabe, exponen la idea revolucionaria de que había algo bastante desconcertante y monstruoso en la paradójica educación de las mujeres de clase alta. Se las educaba en la mayor ignorancia posible sobre cuestiones eróticas, y se les decía que tales cosas eran perversas y causa de la mayor de las vergüenzas. Seguidamente se las arrojaba como empujadas por un truculento relámpago al matrimonio, en el que, precisamente el hombre a quien más amaban y estimaban, las sometía al terror y el deber del sexo. ¿Cómo podían hacer frente a la inesperada y traumática proximidad del dios y la bestia? «Ahí —concluye con perspicacia — se ha hecho un nudo psíquico que no tiene igual.»[5]

Podría ser una descripción de Lou y su reverenciado viejo profesor, y la duradera repercusión traumática ante su agresión carnal de aquel dios convertido en animal.

En la semana que siguió al encuentro en San Pedro, Lou se fue sintiendo cada vez más fascinada por Nietzsche. Lo veía como alguien que llevaba su máscara con torpeza. Para ella era obvio que él interpretaba un papel para encajar en el mundo. Era como un dios que hubiera salido de la selva y descendido de las cimas y se hubiera puesto un traje para pasar inadvertido entre los hombres. La cara del dios debía llevar máscara porque si no los hombres morirían ante su deslumbrante mirada. Eso le hizo pensar en que ella nunca se había puesto máscara, nunca había sentido la necesidad de simular una superficie para que la comprendieran. Interpretó la máscara de Nietzsche como un gesto conciliador, como si surgiera de un impulso bondadoso y compasivo hacia otros. Citaba su aforismo: «Los hombres con profundidad de pensamiento se sienten como comediantes en su relación con los demás porque primero tienen que fingir superficialidad para que los entiendan».[6]

Él le sugirió que se planteara vivir siguiendo los principios por los que él mismo había decidido regirse, *mihi ipsi scripsi* [yo he escrito para mí mismo], y por la máxima de Píndaro «Llega a ser lo que eres, habiendo aprendido qué es». Ella los asumió como principios para el resto de su vida.

Lou ofreció su propia interpretación de la psicología de Nietzsche y escribió al respecto largo y tendido en numerosos artículos y un libro.[7] Le daba una enorme importancia a su enfermedad como fuente creativa. Él no necesitaba llamar la atención, ni ninguna confirmación exterior de su genio mientras estuviera enfermo. La enfermedad le permitía vivir innumerables vidas en una. Lou reparó en que la vida de Nietzsche se ajustaba a un patrón general. Un periódico y recurrente deterioro cuando enfermaba, que siempre deslindaba un periodo de su vida del siguiente. Cada enfermedad era una muerte, un descenso al Hades. Cada recuperación era un gozoso renacimiento, una regeneración. Ese modo de existencia le daba energía. *Neuschmecken* [«saborear de nuevo»] era la palabra de Nietzsche para definirlo. Durante cada efímera recuperación, el mundo resplandecía de nuevo. Y por eso cada recuperación se convertía no sólo en su propio renacimiento, sino también en el nacimiento de un mundo nuevo por entero, un nuevo conjunto de problemas que requerían nuevas respuestas. Era como el ciclo de fertilidad anual del dios que emerge de la rotura de la tierra con el arado. Sólo mediante ese atroz proceso podían desplegarse ante él nuevas ideas. Dentro de este ciclo largo de grandes trastornos, había también ciclos más breves, diarios. Su pauta mental era la de olas que rompen sin cesar en la costa, siempre avanzando y siempre retirándose, atrapadas en el espantoso impulso del movimiento perpetuo en el que no existe el reposo. «Enfermando entre pensamientos y recobrándose entre pensamientos —de eso a Lou no le cabía la menor duda—, él es la causa de su propia enfermedad autoinducida.»[8]

Desde el principio, Nietzsche se tomó en serio la cohabitación de tres. Maliciosamente, la rebautizó como la *no*-santa trinidad, aunque al mismo tiempo le importaban lo bastante las convenciones sociales como para proteger la reputación de Lou haciéndole una proposición de matrimonio: «Me considero obligado a protegerla de los cotilleos de la gente, y me ofrezco a casarme con usted…». Le pidió a Rée que le entregara a ella su proposición.

Para Rée se trataba de un encargo curioso pues él mismo ya se había declarado a Lou y cada vez estaba más enamorado. Al recibir la proposición de Nietzsche, Lou temió que la rivalidad por su mano pusiera en peligro el experimento intelectual en su integridad. No cabía duda de que la iniciativa estaría, y así debía ser, estimulada por la fuerza de la energía erótica, pero ésta nunca se traduciría en actos físicos. Le dijo a Rée que declinara la proposición en su nombre, y le pidió que le explicara a Nietzsche que, en esencia, a ella no le interesaba el matrimonio por principios. En cualquier caso, añadió como

nota práctica, si se casara perdería su pensión como hija de un noble ruso, y la pensión era su única fuente de ingresos.

Roma se estaba volviendo húmeda e insalubre. Nietzsche había pasado mucho tiempo en la cama. Si iba a recuperarse, necesitaba aire fresco y vigorizante. Decidió partir hacia el norte, a los Alpes italianos, con Rée. Desesperada por acompañarlos, Lou suplicó a Rée que arreglara las cosas.

«Mi muy imperiosa Miss Lou —respondió Rée—. Mañana por la mañana a eso de las once, Nietzsche visitará a su madre, y yo le acompañaré para presentarle mis respetos […] Nietzsche no sabe cómo se sentirá mañana, pero quiere conocer a su madre antes de que volvamos a vernos en los lagos.»

La madre de Lou advirtió a Nietzsche contra las intenciones de su hija en términos nada ambiguos. Lou era incontrolable y peligrosa, con tendencia a disparatadas fantasías. Pero el plan siguió adelante, Lou y su madre salieron de Roma el 3 de mayo, Rée y Nietzsche un día después. El 5 de mayo, todos se reunieron en Orta, donde, al día siguiente, Nietzsche y Lou se separaron de los otros dos para ascender el monte Sacro, un pico tan envuelto en mitología y simbolismo como el monte Pilatus.

Nietzsche describiría su ascensión del monte en compañía de Lou como la experiencia más exquisita de su vida.

El monte Sacro de Orta no es una gran montaña. Se alza a una altura mediana sobre el lago de Orta, un pequeño lago de la región en la que se encuentran lagos más famosos, más grandes y espectaculares como el Mayor y el de Lugano. Pero su belleza es incuestionable y su misteriosa importancia histórico-religiosa no tiene parangón. Fue el lugar de la primera quema de brujas de la que hay constancia en Italia, en la Edad Media. La leyenda local cuenta que el fantasma de la bruja, como el del Pilato, ronda todavía por la zona donde se produjo su espantosa muerte. Tras el Concilio de Trento (1545-1563), cuando la Iglesia católica romana se enfrentó tanto a la Reforma protestante como al aparentemente imparable ascenso del islam, el monte Sacro de Orta se convirtió en uno de los lugares sagrados de Europa. Estos espacios sagrados de nueva creación eran consagrados como lugares de culto alternativos y se crearon tras el desastre de las cruzadas que había cerrado las puertas de Tierra Santa a los piadosos peregrinos.

En 1580, el monte Sacro fue declarado «un Nuevo Jerusalén», y ascenderlo daba al alma los mismos beneficios que un peregrinaje al original. La transformación de la montaña en Nuevo Jerusalén se llevó a cabo con el mismo ímpetu con el que el Vaticano, en esa época, levantaba la cúpula de

Miguel Ángel sobre San Pedro. La pequeña montaña se transformó en la fantasía de un paisajista barroco del viaje al cielo. Un sendero que serpenteaba con suavidad, una *via sacra* o *via dolorosa,* ascendía en espiral por la ladera. Estaba ingeniosamente salpicado de bosquecillos sagrados, cuyas masas de vegetación verde ocultaban o revelaban alternativamente vistas del lago más abajo o de los Alpes coronados de nieve más arriba. Ascender el monte Sacro era como una versión al aire libre de las Estaciones de la Cruz o de un viaje a través del rosario. A cada curva de su itinerario en espiral, las frondosas nubes verdes se abrían para dejar al descubierto un nuevo objeto de contemplación. Veintiuna diminutas capillas de piedra exquisitamente manieristas puntuaban el sendero de peregrinaje; cada pequeña capilla estaba ornamentada con signos y símbolos espirituales: conchas de vieira y peces preciosos, soles y lunas, lirios, rosas y estrellas. Los interiores de las capillas estaban cubiertos de frescos y poblados por grupos de estatuas de terracota realistas que narraban las historias sagradas de la vidas de Jesús y los santos.

Durante los trescientos años transcurridos entre su creación y el ascenso de Lou y Nietzsche, el monte Sacro se había convertido en un lugar de belleza desolada y decadente. La vegetación había crecido enredándose en la maleza y casi ocultando las buscadas vistas. Los árboles antiguos, hundiéndose cada vez más en el suelo, parecían haber seguido el ritmo de la decadencia de la fe cristiana, algo que ni Lou ni Nietzsche lamentaban, y del declive de la espiritualidad, que sí les dolía.

Mientras ascendían, su conversación versó sobre sus luchas juveniles con Dios. Lou se convenció de que él, como ella, era un ser esencialmente religioso. Ella también había perdido su intensa fe cristiana a temprana edad. Ambos descubrieron que compartían una necesidad profundamente religiosa que estaba insatisfecha. Eso los unía frente a Rée, a quien los dos coincidieron en encontrar casi ofensivo en su materialismo sin alma. Nietzsche la sometió a una especie de prueba de iniciación filosófica, un riguroso interrogatorio sobre sus conocimientos y creencias, y le pareció que la calidad de sus respuestas fue tan acertada e inteligente que, según nos cuenta, le explicó algo de su propia filosofía que todavía no le había contado a nadie. Pero no dice qué fue. Tal vez le expuso su teoría del eterno retorno, que ocupaba buena parte de sus pensamientos aquellos días. Tal vez le mencionó al profeta Zaratustra, al que por entonces empezaba a atisbar como su futuro portavoz. O tal vez le habló de su otro secreto, la muerte de Dios, que describía en el libro cuya publicación estaba preparando, *La gaya ciencia*.

Más adelante, le escribiría a Lou: «En Orta había concebido un plan para guiarla paso a paso hasta las consecuencias finales de mi filosofía, a usted, la primera persona a la que consideraba apta para ello».[9]

La ascensión a Orta lo había convencido de haber encontrado en Lou al discípulo que tanto tiempo llevaba buscando. Ella sería la sacerdotisa indómita y la que perpetuara su pensamiento.

A Lou la llevó a augurar que el mundo viviría para reconocer en Nietzsche el profeta de una nueva religión, uno que reclutaba héroes como discípulos.

Ambos describieron lo muy similares que eran sus pensamientos y sentimientos. Se hablaban a borbotones. Se quitaban las palabras, como si fueran comida, de la boca del otro. El poder individual desaparecía cuando uno acababa los pensamientos del otro y completaba sus frases.

Cuando bajaron de la montaña, él le dijo con voz tranquila: «Le agradezco el sueño más exquisito de mi vida».

Ver a ambos descender, tan radiantes y transfigurados como si hubieran estado haciendo el amor en las alturas, enfureció a la madre de Lou. Rée estaba abrumado por los celos. Acosó a Lou con preguntas. Lou acalló su entrometida torpeza respondiendo con un impenetrable: «Su risa es una proeza».

A lo largo de los años posteriores, y pese a todos los desencuentros que se interpusieron entre ambos, ninguno de los dos negó nunca la profunda importancia de su comunión intelectual y espiritual en el monte Sacro, aunque tampoco la explicaron.

Avanzada su larga vida, Lou a menudo se enfrentaba a la pregunta de si Nietzsche y ella se habían besado en el monte Sacro. Entonces ella cubría sus distantes ojos y respondía: «¿Que si nos besamos en el monte Sacro? Ya no me acuerdo». Nadie se atrevió a plantearle la misma pregunta a Nietzsche.

Desde Orta, él se encaminó directamente a Basilea para visitar a sus queridos amigos Franz e Ida Overbeck, que contaría que le pareció bronceado, vigoroso y feliz. Se quedó con ellos durante cinco días. Ni una sola vez sufrió una crisis nerviosa, pese a dos largas sesiones en el dentista. Su único motivo de malestar, según reparó Ida, era que se lo conociera y leyera tan poco. Tras cada publicación, él esperaba recibir una aprobación entusiasta, que los lectores lo recibieran como una nueva estrella en el firmamento y que

aparecieran seguidores y discípulos. Todavía no había sucedido, pero ahora estaba convencido de que pasaría. Contó a los Overbeck sus esperanzas de haber encontrado su *alter ego* en Lou: que cada uno era la mitad de un único cerebro de hermano y hermana. Ahora pensaba participar más en el mundo, les dijo. Sería menos solitario, más abierto al contacto con las cosas y con los seres humanos.

Mientras estaba con los Overbeck, entre las charlas sobre futuros brillantes, se levantaba de un salto y tocaba algo al piano. Por las noches los asombró quedándose despierto hasta muy tarde, algo raro en él. Franz e Ida Overbeck estaban encantados con su tan evidente dicha. Eran sus amigos más fieles. Él había confiado sus finanzas a Franz, e Ida había asumido la función de suavizar las cosas en su entorno lo mejor que podía, un servicio que Nietzsche agradecía cuando se daba cuenta.

El mismo día de su llegada a casa de los Overbeck, el 8 de mayo, mandó una apresurada nota a Rée: «El futuro está completamente sellado, pero no es *oscuro*. Debo hablar inexorablemente una vez más con Frl. L. [Fräulein Lou], ¿en el Löwengarten, tal vez? Con gratitud infinita, tu amigo N.».

En el Löwengarten de Lucerna hay un bajorrelieve muy hermoso de un león moribundo labrado en la pared de roca. Conmemora el heroísmo y la lealtad de los guardias suizos que cayeron durante el asalto al palacio de las Tullerías en la Revolución francesa. La inscripción del monumento *«fidei ac virtuti»* [lealtad y valor] tal vez contenga algún tipo de subtexto para el encuentro con Lou.

Llegó a la estación de Lucerna el 13 de mayo. Lou y Rée estaban esperándolo en el andén. No tardaron en deshacerse de Rée y llegaron juntos al Löwengarten. Lou cuenta que Nietzsche volvió a proponerle matrimonio y ella lo rechazó de nuevo. Todo lo que sabemos por el propio Nietzsche es un dibujo que hizo cuando estaba en el manicomio durante los años de locura. Muestra el claramente identificable monumento del león y, debajo de él, dos figuras abrazándose.

Cuando volvieron junto a Rée, los tres fueron al taller de un fotógrafo, donde posaron para la famosa fotografía que ha acabado, acertada o equívocamente, asociada permanentemente con las palabras que Nietzsche pone en labios de una anciana en *Así habló Zaratustra*: «¿Vas con mujeres? No olvides el látigo». Tal vez la desenfadada fotografía fue idea de Lou, o tal vez de Nietzsche. Con toda seguridad, no de Rée: él detestaba que lo fotografiaran y parece muy torpe con su pulcro traje junto a Nietzsche. Los dos hombres están situados como un par de caballos de tiro entre los postes de

un carro de madera. Lou se agacha encima del carro con una mirada a la vez juguetona y resuelta mientras blande un látigo sobre ellos. Ella había decorado el látigo con flores de lilas. Nietzsche parece bastante satisfecho de sí mismo, a la vez solemne y travieso, como si le gustara la broma.

Desde el estudio del fotógrafo había un breve paseo hasta Tribschen. Una vez más, los dos se deshicieron de Rée, y Nietzsche la condujo alrededor de isla de los Bienaventurados, iniciándola en sus misterios. Ella cuenta que habló de Wagner con profunda emoción.

En una especie de tentativa de encauzar la vida de esta joven maravillosa cuyo destino, a él no le cabía duda, estaría íntimamente ligado al suyo, él lo dispuso todo para que su madre y ella se trasladasen a Basilea y se alojaran con los Overbeck. Tal vez la idea era que Franz e Ida convencieran a sus huéspedes del carácter ejemplar de Nietzsche, de su fidelidad y virtud, pero a Lou no le interesó demasiado ese plan doméstico. Pasar el tiempo con el modesto teólogo y su esposa la atraía mucho menos que conocer al más famoso académico de Basilea, Jacob Burckhardt. Su comportamiento durante la breve visita llevó a Ida Overbeck a la conclusión de que, mientras que Nietzsche se había entregado a la esperanza de haber encontrado su *alter ego* en Lou, ella no estaba dispuesta «disolverse en Nietzsche».

Él le envió su libro *Humano, demasiado humano*, y mandó un poema que Lou había escrito, titulado de *«An den Schmerz»* [«Al dolor»] a Peter Gast en Venecia, con la petición de que éste le pusiera música.

«Este poema —se leía en la carta que adjuntaba Nietzsche a Gast— ejerce tal poder sobre mí que no he sido capaz de leerlo nunca sin que me asomaran las lágrimas; suena como la voz que había estado esperando desde la infancia. Este poema es de mi amiga Lou, de la que no habrá oído hablar todavía. Lou es hija de un general ruso, tiene veinte [*sic*] años; es astuta como un águila y valerosa como un león, y aún así sigue siendo una chiquilla que tal vez no viva mucho […] Está asombrosamente bien preparada para *mi* forma de pensar y mis ideas. Querido amigo, sin duda sabrá honrarnos a ambos manteniendo a nuestra relación lejos de la idea de una aventura amorosa. Nosotros somos *amigos*, y conservaré a esta chica y su confianza como algo sacrosanto.»[10]

13

La aprendiz del filósofo

> París sigue todavía a la vanguardia, pero temo de algún modo el ruido y me gustaría saber si el cielo es lo bastante *sereno*.
>
> Nietzsche a Franz Overbeck, octubre de 1882

Mientras Lou y su madre iban a casa de los Overbeck en Basilea, Nietzsche se dirigió desde Lucerna a Naumburgo para preparar *La gaya ciencia* para su editor. Contrató los servicios de un comerciante en bancarrota, que escribía al dictado mientras Elisabeth leía el manuscrito en el que anuncia por primera vez la muerte de Dios. La cuenta así:

«¿No habéis oído hablar del loco que encendió un farol en las horas luminosas de la mañana y corrió al mercado gritando sin parar: "¡Busco a Dios! ¡Busco a Dios!"? Dado que en ese momento había por allí muchos que no creían en Dios, provocó ruidosas risas. "¿Es que se ha perdido?", preguntó uno. "¿Se ha extraviado como un niño?", preguntó otro. "¿O se ha escondido? ¿Nos tiene miedo? ¿Se ha embarcado? ¿Ha emigrado?" Se ríen, tratando la pregunta como si la hubiera formulado el tonto del pueblo […] El loco saltó en medio de ellos y los fulminó con la mirada. "¿Dónde está Dios?", gritó. "Yo os lo diré. Nosotros lo hemos matado, vosotros y yo. Todos nosotros somos sus asesinos. ¿Cómo pudimos hacerlo? ¿Cómo fuimos capaces de beber el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar el horizonte entero? ¿Qué hacíamos cuando rompíamos las cadenas que sujetaban esta tierra a su sol? ¿Hacia dónde va ahora? ¿Hacia dónde vamos nosotros? ¿Lejos de todos los soles? ¿Acaso no caemos sin cesar? […] ¿Existe todavía un arriba y un abajo? ¿No vagamos como a través de una nada infinita? ¿No nos deja sin aire el espacio vacío? ¿No hace más frío? […] ¿No oímos todavía el ruido de los sepultureros que entierran a Dios? ¿No olemos todavía la descomposición divina? ¡Los dioses también se descomponen! ¡Dios ha muerto! ¡Dios sigue muerto! Y nosotros lo hemos matado. ¿Cómo podemos consolarnos, nosotros, asesinos de todos los asesinos? Lo más sagrado y poderoso que ha poseído el mundo se ha desangrado bajo nuestros cuchillos. ¿Quién nos limpiará esta

sangre? ¿Con qué agua podemos lavarnos? ¿Qué fiestas de expiación, qué juegos sagrados tendremos que inventar? ¿No nos supera la magnitud de este acto? ¿No tenemos que convertirnos también en dioses meramente para parecer que somos dignos de ello? Nunca hubo mayor proeza y quienquiera que nazca después de nosotros pertenece, por mor de este hecho, a una historia más elevada que la precedente”».

La multitud lo observa desconcertada y el loco comenta: «El acto todavía les resulta más remoto [a los posdeístas] que la más remota estrella, *¡y eso que ha sido obra suya!*». Arroja el farol que da la nueva luz al suelo. Abandona el mercado e irrumpe en las iglesias que se cruza en su camino. En cada iglesia entona un réquiem por el alma de Dios, utilizando una fórmula que es una parodia blasfema del réquiem por los difuntos. Su comportamiento ofende a la gente, aunque ya no crea en Dios, y lo expulsan por la fuerza de las iglesias.

«¿Qué otra cosa son ahora estas iglesias —les pregunta— más que las tumbas y sepulcros de Dios?»[1]

Avanzado el mismo libro, Nietzsche ensaya otra idea que abordará a fondo en su filosofía posterior: que tras la muerte de Dios, su estatua se exhibiría durante siglos en una caverna donde continuaría proyectando una sombra inmensa y espantosa sobre el muro. Dios está muerto, en efecto. Pero, dada la forma de ser de los hombres, augura Nietzsche, perdurará durante miles de años la sombra de la moral que él propagó. La ardua misión del argonauta del espíritu consiste en vencer a esa sombra, así como al mismo dios.[2]

Ambos relatos colocaban una pesada carga sobre los hombros de los racionalistas del siglo XIX (como Rée), quienes, tras matar a Dios, no parecían darse cuenta de que no se puede conservar el contenido ético del cristianismo sin su teología. El materialista racional también debe enfrentarse al giro consecuente en el poder moral. Ahí acechaba la posibilidad de consecuencias inmensas y catastróficas para la humanidad. «*Incipit tragedia*», profetizaba Nietzsche en el último aforismo de este fragmento, la tragedia se aproxima. El acontecimiento que se acercaba en el verano de 1882 era el festival de Bayreuth. Se estrenaría *Parsifal*, la opera en la que Judith Gautier había usurpado el papel de musa a Cosima. Como miembro fundador de la Patronatsverein [Sociedad de Patrocinadores], Nietzsche tenía derecho a comprar entradas. Lou deseaba asistir. Bayreuth se había convertido en el Parnaso contemporáneo, el lugar de moda para que todos los grandes y famosos de Europa se reunieran a lo largo de los meses de julio y agosto.

Parsifal es una recreación de la leyenda cristiana del Santo Grial, el cáliz del que bebió Cristo en la Última Cena. El rey Amfortas es elegido para encontrar el grial, pese a su falta de merecimientos para la sagrada tarea. El rey ha resultado gravemente herido por una lanza en el costado cuando la bruja Kundry lo distraía sexualmente. (En el primer esbozo, Amfortas resultaba alcanzado en los genitales, pero eso se corrigió posteriormente a una herida más cristiana.) La herida sangra sin parar. ¿Cuál de los Caballeros del Grial es digno de restañar la herida sagrada? ¡Parsifal!, un tonto inocente que ha alcanzado la sabiduría gracias a la compasión cristiana (una línea argumental que Nietzsche, que despreciaba tanto la estupidez como la compasión, no podía suscribir). Él, que ya conocía el libreto, no quería ir a Bayreuth ni asistir a la ópera.

Ahora tenemos que remontarnos a cinco años antes, a la estancia de Nietzsche con Malwida en la Villa Rubinacci de Sorrento mientras Wagner se alojaba en las proximidades. Fue entonces cuando la salud de Nietzsche había preocupado a Wagner hasta el punto de que más tarde escribió al médico de éste para averiguar si la masturbación excesiva podría ser la causa. Elisabeth había inventado la leyenda de que la ruptura final entre ambos hombres se había producido durante su último paseo juntos en Sorrento, y si bien es cierto que se había producido un enfriamiento en su relación debido a diferencias intelectuales, la ruptura todavía no había tenido lugar, y a principios del nuevo año, cuando 1877 dio paso a 1878, Nietzsche envió a Wagner su libro recién acabado *Humano, demasiado humano*, y Wagner le remitió a él el libreto también recién acabado de su ópera *Parsifal*. Las dos obras casi se cruzaron en correos. Nietzsche comparó esta casualidad a unos estoques entrechocando en el aire.

El libreto le desagradó en muchos sentidos. «Más Liszt que Wagner, espíritu de Contrarreforma […] demasiado cristiano, demasiado apegado al tiempo […] Nada de carne y demasiada sangre. El diálogo suena como una traducción de un idioma extranjero.»[3]

El desagrado que le causó a Wagner *Humano, demasiado humano* no fue menos intenso. Mientras Wagner se volvía más piadoso, Nietzsche se había estado liberando de «esos sacerdotes ocultos, los filósofos», en especial de Schopenhauer. Wagner siguió siendo un devoto schopenhaueriano hasta su muerte. No había posibilidad de reconciliación intelectual.

Durante las semanas que precedieron al festival de 1882 en el que iba a estrenarse *Parsifal*, Nietzsche estudió la partitura. Lo cautivó. El brujo de Bayreuth no había perdido su magia. Nietzsche anhelaba escuchar la música,

pero su orgullo no le permitía asistir a Bayreuth sin una invitación personal de Wagner. Sólo estaría dispuesto a acudir si era invitado a montar en el carruaje del compositor hasta la ópera, como habían hecho juntos en la ceremonia de colocación de la primera piedra. Aguardó con esperanza, pero la anhelada invitación no llegó.

Como preparación para ir al festival, Lou consiguió por fin librarse de su madre, que volvió a San Petersburgo con, es de imaginar, cierto alivio. Antes de irse traspasó formalmente la vigilancia de su caprichosa hija a la madre de Rée. Frau Rée se dirigió con Lou a la lujosa finca de la familia en la campiña, en Stibbe. Las siguió Rée. Deseando tener a Lou para sí en exclusiva, le dijo claramente a Nietzsche que no había sitio para que él se les uniera en la enorme finca.

A esas alturas, Rée y Lou hablaban entre ellos como niños: para él, ella era su «caracolillo» (*Schneckli*), y para ella, él era su «casita» (*Hüsung*). Juntos llevaban un «libro-nido» (un diario entre dos) donde registraban su estancia en el «nido» de Stibbe. La madre de Rée se refería a Lou como su hija adoptiva. Pero la impresión que transmite es que, en realidad, le chirriaban los dientes.

Nietzsche no pensaba ceder su par de entradas para Bayreuth a Lou y Rée para que asistieran juntos y sin él al festival. En cambio, se las dio a su hermana Elisabeth y a Lou. La experiencia compartida seguramente uniría a ambas mujeres en una fraternidad espiritual que podría profundizarse y consolidarse. Con este objetivo invitó a ambas a que lo acompañaran tras el festival en unas pequeñas vacaciones en el pintoresco pueblo de Tautenburg. Los tres solos. Rée no estaba incluido en la invitación.

Mientras esperaba la realización de ese agradable plan, Lou le escribía cartas seductoras desde la finca de Stibbe. Adulándolo, los describía a él y a Rée como «dos profetas del pasado y del futuro […] Rée descubre el veredicto de los dioses mientras usted destruye el crepúsculo de los dioses». Casi como insinuación, escribió que los libros que le envió eran lo que más la entretenía en la cama. Las cartas que por su parte le enviaba Nietzsche iban perdiendo paulatinamente su envaramiento. Reconoció que cuando estaba a solas a menudo pronunciaba su nombre en voz alta, sólo por el gusto de oírlo.

Ella escribió aceptando ir con Elisabeth y él en las vacaciones en Tautenburg y él dio rienda suelta a su regocijo.

«Tautenburg, 2 de julio de 1882

»Ahora el cielo brilla sobre mí. Ayer a mediodía me sentía como si fuera mi cumpleaños. *Usted* me había mandado su aceptación, el regalo más

maravilloso que alguien podría hacerme ahora; mi hermana había mandado cerezas; Teubner me ha hecho llegar los tres primeros pliegos de galeradas de *Die fröhliche Wissenschaft* [*La gaya ciencia*], y, por encima de todo, acabo de concluir el manuscrito y, con eso, el trabajo de seis años (1876-1882), mi *Freigeisterei* [librepensamiento] […] Oh, amiga mía, cada vez que lo pienso me emociono y conmuevo y no sé cómo pude *conseguirlo*, me siento desbordado por la compasión hacia mí mismo y el sentimiento de victoria. Y se trata de una victoria, sí, una victoria completa, porque incluso mi salud física ha regresado y todos me dicen que parezco más joven que nunca. Que Dios me libre de hacer tonterías, pero ¡a partir de ahora! siempre que me aconseje me daré por *bien* aconsejado y no tendré nada que temer…

»Completamente suyo, F. N.»

Las noticias de su buena salud tenían más de deseo que de realidad. El comentario sobre su aspecto juvenil era un vano alardeo de un hombre de treinta y siete años a una joven de veintiuno, en su triunfo al haber superado a Rée en el triángulo filosófico-erótico.

Elisabeth y Lou se encontraron en Leipzig. Las dos ansiaban causar una buena impresión en la otra. Cuando llegaron a Bayreuth se tuteaban. Elisabeth había buscado habitaciones en la misma pensión para ambas. No había forma de evitar la intimidad.

Cada noche se celebraban recepciones en Wahnfried para doscientos o trescientos invitados, además de fiestas entre unas y otras. A Elisabeth le gustaba verse como amiga íntima de Cosima, pero se dio dolorosamente cuenta de que su utilidad doméstica no le daba derecho a la atención de Cosima en ese contexto social elevado. De hecho, allí nadie parecía muy interesado por la hermana de Nietzsche, una mujer cada vez más mayor.

«Todavía no he visto a mucha gente que conozca —le escribió con tristeza a su madre—, pero la cena fue muy divertida, aunque tremendamente cara. Como broma, todos comeremos mañana en la mesa vegetariana.»[4]

Por el contrario, el interés que despertaba Lou era insaciable. Joven, bella, aristocrática, vivaz, rica, cosmopolita, segura de sí misma y desinhibida, se la conocía como uno de los «espíritus libres» que estudiaba con Malwida. Lou se apresuró a dejar claro que de esa libertad de espíritu no sólo se sabía de oídas la peligrosa doctrina, sino que se proponía de hecho vivir según la misma. Bayreuth se quedaba boquiabierta cuando ella hablaba abiertamente de pasar el invierno siguiente sin acompañante adulta de la familia, estudiando y filosofando con Rée y Nietzsche. Exhibía la fotografía en la que blandía el látigo sobre las espaldas de los dos filósofos domesticados. Daba

un motivo perfecto para los chismorreos típicos del festival. Pero el escándalo no acabó ahí. Más escalofríos se añadieron con el tema de la correspondencia, que ya era de hacía cinco años a esas alturas, de Wagner con el médico de Nietzsche, que de algún modo se había hecho pública. ¡Nietzsche, el masturbador! La filtración seguramente se debió a que Wagner, un hombre atareado acostumbrado a delegar, había canalizado parte de su correspondencia con el doctor Eiser a través de Han von Wolzogen, el director del *Bayreuther Blätter*.**[5]** Von Wolzogen, un apasionado wagneriano y antisemita, no tenía tiempo para Nietzsche al que, celoso, consideraba traidor al Maestro tras haber renegado como un apóstata del filósofo residente oficial (Schopenhauer) y también de la causa sagrada (Bayreuth), y que ahora parecía estar unido a una joven amoral (Lou) y a un «israelita» de dudosa sexualidad (Rée). Por su parte, Nietzsche nunca había ocultado que consideraba a Von Wolzogen una mediocridad intelectual.

La fraternidad espiritual no acabó de desarrollarse entre Lou y Elisabeth. Lou estaba destruyendo la reputación de Nietzsche exhibiendo la fotografía que ridiculizaba a su hermano y, por asociación, a su madre y a ella misma. Lou era una fresca descarada. Coqueteaba con cuanto hombre se cruzaba. Su espléndida figura se debía, sin duda, a sus «pechos postizos».

Quién sabe lo desconcertada que debió de sentirse Elisabeth al ver cómo antiguos amigos le hacían el vacío con desagrado o vergüenza a causa de los rumores sobre las costumbres sexuales de su hermano. Lou, que podía entrar y salir de Wahnfried a su antojo, cuenta que cuando se mencionaba a Nietzsche, Wagner se ponía muy nervioso y abandonaba la sala, hasta el extremo de pedir que el nombre no se pronunciara en su presencia. Es una reacción que bien puede delatar una conciencia culpable.

Con su infalible instinto para descubrir al hombre del momento, Lou inició un desinhibido coqueteo con Paul von Joukowsky, un divertido gay de treinta y siete años que había diseñado los escenarios para *Parsifal*. Como ella, él era medio alemán y medio ruso. Tenían mucho en común, incluido un interés por el espiritismo que resultaba infinitamente más interesante por la convicción de Lou de que su senda en la vida estaba señalada por duendes burlones que la seguían y emitían misteriosos mensajes.

La posición de Von Joukowsky en Wahnfried se cimentaba en un cuadro llamativamente *kitsch* que había pintado de los hijos de Wagner como la Sagrada Familia en el año anterior. Siegfried tenía el papel de Jesús, las niñas eran ángeles, el propio pintor era san José. Cuando Böcklin rechazó la petición de Wagner para diseñar los escenarios y «decoraciones» de *Parsifal*,

había seguido inmediatamente la designación de Von Joukowsky. Sus diseños satisfacían el gusto de Wagner por las sedas, satenes, miles de flores e iluminación rosa. De hecho, tuvieron tal éxito que se utilizaron en Bayreuth durante más de doscientas representaciones de la ópera, hasta que finalmente acabaron deteriorados en 1934. Von Joukowsky estaba al tanto del secreto de las cartas. Si se lo contó él a Lou o si ésta se enteró por otra vía, no lo sabemos, pero, dadas las circunstancias, parece improbable que a ella se le hubiera escapado la información.

Otra de las conquistas fáciles de Lou fue Heinrich von Stein. Sustituyendo a Nietzsche, Von Stein ocupaba ahora la posición de tutor del pequeño Siegfried. Fervoroso schopenhaueriano (iba con el cargo), al principio Lou y él diferían en cuestiones de filosofía, pero superaron tan afablemente sus diferencias que Von Stein la invitó a visitarlo a Halle.

En conjunto, la semana en Bayreuth estaba resultando maravillosa para Lou y un horror para Elisabeth. Ésta volcó toda su rabia, frustración y celos de Lou escribiendo la que sería su única novela corta.**[6]** Los personajes ni siquiera están muy disimulados. Lou es la polaca «Fräulein Von Ramstein», que tiene una figura con una cintura increíblemente esbelta y un seno inmenso que sin duda se debe a la abundancia de relleno. Además, tiene ojos penetrantes, pelo ensortijado y una tez amarillenta. Los labios gruesos y rojos de su boca de voraz anémona marina están siempre seductoramente separados. Y pese a todo eso, resulta peligrosamente atractiva para los hombres. Su fealdad de intelectual atrapa a Georg, el héroe del relato, un Nietzsche apenas disimulado. Tan ingenuo como noble, Georg se cree los bonitos discursos sobre el amor, la filosofía y los *Freigeisterei* [«librepensadores»]. No sabe que la desleal joven ya ha soltado exactamente los mismos discursos y coqueteado con «un profesor de secundaria» (Rée). Afortunadamente, Georg recupera la sensatez a tiempo. Sienta cabeza con Nora, una buena chica de rubia tez sajona y personalidad tranquila y encantadora: un autorretrato triunfal de la autora.

No es una gran obra literaria, pero debe concedérsele que la indignación que impulsaba el relato tenía, en parte, ciertas razones justificadas: todo el tiempo que Lou pasó en Bayreuth mantuvo a Rée informado de cuanto sucedía. Él se volvió loco de celos hacia Nietzsche y Von Joukowsky. Le dijo a ella que no tenía escrúpulos para comportarse mezquina y deshonestamente con Nietzsche o con cualquier otro hombre que la quisiera. «Descubrirás que soy el hombre más ridículamente celoso que has conocido.»**[7]**

Lou no era excesivamente vulnerable a la influencia de la música, pero Nietzsche ansiaba que ella compartiera su pasión. Insistió en que se quedara a la segunda representación de *Parsifal*. A ella le iba bien, pero, ya antes de esa segunda representación, Elisabeth se había hartado del comportamiento desvergonzado de Lou. La gota que colmó el vaso fue cuando Lou ordenó a Von Joukowsky que se arrodillara a sus pies para retocarle el dobladillo del vestido que llevaba puesto. Elisabeth mandó un telegrama a Nietzsche y salió para Tautenburg. Nietzsche se precipitó a la estación a recibirla. Esperando noticias maravillosas de Lou, sólo recibió una letanía de quejas.

Von Joukowsky y Heinrich von Stein se oponían a que Lou se reuniera con Nietzsche y Elisabeth en Tautenburg. La apremiaron a que prolongara su estancia en Bayreuth. Malwida también. Ésta no anticipaba más que problemas del trío proyectado. Lou se quedó en Bayreuth y le dijo a Nietzsche que estaba en cama con un resfriado. Él le deseó una rápida recuperación. Dado que él no hacía ninguna referencia a Elisabeth ni a ninguna otra situación desagradable, Lou dedujo que no corría peligro olvidándose del diplomático resfriado. Respondió con una carta encantadora manifestando su sincera gratitud por las atenciones de Elisabeth durante el tiempo que habían pasado juntas en Bayreuth. Nada iba a interponerse en el proyecto de sus tres semanas como discípula filosófica.

Por su parte, a Elisabeth no le quedó más remedio que cumplir con lo previsto. Si ella se retiraba en ese momento de sus funciones de acompañante de Lou estaría despojando al nombre de la familia Nietzsche de la última hoja de parra que protegía su reputación, dejándolo completamente desnudo.

Atrapado en medio, Nietzsche simplemente suplicó: «Ven. Sufro demasiado por haberte hecho sufrir. Lo sobrellevaremos mejor juntos».**[8]**

Cuando Lou llegó el 6 o el 7 de agosto, Elisabeth la esperaba. Dio la casualidad de que en el viaje en tren desde Bayreuth, Lou había ido en el mismo compartimiento que Bernhard Förster, el maestro de escuela al que Elisabeth había estado cortejando vigorosamente y con el que esperaba casarse. Los celos de Elisabeth hacia Lou se ampliaron ahora a que ésta intentara arrebatarle no sólo a su hermano sino también a su amor. Hubo una pelea espectacular. ¿Cómo podía Lou flirtear con todos los hombres que conocía? ¿Cómo podía arrastrar el respetable apellido Nietzsche por el fango de aquel modo? Lou se «rio estentóreamente» y respondió: «¿Quién fue el primero que mancilló nuestros planes de estudio con sus despreciables proyectos? ¿Quién inició la amistad intelectual cuando no pudo obtener de mí otra cosa? ¿A quién se le ocurrió la idea del concubinato? ¡A tu noble

hermano de mente pura! ¡Los hombres sólo quieren una cosa y no es la amistad intelectual!».

Elisabeth replicó con grandilocuencia que esas cosas tal vez fueran habituales entre los rusos, pero resultaba ridículo atribuírselas a su hermano, un hombre de ideas limpias. Exigió a Lou que dejara de decir tales ignominias. Lou le respondió que estaba acostumbrada a hablar de forma mucho más indecorosa con Rée, y añadió que Nietzsche había sugerido que si no podía casarse con ella, sería mejor vivir juntos en un «matrimonio salvaje» (*wilde Ehe*), pero que si Elisabeth pensaba que ella tenía algún plan con respecto a su hermano, se equivocaba por completo. Podría pasar la noche entera durmiendo en la misma habitación y no sentir la menor excitación. El horror de ese rudo comentario hizo vomitar a Elisabeth. Hubo que aplicarle compresas.[9]

Nietzsche había organizado que las dos mujeres se alojaran en la casa del vicario de Tautenburg. Él reservó pudorosamente una habitación en la cercana casa de un granjero. La mañana tras la pelea, los tres se reunieron. Nietzsche expuso a Lou los informes de Elisabeth sobre sus perfidias. Ella simplemente lo negó todo. Nada de lo que le había contado había sucedido. Las acusaciones de Elisabeth no se basaban en ningún hecho. Elisabeth cuenta que entonces se pidió a Lou que se marchara, pero ésta se fingió enferma y se retiró a la cama.

Para demostrar su superioridad, Elisabeth emprendió un programa de largos paseos vigorizantes por los hermosos bosques, donde las «adorables y veloces ardillas» la ayudaron a recobrar el equilibrio. Mientras tanto, Nietzsche pasaba el tiempo subiendo y bajando a la carrera las chirriantes escaleras de madera de la vicaría, cuyos crujidos, como detonaciones explosivas, Lou atribuía a duendes burlones. Ella no le dejaba entrar en la habitación, así que él deslizaba notas por debajo de su puerta. Finalmente, le permitió entrar para consolar a su «traviesa» Lou y besarle la mano. Al poco, estuvo lo bastante recuperada para levantarse.

Las tres semanas siguientes, Elisabeth las pasó merodeando, taciturna, admirando ardillas y quejándose a sus corresponsales por sentir que se burlaban de sus sacrificios, ridiculizada por su propio hermano y desplazada por Lou. Los otros dos daban largos y tonificantes paseos juntos en la penumbra silenciosa del bosque de Tautenburg; él, doblemente protegido con su visera verde y su sombrilla, y ella, con su sombrero y un pañuelo rojo. Cuando regresaban a su habitación en la casa del granjero, ella envolvía el pañuelo alrededor de la pantalla de la lámpara para atenuar la luz y que

resultara más amable para los ojos enfermos de Nietzsche. Hablaban hasta medianoche y aún hasta más tarde, lo que sacaba de quicio al patrón de la granja porque tenía que permanecer levantado y acompañarla de vuelta a la vicaría. Y al alba había que ordeñar las vacas.

Ambos mencionan que hablaban diez horas sin parar. Nietzsche estaba cada vez más convencido de que había encontrado a su *alter ego*, la otra mitad del cerebro de hermano-y-hermana. Su única diferencia real radicaba en el estilo de escribir de Lou, que todavía redactaba con el registro ampuloso y recargado de una escolar nerviosa, mientras que el de Nietzsche combinaba la precisión y la brevedad con una vitalidad a menudo chocante, orgiástica. Acertadamente, se consideraba uno de los tres mejores estilistas en lengua alemana, a la altura de los otros dos, Lutero y Goethe.

Él esbozó un manual de estilo para ella:

El estilo debe ser vivo.

Ten absolutamente claro qué quieres decir antes de empezar a escribir.

Ajusta tu estilo al destinatario.

Las frases largas son un amaneramiento. Sólo la gente que respira con largo aliento tiene derecho a escribir con frases largas.

Y por último: «No es educado ni inteligente privar al lector de las objeciones más obvias. Es de buena educación y *muy inteligente* dejar exclusivamente en manos del lector el juzgar la quintaesencia de nuestro saber».**[10]**

La interpretación de Lou de sus conversaciones durante las tres semanas en Tautenburg fue que, básicamente, no hablaron de otra cosa que de Dios. Ella llegó a la conclusión de que Nietzsche era demasiado religioso para negar a Dios. Era el dolor que eso le producía lo que impulsaba su filosofía. Su evolución intelectual íntegra derivaba de su pérdida de la fe y de las emociones provocadas por la muerte de Dios. La posibilidad de encontrar un sustituto a la pérdida de Dios lo obsesionaba.

Hablaba del darwinismo. En el pasado, explicaba, uno atribuía el sentido de la grandeza en el hombre a sus orígenes divinos. Este sendero se había cerrado «porque en su puerta estaba el simio, entre otros horribles animales, enseñando agresivamente los dientes como si dijera “por aquí ya no”». Y por eso la humanidad probaba sin descanso vías y direcciones opuestas mediante las que demostrar su grandeza.**[11]** El hombre creía en la superioridad humana en tanto se basaba en desembarazarse de la animalidad. El objetivo era no ser ya pensado como animal. O al menos, ser un animal superior, un ser razonable y dialéctico.**[12]**

Era posible que el intelectualismo dominante del hombre destruyera su capacidad de felicidad. Era incluso posible que la humanidad pereciera a causa de esa pasión por el conocimiento. Pero ¿quién no preferiría la caída de la humanidad a una disminución del conocimiento?[13]

Él le explicó que quería examinar, y probablemente descartar, la falacia antropocéntrica. Los fenómenos naturales no deberían contemplarse desde una perspectiva humana, miope y estrecha de miras. A tal fin había decidido que dedicaría varios años —posiblemente diez— a estudiar ciencias naturales en la universidad, ya fuera en Viena o en París. A partir de ahora, las conclusiones filosóficas se basarían en el experimento y la observación empírica.

También hablaron del eterno retorno. Él le contó la idea de que quería aprender a ver lo que era necesario de las cosas como algo bello. «Así seré uno de esos que embellecen las cosas. *Amor fati* [Amor al destino]: ¡que ése sea mi amor a partir de ahora! No quiero librar una guerra contra la fealdad. No quiero acusar; ni siquiera pretendo acusar a quienes acusan. ¡Que *apartar la mirada* sea mi única negación! Y, considerándolo todo: algún día sólo quiero ser alguien que dice sí.»[14]

Amar a tu destino, aceptarlo y asumirlo, era amar y asumir la doctrina del eterno retorno. No se trataba, insistía maliciosamente, de adoptar una pasividad astrológica o supersticiosa ni un fatalismo oriental yacente, pero si el hombre quería llegar a conocerse a sí mismo y a convertirse en él mismo, el destino debía asumirse. Si uno tenía personalidad es porque tenía también una experiencia típica que vuelve a repetirse. Si la vida era una larga línea que se extiende del pasado al futuro y uno se encontraba en un punto de esa línea, estaba ahí bajo su propia responsabilidad. Eso obligaba a la conciencia a decir sí a este momento y a prepararse para alegrarse de que, en la rueda del tiempo, se repita una y otra vez.

Uno debe ser rápido de pies, debe bailar. La vida no era fácil. Si un buen día, el hombre osara construir una obra arquitectónica que reprodujera la naturaleza del alma, el arquitecto tendría que adoptar el laberinto como modelo. Para engendrar a una estrella danzarina, uno debe llevar antes el caos dentro. La incoherencia, los cambios de opinión y de necesidades eran un deber. Una opinión fija era una opinión muerta, una mente con ideas claras era una mente muerta que valía menos que un insecto: habría que aplastarla de un pisotón y destruirla por completo.

Las observaciones de Lou sobre las tres semanas que pasaron juntos son valiosas, aunque su versión está construida desde la perspectiva de ocho años

más tarde. Nadie, nunca más, pasaría tres semanas siendo instruido en su filosofía por él mismo.

Al cabo de tres semanas, Lou ya no podía soportar la intensidad. El 26 de agosto, Nietzsche la acompañó a la estación. Al irse, Lou le regaló un poema, «*Gebet an das Leben*» [«Oración a la vida»]. Él le puso música, manifestándole la esperanza de que sería un pequeño sendero por el que los dos podrían alcanzar juntos la posteridad, mientras otros senderos también seguían abiertos.

Con más emoción que sensibilidad, Nietzsche encargó a Louise Ott, la mujer de la que se había enamorado durante el primer festival de Bayreuth, que buscara alojamiento para la Trinidad en París. Él fantaseaba con que, cuando estuvieran todos juntos en París, se sentarían alrededor del piano a escuchar la voz de ruiseñor de Louise cantando *Oración a la vida* de Lou, con la música compuesta por él.

Lou salió de Tautenburg directa hacia el nido de Stibbe y Rée. Ella le había mantenido informado en todo momento con entradas en el «libro del nido». Su conclusión final era que se había asomado al abismo subjetivo de Nietzsche, donde había encontrado un misticismo religioso cristiano rebautizado como dionisíaco y que, en el fondo, no era más que una máscara de la lujuria física. «Del mismo modo que el misticismo cristiano (como los demás) alcanza una cruda sensualidad religiosa en su éxtasis más elevado, así la forma más ideal de amor siempre regresa a la sensualidad.» Se preguntaba si sería una especie de venganza de la animalidad de la naturaleza humana sobre lo espiritual, y si era eso lo que a ella la estaba distanciando de Nietzsche y acercándola a Rée, que no suponía ninguna amenaza sexual.

El domingo siguiente a la partida de Lou, Nietzsche cogió un tren a casa para ver a su madre en Naumburgo. Elisabeth se negó a acompañarlo. Tenía los ojos tan hinchados de llorar, le dijo, que no quería infligir a su madre el dolor de tal visión.

Él se lanzó a asumir el papel de hijo devoto. Todo fue bien hasta que llegó una carta de Elisabeth contándolo todo. La carta provocó una pelea tan espectacular que Franziska lo acusó de ser un mentiroso y un cobarde. Era una vergüenza para el nombre de su padre, había deshonrado su sepultura. Sus palabras contenían el horror elemental de la maldición de una madre. Él nunca las olvidaría.

Huyó a Leipzig, reflexionando con amargura que todavía padecía lo que denominaba «enfermedad de las cadenas»: un vínculo emocional que tira de ti mientras intentas convertirte en el ser que en realidad eres.

«Primero uno tiene la dificultad de emanciparse de las propias cadenas; y en última instancia, ¡uno tiene que emanciparse también de esta emancipación! Cada uno de nosotros tiene que sufrir, aunque de modos muy distintos, la enfermedad de las cadenas, incluso después de haberlas roto.»[15]

Para dar la bienvenida a Lou y Rée a Leipzig, organizó que asistieran a una sesión de espiritismo. Ambos eran muy aficionados a esas cosas. Después del espectáculo, planeaba deslumbrarlos con una refutación impresionante de las tonterías espiritistas. Pero la médium por sí sola resultó tan incompetente que no tuvo nada contra lo que lanzar sus bien ensayados argumentos.

La Trinidad pasó las siguientes semanas en la apatía. Asistieron a algunos conciertos, pero la mayor parte del tiempo lo dedicaban a componer aforismos ingeniosos. Nietzsche siguió corrigiendo y puliendo la prosa de Lou, que no había perdido —ni perdería nunca— su tendencia a lo excesivo y lo extravagante. En las notas de Nietzsche en los márgenes de los textos de Lou ahora se dirigía descaradamente a ella por el apodo que él le inventó de «*Märchen*», que significa «cuento de hadas» pero también «embustera».

Los tres escribieron aforismos para describirse unos a otros. El que describía a Lou reza: «La mujer no muere de amor sino que se desperdicia por su carencia». A Rée se lo describía en estos términos: «El mayor dolor es el odio a uno mismo». Y a Nietzsche: «La debilidad de Nietzsche: el exceso de sutileza». Y a la Trinidad misma: «Es muy fácil para un tercero separar a dos amigos».[16]

Schopenhauer había hablado de una república del genio que constituiría una especie de puente sobre la corriente turbulenta del devenir, pero ninguno de ellos conseguía cruzar ese puente. Nadie se comportaba con honestidad ni hablaba con franqueza. El «devenir» de cada uno se hundía sobre la roca de los otros dos mientras cada uno se sumía en una simulación cada vez más profunda. La Santísima Trinidad se había convertido en un triángulo deshonesto en el que ninguno de sus miembros se comportaba como un espíritu libre.

Previamente, ese mismo año, Nietzsche les había contado extasiado a los Overbeck que se relacionaría más con el mundo y con la gente. Resultó que lo sucedido había demostrado que incluso una unidad humana tan pequeña e idealista como una trinidad de espíritus supuestamente libres sólo lograba encadenar a los participantes con unas cadenas de sentimientos, resentimientos y obligaciones de nueva forja. Cualquier forma de apego sólo traía consigo encadenamientos recién forjados.

El 5 de noviembre, Lou y Rée simplemente desaparecieron. Nietzsche no tenía ni idea de qué había pasado ni de por qué. Estuvo dando vueltas alrededor del buzón sin saber cuál sería su suerte inmediata, pero no llegaron cartas. Al cabo de diez días abandonó precipitadamente Leipzig camino de Basilea, donde había prometido asistir al cuadragésimo quinto cumpleaños de su buen amigo Franz Overbeck. También ahí, el buzón se convirtió en el centro de su mundo. ¿Había llegado alguna carta?, le preguntaba una y otra vez a Ida Overbeck. ¿No se le habría pasado algo por alto? ¿No habría perdido algo? ¿Le estaba ocultando algo? Cuando llegó el momento de su partida, a ella le impresionó hondamente la desolación de sus palabras de despedida: «Y ahora de verdad voy a vivir en completa soledad».

A las pocas semanas, el taimado Rée envió una postal a Nietzsche en la que absurdamente le reprochaba que él los hubiera abandonado. Siempre comprensivo, siempre indulgente, Nietzsche contestó con un mensaje de perdón para Lou: el «alma superior» siempre se comportaba por encima de la culpa y el reproche. Le deseaba que continuara su tarea de «limpiar los cielos», aunque sentía que toda la dignidad de la obra de su vida había sido cuestionada por el comportamiento de Lou.

Entre noviembre y febrero dedicó muchísimo tiempo a escribirle cartas. Algunas las envió, otras no pasaron de borradores. Eran de diversos tonos: cariñosas, hostiles, despectivas, acusatorias, indulgentes, recriminatorias u ofensivas. Ella tenía «la lujuria depredadora de una gata». Ella escribía las cartas rencorosas de una escolar. Ella era una monstruosidad, un cerebro con sólo los rudimentos de un alma. Teniendo en cuenta su energía, su voluntad y la originalidad de su pensamiento, estaba destinada a algo grande; pero, dada su moralidad, probablemente acabaría en una penitenciaría o en un manicomio.

No volvió a ver nunca más a Lou ni a Rée. No habían ido a París, como había imaginado. Se habían ocultado de él durante unos días en Leipzig antes de partir hacia Berlín. Ahí se instalaron en un apartamento que tenía exactamente la misma disposición que la que habían concebido para la Santa Trinidad: dos dormitorios separados por un salón. Lou fundó un salón literario a imitación de Malwida. No alcanzó especial distinción literaria, pero vibraba con tensión sexual. Rée continuó su lucha contra su adición al juego y a los encuentros ansiosos con hombres jóvenes en las calles bohemias después de medianoche. En el salón se dirigían a Lou como «Su Excelencia». A Rée se lo conocía como «la Dama de Honor».

Lou se llevó consigo a Berlín el ejemplar regalado de *Humano, demasiado humano*, en el que Nietzsche había escrito un poema como dedicatoria:

Querida —dijo Colón— ¡nunca
te fíes de otro genovés!
Los ojos siempre fijos en el océano,
vagando por los remotos y profundos mares azules.

Él tienta a quienes ama a ir demasiado lejos
en el espacio y en la inmensidad del tiempo.
Sobre nosotros fulge una estrella tras otra,
a nuestro alrededor brama la eternidad.[17]

14

Mi padre Wagner ha muerto.
Mi hijo Zaratustra ha nacido

¡Qué habría que crear si los dioses… existieran?

Ecce homo, «Así habló Zaratustra», sección 8

En noviembre de 1882, Nietzsche dejó Basilea y se instaló en Génova, el lugar de nacimiento de Colón, que cruzó océanos inexplorados para descubrir un mundo completamente nuevo. Uno de los atractivos de Colón era que no tenía ni idea de si encontraría tierra. Tampoco la tenía, de hecho, Nietzsche cuando hablaba con grandilocuencia de viajar a la India como Alejandro y Dioniso antes que él. Dada su crónica propensión a los mareos, se refería simplemente a un viaje metafórico a la *terra incognita* del interior humano.

Su estado de salud en general fue sumamente precario a lo largo del invierno de 1882-1883. No debió de servirle de mucho el tomar ingentes dosis de opio en una vana tentativa de conciliar el elusivo sueño y atenuar el dolor emocional de lo que él describió como los últimos estertores que lo atormentaban a causa de Lou. A mediados de diciembre escribió una carta que buscaba llamar la atención de Lou y de Rée, contándoles que había tomado una dosis enorme de opio e «… incluso si algún día me quitara la vida a causa de una pasión u otra, no habría mucho por lo que llorar…».[1] También mandó cartas con menciones a sobredosis de opio y al suicidio a Overbeck y a Peter Gast: «El cañón de un revólver es ahora para mí una fuente de pensamientos relativamente agradables»,[2] etc. Sus viejos amigos siempre habían sabido que el suicidio era una posibilidad y también sabían que ninguna interferencia podría, en modo alguno, alterar el resultado final.

A su llegada a Génova, el nuevo Colón descubrió que la pensión que le gustaba estaba llena, así que bajó por la costa y encontró un *albergo* diminuto y barato en Rapallo. La sustitución no supuso ninguna variación para su imaginación creativa. Un argonauta del espíritu tanto podía ser Colón zarpando hacia América como Dioniso o Alejandro partiendo hacia la India

desde Rapallo, que en su imaginación podía representar a Génova o a la antigua Grecia.

«Imagina una isla del archipiélago griego, caprichosamente cubierta de bosques y colinas, que, debido a un accidente, un día se acercó nadando al continente y luego ya no pudo volver atrás. A mi izquierda, el golfo de Génova se extiende hasta el faro. Tiene sin duda algo de griego […] algo de piratas, de inesperado, de aventurero […] Nunca he vivido tanto tiempo en una insularidad y un olvido dignos de un genuino Robinson Crusoe.»[3] El *albergo* era limpio, pero la comida dejaba mucho que desear. Todavía no había probado un poco de carne decente.

Llevaba dos meses en Rapallo cuando su madre le mandó una carta navideña tan almibarada y recargada con elogios a las virtudes de Naumburgo que le dio el valor para responder que le devolvería las futuras cartas sin abrir. Era el momento de liberarse de la enfermedad de las cadenas. Esto debía incluir a Elisabeth. Pidió a sus amigos que no informaran a su familia de su nueva dirección. «No las soporto más. ¡Ojalá hubiera roto con ellas antes!»

Pasó solo el día de Navidad. Tal vez revitalizado por el simbólico día de nacimiento y renacimiento, escribió su primera carta abordando el futuro. Se la dirigió a Overbeck. «Mi falta de confianza es ahora inmensa —confesaba —. A no ser que pueda descubrir la fórmula alquímica para convertir este… barro en oro, estoy perdido. Aquí tengo la más espléndida oportunidad de demostrar que, para mí “¡¡¡todas las vivencias son útiles, todos los días sagrados y todas las personas divinas!!!”»[4]

El truco alquímico sólo podía realizarlo el solitario argonauta que estaba dispuesto a estrellarse contra el infinito. «La soledad tiene siete pieles; nada puede atravesarlas ya…»[5] El resultado fue el libro *Así habló Zaratustra* (*Also sprach Zarathustra*), una alborozada, poética y profética odisea espiritual a través del mundo moral moderno. No muy diferente de los viajes de Gulliver o los de Simbad u Odiseo, el libro es una parábola ampliada que se centra en los problemas de su tiempo. El antiguo profeta persa Zaratustra desciende de la montaña después de la muerte del concepto de Dios para señalar que, si la humanidad está a la altura, la moral podría existir en un mundo posdeísta en tanto se den la decencia, la coherencia y el valor para limpiar a fondo las paredes de la cueva que todavía conservan las fantasmagóricas escrituras de las creencias sobrenaturales.

Así habló Zaratustra no era la primera aparición del profeta persa en los textos publicados de Nietzsche. Su libro anterior, *La gaya ciencia*, había acabado con un largo párrafo aforístico que iba encabezado como «*Incipit*

tragedia» [«La tragedia empieza»],[6] en el que, de manera desconcertante, presentaba a un personaje llamado Zaratustra que no había sido mencionado antes en el libro. «Cuando Zaratustra tenía treinta años, dejó su patria y el lago Urmi y se fue a las montañas», empieza la última sección de *La gaya ciencia*. ¿Dónde estaba el lago Urmi? ¿De qué montañas hablaba? ¿Quién era Zaratustra?

«Allí —prosigue el pasaje de *La gaya ciencia*— disfrutó de su espíritu y de la soledad, y no se aburrió durante diez años. Pero finalmente su corazón cambió, y una mañana se levantó con un alba rosácea, se puso ante el sol y habló así:

»“¡Tú, gran cuerpo celeste! ¡Qué sería de tu felicidad si no tuvieses a aquellos para quienes resplandeces! Durante diez años has ascendido a mi caverna y si no fuera por mí, por mi águila y mi serpiente, te habrías hartado de tu luz y de ese camino; pero nosotros te esperábamos cada mañana, te aliviábamos de tu abundancia excesiva, y te bendecíamos por ello. Pues has de saber que estoy harto de mi sabiduría, como la abeja que ha acumulado demasiada miel; necesito manos tendidas; me gustaría dar y repartir hasta que los sabios entre los humanos disfruten de nuevo de su locura, y los pobres de su riqueza. Para eso debo introducirme en las profundidades, como haces tú por la noche cuando te hundes por detrás del mar y llevas la luz incluso al inframundo, tú, ¡cuerpo celeste desbordante de riqueza! Como tú, yo debo *hundirme en mi ocaso*, como dirían los seres humanos hasta quienes quiero descender”.»

Este «hundirse en el ocaso» parece una referencia al «descenso» del propio Nietzsche en la época en que escribió *La gaya ciencia*, cuando había descendido alegremente desde las alturas de la soledad para compartir la desbordante abundancia de sus ideas con Lou, a través de la cual su «miel» (su sabiduría) se distribuiría. Cuando escribía ese texto, todavía creía haber encontrado en ella a su primer discípulo.

El pasaje prosigue: «“¡Así que bendíceme, ojo sosegado que puede contemplar sin envidia incluso la mayor de las felicidades! ¡Bendice la copa que quiere desbordarse para que el agua fluya dorada de ella y lleve por doquier el reflejo de tus delicias! Mira, esta copa quiere vaciarse de nuevo, y Zaratustra quiere volver a ser humano.” Y de este modo empezó el ocaso de Zaratustra».

Ahí acaba *La gaya ciencia* tal como se publicó en 1882.

El libro definitivo, tal como lo conocemos hoy, contiene sus revisiones de 1887, que incluyen una nueva introducción, una quinta sección con treinta y

nueve aforismos adicionales y unos cuantos poemas. Pero cuando, en 1883, escribió la primera parte de *Así habló Zaratustra*, el libro empieza exactamente donde *La gaya ciencia* original de 1882 lo había dejado. Entre la redacción de los dos libros, había perdido a Lou y, con ella, a su discípula elegida. *Faute de mieux*, el papel de Lou como vehículo para garantizar su legado mortal lo asumiría Zaratustra. A menudo, aunque no en el libro, Nietzsche se refiere a Zaratustra como su hijo.

¿Por qué eligió Nietzsche a Zaratustra? Zaratustra, también llamado Zoroastro, era un profeta persa que seguramente vivió en algún momento entre los siglos XII y VI antes de Cristo. El texto sagrado de Zaratustra, el *Zend-Avesta*,**[7]** afirma que los dioses adorados por los propios antiguos persas eran perversos. De ese modo Zaratustra presentaba una clave para el problema del mal al que nunca podrían responder el judaísmo, el cristianismo ni el islamismo, cuyos dioses todopoderosos eran todo bondad. En el zoroastrismo, el dios de la luz y el bien se llama Ahura Mazda (también conocido como Ormuz). Está en conflicto perpetuo con el dios de la oscuridad y el mal, Angra Mainyu (Ahrimán) y sus *daevas*. Al final del tiempo, Ahura Mazda conseguirá una victoria definitiva, pero hasta entonces no controla los acontecimientos. En consecuencia, el zoroastrismo, a diferencia de las tres grandes religiones del libro, se libra de la paradoja de un omnipotente Dios bondadoso que es responsable de lo que mucha gente considera un mal innecesario.**[8]**

Los diez años de soledad que pasó Zaratustra en las montañas entre los treinta y los cuarenta años pueden representar la década posterior a Basilea de Nietzsche, con su pensamiento independiente, que a veces pasó en altas montañas. Zaratustra tiene cuarenta años, la misma edad que él, cuando baja «para estar entre la gente». Al descender lleva consigo el fuego, como Prometeo había llevado el fuego que transformaría las culturas y civilizaciones y como el Espíritu Santo había bajado lenguas de fuego en Pentecostés. El fuego confiere a los elegidos (los iluminados) el don de «hablar en lenguas», es decir, en palabras que son comprensibles universalmente. Es un sinónimo de sabiduría y de revelación. El fuego de Zaratustra tiene la potestad específica de dar sentido al sinsentido de la vida tras la muerte de Dios. Su boca (a través de la de Nietzsche) será la primera en abordar el nihilismo, la desesperación y la devaluación de la vida moral que estaba alcanzando su crisis más intensa en el contexto del materialismo del siglo XIX.

Todos los dioses han muerto, predica Zaratustra. Ahora queremos que viva el superhombre. Yo os enseñaré al superhombre. «El ser humano es algo que debe ser superado.»[9]

¿Qué es el hombre? Un híbrido entre planta y fantasma. ¿Qué es el superhombre? Es el significado de la tierra que permanece fiel a la tierra. No cree a quienes ofrecen esperanzas extramundanas: esos desprecian la vida y mueren envenenados por sí mismos.

El superhombre sabe que cuanto parece cruel, azaroso o funesto no es un castigo enviado desde la eterna araña de la razón de las alturas para castigar al pecador. No hay ninguna araña de la razón ni tampoco existe ninguna telaraña de la misma. Más bien, la vida es una pista de baile para los azares divinos.[10] El significado debe encontrarse diciendo «sí» a los accidentes divinos en la pista de baile.

Zaratustra predica a los aldeanos que el hombre es un puente, no una meta. Ésa es la gloria del hombre. El ser humano está entre el animal y el superhombre, es una cuerda tendida sobre el abismo.

Al escuchar esto, el primer discípulo de Zaratustra emerge de la multitud para intentar cruzar el abismo caminando por la cuerda floja. Un bufón salta y tira al equilibrista, que cae al suelo y muere. Zaratustra recoge el cuerpo de su primer discípulo, el que había caminado por la cuerda floja, para enterrarlo. El rebaño de gente corriente se burla de él. Pese a todo, decide mostrarles el puente del arcoíris que se extiende, no al Valhalla, el hogar de los dioses, adonde conducía el puente de arcoíris de Wagner, sino a la condición de convertirse en el superhombre.

Lo hace dándoles sus bienaventuranzas (dieciocho; Cristo dio ocho). No son mandamientos y resultan impenetrablemente místicas. La primera dice: «Amo a aquellos que no saben cómo vivir salvo hundiéndose en su ocaso, porque son ellos los que cruzan». La última: «Amo a aquellos que son como pesadas gotas que caen individualmente de la nube oscura que se cierne sobre la humanidad: anuncian la llegada del relámpago, y como heraldos perecen».[11]

El sol llega al mediodía y él pasa el rato disfrutando con sus animales. El águila es «el animal más orgulloso bajo el sol», y la serpiente, «el animal más sabio bajo el sol». Nietzsche a menudo utilizaba el águila como representación de sí mismo y la serpiente como representación de Lou (la serpiente es femenina y él emplea la misma palabra, *klügste*, para la astucia de Lou y la de la serpiente). Los dos animales juntos adquieren una importancia cada vez mayor para él. Le recuerdan muchos símbolos, incluido el fatídico

presagio que anunció la caída de Troya (que podría representar la caída de toda doctrina o civilización) cuando Apolo maldijo, a través de una serpiente, a Casandra, que, como Nietzsche, estaba bendecida con el don de ver el futuro. La maldición de Casandra, como la de Nietzsche, era que nadie creía sus palabras ni sus predicciones.

Entonces abandona la narración y Nietzsche nos da veintidós discursos aforísticos sobre temas que abarcan desde la virtud individual a lo que constituye la criminalidad o cómo morir bien. La lista completa comprende:

De las tres transformaciones
De las cátedras de la virtud
De los trasmundanos
De los despreciadores del cuerpo
De las alegrías y de las pasiones
Del pálido delincuente
Del leer y el escribir
De árbol de la montaña
De los predicadores de la muerte
De la guerra y el pueblo guerrero
Del nuevo ídolo
De las moscas del mercado
De la castidad
Del amigo
De las mil metas y la única meta
Del amor al prójimo
Del camino del creador
De viejecitas y de jovencitas
De la picadura de la víbora
Del hijo y del matrimonio
De la muerte libre
De la virtud que hace regalos

Nos dan las ideas de Nietzsche sobre esos temas, formuladas en el lenguaje arcaico y bíblico de su *alter ego* Zaratustra.

No es de extrañar, a la vista de su experiencia reciente, que las mujeres reciban ahora un tratamiento muy desabrido, en llamativo contraste con la tierna comprensión que había mostrado hacia ellas en *La gaya ciencia*. ¿No vale más caer en manos de un asesino que en los sueños de una mujer lujuriosa?, se pregunta. Y el famoso: «¿Vas con mujeres? No olvides el látigo».**[12]**

«De la muerte libre» tal vez sea la sección más revolucionaria para su época. Las enseñanzas cristianas sobre el suicidio consideraban que poner fin a la propia vida era un pecado imperdonable. Los suicidas eran enterrados en terreno no consagrado extramuros del cementerio. Eso simbolizada la eterna exclusión de su alma del Cielo. Pero Nietzsche sugiere la opción de la

eutanasia voluntaria para aquellos que sufren un dolor insoportable, los que saben que han perdido la calidad de vida, o quienes simplemente sienten que ha llegado su hora. Recomienda que debería permitírseles poner fin voluntariamente a sus propias vidas sin asomo de incriminación ni condena eterna.

Cada uno de los veintidós discursos expone cómo vivir honorable y decentemente según el ideal del superhombre, que es secular, independiente, disciplinado y creativo. Cada uno de los discursos acaba con las palabras «Así habló Zaratustra». El libro termina con un tono optimista, eufórico y típicamente opaco:

«“Y éste es el gran mediodía, en que los seres humanos se encuentran a medio camino, entre el animal y el superhombre y celebran su camino hacia el anochecer como su mayor esperanza, pues es el que lleva a una nueva mañana.

»“Entonces el que se hunde en su ocaso se bendecirá a sí mismo por ser uno de los que cruza, y el sol de su conocimiento se alzará a mediodía para él.

»“*Muertos están todos los dioses: ahora queremos que viva el superhombre*. ¡Sea ésta nuestra última voluntad en el gran mediodía.”

»Así habló Zaratustra».

El libro es corto, de poco más de cien páginas. Su cadencia es poética, repetitiva, hipnótica, breve y dinámica. Dijo que lo escribió —o el libro lo escribió a él— en diez días de inspiración exaltada y revelación. En realidad, seguramente le llevó un poco más de tiempo, casi un mes.

El 14 de febrero de 1883 se lo envió a su editor Schmeitzner, describiéndolo en la carta de presentación como «un quinto evangelio». Se desplazó desde Rapallo a Génova para enviarlo por correo, tal vez por el gusto de mandarlo desde el lugar apropiado en ese simbólico viaje, o tal vez por las ventajas del servicio postal más rápido desde Génova. Mientras estaba en la ciudad se enteró por un periódico de la muerte de Wagner el día anterior. Lo interpretó como un augurio, una conexión sobrenatural: otro par de estoques entrechocando en el aire. Deformando un poco la verdad, comentó que la sección final la completó justamente a esa hora sagrada en que Richard Wagner moría en Venecia.

El alma de Wagner estaba viajando para unirse a los argonautas del espíritu. Wagner también había estado envuelto en las siete pieles de la soledad del profeta visionario. Ahora que había muerto, el yo anterior y más puro de Wagner podía ser reclamado. Nietzsche tenía por tanto el derecho

para referirse a *Así habló Zaratustra* como un nuevo *Ring*. Su padre Wagner estaba muerto; su hijo Zaratustra había nacido.

Una demostración de la discreción y la generosidad espiritual de Nietzsche fue que, como reveló en una carta a Franz Overbeck una semana después de la muerte de Wagner, reconocía que había sabido desde hacía tiempo de la trascendencia de la penosa correspondencia de Wagner con sus médicos. «Wagner fue, con diferencia, el ser humano *más completo* que he conocido, y en *este* sentido he tenido que abstenerme de muchas cosas durante seis años. Pero algo como una afrenta letal se interpuso entre nosotros; y algo terrible podría haber sucedido si él hubiera vivido más tiempo.»[13] El 21 de abril escribió más explícitamente al músico Peter Gast: «Wagner está sobrado de ideas maliciosas, pero ¿qué me dice de haber intercambiado cartas sobre el tema (incluso con mis médicos) para manifestar su *convicción* de que mi forma alterada de pensar era una consecuencia de excesos antinaturales, con insinuaciones de pederastia?». Pocos meses más tarde, en julio, también le mencionó a Ida Overbeck una «sed de venganza sin fondo» que había llegado a sus oídos el año anterior.

Ciertamente había habido una traición y una humillación pública sin medida, y no sólo por parte de Wagner sino también de Lou y Rée.

Al recibo de *Zaratustra*, su editor no lo ensalzó como si fuera un quinto evangelio. De hecho, no mostró el menor signo de querer editar el libro. Cuando Nietzsche preguntó, Schmeitzner culpó a los retrasos de los impresores. Nietzsche respondió con tono sarcástico diciendo que Schmeitzner tendría el dinero para pagarles si no lo hubiera derrochado en panfletos antisemitas. El comentario no produjo el resultado deseado.

Nietzsche se sentía decepcionado, agotado y aislado. Además, seguramente estaba malnutrido dado que buscaba las comidas más baratas en el pueblo, y sin duda se medicaba en exceso. Se autoadministraba medicinas peligrosas, extendía recetas que firmaba él mismo como «Dr. Nietzsche». Los farmacéuticos italianos le daban cuanto les pedía.

Sentía un intenso rechazo de sí mismo: «Ni por un momento he podido olvidar que, por ejemplo, mi madre me llamó una vergüenza para mi difunto padre […] Mi vida entera se ha desmoronado ante mi mirada: esta vida secreta, espeluznante y deliberadamente aislada, que da un paso, cada seis años, y de hecho no quiere otra cosa que darlo mientras todo lo demás, todas mis relaciones humanas, tienen que apañárselas con una máscara de mí

mismo y yo debo ser perpetuamente la víctima de una vida completamente oculta. Siempre me he visto expuesto a las más crueles coincidencias, o, más bien, soy yo quien siempre ha transformado la coincidencia en una crueldad. […] Estoy mal. Me rodea la noche de nuevo. Siento como si el relámpago hubiera centelleado […] Inevitablemente acabaré viniéndome abajo, a no ser que pase algo, no tengo ni idea de *qué*».[14]

No veía razones para vivir, pero se sentía impulsado a enzarzarse en el combate encarnado que le exige al viejo Laocoonte que ataque y venza a sus serpientes. Pero si iba a vivir, no quería tener nada que ver con la gente. Incluso el estar alojado en un pequeño *albergo* o en una granja suponía demasiada compañía para él. «No hay límite para la quietud, la altitud y la soledad que necesito a mi alrededor para escuchar mis voces interiores. Me gustaría tener el suficiente dinero para construir una especie de caseta ideal en torno a mí, me refiero a una casa de madera con dos habitaciones, y estaría en una península que se adentra en el lago Sils y sobre la que había habido un fuerte romano.»[15]

Por las noches, sucesivamente helado y sudoroso, febril y víctima de un agotamiento crónico, no tenía apetito y había perdido el gusto. El «viejo dolor de cabeza» lo asaltaba entre las siete de la mañana y las once de la noche. Sin poder encontrar una estufa que calentara su habitación en Rapallo, Nietzsche regresó a Génova. Albergaba la vaga esperanza de que alguien lo sacara de Europa, a cuya geografía y clima culpaba de sus dolencias físicas y mentales. Considerándose, para variar, una «víctima de una perturbación en la *naturaleza*», responsabilizaba ahora al monte Etna por los problemas que previamente había atribuido a la electricidad en las nubes. El torrente de energía del volcán, que rugía y amenazaba con una erupción, era el responsable de sus variables síntomas.[16] Esa idea le procuraba cierto consuelo. Le evitaba tener que acusar a otras personas de su desdicha.

En ese estado, física y mentalmente debilitado, cedió a un torpe acercamiento conciliador por parte de Elisabeth. Al poco, ella lo había atrapado en su favorecedora versión del pasado reciente. Él era la víctima completamente inocente de la víbora rusa y «el judío Rée». Nietzsche le dijo que estaba dispuesto a «poner mis relaciones personales, un tanto caóticas ahora mismo, otra vez en orden, empezando por ti. En cuanto a la máquina de escribir, no funciona bien, como todo lo que pasa por las manos de hombres débiles durante un tiempo, ya sean máquinas, problemas o Lous».[17]

Todavía estaba esperando a que Schmeitzner publicara *Zaratustra* y le pidió a Elisabeth que interviniera. Ella consiguió lo que él no había podido

lograr, seguramente porque Schmeitzner sabía que Elisabeth era una correligionaria antisemita. Por su parte, ella convenció a Nietzsche para que colaborara en una muy indigna campaña escribiendo cartas a las autoridades para que expulsaran a Lou de Alemania y la devolvieran a Rusia como persona pública inmoral. De hecho, la campaña tuvo la consecuencia imprevista de convertir a Lou en escritora. Se dio cuenta de que si la tildaban de personaje público inmoral podrían acabar retirándole la pensión rusa. Era su única fuente de ingresos, así que decidió ganar dinero escribiendo. Publicó un *roman-à-clef* autobiográfico titulado *Im Kampf um Gott* [«En lucha por Dios»]. El personaje de Nietzsche es un asceta que siente pasión por la castidad y las putas. La propia Lou es una cortesana de clase alta y «una esclava de sus incontroladas bajas pasiones». Rée es su protector, «el Conde». El libro acaba con ella suicidándose con veneno. La picante narración de seducción está salpicada por las luchas filosóficas de todos los personajes para encontrar alguna forma de sentido, religioso o no, en el mundo. Cuando Nietzsche la leyó un par de años más tarde, reconoció «cien ecos de nuestras conversaciones en Tautenburg en ella».[18] Lou incluso llamaba Märchen a la chica, el nombre que le daba él en la vida real.

Elisabeth fracasó en su empeño de deportar a Lou. Impávida, se lanzó a una campaña para distanciar a su hermano del «israelita Rée». Hacía mucho que Nietzsche se había curado de todo réealismo en su filosofía. Había aprendido el arte de la escritura aforística de Rée, pero se había alejado del materialismo de éste. En ese momento, Rée le parecía un hombre sin ideales, sin objetivos, sin obligaciones ni instintos, que se daba por satisfecho siendo el compañero de Lou, por no decir su sirviente.

Elisabeth alentó el distanciamiento, contándole que fue Rée el que le había dicho a Lou que los planes para la Trinidad siempre se habían basado en la baja y lujuriosa aspiración de Nietzsche de «un matrimonio salvaje». Nietzsche creyó a su hermana y lo atormentó la idea de que Rée hubiera traicionado su amistad ridiculizando su filosofía ante Lou y volviéndola contra él. La autocompasión y las sospechas se dispararon. Escribió a Rée, acusándolo de ser un hombre furtivo, artero, mezquino y mendaz, y de utilizar a Lou como portavoz, terrible portavoz, de sus ideas. Lou era una desgracia, una bruta estéril, sucia y hedionda con pechos postizos. (Se reconoce la mano de Elisabeth en la referencia a los pechos postizos.) Las salvajes acusaciones de Nietzsche provocaron una amenaza de querella por libelo por parte del hermano de Rée, Georg, que lo retó a un duelo a pistola. Por suerte, el duelo no pasó de las palabras.

«Nunca había odiado a nadie hasta entonces —le escribió a Elisabeth—, ni siquiera a Wagner, cuyas perfidias fueron mucho más allá de nada de lo que hiciera Lou. Sólo ahora me siento verdaderamente humillado.»[19]

15

Sólo donde hay sepulcros hay resurrecciones

> En la segunda parte [de *Zaratustra*] he brincado casi como un acróbata haciendo payasadas. Los pormenores contienen una increíble cantidad de vivencias y sufrimientos personales que sólo son inteligibles para mí; había algunas páginas que me parecían gotear sangre.
>
> Carta a Peter Gast desde Sils-Maria,
> finales de agosto de 1883

Pese a lo defensora de los espíritus libres que era, Malwida no podía excusar el mal comportamiento de Lou. Poniéndose de parte de Nietzsche frente a su anterior protegida, lo invitó a que la visitara en Roma para recuperarse. Él llenó su pesado baúl de libros, que en ese momento alcanzaba los 104 kilos y había bautizado como «el patizambo». Llegó el 4 de mayo de 1883 y se encontró con Elisabeth, que había seguido trabajando en la mejora de las relaciones con su hermano.

Elisabeth y Malwida nunca se consideraron rivales. A lo largo del mes siguiente sus cuidados compartidos fueron lo bastante reconfortantes para que Nietzsche dejara de tomar gotas de hidrato de cloral para su insomnio. El dinero de Malwida pagaba las saludables excursiones por el paisaje primaveral de la *campagna* de los alrededores de Roma, con sus flores silvestres, toscas granjas y escasos restos de ruinas. Cuando su carruaje los llevaba ruidosamente a los museos de Roma, de todo lo que vio, lo que más conmovió a Nietzsche fueron dos viriles bustos de Bruto y Epicuro y tres cuadros de paisajes de Claude Lorrain[1] que evocaban con nostalgia la Edad Dorada. Los lienzos se habían inspirado en los recorridos del propio artista por la *campagna*.

El absurdo de que el autor que había declarado la muerte de Dios encontrara alimento espiritual en el baluarte de la Iglesia romana no le pasó inadvertido a Nietzsche. Incordiaba a las dos mujeres refiriéndose esporádicamente a sí mismo como el Anticristo. Le repugnaba la visión de gente subiendo los peldaños de San Pedro arrodillada, y utilizó la imagen

como símbolo de la estupidez religiosa cuando escribió la siguiente parte de *Zaratustra*.[2]

Llegó junio. Roma se sumió en su arraigada monotonía de calor sofocante. Pensó en veranear en Isquia, como un romano de la Antigüedad, pero finalmente Elisabeth y él viajaron a Milán, donde se separaron, y él siguió hasta Sils-Maria. Fue un cambio de planes afortunado. Al cabo de un mes, Isquia sufriría un terremoto en el que murieron más de dos mil personas.

Nietzsche pensaba mejor al aire libre. El lugar era de una importancia vital para él. El día en que volvió a su amada aldea alpina saludó al paisaje: «Aquí viven mis musas […] esta región es sangre de mi sangre, e incluso más que eso».[3] Lo llevó a describir el proceso de inspiración que, para él, era inextricable del sentido del lugar:

«¿Alguien, a finales del siglo XIX, tiene una idea clara de lo que los poetas de los tiempos poderosos llamaban *inspiración*? De no ser así, yo lo describiré. Si conserva el más leve vestigio siquiera de superstición, difícilmente rechazará la idea de que alguien sea una encarnación, un portavoz o un médium de fuerzas irresistibles. La noción de revelación en el sentido de que algo se vuelve repentinamente *visible* y audible con inefable seguridad y sutileza, algo que lo hace caer y lo deja profundamente perturbado a uno: no es más que una descripción de los hechos del caso. Usted oye, no busca nada; toma, no pregunta quién anda ahí; un pensamiento se ilumina en un destello, con necesidad, sin vacilación, en su plena forma; yo nunca tuve la menor posibilidad de elección. Un goce cuya increíble tensión a veces provoca un torrente de lágrimas, a veces acelera automáticamente su paso y a veces lo ralentiza; un estado perfecto de estar fuera de sí mismo. […] Todo eso es involuntario en grado sumo, pero ocurre como en una tormenta de sensaciones de libertad, de actividad sin restricciones, de poder, de divinidad. […] Ésa es *mi* experiencia de la inspiración; no me cabe duda de que uno tendría que retrotraerse miles de años para encontrar a cualquier otro que dijera: “También es la mía”».[4]

La segunda parte de *Zaratustra* se le ocurrió durante los diez días que van del 28 de junio al 8 de julio de 1883. «Todas las partes concebidas en marchas extenuantes, con absoluta certidumbre, como si me gritaran cada pensamiento.»[5]

Como la primera parte, está dividida en pequeñas secciones densamente comprimidas que podía organizar durante sus paseos de cuatro o seis horas y

luego pasar a sus cuadernos sin ninguna ayuda práctica. El paisaje de su inspiración seguía el sendero alrededor de los dos pequeños lagos de Silvaplana y Silsersee, cuyas aguas de un intenso azul turquesa formaban el lecho centelleante para el luminoso saliente que trazaban las montañas de laderas de pronunciadas pendientes coronadas por nieves perpetuas. Era un mundo completamente autónomo desde el que Nietzsche seguía contando la historia de Zaratustra, cuyo hogar estaba en el lago Urmi y que fue en solitario a las montañas y se refería a sus declaraciones aforísticas como cumbres o picos de montañas.

Nietzsche apenas emerge de las páginas de la segunda parte de *Zaratustra* como ejemplo de su propio ideal: el «afirmador», el que «dice que sí», que ha logrado rechazar los celos y la venganza al transformar el «Así fueron las cosas» en «Yo así lo quise». La segunda parte de *Zaratustra* está sembrada de alusiones a Lou y Rée. Salpimentada con repentinos y furiosos estallidos en los que acusa a sus enemigos de haberlo asesinado. Carecen del menor sentido dentro de la narración del libro.

En la sección llamada «De las tarántulas», Lou y Rée son claramente identificables con las tarántulas mediante el símbolo de la trinidad en sus espaldas. «Divinamente segura y bella», cuando la tarántula lo pica, le arrebata el alma y lo sume en el vértigo de la venganza.**[6]**

El texto está interrumpido por tres poemas. Había escrito el primero, «La canción de la noche», en un momento anterior, cuando estaba en Roma y el carruaje recorría los paisajes arcádicos de la *campagna* que habían despertado su lamento por lo lejos que estaba de la era de los héroes, su anhelo del pasado y su anhelo de amor.

En el segundo poema, «La canción de la danza», Zaratustra ve a unas jóvenes bailando en un prado. Despierta al dormido Cupido, que baila con las chicas. La vida le habla con palabras que Lou había utilizado con él, diciéndole que ella es simplemente una mujer y no precisamente virtuosa. La mujer es por naturaleza veleidosa, salvaje y voluble, le dice, y se regocija en ello. Pero los hombres anhelan la profundidad, la fidelidad y el misterio en las mujeres y así dotan al sexo femenino con esas virtudes y desean lo que ellos han imaginado.

Él le reprocha que cuando le confió su mayor secreto, ella no le concedió el menor valor. «Así están las cosas entre nosotros tres. […] Ella es voluble y terca, a menudo la vi morderse los labios y peinarse a contrapelo. Tal vez sea malvada y falsa y una mujer en todo, pero cuando habla mal de sí misma es justamente cuando más seduce.»

El tercer y último poema, «La canción de los sepulcros», se abre con la vista desde su ventana en Venecia a la isla de los Muertos. En sus sepulcros han sido enterrados su juventud, junto con «los dulces prodigios del amor» y el «pájaro cantor de mi esperanza».

Maldice a sus enemigos que han interrumpido en seco su eternidad y han robado sus noches condenándolo a un tormento insomne.

Cuando acabó el libro, le asombró lo autobiográfico que era el texto. Le sorprendió ver cómo era su propia sangre la que goteaba de las páginas, pero estaba seguro de que era el único que sabría verla.[7] En su libro siguiente iba a desarrollar la idea de que toda filosofía (no sólo la suya) era autobiografía.

Lou deseaba organizar un encuentro, pero no se atrevía a hacerlo directamente. Sabiendo que Nietzsche se encontraba en Sils-Maria, Rée y ella se instalaron en el pequeño pueblo de Celerina, muy cerca. Viajaban con un conocido relativamente reciente, un joven llamado Ferdinand Tönnies que se sentía impresionado por haber sido adoptado como tercer miembro de la Trinidad. Tönnies se convertiría, con el tiempo, en uno de los fundadores de la sociología alemana, pero por el momento todos sus libros y su prestigio aguardaban en el futuro y era simplemente un bisoño emocional que se sentía excitado y privilegiado por ocupar la tercera habitación del hotel.

Nietzsche nunca había visto a Tönnies, así que Lou y Rée lo mandaron a Sils-Maria para tender la rama de olivo. Pero cuando el joven vio a Nietzsche tomando el fresco, envuelto en sus habituales y pesadas defensas contra la luz del sol y la electricidad de las nubes, y más envuelto aún en «mi soledad azul celeste con la que dibujo círculos a mi alrededor y fronteras sagradas», Tönnies no se atrevió a abordarlo. De manera que el verano transcurrió sin la esperada reconciliación.

El paso del tiempo ya estaba aplacando el odio de Nietzsche hacia Lou. Él le había abierto la puerta. Él le había enseñado la cuerda floja. Ella casi había tenido el valor de subir. Aunque no se había alzado hasta el desafío definitivo, había sido la que había estado más cerca de comprender, y seguía siendo el animal más inteligente que él conocía. Si Nietzsche quería ser fiel a su propia idea del eterno retorno, que exigía que uno, al mirar al pasado, convirtiera cada «así fue» en un «yo lo quise así», debía decir «sí» al casi compromiso de Lou y seguir cultivándolo.

Si iba a vivir a la altura de su propio ideal del afirmador, el que siempre dice sí y acepta su destino, también debía reconocer el papel que había

desempeñado en la guerra desatada entre Elisabeth y Lou. El resentimiento y la rabia que había sentido contra Lou cambió en ese momento en odio hacia Elisabeth, al darse cuenta cada vez con más claridad de que ella lo había manipulado. La malicia, las mentiras y las falsedades de su hermana lo habían arrastrado en una deshonrosa y prolongada campaña de venganza contra Lou y Rée. Peor incluso que las estúpidas cartas que ella le había incitado a escribir y las invenciones que le había hecho creer era el hecho de que Elisabeth había conseguido que fuera desleal a sí mismo. Una vez más había sucumbido a la enfermedad de las cadenas, al sentimentalismo y el resentimiento y había entregado erróneamente su lealtad a un pasado deshonroso.

Aborrecía a Elisabeth por cómo había logrado despertar en él un enconado resentimiento justamente en el momento en que su convicción más profunda era denunciar toda envidia, celos, venganza y castigos, y, por el contrario, afirmar lo real, ser alguien que no quiere ser otra cosa que lo que es. El resentimiento de la propia Elisabeth, sus celos, negros como la tinta de calamar, habían nublado su cerebro con «sentimientos malvados, negros, entre ellos un auténtico odio hacia mi hermana, que me ha hurtado mis mejores actos de conquista de mí mismo durante un año entero, de manera que finalmente he sucumbido a una inagotable sed de venganza, precisamente cuando mi más íntimo pensamiento ha renunciado a todo plan de venganza y castigo. Este conflicto me está llevando paso a paso a la *locura*. Lo siento del modo más pavoroso. […] Tal vez mi reconciliación con ella fue el paso más fatal de todos; ahora veo que le ha hecho creer que tenía derecho a vengarse de Fräulein Salomé. ¡Que me perdonen!».[8]

Elisabeth le mandó una carta jovial y triunfante contándole cuánto estaba disfrutando de esa «briosa y divertida guerra». Eso llevó a Nietzsche a comentar cansinamente que no estaba hecho para ser enemigo de nadie, ni siquiera de Elisabeth.

Ya antes había interrumpido toda comunicación con su madre y Elisabeth. Pero si volvía a hacerlo, sería otro acto negativo, una negación. En lugar de eso, mantendría el contacto con neutralidad, mandaría cartas informando sobre sus necesidades de colada y pidiendo pequeñeces, como salchichas. Eso sería una afirmación. Él conservaría su integridad, mientras que a la vez mantendría la ilusión de una relación.

Pero ese oportuno compromiso no tardó en verse alterado. En septiembre recibió una llamada urgente de Franziska convocándolo para que volviera a Naumburgo. Elisabeth, la tozuda Llama, estaba hablando de marcharse a

Paraguay poniendo su suerte en manos del agitador antisemita Bernhard Förster.

A Franziska no le hacía ninguna gracia perder a su hija y sirvienta. Y a Nietzsche le horrorizó la idea de que Elisabeth uniera su futuro a un vociferante demagogo cuyas opiniones morales y políticas él detestaba. Además, añadía una nueva capa de deshonestidad al acercamiento de su hermana a él durante el año anterior: todo el tiempo de la supuesta reconciliación en Roma y aún después, ella había estado ocultándole que se escribía con el racista de medio pelo que ella sabía que Nietzsche despreciaba. «Carezco de su entusiasmo [se refiere a Förster] por "lo alemán", y más aún por conservar *pura* esta "gloriosa" raza. Muy al contrario, muy al contrario…»[9]

Bernhard Förster era un año mayor que Nietzsche, un apuesto y respetable patriota de «sangre y tierra», de porte militar y elegancia justa. Era llamativamente hirsuto: un excepcionalmente denso pelo castaño peinado hacia atrás emergía de una frente en forma de uve. Las cejas se proyectaban hacia delante, su delicado bigote dibujaba una horizontal perfecta. De su barbilla fluía la larga y ondulada barba castaña de un profeta del Antiguo Testamento, aunque no le habría hecho gracia esa comparación con semitas. Los ojos eran inquietantes, con unos iris casi transparentes, del color del hielo de un glaciar. Los ojos de un idealista mirando fijamente lejanos horizontes. Era un fanático prosélito del senderismo, el vegetarianismo, las propiedades saludables de la gimnasia y la abolición del alcohol y la vivisección. Hombre de fuertes convicciones más que de pensamiento, soñaba, como Nietzsche y Wagner, con rehacer Alemania, pero mientras los otros dos imaginaban que lo conseguirían por medios culturales, el enfoque de Förster era racial. La raza judía era un parásito en el cuerpo del pueblo alemán. Debía restaurarse la pureza de sangre.

Förster y Elisabeth se conocían superficialmente desde hacía algunos años a través de sus madres, ambas viudas de Naumburgo y pilares de la iglesia. Elisabeth no tuvo razones para buscar su amistad hasta que el fracaso de su trabajo como ama de llaves de su hermano en Basilea la llevó a concluir que no podía contar con él para el futuro, ni tampoco con casarse con nadie del círculo cercano de Nietzsche. Un futuro sombrío cuidando de su madre anciana se extendía ante ella. Las solteras mayores, por virtuosas que fueran, no tenían ni poder ni posición social en Naumburgo. Debía encontrar marido sin demora.

Había conocido a Förster en el Festival de Bayreuth de 1876. Después, en Naumburgo, ella se tomó la molestia de deslumbrarlo. Inició una correspondencia basada en su fervoroso apoyo a la causa que él defendía. «Todos mis conocimientos no son más que un pálido reflejo de tu mente poderosa […] Mis talentos son prácticos. Por eso todos tus planes y espléndidas ideas me encandilan: pueden traducirse en acciones.»[10]

Una vez iniciada la correspondencia, es casi cómico seguir lo rápidamente que ella tiñe sus cartas con la personalidad de una joven divertida, coqueta y un poco alocada, cada vez más cálidamente devota a Förster y sus ideas políticas. Él permanecía dentro de los límites de la corrección y la formalidad, miope a lo que estaba pasando. Finalmente, ella tuvo que llamar su atención mandándole dinero para la causa antisemita y exagerando su propia fortuna. Aun así, él tardó mucho tiempo en entender que se le estaba ofreciendo una novia cuya dote era suficiente para el cumplimiento de sus sueños.

En mayo de 1880, Förster le mandó una copia del documento antisemita que planeaba presentar a Bismarck. Le pidió que recogiera firmas. Ella lo hizo con ganas. El documento solicitaba que los judíos que estaban «destruyendo Alemania» fueran privados de su derecho a voto, excluidos de las profesiones relacionadas con el derecho y la medicina, que se prohibiera más inmigración judía y que los no nacionalizados fueran expulsados en nombre de la purificación y el renacimiento de la raza humana así como de la preservación de la cultura humana. Se recogieron un total de 276.000 firmas. La solicitud fue llevada con ostentación por las calles de Berlín, a caballo y en carruaje, para presentársela a Bismarck, que la rechazó. Un año más tarde, un furioso y frustrado Förster lanzó una diatriba antisemita en un tranvía de Berlín que acabó en una cruenta pelea a puñetazos y le hizo perder su empleo como docente en el Gymnasium, tras lo cual cofundó el Deutscher Volksverein (Partido del Pueblo Alemán), un partido racista y pendenciero que chorreaba nacionalismo y hacía un uso perverso de la teoría de la evolución. El suelo alemán había sido contaminado para siempre por los hijos de Abraham y los adoradores del Becerro de Oro. El partido Volksverein crearía una Nueva Alemania, una colonia de arios de pura sangre en tierra que no hubiera sido contaminada racialmente hasta entonces. Se pasó dos años vagando por Sudamérica, buscando el lugar ideal.

Elisabeth le escribía regularmente. Cuando él le dijo que con cinco mil marcos podría adquirir una espléndida parcela en Paraguay, ella se ofreció a mandarle la suma, disculpándose con falsa modestia por si un regalo de dinero lo ofendía. Preocupada por la dureza de la vida que llevaba en

Paraguay, ella le ofreció ochocientos marcos para que contratara un sirviente. «En la Edad Media la gente daba la décima parte de sus posesiones a la Iglesia, como señal de su respeto a los ideales más elevados. ¿Por qué ibas a negarte a aceptar mi regalo?» A continuación le informaba que su fortuna ascendía a veintiocho mil marcos. Por si a él se le había pasado por alto, se describió como una mujer muy práctica y una excelente ama de casa, justamente el tipo de colaboradora y ayudante que necesitaba desesperadamente un valeroso pionero. Ella lo conocía bien. El dinero de Elisabeth no era suficiente para financiar la iniciativa completa, pero era mucho más de lo que cualquier otro seguidor había ofrecido hasta ese momento.

Förster regresó a Alemania. Reclutó colonos. Escribió panfletos. Emprendió giras por el país. Dio discursos cuyos guiones, como los guiones de todos los buenos demagogos, incluía «¡Ovación» o «¡Fuerte ovación!» en los puntos apropiados.

Wagner se había negado a firmar la solicitud de 1880 de Förster. Aunque Wagner tenía sus propios prejuicios antisemitas, despreciaba a aquel hombre, lo tenía por agobiante, inculto y no muy inteligente. Pero no era ésa la opinión general en Bayreuth, donde el viejo enemigo de Nietzsche, Hans von Wolzogen, el director del *Bayreuther Blätter*, se sintió encantado de ofrecer a Förster una plataforma para publicar sus ridículos artículos (el que dedicó a la educación proponía que todas las escuelas femeninas existentes deberían ser cerradas por la policía el primer día en que su partido llegara al poder). El periódico le permitió un eficaz acceso a las Sociedades de Mecenas de Bayreuth de toda Alemania. Éstas se convirtieron en la principal red de Förster, proporcionándole el público para sus discursos con sus correspondientes ovaciones.

Septiembre de 1883 fue un mes infeliz en Naumburgo. Mientras que Nietzsche y su madre unían sus fuerzas para intentar disuadir a Elisabeth de que se uniera a Förster, la madre y la hermana emprendieron conjuntamente una campaña para que él abandonara su pensamiento filosófico blasfemo, adoptara una vida respetable y volviera a la enseñanza universitaria. Y, de paso, ¿no podía dejar de relacionarse también con gente que «no era agradable»?

Franziska y Elisabeth lo acosaban, pero él no conseguía que la obstinada Llama cambiara su decisión de casarse con el espantoso Förster, y eso que se había pasado un mes aguantando el insoportable racismo de su hermana y su ciega arrogancia moral. Había llegado la hora de marcharse.

El 5 de octubre salió para Basilea, donde siempre podía contar con el sensato consejo de los Overbeck sobre Elisabeth y sobre sus finanzas.

Relativamente recuperado, en invierno viajó por mar. Aunque todavía hechizado por la idea del descubrimiento de nuevos mundos de Colón, volvió a Génova sólo brevemente y al poco continuó viaje. Como razón (manifiestamente falsa) dijo que era demasiado conocido en la ciudad para disfrutar de la «soledad azul» necesaria para la creatividad.

Se instaló en Niza, donde se alojó en una pequeña habitación de la modesta Pension de Genève, en la pequeña rue St. Etienne. Le encantaban las colinas que se alzaban por detrás de Niza a causa de su viento constante. Elogiaba el viento como un redentor de la gravedad terrestre. A veces se subía al tren o al tranvía que recorrían la costa a través de St. Jean Cap Ferrat y Villefranche y ascendían por las accidentadas alturas desde las que podía ver, o al menos lo imaginaba, el borrón azul oscuro de Córcega interrumpiendo el satinado horizonte del mar. Daba una gran importancia al hecho de que su pulso latiera al mismo ritmo que el de Napoleón: unos inexorables y lentos sesenta latidos por minuto. En ese abrupto paisaje, con Napoleón sustituyendo a Colón como argonauta del espíritu, recibió de nuevo la visita del vendaval de la inspiración. Le dio la tercera parte de *Zaratustra* en un periodo de aproximadamente diez días.

Zaratustra zarpa por barco desde las islas de los Bienaventurados y cruza el mar. Finalmente llega a la ciudad original que había visitado en el primer libro, pero ésta no se muestra más receptiva ni más fructífera que la primera vez. Regresa a su caverna donde ahonda en la idea del eterno retorno como la gran afirmación de la vida que basta para generar un inmenso goce en el presente y así derrota al nihilismo. Acaba el libro —que creía que sería el último de Zaratustra— con una parodia blasfema del último libro del Nuevo Testamento, el Apocalipsis de san Juan. La titula «Los siete sellos» y consiste en un enfervorizado y místico poema de siete versos celebrando su boda con la Eternidad en un nupcial círculo del retorno. Cada uno de los versos acaba con las mismas palabras:

«Nunca he encontrado a la mujer de quien quisiera hijos, a no ser ésta a la que amo: ¡pues te amo, oh, eternidad!

»¡Pues te amo, oh eternidad!».

Acabó el libro el 18 de enero. Dos semanas antes lo había visitado en su *pension* el doctor Julius Paneth, un joven zoólogo judeovienés. Paneth conocía los textos de Nietzsche y acudió a presentarle sus respetos. Esperaba

encontrar un profeta, un orador *fortisimo furioso*. Como a Lou, lo desconcertó descubrir a un hombre excepcionalmente templado, notablemente sencillo y amigable. En él no había rastro de profeta. Pasaron seis horas conversando, durante las cuales Nietzsche se mostró natural, sosegado, inofensivo y nada presuntuoso. Aunque era serio y digno, también tenía sentido del humor, y respondía con sensibilidad al humor ajeno. Su conversación empezó con una charla absolutamente banal sobre el tiempo y la pensión. Cuando entró en el tema de sus ideas y libros, la actitud de Nietzsche no se alteró, sino que siguió manteniendo un tranquilo y cortés *pianissimo*. Le contó a Paneth que siempre había creído que tenía una misión, y que poseía la capacidad de ver imágenes con los ojos cerrados, muy vívidas, que siempre cambiaban. Lo inspiraban, pero el malestar físico, como cuando enfermaba, las volvía desagradables, aterradoras y repelentes.**[11]**

Nietzsche hizo una nueva amiga apenas un par de meses después de haber acabado la tercera parte de *Zaratustra*. Ella confirma que era tan sencillo y humilde como le había parecido a Julius Paneth. Resa von Schirnhofer**[12]** era una acaudalada feminista de veintinueve años que había viajado a Niza en cuanto acabó su primer semestre de estudios en la Universidad de Zúrich, una de las primeras universidades que admitió estudiantes femeninas. A su debido tiempo, Resa redactaría una tesis doctoral comparando los sistemas filosóficos de Schelling y Spinoza. Fue a Niza por consejo de Malwida von Meysenbug, que no había abandonado del todo la esperanza de encontrarle una esposa a Nietzsche.

Resa se tomó la presentación de Malwida con sentimientos encontrados. Por un lado, admiraba *El nacimiento de la tragedia*, pero también había visto la tristemente famosa fotografía de Nietzsche y Rée enganchados al carro de Lou. Ella se encontraba entre los muchos a quienes Lou se la había mostrado en el Festival de Bayreuth de 1882, y sus reservas sobre la fotografía hacían que conocer a Nietzsche le incomodara un tanto, pero sus dudas se disiparon casi inmediatamente por «su serio aspecto profesoral» y su ingenua sinceridad. Los diez días que pasó en la Riviera, entre el 3 y el 13 de abril de 1884, estuvieron juntos casi todo el tiempo.

A esas alturas, la tercera parte de *Zaratustra* estaba acabada y la había enviado al impresor. Podría esperarse que Nietzsche se limitara a hablar exclusivamente de sí mismo y su obra, pero, por el contrario, mostró gran interés por el programa de lecturas de Resa. Le recomendó muchos autores franceses: los hermanos Goncourt, Saint-Simon sobre historia, Taine sobre la Revolución francesa y *Rojo y negro* de Stendhal. Le dijo que Stendhal había

anunciado «con asombrosa seguridad» que sería célebre cuarenta años más tarde, y Nietzsche estaba persuadido de que lo mismo le pasaría a él.

Por grande que fuera la distancia mental entre el filósofo y la estudiante, a ella le pareció sobre todo afable, suelto, divertido y muy humano. Era una persona de una sensibilidad, ternura y amabilidad exquisitas. Trataba con delicada cortesía a cuantos se encontraba, pero todavía más a las damas, jóvenes y mayores. Eso lo convirtió en un huésped popular en la Pension de Genève, donde se referían a él como «el querido profesor medio ciego» y tenían pequeños detalles con él para facilitarle la vida. Resa no tardó en sentirse tan libre a su lado que empezó a charlar de todo. Cuando le contó que a veces tenía sueños interesantes, él le aconsejó con toda seriedad que tuviera siempre papel y pluma a mano por las noches, como hacía él mismo. Nietzsche concedía importancia a los sueños y al significado de las ideas nocturnas, «porque por la noche a menudo nos visitan extraños pensamientos que deberíamos registrar en cuanto nos despertamos por la noche, ya que por la mañana nos cuesta volver a encontrarlos, se han alejado aleteando con la oscuridad nocturna».[13]

Aunque fue una relación afectuosa, no pasó de ahí. La pasión de Nietzsche no se encendió como la había encendido Lou. Resa y Nietzsche no hablaban como iguales. Había una comunión, pero no una inteligencia afín. Ella sacó de él el profesor que tanto había disfrutado instruyendo las jóvenes mentes en el *Pädagogium*. Él le hablaba con seriedad, pero con tacto para no agobiarla. En una conversación sobre la objetividad, él le advirtió que era imposible librarse de los prejuicios. Debía tenerlo siempre presente. Uno desecha prejuicios sólo para caer en otros nuevos.

Le regaló las tres partes de *Zaratustra* con la dedicatoria «*In nova fert animus*» [«El ánimo nos conduce a cosas nuevas»]. La llevó de excursión por el monte Boron, que había sido uno de sus paseos buscando inspiración durante la redacción de la tercera parte de *Zaratustra*. Ni siquiera ahí se hizo el místico ni el pedagogo. Nubes de mariposas se alzaban del tomillo fragante cuando pasaban. Bajo ellos, el bucle verde de la bahía de los Ángeles de Niza centelleaba con sus barcos pintados de blanco. Él habló de que podían coger el barco a Córcega.

Cuando casi habían llegado a la cima, unos guardias franceses les impidieron el paso y los hicieron regresar. Se habían extraviado y entrado en terreno prohibido, metiéndose en la zona del Fort du Mont Alban, la antigua fortificación que había servido de puesto de vigilancia durante las disputas territoriales entre Francia e Italia a lo largo de los cien años anteriores. A

Nietzsche le encantó ese encuentro con soldaditos de juguete. Su ánimo excitado se vio todavía más estimulado cuando repentinamente se levantó un viento mistral que disipó las nubes y su electricidad, dejando un despejado cielo azul. Él la condujo monte abajo hasta un pequeño café, donde le enseñó qué era el vermú. Acompañó los sorbos con la nariz fruncida de Resa con un comentario extravagante en pareados sobre su aventura en el ridículo mundo que los rodeaba, empezando por el tema de la *bewachte Berg*, la bien vigilada montaña.

La invitó a acompañarlo a los toros en Niza. Ella mostró sus reservas, pero él le aseguró que ahí la *corrida* estaba limitada por una regulación oficial que prohibía el uso de caballos o la muerte de los animales. Los seis toros que se sucedieron en la arena parecían conocer las normas tan bien como los matadores. Al poco, las mansas escaramuzas parecieron tan absurdas que les entró una risa incontrolable. Cuando la primitiva orquesta interpretó *Carmen*, la música tuvo un efecto electrizante en Nietzsche. En un instante pasó de las carcajadas histéricas al éxtasis. Llamó la atención de Resa sobre los ritmos vibrantes y ella comprendió el poder que la música ejercía sobre él. También estremeció a la joven, y escribió que le sorprendió que despertara, incluso en su alma amante de los animales, un intenso deseo de ver una auténtica corrida de toros con su crueldad estilizada y su glorificación salvaje y dionisíaca de la muerte heroica.

Él le recitó «La canción de los sepulcros» y le pidió que le leyera «La canción de la danza» que canta Zaratustra mientras Cupido y la chica bailan en el prado. A ella la canción le pareció «Una red transparente tejida con hilos de melancolía, [que] se cierne temblorosa sobre el oscuro abismo del deseo de muerte».

Después, él se quedó silencioso y triste durante un largo rato.

Habían pasado diez días juntos. Una semana después de que Resa dejara Niza, Nietzsche viajó a Venecia. Ahí Heinrich Köselitz (alias Peter Gast) seguía, con el erróneo aliento de Nietzsche, exprimiendo su escaso talento musical para componer ópera. Al leer la partitura, Nietzsche la criticó casi con tanta dureza como Von Bülow había criticado en el pasado sus propios empeños musicales, pero Peter Gast se tomó los comentarios de Nietzsche con un espíritu más humilde. Incluso cambió el título y el idioma del libreto por indicación de Nietzsche. El italiano *Il matrimonio segreto* [«La boda secreta»] se convirtió en el alemán *Der Löwe von Venedig* [«El león de Venecia»]. Ese innecesario ejercicio de poder sobre el desventurado Gast

puede ser una manifestación de la propia pérdida de confianza de Nietzsche tras la publicación de los primeros tres libros de *Zaratustra*.

Su editor se mostró tibio con los tres. Incluso Jacob Burckhardt, que había comprendido y apreciaba mucho las dos primeras partes, se sintió tan incómodo cuando le preguntó su opinión por la tercera como para contestar con evasivas preguntándose si Nietzsche estaba pensando en escribir teatro.

La salud de Nietzsche sufrió un grave deterioro durante el verano. Los ojos le dolían espantosamente y tuvo accesos de vómitos que se prolongaron durante días seguidos. Los médicos no tenían nada nuevo que decir sobre sus ojos ni sobre su dañado estómago, ni sobre ninguna posibilidad de que mejorara su sueño. Así que recurrió de nuevo a la automedicación, ingiriendo grandes cantidades de hidrato de cloral, un potente sedante y medicamento hipnótico utilizado para aliviar el insomnio y reducir la ansiedad. Las dosis incorrectas del hidrato de cloral producían náuseas, vómitos, alucinaciones, confusión, convulsiones, respiración y pulsaciones irregulares: de hecho, todos los síntomas para los que Nietzsche lo estaba tomando.

La desesperación lo llevó de regreso a su amada Sils-Maria, donde había convertido en propia su habitación en casa de Gian Durisch pagando para que la decoraran con un papel pintado que le gustaba, un papel con dibujos florales en tonos apagados de verde, marrón y azul.**[14]** La habitación es todo lo pequeña y sencilla que puede imaginarse. Un techo bajo, un ventana diminuta, una cama estrecha, una pequeña mesa rústica delante de la ventana, un sacabotas que en sus buenos tiempos a menudo tenía una bota enganchada. Apenas cabía el baúl «zambo» con los 104 kilos de libros.

Resa von Schirnhofer fue a visitarlo a Sils-Maria a mediados de agosto. Su semestre de verano en la universidad había acabado y ella volvía con una colega desde Zúrich a su Austria natal. A Resa le conmocionó el dramático cambio, tanto físico como en su conversación, que había experimentado Nietzsche desde los días que habían pasado juntos en Niza.

Nietzsche estuvo enfermo durante la mayor parte de su visita, pero en un momento dado se recuperó lo suficiente para llevarla de excursión a la roca de Zaratustra, a unos cuarenta y cinco minutos de la casa de Gian Durisch. El Nietzsche prosaico y controlado había desaparecido. Hablando con premura y exaltado, derramaba «una profusión de ideas e imágenes en pronunciamientos ditirámbicos»; Resa tiene el tacto de subrayar que aunque su conversación había cambiado y se había vuelto deslumbrante, Nietzsche hablaba sin rastro

de megalomanía ni jactancia. Se expresaba con un asombro ingenuo e ilimitado, como si el fluir de las ideas lo desconcertara, como una influencia que escapaba a su control. Le dijo que hacía que su ser entero se sumiera en una inquietud vibrante.

Cuando abandonaron la roca de Zaratustra y volvían ya a casa a través de los bosques, apareció un rebaño de vacas que arremetió contra ellos colina abajo. A Resa la asustaban las vacas y echó a correr. Nietzsche simplemente apuntó con su constante compañero, el paraguas, hacia ellas y lo agitó adelante y atrás. Eso hizo huir a las vacas. Él se rio, avergonzando a Resa por su cobardía. Explicó que cuando tenía cinco años, un toro las embistió a su madre y a ella y se habían librado por los pelos. Ante el comentario, Nietzsche se puso serio y se extendió sobre la onda, que a menudo se prolonga de por vida, provocada por un trauma nervioso sufrido en la temprana infancia.

Resa no lo vio al día siguiente. Se quedó la jornada entera postrado en la cama. Un día y medio más tarde, ella fue a casa de Gian Durisch para preguntar por su salud. La hicieron esperar en el pequeño comedor de techo bajo con paredes forradas con paneles de pino.

De repente la puerta se abrió y apareció Nietzsche, con aspecto agotado, pálido y turbado. Apoyándose en el quicio de la puerta, inmediatamente empezó a hablar de su terrible estado. Se quejó de que no podía estar tranquilo. Cuando cerraba los ojos sólo veía una jungla fantasmal cada vez mayor, de formas siempre cambiantes, una abundancia exuberante hasta lo repulsivo de flores fantásticas que no paraban de entrelazarse y retorcerse en un ciclo acelerado de crecimiento y repugnante descomposición. Resa había leído a Baudelaire. Se preguntó si Nietzsche tomaba opio o hachís.

Todavía apoyado en la puerta, le preguntó con voz débil y un turbador apremio: «¿No cree que este estado es un síntoma de locura incipiente? Mi padre murió de una enfermedad cerebral».

Ella estaba demasiado confusa y asustada para responder en ese momento. En un estado de angustia casi incontrolable, él le repitió insistente la pregunta. Paralizada de miedo, ella no supo qué decir.

16

¡Me tendió una emboscada!

> A propósito, *Zaratustra* entero es una explosión de fuerzas que se han estado acumulando durante décadas. Y el causante de esas explosiones puede volarse a sí mismo con facilidad. Es algo que he querido hacer con frecuencia.
>
> Carta a Franz Overbeck, 8 de febrero de 1884

Nietzsche tenía una confianza absoluta en *Zaratustra,* aunque las ventas fueron decepcionantes y sus seguidores más acríticos, Overbeck y Peter Gast, repitieron el consejo de su editor. Todos coincidían en que ya había escrito bastantes libros de Zaratustra y también en que había escrito más que suficiente en estilo aforístico. A nadie le apetecía más. Pero Zaratustra no lo dejaba en paz. Él seguía tomando más notas. Parecía haberse convertido en rutina que lo visitara la inspiración de Zaratustra en el periodo de Navidades y el Año Nuevo. Redactó un cuarto volumen entre diciembre de 1884 y abril de 1885, exactamente un año después de la tercera parte.

Para él fue una verdadera sorpresa el que Schmeitzner sencillamente se negara a publicarlo. Las diferencias políticas e ideológicas entre Nietzsche y Schmeitzner se habían acentuado considerablemente durante la redacción y la publicación de las partes anteriores. Un lento *crescendo* de desconfianza se había ido desarrollando entre el autor y el editor, haciendo que el proceso de publicación de cada parte resultara cada vez más difícil.

A Nietzsche le había hecho cierta gracia cuando la primera parte se había visto retenida para acabar antes una impresión de medio millón de himnos eclesiásticos, pero sintió algo muy diferente cuando se enteró de que Schmeitzner estaba publicando el diario *Antisemitische Blätter* [«La hoja antisemita»], y que éste reflejaba las opiniones políticas del editor.

Zaratustra III era el décimo primer libro que Schmeitzner había publicado para Nietzsche. Ninguno de ellos había sido rentable. Schmeitzner imprimía en ediciones de mil ejemplares, y los libros de *Zaratustra* habían vendido menos de cien cada uno. No es de extrañar que se mostrase reacio a continuar.

Desde el momento en que dimitió en Basilea, Nietzsche había prestado una nula atención al estado de sus finanzas personales, del que tenía un completo desconocimiento. Su deliberada desatención convertía en confusos sus acuerdos de publicación. Su principal fuente de ingresos era su pensión de la Universidad de Basilea, de la que recibía tres mil francos suizos (2.400 marcos alemanes) al año. En 1879, en un ataque de entusiasmo, Nietzsche había confiado a su editor la inversión de sus ahorros —de su salario y de su pensión—, que ascendían a unos 1.600 marcos. También había heredado pequeños legados familiares de la abuela Erdmuthe, la tía Rosalie y el hermanastro de su padre. Éstos habían sido colocados en cautelosas inversiones a largo plazo que supervisaba su madre. Franz Overbeck también guardaba parte de su dinero en Suiza. Cuando se había excedido en los gastos, a veces recurría a Overbeck pidiéndole francos suizos, y otras veces a Schmeitzner solicitando marcos. En otras ocasiones le pedía a Overbeck que le mandara dinero a Schmeitzner. Sólo como último recurso acudía a su madre, dado que el dinero llegaba acompañado de sermones sobre el despilfarro y funestos avisos sobre un Armagedón financiero.

Schmeitzner le pagaba honradamente a Nietzsche las regalías que le debía, pero cuando se estaba imprimiendo *Zaratustra* III, Nietzsche se vio necesitado de quinientos francos suizos para devolver dinero que debía, sobre todo a una librería de segunda mano. Schmeitzner prometió pagarle antes del 1 de abril de 1884. La fecha pasó. Nietzsche se agobió. Schmeitzner tenía a esas alturas unos 5.000 o 5.600 marcos, una suma de gran importancia para la seguridad futura de Nietzsche. La pensión de la universidad sólo se prolongaba durante seis años y la fecha se cumplía en junio de 1885. Nietzsche sentía un verdadero miedo a cómo se ganaría la vida cuando se interrumpiese. Schmeitzner escribió: «Pese a lo mucho que siento las complicaciones económicas, hay una gran diferencia entre alguien que se ha empobrecido y alguien que posee una fortuna pero está obligado a seguir en editoriales y en el negocio editorial durante unos años, lo que implica que esos valores no son líquidos…».[1]

Sugería que si Nietzsche necesitaba el dinero con urgencia, él liquidaría los restos de los libros no vendidos de Nietzsche por veinte mil marcos, y de esa suma se pagaría a Nietzsche. Eso era más que alarmante. A ningún autor le gusta que vendan sus libros como saldos.

Llegado el caso, nadie estaba dispuesto a adquirir los 9.732 ejemplares de saldo. Pasó el Año Nuevo de 1885 y Schmeitzner no había cumplido su promesa de pagarle. Nietzsche contrató «a un abogado muy listo», un pariente

lejano de su madre que se llamaba Bernhard Daechsel, para que lo representara. Daechsel no era optimista. Schmeitzner se comprometió a pagar en junio, pero de nuevo incumplió su palabra. En agosto, a Nietzsche se le metió en la cabeza que debía forzar una subasta de los libros y pujar por los que quería, para así volverlos a publicar en un nuevo formato. Sólo quería *Humano, demasiado humano* y su añadido de «Opiniones y sentencias diversas», así como «El caminante y su sombra» y las tres primeras partes de *Zaratustra*.

Avanzado agosto, ordenó a su abogado que solicitara una subasta forzosa de la editorial entera de Schmeitzner. La posibilidad de acabar expulsado de sus propios locales asustó lo bastante al editor como para que le devolviera los 5.600 marcos a Nietzsche en octubre. Eso implicaba que Schmeitzner no tenía que vender ni su editorial ni los restos de los libros de Nietzsche. Un buen resultado para él, pero no tanto para Nietzsche, que contempló cómo sus libros quedaban ahora enterrados para siempre en «este foso antisemita».[2]

Pagó su deuda con la librería de segunda mano de Leipzig y se dio el lujo de ejercer de mecenas musical organizando una interpretación privada de la obertura de *El león de Venecia* de su protegido Peter Gast. También complació a su madre pagando una delicada lápida de mármol para la tumba de su padre. Por lo que sabemos, Nietzsche fue el responsable del texto grabado en la piedra. Se ajusta estrictamente a las convenciones cristianas: «Aquí reposa en Dios Carl Ludwig Nietzsche, Pastor de Röcken, Michlitz y Bothfeld, nacido el 11 de octubre de 1813 y fallecido el 30 de julio de 1849. Luego le siguió a la Eternidad su hijo pequeño Ludwig Joseph, nacido el 27 de febrero de 1848 y fallecido el 4 de enero de 1850. El amor jamás se extingue. 1 Cor 13:8».

Le escribió a Carl von Gersdorff, pidiéndole que financiara una pequeña edición privada de unos veinte ejemplares de *Zaratustra* parte IV.[3] Von Gersdorff ni siquiera le contestó. Por fortuna, la Universidad de Basilea decidió renovar el pago de su pensión un año más y él pudo imprimir el libro por su cuenta.

Zaratustra IV se lee como una larga fantasía de venganza contra cuantos lo habían perturbado a lo largo de su vida, de Dios a las sanguijuelas que le habían sujetado los médicos en la cabeza para chuparle la sangre.

Zaratustra vive en su caverna con sus animales, que lo animan a subir a la cima de la montaña. Ahí mantiene conversaciones con «los hombres más elevados» que hasta ahora han sido la vanguardia de la cultura. Entre ellos se cuentan reyes, el papa, Schopenhauer, Wagner e incluso el propio Nietzsche.

Uno por uno, Zaratustra los va enviando a todos a su caverna, donde conocerán la sabiduría. Cuando Zaratustra llega a la cueva, descubre que están adorando a un burro. En ausencia de un dios, la humanidad adorará cualquier cosa. Zaratustra les ofrece una Última Cena en la que los sermonea (largamente) sobre el hombre más elevado, el superhombre. Les advierte para que no excedan sus propias fuerzas, que no confíen en que él enderece lo que ellos han hecho mal. Se niega a alejar el rayo de ellos. Dirige un *Dies Irae*, un iracundo Día del Juicio Final. Vence a todos.

Wagner, «el Brujo cuya música expresa con más dulzura el peligro, la pérdida del instinto y la buena fe, de la buena conciencia», coge un arpa e intenta alejar a los discípulos de Zaratustra de él con una canción. La sombra del viajero le arrebata el arpa y replica con una canción muy larga y extravagante repleta de imágenes exageradas. Hay chicas-gatitas recelosas, monstruos aleonados de melenas rubias y otros extraños híbridos y fantasmagorías que conjuran, en literatura, nada menos que a Samuel Taylor Coleridge en sus momentos más barrocos bajo la influencia del láudano. Se puede discutir sin fin sobre cuánto le debía ese pasaje a los polvos para dormir de Nietzsche y cuánto a un deseo de parodiar el Apocalipsis de san Juan. Algunos incluso lo interpretan como una referencia a su experiencia en el burdel de Colonia.

El narrador del poema se identifica como la primera voz europea bajo las palmeras. Ruge como un león moral ante las hijas del desierto. Exhibiendo la habitual complejidad del occidental al reaccionar ante Oriente, se deja llevar por la admiración hacia las palmeras oscilando bajo las sacudidas del viento. Intenta imitarlas y pierde una pierna en el proceso. Sin desanimarse, y caminando con una pierna mientras bebe y aspira el aire más puro por las alas de la nariz hinchadas como cálices, ruge. Finalmente Zaratustra abandona su caverna, resplandeciente y fortalecido, «como un sol matinal que emerge entre montañas oscuras», y así acaba lo que él denominaba «la espléndida y entusiasta osadía de este relato de marinero».

El propio Nietzsche creía que *Así habló Zaratustra* era su obra más importante y, pese a su complejidad mística —o quizá debido a ella— se convirtió en su obra más popular, aunque eso no le deparó ningún reconocimiento durante su vida. *Zaratustra* desarrolla los temas fundamentales de su filosofía de madurez: el eterno retorno, la autosuperación y el devenir del *Übermensch* a través de visiones radiantes aunque desconcertantes que nos desafían a pensar por nuestra cuenta.

Uno de los rasgos más frustrantes y provocadores de Nietzsche es que, fiel a su aversión a interferir en nuestra libertad de pensamiento, se niegue a mostrarnos el sendero que lleva al *Übermensch*; ni, de hecho, nos explica qué es el *Übermensch*. Sabemos que Nietzsche lo concibe como el hombre fuerte del futuro, el antídoto al empequeñecimiento cultural generado por siglos de decadencia europea y dominio de la Iglesia. Es la figura que, pese a la muerte de Dios, no sucumbe al escepticismo ni al nihilismo; su liberación de la creencia enriquece su vida. Su liberación de las creencias religiosas equivale a su resistencia a transferir esa creencia a la ciencia. El *Übermensch* no necesita de ninguna fe para percibir un mundo estable.

¿Cómo alcanza ese estado el *Übermensch*? Nietzsche no nos lo explica. Lo más que se aproxima a una descripción es invariablemente vago y exasperantemente abstracto. En *Ecce homo*, el *Übermensch* se describe como tallado en madera que es a la vez dura, suave y fragante. Sabe cómo reparar el daño, saca provecho de los contratiempos y sabe olvidar. Es lo bastante fuerte para que todo concluya de la mejor manera para él, y lo que no lo mata lo hace más fuerte.**[4]** En *Humano, demasiado humano* se lo describe como un viajero consciente de que se dirige a un destino que no existe. Pero eso no arruina su vida; por el contrario, su liberación radica en disfrutar de la incertidumbre y la fugacidad. Da la bienvenida a cada nuevo amanecer por la evolución del pensamiento que traerá. Su angustia existencial puede aliviarse pese a la ausencia del ideal o de lo divino.**[5]**

Como siempre, Nietzsche nos estimula a ir a cosas más elevadas en estos pasajes, pero sin establecer las leyes. Él, que gustaba describirse a sí mismo como el argonauta del espíritu, así como el filósofo del «quizás», no identifica ningún problema específico de la condición humana que deba resolver, pero su vaga descripción del *Übermensch* nos anima a buscar a cada uno una solución por nuestra cuenta.

La impresión privada de unos cuarenta ejemplares que hizo Constantin Naumann en Leipzig le costó 284 marcos y 40 *pfennings*. Cuando estaba prácticamente preparada en mayo de 1885, se la guardó, manteniéndola oculta de cualquiera que pudiera revisarla o publicarla. Su excusa fue que las palabras «publicidad» y «público» sonaban en sus orejas idénticas a las palabras «prostíbulo» y «meretriz».**[6]** Sólo mandó siete ejemplares de cortesía: a Von Gersdorff, Overbeck, Peter Gast y Paul Widemann, el amigo que había acompañado a Gast a Basilea al principio de su amistad; un

admirador relativamente nuevo llamado Paul Lansky también recibió un ejemplar. Lansky se proponía escribir un libro sobre Nietzsche, pero irritaba a éste porque parecía un zapatero y tenía la costumbre de suspirar. No envió ningún ejemplar a Burckhardt, pero sí uno a Elisabeth y, por extraño que parezca, otro a Bernhard Förster.

Nietzsche se mantenía alejado de Naumburgo. Elisabeth iba a cumplir los treinta y nueve y había sugerido a Förster que volviese a Alemania en marzo de 1885 para que pudieran casarse el 22 de mayo, el aniversario del nacimiento de Wagner. El detalle no pasó inadvertido en Bayreuth, donde Cosima se había hecho cargo de la gestión del festival y todo lo demás. El antisemitismo de Cosima siempre había sido más visceral que el de Wagner. Su viudedad le dio espacio para desarrollarse todavía más y la red de las Sociedades Wagnerianas servía de caja de resonancia para los prejuicios raciales por toda Alemania.

Nietzsche recibió noticias de los preparativos de boda de Elisabeth con calma y un interés distante. Dejó claro que no asistiría a la ceremonia y que no tenía intención de conocer a su futuro cuñado. Elisabeth le pidió que, como regalo de boda, le diera el grabado de Durero de 1513 *El caballero, la muerte y el diablo*. Él amaba el cuadro. Le había regalado una copia a Wagner en los tiempos de Tribschen, cuando habían pensado que el caballero simbolizaba a ambos cabalgando al rescate de la cultura alemana. Su propia copia del grabado era una de las pocas posesiones que no había vendido cuando se fue de Basilea. Se lo había confiado a Overbeck durante sus años de vagabundeo. Era demasiado frágil y precioso para el traqueteo entre sus libros en el baúl zambo. Le pidió a Overbeck que se lo enviara a Elisabeth a Naumburgo, donde llegó a tiempo para la boda. La pareja se lo agradeció tan efusivamente que asumió que había cumplido de sobra con las obligaciones de la generosidad para un regalo en una ocasión como ésa. Expresó su deseo de que el futuro de la joven pareja fuera más alegre que el que se retrataba en el cuadro.

Sus cartas a casa eran cautelosas y acríticas, pero no se resistía a burlarse de Llama por pequeños detalles. El apodo cariñoso de Förster para Elisabeth era «Eli». ¿Se daban cuenta los dos de que ésa era la palabra hebrea para «Dios mío»? ¿Podía un vegetariano fanático como Förster ser capaz de fundar una colonia? Los ingleses habían sido los mejores en ese sentido, y su éxito pareció basarse casi exclusivamente en la flema británica y el rosbif. Había observado que una dieta vegetariana y abstemia producía irritación y tristeza, lo contrario de lo que se necesitaba en ese tipo de empresas. Su propia última

dieta se basaba casi exclusivamente en carne, yemas de huevo, arroz, ruibarbo, té, coñac y grog. La recomendaba como el medio más eficaz de sacar la mayor sustancia de los menos elementos.

Pero, pese a toda esa frivolidad burlona, cuando llegó el momento, le escribió a Elisabeth la carta más seria que le había escrito desde su misiva como escolar sobre la fe. Llamándola «una especie de balance de mi vida», le decía que ésta le parecía una serie de tediosas tentativas de encajar en un entorno falso. «Casi todas mis relaciones humanas han sido consecuencia de ataques de una sensación de aislamiento. […] Mi memoria siente el peso de mil recuerdos vergonzosos de esos momentos de debilidad, en los que de ningún modo podía soportar más la soledad […] hay algo en mí remoto y ajeno, de forma que mis palabras tienen otros colores que esas mismas palabras en boca de otros […] cuanto he escrito hasta ahora está en primer plano; para mí lo verdadero empieza sólo con los espacios en blanco […] éstos son un juego para mí pero, sobre todo, escondites detrás de los que puedo sentarme un rato.

»Así que no me tomes por loco, mi querida Llama, y sobre todo perdóname por no asistir a tu boda, ¡un filósofo tan "enfermo" sería una persona equivocada para ejercer de padrino de la novia! Con mil cariñosos buenos deseos, tu F.»[7]

Se pasó el día de la boda en el Lido de Venecia, bañándose en el mar con una familia de Basilea. Su carta, reflexiva e introvertida, sumada a la evidente tranquilidad emocional con la que se tomó cuanto rodeaba a la boda, parece dar el *coup de grâce* definitivo a la repetida leyenda de su excesiva atracción hacia su hermana.

Es llamativa la petición que le hace: «No me tomes por loco». En Sils-Maria, a Resa von Schirnhofer le había parecido aterrado ante la posible demencia hereditaria. En las conversaciones con Resa le había llamado la atención sobre el libro *Inquiries into Human Faculty and Its Development* [«Investigaciones sobre las facultades humanas y su desarrollo»] (1883) de Francis Galton, primo de Darwin y fundador de la eugenesia.

En la década de 1850, los primeros años de la vida de Nietzsche, se había empezado a entender la transmisión de enfermedades hereditarias. Eso había dado pie a la idea de sangre «degenerada» o «mala» hereditaria. Con su padre y varios parientes más lejanos de su familia aquejados de diversos grados de locura, Nietzsche difícilmente podía descartar la idea de que, en el

pensamiento contemporáneo cuasi-científico, implicaba la existencia de una propensión a la degeneración moral. La teoría se propagó a lo largo de la vida de Nietzsche, culminando con la publicación en 1892 de *Degeneración,* de Max Nordau, un éxito de ventas, inmensamente influyente y aterradoramente racista, que satisfacía el deseo humano de certidumbres predicando un destino ineludible determinado por la sangre. Nietzsche había abordado el tema en *Zaratustra* sugiriendo que no sólo debemos enfrentarnos a los fantasmas de las ideas y las creencias muertas, sino también a lo que hemos heredado de nuestros padres y fluye por nuestra sangre. Sólo mediante esa acción puede uno desarrollar su potencial y llegar a ser quien es.

En la misma conversación con Resa von Schirnhofer, Nietzsche había subrayado que la herencia no implica necesariamente un destino ineludible. La empatía con culturas extranjeras y la comprensión del «otro» podrían desempeñar un papel en el desarrollo de una vida. Resa había comentado que, ni por su aspecto exterior ni por su naturaleza espiritual, le parecía alguien típicamente alemán. La forma de su cabeza le recordaba a un retrato que había visto en una galería en Viena, obra de Jan Matejko, un pintor polaco más conocido por retratos históricos heroicos de personas de su raza.

Nietzsche acogió la idea con entusiasmo. A partir de ese momento diría alegremente a la gente que en realidad no era alemán sino polaco. Un descendiente de aristócratas polacos cuyo apellido era Nietzky. Como antiguo filólogo, le encantaba la supuesta etimología del nombre que, afirmaba, significaba «nihilista» en polaco.

Eso le daba una espléndida máscara que lucir. De golpe se convertía en un buen europeo tanto por sangre como por inclinación cultural. Lo distanciaba de la virtud de Naumburgo y del nacionalismo alemán que predicaba por todo el país su nuevo cuñado.

Los recién casados no emprendieron inmediatamente su misión en Paraguay. Franziska propuso que, hasta que las cosas se asentaran, Förster debía convertirse en tutor por herencia de los nietos de una de las tres princesas Altemburgo de las que había sido tutor durante un breve periodo el padre de Elisabeth. La gran esperanza de Franziska era la princesa Alexandra, que era ahora gran duquesa tras casarse con el gran duque Constantino de Rusia. Su hija era reina de Grecia y tenía siete hijos obviamente necesitados de un tutor. Ansiosa por conseguirlo, Franziska se ofreció a mover los hilos necesarios, aunque reconocía que podría haber dificultades con la lengua, por no mencionar, añadió Förster con tono lúgubre, el creciente poder de los judíos.

La sugerencia más práctica de Elisabeth fue que sería mucho más provechoso para su amado encontrar financiación y seguir reclutando colonos en Alemania y no desde el puesto avanzado en Paraguay. Eso era incuestionablemente cierto y Förster se pasó los nueve meses que transcurrieron entre la boda y su partida hacia Paraguay recorriendo el país y dirigiéndose no sólo a las Sociedades Wagnerianas, cuyos miembros eran demasiado refinados para verse como la primera oleada de colonizadores picapedreros, sino también a organizaciones de granjeros, carpinteros y otros artesanos especializados, de menor nivel social, quienes no eran tan orgullosos como para avergonzarse de formar parte de la vanguardia útil.

Tenía la intención de reclutar a veinte familias. Cada una debía aportar entre mil y diez mil marcos. Cuando el capital alcanzara la suma de cien mil marcos, la extensión de tierra apropiada estaría «asegurada» y cada familia recibiría su parcela. Debían cultivar su trozo de tierra como quisieran y legarla a sus herederos, pero no podían comerciar con ella ni venderla nunca. No es extraño que los reclutas tardaran en llegar. La mayoría de los artesanos cualificados en esa posición emigraba a Estados Unidos más fácilmente, con menos costes y menos condiciones, un hecho que Förster lamentaba: «Cada vez que un alemán se convierte en un yanqui, la humanidad sufre una pérdida».

Mientras Förster recorría el país dando rienda suelta a la demagogia, Elisabeth disfrutaba convirtiendo la casa de su madre en Naumburgo en el centro de la propaganda para la empresa de su marido. Finalmente había encontrado una función para sus considerables dotes intelectuales y talento organizativo. Cada contacto se veía bombardeado con cartas a las que adjuntaba información sobre la maravillosa oportunidad de invertir en Paraguay. Además, ayudó a preparar la publicación del libro de su marido: *Deutsche Colonien im oberen Laplata-Gebiete mit besonderer Berücksichtigung von Paraguay: Ergebnisse eingehender Prüfungen, praktischer Arbeiten und Reisen 1883-1885* [«Colonias alemanas en las Regiones Superiores de La Plata con especial atención a Paraguay: resultados de una investigación a fondo, trabajo práctico y viajes, 1883-1885»]. Ofrecía una imagen completamente engañosa de Paraguay como el jardín de Deméter, un lugar donde la profunda, rojiza y absurdamente fértil marga apenas tenía que ser arañada para florecer en una cornucopia de abundancia desbordante. Era, en dos palabras, un lugar tan fecundo física y espiritualmente como lo había sido Alemania en los espléndidos buenos tiempos antes de la llegada de extranjeros que habían contaminado la madre patria con su degeneración,

convirtiendo Alemania no en una madre patria sino en una madrastra. La Ur-Alemania podía alzarse de nuevo en suelo paraguayo, y lo haría. Cien colonos racialmente puros, no corrompidos por sangre ni ideas extranjeras, iban a tener la oportunidad de transmitir los valores alemanes y la virtud alemana a la posteridad.

Mientras preparaba el libro para su publicación, Elisabeth sobrepasó los límites de la subordinación conyugal. Aligeró la pesada prosa de su marido y reescribió la introducción. A él no le hizo gracia. Menos todavía cuando ella recurrió a su hermano como asesor editorial. Como portada del libro, Förster había elegido una rebuscada fotografía de sí mismo con aspecto curtido y cargado de medallas sobre el expresivo lema: «¡Pese a todos los obstáculos, mantente firme!». Nietzsche le dijo a Elisabeth que ése era un ridículo acto de vanidad. Förster se enfureció. La fotografía era una herramienta necesaria para ilustrar su viril idoneidad para dirigir a gente en la otra punta del mundo. Hubo un irritado intercambio de cartas. Elisabeth le reprochaba a Förster que menospreciara su juicio. Él la acusaba de traicionarlo poniéndose de parte de su hermano contra él. Fue su primera pelea. El libro se publicó íntegro, con la fotografía y el lema.

Para Elisabeth era importante que su marido y su hermano se conocieran antes de partir hacia Paraguay. Nietzsche eligió la ocasión de su cuadragésimo primer cumpleaños, el 15 de octubre de 1885, porque creyó que verlo ese día complacería a su madre y a su hermana. Pasó dos días en Naumburgo, y los dos hombres se encontraron por primera y única vez en sus vidas. Se estrecharon las manos, brindaron por la salud del otro y se desearon buena suerte. A Nietzsche le alivió ver que Förster era menos horroroso de lo que había esperado. En persona no le pareció desagradable. Por el bien de Llama, resultaba tranquilizador que Förster tuviera a todas luces la fuerza física para llevar a cabo la empresa.

Dos días después de conocer a Förster, le escribió a Franz Overbeck contándole que todo el tiempo que había pasado en Naumburgo se había sentido mal, pero que estaba desconcertado y no sabría decir si el malestar procedía del interior o del exterior. Manifestaba su esperanza de que la fantasmagórica celebración del cumpleaños hubiera supuesto su última visita a Naumburgo, aunque sabía, incluso ya cuando lo escribía, que eso no sería posible. Una vez Llama se hubiera ido al extranjero, la enfermedad de las cadenas recaería exclusivamente sobre él y eso haría que las cadenas pesaran todavía más. En cuanto al encuentro con Förster, Nietzsche le contó a Overbeck que la descripción de su cuñado que se había publicado en *The*

Times de Londres le hacía justicia. El periódico informaba de que «es un hombre, como demasiados de sus compatriotas, de una sola idea, y esa idea es Alemania para los alemanes y no para los judíos».[8] Nietzsche confirmaba que Förster le había parecido monomaníaco con su obsesión por el antisemitismo. Pero eso era algo que ya sabía, y no iba a cambiar nada desafiándolo a ese respecto, así que había decidido que bien podría intentar sacar algo útil de la reunión: una evaluación de las capacidades intelectuales de Förster. Era alguien al que costaba respetar, concluyó Nietzsche, no sólo tan cargado de prejuicios como era público y notorio, sino también estrecho de miras e impulsivo. Por su parte, Nietzsche le pareció a Förster bastante despreciable: un típico profesor con la cabeza en las nubes, un espécimen débil físicamente y alejado del tipo de hombre que necesitaba para su colonia. Le alivió saber que Nietzsche había rechazado la invitación de Elisabeth a acompañarlos en su viaje a Paraguay.

17

Clamando en el vacío

> La filosofía, tal como la he entendido y vivido, es vivir voluntariamente en el hielo y las altas montañas, una búsqueda de cuanto de extraño y cuestionable hay en la existencia, todo lo que ha sido proscrito hasta ahora por la moral.
>
> *Ecce Homo*, prólogo, sección 2

Los dos años siguientes, Nietzsche descendió aún más en su interior mientras recorría los paisajes más bellos de Europa, alojándose en pensiones y hoteles baratos. La suya era una presencia silenciosa, cortés, de hombros encorvados y cada vez más desastrada que a los demás huéspedes les resultaba fácil de ignorar. Una vez le habían dicho «Buenos días, profesor» o «*Bon appétit*», podía evitar sin dificultad más conversación. En los comedores comunes se distanciaba todavía más de los glotones que se daban banquetes siguiendo unas dietas exiguas y personales basadas generalmente en té diluido, huevos y carne; a veces sólo comía fruta y bebía leche. Esperaba que tales sacrificios le evitarían las guerras que libraba su intestino contra él por apoderarse de su cuerpo, pero nada le sirvió de defensa frente a los implacables episodios de vómitos, calambres, dolor agudo en las sienes y diarreas que podían alargarse durante siete días seguidos. Condenado a yacer postrado en el lecho y agonizante de dolor en camas alquiladas, dependía por entero de la amabilidad de desconocidos.

Independientemente de su horrorosa salud, a lo largo de los meses de verano recorría a pie las alturas alpinas durante horas seguidas, garabateando notas con fuerza en sus cuadernos. Durante el invierno tomaba trenes entre los balnearios a lo largo de las costas onduladas de Francia e Italia, buscando sin descanso el aire seco y el sol que calentara sus huesos sin cegarlo con su resplandor. Florencia lo complació brevemente con su «aire seco y sutil, que evoca a Maquiavelo», pero no tardó en empezar a quejarse del ruido como de molinillo de café del tráfico sobre los adoquines.

Niza pareció prometedora hasta el 23 de febrero de 1887, cuando su frasco de tinta asumió vida propia y empezó a brincar sobre su mesa como una pulga saltarina. La casa traqueteó y tembló. Otras casas de los alrededores se vinieron abajo. A medio vestir, la gente salió corriendo a las calles derruidas. Nunca hasta entonces había visto el pánico dominarlo todo. La única alma inmune al terror generalizado fue una anciana muy beata que estaba convencida de que el buen Dios no tenía derecho a hacerle ningún daño. El terremoto destruyó la habitación en la Pension de Genève donde había escrito las partes tercera y cuarta de *Zaratustra*. Eso le afectó íntimamente al comprobar la fugacidad de las cosas, que ahora incluía palpablemente su propia historia reciente.**[1]**

Hizo un inventario de sus posesiones mundanas. Consistían en algunas camisas, pantalones, dos abrigos, zapatillas y zapatos, material de afeitado y para escribir, el baúl zambo y una cazuela que le había mandado Elisabeth y a la que él nunca había conseguido cogerle el tranquillo. Había publicado quince libros. El último había vendido cien ejemplares. Su existencia dependía de una pensión que le pagaba una universidad cristiana. Dado el tenor cada vez más antirreligioso de sus libros, esperaba que se la retirase en cualquier momento.

Según su propia valoración, había perdido siete octavos de la visión. Las luces brillantes siempre le habían causado un dolor insoportable. Una visión borrosa general, junto con manchas bailando por todo su campo visual, le proporcionaba una justificación ocular cotidiana para cuestionarse la naturaleza de lo que tomamos por realidad.

Vista desde fuera, la vida de Nietzsche durante 1886 y 1887 parece tranquila e inofensiva, pero fue en ese periodo cuando, con toda la furia del profeta ignorado, examinó los cimientos de nuestras tradiciones intelectuales y morales y blandió contra ellas un martillo en los libros de su filosofía de madurez.

La parte afirmativa de su filosofía había acabado. Zaratustra había colocado los rótulos indicadores que señalaban el sendero de la vida para el afirmador, el que decía sí, el hombre posreligioso dispuesto a asumir por sí mismo las dudas, incoherencias y horrores del mundo. Pero el grito de Zaratustra no había sido escuchado. La tarea de los nuevos libros era «todo lo clara que podía ser»: Zaratustra se volvería fácil de entender.

Esta vez Nietzsche no presentaría sus pensamientos como una parodia bíblica ni disfrazados como la leyenda épica de un héroe. Tampoco enterraría su nuevo libro. Dado que ningún editor mostraba el menor interés en publicar

su obra, la publicaría por su cuenta. Haría que la imprimieran en privado corriendo con los gastos en una edición de seiscientos ejemplares. Si vendía trescientos, recuperaría el dinero. No debería ser tan difícil.

Más allá del bien y del mal (1886) llevaba el subtítulo de *Preludio de una filosofía del futuro*. A diferencia de *Zaratustra*, es un volumen compacto de casi doscientas páginas, pero, aun así, sintió la necesidad de escribir otro libro más para aclarar este libro que había escrito para aclarar *Zaratustra*. Y así la obra que siguió a *Más allá del bien y del mal* se tituló *La genealogía de la moral* (1887) y llevaba el subtítulo de *A modo de aclaración y complemento de mi última obra*.

Adoptando el papel del filósofo del «quizás» y del minotauro de la caverna de la conciencia, se presentó en irritada oposición a la apatía moral, indolente y afable de la sociedad que se aferraba al código moral judeocristiano sin creer ya en la religión. ¡Eso era vivir de la hipocresía y la impostura! ¡Vivir como cristianos a medias!

Cien años después de la muerte de Dios, predijo Nietzsche, su sombra seguiría proyectándose sobre las paredes de la caverna. El minotauro de la caverna exploraría los peligrosos «quizás» para limpiar las paredes restregándolas, redefinir las ideas de bien y mal, si es que siquiera existían cosas como el bien y el mal. Un examen como ése requería una crítica de la civilización, de los fundamentos de la modernidad, de las ciencias, las artes y la política modernas. Como tal, debía ser un «negador» de lo que él describía como la degeneración de la modernidad. Una negación así sólo podía ser válida si empezaba con un examen de la verdad.[2]

«Suponiendo que la verdad sea una mujer —así de llamativamente empieza la primera frase del prólogo a *Más allá del bien y del mal*—, ¿y por qué no? ¿No hay razones para sospechar que todos los filósofos, en la medida en que han sido dogmáticos, no han entendido del todo a las mujeres?»

¿Qué creemos que es la verdad? Los altos edificios del pensamiento europeo. Pero se sustentan en piedras angulares de dogmáticos que, desde tiempos inmemoriales, basaron sus teorías en una mezcla de supersticiones populares —como la superstición sobre las almas— y de algunas atrevidas generalizaciones de experiencias humanas, demasiado humanas, muy limitadas.

El hombre no puede vivir sin esas falsedades. No puede soportar la vida sin afrontar la realidad mediante ficciones totalmente inventadas como la filosofía, la astrología y la religión. Esos tres monstruos han vagando por la tierra a lo largo de los siglos, y nosotros hemos dado forma a la arquitectura

de nuestras creencias supersticiosas a su imagen. El hombre había sido libre al principio, pero se ha encerrado entre las tapias de las creencias, construyendo descabelladamente observatorios zoroastrianos, templos griegos y romanos, pirámides funerarias egipcias y catedrales cristianas. Optó por erigir una arquitectura del miedo y el desconcierto, cuyos cimientos son el terror de que la muerte pudiera llevar a nada más que el olvido. Nos hemos esclavizado a sacerdotes, astrólogos y filósofos. Su influencia es una peligrosa carga para la psicología del hombre.

Debemos cuestionar nuestras nociones del bien y del mal como absolutos eternos en lugar de fugaces convenciones. El punto de partida es examinar al hombre que inculcó esa engañosa idea de que la verdad absoluta existe: Platón.

El más extendido de los errores de los dos mil últimos años ha sido la invención platónica del espíritu puro. Con esa invención, Platón proyecta una mortecina, fría y gris red de conceptos sobre el arcoíris arremolinado de los sentidos, la chusma de los sentidos, como él los llamaba.[3]

¿Se encontraba la naturaleza de la verdad en la famosa caverna de Platón donde la gente, encadenada a una pared, no podía volver la cabeza ni saber que las figuras que veían en las paredes de la caverna eran meras sombras de los objetos reales recortadas contra el fuego que ardía tras ellos? Engañados, tomaban la exhibición de sombras por la realidad o la «verdad». Así, Platón nos cargaba con la idea de la diferencia entre apariencia y realidad. Su teoría de la forma asumía que existía una forma ideal de cada cosa. Desde la forma del color rojo a la de la justicia, aparentemente existía un referente absoluto, y en última instancia incognoscible, para cada objeto y cualidad. Schopenhauer recurrió a la teoría de las formas de Platón en su propia teoría de la voluntad y la representación, una teoría de un mundo absolutamente inventado que Nietzsche ya había refutado en *Humano, demasiado humano*, adoptando la luminosa antorcha de la razón de Voltaire y proyectando su deslumbrante luz sobre las sombrías paredes de la caverna.[4]

Los filósofos no son más que astutos defensores de sus prejuicios, portavoces taimados de sus ideas, a las que denominan «verdades».[5] Son vendedores de crecepelo para el alma. Sus doctrinas equivalen a edictos que imponen el despotismo voluntario sobre la naturaleza humana. La filosofía siempre crea el mundo a su propia imagen, no puede ser de otro modo. La filosofía es la glorificación de la universalización. Su imposición. Pretende que cuanto existe lo haga ajustándose a su propia imagen. La filosofía es un

«impulso tiránico, la voluntad de poder más espiritual, la de “creación del mundo», de la *causa prima*”.[6]

Y la ciencia no es mejor. Las conclusiones de los que buscan el conocimiento por un microscopio no proporcionan más verdad que la de los filósofos. El sentido de la ciencia no es la religión. Pero la ciencia, de algún modo, está sustituyendo a la religión. El mundo moderno está confundiendo la teoría científica con el dogma moral.

«Ahora está empezando a ocurrírsele a puede que cinco o seis cabezas que la física es tan sólo una interpretación y disposición del mundo (según nosotros mismos, si se me permite decirlo) y *no* una explicación del mundo. Pero en la medida en que la física se basa en la fe en los sentidos, se la tiene por algo más, y así seguirá siendo, a saber: por una explicación, que ha de llegar dentro de mucho. Cuenta con nuestros ojos y nuestros dedos como aliados, con la evidencia visual y la táctil. Eso ayudó a fascinar, persuadir, *convencer* a una era con un gusto básicamente plebeyo.» Pero ¿qué se ha explicado? Sólo aquello que puede verse y palparse.[7]

La interpretación del mundo por «darwinistas y antiteleólogos» lleva a Nietzsche a desdecirse de su previa condena rotunda de la teoría platónica del ideal. Al menos ésta nos ofrecía «un tipo de alegría», a diferencia de los científicos que trabajan con la «máxima estupidez posible» y la «menor fuerza posible» para atraer a «una laboriosa raza de recios operarios y constructores de puentes del futuro».[8]

Aunque los humanos aclaman entusiasmados las leyes naturales, lo que en realidad quieren es invertir la teoría de lo natural. «Vivir, ¿no es querer específicamente ser algo distinto que esa naturaleza? ¿Vivir no es valorar, elegir, ser injusto, ser limitado, querer ser distinto?»[9]

Tras sembrar alarmantes dudas en todas las direcciones, propone que al filósofo del peligroso «quizás» le parece la idea de la falsedad tan interesante como la idea de verdad. ¿Por qué no examinar la verdad desde múltiples perspectivas? Desde, por ejemplo, la perspectiva de una rana.[10] Dado que la verdad, como ya nos ha dicho, es tan misteriosa como la naturaleza de una mujer, vuelve al punto en que el eterno femenino está incapacitado para la verdad porque «¡qué le importa la verdad a una mujer! Nada es más completamente ajeno, desfavorable y hostil para las mujeres desde el inicio mismo que la verdad; su gran arte radica en mentir, su mayor preocupación es la apariencia y la belleza».[11]

Todas las verdades son tan sólo interpretaciones personales. No somos más que nuestra memoria y nuestros estados mentales en la sociedad a la que

pertenecemos, una afirmación que la última frase del párrafo anterior sin duda confirma. Su filosofía de los últimos años era vengativamente misógina. Lou, tras haber rechazado su proposición de matrimonio argumentando que, como espíritu libre, ella nunca se casaría, le había propinado otro martillazo con el anuncio de su compromiso con Fred Andreas. Nietzsche no respondió a su carta. Aparte de una nada reveladora carta a Malwida comentando con desdén que «nadie sabe quién es el tal Andreas», se guardó sus pensamientos y emociones para sí.[12]

Una vez examinada la naturaleza de la verdad, *Más allá del bien y del mal* pasa a examinar la naturaleza del yo. Para ello, Nietzsche analiza las consecuencias de decir «pienso» en un osado fragmento que hace tambalearse los cimientos mismos del pensamiento occidental deconstruyendo el famoso «Pienso, luego existo» de Descartes.

«Se decía que "yo»" era una condición y "pienso" un predicado y condicionado; pensar es una actividad y *debe* pensarse un sujeto que sea su causa.» ¿Y si lo contrario fuera cierto? ¿Y si «pensar» fuera la condición y «yo» lo condicionado? En ese caso, «"Yo" sería una síntesis que se *genera* por el pensar mismo».[13] Es imposible tener la certidumbre de que existe un «yo» que piensa, imposible saber que tiene que haber algo que piense, que el pensamiento es una actividad y una operación por parte de una entidad considerada una causa. Es imposible saber si lo que es designado como «pensamiento» ha sido ya determinado, si yo sé qué es el pensamiento. ¿Es posible que «yo» no sea meramente una síntesis generada por el pensamiento?

«Quién se atreva a responder a estas preguntas metafísicas inmediatamente invocando a una especie de conocimiento intuitivo, como quien dice "Pienso y sé que, como mínimo, esto es verdadero, real, cierto", encontrará el filósofo de hoy en día esperándole con una sonrisa y dos signos de interrogación. "Señor mío", tal vez le dará a entender el filósofo, "es improbable que usted no se equivoque, pero ¿por qué empeñarse en la verdad?".»[14]

Lo que experimentamos en sueños se convierte en una parte tan importante de la economía total de nuestras almas como cualquier cosa que hayamos experimentado «de verdad». La psicología más que el dogma es la clave para dar sentido al mundo.[15]

Habiendo puesto en cuestión la naturaleza del yo y declarado que la verdad objetiva es una ficción imposible, pasa a señalar maliciosamente que afirmar que la verdad objetiva es una ficción es hacer una afirmación de verdad objetiva que debe ser en sí misma una ficción.

Eso nos deja mirando una interminable sucesión de espejos que se reflejan vertiginosamente: ¿de qué estamos hablando?, ¿de la verdad?, ¿o la vertiginosa perspectiva de un «quizás» infinito? Queda en nuestras manos resolver ese problema. Desconfiando de todos los creadores de sistemas de pensamiento, Nietzsche se niega categóricamente a construir uno para nosotros. Le encanta contradecirse en el ámbito de las ideas y obligarnos a ocupar la posición del espíritu libre que es independiente del autor.

Para descubrir si uno está preparado para la independencia, no debe aferrarse a nada, ni siquiera a la sensación del propio distanciamiento. Pocos están hechos para esa independencia. Es el privilegio de los funámbulos que andan por la cuerda floja, aquellos que son osados hasta el extremo de la temeridad.

Tras dejar la meditación sobre el espíritu libre, Nietzsche vuelve a abordar la religión con un texto de principio característicamente contundente que capta la atención, afirmando con pugnacidad que los casi dos mil años anteriores habían supervisado el largo suicidio de la razón mediante la imposición de la doctrina religiosa al individuo. Por su propia experiencia personal del conflicto entre la realización de uno mismo y la abnegación para la doctrina religiosa, Nietzsche se considera capacitado para concluir que el primer sacrificio humano a la religión es el de la propia y genuina naturaleza de cada uno.

¿Cómo adoptamos voluntariamente los valores judeocristianos que nos convirtieron en borregos obedientes? ¿Cómo asumimos lo que Nietzsche denomina la moral del esclavo? Extrae el término del dato de que, históricamente, los judíos y los cristianos fueron esclavos, primero en Babilonia, luego bajo el Imperio romano. Incapaces de imponer su voluntad al mundo pero ansiando el poder, los esclavos estaban carcomidos por el resentimiento contra sus amos. Cumpliendo su única venganza posible, invirtieron los valores incorporando sus agravios a una religión que imponía la glorificación de su propia condición sufriente y miserable.[16]

La sensualidad y el deseo de poder fueron demonizados. Las palabras *riqueza* y *poder* se convirtieron en sinónimos del mal. El cristianismo era una negación de la voluntad de vivir, transformada en religión. El cristianismo odiaba la vida y odiaba la naturaleza humana; emponzoñó el mundo negando las realidades de la naturaleza humana, convirtiendo todo en un conflicto

entre «deber» y «ser». La moral surgida en la esclavitud perpetuaba la esclavitud, dando un sentido continuado al nihilismo de los oprimidos.

Nietzsche elige específicamente la palabra francesa *ressentiment* para describir la base de la moral del esclavo. *Ressentiment* es una palabra con un sentido más pleno que el mero resentimiento y los celos. Es una neurosis, una necesidad de infligir dolor tanto en uno mismo como en el otro. El *ressentiment* incluye la posición del resentido impotente que carece de los medios para purgar su resentimiento con la venganza (o se regodea en la carencia de ellos). Y de esa forma, el *ressentiment* llevó a los esclavos a transformar la debilidad en su fuerza, a «vengarse de Roma y su noble y frívola tolerancia» dándole la vuelta a la moral anterior, la del poder y la superioridad, y sustituyéndola con la superioridad moral de la condición de víctima y la glorificación de los oprimidos.

Como comentó san Agustín, el resentimiento es como tomar veneno y esperar que el que muera sea el otro.

¿Cómo se produjo esta estrafalaria inversión de valores? ¿Cómo acabó triunfado el ascetismo sobre los valores que afirmaban la vida?

Aunque Nietzsche planteaba la cuestión y, a la vez, la respondía en parte en *Más allá del bien y el mal*, distaba mucho de darla por cerrada. En junio de 1887 empezó *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*, dándole un título que llamativamente refleja la contemporánea preocupación neodarwinista por la cuestión del origen. Para variar, lo escribió muy rápido, en unas cuatro semanas. El libro contiene tres largos ensayos cuya intención es excavar las raíces mismas del árbol genealógico de la moral, proponiendo ahondar aún más remontándose en el tiempo más allá del judeocristianismo. Investigaría la época en que el hombre dejó el mar para caminar sobre dos pies.

En algún momento de la Prehistoria, conjetura, surgió una práctica específica que fue nociva para la comunidad. Llevó a la imposición del castigo. Ése fue el momento de la construcción de la moral, ahí fue cuando nuestros instintos se vieron refrenados por primera vez por una sociedad punitiva. Con el tiempo, la imposición del castigo llevó a la introspección. Y la introspección llevó a la conciencia.

La conciencia, por tanto, es el precio de la estructura social y el peaje aplicado al alma cuando la tradición ascética judeocristiana con su «no» entierra nuestros instintos más naturales bajo el peso letal de la culpa. Los instintos que no se liberan hacia el exterior se interiorizan. Con la carga de la

mala conciencia, nos volvemos contra nosotros mismos, con la desdicha y el autodesprecio avivados por la leyenda del pecado original y por el ascetismo impuesto por los sacerdotes. El concepto de neurosis existencial llegaría más tarde, pero eso es incuestionablemente lo que Nietzsche estaba describiendo al trazar una imagen del hombre moderno que «no [tiene] enemigos ni obstáculos exteriores, pero se desgarra igual, se persigue a sí mismo, se muerde, no se concede un momento de paz, es como un animal que se golpea hasta despellejarse contra los barrotes de su jaula».[17] ¿Cómo podemos liberarnos de los barrotes de la mala conciencia y el autodesprecio que nos encarcelan en la jaula que construyó el sacerdote asceta? El antídoto a la moral del esclavo es la moral del *Übermensch*, el espíritu independiente, afirmativo, libre. La naturaleza moral de este hombre más elevado está impulsada por su fuerza vital, su voluntad de poder. Aunque Nietzsche consideraba que la teoría de la evolución describía meramente un medio, liberado de moral, de preservar la vida, su «voluntad de poder» obviamente debe mucho a la supervivencia de los más aptos de Darwin, pero él la lleva más lejos. La voluntad de poder de Nietzsche es tanto un símbolo del potencial del hombre como una parábola de la importancia de la autosuperación.

Nada en la vida orgánica es estático. Desde la infancia en adelante buscamos el poder. Toda la vida orgánica se halla permanentemente en un estado dinámico y caótico de creación y descomposición: de dominar y ser dominada. La raíz del árbol que pulveriza el lecho de roca es la voluntad de poder. El hielo que se expande agrietando el acantilado y redibujando la costa es la voluntad de poder. Está en la microscópica espora de musgo en una teja del tejado del palacio, que al florecer en una esponja verde movilizará a una multitud de lacayos que se apresuran frenéticos a su alrededor con cubos, o incluso provocará el colapso del tejado y del régimen. La voluntad de poder nunca se calma. Es la dinámica siempre cambiante de cada relación personal y de todas las relaciones entre grupos y entre países.

Sostiene que la voluntad de poder es una emoción, la emoción del dominio. Lo que se denomina libre voluntad es, en esencia, superioridad con respecto a algo que debe obedecernos. Pero ese algo no tiene por qué encontrarse fuera de nosotros. Nietzsche también está hablando del autodominio. «El que tiene voluntad obtiene su placer al mandar, y lo añade a los placeres que le producen los instrumentos que ejecutan la tarea con éxito, así como de las serviciales "infra-voluntades" o infraalmas; nuestro cuerpo es, después de todo, sólo una sociedad construida de muchas almas.»[18]

El hombre que se ha conquistado a sí mismo es capaz de resistir la incertidumbre sembrada por las múltiples perspectivas del «quizás». Con el valor de abandonar las certezas, toda idea de un «resultado» o una «conclusión» queda obsoleta. Y así el «hombre elevado» o «superhombre» o «espíritu libre» o *Übermensch* o «filósofo del futuro» o «filósofo del «quizás»» o «argonauta del espíritu» —llámenlo como quieran— es un bromista. La vida ya no es una tabla de las leyes. Es un baile al son de la música del «¿Y si…?». La conciencia de nosotros mismos y la conciencia del mundo que nos rodea depende de la noción de que, en última instancia, no nos comprendemos ni tampoco comprendemos el mundo. El que asoma la mirada al vacío encuentra que el vacío se la devuelve. No es una posición precisamente cómoda. Pero la aflicción se abatirá sobre ti si no tienes el valor de vivir según el principio del «¿Y si…?» porque entonces eres uno de los «últimos hombres», los cristianos a medias, que disfrutan de la religión de la comodidad aferrándose a certezas anticuadas.

La verdad es que no hay verdad…, quizás.

La genealogía de la moral es el libro en que aparece rondando por el escenario la bestia rubia [«*die blonde Bestie*»]. Seguramente Nietzsche debe su mala reputación a esas palabras, pero no más que a otras. La bestia rubia ha acabado entendiéndose como una clasificación racial y una criatura con intencionalidad política: el superhombre ario de Nietzsche prefigura las leyes raciales de Hitler de 1935 de la sangre y el honor alemanes. Pero ésa es una tergiversación grotesca. Hay cinco menciones a la bestia rubia y tres pasajes sobre ella en el texto de Nietzsche y ninguno de ellos tiene nada que ver con una clasificación racial ni, mucho menos, con la idea de una raza superior.

En el primer fragmento, Nietzsche está explorando cómo los conceptos de bien, mal y maldad surgieron en las primeras civilizaciones. Describe cómo la forma más antigua de Estado surgió de las brumas de la Prehistoria. No aclara de qué periodo concreto de la historia está hablando, ni siquiera de qué parte del mundo, pero no nos deja la menor duda de que la bestia rubia que se hace con el poder y construye los primeros Estados es el ancestro salvaje común a todas las razas:

«Resulta imposible no reconocer, en el centro de todas estas razas nobles, al animal de rapiña, la magnífica *bestia rubia*, que merodea codiciosa de botín y victoria; de cuando en cuando ese centro oculto necesita desahogarse, el animal tiene que salir de nuevo, tiene que retornar a la selva: las aristocracias romana, árabe, germánica, japonesa, los héroes homéricos, los vikingos

escandinavos, todos coinciden en tal imperiosa necesidad. Fueron las razas nobles las que dejaron tras de sí el concepto de "bárbaros" allá por donde han pasado; incluso en su cultura más excelsa se revelan una conciencia de ello y hasta un orgullo.»[19]

La inclusión de árabes, griegos y japoneses seguramente indica que Nietzsche estaba más emocionado por la eufonía de poner juntas las dos palabras —«bestia» y «rubia»— que por ofrecer un retrato preciso de tipos raciales. Y, más peligrosamente, el pasaje continúa: «En una secuela de aquel terror inextinguible con que durante siglos contempló Europa el furor de la rubia bestia germánica […] se puede estar justificado para no librarse del temor a la bestia rubia que había en el fondo de todas razas nobles y a mantenerse en guardia: pero ¿quién no preferiría cien veces sentir temor, si a la vez le es permitido admirar, a *no* sentir temor, pero con ello no poder sustraerse ya a la nauseabunda visión de los malogrados, empequeñecidos, marchitos, envenenados? […] la muchedumbre de los contrahechos, enfermizos, cansados, agotados, a que hoy comienza Europa a apestar…». [20]

La segunda mención a la bestia rubia se encuentra en el segundo ensayo de *La genealogía de la moral*. Una vez más, Nietzsche está especulando sobre la formación de los primeros Estados de la tierra. «He utilizado la palabra "Estado": ya se entiende a quién me refiero: una manada cualquiera de animales de presa rubios, una raza de conquistadores y señores, que, organizados para la guerra y dotados de la fuerza para organizar, pone sin ningún escrúpulo sus terribles zarpas sobre una población tal vez muy superior en número, pero que es todavía informe, todavía voluble. Así es como, en efecto, se inicia el "Estado" en la tierra.»[21]

Esta horda de bestias depredadoras de conquistadores y señores carecía de sentido de la moral o la responsabilidad. El sentimiento de culpa por lo que se hacía sufrir a la población sometida, junto con la responsabilidad y la consideración hacia sus súbditos, tanto carecía de sentido para ellos como la idea de atenerse a los contratos.

Tal vez inconscientemente, la descripción de Nietzsche de la psicología del mundo más antiguo regido por la bestia rubia aleonada se remonta al mundo mítico que Wagner retrata en el ciclo del *Ring*, y a la moral y la psicología de sus dioses y héroes. Los dioses y héroes de Wagner vagaban por los bosques primigenios exactamente de la misma manera que las bestias rubias de Nietzsche: despreciando la ley y los contratos, violando y saqueando. Los dioses de Wagner gobernaban sin límites morales y sin conciencia individual ni social. Pero a lo largo del ciclo de cuatro óperas,

Wagner demuestra que, incluso dentro del marco del individualismo egoísta puro, su todopoderosa colección de feroces bestias rubias descubre la inexorabilidad del hecho de que los actos producen consecuencias, las consecuencias dan lugar a códigos legales, y los códigos legales al castigo, aunque ni Wagner ni los dioses y héroes de su *Ring* avanzaron nunca tanto como para respetar los contratos o desarrollar una gran conciencia.

La tercera y última mención a la bestia rubia se da en uno de los últimos libros de Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos* (1889). En un furibundo ensayo titulado «Los "mejoradores" de la humanidad», despotrica una vez más contra sacerdotes y filósofos por predicar realidades que son meramente instrumentos para amansar y domesticar en el hombre a la bestia rubia primitiva, cuya civilización se logra a un coste asombroso para sí mismo.

«Llamar "mejoramiento" a la doma de un animal es algo que a nuestros oídos suena casi como una broma. Cuantos saben lo que ocurre en las casas de fieras ponen en duda que en ellas una bestia sea "mejorada". Ahí es debilitada, se la vuelve menos dañina, se la convierte, mediante el afecto depresivo del miedo, mediante el dolor, mediante las heridas, mediante el hambre en una bestia *enfermiza*. Lo mismo ocurre con el hombre domado que el sacerdote ha "mejorado". En la Alta Edad Media, cuando de hecho la Iglesia era ante todo una casa de fieras, se daba caza por doquier a los más bellos ejemplares de la "bestia rubia", así se "mejoró", por ejemplo, a los aristocráticos germanos. Pero ¿qué aspecto ofrecía luego ese germano "mejorado", llevado con engaños al monasterio? El de una caricatura de hombre, el de un aborto: había sido convertido en un "pecador", estaba metido en la jaula, había sido encerrado entre conceptos todos horribles… Allí yacía ahora, enfermo, mustio, aborreciéndose a sí mismo; lleno de odio contra los impulsos que incitan a vivir, lleno de sospechas contra todo lo que continuaba siendo fuerte y feliz. En suma, un "cristiano"… Eso lo comprendió la Iglesia: echó a perder al hombre, lo debilitó, pero pretendió haberlo "mejorado".»**[22]**

Ésas son las menciones a la bestia rubia en los textos publicados del propio Nietzsche. Distan mucho de ser una defensa de la bestia rubia como representante de la raza superior alemana impulsada por la voluntad de poder para aplastar a la humanidad bajo el dominio de su bota. Sin embargo, no cabe duda de que contienen elementos nocivos que podrían desarrollarse en incitaciones al racismo y el totalitarismo. Sería ingenuo pasarlos por alto sin más como punto de partida del poder de conexión del pensamiento para propagar la infección.

Ése fue un extremo que vio en la época el crítico literario y editor de *Der Bund*, J. V. Widmann,[23] que escribió una crítica premonitoria de *Más allá del bien y del mal* encabezada con el título «El peligroso libro de Nietzsche»:

«Las reservas de dinamita utilizadas en la construcción del Túnel de Gotardo estaban señaladas con una bandera negra, indicando el peligro mortal. Únicamente en ese sentido hablamos del nuevo libro del filósofo Nietzsche como de un libro peligroso. Esta designación no implica el menor reproche contra el autor y su obra, como aquella bandera negra tampoco pretendía reprochar nada a los explosivos. Aún menos se nos ocurriría entregar al solitario pensador a los cuervos de las salas de lectura y a los grajos de los púlpitos señalando la peligrosidad de este libro. Los explosivos intelectuales, como los materiales, pueden servir a propósitos muy útiles; no es necesario que se los utilice con fines delictivos. Pero conviene decir con claridad dónde está almacenado ese explosivo: "¡Aquí hay dinamita!". Nietzsche es el primer hombre que encuentra una salida, pero es tan aterradora que a uno le asusta de verdad…».[24]

Era emocionante ser por fin percibido como un pensador poderoso y peligroso. Durante esa misma semana, Nietzsche había copiado la crítica (un arduo proceso, dado el estado de su vista) y se lo había enviado a Malwida. Era la primera crítica de su obra desde hacía mucho y mitigó un poco la decepción de que sólo hubiera vendido 114 ejemplares.

18

Llamaland

> Mi hermana es una estúpida rencorosa y antisemita.
>
> Carta a Malwida von Meysenbug, 1884

En febrero de 1886, Elisabeth, Bernhard Förster y su pequeña pandilla de patriotas antisemitas de pura sangre zarparon desde Hamburgo en el buque *Uruguay* rumbo a Paraguay. Nietzsche sólo había visto a su cuñado la ocasión en que poco más que le había estrechado la mano. No bajó al embarcadero para despedirlos. Antes de irse, Elisabeth le dio un anillo grabado con las iniciales de ella y de su marido y le apremió a invertir en la empresa colonial. Si lo hacía, ella bautizaría una parcela de tierra con su nombre. Más vale que la llames Llamaland, respondió él con sequedad.**[1]**

Él consideraba los principios sobre los que se fundaba Nueva Germania como expresiones contemporáneas de la mentalidad del esclavo. El nacionalismo, superpatriotismo y antisemitismo simplemente enmascaraban el vengativo *ressentiment* del impotente. Teniendo en cuenta el contenido de los libros, fue extraño que Nietzsche le mandara sus últimas obras a Elisabeth.

El 15 de octubre de 1887, su cuadragésimo tercer cumpleaños, se encuentra en una de sus visitas intermitentes a Venecia pasando un mes de música y recuperación con el siempre leal Peter Gast. A medida que la visión de Nietzsche se deterioraba, su escritura se iba transformado en jeroglíficos. Gast era ahora la única persona que podía descifrar la letra para el impresor. En la ciudad donde había muerto Wagner tras una discusión con Cosima por el último encaprichamiento del compositor de una joven soprano inglesa, Nietzsche tomaba notas sobre Dioniso y Ariadna, remontándose al paraíso de Tribschen cuando había redactado *El nacimiento de la tragedia*. Como un eco, estaba esbozando una obra sobre un sátiro.

Con la mente más concentrada en el presente, también tomaba notas sobre psicología. Hizo una lista de los estados de transfiguración que confirmaban nuestras ganas de vivir. Estaba encabezada por el impulso sexual, tras el cual

venía la embriaguez, la comida y la primavera. En su cuaderno reconocía que el nihilismo era una postura estándar normal cuando una meta (como el Cielo) se ha eliminado y los valores más elevados se han devaluado.[2] También apuntaba serias dudas sobre la moral del amo: «A la grandeza corresponde lo atroz: que nadie se engañe al respecto».[3]

La única felicitación que recibió en su cumpleaños fue la de su madre. Él le contestó en una carta con noticias que sabía que alegrarían a Franziska: la misiva de felicitación de ella le había llegado cuando estaba escribiendo «una breve carta a la Llama sudamericana». Las cartas que Elisabeth mandaba a casa pintaban un cuadro de una colonia floreciente, y él se alegraba del éxito de su hermana, aunque no pudiera apoyar los ideales en los que se sustentaba.[4]

Antes de partir hacia Paraguay, las habilidades de reclutador de Förster sólo habían conseguido reunir a catorce familias dispuestas a apuntarse. La mayoría de ellas procedían de Sajonia, la provincia que había engendrado tanto a Richard Wagner como a Elisabeth Nietzsche. Entre los reclutas de mirada sombría, la nostalgia de sangre y tierra de la antigua madre patria brotaba con tal fuerza que ejemplificaban cuanto Nietzsche había escrito sobre el *ressentiment* que llevaba a la moral del esclavo. La pequeña banda de airados nacionalistas estaba formada por campesinos, artesanos y pequeños comerciantes que se sentían abandonados, que percibían que sus vidas habían perdido valor ante el implacable progreso industrial, económico, social y político. Ninguno era artista ni intelectual.

La travesía de más de un mes en el barco más barato posible a Sudamérica era dura y miserable. Fue seguida de un aterrador viaje río arriba por el Paraguay, a merced de unas gentes indiferentes de piel morena. Los colonos alemanes, personas sencillas criadas en el campo, no entendían el idioma que oían ni la posición de las estrellas en el firmamento, ni reconocían las hojas de los árboles ni la hierba del suelo. Entreveían criaturas extrañas moviéndose por aquella vegetación incomprensible, alterando más si cabe su tranquilidad. Sufrieron fiebres desconocidas. Tenían alucinaciones. Les salieron ampollas a causa del sol y las picaduras de insectos los hinchaban. Una de las niñas pequeñas murió. La enterraron en una tumba cavada con prisas en la orilla del río y reemprendieron rápidamente el camino.

Finalmente llegaron a Asunción, la capital de Paraguay. Para los alemanes, la palabra *capital* implicaba un centro de orden y gobierno con edificios de piedra. Pero allí las calles estaban enfangadas, las casas eran de barro y la población que los rodeaba, aprovechada y poco amistosa, también

tenía el color del barro. Largos años de guerra habían abierto grandes agujeros y orificios en los pocos edificios de piedra. El palacio del presidente y el edificio de las aduanas se habían desfigurado, adoptando el contorno deforme de un delirio. Altos árboles crecían de los suelos de las salas de baile. Enredaderas tentaculares se comían el estucado ornamental.

En 1886, Paraguay era un país todavía devastado por la larga guerra de la Triple Alianza (1864-1870), en la que había combatido heroicamente y, al final, en vano, contra las fuerzas unidas de Brasil, Argentina y Uruguay. Según una fuente contemporánea, la población antes de la guerra había ascendido a 1.337.439 habitantes; después sumaban 221.079.[5]

Bernardino Caballero, un héroe de guerra, había tomado el poder seis años antes de la llegada de Elisabeth. Con una deuda internacional equivalente a casi 5 millones de libras esterlinas de la época,[6] los colonos suponían una fuente vital de dinero para su país, así como un medio de repoblar la tierra vacía.

El 15 de marzo de 1886, Elisabeth, cumplidos los treinta y nueve años, desembarcaba como la «virtud» de Naumburgo que asiste a una excursión con picnic de la iglesia. Bajo aquel calor de invernadero, llevaba un largo vestido negro, un tocado sobre un peinado alto y gafas sobre la nariz. (El estrabismo de Elisabeth siempre fue más pronunciado que el de su hermano, aunque sus ojos nunca le causaron un dolor comparable.) La seguían peones sudorosos que se deslomaban para bajar su piano por la estrecha rampa de desembarco. Tras los pasos de su esposa iba el héroe conquistador: cuello alto almidonado, levita negra, barba crecida que se proyectaba hacia delante, condecoraciones centelleando sobre su pecho. El aspecto íntegro de Förster dejaba claro su liderazgo, tanto como la fotografía de portada de su libro de la que Nietzsche se había mofado por desvelar la vanidad del autor. Siguiendo a la esplendorosa pareja y su piano se arrastraba lentamente la pequeña y agotada banda de guerreros culturales, sudando, pálidos y flacos, con los intestinos desgastados por las diarreas de meses de penosas condiciones higiénicas a bordo del barco.

Nadie sabía dónde se encontraba exactamente Nueva Germania. Los Förster habían traído a sus compatriotas para poblar un concepto, una ficción, un no lugar.

Ni Förster ni Elisabeth habían hecho en toda su vida una transacción comercial cuando se cruzaron con un personaje emprendedor llamado Cirilio Solalinde que afirmó ser el dueño de Campo Cassacia, una zona de unos 600 kilómetros cuadrados que se encontraba a unos 250 kilómetros al norte de

Asunción. Según Solalinde, incluía bosque utilizable y tierra de cultivo abundante, de buena calidad y fértil. Se podía llegar fácilmente con una nueva travesía en barco remontando el río Paraguay. Se ofreció a vendérsela por 175.000 marcos. Eso quedaba, con mucho, fuera de su alcance. Solalinde negoció un acuerdo. Vendió la tierra a un precio barato al gobierno, por ochenta mil marcos, tras lo cual el gobierno concedió a Förster el derecho a colonizarla con un pago anticipado de dos mil marcos. Si Förster conseguía asentar a 140 familias antes de finales de agosto de 1889, obtendría el título de propiedad de la tierra. Si no lo conseguía, la consecuencia sería la incautación de la tierra. Esos términos no se hicieron públicos. Elisabeth y Förster nunca se referían a sí mismos más que como propietarios, o potentados, de Nueva Germania.

Elisabeth esperó dos años en Asunción mientras los colonos construían un hogar apropiado para que ella lo habitara. Finalmente, el 5 de marzo de 1888, estuvo listo.

«Llegamos a nuestra nueva patria e hicimos nuestra entrada como reyes», contaba en una larga y triunfal carta a su madre, en la que a continuación le describía cómo había entrado como una antigua diosa noruega en un carro tirado por seis bueyes. A lo largo de su apoteósica ruta, «gritos de alegría» se elevaban de los colonos ataviados con vestidos de fiesta reunidos delante de sus cabañas de barro cocido. La mera visión de Elisabeth provocó un frenesí de fervor patriótico semirreligioso. Le regalaron flores y puros. Le tendían a sus bebés para que los bendijera. De repente, como caídos del cielo, aparecieron ocho esplendorosos jinetes guiando al caballo favorito de Förster engalanado con escarapelas con los colores nacionalistas —rojo, blanco y negro—. Con agilidad, Förster saltó a la silla. Se formó una procesión detrás de la regia pareja: Elisabeth en su carro de bueyes y Förster en su corcel patrióticamente enjaezado. Detrás, al trote, jinetes a caballo y, a continuación, «una larga hilera de gente». Entre tanta glorificación, Elisabeth informa a su madre, con sinceridad pero apesadumbrada, de que ninguna salva de cañón subrayó su paso, pero sí resonaron muchos «alegres disparos». «Una encantadora carreta pequeña» apareció entonces. Estaba lujosamente decorada con hojas de palmera y tenía un trono rojo, en el que se acomodó. Todo suena como una producción de Bayreuth de una ópera de Wagner diseñada por Von Joukowsky.

La procesión siguió camino hasta Försterröde. Ése era el nombre que le habían dado a lo que pretendían convertir en la capital. Ahí, el jefe de los colonos, un tal Herr Erck, dio un solemne discurso de bienvenida, tras el cual

se dirigieron a la proyectada futura plaza del pueblo, donde se había erigido un arco del triunfo. Unas doncellas preciosas regalaron flores a Elisabeth. Siguieron discursos de agradecida sumisión. La gente gritaba: «¡Larga vida a la madre de la colonia!». Le complació que los colonos se mostraran tan corteses que brindaron primero por ella…, posponiendo a Förster. Tras un conmovedor coro de *Deutschland, Deutschland über Alles*, pasaron bajo un segundo arco del triunfo que había sido erigido delante de la Försterhof, la espléndida mansión que serviría de hogar para Förster y para ella. Más discursos. Más doncellas con flores. Elisabeth reconocía que el exterior de la mansión era bastante feo (la fotografía lo corrobora), pero aun así hablaba sin parar de la grandiosidad del interior: techos altos, amplias puertas adornadas con cortinajes, sillas tapizadas, sofás cómodos y, por descontado, su piano. También poseía, contaba, «cinco pequeños ranchos y otros tres de tamaño medio», cientos de cabezas de ganado, ocho caballos, un almacén con bienes que valían miles de marcos y veinte sirvientes a quienes podía permitirse pagarles buenos salarios. Piadosamente, se quejaba de tener tantas posesiones mundanas.

Franziska no cabía en sí de orgullo. Puede que Cosima Wagner fuera la reina de Bayreuth, pero Elisabeth era la reina de ¡una colonia entera! ¡Cómo contrastaba la magnífica posición de Elisabeth en el mundo con la insignificancia personal de su hermano! En Naumburgo, los cotilleos llegaron a la conclusión de que Förster casi con toda seguridad llegaría a ser el próximo presidente de Paraguay.

Elisabeth todavía perseguía a Nietzsche para que invirtiera en la empresa. ¿Por qué aferrarse a las seguridades anodinas del Viejo Mundo cuando podía conseguir una rentabilidad fabulosa del nuevo mundo de su hermana? Overbeck le aconsejó que no lo hiciera. Eso añadió un nuevo agravio que, como la opinión de Overbeck sobre Lou, Elisabeth tendría contra su esposa y él durante toda la vida. Nietzsche intentó atemperar su rechazo mediante el sentido del humor, diciendo que él no podía apoyar a «la llama [que] se ha alejado de mí saltando para irse con los antisemitas». Comentario que a ella seguramente no le hizo mucha gracia. Sí consiguió sacarle dinero a la leal y anciana sirvienta de Franziska, Alwine, dinero que la anciana no volvería a ver y que no podía darse el lujo de perder.

En julio de 1888 sólo habían llegado cuarenta familias y algunas de ellas ya habían recogido sus pertenencias y regresado a casa. El descubierto bancario crecía. Las tasas de interés eran alarmantes. La dote de Elisabeth y los anticipos de los colonos ya se habían gastado. No quedaba nada para

seguir construyendo lo más elemental ni carreteras y alcantarillado, ni siquiera para conseguir agua potable que los colonos pudieran beber.

Elisabeth conocía los términos del arrendamiento de la tierra. Desde el día en que se instaló en la Försterhof, disponía de dieciocho meses para aumentar el número de colonos hasta 140 familias. Escribió a cuanta gente conocía y a mucha que no. Las cartas y las solicitudes se dirigieron a las diversas sociedades de colonos que se habían fundado en Alemania para organizar y dar apoyo a este tipo de empresas. Pero su gran obra fue una campaña de prensa en el *Bayreuther Blätter*. Gracias a ella descubrió sus habilidades como populista. Le abrió los ojos a la enorme influencia que podía ejercer una escritura popular, y con qué facilidad la información manipulada puede transformarse en leyenda. La leyenda de Nueva Germania fue un buen ensayo para la que más tarde crearía alrededor de su hermano.

Los cantos de sirena de los artículos de Elisabeth pintaban el lugar como un alegre El Dorado, engalanado con hamacas de llamativos colores suspendidas de los árboles. Reconoce que las hamacas están envueltas en mosquiteros, pero éstos son más necesarios contra el denso rocío nocturno que contra los pocos, muy pocos, insectos que pican. A los nativos los llama «peones». Los racistas no tenían que temerles. Los «peones» eran unos magníficos sirvientes, felices, obedientes y fuertes. Cuando el señor aparece en la puerta, todos se apresuran a ser el primero en obedecer sus órdenes. Como niños, les encantan los regalos. Unos cuantos puros o un poco de pan recién cocido los lanzará a competir por cumplir cada deseo de los señores. Los habitantes de Nueva Germania llevan una vida de ensueño, como indolentes lotófagos. En el desayuno tienen sus correspondientes y deliciosos café, pan y sirope, y después supervisan el cultivo de fruta y verduras que prácticamente brotan de la tierra por voluntad propia de puro fértil que es el suelo. Los «cientos de cabezas de ganado» de Elisabeth eran los restos de las manadas del periodo previo a la guerra que se habían asilvestrado tras la muerte de sus dueños en la guerra de la Triple Alianza. Cuando las domesticaban, las vacas eran útiles a la colonia de vegetarianos por su leche, mantequilla y queso, pero los toros asilvestrados que, sueltos, campaban a sus anchas, suponían un problema permanente.

La Némesis de Elisabeth llegó en marzo de 1888, encarnada en la persona de un sastre de orígenes campesinos llamado Julius Klingbeil. Genuino creyente en la causa, había pagado cinco mil marcos para seguir a su héroe, Bernhard Förster.

Al llegar, Klingbeil descubrió que las cosas se parecían muy poco a las historias que Elisabeth había contado en sus artículos. El clima era atroz; los mosquitos, implacables. Los insectos tropicales transmitían desconocidas y horribles fiebres. El tan alabado suelo era infértil y para cultivarlo había que deslomarse. Los sirvientes paraguayos eran vagos, taciturnos, rencorosos e insubordinados, dados a holgazanear y adictos al mate. Cada colono había pagado por una parcela que se hallaba aproximadamente a poco más de un kilómetro y medio de la siguiente. Eran víctimas de la soledad, el aburrimiento, la depresión, enfermedades diversas y malnutrición. Sus vidas habían perdido el sentido. Muchos se dejaron amedrentar por la inercia y el terror mientras intentaban construir una nueva vida con una banda sonora de película de terror de rugidos, gruñidos y aullidos de jaguares, pumas, tapires, jabalíes, toros salvajes, monos aulladores y otros animales inidentificables. Boas constrictor colgaban oscilando de los árboles. Los perseguían nubes de rencorosos mosquitos, atraídos por su sudor. El río acogía caimanes, desconocidos peces con dientes, e incluso cortinas más tupidas de mosquitos, así como una serpiente de agua que presuntamente superaba los siete metros de longitud.[7] Tenían que excavar pozos para conseguir agua potable, que a menudo sólo se encontraba a grandes profundidades. Las lluvias tropicales convertían los senderos de la jungla en barrizales y los campos recién despejados en lagos de chocolate.

Los Förster lo controlaban todo. Cada colono tenía que firmar un acuerdo que lo obligaba a no hacer negocios fuera de la colonia. Cualquier pequeña iniciativa, como vender mantequilla o queso o pequeñas tallas en madera, tenía que pasar por la tienda de los Förster. Ése era también el único lugar donde podían comprar las provisiones y medicinas necesarias. Habían emigrado en el bien entendido de que se les reintegraría su inversión si querían volver a Alemania, pero se trataba de una condición que Förster no podía cumplir de ninguna manera. Desamparados y sin posibilidad de recurrir a la justicia, su apurada situación fue ignorada por la autoritaria pareja que gobernaba confabulada la colonia.

Como todos los nuevos colonos, Klingbeil fue convocado a la recargada Försterhof para reunirse con su admirado líder y que éste lo convenciera de que comprara la parcela a la que le daban derecho sus cinco mil marcos. Klingbeil esperaba encontrarse con el héroe ario de rostro curtido y frente noble de la portada del libro. Pero descubrió a una sombra de aquel hombre, tembloroso y hundido. Förster no podía estarse quieto. No paraba de moverse nervioso. Era la encarnación de una mala conciencia que no podía mirarte a

los ojos.[8] Se mostró disperso, evasivo, incapaz de concentrarse o de seguir el hilo de su propio pensamiento. La decepción de Klingbeil fue inmediata y completa. Aquello corroboraba lo que le habían contado los otros colonos. Elisabeth era el verdadero amo de la colonia.

Vestida con elegancia, locuaz y tajante, Elisabeth rodeó la mesa con rapidez y le lanzó un mapa a Klingbeil. Era Nueva Germania entera dividida en parcelas. Había un nombre escrito en todas menos en una. Ella le engañó diciéndole que todas las parcelas salvo la suya habían sido vendidas. Si en ese mismo momento satisfacía el precio de adquisición, se la garantizaría. Pero Klingbeil era un hombre meticuloso. No tardó mucho en descubrir que los Förster carecían de un título legal sobre la tierra que vendían.

Sin demora, Klingbeil regresó a Alemania para echar por tierra la reputación de la mendaz pareja. Acabó publicando un libro de doscientas páginas, cuyo título se traduciría como *Revelaciones sobre la colonia Nueva Germania del Dr. Bernhard Förster en Paraguay*.[9] En él desenmascaraba a los Förster como unos timadores, mentirosos, charlatanes y tiranos. En términos que no dejaban lugar a dudas, señalaba a Elisabeth como el alma que estaba detrás del marido sin carácter que se sometía a su voluntad. Los colonos vivían en peores condiciones que los jornaleros más pobres en Alemania. Se reventaban a trabajar y sufrían mientras la arrogante pareja se acomodaba en sus muebles europeos, bebiendo alcohol e incluso, pese a los principios vegetarianos de la colonia, se daban banquetes de carne en su reluciente mesa del comedor.

A Elisabeth nunca le habían asustado los enfrentamientos. A decir verdad, le encantaban. Corrió a la imprenta. Klingbeil era un traidor y un mentiroso. Lo habían introducido allí los jesuitas para hundir la colonia. Su marido era un líder espléndido, un genio idealista que perseguía incansable su sueño altruista por la causa de la mayor felicidad de la humanidad. Förster y ella lo estaban sacrificando todo por sus leales e infatigables trabajadores.

Von Wolzogen siguió publicando sus nuevos cuentos de hadas en el *Bayreuther Blätter*, pero eran demasiado para todos los demás. Elisabeth estaba desacreditada. Incluso la Sociedad Colonial de Chemnitz dejó de publicar sus refutaciones.

En Paraguay, Förster había acabado por desmoronarse. Pasaba la mayor parte del tiempo en un hotel de San Bernardino, dándole a la botella y dejando el futuro de la colonia en las manos sumamente competentes de su esposa.

«En Paraguay las cosas no podrían ir peor —le escribió Nietzsche a Franz Overbeck en la carta que le mandó en la Navidad de 1888—. Los alemanes

que fueron atraídos se están rebelando, exigiendo que les devuelvan el dinero, y no hay nada. Ya se han producido actos de violencia; me temo lo peor.»[10] Pero el talento de Elisabeth para el autoengaño no conocía límites. Sus cartas a casa seguían burlándose de su hermano comparando la gloria y la fama que ella había conseguido con la miserable oscuridad en que vivía sumido él.

Nietzsche se dio cuenta de que estaba reaccionando a lo que sucedía en Nueva Germania igual que había reaccionado con el problema de Lou.

Franziska todavía creía en Elisabeth. Nietzsche contaba entre las virtudes nobles la superación de la compasión, así como la de la enfermedad de las cadenas. Consideraba la piedad su enemigo interno. Pero, y pese a sí mismo, no podía soportar convertirse en el medio de la desilusión de su madre. Su carta a Overbeck prosigue: «Mi madre todavía no tiene ni idea de lo que ocurre, ésa es *mi* obra maestra».[11]

19

¡Yo soy dinamita!

> Es mi ambición decir en diez frases lo que todos los demás dicen en un libro, lo que todos los demás *no* dicen en un libro.
>
> *Crepúsculo de los ídolos*, sección 51

En el invierno de 1887-1888, Nietzsche regresó a Niza, donde la Pension de Genève había sido redecorada tras el terremoto. Se puso contento como un niño porque le permitieron elegir el papel pintado para lo que ahora era «su» habitación. Escogió un papel castaño rojizo, a rayas y con puntos. Le habían puesto un diván, además de la cama. Sabía que le estaban cobrando a su «querido profesor medio ciego» cinco francos y medio al día, mientras que los demás huéspedes pagaban entre ocho y diez. Era «un tormento para mi orgullo», pero ¿qué podía hacer? Ya le costaba mucho pagar eso. Estaba financiando la publicación de sus propios libros y se vio recurriendo con una frecuencia alarmante a Overbeck pidiéndole adelantos sobre su pensión e inversiones.

El tiempo en Niza fue decepcionante aquel invierno. Llovió torrencialmente durante diez días seguidos y hacía frío. Una habitación que diera al sur habría sido más cálida, pero no podía pagarla. La vida era un escalofrío de dedos azulados y temía que su letra sólo fuera descifrable para aquellos que podían descifrar sus pensamientos. Gast y Franziska acudieron a su rescate. Gast le mandó una bata de abrigo y Franziska le cambió el color de los dedos enviándole una pequeña estufa. Él la llamó su ídolo de fuego y bailoteaba a su alrededor con saltos y danzas paganas para recuperar la circulación. Desde ese momento, la pequeña estufa con sus cuarenta y tantos litros de combustible se uniría al baúl zambo en sus viajes.

Había compuesto música para acompañar el poema de Lou, la «Oración a la vida», que había rebautizado como *Himno a la vida*,[1] y Peter Gast había hecho los arreglos para coro y orquesta. Sería la única partitura que publicaría en vida y pagó a Fritzsch para que la imprimiera con esplendidez, tipografía con volutas y preciosas florituras. Gast y él la enviaron a todos los directores

que conocían, entre ellos, echándole valor, a Hans von Bülow. Ninguno quiso interpretarla. No obstante, Nietzsche estaba encantado con el simple hecho de verla impresa. Manifestó la esperanza de que la tocaran en su recuerdo en algún momento del futuro, lo que probablemente era una referencia a su funeral, y reiteró la idea de que, al menos de esta insignificante forma, Lou y él habían quedado unidos a partir de entonces para la posteridad.

Tras la reseña de J. V. Widmann describiendo *Más allá del bien y del mal* como dinamita, finalmente se sentía optimista ante la posibilidad de que sus libros pasaran a la posteridad. Muy animado, Nietzsche mandó otros sesenta y seis ejemplares de cortesía. Eso suponía un número enorme en comparación a los siete que había mandado de su libro anterior, *Zaratustra* IV, y aquellos siete habían ido acompañados por notas paranoicas instruyendo a los receptores para que mantuvieran el secreto del conocimiento contenido en el libro porque era demasiado precioso para divulgarlo. Ahora en cambio, deseaba por encima de todo que sus palabras fueran escuchadas.

Widmann le alegró además con la información de que el compositor Johannes Brahms se había interesado sumamente por *Más allá del bien y del mal* y ahora estaba leyendo *La gaya ciencia*. Viendo que se abría un resquicio en la puerta, Nietzsche le envió la partitura del *Himno a la vida*. Esperaba también interesarlo en la esforzada ópera de Peter Gast *El león de Venecia*, pero Brahms tenía ya mucha experiencia en ese tipo de peticiones. Se limitó a contestar con un formal acuse de recibo.

Jacob Burckhardt recibió *Más allá del bien y de mal* con turbación. Le había molestado la última parte de *Zaratustra*. ¿Con qué saldría Nietzsche a continuación? El hombre tranquilo que vivía encima de la panadería siempre mostró inclinación a un distanciamiento cauteloso; era perfectamente previsible que empezara su contestación al libro diciendo que no tenía muchos conocimientos de filosofía. Una vez establecida la premisa, pasaba a elogiar los argumentos de Nietzsche y su visión de la degeneración de la sociedad contemporánea a través del rebaño encerrado en el corral de la mentalidad del esclavo por el sacerdote asceta.

Burckhardt no tenía mucho apego a la democracia. La descripción de Nietzsche del hombre fuerte que debe forjar el futuro concordaba bien con la imagen que Burckhardt había dibujado del egoísmo, la avaricia, la violencia y la crueldad de los príncipes italianos, cuya voluntad de poder había sustituido la Edad Media con el Renacimiento y así, irónicamente, había permitido los siguientes quinientos años más o menos de humanismo liberal.

Nietzsche también había mandado sus últimos libros a Hippolyte Taine, el crítico literario e historiador francés al que interesaba la interpretación de la historia a través de los factores del entorno. Como Nietzsche y Burckhardt, Taine condenaba con acritud la Revolución francesa. Taine le contestó alentándolo, diciéndole que tenía *Zaratustra* en su mesita de noche y que lo había estado leyendo la noche anterior.[2]

Acababa de publicarse el segundo volumen del *Journal des Goncourt*, una relación de la vida por los bulevares parisinos de los cosmopolitas hermanos Goncourt y sus habituales asistencias a los teatros, fiestas y cenas en las que, en palabras envidiosas de Nietzsche, se reunían «las mentes más inteligentes y escépticas» en París. Taine era uno de esos brillantes comensales, junto con el crítico literario Sainte-Beuve, el novelista Flaubert y Théophile Gautier. A veces se les sumaba Turguénev. Nietzsche sentía celos de las sofisticadas reuniones donde un «exasperado pesimismo, el cinismo y el nihilismo se alternaban con mucha jovialidad y buen humor».[3] Él se habría sentido como en casa, comentaba. Si es que existía algún lugar donde pudiera sentirse así.

Careciendo de un círculo de amigos con los que compartir las cenas, fue a visitar a Erwin Rohde, su viejo condiscípulo de los años de estudiante en Leipzig. Rohde era ahora profesor de filosofía; no tardaría en convertirse en vicerrector de la Universidad de Heidelberg. Su encuentro fue un completo fiasco para ambos. Nietzsche se quejó de que Rohde no había dicho ni una sola palabra inteligente durante la conversación. Rohde contó que había percibido en Nietzsche una extrañeza indescriptible, algo inquietante, como si procediera de un país donde no viviera nadie más. Rohde fue el primero que detectó que algo no iba bien. Fue poco comprensivo con las nuevas y arrogantes afirmaciones de Nietzsche de que le aguardaba un gran destino, de que él era el primer gran filósofo de la época, «algo decisivo y apocalíptico que se alza entre dos milenios».[4] A oídos de Rohde, eso sonaba a megalomanía. Su reacción fue alejarse. Dejó de contestar las cartas de Nietzsche y ni siquiera le hizo ningún comentario sobre los nuevos libros que siguió mandándole a medida que se publicaban. A Rohde le parecían cada vez más frívolos e irrealistas. Los dos hombres no volverían a verse.

Recibió una agradable sorpresa en forma de misiva desde Dinamarca, escrita por el autor y crítico Georg Brandes.[5] Nietzsche le había mandado *Humano, demasiado humano* y *Más allá del bien y del mal*. Finalmente, cuando recibió *Genealogía de la moral* en noviembre de 1887, Brandes contestó rápidamente y con entusiasmo.

George Brandes era el crítico literario más destacado del norte de Europa. Radical en política y religión, acuñó el término *indignationslitteratur* [«literatura de la indignación» o «literatura de protesta»] para los libros que, en la década de 1880, ocultaban los padres de familia respetables a sus esposas e hijas, libros contra los que predicaban los obispos desde los púlpitos, y que a menudo eran censurados o prohibidos. Brandes defendía a los espíritus libres «peligrosos» como Kierkegaard, Ibsen, Strindberg, Knut Hamsun, Balzac, Baudelaire, Zola, Dostoyevski y Tolstói. El *establishment* político-clerical lo consideraba un ídolo de la perversidad y solían referirse a él como el Anticristo.

En Inglaterra, Brandes era amigo de Georges Bernard Shaw y John Stuart Mill. Su traducción en 1869 del ensayo de Mill «La esclavitud femenina»[6] al danés tuvo gran repercusión en el movimiento feminista en Escandinavia, reflejada en las obras de Ibsen (la esposa de éste, Suzannah, era una fervorosa feminista). En Rusia, Brandes era amigo del revolucionario Kropotkin,[7] e hizo lo posible para que se conociera mejor a Pushkin, Dostoyevski y Tolstói fuera de su país. Su libro «Las principales corrientes de la literatura del siglo XIX» llegó a los nueve volúmenes y le dio una amplia fama internacional. Impartió clase en los Balcanes, en Polonia y en Finlandia. Cuando acudió a dar conferencias a Grecia, se alojó en la casa del primer ministro. Durante su triunfal gira de conferencias por Estados Unidos, fue repetidamente investido con coronas de laurel. Los escritores lo inundaban con sus obras. A veces recibía treinta o cuarenta cartas al día. El que Brandes se fijara en un escritor disidente o un autor desconocido era como poner un altavoz ante su obra.

Brandes había conocido a Paul Rée y a Lou Salomé mientras vivió en Berlín entre 1877 y 1883. Debieron de hablar de Nietzsche, pero Brandes no había escrito nada sobre él por entonces. La dirección que habían tomado los textos de Nietzsche con *Zaratustra* no le atraía. Con su lengua arcaica al estilo de los salmos y su extraño misticismo religioso no era un libro que se ajustara al principio de Brandes de dejarse ir y modernizar la literatura. Sin embargo, *Humano, demasiado humano* y *La genealogía de la moral* eran algo muy distinto. Escribió a Nietzsche el 26 de noviembre para decirle que en él había encontrado «el aliento de un espíritu nuevo y original. Todavía no he comprendido del todo lo que he leído; no siempre sé hacia dónde apunta. Pero hay mucho que coincide con mis propios pensamientos y simpatías: el desprecio a los ideales ascéticos y la profunda indignación contra la mediocridad democrática, su radicalismo aristocrático…».

¡Radicalismo aristocrático! El 2 de diciembre, Nietzsche contestó en una carta emocionada y bastante caótica que ése era el comentario más inteligente que había leído jamás acerca de sí mismo. Le habló a Brandes de su aislamiento y citó las palabras de Ovidio grabadas en la sepultura de Descartes, «*Bene vixit qui bene latuit*» [«Bien vivió el que vivió inadvertido»]. Inmediatamente contradecía ese sentimiento al decir que le gustaría conocer a Brandes algún día. Bajo la firma, añadió, con incertidumbre: «N.B.: He perdido tres cuartas partes de la visión».[8]

¡Brandes tenía que acceder a su caverna! Le pidió a Fritzsch que le enviara las últimas ediciones de todos sus textos, que ahora incluían los nuevos prefacios. Incluso le pidió a Peter Gast que le mandara un ejemplar de la edición pequeña de *Zaratustra* IV.

Brandes propuso dar clases sobre Nietzsche en la Universidad de Copenhague en primavera. Eso provocó un bombardeo de cartas informando a Brandes de los detalles de cada libro, algunos útiles, otros totalmente innecesarios. *Humano, demasiado humano*: «concebido por entero en extenuantes rachas, ejemplo perfecto de un hombre inspirado». *El nacimiento de la tragedia*: «concluido en Lugano, donde viví con la familia del mariscal de campo Moltke».

Incluyó también un *currículum vitae* curiosamente excéntrico:

«Nací el 15 de octubre de 1844, en el campo de batalla de Lützen. El primer nombre que oí fue el de Gustavus Adolfus.[9] Mis antepasados eran nobles polacos (Niëzky) […] En el extranjero suelen tomarme por polaco; este mismo invierno, en la lista de extranjeros de Niza me inscribieron *comme Polonais* [como polaco]. Me han dicho que mi busto aparece en los cuadros de Matejko. […] En el invierno de 1868-1869, la Universidad de Basilea me ofreció una cátedra, cuando ni siquiera era doctor. […] Desde la Pascua de 1869 a la de 1879 estuve en Basilea; me vi forzado a renunciar a mis derechos como súbdito alemán, dado que como oficial (de Artillería Montada) habría sido llamado a filas con demasiada frecuencia y mis deberes académicos se habrían resentido. Domino dos armas, el sable y el cañón […] desde los primeros días de mi estancia en Basilea surgió una indescriptible intimidad y cercanía entre Richard y Cosima Wagner y yo; ellos vivían en su finca de Tribschen, cerca de Lucerna, como en una isla, y habían cortado con sus lazos previos. Durante algunos años lo compartimos todo, lo grande y lo pequeño, con una confianza sin límites. […] Como consecuencia de estas relaciones conocí a un amplio círculo de individuos (e «individuas»), de hecho, casi todo lo que crece entre París y San Petersburgo. Alrededor de 1876, mi salud

empeoró […] hasta que alcanzó tal extremo el sufrimiento habitual que, por entonces, pasaba 200 días de suplicio al año. El problema tenía que deberse por entero a causas locales, no hay bases neuropatológicas de ninguna clase. Nunca he tenido ningún síntoma de perturbación mental, ni siquiera de fiebre, ni desmayos. Mi pulso era por entonces tan lento como el del primer Napoleón (= 60). […] Corrió el rumor de que me habían internado en un manicomio (y de que, de hecho, habría muerto allí). Nada dista más de la verdad. […] Al fin y al cabo, mi enfermedad me ha sido de la mayor utilidad. Me ha liberado; me ha devuelto el valor para ser yo mismo. […] Soy un animal valiente, incluso militar. ¿Que si soy un filósofo?, me pregunta; pero ¡qué importa eso!»[10]

Brandes utilizó ese relato para presentar a Nietzsche al principio de dos conferencias que impartió en abril de 1888 en la Universidad de Copenhague sobre «*Friedrich Nietzsche, En Afhandling om aristokratisk Radikalisme*» [«Friedrich Nietzsche, una discusión sobre el radicalismo aristocrático»]. Las conferencias eran de libre acceso. La reputación y la autoridad de Brandes eran tales que más de trescientas personas acudieron a escucharlo hablar sobre el desconocido filósofo.

«La razón principal para llamar la atención sobre él es que la literatura escandinava parece haber estado viviendo desde hace mucho basándose en ideas que se plantearon y discutieron en la década anterior —concluía la última conferencia—. Un poco de darwinismo, un poco de emancipación de la mujer, un poco de moral de la felicidad, un poco de libre pensamiento, un poco de culto a la democracia, etc. El gran arte demanda intelectos que se sitúen a la altura de las personalidades más individuales del pensamiento contemporáneo en excepcionalidad, en independencia, en desafío y en confiada y aristocrática supremacía.»

El teatro entró en erupción. La ovación no era ciertamente para él, le contó Brandes a Nietzsche. Eso resultaba extraordinariamente gratificante. Llevó a Nietzsche a plantearse si la comprensión de los daneses de la idea de la moral del amo se debía a su familiaridad con las sagas islandesas.

Escribió a todos sus amigos contándoles la maravillosa noticia de ese gran éxito. También se lo dijo a Elisabeth, que le contestó desde Paraguay con el más absoluto desprecio, diciendo que suponía que su hermano también quería hacerse famoso, como ella. Era una situación envidiable, sin duda, lograr la fama mediante escoria judía como Georg Brandes, que iba por ahí «lamiendo todos los platos».[11]

Con su olfato infalible para ese tipo de cosas, ella se había olido que Georg Brandes era judío. La familia, como muchas en Dinamarca, se había cambiado de apellido, que originalmente era Cohen, adoptando el más danés de Brandes. Hacía que la vida fuera un poco más fácil.

Nietzsche contestó a Elisabeth diciéndole que, tras leer su carta varias veces, se sentía obligado a romper con ella para siempre. Era una carta dolorosa y atormentada, pero no amarga. En ella, él intentaba explicar la ardua tarea, el destino descomunal que él sentía que le correspondía asumir, la atronadora música metálica que sonaba en sus oídos, separándolo fatalmente de la vulgaridad y la mediocridad de la igualdad. No era su elección personal, sino su destino el desafiar a la humanidad como un todo con sus terribles acusaciones. «Eso carga a mi nombre una cantidad de fatalidad que no puede expresarse con palabras.» Por último, le rogaba a Elisabeth que siguiera queriéndolo. Firmaba la carta «Tu hermano». No la envió. La carta no pasó de ser un borrador.**[12]**

La atención que le prestaron a los libros personas como Widmann, Taine, Burckhardt y Brandes lo animó en la lucha que había mencionado en su carta a Elisabeth. Rohde tenía razón: se sentía como si procediera de un país en el que no vivía nadie más. En ese verano se sentía raro. El reloj biológico de su cuerpo se disparó. Por lo general, una criatura que aplicaba una férrea disciplina a sus dietas y horarios —sistemas estrictos que utilizaba para mantener el control sobre su obstinada enfermedad—, de repente se vio despertándose, vistiéndose y poniéndose a trabajar en plena noche. Escribió sobre un cambio de época que sentía en sí mismo mientras se preparaba para la descomunal tarea que tenía por delante: nada menos que completar la incesante lucha subterránea contra cuanto los seres humanos habían reverenciado y amado hasta entonces. Escribiría varios libros, probablemente cuatro. Juntos completarían la transvaloración de todos los valores que había emprendido con *Humano, demasiado humano* y *Genealogía de la moral*. Estaba dándole vueltas al título: *La voluntad de poder. Tentativa de una reevaluación de todos los valores*. Esta vez demolería el edificio entero, no sólo una parte. Derribaría a un filósofo tras otro, un maestro tras otro, una religión tras otra.

Primero tenía que encontrar el lugar. Una vez más se vio enfrentado al problema anual de adónde ir en primavera, cuando el sol resplandecía con un brillo insoportable en la Riviera francesa y la italiana, pero sus amadas

montañas seguían heladas todavía. Consultó con Peter Gast, que seguía en Venecia. Tal vez movido por un instinto de supervivencia personal, Gast le recomendó Turín.

Sería un viaje por tren relativamente sencillo el que lo llevaría de Niza a Turín. Tendría que transbordar en Savona, pero habría mozos de estación que lo ayudarían con el equipaje. Eso lo consiguió y, una vez su equipaje estuvo colocado a salvo en el nuevo tren, se sintió cómodo para dar un paseo y echar un vistazo. Volvió a subirse a un tren, pero no era el correcto. No se trataba del que transportaba su equipaje. Partió en la dirección contraria, hacia Génova, justo al otro lado de Turín. Para recuperarse de esa catástrofe tuvo que permanecer durante dos días en la cama de un hotel, mandando una lluvia de telegramas. Finalmente se arregló todo. El 5 de abril estaba por fin en Turín, reunido con su equipaje.

Las palabras de Georg Brandes, «radicalismo aristocrático», no se le iban de la cabeza. La ciudad de Turín se ajustaba a la descripción. Su primera impresión fue la de elegancia, solvencia y seriedad. Turín era la sede de la Casa gobernante de Saboya. Era tranquila y cortés y totalmente «europea». No tenía nada de la bulliciosa aceleración típica de las ciudades italianas. Era un escenario dispuesto para que él lo habitara, un lugar «intempestivo» en el sentido que él le daba a la palabra: fuera del tiempo. En la ciudad encontró una conjunción de nobleza, impersonalidad y tranquilidad. Elogiaba su elegancia y su integridad, que incluso se extendía al color de su arquitectura en tonos armónicos de amarillo prímula que se oscurecía matizadamente por la terracota hasta su color favorito, el marrón rojizo. Cada *piazza*, solemne y escrupulosamente limpia, estaba dominada por una fuente risueña o un noble héroe de bronce inmortalizado con gesto grave al estilo clásico.

Hacia el noroeste de la ciudad, el horizonte lo cerraban los picos blancos de sus amadas cumbres coronadas de nieve. Estaba convencido de que su lejana influencia confería al aire la misma sequedad que había encontrado en Sils-Maria. Era ideal para su constitución física y estimulaba su cerebro. Donde Sils-Maria tenía bosques umbríos y silenciosos para dar una luz atenuada a sus ojos, Turín contaba con arcadas, 10.020 metros de soportales, o eso pensaba él. Proporcionaban el grado ideal de luz para que el topo semiciego hiciera ejercicio en un día soleado, mientras cultivaba sus pensamientos y los anotaba en sus cuadernos. En un día lluvioso también podía recorrerlas durante horas sin que se le mojara el papel. Turín satisfacía su anhelo de tener un lugar entre estaciones al que pertenecer. Decidió que la

convertiría en el tercer hogar de su recorrido anual por la tierra: Niza y Sils-Maria serían los otros dos.

Durante ese año se vio desbordado periódicamente por fases de euforia. Su encuentro inicial con Turín desencadenó uno de esos ataques de entusiasmo. Sus cartas describen repetidamente Turín como la ciudad que poseía todo lo mejor: desde los *gelati* a la calidad del aire. Los cafés eran los más bellos que había visto en su vida, los helados, los más deliciosos que había probado nunca. La comida era fácilmente digerible. Sin excepción, las pequeñas *trattorie* turinesas ofrecían la mejor y más barata nutrición del mundo. Sus intestinos podían con todo en esa ciudad.

Encontró alojamiento en el centro, en lo alto de la tercera planta del número 6 de la piazza Via Carlo Alberto. La espléndida vista desde su ventana daba a la majestuosa *piazza* y a la ondulante fachada barroca rosa y blanca del Palazzo Carignano, donde había nacido el rey Víctor Manuel II. Nietzsche disfrutaba contando ese detalle a sus muchos corresponsales.

Contigua al apartamento de Nietzsche se levantaba la *Galleria* Subalpina, un monstruo de cristal y hierro forjado construido una década antes, en el apogeo de la pasión internacional por erigir palacios de cristal. La larga galería Subalpina tenía la escala de una estación ferroviaria sin el agobiante incordio de los trenes. Con sus cincuenta metros de largo y sus tres plantas de altura, la Subalpina era la respuesta de Turín para rivalizar con la plaza de San Marco de Venecia y convertirse en uno de los grandes salones públicos de Europa. Bajo sus cristales abovedados, la galería albergaba cuanto la ociosa burguesía podía desear. Había palmeras en macetas, patios de butacas y cafés donde uno podía tomarse un *gelato* y un vaso de agua durante el tiempo que quisiera, y librerías de anticuario que podían explorarse también todo el rato que uno deseara. Para Nietzsche lo más gratificante era la sala de conciertos. Sólo tenía que abrir la ventana de su habitación para escuchar *El barbero de Sevilla* alzándose hacia él sin tener que pagar entrada. Le hubiera encantado que interpretaran *Carmen*.

El teatro público abierto que era Turín le permitió llevar una existencia en aislamiento ordenado. No contaba con la amable presencia de Peter Gast, que merodeaba a su alrededor en Venecia. Tampoco contaba con la discreta benevolencia del grupo estival que lo cuidaba en Sils-Maria. Ni había gente amable que se mostrara considerada y comprensiva a causa de su vista y sus finanzas, como en Niza. En Turín podía ser un espíritu libre sin las trabas impuestas por la carga de la compasión ajena.

A Nietzsche lo perturbaban las contradicciones de su vida. Tanto a Franz Overbeck como a Peter Gast les confió su preocupación por estar volviéndose demasiado tajante en sus juicios, demasiado severo; que su situación de vulnerabilidad crónica estaba engendrando en él un exceso de dureza. Temía que esta actitud lo arrastrara al pozo del *ressentiment*. Sin embargo, no había vuelta atrás, no podía renunciar a la severidad necesaria de su reevaluación de todos los valores. Del mismo modo que en su previa, aunque menos ambiciosa, concepción de la misma idea de reevaluación moral —sus *Consideraciones intempestivas*—, su plan para la nueva obra vacilaba a la par que sus ideas pero, en lo fundamental, la reevaluación se extendería sobre los temas que ya había expuesto en *Más allá del bien y del mal* y *Genealogía de la moral*. La nota sobre la Era Trágica de Europa fue una idea que mereció varios subrayados en su cuaderno de notas. Tenía que relacionarla con la idea del eterno retorno.

Sin embargo, antes tenía que escribir otro texto sobre Wagner. El compositor había muerto hacía cinco años, pero Nietzsche todavía no podía quitárselo de la cabeza. Se pasó varias semanas escribiendo *El caso Wagner. El problema de un músico* (*Der Fall Wagner. Ein Musikanten-Problem*).

El delgado volumen, de unas treinta páginas, se lee como una continuación, finalmente fallida, de la lucha por liberarse a sí mismo del hechizo con el que Wagner embrujó sus sentidos. Difícilmente puede leerse como una argumentación coherente. El libro entero manifiesta su resentimiento por la capacidad de la música de Wagner para manipular sus emociones, y explica su esfuerzo para que el poderoso impulso musical no le arrebatara su libre albedrío.

El caso Wagner empieza alabando *Carmen* como obra maestra de Bizet. Nietzsche afirma que es perfecta. Jura que cada vez que la oye, lo hace mejor filósofo. Eso lo lleva directamente a un ataque al Romanticismo alemán como un todo y a Wagner en particular.

La terrible y exquisita capacidad de Wagner para manipular a su público provocándole estados emocionales exacerbados dista de ser saludable. Es decadente. A veces decadente en un sentido casi religioso (*Parsifal*), otras veces decadentemente nacionalista (*Meistersinger*). Wagner es el artista de la decadencia. ¿Es siquiera un ser humano? ¿No es más bien una enfermedad? ¿Su música no ha enfermado a la humanidad? Uno paga onerosamente por ser discípulo de Wagner. Uno debe admitir que toda la música moderna es enfermiza. La decadencia es profunda.[13]

Por último reconoce que otros músicos modernos no son nada en comparación con él,[14] aunque Bayreuth sea una completa equivocación de su fundador: es una tontería.

El libro presenta una curiosa estructura. Nietzsche añade dos *post scriptum* y es en éstos donde finalmente admite su admiración por *Parsifal*. Es la mayor obra maestra de Wagner. «Admiro esta obra, me gustaría haberla escrito yo mismo.»[15]

El 5 de junio dejó Turín para pasar los meses de verano en Sils-Maria, donde se alojó en su antigua habitación en la casa de Gian Durisch. Suiza estaba pasando un verano tormentoso, lluvioso y frío. El tiempo cambiaba cada tres horas, y su estado de ánimo con él. Hubo incluso algunas pequeñas nevadas, pero la gente de siempre ya había llegado, con su pequeño grupo de mujeres intelectualoides entre otros turistas alpinos. Ese año también había un par de excelentes músicos. Nietzsche comía en el Hotel Alpenrose, al otro lado del puente desde su alojamiento. Por las mañanas, cuando el tiempo era imposible, acudía a la «sala de conversaciones» en el hotel, a escuchar y hablar de música.

Resa von Schirnhofer no estaba allí ese año, pero Nietzsche pudo disfrutar de la estimulante compañía femenina de Meta von Salis-Marschlins,[16] a la que había conocido cuatro años antes en Zúrich. Una atractiva y aristocrática morena, Meta era la última miembro de la acaudalada y noble familia suiza de los Marschlins. Su inteligencia y determinación superaban incluso su alta alcurnia. Diez años más joven que Nietzsche, era una de las «Nuevas Mujeres», feministas que querían llevar una vida intelectual independiente animadas por el ejemplo de Malwida von Meysenbug. Había estudiado derecho y filosofía en la Universidad de Zúrich, y durante el año anterior se había convertido en la primera mujer suiza que obtuvo un doctorado. Meta escribía poemas y libros, y hacía campañas por la igualdad de oportunidades para las mujeres, aunque no para todas. Su selectiva rama del feminismo podía definirse ciertamente como radicalismo aristocrático. No le interesaba la *Herdenglück*, la felicidad del rebaño, sino la ampliación de los derechos civiles a las mujeres de nobleza e inteligencia innatas, fueran cuales fuesen sus orígenes. Eso haría que el mundo fuera más aristocrático, no más democrático. Y aplicaba ese mismo principio a hombres y mujeres. En sus memorias sobre Nietzsche, lo colocaba en la categoría de *Élitemensch*:

aquellos cuyo noble pensamiento tenía más importancia que su sangre humilde.

Hablaban de Dostoyevski, al que Meta había descubierto por recomendación de Natalie Herzen (la misma Natalie Herzen que Nietzsche había creído que podría servir como esposa, si hubiera tenido dinero). Por su parte, Nietzsche había descubierto a Dostoyevski por casualidad, al coger una traducción francesa de *Memorias del subsuelo* en una librería. Como su descubrimiento casual de Schopenhauer cuando tenía veintiún años y, más adelante, de Stendhal a los treinta y cinco, Dostoyevski le impactó como un relámpago. Las palabras del autor ruso eran «en verdad una pieza musical, de una música *muy* extranjera, muy poco alemana», y su perspicacia psicológica tenía el poder del genio.**[17]** El primer libro impulsó a Nietzsche a buscar más. Seguidamente leyó *Memorias de la casa muerta*, de nuevo en traducción francesa. La conmovedora e implacable descripción que hace Dostoyevski de sus años de exilio y encarcelamiento en Siberia tuvieron un poderoso efecto en él. «Construid vuestras casas junto al Vesubio», había exclamado Nietzsche, y eso era lo que había hecho Dostoyevski. Era un demonio de la verdad, un demonio de la lucidez, un genuino salvaje, un argonauta del espíritu, un hombre cuyo sufrimiento era equiparable al del propio Nietzsche. La suprema humillación de Dostoyevski a lo largo de tantos años de encarcelamiento igualaba la prolongada humillación de Nietzsche a lo largo de tantos años de enfermedad y aislamiento literario.

Dostoyevski compartía todo eso con Nietzsche, junto con un conocimiento profundo de los evangelios, a la altura de la del alemán. Era capaz de presentar el cristianismo en crudo, el ur-cristianismo, el estado religioso sagrado antes de que le hubieran arrebatado su inocencia las posteriores interpretaciones e interferencias. Dostoyevski era un anarquista santo. Comprendía que la verdadera psicología del Redentor nada tenía que ver con los sacerdotes, con la religión estatal ni con el orden. Nada tenía que ver con el rencor de la moral del esclavo. Las tentativas de justificarlo «científicamente» eran totalmente intrascendentes. El cristianismo había sido pervertido por cosas así. Nietzsche sentía que ambos compartían la opinión de que el cristianismo había sido contaminado por su legado, que se llamaba «religión». Se había desvirtuado por la necesidad de vivir en el mundo, una necesidad que no podía hacer más que transformar a un Redentor en un bendito tonto.

Mientras Nietzsche y Meta von Salis-Marschlins daban su paseo vespertino junto al lago hacia la roca de Zaratustra, ella contó que las

lágrimas llenaron los ojos de Nietzsche al hablar de *Memorias de la casa muerta*. Él le dijo que lo había llevado a reprimir una larga serie de sentimientos intensos en sí mismo, no porque careciera de ellos sino porque los sentía con demasiada fuerza y conocía su peligro. Meta no nos cuenta cuáles eran esos sentimientos, pero es de suponer que él se refería al peligroso y debilitador efecto de la compasión y a su inutilidad en términos prácticos. Escribió al respecto poco después. La compasión es decadente. Es la práctica del nihilismo. La compasión invalida la vida. Convence a la gente de la nada, aunque no se la llama la nada. Se la llama «el más allá», o Dios, o «la verdadera vida», o el nirvana, o la salvación. Aristóteles lo comprendió. Como bien se sabe, consideraba la compasión como una peligrosa patología que había que purgar del organismo de vez en cuando. La tragedia griega era el purgante.[18]

En el verano anterior, Meta había enseñado a Nietzsche a remar en el lago y salieron en excursiones en barca durante las cuales él hablaba largamente de su infancia, sus días escolares y su madre. Se describió a sí mismo como un niño extraño. Su madre tenía unos ojos muy hermosos. Meta detectó en él un aire de tristeza y cansancio que no había percibido antes.

Pero el viejo talante travieso no se había extinguido por entero. Un balneario de montaña de gran belleza siempre tendrá su cuota de artistas aficionados que plantarán sus caballetes *en plein air* para inmortalizar sus talentos. Cuando se cruzó con una joven irlandesa pintando estudios de flores silvestres, le aconsejó que añadiera algo feo al cuadro. La belleza de las flores quedaría resaltada con el contraste. Unos días después atrapó un sapo y se lo metió en el bolsillo de los pantalones. Se lo llevó a la artista, satisfecho de sí mismo. Ella contraatacó atrapando algunos saltamontes y metiéndolos en un tarro de bombones. La joven sabía que a él le gustaban mucho los dulces. Cuando desenroscó la tapa, los insectos saltaron. Al círculo más íntimo de veraneantes les pareció un magnífico intercambio de bromas.[19]

A mediados de julio había acabado de escribir *El caso Wagner*. El día 17 envió el manuscrito al impresor Naumann, que se lo publicaría. A Naumann le resultó completamente ilegible y se lo devolvió. Nietzsche se lo envió entonces al siempre paciente Peter Gast que, para variar, dejó a un lado su propio trabajo para resolver el problema de Nietzsche. El libro estuvo impreso y publicado en septiembre.

Nietzsche calculó que producir cada libro le costaba mil francos. Su pensión de Basilea era de tres mil. Meta lo comprendió. Con tacto, le dio mil francos para ayudarle a pagar los gastos de impresión. En julio recibió una

nueva donación de dos mil para el mismo propósito, esta vez de Paul Deussen, con una nota que decía que le entregaba una donación anónima de «unas personas a las que les gustaría reparar los pecados que ha cometido la humanidad contra usted». Nietzsche sospechaba que la donación era del propio Deussen o de Rée, que también se hallaba en Berlín por entonces. Calculó que sus gastos de publicación anuales ascendieron a 285 marcos en 1885, 881 marcos en 1886 y 1.235 marcos en 1887. Las donaciones de sus amigos le dieron la libertad para continuar, incluso aumentar, la impresión de sus obras sin temor a arruinarse.

Estaba escribiendo *Crepúsculo de los ídolos* (*Götzen-Dämmerung*). El título era un explícito desafío a Wagner, cuya cuarta y última ópera del ciclo de *Ring* se titulaba *Götterdämmerung* [«El ocaso de los dioses»]. El libro sería el primero de la gran reevaluación. Su subtítulo, *Cómo se filosofa con un martillo*, señalaba su intención de utilizar un martillo contra todos los valores existentes para ver si resonaban huecos o reales. Si sonaban bien, permanecerían.

El inicio del libro no tiene nada que ver con lo planeado. Se lanza de buenas a primeras a redactar «Sentencias y flechas», cuarenta y cuatro aforismos entre los cuales se hallan algunos de sus más conocidos:

> ¿Es el hombre un error de Dios? ¿O es Dios un error del hombre?
>
> Lo que no me mata me hace más fuerte.
>
> Si se tiene un porqué de la vida, es fácil avenirse a casi cualquier cómo. El ser humano *no* lucha por la felicidad, salvo los ingleses.
>
> La mujer perfecta incurre en la literatura como incurre en un pecado venial: como por probar, de pasada, mirando a su alrededor por si alguien se ha fijado y para asegurarse de que alguien la mira.
>
> Los hombres malvados no tienen canciones. En ese caso, ¿por qué las tienen los rusos?
>
> Cuando se buscan los principios, uno se convierte en un cangrejo. Los historiadores miran hacia atrás, y acaban *creyendo* también hacia atrás.
>
> La satisfacción protege, incluso de los resfriados. ¿Se ha resfriado alguna vez una mujer que se sabe bien vestida?
>
> ¡Qué poco se requiere para la felicidad! El sonido de una gaita. Sin música, la vida sería un error. Los alemanes imaginan que incluso Dios canta.
>
> Desconfío de todos los sistemáticos y los evito. La voluntad de tener un sistema es una carencia de integridad.

Llamativamente azarosas, simples, incluso frívolas, las «sentencias y flechas» más inteligentes arrullan al lector antes de que Nietzsche aferre el martillo para golpear los ídolos que, al cabo, son los objetivos del libro. Sócrates, Platón, Alemania, el libre albedrío y la humanidad «mejorada» son, sin excepción, atacados con ferocidad, con los más contundentes martillazos reservados para los «enfermos tejedores de telarañas», los sacerdotes y los filósofos.

En *Crepúsculo de los ídolos*, Nietzsche cree que ha cerrado el círculo. Lo ha completado, reconoce en la última frase del libro:

«Y con esto vuelvo al sitio del que en otro tiempo partí, *El nacimiento de la tragedia* fue mi primera transvaloración de todos los valores: y ahora vuelvo sobre el terreno del que brotan mis deseos, mis *poderes*, yo, el último discípulo del filósofo Dioniso, yo, el maestro del eterno retorno…».[20]

20

Crepúsculo en Turín

> Quien luche con monstruos debe cuidarse de no convertirse en uno él mismo. Y cuando se mira fijamente un abismo durante largo tiempo, el abismo le devuelve la mirada a su interior.
>
> *Más allá del bien y del mal*, parte IV, sección 146

El 2 de septiembre de 1888, Nietzsche acabó *Crepúsculo de los ídolos*. Ya era el segundo libro que escribía ese año. Al día siguiente empezaría otro.

En fecha tan reciente como agosto había pensado que la gran obra sería *La voluntad de poder*. A lo largo de los meses anteriores había tomado una ingente cantidad de notas para él, pero el 4 de septiembre, el mismo día en que empezó a escribir el nuevo libro, cambió de opinión y anotó lo que denominó el plan definitivo para la transvaloración de todos los valores. Pensado para remover los cimientos mismos del pensamiento, ahora consistiría en cuatro libros.

El primero sería «El Anticristo. Ensayo de una crítica del cristianismo».

El segundo, «El espíritu libre. Crítica de la filosofía como movimiento nihilista».

El tercero, «El inmoralista. Crítica de la forma más letal de ignorancia, la moral».

El cuarto, «Dioniso. Filosofía del eterno retorno».

Nietzsche se encontraba en ese momento en una situación estable de desequilibrio, de excitación, de entusiasmo consigo mismo y poseído de una sensación de inmunidad ante el mundo. Incluso hacía caso omiso a las condiciones atmosféricas, que previamente se habían cernido sobre él como un dictador aéreo que regía sus estados de ánimo y sus capacidades.

El tiempo en Sils-Maria a finales del verano de 1888 era una infamia meteorológica. Cayó una asombrosa cantidad de agua del cielo. Cuando sacaba tiempo de la tarea principal de escribir el primer libro para mantenerse en contacto con sus corresponsales habituales, incluía, casi con orgullo paterno y milimétrica precisión, estadísticas sobre la pluviosidad. Los lagos

que habían definido el paisaje los siete años que llevaba yendo allí cambiaron ahora de forma, deslizándose como amebas. Anegaron tierras, alterando la calidad de la luz que era tan importante para él. Sus acostumbrados paseos se volvieron innavegables. Las hojas empapadas dejaban caer gotas de lluvia que repiqueteaban en su cabeza. Los senderos a sus pies quedaban obstruidos por montones de vegetación caída, peligrosos para que los recorriera un hombre semiciego. La roca de Zaratustra que constituía una transición simbólica entre dos elementos al elevarse a un lado desde la orilla, en la otra ribera del lago, ahora estaba completamente rodeada de agua. La península de Chastè, sobre la que había soñado erigir su cabaña de ermitaño, ya no era una península sino una isla.

Él, también.

Meta von Salis-Marschlins había concluido su visita veraniega a Sils-Maria. Su amigo músico, el *abbé* Von Holten, también se había ido. Eso significaba el fin de las conversaciones sobre Wagner con el amable *abbé*, que además se había tomado la molestia de aprenderse composiciones de Peter Gast para dar a Nietzsche el gusto de escuchar la obra de su amigo. Durante unas semanas, Nietzsche se concentró obsesivamente en precisar la diferencia entre el antiguo ritmo métrico del verso, que denominaba «rítmica temporal», y el ritmo métrico posterior, que echaba raíces en el mundo «bárbaro» y que él llamaba «rítmica afectiva». Planteó la idea de que la «rítmica temporal» del mundo clásico antiguo era utilizada como «una especie de aceite sobre las aguas», un medio de dominar la emoción, controlando la pasión y hasta cierto punto, eliminándola. La «rítmica afectiva» tenía sus raíces en lo primitivo. Había sido domesticada por la música de la Iglesia hasta convertirse en el bárbaro ritmo germano, que se utiliza como medio para intensificar la emoción.[1]

El 20 de septiembre salió de Sils-Maria hacia Turín. El viaje también tuvo sus incidentes. El terreno estaba inundado a lo largo de kilómetros alrededor de Como. En un momento dado, el tren tuvo que cruzar un puente de madera siguiendo la guía de luces de antorchas. En circunstancias normales, eso habría bastado para sumir al inválido crónico en un malestar agónico durante varios días seguidos, pero su espíritu se sentía liberado por la fuerza del agua. El elemento líquido había desinhibido su voluntad de poder.

Durante su estancia previa en Turín, la ciudad le había transmitido sensaciones de amplitud, libertad y orgullo; había producido una mejoría milagrosa en su salud y dado pie a una creatividad exuberante. Ahora, a su regreso, descubrió que el lugar evocaba algo todavía más importante.

Paseando por los soportales veteados de sombra y por la resplandecientes aguas de la orilla del río, se sintió abrumado por la embriagadora sensación de que ahí había alcanzado por fin el estado espiritual afirmativo del *Übermensch*. Si toda su vida había encontrado su sentido en el ahora, le satisfacía decir sí al círculo completo, a todo lo que había sucedido antes y a todo lo que vendría más adelante. El momento presente lo contenía todo, y era glorioso. «Ahora soy el hombre más agradecido del mundo […] es mi momento de la gran cosecha. Todo se ha tornado fácil para mí…»[2]

Sus cartas de estos días a sus corresponsales describen, como antes, cómo todo en Turín es lo mejor de su clase que jamás haya visto, pero ahora el carácter noble de la ciudad se veía todavía más exaltado con la celebración de los esponsales entre el príncipe Amadeo, duque de Aosta y ex rey de España [como Amadeo I] y su sobrina, veintiún años más joven, la princesa María Leticia, hija de Napoleón José Bonaparte y sobrina nieta del emperador Napoleón. La vida cotidiana de Turín se había convertido en un remedo de Bayreuth. Miembros de las casas reales de Bonaparte y Saboya se movían entre los grandes palacios de la ciudad. Las aceras estaban atestadas de dignatarios con sus encajes dorados y sus galas de soldados de chocolate, acompañados de sus damas con sus atuendos recargados de seda y satén que recordaban los gustos más íntimos de Wagner. La ciudad se había transformado en un gran teatro que se ajustaba perfectamente al solitario cuya ilusoria percepción de sí mismo empezaba a rayar en la megalomanía.

Justo debajo de un profuso relato de la boda real, un periódico de la época[3] publicó, sin un ápice de ironía, un artículo titulado «La boda higiénica», que contaba que en Estados Unidos de América se estaba «desarrollando a partir del cruce de muchos orígenes, una raza completamente nueva en el mundo. Nuestros inmigrantes, al casarse con quienes los han precedido, engendran descendientes de un tipo mental más despierto y agresivo que el original, y Darwin apunta que las extremidades y los cuerpos de esos descendientes son llamativamente más largos que los de sus ancestros. […] Pronto aplicaremos las leyes de una genuina selección en el matrimonio […] también existen […] jóvenes de ambos sexos que, a causa de sus dolencias nunca deberían casarse». La eugenesia flotaba en el ambiente. Siete años después, Alfred Ploetz publicaría su obra pionera sobre la «higiene racial», mezclando su propia interpretación deformada del concepto nietzscheano de *Übermensch* y la supervivencia del más apto de Darwin para validar supuestamente sus teorías biológicas de la selección.[4]

Nietzsche había vuelto a su antiguo alojamiento en Turín, en la tercera planta del número 6 de Via Carlo Alberto, frente al imponente Palazzo Carignano, en la que todavía reinaba el bullicio tras las aristocráticas nupcias. En las soleadas cumbres del estado de ánimo permanentemente eufórico de Nietzsche, reparó en lo conmovedor que fue el recibimiento que le hizo su patrón, Davide Fino, así como su mujer y sus hijos. Fino regentaba un pequeño kiosco de prensa en la planta baja, donde vendía también material de papelería y postales. Sólo le cobraba veinticinco francos al mes por la habitación, con la limpieza de botas y zapatos incluida. Eso era mucho más barato que Niza, donde Nietzsche tenía que pagar cinco francos y medio al día, con la comida incluida, pero las que servía la pequeña *trattorie* de Turín sólo le costaban un franco con quince céntimos. Por veinte céntimos más le daban un café, ¡y era el café más exquisito del mundo! Los amables y cariñosos propietarios de los pequeños restaurantes no tenían nada que ver con los venales carteristas que regentaban los de Niza y Venecia. Le informaban de lo mejor que podían ofrecerle y a él le encantaba aceptar gentilmente sus bienintencionadas sugerencias. Ahí nadie esperaba una propina, así que él la daba. Una propina de diez céntimos y lo trataban como a un rey.

El paisaje de Turín era soberbio. Los espléndidos árboles que flanqueaban las nobles orillas del río Po resplandecían con tonos dorados recortándose contra un cielo lapislázuli. ¡Su lealtad a Niza había sido una completa tontería! ¿Cómo había podido alabar aquel pedazo de tierra calcárea, sin árboles ni estilo alrededor de la Riviera? En Turín uno vivía fuera del tiempo, y él componía una figura intempestiva moviéndose por un pasaje de Antigüedad clásica, eterno habitante de una pintura arcádica de Claude Lorrain. ¡Y el aire! No podía existir otro aire de tan exquisita pureza. Día tras día, amanecía con la misma perfección sin límite y la plenitud del sol. (Lo cierto es que Turín sufre de un clima bastante malo, con una media anual de 117 días de lluvia, sobre todo durante los meses de octubre y noviembre, precisamente los meses en que Nietzsche pintaba esta imagen de perfección a sus corresponsales.) Via Carlo Alberto ha sido descrita como una calle melancólica, con la apagada monotonía de un neumático. Pero la percepción lo es todo, y él percibió, y contó, que se trataba de un lugar simplemente perfecto, y también que un cambio extraordinario se estaba produciendo en él mismo. Los dolores de cabeza y las náuseas habían desparecido repentinamente. Tenía un apetito insaciable. Digería cualquier cosa. Nunca había dormido mejor. Estaba viviendo una especie de apoteosis.

Para completar su satisfacción, la casa de Davide Fino tenía un piano. Por las noches, tocaba durante horas. La hija de Fino, que sabía del tema, dijo que la música que oía a través de las paredes sonaba wagneriana.

Durante el tiempo que pasó en Turín, no tuvo compañía. Ni siquiera recibió ninguna visita. Pasaba los días trabajando frenéticamente, *tempo fortissimo*, en el libro que había empezado en Sils-Maria.

El Anticristo, subtitulado *Una maldición al cristianismo*, es una obra breve y vitriólica que denigra al cristianismo. La palabra *anticristo* en alemán puede significar tanto «anticristo» como «anticristiano». Nietzsche mantiene su respeto por la persona de Jesucristo a lo largo de todo el texto, pero condena la religión que emergió posteriormente en Su nombre.

Buena parte del libro se dedica a volver sobre lo que ya había tratado en *Crepúsculo de los ídolos* y *La genealogía de la moral*.

Reitera sus ideas sobre la deshonestidad del cristianismo al devaluar la vida en la tierra frente a la hipotética vida por venir. Esta errónea preferencia por la eternidad de nubes de algodón sobre la realidad cotidiana del muladar impulsaba el *ressentiment*, la actitud vengativa, celosa y de superioridad moral utilizada por los sacerdotes para someter a poblaciones enteras a las que reducían a la mentalidad del esclavo.

El mundo ficticio de la religión se enraizaba al completo en el odio a la naturaleza y en un profundo malestar frente a la realidad. Y así, la subsiguiente moral imperante en todo el orbe cristiano quedaba invalidada porque caía por entero bajo esta noción imaginaria de causa y efecto. La hostilidad del cristianismo hacia la realidad no tenía parangón. Una vez el concepto de «naturaleza» había sido etiquetado como opuesto a la idea de Dios, el mundo natural en su integridad era considerado reprobable, incluida la naturaleza humana, que, sin mejoría, quedaba condenada como maldita.

Nietzsche deja claro que su condena está reservada a la Iglesia y los sacerdotes más que a Jesucristo, el fundador de la religión, a quien admira y reverencia.

En una referencia tácita a Dostoyevski, sugiere que Cristo, el santo anarquista que despertó a los humildes, los marginados y los pecadores para que se enfrentaran al orden reinante, sería desterrado hoy en día a Siberia. Cristo había muerto por razones políticas más que religiosas. La prueba de ello era la inscripción en la Cruz. Las palabras «Rey de los judíos» eran dinamita. Siempre sería un título amenazante en tanto los judíos carecían de territorio físico que llamar propio.

Cristo, «el portador de buenas nuevas», murió como vivió y según lo que enseñó: no para redimir a la humanidad sino para demostrar cómo se debe vivir. Lo que Él legó a la humanidad fue Su praxis. Se demostró en su actitud ante los jueces, ante los guardias, ante todo tipo de farsas y calumnias y, finalmente, en Su actitud en la Cruz. No se resistió al malvado ni a la situación injusta, sino que incluso los amó; en eso radicaba la ausencia suprema de *ressentiment*. Eso era *amor fati*, afirmación eterna.

La posterior Iglesia cristiana había sido moldeada por un intérprete de segunda categoría, san Pablo. Fue él quien convirtió la vida ejemplar de Cristo en una leyenda de sacrificio y culpa en su forma más repulsiva y bárbara. El sacrificio sangriento del hombre inocente por los pecados de los culpables… ¡qué atroz paganismo! Fue Pablo quien enfocó el odio contra el mundo y contra la carne. Fue él quien aprovechó todas las oportunidades para propagar el *ressentiment*. Pablo había descubierto cómo utilizar un pequeño movimiento sectario para prender un fuego a escala mundial, cómo utilizar el símbolo de Dios en la Cruz para apropiarse de cuanto se extiende silencioso por debajo, cuanto está cargado de una rebeldía secreta, el legado completo de las actividades anarquistas ocultas en el Imperio romano, y unirlo en el poder inmenso de la Iglesia cristiana.[5]

Es una traducción del cristianismo a la política que se sostendría mejor sin la última sección del libro, donde Nietzsche adopta el papel de Dios impartiendo el juicio final. Como buena parte de sus textos de esa época, resulta imposible saber si está recurriendo a una sátira extrema, al estilo de Swift, o si lo dice con total seriedad, o si simplemente representa un pico pasajero en una gráfica que dibuja una mente cada vez más inestable.

Esta sección lleva el encabezamiento:

> LEY CONTRA EL CRISTIANISMO
>
> Otorgada el Día de la Salvación, el primer día del año uno (el 30 de septiembre de 1888, según la falsa cronología)
>
> *Guerra a muerte contra el vicio: el vicio es el cristianismo*
>
> Todos los sacerdotes deben ser encerrados.
>
> La participación en los servicios religiosos es un atentado a la moral pública.
>
> El execrable lugar donde el cristianismo ha empollado sus huevos de basilisco [¿Israel?, ¿Jerusalén?] debe ser arrasado. Dado que se trata del lugar más *depravado* de la tierra, debe convertirse en el horror de toda la posteridad. En él se criarán serpientes venenosas.
>
> El que predica la castidad es el verdadero pecador.
>
> Los sacerdotes deben ser sometidos al ostracismo, se les dejará morir de hambre y se les arrojará a toda clase de desierto.
>
> Las palabras *Dios*, *salvador* y *redentor* deben utilizarse como insultos para describir a los criminales.
>
> El resto se sigue de lo anterior.

Ésta es la última página del libro y la firmó como «El Anticristo».

El día que acabó *El Anticristo*, el 30 de septiembre, fue considerado una jornada victoriosa, el séptimo día (una referencia bíblica: Dios creó el mundo en seis días y al séptimo descansó). Lo pasó «como un Dios ocioso», vagando bajo los álamos por los que se filtraba el sol a lo largo de las orillas del caudaloso Po.

Recibió ejemplares impresos de *El caso Wagner*. Los envió a todas partes. Desde que Georg Brandes había dado su serie de conferencias en Copenhague, Nietzsche se veía como una figura internacional. Alardeaba de despertar interés en América. El mundo entero se había convertido en su público. Había perdido sus inhibiciones sobre el problema de a quién enviar el nuevo libro y qué pedir a cambio.

Se lo mandó a la viuda de Bizet, que tenía fama de leer alemán. Lo envió a Paraguay, donde ofendió sobremanera a su cuñado, que había basado toda su venta ambulante de Nueva Germania en explotar el circuito y el culto de Wagner. Elisabeth también se sintió ofendida. Ella no habría conseguido nada sin el apoyo de Cosima.

Georg Brandes contestó con entusiasmo, incluyendo en su carta la dirección de ciertos radicales de alta cuna de San Petersburgo. Varios libros de Nietzsche habían sido prohibidos en Rusia, entre ellos *Humano, demasiado humano*, «Opiniones y sentencias diversas» y *El caminante y su sombra*, sobre todo a causa de sus ataques al cristianismo (las prohibiciones no se levantaron hasta 1906). Brandes recomendaba al príncipe Urussov y la princesa Anna Dmitrievna Tenichev como «*connoisseurs* superiores» que harían que sus obras tuvieran una amplia audiencia entre la *intelligentsia* radical rusa. Su consejo era ciertamente sagaz. Desde ese momento y a lo largo de la década de 1890 hubo un interés más vivo por su obra en Rusia que en cualquier otro país europeo, a juzgar por el número de publicaciones sobre ella que aparecieron en esos años.**[6]**

Nietzsche le mandó el libro a Jacob Burckhardt con la sincera petición de que «una sola palabra suya me haría feliz». La opinión de Burckhardt siempre le había importado más a Nietzsche que la de éste le había importado a Burckhardt. Sintiéndose seguro en su bien organizado aislamiento dentro de la estructura de la Universidad de Basilea, Burckhardt no fue capaz de encontrar ni una palabra de apoyo y guardó silencio.

Nietzsche le envió el libro a Hippolyte Taine con la esperanza de que él pudiera «abrir el gran canal de Panamá hacia Francia». La llave para hacerlo era la traducción al francés. Nietzsche no podía pagarla. A la par que le pedía a Taine que lo tradujera, le mandó tres ejemplares del libro a Malwida von Meysenbug con la misma intención en mente.

El piso de Malwida en Roma estaba dominado por un imponente busto de Wagner que contemplaba todos los rincones desde las alturas de su elevado pedestal. Para ella nunca había supuesto ningún problema apoyar a Nietzsche mientras permanecía leal al compositor. Durante toda su vida, Malwida había sido una maestra en el arte de caminar por la cuerda floja. Se las arregló para vivir durante décadas con unas comodidades ostentosas y privilegiadas en tanto miembro del *establishment*, mientras, a la vez, mantenía su reputación de anarquista. Su vida podía simbolizarse en cómo abordó el yate de Garibaldi, subida al sillón acolchado que era el atrezo y símbolo de la sala de estar burguesa. En el campo de batalla Nietzsche/Wagner, Malwida siempre se las había apañado para mantener un pie en ambos lados, pero la publicación de *El caso Wagner* le planteaba exigencias que excedían su discreta neutralidad. Su carta a Nietzsche señalando las descortesías del ataque se ha perdido, pero ella misma la describió como todo «lo considerada [que era] posible». Y podemos creerle, dado su habitual tacto.

Nietzsche contestó furioso: «Estas no son cuestiones sobre las que permita que nadie me contradiga. Yo soy […] la corte de apelación superior sobre la tierra».[7]

Un nuevo matiz había aparecido en sus cartas. Eran cada vez más agresivas, belicosas y perentorias. Referencias a su propia divinidad se filtran aquí y allá. Empezó a hacer peculiares afirmaciones sobre su estatus y su poder. Consideraba que nunca había habido un momento más importante en la historia del mundo. La humanidad era mortalmente irresponsable, estaba letalmente distraída, no tenía ni idea de las grandes cuestiones de valor que estaba planteando y aclarando él solo.

Su transvaloración devolvería el mundo a su rumbo correcto por primera vez desde hacía siglos. Su estado físico le daba la prueba irrefutable de su capacidad para hacerlo. Cuando se miraba en el espejo, veía a un joven en unas condiciones físicas excepcionales. Nunca había tenido un aspecto más saludable, tan bien alimentado. Parecía un hombre diez años más joven de lo que era, en el apogeo de su vigor.

La única ocasión en que el reflejo de su espejo le había dicho lo mismo fue cuando se encontraba en el cenit de su amor por Lou y albergaba

esperanzas que creía justificadas sobre su futuro juntos.

Era el mes de octubre de 1888 y estaba deseando que llegara su cumpleaños. Se sentía maravillosamente, en sintonía con el instante que estaba viviendo, en armonía con el otoño en su propio ser y en el mundo que lo rodeaba. Las abundantes uvas de los viñedos de los alrededores de Turín habían adquirido ese tono marrón que estalla con dulzura en la boca. Lo mismo ocurría con las palabras que le venían a la boca. Era el hombre maduro en su plenitud. Todo estaba en orden.

Alegre y fatídicamente, el 15 de octubre celebró su cuadragésimo cuarto cumpleaños.

¡Sin duda era un buen día para empezar otro libro! Por el bien del mundo, ese cumpleaños merecía una autobiografía. Una vez más, posponía la gran transvaloración. Pero ni se lo pensó. El momento era propicio. Deseaba presentar la historia completa: sus libros, sus opiniones, los incidentes de su vida y su psicología. Permitiría que el mundo presenciara su transformación de cada «fue así» en un «yo quise que así fuera». La humanidad, que no le había prestado atención, por fin comprendería la suerte que había tenido cuando revelara la luz y el espanto de sí mismo.[8]

Presentándose como el sucesor del dios muerto, tituló la autobiografía *Ecce homo*. Extrajo el título de la Biblia, escogiendo las palabras fatídicas utilizadas en el evangelio de san Juan en el momento en que Poncio Pilato, el gobernador romano de Judea, condenaba a muerte a Cristo,[9] tras lo cual supuestamente huyó para ahogarse a causa de los remordimientos en ese pequeño lago negro del monte Pilatus sobre Tribschen. «*Ecce homo* [He aquí el hombre]», había proclamado Pilato cuando sacó a su prisionero Jesucristo, azotado y sangrando, atado y con una corona de espinas, para que lo juzgara el pueblo, que seguidamente condenó al Dios viviente a morir crucificado.

A lo largo de todo *Ecce homo*, Nietzsche continúa compitiendo con Cristo, o presentándose como un segundo Cristo, otro Dios viviente que ha sido condenado a muerte. En el caso de Nietzsche, condenado a muerte por oscuridad, por abandono, por falta de interés en su pensamiento. *Ecce homo* contiene un número ingente de referencias y parodias bíblicas, empezando ya por la primera frase: «Como preveo que dentro de poco tendré que dirigirme a la humanidad presentándole la más grave exigencia que jamás se le ha hecho, me parece indispensable decir *quién soy yo*».[10]

Todo en el libro es sutileza, enigma, acertijo, danza, y, por encima de todo, provocación. «Cuando tengo, literalmente, que cargar con el destino del hombre, forma parte de las demostraciones a que se someten mis fuerzas el ser un payaso, un sátiro […] Que el espíritu más profundo debe ser también el más frívolo es casi un patrón de mi filosofía.»[11]

El bromista sigue el excesivo título del libro con disparatados títulos de capítulos: «Por qué soy tan sabio», «Por qué soy tan inteligente», «Por qué escribo tan buenos libros», «Por qué soy un destino». Los capítulos cumplen su función contándonos exactamente por qué es tan sabio, inteligente y todo lo demás. También se mofan del género completo de la autobiografía. Dejan constancia del hecho de que, por más que lo disfracen los autores, la autobiografía tal vez sea el más descabellado acto de presunción que existe. En *Ecce homo* hace saltar por los aires la convención de ocultar la vanidad de la autoría tras la máscara de la humildad, la autocrítica y la excusa inatacable de dejar un registro histórico. ¿Por qué no reevaluar la autobiografía junto con todo lo demás? ¿Por qué no utilizar la autobiografía para la grandilocuencia y el engaño, para la exageración y el elogio disparatado de uno mismo mezclando cosas que sucedieron en realidad con otras que no y un incontenible multiperspectivismo? No existen hechos, sólo interpretaciones.

El primer capítulo, «Por qué soy tan sabio», lo empieza planteándonos un enigma: «Como mi padre, ya he muerto, y, como mi madre, todavía vivo y voy haciéndome viejo». Tiene un pie en cada mundo. ¿Quién es? No es un santo ni el hombre del saco, sino simplemente un discípulo de Dioniso. Preferiría ser un sátiro antes que un santo. Preferiría derribar ídolos antes que erigirlos. Lo último que diría de sí mismo es que es un «mejorador» de la humanidad. Nos invita a que le miremos las piernas, y señala que están hechas de barro.

Seguidamente deja clara su magnífica salud. Tomada literalmente, esa afirmación es pura ficción, una fantasía médica. Nosotros, que conocemos un poco su vida, podemos leer esta descripción de sí mismo como pensada específicamente para refutar la catástrofe que se cernía, en esa época sifilomaníaca, sobre todo hombre que sufría problemas de salud inexplicables y cuyo padre había fallecido de «licuefacción del cerebro». Se toma muchas molestias en explicarnos lo bien que se encuentra físicamente. Sí, ha pasado por problemas de salud, pero son simplemente consecuencia de una «especie de degeneración local». Esa pequeña degeneración local es la responsable del agotamiento general y la gran debilidad del aparato gástrico que, reconoce, han llevado hasta el límite su organismo y su mente. Como consecuencia, ha

desarrollado la habilidad y el conocimiento para invertir la perspectiva. Se compara con el cirujano herido que traduce su propia enfermedad en una preocupación útil por la salud de la sociedad. Él solo, el médico cultural herido, es capaz de la transvaloración de todos los valores.

Suponemos que nos dice en serio, una vez más, que su fórmula para la grandeza humana es el *amor fati*, no querer que nada sea diferente, ni en el futuro ni en el pasado, ni en toda la eternidad.**[12]** Más adelante afirma que cuando mira a su madre y a su hermana, ellas solas le producen la más profunda reticencia al *amor fati* y el eterno retorno. «Cuando busco la antítesis más drástica de mí mismo, la inconmensurable vulgaridad de los instintos, encuentro siempre a mi madre y a mi hermana; creer que estoy emparentado con tal *canaille* [gentuza] sería una blasfemia contra mi divinidad. El trato que me dan mi madre y mi hermana, hasta este momento, me inspira un horror inefable: aquí trabaja una pequeña bomba de tiempo infernal. […] Carezco de toda fuerza para defenderme contra gusanos venenosos. […] Confieso que la objeción más honda al "eterno retorno", que es mi pensamiento auténticamente abismal, son siempre mi madre y mi hermana. […] Con quien *menos* se está emparentado es con los propios padres: estar emparentado con ellos constituiría el signo extremo de la vulgaridad.»**[13]**

También cuenta la gran mentira de que es un noble de pura sangre de ancestros polacos sin una gota de «mala» sangre alemana. Nietzsche no sugiere que Franziska y Elisabeth compartan su sangre polaca. Y, pese a todo, sigue refiriéndose a ellas como «mi madre» y «mi hermana». ¿Qué podemos creer, cuando nos asegura solemnemente que es el más veraz de los pensadores?

El texto siguiente, «Por qué soy tan inteligente», trata de una obsesión con sus pulmones y su estómago como base del ejercicio filosófico entero. Se convierte en un gurú de la dieta y el ejercicio. Si se evita el café y se vive en una atmósfera de aire seco, se conseguirá una salud como la suya. Resulta extraño que prohíba el café mientras disfrutaba del de Turín, uno de los mejores del mundo. Aconseja vivir en París, Provenza, Florencia, Jerusalén o Atenas. Y, sobre todo, no vivir en Alemania, donde el clima estropea los intestinos por más heroicamente que se preparen. Unos intestinos fuertes son muy útiles al filósofo.**[14]**

Nunca creas ninguna idea que se te haya ocurrido puertas adentro. Mantén la mente libre de todos los grandes imperativos y no intentes conocerte a ti mismo. A diferencia de cuanto había aconsejado hasta ese momento,

recomienda seriamente que la precondición para llegar a ser lo que uno es radica, precisamente, en no tener la menor idea de lo que uno es.

«Aquellos de nosotros que éramos niños durante el caos de los años cincuenta» somos inexorablemente pesimistas con respeto a la «cultura» alemana, porque, ¿cómo puede existir un pensamiento civilizado cuando el intolerante está al timón del Estado? Nietzsche sólo cree en la cultura francesa. Una vez ha entrado en la cuestión de la cultura, no puede contenerse y debe volver al tema de Wagner, el primer aliento libre que respiró en su vida. Reconoce que desde la primera vez que oyó *Tristan und Isolde,* siempre ha buscado una obra de arte que transmitiese la misma infinitud escalofriante y dulce. Cosima Wagner posee, con diferencia, la naturaleza más noble, así como el mejor gusto, de Alemania. Por nada del mundo renunciaría él a sus días en Tribschen.

«Por qué escribo tan buenos libros» hace un repaso libro por libro de toda su obra publicada. Como le comentó a su editor, bien podría haber escrito sus propias críticas. Nadie lo había hecho.

La sección «Por qué soy un destino» empieza:

«Conozco mi suerte. Algún día irá unido a mi nombre el recuerdo de algo tremebundo, de una crisis como jamás la ha habido en la tierra, de la más profunda colisión de conciencias, de una decisión tomada, mediante un conjuro, *contra* todo lo que hasta ese momento se había creído, exigido, santificado. Yo no soy un hombre, soy dinamita».

Estas palabras se han interpretado con frecuencia como una extraña profecía o premonición del Tercer Reich, a veces incluso como una aprobación por adelantado de lo que estaba por venir. Pero el resto de «Por qué soy un destino», que no es un capítulo breve, deja perfectamente claro que no se está refiriendo a un acontecimiento apocalíptico futuro sino a la tarea que ha emprendido él mismo de desafiar toda la moral previa.

La última frase del libro dice: «¿Se me ha comprendido? Dioniso contra el crucificado…», y el libro termina con una elipsis, como tantos otros de sus textos.

Acabó *Ecce homo* el 4 de noviembre. Había tardado tres semanas en escribirlo. Durante este tiempo había estado completamente solo en la ciudad, rodeado de desconocidos. Éstos apenas reparaban en su pequeña figura paseando por las calles con un abrigo ligero de forro azul y unos enormes guantes ingleses en las manos. Ahora siempre llevaba la cabeza ladeada cuando caminaba bajo las luces y sombras estroboscópicas de los largos

soportales de piedra de Turín. El invierno había llegado cuando acabó el libro, y las montañas por detrás de las largas vistas urbanas lucían alas blancas que se recortaban sobre el cielo blanquecino.

Turín era una vez más el escenario de un gran acontecimiento institucional. La boda real había dado paso a un funeral de Estado, el satén blanco a las bandas negras, la pompa festiva a una solemne melancolía. El mismo enclave de privilegios y poder real se desparramó por todo Turín, en esta ocasión para las solemnes exequias del conde de Robilant. La querencia de Nietzsche por la *grandezza* ascendió a Robilant a hijo del rey Carlos Alberto, aunque de hecho era simplemente su edecán.

Mandó por correo el manuscrito de *Ecce homo* a su impresor Naumann el 6 de noviembre. La carta adjunta aseguraba con serenidad a Naumann que había sido inspirado por una increíble sensación de bienestar, desconocida en la vida de Nietzsche. Naumann tenía que componer el libro inmediatamente.

El impresor todavía no se había convertido en editor, como haría más adelante. Su tarea no consistía en corregir sino en imprimir el libro para el autor que pagaba la factura. Nietzsche lo apremiaba ahora a imprimir *Ecce homo* antes que *El Anticristo*, que Naumann debía retener. *Ecce homo* era el libro que anunciaba lo que habría de seguirle. Su función, como la de Juan el Bautista, consistía en abrir camino. El texto no debía tener ningún filete alrededor. Las líneas de la composición debían ser más amplias. Naumann sugirió que utilizaran un papel más barato. Nietzsche se horrorizó.

Tras darle las instrucciones a Naumann, comenzaron los cambios. Nietzsche añadió secciones, solicitó que le devolviera el manuscrito, lo reenvió en diciembre de 1888, «preparado para imprimir», añadió poemas, cambió de opinión no una sino dos veces más. Estaba ocupado en demasiadas cosas. Ninguna de ellas era el próximo libro de la gran transvaloración. Reunió nueve poemas que había compuesto entre 1883 y 1888 e hizo copias en limpio para publicarlos. Tras algunos intentos fallidos, se decidió por el título de *Ditirambos de Dioniso* (*Dionisos-Dithyramben*). El sentido original de la palabra ditirambo se refería a un himno coral griego a Dioniso, pero con el tiempo se había extendido a cualquier himno o poema dionisíaco u orgiástico.

En *El nacimiento de la tragedia*, Nietzsche había afirmado que lo dionisíaco significaba el abandono eufórico frente a la creatividad lúcida y controlada de lo apolíneo. A medida que avanzaba su pensamiento, los misterios dionisíacos habían acabado significando la voluntad fundamental de vida. «¿Qué era lo que los helenos se garantizaban a sí mismos con esos

misterios? La vida *eterna*, el eterno retorno de la vida; el futuro, prometido y consagrado en el pasado; el sí triunfante a la vida por encima de la muerte y del cambio; la vida *verdadera* como supervivencia colectiva mediante la procreación, mediante los misterios de la sexualidad.»**[15]**

El poema que guarda una relación más obvia con Dioniso es «El lamento de Ariadna». Describe cómo Ariadna, abandonada por Teseo en la isla de Naxos, lamenta su suerte y recibe la visita del dios Dioniso. Nietzsche había publicado primero el poema en la parte IV de *Así habló Zaratustra*, en el capítulo llamado «El mago», en el que Zaratustra vence al viejo brujo Wagner.

En la época de Tribschen, la mitología aceptada era que Wagner era el Dioniso de Cosima, Ariadna, mientras que Nietzsche y Von Bülow asumían el papel de Teseo, pero ahora Nietzsche adoptaba abierta y sistemáticamente el nombre de Dioniso, y Cosima/Ariadna aparecía en sus textos cada vez con más frecuencia.

El autoproclamado Dioniso ya no estaba preso de los corsés que le habían constreñido a sus poco más de veinte años. El erotismo se desborda. «El lamento de Ariadna» es una desinhibida fantasía que empieza con la desesperada Ariadna abierta de brazos y piernas, estremeciéndose y suplicándole al dios. Dioniso, «cazador oculto tras las nubes», la fulmina con su rayo. Ella lo acepta como dios. Temblando bajo sus flechas afiladas como el hielo, ella se inclina, se retuerce, atormentada mientras se somete y es presa enamorada del cazador eterno, el dios desconocido. Él se acerca, oprimiéndola; se introduce en sus pensamientos. Ella cede, dejándose ir arrebatada. El dios-verdugo la atormenta. «Vuelve —grita ella—, mi dolor, mi última felicidad.» Él aparece en un relámpago. El poema acaba con el verso «Yo soy tu laberinto». Hasta ese momento ha quedado bien claro qué amante, Dioniso o Ariadna, dice qué verso, pero no hay ninguna pista de cuál de ellos dice «Yo soy tu laberinto». La conclusión debe ser que ambos.

Aunque él raramente dedicaba sus libros a nadie, sí dedicó los *Ditirambos* «al poeta de Isoline». Descifrada la clave, se refería a Catulle Mendès, el escritor, el «lirio en orina», que había acompañado a Judith Gautier a Tribschen.

Mendès había escrito el libreto de la ópera de Messager *Isoline*, una historia de hadas con dragones, Titania y Oberón, que iba a estrenarse en París el mes siguiente, diciembre de 1888. Desde Tribschen, no parece que ambos hubieran mantenido mucha relación, ni siquiera en la imaginación de Nietzsche. Con esa aduladora dedicatoria, ¿estaba Nietzsche planeando

acercarse a Mendès para que tradujera sus libros al francés? Malwida von Meysenbug se había negado. Hippolyte Taine había respondido que su alemán no era lo bastante bueno y le había pasado el encargo a Jean Bourdeau, que adujo falta de tiempo. El canal de Panamá hacia Francia se resistía a inaugurarse.

Aprovechando su relación con Georg Brandes, Nietzsche escribió al dramaturgo sueco August Strindberg pidiéndole que emprendiese la traducción de *Ecce homo* al francés. Nietzsche se presentó a Strindberg con la ya habitual carta hablando de sus ancestros polacos, su inmejorable salud física, su fama mundial y la perfección a la que había llevado al idioma alemán: «Hablo la lengua de los señores del mundo». Además, tentaba a Strindberg con la promesa de que el príncipe Bismarck y el joven káiser recibirían ejemplares por adelantado del libro, «junto con una declaración de guerra por escrito; los militares serán entonces incapaces de tomar represalias recurriendo a medidas policiales».**[16]** La estabilidad del propio Strindberg tampoco pasaba por su mejor momento. No tenía dinero, su primer matrimonio con la esposa que adoraba iba camino del desastre y vivían en un ala de un castillo ruinoso atestado de pavos reales y perros salvajes, gobernado por una supuesta condesa y su acompañante, un chantajista, alquimista, mago y ladrón. Era una concatenación sobrecalentada de circunstancias que, aun así, engendró la mejor obra de Strindberg, *La señorita Julia*, pero incluso en ese contexto caótico, Strindberg se dio cuenta de que a Nietzsche le pasaba algo muy grave. ¿Estaba loco?, le preguntó a Brandes.

Era una pregunta que Strindberg volvería a hacerse cuando las cartas que le mandaba Nietzsche manifestaron una obsesión con un par de criminales cuyas horrorosas fechorías ocupaban muchas columnas de los diarios más lúbricos de Europa, entre ellos los que Nietzsche leía en Turín y Strindberg en Suecia. El primer criminal era el misterioso «Prado», un español que adoptó el nombre de «Linska de Castilon». Después de dilapidar la fortuna de su primera esposa que, supuestamente, ascendía a 1,2 millones de francos, en Perú, huyó a Francia, donde cometió robos y asesinó a una prostituta. Luego estaba Henri Chambige, un estudiante de Derecho que asesinó a la esposa francesa de un inglés que vivía en Argelia. El genio criminal era fascinante, insistía Nietzsche. Era de «tipo superior a sus jueces, incluso a sus abogados, en cuanto a autodominio e ingenio, en exuberancia de espíritu», etc. Strindberg, que vivía a merced de precisamente ese tipo de criminal, no entendía qué quería decir Nietzsche. Un mes más tarde, cuando Nietzsche le escribió una carta a Jacob Burckhardt, ambos criminales habían ocupado un

lugar en su creciente número de identidades. Ya no sólo era Dioniso y el Anticristo, sino también Henri Chambige y Prado, y hasta el padre de Prado.[17]

Estaba empezando a perder el control de su fisonomía. Le escribió alborozado a Peter Gast contándoselo. No tenía ninguna importancia. ¡No había nada de que preocuparse! ¡Hacía tantas tonterías consigo mismo! En los conciertos, la música le afectaba tanto que no podía controlar sus muecas. Sollozaba sin poder contenerse. Sonreía. Había veces en que lo único que podía hacer era quedarse en la vía pública durante media hora sin parar de sonreír. Durante cuatro días enteros, entre el 21 y el 25 de noviembre, se había visto incapaz de dar una expresión seria a su cara. Llegó a la conclusión de que cualquiera que hubiera alcanzado un estado así debía estar maduro para convertirse en salvador del mundo. Dentro de dos meses, el suyo sería el nombre más importante de la tierra. Lo más llamativo en Turín era la absoluta fascinación que él ejercía sobre gentes de toda clase y condición. Todos los semblantes cambiaban de expresión cuando él entraba en un gran comercio o un espacio público. No le hacía falta ni nombre ni rango ni dinero para que los demás lo colocaran el primero, siempre e incondicionalmente.[18] Con cada mirada lo trataban como a un príncipe. Había un aire sumamente distinguido en la forma en la que la gente le abría las puertas. Los camareros, radiantes y elegantes como ellos solos, le servían la comida como si sirvieran a un rey. Él tomaba nota mental de todos los individuos que lo habían descubierto en este momento, su periodo desconocido. No era tan imposible que su futuro cocinero ya le estuviera sirviendo. Nadie lo tomaba por alemán.[19]

Los cuatros libros de la gran transvaloración aparecerían pronto, le dijo a Overbeck. Estaba preparando la artillería pesada. Como correspondía a un antiguo soldado de artillería, iba a destrozar la historia de la humanidad partiéndola en dos mitades. Era, en cierto modo, un plan glacial, comentó con un toque de ingenio que le gustó mucho porque sintonizaba con la estación invernal que estaba llegando. Pero primero volvería a disparar contra Wagner antes del 20 de noviembre, la fecha en que había decidido abandonar Turín para irse a Niza o a Córcega.[20]

El plan de ir a Niza —o a Córcega— se canceló apenas decidido. Ahora no había ninguna razón para ir a Córcega. Habían acabado con los bandidos y también con los reyes.[21]

Las ideas, como los planes de viaje, se desvanecían en cuanto se le ocurrían. En su habitación, las blancas cordilleras de papel se alzaban cada vez a mayor altura. Sus textos antiguos y actuales flotaban como copos de

nieve de la mesa hasta el suelo mientras escribía una ingente cantidad de cartas y reunía precipitadamente fragmentos de sus libros anteriores para componer *Nietzsche contra Wagner*, el cuarto libro que escribía ese año, el quinto si se incluyen los *Ditirambos*, y el segundo que llevaba a Wagner en el título.

El baúl zambo había llegado por fin desde Niza. Ahora podía leer sus propios libros. Eran espléndidos. Le desbordaba la admiración por su propia brillantez. Era asombroso el poder que ejercían sus pensamientos sobre los hechos físicos. Ya no se trataba de coincidencias. Sólo tenía que pensar en una persona para que inmediatamente recibiera bajo la puerta una carta suya. Cuando pensaba en las cosas tremendas que había perpetrado entre el 3 de septiembre y el 4 de noviembre, le parecía muy probable que Turín sufriera pronto un terremoto.

El 15 de diciembre mandó el delgado manuscrito de *Nietzsche contra Wagner* a Naumann, junto con los *Ditirambos de Dioniso*. La impresión de los demás libros debía posponerse. Naumann tenía que dejarlo todo y ponerse a imprimir *Nietzsche contra Wagner*. Dos días más tarde, la orden fue anulada. Naumann recibió un telegrama, «*Ecce vorwärts*» [«Adelante con *Ecce*»]. *Ecce homo* «trasciende el concepto de literatura. […] No tiene parangón ni en la naturaleza; hace explotar, literalmente, la historia de la humanidad, partiéndola en dos…, el mayor superlativo de *dinamita*».

Había llegado la Navidad al mundo. Era hora de escribir cartas navideñas.

A su madre:

«En general, tu vieja criatura es ahora una persona inmensamente famosa; no precisamente en Alemania, porque los alemanes son demasiado estúpidos y demasiado vulgares para la grandeza de mi mente, y siempre me han difamado, sino en el resto del mundo. Mis admiradores son todos naturalezas *selectas*, todos personas destacadas e influyentes […] las mujeres más encantadoras, sin excluir por descontado a *Mme. la Princesse Tenichev!* Entre mis admiradores hay verdaderos genios, hoy en día ningún otro nombre es tratado con tanta distinción y respeto como el mío. […] Afortunadamente, ahora he madurado para todo lo que mi tarea pueda exigirme…

»Tu vieja criatura».**[22]**

A Elisabeth:

«Hermana mía… Me veo obligado a despedirme de ti para siempre. Ahora que mi destino está decidido, siento que cada una de tus palabras destila una acritud multiplicada por diez; no tienes la más remota idea de lo que significa ser el pariente más cercano del hombre y del destino en quien se ha decidido una cuestión de milenios. Sostengo, de una manera muy literal, el futuro de la humanidad en la palma de la mano…».[23]

A Peter Gast:

«Querido amigo, quiero recuperar todos los ejemplares de la *cuarta* parte de *Zaratustra* […] contra todos los riesgos de la vida y la muerte. (La he leído estos últimos días y casi muero de emoción.) Si la publico más adelante, tras unas décadas de crisis mundiales —¡guerras!—, entonces será el momento oportuno.

»¡Signos y prodigios! Saludos del Fénix».[24]

A Peter Gast:

«El príncipe Von Carignano acaba de fallecer; tendremos un gran funeral».[25]

A Carl Fuchs:

«… El mundo estará cabeza abajo durante los próximos años: dado que el Dios antiguo ha abdicado, *yo* gobernaré el mundo a partir de ahora…».[26]

A Franz Overbeck:

«Querido amigo… Dentro de dos meses mi nombre será el más importante en la tierra…

»Estoy trabajando en un memorando para las cortes de Europa… Pretendo ceñir al Reich con una camisa de fuerza y llevarlo a una guerra de desesperación. No tendré las manos libres hasta que tenga al joven emperador, y a cuanto lo rodea, en mi poder. ¡Que quede entre nosotros! ¡*Muy* entre nosotros! ¡Absoluta calma de espíritu! Diez horas de sueño ininterrumpido.

»N.».[27]

A Meta von Salis-Marschlins:

«*Verehrtes Fräulein*… Creo que ningún mortal ha recibido jamás cartas como las que yo he recibido […] Desde la sociedad más aristocrática de San Petersburgo. ¡Y los franceses! […] Lo más llamativo aquí en Turín es la fascinación absoluta que ejerzo sobre toda clase de gente. […] Mis textos se

imprimen con exaltado fervor… Mme. Kovalévskaya de Estocolmo (descendiente del antiguo rey húngaro Matías Corvino) […] está considerada como el único genio matemático vivo.

»Su N.».[28]

A Peter Gast:

«… Cuando me llegó tu postal, ¿qué estaba haciendo? […] era el famoso Rubicón. Ya ni sé cuál es mi dirección: supongamos que pronto será el Palazzo del Quirinale.

»N.».[29]

A August Strindberg:

«He solicitado una reunión de príncipes en Roma. Pretendo que fusilen al joven emperador […] *Une seule condición: Divorçons*…

»Nietzsche *Caesar*».[30]

A August Strindberg:

«*Eheu*?… ¿no *divorçons* al final?

»El Crucificado».[31]

A Peter Gast:

«Cántame una canción nueva: el mundo se ha transfigurado y todos los cielos se regocijan.

»El Crucificado».[32]

A Georg Brandes:

«En el pasado me descubrió, no fue una gran proeza dar conmigo; lo difícil ahora es perderme…

»El Crucificado».[33]

A Jacob Burckhardt:

«Acepto mi aburrimiento por haber creado un mundo. Usted es nuestro maestro, nuestro maestro supremo; dado que yo, con Ariadna, sólo tengo que ser el dorado equilibrio de todas las cosas.

»Dioniso».[34]

A Cosima Wagner:

«Ariadna, te amo.

»Dioniso».[35]

A Jacob Burckhardt:

«Estimado profesor:

»En verdad preferiría con mucho ser profesor en Basilea a ser Dios; pero no me he atrevido a llevar tan lejos mi egoísmo privado como para omitir por él la creación del mundo. Ya sabe, uno debe hacer sacrificios, tanto da cómo o dónde viva. Pero he conservado una pequeña habitación de estudiante para mí, situada frente al Palazzo Carignano (en el que nací como Víctor Manuel) y que además me permite oír desde mi mesa la espléndida música que suena abajo, en la *Galleria* Subalpina. Pago veinticinco francos, servicio incluido, me preparo mi propio té y hago la compra, sufro por llevar unas botas desgastadas. […] Dado que estoy condenado a pasar la próxima eternidad con chistes malos, tengo un trabajo escribiendo aquí, con lo que no puedo desear más; es muy agradable y en absoluto agotador…

»No se tome el caso de Prado en serio. Yo soy Prado. También soy el padre de Prado, me arriesgaría a decir que también soy Lesseps [el diplomático francés que intervino en la construcción del canal del Panamá] […] Quería darles a mis parisinos, a los que amo, una nueva idea —la de un criminal honesto. También soy Chambige—, otro criminal honesto…

»En cuanto a los hijos que he traído al mundo, el caso es que me planteo con cierta desconfianza si todos aquellos que entran en el “Reino de Dios” no *surgen* también de Dios. Este otoño, vestido tan ligeramente como era posible, asistí dos veces a mi funeral, primero como conde de Robilant (no, él es mi hijo, en tanto yo soy Carlos Alberto, mi naturaleza en la parte baja), pero yo era Antonelli en persona. Querido profesor, tendría que ver esta construcción; dado que no tengo experiencia de las cosas que son obra mía, puede ser todo lo crítico que quiera. […] Voy por todas partes con mi abrigo de estudiante; doy una palmada en el hombro a éste o a aquél y le digo: *Siamo contenti? Son dio, ha fatto questa caricature* [¿Estamos bien? Soy Dios, he creado esta caricatura]. […] Mañana viene mi hijo Humberto con la encantadora Margarita, a quienes recibiré, pese a todo, aquí también, en mangas de camisa.

»El *resto* es para Frau Cosima […] Ariadna […] De vez en cuando hacemos magia…

»He hecho que encadenen a Caifás [el sumo sacerdote judío que aprobó la ejecución de Jesús]; yo también fui crucificado en buena medida por los médicos alemanes el año pasado. Guillermo, Bismarck y todos los antisemitas, eliminados.

»Puede hacer el uso que le plazca de esta carta siempre que la gente de Basilea no me tenga por menos.

»Con mucho afecto,

»Su Nietzsche».[36]

La carta lleva el matasellos del 5 de enero. Burckhardt la recibió al día siguiente. Se la llevó a Overbeck esa misma tarde. Overbeck escribió inmediatamente a Nietzsche insistiendo en que fuera a Basilea. Al día siguiente, Overbeck recibió una carta firmada «Dioniso» informándole de que «Estoy haciendo que maten a todos los antisemitas…».

Overbeck corrió al hospital psiquiátrico de Basilea para enseñarle las cartas al director, el profesor Wille, y pedirle consejo sobre qué debía hacer.

21

El minotauro de la caverna

> ¿Puede un *asno* ser trágico? ¿Puede alguien sucumbir bajo un peso que no puede ni llevar ni arrojar?… El caso del filósofo.
>
> *Crepúsculo de los ídolos,*
> «Sentencias y flechas», 11

No está claro qué ocurrió exactamente la mañana del 3 de enero de 1889. Se cuenta que lo vieron, como siempre, saliendo de la casa de Davide Fino en la esquina de la piazza Carlo Alberto. Los vecinos estaban habituados a la triste y solitaria figura ensimismada en sus pensamientos, a menudo de camino a la librería, donde lo conocían porque se pasaba horas sentado con el libro abierto casi pegado a la cara, leyendo, aunque sin comprar nada. La *piazza* estaba llena de viejos caballos cansados que languidecían entre los surcos de los carros y carruajes que esperaban clientes; desdichados animales envejecidos, con las costillas bien visibles, a los que sus amos maltrataban para que hicieran algo parecido a trabajar. Al ver a uno de los cocheros golpeando despiadadamente a su caballo, Nietzsche se desmoronó. Desbordado por la compasión, sollozando ante aquella visión, echó los brazos en gesto protector alrededor del cuello del caballo y se desplomó. O eso contaron. Las crisis llegan y se van de una manera demasiado repentina. Los testigos presenciales ven muchas verdades diferentes.

Alguien debía saber en qué casa vivía porque avisaron a Davide Fino. Y también a la policía. Si no hubiera sido por Fino, se habrían llevado a Nietzsche de inmediato y muy posiblemente se habría perdido para siempre en el oscuro laberinto de las instituciones italianas para dementes, pero Davide Fino se adelantó y lo devolvió a casa.

Una vez en su habitación de la tercera planta, Nietzsche no dejó entrar a nadie. Pasó varios días gritando, cantando a pleno pulmón, desvariando y balbuceando para sí. Día y noche. La familia de Fino subía las escaleras y escuchaba. Él les entregó cartas para que las mandaran al rey y la reina de Italia, así como las últimas misivas delirantes a Burckhardt y Overbeck. Se

exaltaba descontroladamente cuando se sentaba al piano, interpretando su música wagneriana ruidosa y violentamente. Daba golpes, rompía cosas. La familia miraba aprensivamente al techo que daba a la habitación que tenían encima, donde Nietzsche arrastraba los pies, saltaba y pisoteaba con fuerza sobre sus cabezas. Estaba bailando. Desnudo y brincando, participaba en sagrados frenesíes sexuales, los ritos orgiásticos de Dioniso.

Fino se puso en contacto con el cónsul alemán; fue a comisaría; consultó con un médico. Overbeck llegó la tarde del 8 de enero.

«Un momento excepcionalmente espantoso», así lo describió Overbeck. Y eso que, aun así, pilló a Nietzsche en uno de sus periodos de relativa calma. Durante los días siguientes vería cosas mucho peores.

Al entrar en su habitación descubrió a su amigo encogido en el rincón de un sofá. Aparentemente leía las pruebas de imprenta de *Nietzsche contra Wagner*. Sostenía las hojas impresas muy cerca de su rostro desorientado, como un niño que fingiera leer. Conocía bien los gestos que requería la tarea. El papel debía estar a *esa* distancia de su nariz; debía mirar la página de izquierda a derecha y luego volver a empezar. Pero estaba claro que las palabras escritas sobre la página no significaban nada para él.

Al entrar Overbeck, Nietzsche se precipitó hacia él, lo abrazó violentamente y se echó a llorar. Luego volvió a hundirse en el sofá, crispado, quejándose y temblando. Overbeck era un hombre serio y tranquilo, nada dado a la exhibición de sus emociones, pero al ver a su viejo amigo en ese estado, le flojearon las piernas, se tambaleó y estuvo a punto de desplomarse.

La familia Fino permaneció en la habitación con Overbeck y Nietzsche. El profesor Carlo Turina, psiquiatra turinés al que había consultado Davide Fino, había aconsejado que cuando el paciente estuviera sobreexcitado, unas gotas de bromuro lo calmarían.[1] Sobre la mesa había un vaso de agua preparado. Sin aspavientos, le dieron un poco. Aplacó a la criatura salvaje. Con arrogancia empezó a describir la gran recepción que habían planeado ofrecerle esa noche. Ese feliz interludio no duró mucho. Al poco volvía hablar con palabras entrecortadas y frases a ráfagas salpicadas por ataques repentinos y convulsos de payasadas, obscenidades, arrebatos al piano y brincos y bailes. Dado su conocimiento del mundo de las ideas de Nietzsche, Overbeck era más o menos capaz de seguir las referencias a medida que las iba soltando. Nietzsche hablaba de sí mismo como sucesor del Dios muerto, el payaso de todas las eternidades, el Dioniso despedazado. Se retorcía y estiraba su cuerpo en una orgiástica recreación del frenesí sagrado. Y aun así, durante todo el tiempo, no dejaba de destilar inocencia. No provocaba temor

ni espanto en ellos, ni siquiera repulsión. Sólo una inmensa piedad. Él, que con tanta frecuencia había repetido que consideraba la superación de la compasión una noble virtud.

Cuando Overbeck había corrido con las cartas de Nietzsche a la clínica psiquiátrica de Basilea, al doctor Wille no le había cabido la menor duda de que Nietzsche debía ser llevado a su centro inmediatamente. Y eso no sería fácil, le advirtió a Overbeck. Es posible que no pudiera hacerlo solo. Tenía que viajar con un hombre con experiencia en persuadir y calmar a los que sufrían delirios. Se contrató a un dentista alemán, ducho en ese arte.

Durante el breve tiempo que pasó en Turín antes de partir para Basilea, Overbeck ordenó los libros y documentos de Nietzsche para que luego pudiera enviárselos Davide Fino. Nietzsche permaneció en la cama, negándose a levantarse. La única forma en que pudo persuadirlo el dentista para que se levantara fue siguiéndole la corriente en sus delirios de grandeza. ¡La realeza estaba esperando! Se estaban preparando recepciones, desfiles y veladas musicales para él por toda la ciudad. Nietzsche cogió el gorro de dormir de Davide Fino, se lo puso en la cabeza como si fuera una corona real y se resistió cuando intentaron quitárselo.

Las bulliciosas calles de Turín y el acordonado vestíbulo de la estación de tren reunían a un número suficiente de personas para hacer creíble la ilusión de una recepción real. Lo engatusaron para que subiera al tren.

Los problemas surgieron al llegar a Novara, donde tenían que hacer un trasbordo y esperar tres horas la conexión. Nietzsche quiso dirigirse a las multitudes y abrazar a sus leales súbditos, pero el experimentado dentista lo convenció de que era más propio de un gran personaje como él desplazarse de incógnito.

En tanto los demás participaran en su delirio, él se mostraba dócil como un niño, pero entonces, inesperadamente, su mente lo llevaba a otro lugar y otro fragmento abrupto de vida irrumpía con violencia en sus desvaríos. Cuando no descubrían cómo seguirle el hilo, se ponía furioso. Le dieron cloral para sedarlo por la noche. Mientras el tren atravesaba a toda velocidad el oscuro túnel de San Gotardo que se extendía bajo los Alpes, Overbeck oyó la voz de Nietzsche, clara y coherente, cantando la «Canción de la góndola», uno de sus poemas que había incluido en sus dos últimos libros, *Ecce homo* y *Nietzsche contra Wagner*:

Instrumento de cuerda, así mi alma,
de manera invisible conmovida,
en secreto cantábase, temblando,
ante los mil colores de su dicha,
una canción de góndola,
¿Había alguien que escuchase a mi alma?[2]

En Basilea, un taxi los aguardaba. En sus mejores tiempos, Nietzsche había conocido tanto la institución de Friedmatt, la Clínica Psiquiátrica de la Universidad de Basilea, como a su director, el profesor Wille, pero en ese momento, al entrar, no dio el menor indicio de recordar nada. Temiendo que el reconocimiento del profesor y el manicomio significaría el descubrimiento de su traición, Overbeck no presentó a los dos hombres. Nietzsche inquirió con tono regio por qué no se le había presentado a aquel caballero. No parecía decoroso comportarse así. Al decirle el nombre del profesor Wille, lo saludó con suma cortesía y abandonó, sin la menor confusión, la ficción real para recordar con perfecta lucidez y asombrosa precisión una conversación que ambos hombres habían mantenido siete años antes sobre Adolf Vischer, un maníaco religioso.

Overbeck fue entonces sustituido por los profesionales. No tenía nada que hacer allí mientras ellos llevaban a cabo el examen médico y la evaluación psiquiátrica.

«Para vosotros, buena gente, dispondré que mañana haga un tiempo espléndido», dijo Nietzsche mientras acompañaban a Overbeck fuera del reciento.

Desayunó con voracidad. Se fijaron en lo mucho que disfrutó de su baño. Permaneció ocho días en la clínica mientras le hacían pruebas y preparaban un informe.

«Cuerpo sano y bien desarrollado. Musculado. Ancho de pecho. Corazón de ritmo, normal. Pulso regular de 70. Disparidad en las pupilas, la derecha mayor que la izquierda, reacción lenta a la luz. Lengua con mucha saburra. Reflejo exagerado de la rótula. Orina clara, ácida, sin azúcar ni albúmina.

»El paciente pregunta a menudo por mujeres. Afirma que lleva enfermo desde la semana pasada y que sufre frecuentes e intensos dolores de cabeza. Afirma que ha tenido varios ataques. Se sentía excepcionalmente bien y exaltado durante los ataques. Le entraban ganas de abrazar y besar a cuantos se cruzaba por la calle. Le habría gustado trepar por las paredes. Resulta difícil concentrar al paciente en algo concreto; sólo da respuestas fragmentarias e imperfectas, o no responde nada.

»No presenta temblores ni trastornos del habla. El flujo del discurso es constante, aunque confuso y sin ilación lógica. Se alarga por la noche. A menudo en un estado agudo de excitación maníaca. Priapismo considerable. Delirios de prostitutas en su habitación.

»A veces conversará de forma bastante normal, pero al poco se pierde en chistes, bailes, confusión y delirios. Esporádicamente se pone a cantar, gritando y en falsete.

»11 de enero de 1889. El paciente no durmió nada durante la noche, habló sin interrupción, se levantó varias veces para cepillarse los dientes, lavarse, etc. Exhausto por la mañana. […] Por la tarde, al aire libre, en un estado de continua excitación motora; arroja el sombrero al suelo y de vez en cuando se tumba él mismo. Habla confusamente, y de manera esporádica se reprocha el haber sido la causa de la ruina de varias personas.

»12 de enero de 1889. Tras darle sulfonal, duerme cuatro o cinco horas con varias interrupciones. Cuando se le pregunta cómo se siente, responde que tan increíblemente bien que sólo podría expresarlo con música.»

Al cabo de ocho días, emergió una especie de patrón. Se tranquilizaba un poco cuando estaba acostado. El comportamiento maníaco, estridente y trastornado empeoraba cuando se levantaba. Puertas adentro, sus ataques de ira eran orales: *aggravato fortissimo*. Al aire libre, se volvían más físicos, con tendencia a quitarse piezas de ropa y tumbarse en el suelo.

El profesor Wille era una autoridad en sífilis. Muchos de sus pacientes de la clínica sufrían de la sífilis cerebral que podía darse en las fases más avanzadas de la enfermedad. El diagnóstico en el caso de Nietzsche parecía confirmarlo una pequeña cicatriz en el pene y el que les dijera que se había «infectado dos veces». Se dio por supuesto que se refería a la sífilis. Por entonces no tenían acceso a su historial médico, que les habría aclarado que anteriormente, cuando estaba en sus cabales y lo examinó el doctor Eiser, había reconocido que se había infectado dos veces, pero de gonorrea.

Al cabo de ocho días, Wille confiaba en el diagnóstico de *paralysis progressiva*, parálisis progresiva y paresia general, la crisis psicótica que aparecía en las últimas etapas de la sífilis. A Overbeck le correspondía ahora el mal trago de informar a la madre de Nietzsche de que su hijo estaba en un manicomio.

Al recibir la noticia, Franziska salió inmediatamente de Naumburgo y fue a Basilea, adonde llegó el 13 de enero. Pasó la noche con los Overbeck y a la mañana siguiente acudió a la clínica. Antes de poder ver a su hijo, fue

interrogada por los médicos. Tuvo que entregarles el historial familiar y médico de Nietzsche.

«La madre da la impresión de tener una inteligencia limitada —se lee en el informe—. El padre, clérigo rural, sufrió una enfermedad cerebral tras caer por unas escaleras. […] Uno de los hermanos de la madre murió en un sanatorio para enfermos de los nervios. Las hermanas del padre eran histéricas y hasta cierto punto excéntricas. Embarazo y parto bastante normales…»[3]

Franziska sin duda estaba cumpliendo con su deber y con sus deseos. Pretendía cuidar de su hijo. Ellos no querían dejarla. Franziska Nietzsche era una mujer pequeña y frágil de más de sesenta años cuya vida refinada e inactiva no la había dotado precisamente de fuerza física. Su hijo, más alto, tenía cuarenta y cuatro años, era de complexión fuerte y flaco, musculoso, irracional, físicamente imprevisible y, de manera intermitente, violento.

No había duda de que requería algo más que el cuidado materno. Lejos de Franziska el deseo de desobedecer el consejo profesional, proviniendo como provenía de un miembro del sexo masculino, pero sí obtuvo una pequeña victoria al conseguir que trasladaran a Nietzsche a la institución psiquiátrica que quedaba más cerca de Naumburgo, la clínica de Jena.

De nuevo se decidió que el traslado requería la compañía de un profesional. Se eligió a un joven médico llamado Ernst Mähly. Como si la tarea fuera demasiado para un hombre solo, lo acompañaría su ayudante. Mähly había sido alumno de Nietzsche en Basilea. Era «un adepto secreto y callado, que sentía una admiración contenida por el demoníaco heraldo de la Transvaloración de todos los Valores, el creador de *Más allá del bien y del mal*».[4] También conocía a Otto Binswanger, el director de la Clínica de Jena para el Cuidado y la Cura de Enfermos Mentales. Mähly era probablemente el enlace perfecto en este viaje de conexión. Debe de haber sido el que tenía más probabilidades de entender los fragmentos del rompecabezas del discurso de Nietzsche y unirlos en una especie de patrón que podría proporcionar claves para ayudar al profesor Binswanger. Una nota al pie de este episodio es que cuando Ernst Mähly puso fin a su vida suicidándose, su padre lo atribuyó a la influencia de Nietzsche.

La noche del 17 de enero de 1889 prepararon por segunda vez a Nietzsche para un trayecto hasta una estación desde la que un tren lo llevaría a un manicomio. Esta vez Overbeck no viajaría con él, pero quería desesperadamente despedirse de su amigo. Overbeck vivió su segundo momento «horroroso, inolvidable» mientras observaba al pequeño grupo

cruzar el vestíbulo de la estación con el silencio inexpresivo de una procesión funeraria. El paso de Nietzsche era forzadamente envarado, como el de un autómata. Eran las nueve de la noche y la cruda iluminación artificial de la estación confería a sus rostros el aire horripilante y macilento de unas máscaras fantasmales huecas.

Cuando la extrañamente rígida figura subió las escaleras desde el andén al vagón, Overbeck abordó también el tren y entró en el compartimento reservado para despedirse. Al verlo, Nietzsche soltó un gemido grave como un rugido y se levantó de un salto para abrazarlo convulsivamente. Le dijo que era el hombre al que más había querido. Entonces Overbeck tuvo que apearse.

Tres días más tarde, Overbeck escribió a Peter Gast que lo atormentaba la sensación de que le había hecho daño a su amigo. En Turín había sido consciente de que todo había acabado. No debería haber recurrido a aquellos trucos y engaños con su querido amigo. Ahora tendría que sobrellevar el resto de su vida la terrible carga de haber entregado a Nietzsche a un futuro de manicomios. Mejor hubiera hecho quitándole la vida, en aquel momento, allí mismo, en Turín.

Era una afirmación extraordinaria viniendo de un apacible profesor de teología, para quien el asesinato era ciertamente un pecado muy grave. Pero su dilema moral se tornó aún más complejo cuando ambos amigos pensaron que Nietzsche podría estar fingiendo la locura. Tanto Gast como Overbeck conocían su inclinación a prescindir de las interpretaciones convencionales de la realidad, su interés de siempre por la locura y los locos, y cómo le atraía el sacro alboroto del dios orgiástico. De Empédocles a Hölderlin, o al loco que busca a Dios con un farol en *Zaratustra*, había jugado con la idea de que sólo la frágil corteza de la locura podría transportar la mente humana sobre el Rubicón que debe cruzarse para alcanzar la revelación. Era el precio que había que pagar. La locura era la única máquina con la suficiente potencia para impulsar el cambio a través de la eticidad de la costumbre. El «espantoso ayudante» era la máscara y el altavoz de la divinidad. Platón había dicho que sólo mediante la locura había llegado lo mejor a Grecia. Pero Nietzsche iba más allá. Todos los hombres superiores que se sentían irresistiblemente atraídos por librarse del yugo de las morales previas, si no estaban locos de verdad, no tenían más opción que fingir que lo estaban.

«También yo he estado en el inframundo. Como Odiseo, y aún estaré allí más veces; y no sólo he sacrificado carneros para poder hablar con algunos

muertos, sino que no he escatimado mi propia sangre —había escrito—. Que me perdonen los vivos si a veces me parecen sombras…»[5]

Conmocionados por la idea de que su amigo pudiera estar hundiéndose en el submundo y luciendo la máscara de la locura para pasar al otro lado, sus sospechas no pudieron sostenerse frente a la realidad que observaron a lo largo de los catorce meses siguientes mientras Nietzsche estuvo confinado en la clínica de Jena. Eso no era ninguna máscara, ningún engaño dionisíaco, ninguna exaltación de las musas, ningún poderoso misterio del pensamiento. No les cupo la menor duda de que estaban contemplando las últimas volutas de una mente que se evaporaba.

Nietzsche ya había visto la clínica de Jena en una ocasión anterior, cuando tenía quince años. Se había fijado en la vasta institución en un viaje de las vacaciones estivales de 1859, cuando su contorno lúgubre y adusto lo había llevado a escribir pensamientos melancólicos y horrorizados en su diario. Mientras que la clínica de Basilea era una villa burguesa de aspecto sólido, no muy distinta a Wahnfried en estilo arquitectónico y escala, la clínica de Jena era una mole intimidante, una institución con torres y torreones de ladrillo de un chillón naranja y negro. Dentro, estaba plagada de visibles medidas de seguridad como candados y pestillos, almohadillas en lugares inesperados y ventanas con densas rejas.

Fue admitido como paciente de pago de «segunda clase». La decisión la tomó nominalmente Franziska, pero sin duda recurrió al consejo de Overbeck, y él le habría recomendado cautela financiera. La pensión de la Universidad de Basilea había sido reducida drásticamente de tres mil a dos mil francos. No tenían ni idea de cuánto tiempo permanecería ingresado. Un alojamiento de segunda clase era ciertamente una medida prudente.

El director de la institución, el profesor Otto Binswanger, había estudiado neuropatología en Viena y Gotinga. A una edad excepcionalmente temprana —todavía no había cumplido los treinta— había sido nombrado director de la institución de Jena; también ocupaba el puesto de profesor de Psiquiatría en la Universidad de Jena. Escribió numerosos artículos sobre sífilis cerebral y *dementia paralytica*. Tenía grandes conocimientos de psiquiatría y neuropatología; su padre había ocupado un puesto similar antes que él. No cabía duda de que Nietzsche se hallaba en una de las instituciones punteras para tratar su enfermedad. Por desgracia, Binswanger no examinó a Nietzsche a su llegada. Se dio por bueno el diagnóstico que se mandó junto al paciente desde la clínica de Basilea: *paresis* y *dementia paralytica*, demencia y parálisis progresiva como consecuencia de una sífilis terciaria.

La sífilis ya no era vista como un castigo enviado directamente por Dios por mantener relaciones sexuales pecaminosas. La enfermedad mental ya no quedaba circunscrita a los brutales y atestados manicomios donde los internos eran tratados como un cabaret de curiosos animales de un zoo. Las curas no habían llegado todavía, pero sí un tratamiento humano. Calma, mucha calma, siempre más calma era el remedio fundamental de Binswanger. Durante los catorce meses que Nietzsche pasó en la institución de Jena, estuvo sedado y recibía masajes con pomada de mercurio, un remedio utilizado desde hacía siglos. No se planteaba una cura ni una recuperación. Su estado era incurable. Todo se reducía a una cuestión de esperar que el paciente muriera. Se suponía que el deceso ocurriría relativamente pronto, en uno o dos años.

El hecho de que Nietzsche sobreviviera durante once años, junto con la ausencia de algunos de los síntomas esperables de la sífilis terciaria, como la pérdida de cabello y la depresión nasal, agravan el error de que Binswanger no examinara a Nietzsche en persona para confirmar el diagnóstico.[6]

Durante esos largos meses, Nietzsche continuó psicótico, delirante, turbado e incoherente. Hacía muecas. Gritaba ininteligiblemente sin motivos exteriores. Prosiguieron los delirios de grandeza: hablaba de consejeros de legaciones, ministros y sirvientes. También tenía manía persecutoria. Vio un rifle que le apuntaba desde el otro lado de la ventana y se cortó la mano rompiendo el cristal para intentar cogerlo. «Ellos» lo maldecían por la noche y utilizaban artilugios terribles contra él. Una maquinaria temible se volvía a veces en su contra. Los delirios eróticos también continuaban. Una mañana contó que veinticuatro prostitutas habían pasado la noche con él. Se empeñaba en llamar al jefe de enfermeros «príncipe Bismarck». A veces se llamaba a sí mismo duque de Cumberland; otras veces, káiser. Dijo que había sido Federico Guillermo IV «la última vez». Les contó que su mujer, Frau Cosima Wagner, lo había llevado allí. A menudo suplicaba ayuda con el tormento nocturno. No dormía en su cama, sino en el suelo junto a ella. Se retorcía. Siempre caminaba con la cabeza ladeada. Comía con voracidad. En octubre había engordado seis kilos. Rompió un vaso para proteger la zona a su alrededor con trozos de cristal. Sufría incontinencia. Orinaba en su vaso de agua. Manchaba cosas con sus heces. A veces conseguía beber su propia orina. Parloteaba, chillaba y gemía inquietantemente. Por la noche se lo podía oír desde lejos. Empezaron a aparecer canas en el lado derecho del bigote.

En las clases que impartía Binswanger, Nietzsche era uno de los pacientes que el psiquiatra mostraba a los estudiantes como ejemplo para su docencia. Él no lo percibió como ninguna humillación. Aunque no sabía qué estaba

haciendo allí, obviamente sí se dio cuenta de su importancia como personaje. Se comportó cortésmente con los ayudantes médicos, expresando repetidamente su gratitud con una actitud que parecía la de un atento amo hacia sus sirvientes. Les agradeció su magnífica recepción. Intentó estrechar la mano del doctor una y otra vez. En algún rincón de su mente se daba cuenta de que el psiquiatra ocupaba una posición social superior, como él mismo.

Cuando Binswanger quiso mostrar algunos de los trastornos en la manera de andar del paciente, Nietzsche se movió tan lenta y letárgicamente que los síntomas no se vieron. «A ver, Herr profesor —se burló Binswanger—, un viejo soldado como usted seguro que todavía es capaz de desfilar.» Tras lo cual Nietzsche empezó a caminar por el salón de conferencias con paso firme. **[7]**

Había intervalos de calma que destilaban un encanto conmovedor. Con una sonrisa le pedía al doctor: «Deme un poco de salud».

No tenía ni idea de dónde estaba. A veces creía que en Naumburgo; otras, en Turín. Hablaba muy poco con los demás pacientes. Robaba libros. Había escrito su nombre en trozos arrugados de papel. Los sacaba y leía su nombre en voz alta, «profesor Friedrich Nietzsche», muchas veces al día.

Del mismo modo que, al dejar Turín, se había encariñado con uno de los gorros de Davide Fino, ahora se volvió muy posesivo con uno de los gorros de la clínica. Lo llevaba día y noche, y no se atrevían a quitárselo. Suponían que era su tocado real. Se irritaba y ponía nervioso cuando le registraban los bolsillos después de un paseo; le gustaba llenárselos de piedras y de todo tipo de pequeños tesoros.

Tras seis meses de sedación, su comportamiento estaba bastante controlado para permitir que su madre lo viera. Ella llegó el 29 de julio. Se consideró que lo mejor sería que no se reunieran en su habitación, ni tampoco en el pabellón de los dementes, donde habitualmente estaba durante el día. El encuentro tuvo lugar en la sala de visitas. Él le dijo a ella que ahí era donde daba clases a un público selecto. Había un lápiz y unos papeles por allí. Él se los metió en el bolsillo, susurrándole misteriosamente pero con jovialidad: «Ahora tendré algo que hacer cuando me arrastre a mi cueva».**[8]**

Transcurrieron seis meses más con pocos cambios. En diciembre, un vocinglero charlatán llamado Julius Langbehn se puso en contacto con Franziska. Langbehn estaba convencido de que era capaz de curar a su hijo. Necesitaba un control completo para llevar a cabo su cura, de manera que tenía que permitírsele adoptar legalmente a Nietzsche. Langbehn era el autor del último libro, que había vendido mucho, que proponía una cura para el estado decaído de la cultura alemana. *Rembrandt als Erzieher* [«Rembrandt

como educador»] basaba explícitamente su título en el «Schopenhauer como educador» de Nietzsche. La solución de Langbehn para la crisis alemana era un cristianismo que volvía a las raíces, tal como lo reflejaban las bondadosas e incorruptas almas de los campesinos alemanes representadas en los cuadros de Rembrandt. El detalle de que Rembrandt fuera holandés no parecía molestarle.

Langbehn había analizado Alemania. Según él, su problema radicaba en que estaba demasiado educada. El profesor y el experto, con su erudición y su denominado «conocimiento especializado», debían dejar de ser venerados. Entonces se seguiría, como la noche sigue al día, que el renacimiento espiritual de Alemania se alcanzaría a partir del interior del alma alemana, fundamentalmente bondadosa. La sabiduría había que buscarla en la tierra, en el aire libre y en los sencillos corazones alemanes. La expulsión de las influencias extranjeras se daba por supuesta, sobre todo la de los judíos. Su libro fue la sensación literaria de 1890. Se hicieron veintinueve reimpresiones durante el primer año de publicación. Más adelante añadió dos secciones ampliadas cantando las bondades de dos de las bestias negras de Nietzsche: el antisemitismo y el catolicismo romano. Langbehn también escribía poemas; se tenía a sí mismo por mejor poeta que Goethe. Se consideraba como un «emperador secreto» cuyos poderes de sanador renovarían espiritualmente al imperio alemán. Bismarck lo recibió varias veces.

«Curar» a Nietzsche, el Anticristo confeso, sería una elegante pluma añadida en el sombrero de Langbehn. Su opinión era que los «“Ateos” como Shelley y los “anticristos” como Nietzsche no son más que estudiantes que hacen novillos y deben ser llevados de vuelta al redil».[9] Preparó un documento legal para que lo firmara Franziska: «Yo, la abajo firmante, por la presente solicito la tutoría legal de mi hijo Friedrich Nietzsche…», etc. El plan de Langbehn era llevarse a Nietzsche a Dresde, donde las fantasías regias del paciente serían consentidas. Rodeado de una corte y un séquito, Nietzsche sería tratado como un rey y como un niño. Langbehn creía que podía reunir suficiente dinero para pagar la gran mansión necesaria, así como el mobiliario recargado, la ropa, las galas y a los cortesanos disfrazados (personal médico y doméstico) para sostener la farsa real. La asistencia de Franziska como enfermera fue aceptada a regañadientes, pero sólo con el permiso y las estrictas condiciones impuestas por Langbehn.

Binswanger parecía tan deslumbrado por la celebridad nacionalista y populista como el resto del país. Permitió que Langbehn diera paseos diarios con Nietzsche. Su incansable proselitismo y sus tentativas de exorcismo

acabaron por desquiciar tanto al paciente que éste le volcó una mesa encima y lo amenazó con los puños. Empujada por Overbeck, Franziska reunió el valor necesario y se negó a firmar el acuerdo de adopción. Ése era el momento justo para que la discreción de Langbehn se antepusiese a su valor. Se retiró de la pelea, a Dresde, a escribir poemas pornográficos por los que sería acusado de obscenidad. Pero el grandes ventas *Rembrandt como educador* perduraría como una de las primeras piedras angulares de los cimientos ideológicos del Tercer Reich. Hitler tenía un ejemplar en su biblioteca privada.[10]

En febrero de 1890, el letargo y la docilidad de Nietzsche habían mejorado hasta el punto de que, en sus días buenos, se le permitía pasar unas horas con su madre. Ella alquiló un apartamento en Jena. Todas las mañanas iba a visitarlo a la clínica a las nueve en punto. Franziska estaba convencida de que si le daban la custodia de su querido niño, éste podría recuperar la cordura. El apartamento tenía una segunda habitación en la planta de abajo, donde Franz Overbeck y Peter Gast se turnaron para quedarse y ayudarla.

Caminar cuatro o cinco horas al día siempre había sido una parte importante de la rutina de Nietzsche. De hecho, explicaba la delgadez y la fuerza muscular anotadas en los informes de ambos psiquiátricos. Franziska nunca había paseado demasiado, pero si ése era el precio, no era muy alto. Ella lo cogía del brazo, o él caminaba un poco por detrás, siguiéndola, a veces inclinándose para dibujar figuras en el suelo con su bastón o para meterse cosas en los bolsillos. Mientras que Franziska estaba encantada por su obediencia, sus dos amigos se horrorizaron ante esa docilidad infantil. Siempre pasaba algún incidente raro durante los paseos. Él empezaba a emitir ruidos. Intentaba pegar a perros o a desconocidos. Quería estrecharle las manos a personas que obviamente le atraían por alguna razón insondable. Eso asustaba a las damas.

A menudo iban paseando hasta la casa de una familia llamada Gelzer-Thurneysen. Cuando llegaban, Franziska le decía a Nietzsche que se quitara el sombrero y entrara. Él se quedaba cohibido en la puerta de la sala de estar mientras ella iba hasta el piano y empezaba a tocar. Lentamente, él se aproximaba, atraído por la música. Al rato colocaba los dedos sobre las teclas. Empezaba a tocar de pie, entonces ella lo empujaba para que se sentara en la banqueta del piano, y él seguía. Ella sabía que podía dejarlo tranquilo al piano, absorto en la música. Mientras ella oyera sonar la música, no era necesario que estuviera vigilándolo en la misma habitación que él.

El 24 de marzo de 1890 le dieron a Franziska la custodia de su hijo. Se quedaron en el apartamento de Jena durante seis semanas, pero un día

Nietzsche se le escapó. Se desnudó en la calle, seguramente con la intención de darse un baño, y lo descubrió un policía, que lo devolvió a su madre. La aterró la posibilidad de que volvieran a enviarlo al manicomio. Convenció a uno de los jóvenes Gelzer para que la ayudara a «llevar a escondidas» a Nietzsche hasta la estación de ferrocarril, donde cogieron el tren para Naumburgo. Alwine, la leal sirvienta, saludó al «profesor» con alegría. Estaba de vuelta en el número 18 de Weingarten, el hogar de su infancia.

La pequeña casa de dos plantas estaba situada idealmente para vigilar a un paciente desinhibido: el jardín era minúsculo, vallado y con puertas. Las ventanas de la planta baja tenían gruesos postigos. Un lado de la casa daba a un viñedo, el otro, a la pared de la iglesia de St. Jacob.

Franziska continuó optimista con su cura de paseos. Normalmente, él la seguía por todas partes con tranquilidad. Si ella veía a algún desconocido acercándose, sencillamente hacía dar la vuelta a su hijo cogiéndolo del brazo y distrayéndolo, señalando alguna vista. Una vez pasaba la amenaza, le hacía dar la vuelta de nuevo. Si se encontraban a algún conocido y ella se detenía a hablar, le mandaba que se quitara el sombrero. Mientras ella intercambiaba saludos, él permanecía aparte y callado, con el sombrero en la mano. Si se dirigían a él, miraba sin comprender. Cuando el encuentro acababa, ella le decía que se pusiera el sombrero y reanudaban el paseo.

De niño, él se había enorgullecido de nadar en el río Saale «como una ballena». Era una diversión que siempre le había proporcionado gran placer. Franziska pensó que la memoria física podría ayudar a la recuperación, pero tras algunas tentativas tuvo que desistir. La excitación era demasiada, su hijo se descontrolaba.

Si el «querido niño» tenía un día excepcionalmente alborotado o molesto resultaba fácil mantenerlo adentro. No había muchos vecinos a los que pudiera incordiar con sus gritos y chillidos. Cuando se volvía insoportablemente bullicioso y estridente, ella le metía algo dulce en la boca, como un pedazo cortado de fruta. Cuando había acabado de masticarlo y tragarlo, se había distraído su atención y la expresión ruidosa había bajado a unos gruñidos más aceptables. Comía copiosamente. Ella afirmaba que no le daba cloral ni sedantes. Si era así, se trataría de un cierre en banda por parte de Nietzsche, una regresión mientras su madre recuperaba el control absoluto de su niño amado, incontinente y sumiso.

22

El morador vacío de habitaciones amuebladas

> Tengo un miedo espantoso de que algún día se me declare *santo*. No quiero ser un santo, prefiero antes ser un bufón… Quizá sea yo un bufón.
>
> *Ecce homo*, «Por qué soy un destino»

En Paraguay, Elisabeth recibió la noticia de la crisis de su hermano a principios de 1889, a la vez que el contrariado colono Klingbeil publicaba su libro denunciando a la pareja deshonesta y su colonia Potemkin.**[1]** No podía plantearse el regreso a Alemania. Estaba peleando por la vida de la colonia refutando las acusaciones de Klingbeil en los artículos que escribía para el *Bayreuther Blätter*, y luchaba sola.

El matrimonio se había convertido en un campo de batalla. Förster se pasaba el tiempo buscando dinero de una punta a otra de Paraguay, de San Pedro o San Bernardino a Asunción, intentando conseguir préstamos para cubrir préstamos anteriores a unos tipos de interés espeluznantes, y así evitar la inevitable bancarrota. Mientras él enredaba más si cabe sus finanzas, ella permanecía en Nueva Germania acumulando resentimiento contra la incompetencia de su marido y dedicando sus considerables habilidades a reclutar más colonos de Alemania. El cupo acordado con el gobierno paraguayo debía satisfacerse antes de agosto de ese año o la colonia estaría perdida.

Al recibir la noticia de la crisis de Nietzsche, Elisabeth manifestó más pena por sí misma que por él. Sí, ella había desatendido sus deberes para con su hermano. ¡El pobre ingenuo! A él le habría ido mucho mejor si ella se hubiera quedado en Alemania. Pero quería que a su madre le quedara claro que —sin alardear— la fundación íntegra de la colonia habría sido una empresa turbia e incierta sin ella. Nunca había sido más que una esposa excelente, mientras que Bernhard era un terrible egoísta que había dejado todo el trabajo en sus manos sin mostrar la menor comprensión por su sufrimiento.**[2]**

Las acusaciones de Klingbeil hicieron mella en la mente de Förster. Bordeando a diario el filo del abismo financiero, bebía mucho. Finalmente el 3 de junio, se rindió y se suicidó en una habitación de hotel de San Bernardino ingiriendo una mezcla de estricnina y morfina.

Los periódicos ya habían informado de su muerte como suicidio por envenenamiento de estricnina cuando Elisabeth llegó a San Bernardino. Su único propósito era negar la posibilidad de suicidio. No sabía que Förster había mandado por correo lo que equivalía a una nota de suicidio a Max Schubert, el director de la Sociedad Colonial de Chemnitz: «… Ésta es mi última petición: por favor, siga poniendo su considerable talento, su fuerza y su entusiasmo juvenil al servicio de la valiosa empresa que yo he empezado. Tal vez prospere mejor sin mí que conmigo».[3]

Del mismo modo que Elisabeth se había inventado la historia de que la muerte de su padre fue consecuencia de su intervención en una heroica extinción de un incendio en el pueblo pasando cubos de agua, ahora utilizó sus grandes facultades de persuasión con el médico local para cambiar la causa de la muerte a fallo cardíaco debido al estrés provocado por las falsas acusaciones y las intrigas de enemigos.

Ese mismo mes ya estaba escribiendo a su madre que había sido una pena que no hubiera estado junto a su amado marido en aquel momento crítico, «porque podría haber evitado el ataque al corazón, utilizando compresas y baños de pies como solíamos hacer».[4] Es difícil imaginar que ni siquiera Elisabeth se creyera que se podía evitar un ataque al corazón con esos métodos.

Rápidamente creó una leyenda para dar cuenta de la locura de su hermano: había sufrido una embolia provocada por una innominada y misteriosa droga javanesa.

«Hasta donde recuerdo, en 1884, él [Nietzsche] conoció a un holandés que le recomendó un narcótico javanés, y le regaló un frasco bastante grande de ese fármaco. La sustancia tenía un sabor parecido al del alcohol fuerte y un olor muy raro, y un nombre no menos extravagante, que ya no recuerdo dado que siempre la llamábamos "el narcótico javanés". El holandés nos impresionó con el dato de que sólo podían tomarse unas gotas cada vez en un vaso de agua. […] Más adelante, en el otoño de 1885, él [Nietzsche] confesó que en una ocasión había tomado unas cuantas gotas de más, con el resultado de que de repente se arrojó al suelo con un ataque de risa convulsiva. […] En una carta a Gast habla de sus "risas", lo que debe de ser una referencia a las carcajadas artificiales provocadas por el narcótico javanés. Finalmente, mi

hermano en persona dio una pista que corrobora esta teoría. Durante los primeros días de su locura, a menudo solía contarle en confianza a nuestra madre que "había tomado veinte gotas" (no decía de *qué*) y que seguidamente su cerebro había "descarrilado". Tal vez su miopía lo llevó a verter demasiadas gotas, y eso podría explicar aquella terrible apoplejía.»[5]

Elisabeth pagó la cuenta del hotel de su difunto marido en San Bernardino con una escritura de propiedad de una parcela que en realidad no poseía, y se dispuso a organizar un funeral que hiciera justicia a un héroe guerrero de camino al Valhalla. Su carta a su madre describiendo el entierro de Förster recuerda a la anterior en la que describía su propia entrada triunfal en la colonia. «Sesenta jinetes seguían al ataúd y dispararon salvas sobre su tumba.»[6] La falsa información de su suicidio había sido publicada por la prensa judía.

Elisabeth se quedó en Paraguay intentando con todas sus fuerzas reunir dinero para mantener el control de la colonia hasta que finalmente, en agosto de 1890, perdió la batalla. La propiedad pasó a la Sociedad Colonizadora Nueva Germania en el Paraguay. En diciembre volvió a Naumburgo con la intención de recabar apoyos para recuperar el control alemán de la colonia. Franziska había imaginado que regresaba para cuidar de su hermano.

Elisabeth llegó unos días antes de Navidad. Su madre llevó a su hermano a esperarla en la estación. Franziska guiaba a Nietzsche cogiéndolo del brazo, como a un niño. Él caminaba envarado, como un soldado prusiano desfilando, y aferraba un ramo de rosas. Franziska tuvo que recordarle que se las diera a Elisabeth. Al hacerlo, él se acordó de quién era ella y la llamó «Llama». Esa noche, después de haberlo acostado, madre e hija se quedaron despiertas hablando. Elisabeth se asustó al oír los desgarradores aullidos animales que salían de la habitación de su hermano en la planta de arriba.

Elisabeth se instaló en el hogar familiar, desde donde escribía innumerables cartas, presentando solicitudes de ayuda a las sociedades coloniales y a los funcionarios del gobierno y reconviniendo a las organizaciones antisemitas por su falta de apoyo. Había cambiado el nombre con el que firmaba sus artículos: «Eli Förster» pasó a ser «Frau Doctor Förster». Publicó su primer libro, *Dr. Bernhard Förster's Kolonie in Paraguay*.[7] En él rebatía las acusaciones de Klingbeil y hacía un llamamiento a sus compatriotas para que apoyaran a una viuda frágil y desolada creando una corporación que recomprara las acciones de aquellos

infames extranjeros. Cuando se publicó el libro, a finales de la primavera de 1891, los colonos que quedaban en Nueva Germania se indignaron sobre todo porque ella seguía repitiendo las afirmaciones originales y claramente falsas de su marido sobre la inimaginable fertilidad de la tierra y la maravillosa abundancia de agua limpia.

Durante los seis meses que tardó en escribir el libro, surgió la cuestión de los libros no publicados de su hermano, las últimas obras escritas precipitadamente en Turín. A finales de marzo, el impresor/editor Naumann tenía *Zaratustra* IV impreso, encuadernado y listo para enviarlo a las librerías. Le mandó un ejemplar a Franziska. Ella y su hermano Edmund Oehler, un clérigo ordinario, habían asumido la tutela legal de Nietzsche, pero Franziska no tenía pretensiones literarias y dejó que Gast y Overbeck se ocuparan de las cuestiones de la edición de manera informal.

Gast y Overbeck estaban convencidos de la importancia de los manuscritos inéditos, y animaron a Naumann a imprimirlos. Pero cuando le envió *Zaratustra* IV a Franziska, tanto ella como Elisabeth se quedaron pasmadas, horrorizadas por los fragmentos explícitamente blasfemos. Elisabeth asustó a Franziska diciéndole que se exponía a acusaciones criminales si se publicaba el libro. Franziska y Oehler negaron el permiso de publicación. Eso enfureció a Naumann: en el extranjero se respiraban nuevos aires, estaba naciendo una nueva vanguardia y mostraba mucho interés por los textos de Nietzsche.

En 1888 había muerto, por fin, el káiser Guillermo I, a los noventa años. Diecisiete años antes había aceptado la corona alemana en la Galería de los Espejos de Versalles, despertando una gran inquietud y temor en Nietzsche por el desequilibrio que creaba en Europa. En los años siguientes, el káiser y su Canciller de Hierro, Bismarck, forjaron el archiconservador y represivo Segundo Reich basado en la industrialización, el capitalismo, un expansionismo rampante, la Iglesia protestante, el conservadurismo artístico y la censura. Eso había cuajado en una potencia mundial inmensa, enrarecida, esclerótica, nacionalista, represiva y autoritaria…, como Nietzsche había temido desde el principio. Incluso cuando la urdimbre de la cordura de Nietzsche empezaba a deshilacharse, no había olvidado su horror ante el Segundo Reich. Sus últimos desvaríos megalomaníacos en Turín se habían obsesionado en su imaginaria potestad para hacer que mataran al káiser, a Bismarck y a todos los antisemitas.

La última década del siglo debía de haber sido una época de optimismo,

una era de innovación artística, como en Francia. Pero los principios del nuevo emperador, Guillermo II, no iluminaron el horizonte alemán. Incluso los oficiales de su propio ejército, que en 1914 lo seguirían a la Primera Guerra Mundial, describían confidencialmente al nuevo káiser en 1891 como «demasiado voluble, demasiado caprichoso, sobre todo en las nimiedades, y hace demasiados comentarios incautos. […] Parece que ni él mismo sabe lo que quiere. Corren rumores sobre trastornos psicológicos».[8]

La incertidumbre política coincidía con la inquietud espiritual que siempre acompaña la cercanía inminente de un fin de siglo. Dónde estaba el iconoclasta revolucionario, se preguntaba el conde Harry Kessler, por entonces estudiante en la Universidad de Leipzig: «Un mesianismo secreto se desarrolló en nosotros. El desierto que necesita todo Mesías estaba en nuestros corazones, y de repente apareció allí arriba, como un meteoro, Nietzsche».[9] Era al estudiante Kessler a quien los decepcionados militares habían desvelado su falta de confianza en la capacidad mental y el temperamento del nuevo káiser.

Harry Kessler se movía en los círculos sociales, militares y políticos más distinguidos de toda Europa. Su familia era rica; su madre, una mujer de belleza esplendorosa: se creía que él mismo había sido engendrado por el káiser Guillermo I, una suposición falsa (la cronología no coincidía) que no le hacía ningún daño. Tanto Bismarck como el káiser lo trataban como una joven esperanza para el país, un mirlo blanco. Harry Kessler se convertiría en agente secreto y oficial en la Primera Guerra Mundial, embajador de Alemania en Varsovia en 1918, activista artístico, mecenas y conservador de museos. Iría en un taxi con Nijinsky la noche de estreno de *La consagración de la primavera* y cerraría los ojos de Nietzsche cuando estos volvieron a abrirse en su ataúd. Era el cosmopolita absoluto. Si Nietzsche hubiera sido capaz de entender, habría aprobado que Harry Kessler fuera uno de los fundadores a cargo del Archivo Nietzsche.

Delgado y elegante como un galgo, políglota, erudito, sumamente bien relacionado, pero nunca el *grand seigneur*, en 1891, el estudiante Kessler, a los veintitrés años, husmeó el aire y descubrió que el futuro sería nietzscheano. A lo largo de los cuarenta años siguientes promovió la nueva visión por teatros, editoriales, estudios de artistas y salones de duquesas de toda Europa hasta 1933, cuando huyó de Alemania al tomar los nazis el poder, y otra historia ocupó las páginas de los libros de historia.

Como estudiante universitario a finales de la década de 1880 y principios de la de 1890, Harry Kessler formó parte de la «generación Raskólnikov»:

aquellos a los que la novela de Dostoyevski *Crimen y castigo* causó una profunda impresión. Kessler declaró como testigo en el juicio de un colega estudiante de alta alcurnia que disparó y mató a su novia de clase obrera, tras lo cual el asesino no consiguió matarse porque apuntó mal al dispararse al pecho.[10] Fue un acto nihilista inspirado por el libro de Dostoyevski, que había tenido una repercusión inconmensurable en la primera y desesperanzada generación poscristiana. Una racha de asesinatos similares entre estudiantes abrumados por «la gran repugnancia», por la voluntad de la nada, fue conocida como «el efecto Raskólnikov» por el antihéroe del libro de Dostoyevski.[11]

En ese estado de ánimo de fin de siglo, nihilista, de pesimismo schopenhaueriano, desesperanza moral y dudas sobre si había algo por lo que mereciera la pena luchar, Kessler describe que Nietzsche causó un impacto tan profundo y generalizado como Byron en la generación previa.

Almas perdidas en busca desesperada de una solución entre el escepticismo y el deseo de tranquilidad, la generación se aferró a la propuesta de Nietzsche de eliminar el sentido de su ilusoria posición ajena a la vida, devolviéndola a la vida misma. Veneraban a Nietzsche como genuino espíritu libre, voz solitaria que preconizaba el individualismo, ofreciendo una alternativa tanto a la decadencia de la fe como al sistemático ataque de la ciencia al supuesto antropomórfico del ego humano. Nietzsche había creado para ellos la posibilidad de encontrar sentido a la vida como algo completamente personal más que, en palabras de Johann Fichte, como «un inerte objeto casero que uno puede dejar a un lado o coger según le apetezca». Si la fe había muerto, la filosofía seguía siendo valiosa con su capacidad para justificar el alma misma de la persona que la adoptaba y adaptaba.

El libro que más impresionó a Kessler fue *Más allá del bien y del mal*, con su argonauta del espíritu navegando por mares desconocidos en busca de una nueva forma de interpretar el mundo y de nuevos valores morales que se ajustaran a las circunstancias modernas. Matemos a Dios, sí, pero pongamos al *Übermensch* en Su lugar. El *Übermensch* se presenta así como resultado de una lucha metafísica personal gracias a la voluntad de poder que existe en todos y en todo, aunque la lucha que él describe no se libra necesariamente contra otros sino contra las emociones mezquinas en uno mismo, como la envidia y el resentimiento.

Era el *Übermensch*, más que la voluntad de poder, el concepto que convirtió a *Zaratustra* en un texto de culto a finales de siglo. Un libro transgresor para la vanguardia, proporcionaba una vía de escape de la

decadencia y del punto muerto al que se había llegado. Sacralizaba la tierra sin la necesidad de una justificación mediante el Cielo y el Infierno. Nietzsche colocaba la danza alborozada de los dioses helénicos frente a la subordinación a la Iglesia, que había justificado la degeneración y empequeñecimiento del hombre europeo cristiano hasta convertirlo en el perfecto animal de rebaño. El *amor fati* tendía la cuerda sobre abismo nihilista, sobre los siglos de envidia y *ressentiment* que habían hundido al individuo al nivel del *Untermensch*.

Harry Kessler escribió: «Debemos luchar no por la compasión hacia el prójimo, sino por compartir la alegría con él, que es la mayor alegría posible y por tanto la mayor fuerza vital en el mundo. […] Esa idea es básicamente el núcleo de la filosofía nietzscheana».[12] Tres años después de dejar la universidad, Kessler se sintió justificado para escribir: «Probablemente no exista ningún hombre de entre veinte y treinta años medianamente instruido en la Alemania de hoy que no deba a Nietzsche una parte de su visión del mundo, o que no haya sido más o menos influido por él».[13]

Resuelto a aprovechar esta oleada de atención y convertirla en ventas de libros, en 1891 Naumann publicó segundas ediciones de *Más allá del bien y del mal*, *El caso Wagner* y *La genealogía de la moral*. Elisabeth recurrió en los tribunales. Todavía seguía en Naumburgo, ayudando a su madre a cuidar de Nietzsche en casa, y pospuso su regreso a Paraguay hasta que Naumann aceptó firmar un contrato muy satisfactorio pagándole 3.500 marcos para publicar las obras restantes. Al darse cuenta de que Peter Gast era la única persona capaz de leer los manuscritos que iban a convertirse en libros, Elisabeth lo designó editor e hizo los preliminares para una edición barata de las obras completas antes de partir hacia Paraguay en julio de 1892 para solucionar sus problemas.

Su regreso a la colonia, junto con las afirmaciones intolerables que había hecho en su nuevo libro, habían enfurecido de tal modo a los colonos que escribieron a Max Schubert, el director de la Sociedad Colonial de Chemnitz y el hombre a quien Förster había mandado lo que equivalía a una nota de suicidio en la víspera de su muerte. Los colonos informaron fríamente a Schubert de que el periodo que había pasado Elisabeth en la madre patria no había atemperado su megalomanía. Por el contrario, la encontraron más arrogante y autoritaria que nunca.

Nueva Germania se sumió en el estancamiento. Elisabeth permaneció en la Försterhof con sus cocineros y sirvientes, intercambiando agrias cartas con los colonos a través de terceros y columnas en periódicos hasta el abril

siguiente, cuando consiguió vender la mansión a un tal barón Von Frankenberg-Lüttwitz. Así recuperó una parte de su propia dote, que había invertido en la empresa paraguaya. Asegurado el dinero, pidió a Franziska que le mandara un telegrama diciendo que se la necesitaba urgentemente en casa para cuidar a su hermano enfermo.

El *Colonial News* imprimió algo parecido a una notificación de expulsión: «El primer requisito para cualquier mejora efectiva en los asuntos de Nueva Germania es el cese de Frau Doctor Förster». Cuando se publicó, y gracias al telegrama de su madre, Elisabeth ya se había ido de la colonia para cumplir con su fraternal misión de socorro.

En septiembre de 1893 volvió de Paraguay a Naumburgo, y la Dra. Elisabeth Förster se convirtió en Elisabeth Förster-Nietzsche.

Fue ése un año importante, durante el que la obra de Nietzsche se propagó como un fulgor a través de la vanguardia artística tanto de Berlín como de París, con amplia repercusión en la pintura, la dramaturgia, la poesía y la música. Los escandinavos habían encendido el fuego nietzscheano: el crítico literario danés Georg Brandes había prendido la chispa con sus conferencias avisando al mundo de la existencia de Nietzsche y poniendo a éste en contacto con el dramaturgo sueco August Strindberg en 1888. Como consecuencia directa, antes de acabar el año, Strindberg escribió la obra *La señorita Julia*, que sucedió a la obra anterior de Henrik Ibsen *Espectros* como la más prohibida en Europa y Estados Unidos, condenada por los censores a representarse sólo en escenarios experimentales y clubes teatrales privados. Si *Espectros* había llevado el tema de la sífilis al escenario, *La señorita Julia*, la historia de la relación de una aristócrata y el lacayo de su padre, era infinitamente más turbadora. No presentaba ninguna enfermedad física como la sífilis, sino que se trataba de un psicodrama nietzscheano que examinaba con precisión forense los campos de fuerza de sumisión y control producidos por el *ressentiment* mutuo y las voluntades de poder en conflicto entre el *Übermensch* y el *Untermensch*, desarrolladas a través del impulso sexual dionisíaco.

En 1892-1893, Strindberg vivía en Berlín y difundía la fama de Nietzsche entre un círculo bohemio escandaloso y cosmopolita conocido como *Zum Schwarzen Ferkel* [«El cerdito negro»], como el garito adonde iban a beber. El artista noruego Edvard Munch formaba parte del círculo y Strindberg lo introdujo a los textos de Nietzsche con un efecto tan profundo que Munch pintó *El grito*. La pintura captaba el *zeitgeist* de una manera única: Munch

había creado el icono definitivo del terror existencial al contemplar las consecuencias de la muerte de Dios y la consiguiente responsabilidad del hombre para encontrar sentido y significado a la vida. Rápidamente reproducido en litografías y grabados, inundó las galerías y las revistas de Alemania y París.

El cuarto individuo que contribuyó a la creciente fama de Nietzsche fue Lou Salomé. En 1889, Otto Brahm abrió su teatro experimental, el Freie Bühne, en Berlín, y al año siguiente empezó a publicar la revista *Die freie Bühne für modernes Leben* [«Escena libre para la vida moderna»].[14] Lou, que a esas alturas se había convertido en una celebridad por derecho propio, era vecina de Brahm y escribió numerosos artículos sobre Nietzsche que a menudo aparecían primero en su revista. Sus artículos ampliaron el interés por Nietzsche, y en 1894, publicó uno de los primeros estudios importantes sobre su vida y su obra, *Friedrich Nietzsche en sus obras* (*Friedrich Nietzsche in seinen Werken*).

La forma de la obra de Nietzsche también estaba teniendo una repercusión inmediata y de calado en las artes de la década de 1890. Lo que en realidad le había sido impuesto por su enfermedad —sus estallidos breves, aforísticos, con frecuencia no sucesivos, que a primera vista parecen desorganizados e inacabados— era interpretado y aprovechado como una forma de comunicación directa y llamativamente moderna. Las obras de Strindberg son famosas por rechazar las unidades teatrales clásicas de tiempo, espacio y acción y por resultar incomprensibles sobre el papel porque no siguen una progresión lógica, pero son electrizantes en escena por esa misma razón. Munch no eliminaba las manchas de gotas ni las salpicaduras de pintura, dejaba zonas enteras del lienzo vacías, sin pintar. Era el equivalente pictórico del poderoso efecto de lo atisbado a medias, la sugestiva cualidad del aforismo que Nietzsche había utilizado por primera vez en Sorrento, y con la que levantó la potente y extraordinaria estrategia moderna de «el filósofo del quizás», una posición que le dio la potestad de acabar un aforismo, un hilo argumental o incluso un libro entero, con una elipsis, dejando al lector a cargo de la conclusión mientras que, a la vez, reconocía que la verdad objetiva no es siquiera concebible para los humanos, y la lucha por alcanzarla no es más que una mera ilusión.

En 1893, Elisabeth llegó a la provinciana Naumburgo con la extraordinaria cacofonía de fondo del interés internacional por la obra de su hermano.

Su primera tarea consistió en organizar una cantidad ingente de documentos. Franziska había conservado lealmente las cartas y escritos de su hijo. Además, estaba todo el material que Overbeck había dispuesto que fuera entregado a Franziska cuando trajo a Nietzsche de vuelta de Turín. El archivo sentimental de toda la vida de la madre había alcanzado proporciones gigantescas al sumársele los documentos que habían formado parte del equipaje de Nietzsche durante años: cuadernos, notas sueltas, borradores dejados de lado hacía mucho, cartas recibidas, borradores de cartas enviadas y de otras nunca enviadas.

Elisabeth hizo tirar una pared de la planta baja de la casa de su madre. Adornó la sala ampliada con tallas de los animales de Zaratustra: la serpiente, el león y el águila. Esta última se parecía oportunamente al águila imperial alemana. Llamó a la sala «Archivo Nietzsche» y se lanzó a construir una nueva leyenda, en comparación con la cual su elevación de Förster a los altares de profeta de heroica virilidad había sido un mero ensayo interrumpido.

Escribió a los corresponsales de Nietzsche pidiéndoles todas las cartas y demás material que poseyeran, advirtiéndoles de que el *copyright* pertenecía al Archivo. Sólo Cosima Wagner y Franz Overbeck no satisficieron la petición. Cosima tenía una idea precisa del talento y las inclinaciones de Elisabeth. La versión de ésta de la verdad sobre la relación entre Nietzsche y Wagner era improbable que coincidiera con la suya. El Archivo Nietzsche no contaría con su colaboración. Elisabeth interpretó esta reacción como una venganza femenina y fruto de la rivalidad entre archivos promovida por Cosima, que seguía construyendo su propio y extremadamente exitoso Archivo Wagner en Bayreuth.

En cuanto a la negativa de Overbeck a entregar sus documentos se justificaba en que no tenía razones para colaborar, habiendo sido durante largo tiempo el receptor de las confidencias de Nietzsche sobre su «enfermedad de las cadenas» y sobre el aborrecimiento y desprecio que sentía por su hermana. La negativa de Overbeck acentuó el antiguo rencor de Elisabeth contra él, originado en su rechazo a apoyarla en el enfrentamiento con Lou y agravado cuando aconsejó a Nietzsche que no invirtiera en Nueva Germania. Overbeck se convirtió en el archienemigo. «Seguramente [era] judío.» Franziska y él eran los responsables del estado actual de Nietzsche. Elisabeth sólo tenía críticas para la forma en que habían manejado la situación cuando Nietzsche había enfermado al principio. Tendrían que haberlo llevado a un hospital, no a un manicomio. El dentista que Overbeck había encontrado

para que acompañara a Nietzsche de Turín a Basilea era judío y un impostor (lo cierto es que era medio judío). Elisabeth se carteó con Julius Langbehn y se puso de su parte contra su madre. Overbeck y Franziska tendrían que haber pagado un tratamiento de «primera clase» y el resultado habría sido totalmente distinto.

Peter Gast era otro de los que tenía un conocimiento demasiado profundo y completo del pasado. Sin pensarlo, le contó a Elisabeth que estaba planeando escribir una biografía de Nietzsche. Ella le replicó tajante que nadie estaba capacitado para hacerlo, salvo ella misma, y lo despidió como editor del Archivo. En su lugar designó a Fritz Kögel,[15] un filólogo y músico catorce años más joven que ella con el que había pasado una noche coqueteando. Kögel era un apuesto conquistador de salón con un atractivo romántico y un pelo indómitamente revuelto. No era capaz de leer la letra de Nietzsche, pero daba igual. Durante los dos primeros años, el Archivo fue a todos los efectos un salón donde Elisabeth recibía, mientras el editor a cargo, Kögel, la adulaba, coqueteaba con ella y cantaba deliciosamente al piano para entretener a los invitados. Encima del piano colgaban tres cuadros: una fotografía de Nietzsche, un caballero de Van Dyck y *El caballero, la muerte y el diablo* de Durero. De vez en cuando, unos rugidos animales procedentes de la planta de arriba interrumpían la atmósfera de civilizado refinamiento.

A medida que la parálisis progresiva se propagaba por el cerebro y el cuerpo, los estallidos se habían vuelto demasiado violentos e imprevisibles para que Franziska pudiera proseguir su programa de paseos terapéuticos al aire libre. Nietzsche, que había amado tanto vagar por las montañas, estaba ahora confinado a dos habitaciones de la segunda planta de la casa y a una pequeña galería cerrada. A menudo había que conducirlo los pocos pasos que lo separaban de la galería; no siempre era capaz de encontrarla solo. Su ejercicio diario era el de un animal enjaulado. Recorría arriba y abajo el largo de la galería, que estaba intencionadamente llena de plantas para que fuera invisible al mundo exterior. Franziska temía que su amado y demente hijo fuera descubierto por las autoridades y que se lo arrebataran.

Nietzsche se pasaba la mayor parte de las mañanas durmiendo. Cuando lo habían aseado y vestido se quedaba el resto del día en la otra habitación, sentado durante horas, cabizbajo y taciturno. A veces jugaba con muñecos y otros juguetes. Su madre le leía en voz alta mientras su voz aguantaba. Él no entendía las palabras pero le gustaba oír su sonido. No le gustaban las visitas.

Cuando acudía el barbero a recortarle la barba y el bigote, que seguían creciéndole fuertes, o el masajista para darle unas friegas para mejorar la circulación en sus músculos atrofiados, se resistía violentamente. Aunque eran visitantes habituales, estaba convencido de que habían ido a hacerle daño. Para que pudieran trabajar, Franziska lo acariciaba para calmarlo y le metía trocitos de algo dulce en la boca. A veces le recitaba canciones infantiles. Esporádicamente, él recordaba algún fragmento y cantaba con ella. Franziska y su leal ama de llaves Alwine empezaron a tenerle miedo cuando se ponía violento y ruidoso, pero el temor a que se lo llevaran de casa pesaba más que la inquietud causada por el esfuerzo físico que les requería someterlo.

Periódicamente, Franziska escribía los «dichos de mi pobre hijo enfermo». En 1891, él todavía recordaba el huerto de su casa de la infancia en Röcken. Podía nombrar los diferentes tipos de árboles frutales. También se acordaba de la biblioteca que había al final del pasillo y de una explosión de pólvora que había reventado todas las ventanas. Al recordar esos detalles, se reía con ganas, tras lo cual decía solemnemente: «Bueno, pequeña Lisa, tu muñequito de baño, tu pequeño, está a salvo. Lo tengo en el bolsillo de los pantalones». Pero después, los esporádicos registros de Franziska demuestran que la delgada madeja de la memoria se iba deshilachando y deshaciendo a cada año que pasaba. En 1895, cuatro años después de que todavía fuera capaz de nombrar los frutales, ya no era capaz de proezas como el recuerdo compartido de los días de su infancia. El pensamiento receptivo había desaparecido. Su madre anota un incidente típico cuando ella le preguntó si quería comer y él respondió: «¿Tengo boca para eso? ¿Debería comerlo? Mi boca, digo, quiero comer. […] ¿Qué es eso de ahí? Una oreja. ¿Qué es eso de ahí? Una nariz. ¿Qué es eso de ahí? Manos que no amo». Pero a veces en el cerebro laberíntico pervivía, si no un recuerdo, sí al menos una pálida sombra de lo que había sido en el pasado: si algo le gustaba o le parecía hermoso, lo llamaba «un libro», y se preocupaba por la cuestión de si era tonto. «“No, mi hijo querido” le digo, “no eres tonto, tus libros están estremeciendo el mundo ahora”.» «No, soy tonto.»

Afortunadamente, parece que eso fue lo más cerca que estuvo de atisbar que en el pasado había poseído una grandeza que se había perdido.

El 15 de octubre de 1894 era su quincuagésimo cumpleaños. Naumann ingresó catorce mil marcos en su cuenta. Finalmente, sus libros se vendían, y Nietzsche no tenía ni idea.

Sus viejos amigos acudieron a desearle feliz cumpleaños, pero él no los reconoció. Esos días ya sólo reconocía a su madre, a su hermana y a la buena de Alwine. Overbeck lo describió como ni feliz ni infeliz, y le pareció, de una forma temible, más allá de todo. Paul Deussen le llevó un ramo de flores. Durante un instante, las flores captaron su atención, pero luego las olvidó. Deussen le dijo que tenía cincuenta años y no reaccionó. Sólo la llegada del pastel despertó su interés.

El año siguiente se caracterizó por una tremenda excitabilidad, con gritos y bramidos, que se alternaba con periodos de total postración. Una visita de Overbeck coincidió con uno de estos últimos. Encontró a Nietzsche en la misma postura en que lo había encontrado en Turín, medio acuclillado en el rincón de un sofá. Sus ojos carecían de vida. A Overbeck le recordó a un animal herido mortalmente, acorralado y deseando la muerte.

Overbeck no volvió a ver a Nietzsche. Elisabeth lo acusó públicamente de robar parte de las obras inéditas. La verdadera causa fue la negativa de Overbeck a entregarle las cartas, sabedora de que contenían referencias poco halagadoras para ella y de que difícilmente corroborarían su propia versión de los hechos. Las cartas se publicarían finalmente en 1907-1908, pero sólo después de que Elisabeth hubiera llevado el caso a los tribunales y ganado el juicio cuyo veredicto estipulaba que los fragmentos en disputa fueran sustituidos por espacios en blanco, una censura que no proporcionó credibilidad a la reputación de Elisabeth.

La convivencia se había vuelto imposible entre madre e hija. En la casa, el contraste entre Franziska y Alwine atendiendo al inerte Nietzsche en la planta de arriba y el animado salón musical de Elisabeth en la planta de abajo era intolerable.

Elisabeth escribió una carta de diez páginas denunciando a Franziska como incapaz de cuidar de Nietzsche. Ella deseaba convertirse en su tutora y mandarlo a un nuevo archivo, junto con sus obras, pero el médico de la familia se negó a apoyar la demanda de Elisabeth contra su madre.

Franziska estaba comprensiblemente preocupada. Y más se alteró todavía cuando Elisabeth publicó el primer volumen de la biografía de su hermano en 1895, *Das Leben Friedrich Nietzsches* [«*La vida de Nietzsche*»]. Franziska se quedó perpleja al leer el libro. Se quejó de que apenas reconocía nada verdadero en el relato. Pero, dada la incultura de Franziska (como había notado Binswanger en la clínica de Jena), carecía del recurso de la respuesta impresa para refutar la historia de su hija. Franziska nunca había cultivado contactos influyentes que pudieran acudir en su defensa. Overbeck la

apoyaba, pero se había retirado por completo de la desagradable refriega donando las cartas que Elisabeth codiciaba a la Universidad de Basilea. Típico de él, Overbeck prefería dejar que fuera la posteridad la que juzgara.

En diciembre de 1895, Elisabeth redactó un contrato para ser la única poseedora del *copyright* de los manuscritos y documentos de Nietzsche. Ofreció a su madre treinta mil marcos por todos los derechos y regalías de las obras de su hermano. Franziska lo aceptó a regañadientes. No quería ceder a su hija la potestad absoluta sobre el legado literario, pero, por otro lado, el dinero debía de ser suficiente para asegurar el futuro tanto de su hijo como de ella misma. No era una gran suma en términos de los ingresos generados por sus libros, teniendo en cuenta que habían sumado casi la mitad de esa cantidad sólo en el año anterior. La admiración por la obra de Nietzsche se había generalizado hasta tal extremo que a Elisabeth no le costó reunir el dinero. Tres de los acaudalados admiradores de su hermano le proporcionaron la suma: la vieja amiga de Nietzsche, Meta von Salis-Marschlins; un banquero llamado Robert von Mendelssohn, que era judío (el antisemitismo de Elisabeth no se extendía a los escrúpulos financieros), y el conde Harry Kessler.

Desde ese momento y hasta la muerte de Elisabeth en 1935, ella controló el acceso y la publicación, el editado y el *copyright* de toda la obra de Nietzsche, así como las cartas escritas por él y las que recibió. Se había situado en una posición que le permitía ejercer la censura que quisiera, dar forma a los textos y a la biografía de su hermano, y recibir las regalías por cuanto ella permitiera publicar.

En abril de 1897, el *Sturm und Drang* entre madre e hija acabó por estallar. Exhausta y desdichada, Franziska murió a los setenta y nueve años, probablemente de cáncer de útero. Elisabeth se hizo así con el control absoluto de Nietzsche, el hombre, además del de sus obras.

Lo primero que debía hacer era trasladarlo, a él y al Archivo, a una ubicación más apropiada. Naumburgo era muy lejos. Le pareció que Weimar era la solución: ahí podía ocupar su lugar en el panteón de la cultura alemana.

Weimar se había convertido en la sede alemana de las Musas con la llegada de Goethe en 1775. La transformación en «nuestra Atenas alemana» la habían llevado a cabo los grandes hombres de letras de la edad dorada alemana: Fichte, Herder, Von Humboldt, Schelling, Schiller y Wieland. En 1848, Liszt había asumido el papel de referente cultural e instituido una edad de plata al formar una asociación, la Neu-Weimar-Verein, y dirigir las

tempranas primeras producciones de las óperas de Wagner en el teatro de la corte.

Los archivos de Goethe y de Schiller estaban en Weimar, y Elisabeth calculó que compartir esa gloria aumentaría las posibilidades de que el Archivo Nietzsche alcanzara el nivel del de Wagner organizado por Cosima en Bayreuth, que ella contemplaba con rencorosa admiración.

Vender una pequeña casa en Naumburgo para comprar otra grande en Weimar requería dinero. Meta von Salis-Marschlins lo pagó de buena gana. ¿Qué mejor manera de recompensar a Nietzsche por los veranos que habían pasado juntos en SilsMaria? Meta únicamente le había enseñado a remar en un bote en el lago Silvaplana, pero él, a cambio, le había enseñado que una mujer también puede ser una *Übermensch*.

Meta encontró la recién construida Villa Silberblick,[16] una mansión cuadrada de ladrillo bastante fea en las afueras meridionales de Weimar. Era más pequeña que Wahnfried, pero, dado que no había necesidad de albergar una sala de conciertos, tenía el tamaño ideal. Lo mejor de Villa Silberblick era su ubicación: debía su nombre a las vistas plateadas. Estaba, y está, situada en lo alto de la suave pendiente de la Humboltstrasse, y disfruta de la mejor vista de la ciudad y, por ende, de uno de los más espléndidos paisajes neoclásicos de Europa, creado por Goethe a su regreso de su viaje por Italia. Goethe, como Nietzsche, se había enamorado de la *campagna*, la campiña que rodea Roma, y de sus representaciones en los lienzos de Claude Lorrain. Cuando volvió a casa, Goethe se puso a remodelar los contornos ondulados de la llanura de Weimar para convertirlos en una versión en miniatura de Arcadia. Los prados se transformaron en campos elíseos. Se insertaron templos y grutas en los recodos del serpenteante río Ilm. La vista desde las ventanas de Villa Silberblick se extendía al menos quince quilómetros sobre la recreación del amado paisaje que había inspirado a Nietzsche, enamorado de Lou, a componer «La canción de la noche».

La galería de dos plantas de Villa Silberblick era el lugar donde Nietzsche se pasaba sentado la mayor parte del día durante los tres años que le quedaban de vida. Si sus ojos eran capaces de verlo, lo que no estaba nada claro, le habría recordado la *campagna* y el paisaje del paseo que le cambió la vida, con Lou subiendo al monte Sacro, alisado en la llanura turingia y perdiéndose en sus lindes en las protuberancias onduladas y negras del bosque de Ettersberg.

A Meta le parecía una ubicación muy apropiada para su querido amigo. Compró la villa y el terreno circundante por treinta y nueve mil marcos. Sin

informarla, Elisabeth se embarcó en un extravagante programa de construcción, tirando un baño aquí, un balcón allí, y enviándole la factura a Meta, que se puso furiosa al tener que pagar innecesarias mejoras cosméticas. Pero peor todavía le parecía la obsesión de Elisabeth por la publicidad. Meta leyó un artículo de un periodista describiendo cómo Nietzsche estaba siendo expuesto a la vista pública por su bien: primero dormido, luego despierto, más tarde acuclillado en una silla mientras le daban trocitos de pastel. Aquello fue demasiado para Meta. Cortó la relación con Elisabeth.[17]

En julio de 1897, con los cambios acabados, Elisabeth organizó un muy publicitado viaje nocturno secreto. El filósofo fue trasladado en silla de ruedas en el tren de Naumburgo a Weimar, y llegó a la entrada privada de la estación, que había sido abierta a tal propósito. En circunstancias normales se reservaba para el uso exclusivo del gran duque de Sajonia-Weimar. Desde el momento de su llegada, nunca se vio a Elisabeth por la ciudad a pie. Sólo se desplazaba en carruaje, acompañada de un cochero y un lacayo sentados en el pescante.[18]

Uno de los primeros visitantes fue el conde Harry Kessler. Al llegar en agosto se quedó pasmado con que fuera a recogerle a la estación un sirviente con librea luciendo la pequeña corona de cinco puntas de la nobleza en sus botones dorados.[19] Kessler había ido a dar una conferencia sobre *Así habló Zaratustra*. El año anterior se había estrenado la pieza musical de Richard Strauss del mismo título, que causó sensación. Kessler propuso una edición de bibliófilo lujosa del *Zaratustra*. También quería acelerar la publicación de los poemas tardíos, así como de *Ecce homo*, que todavía no se había publicado. Elisabeth no se mostró receptiva. Además de eliminar fragmentos poco halagadores sobre ella misma en *Ecce homo*, le convenía ir haciendo públicos breves fragmentos del libro en sus artículos biográficos sobre su hermano. Eso mantenía su privilegiada posición como guarda de la entrada, la única que tenía acceso a la valiosa autobiografía: un arma muy potente que podía utilizar para silenciar a cualquiera que se atreviera a cuestionar (ecos del asunto Klingbeil) la autenticidad de lo que publicaba el Archivo. Retuvo el texto de *Ecce homo* durante once años más antes de permitir su publicación. E incluso entonces, sólo permitió que Kessler editara lo que se conoce como «edición del director de banco», una lujosa edición limitada diseñada por Van de Velde, impresa en tinta dorada y negra, por la que ella cobró 29.500 marcos.

En esa ocasión, la primera visita de Harry Kessler a Villa Silberblick, Elisabeth estaba más interesada en tratar de la organización de un funeral

apropiado para Nietzsche, que se encontraba en la planta de arriba, y no precisamente muerto. Ella ya había decidido que su hermano fuera enterrado en el terreno de Villa Silberblick, como Wagner había sido sepultado en Wahnfried, pero las autoridades de la ciudad se mostraban reacias. Harry Kessler pensaba que la península de Chastè en Sils-Maria sería un lugar más apropiado, pero la propuesta no fue recibida por Elisabeth con el menor entusiasmo. Sin embargo, sí le ofreció la dirección editorial del Archivo. Él no aceptó, pese al seductor encanto con el que le hizo la propuesta una Elisabeth de cincuenta y un años al joven Kessler, de veintinueve.

Elisabeth era claramente vienesa en su propensión a coquetear con jóvenes apuestos a los que doblaba la edad. El primer editor del Archivo, Fritz Kögel, fue despedido cuando se enamoró de una chica de edad más acorde con la suya y se prometieron. Elisabeth contrató entonces al joven Rudolf Steiner, que más tarde se sumaría al culto religioso de la teosofía de Madame Blavatsky antes de aliñar su propia ensalada de «ciencia espiritual», llamada antroposofía, basada en visiones que había tenido en su juventud. Además de para el trabajo editorial en el Archivo Nietzsche, Elisabeth utilizó a Steiner para que la instruyera sobre la filosofía de su hermano, pero fue un caso curioso en que un visionario rarito se vio incapaz de enseñar nada a la obstinada llama. Steiner renunció diciendo que ella era incapaz de aceptar la enseñanza o de comprender la filosofía de Nietzsche. Probablemente ambos reproches fueran ciertos.

La negativa de Kessler dejó el Archivo necesitado de un editor. Había llegado una avalancha de documentos desde Sils-Maria. Cuando Nietzsche se había ido de allí en lo que resultó ser su último viaje, su habitación en la casa de Gian Durisch contenía todo tipo de notas y apuntes. Le dijo a Durisch que todo aquello era basura, y que lo quemara. Durisch llegó a meterlo todo en un armario, pero antes de decidirse a quemarlo en una hoguera se presentaron peregrinos para recorrer las montañas de Zaratustra y tocar su roca. Se llevaban cualquier reliquia, aunque el texto escrito en ella rezara «Me he olvidado el paraguas» o especulara sobre los distintos significados del Cristo crucificado y Dioniso despedazado. Cuando llegó a oídos de Elisabeth, pidió que se mandara todo a Weimar, donde se sumó al ventisquero cada vez más alto del legado literario, el *Nachlass*.

Finalmente, Elisabeth tuvo que tragarse el orgullo y volver a contratar a Peter Gast como editor. Ciertamente, él era el único capaz de entender la letra de la última época de Nietzsche, y eso era vital para la ambición de Elisabeth de dar forma al caótico *Nachlass* en un libro de su propia creación y

publicarlo en nombre de Nietzsche. Planeaba titularlo *La voluntad de poder* y presentarlo como su obra magna, su transvaloración de todos los valores. No le cabía la menor duda de que, a partir de los mínimos fragmentos del *Nachlass*, podría crear el libro que, esporádicamente durante su último año de cordura, Nietzsche había mencionado que pensaba escribir, o que ya había escrito, o que ya no necesitaba escribir tras haber acabado *El Anticristo*.

Nietzsche nunca fue rico. Tenía la ahorrativa costumbre del pobre de utilizar los mismos cuadernos una y otra vez hasta que estaban llenos. A no ser que haya un deterioro visible en la letra, a menudo no hay ninguna pista en cuanto a la cronología ni la secuencia del pensamiento. A veces escribía el cuaderno de delante atrás, otras, de atrás adelante. Había páginas y fragmentos tachados o había reescrito encima. En las hojas se simultaneaban las ideas profundas con listas de la compra garabateadas.

Mientras Gast trabajaba sin parar en el *Nachlass*, Villa Silberblick se convirtió en un lugar de peregrinaje donde los textos, fotografías e incunables de Nietzsche eran exhibidos junto a velos de encaje enmarcados, artefactos del folclore paraguayo y un busto del pionero Dr. Förster, héroe de las nobles causas arias y de la colonización antisemita. Elisabeth celebraba un encuentro de salón los sábados y numerosas fiestas entre semana. Los visitantes se emocionaban, conscientes de que, encima de ellos, «separado sólo por unas vigas», como comentó uno de ellos, yacía el ídolo Nietzsche-Zaratustra. A los visitantes especiales se les permitía un vislumbre distante de la figura de la planta de arriba, que ahora siempre vestía la bata de manga larga de lino blanco que llegaba hasta el suelo extraída de la iconografía sagrada.

Al visitante impresionable no le costaba imaginarse a Nietzsche deificado, y empezaron a aparecer en imprenta descripciones semirreligiosas del filósofo. A menudo se centraban en los ojos. El príncipe sublime del intelecto tenía unos ojos con la capacidad mística de mirar más profundamente en el abismo del corazón humano y en lo más alto de los picos helados que cualquier otra persona viva. Los pobres ojos semiciegos de Nietzsche eran comparados con estrellas gemelas, esferas celestes e incluso galaxias. «Cuantos vieron a Nietzsche en este periodo —escribió Rudolf Steiner— mientras se recostaba en su bata blanca plisada, con la nobleza de su rostro enigmático e inquisitivo y el porte majestuoso y leonino de la cabeza del pensador, tenían la sensación de que ese hombre no podía morir, de que su mirada se posaría por toda la eternidad en la humanidad y en la totalidad del mundo de la apariencia con ese insondable júbilo.»[20] El arquitecto Fritz Schumacher, al que llamó Elisabeth para diseñar un monumento para su

hermano, afirmó: «Nadie que lo viera se creería que estaba mirando un cuerpo del que la mente hubiera huido. Uno tenía que creer que estaba mirando a un hombre que se había alzado sobre las nimiedades de la vida cotidiana».[21]

A Elisabeth le gustaba exhibirlo después de comer. A menudo lo organizaba de manera que pudiera entrevérsele a través de una cortina vaporosa, como a un espíritu en una sesión de espiritismo.[22] Pocos fueron tan lúcidos como Harry Kessler, que seguramente lo vio con más frecuencia dado que solía pasar la noche en Villa Silberblick cuando tenía asuntos que tratar con Elisabeth. Se sobresaltaba en la cama cuando Nietzsche dejaba escapar «largos y descarnados gemidos, y chillaba por la noche con todas sus fuerzas; luego todo volvía a sumirse en el silencio».[23]

Kessler no veía en Nietzsche a un enfermo ni a un profeta o ni siquiera a un loco, sólo un sobre vacío, un cadáver viviente. Las manos desnudas con sus venas afluentes verdes y violetas estaban hinchadas y cerosas, como las de un cuerpo muerto. El que dejaran que el bigote le creciera hasta taparle toda la boca y la barbilla era una forma deliberada de ocultar la caída en una idiocia vacua que una boca descontrolada revela. A diferencia de los peregrinos, Kessler no veía nada en los ojos de Nietzsche. Nada desquiciado, nada aterrador, nada espiritual. «Más bien describiría la mirada como leal y, al mismo tiempo, incapaz de entender, sumida en una búsqueda intelectual vana, como la que a menudo se ve en un perro noble y grande.»[24]

Nietzsche sufrió su primer derrame en el verano de 1898. El siguiente tuvo lugar un año después. En agosto de 1900 se resfrió y tuvo problemas respiratorios. Un testigo que prefirió guardar el anonimato, tal vez temeroso del largo alcance de las venganzas de Elisabeth, informó sobre el final de Nietzsche. La descripción suena como si la hubiera escrito una enfermera que había cuidado al paciente durante algunos años.

Ella o él escribieron que, tras su traslado a Weimar, Nietzsche fue incapaz de leer, de comprender o, de hecho, de hablar con coherencia, aunque no habían faltado las entrevistas al pobre desdichado. Los entrevistadores raramente veían a Nietzsche cara a cara. Todo el contacto era a través de Elisabeth, todos los informes pasaban por ella mientras Nietzsche yacía paralizado a un lado, impotente en lo que el testigo denominaba «su colchón tumba», rodeado por muebles amplios para impedir la huida del enfermo. Las funciones físicas resultaban difíciles, en buena medida porque cada vez que Nietzsche veía un objeto brillante, intentaba metérselo en la boca. Aparte de eso, era en general un paciente obediente y fácil de controlar. Su estado era desolador, sin esperanza, pero raramente sufría dolor físico.

Harry Kessler corrobora esa descripción, pero los boletines de Elisabeth contaban otra historia. Nietzsche estaba disfrutando con su autor favorito, que, aparentemente, era Guy de Maupassant. Según ella, Nietzsche conservó la facultad del habla hasta el final. «Con qué frecuencia me alababa por lo que yo estaba haciendo. Con qué frecuencia me consolaba cuando yo parecía triste. Su gratitud resultaba conmovedora. "¿Por qué lloras, Elisabeth? —decía—. Somos bastante felices".»[25]

Las dos versiones de su muerte también varían. Su lucha con la muerte fue dura pero no muy larga, escribe el anónimo testigo, que obviamente tenía experiencia en observar lechos de muerte, y que apunta que la impresionante constitución de Nietzsche, «que resultaba imponente incluso en el ataúd», tal vez habría prolongado la lucha si hubiera tenido la voluntad.[26]

Elisabeth relataba la defunción de una manera muy distinta. Un día, mientras estaba sentada ante él, se estaba formando una tremenda tormenta. La expresión entera de su hermano cambió y se desplomó, inconsciente, a causa de un derrame. (A Elisabeth le gustaban los derrames.) «Parecía que esta gran mente iba a perecer entre rayos y truenos, pero se recuperó por la noche e intentó hablar. […] Cuando le di un vaso de refresco eran alrededor de las dos de la madrugada y él apartó la pantalla de la lámpara para poder verme. […] Abriendo sus majestuosos ojos, miró en el interior de los míos por última vez y gritó exultante "¡Elisabeth!". De repente sacudió la cabeza, cerró los ojos voluntariamente y murió. […] Y así fue como pereció Zaratustra.»[27]

Murió el 25 de agosto de 1900.

Elisabeth llamó a Harry Kessler. Éste interrumpió su visita a la Exposition Universelle de París, donde el mundo saludaba la llegada del nuevo siglo iluminando la Torre Eiffel como celebración de la maravilla de la electricidad. Kessler llegó a Weimar para encontrarse con Nietzsche yaciendo en su ataúd en la sala del Archivo, rebosante de flores y palmeras en macetas.

La confección de una máscara mortuoria era llevada a cabo habitualmente por escultores. Elisabeth había pedido a Max Klinger y Ernst Geyger que acudieran y se encargaran, pero ambos estaban muy ocupados, así que la tarea tuvo que asumirla Harry Kessler. Se puso manos a la obra, utilizando a un joven aprendiz que había sido contratado para ayudar en la decoración funeraria. La cabeza había caído hacia un lado y tuvieron que levantarla un poco para enderezarla. Se sintieron aliviados cuando acabaron. Elisabeth

encargó copias de la máscara mortuoria y las repartió como *memento mori*. Pero no tardó mucho en creer que la máscara en cuestión no resultaba lo bastante impresionante. Se hizo una segunda versión mejorada que fue regalada también a algunos especialmente elegidos. La frente había sido realzada para que rivalizara con la de Sócrates, y el pelo de Nietzsche, que tenía cincuenta y cinco años al morir, se volvió más tupido para que recordara a los exuberantes mechones rizados de un joven Apolo.

Nietzsche había dejado dicho que quería que lo introdujeran en su tumba como un pagano decente. Como música, sólo quería sus arreglos del *Himno a la vida* de Lou. Ningún rito cristiano. Y, sobre todo, ningún sacerdote.

Un largo servicio cristiano se celebró alrededor del ataúd en el salón del Archivo. La música fue de Brahms y Palestrina. Un historiador del arte llamado Kurt Breysig pronunció un interminable elogio fúnebre de pedantería digna del Polonio de Hamlet. Alguien comentó que si Nietzsche lo hubiera oído, habría tirado a Breysig por la ventana y a los asistentes detrás de él.**[28]**

Al día siguiente, todo se trasladó a Röcken, donde el ataúd, decorado con una brillante cruz de plata, fue enterrado en medio de una hilera de tumbas de la familia, donde se encontraban su padre, su madre y su hermano bebé Joseph. Más tarde, Elisabeth cambió de opinión, como había hecho con la máscara mortuoria. Hizo que desplazaran el ataúd al extremo de la hilera. Cuando llegara el momento, ella quería pasarse la eternidad en el centro de todo.

Elisabeth heredó treinta y seis mil marcos de Nietzsche a la muerte de éste. El Archivo Nietzsche se formalizó legalmente y se nombró a Harry Kessler como uno de sus administradores. Asumió la dirección del Museo Gran Ducal de Artes y Oficios de Weimar y empezó a organizar la siguiente era cultural de Weimar como una *Gesamtkunstwerk* centrada alrededor de Nietzsche, del mismo modo que la primera edad dorada se había centrado alrededor de Goethe. Fue otra tentativa de cumplir el sueño que Nietzsche y Wagner habían compartido en el pasado: la creación de una identidad cultural alemana coherente que abarcara todas las artes en una visión unificada.

Kessler contrató a Henry van de Velde para que dirigiese la Escuela de Artes y Oficios de Weimar y transformase el interior de Villa Silberblick, que ya era conocida como *Das Nietzsche-Archiv*. Van de Velde era el brillante belga que abogaba por el estilo más nuevo, llamado *Jugendstil* en Alemania y *art nouveau* en Francia. Antes de que Kessler lo llevara a Weimar, había diseñado el interior de *La Maison de l’Art Nouveau* para el famoso marchante

de arte parisino Samuel Siegfried Bing, que creó el mercado para el nuevo estilo.

El énfasis del *Jugendstil* en las formas naturales y la artesanía sintonizaba con las ideas de Nietzsche sobre la potencia de la fuerza sublógica e irracional del mundo natural frente al de las máquinas. El káiser decía que las curvas onduladas de los interiores de Van de Velde lo mareaban, pero a Elisabeth le encantó la transformación del Archivo en un muy visitado icono del estilo modernista. La letra «N» de Nietzsche, trazada en las vigorosas líneas del *Jugendstil,* ornamentaba todo, desde los paneles de madera a las manijas de las puertas.

El núcleo de la *Gesamtkunstwerk* debían ser los textos publicados de Nietzsche. Kessler encargó a Van de Velde que diseñara un nuevo tipo de letra, limpio, para liberar las palabras elevadas de Nietzsche de la arcaica maraña de la tipografía gótica de la tradicional «minúscula gótica» alemana.

Mientras Van de Velde se hacía cargo de las artes decorativas, Kessler asumió las bellas artes. Conocía bien a los legendarios marchantes de arte parisinos Ambroise Vollard y Paul Durand-Ruel. Su galería de Weimar se convirtió en una avanzada de la vanguardia de París, exhibiendo impresionistas, postimpresionistas y expresionistas. Conocía personalmente a muchos de los artistas, entre ellos a Monet, Renoir, Degas, Bonnard, Redon y Vuillard, así como al escultor Maillol, al que deseaba encargar la creación de una gran estatua de un hombre desnudo que simbolizara el *Übermensch* como parte de un plan de 1911 para un gran monumento a Nietzsche. El comité propuesto para ese monumento es una muestra de la amplitud de la difusión del interés hacia Nietzsche a principios del siglo XX. Además de a Maillol, incluía a George Bernard Shaw, George Moore, W. B. Yates, Gilbert Murray, William Rothenstein, Harley Granville-Barker, Eric Gill, Auguste Rodin, Maurice Denis, Anatole France, Henri Bergson, Charles Maurras y Maurice Barrès. El plan se vino abajo al estallar la Primera Guerra Mundial.

Edvard Munch fue convocado a Weimar para que pintara un «retrato de ideas» póstumo de Nietzsche en 1906. El tamaño del lienzo a menudo reflejaba la opinión de Munch sobre el tema y su «retrato de ideas» de Nietzsche es uno de los más grandes. Como la figura de *El grito,* Nietzsche aparece delante de una barandilla que recorre en diagonal el cuadro, hacia el infinito.**[29]** Mientras que la barandilla de *El grito* va desde la parte inferior derecha a la superior izquierda, la de Nietzsche se despliega desde la zona inferior izquierda a la superior derecha, una interesante declaración de cómo veía Munch el diferente viaje mental de cada figura. La gigantesca presencia

de Nietzsche empequeñece una diminuta iglesia que aparece en el paisaje. Munch, como Nietzsche, había estado inicialmente destinado al sacerdocio por su propia familia hiperreligiosa, y, como Nietzsche, había optado por un sendero muy distinto.

Elisabeth y Munch no se llevaron bien. No obstante, ella quiso que le pintara su propio retrato. Munch eligió un lienzo de extrañas proporciones, le alborotó el vestido con volantes y le dio el rostro endurecido e implacable de un verdugo.[30]

En la cima de su verde colina, Elisabeth creía que por fin había alcanzado la misma posición que Cosima. Cosima murió en 1930 y Elisabeth en 1935, y a esas alturas su periodo a cargo de la obra creada por Nietzsche doblaba los dieciséis años transcurridos entre la publicación por el propio autor de su primer libro, *El nacimiento de la tragedia*, y la escritura del último, *Ecce homo*. Durante todos esos años, Elisabeth fue la araña en el centro del Archivo Nietzsche, tejiendo las palabras de su hermano en su propia tela e hinchando su propia reputación al presentarlo como el profeta místico que daba voz a las convicciones de la propia Elisabeth.

Elisabeth nunca había comprendido el terremoto conceptual que subyacía en la base del pensamiento de su hermano. Tampoco había comprendido el rechazo de éste de todos los sistemas y filosofías que reducían el mundo a un único sistema. La revolucionaria oposición a las certidumbres que lo llevó a describirse como el filósofo del «quizás» escapaba a la capacidad de comprensión de Elisabeth. Ella no dio importancia al concepto que tenía Nietzsche de sí mismo como bromista, como filósofo que prefería ser considerado bufón antes que santo. Hizo caso omiso a su idea de que la verdad no sólo no tenía una única definición, sino que podía examinarse fructíferamente como una cuestión de perspectivas. Desoyó su idea de que no existía una eterna araña de la razón, sino meramente accidentes en la pista de baile de la vida, y que la existencia no por ello carecía todavía más de sentido. Con el control absoluto de sus obras, Elisabeth ni siquiera entendió el propósito que impulsaba a su principal exploración intelectual: cómo encontrar valor y sentido en un universo incierto en el que no existían ni lo ideal ni lo divino.

En 1901, sólo un año después de la muerte de Nietzsche, Elisabeth publicó *Der Wille zur Macht* (*La voluntad de poder*) como volumen XV de sus obras completas. Consistía en una recopilación de 483 aforismos seleccionados del *Nachlass*, las notas y borradores que Nietzsche nunca había pretendido que fueran leídos por nadie ni, menos aún, publicados. Nietzsche

fue siempre obsesivamente escrupuloso con lo que al final acababa publicando, como se ve en su correspondencia con Gast y sus editores. Lo que Elisabeth sacó a la luz pública en *La voluntad de poder* no representaba sus opiniones finales sobre nada. Cuando volvió a editarse, en 1906, Elisabeth había triplicado el tamaño del volumen: los 483 aforismos se habían hinchado hasta convertirse en 1.067. Elisabeth se regodeaba en su control editorial póstumo.

La imagen era un elemento importante de la leyenda de Nietzsche, y Elisabeth encargó esculturas de un hombre fornido, cuadros radiantes y fotografías iluminadas con intención. Nietzsche fue incluso representado como un Cristo con una corona de espinas. Gestionando su producción literaria, publicó libros, artículos y fragmentos escogidos de sus textos. Sin nadie que contradijera su versión de los hechos, escribió un imaginativo segundo volumen de la biografía —titulado «El Nietzsche solitario»—, publicó una poco fiable versión de la correspondencia *Nietzsche-Wagner* y un libro sobre «Nietzsche y las mujeres» que manifestaba su rencor todavía vivo hacia Lou. Tras su versión ampliada de *La voluntad de poder*, Elisabeth fue candidata para el premio Nobel de Literatura en 1908. Sería candidata tres veces más por los textos sobre su hermano.[31] La Universidad de Jena le concedió un doctorado honorario, tras lo cual su firma adoptó su forma definitiva: «Frau Dra. Fil. H. C. Elisabeth Förster-Nietzsche».

Durante los años que antecedieron a la Primera Guerra Mundial, mientras Harry Kessler todavía ejerció cierto poder, el interés por el Archivo era cosmopolita e intelectual. Atraía más críticos, escritores creativos y artistas que filósofos. Entre los nietzscheanos confesos se contaban Hugo von Hofmannsthal, Stefan George, Richard Dehmel, Richard Strauss, Thomas Mann, Heinrich Mann, Martin Buber, Carl Gustav Jung, Hermann Hesse, Paul Heyse, Rainer Maria Rilke, Max Brod, Albert Schweitzer, los bailarines Vaslav Nijinsky e Isadora Duncan y el aviador Graf Zeppelin. Otros tempranos devotos incluían a George Bernard Shaw y W. B. Yates, H. G. Wells, James Joyce, Wyndham Lewis, Herbert Read y T. S. Eliot. H. L. Mencken fue seguramente el primero de sus entusiastas lectores norteamericanos, seguido de Theodore Dreiser, Eugene O’Neill, Ezra Pound y Jack London. En Francia, Hippolyte Taine, Jean Bourdeau, André Gide, Paul Valéry, Alfred Jarry y Eugène de Roberty. En Italia, Gabriele D’Annunzio y Benito Mussolini.

Eso de por sí habría dejado pasmado a Nietzsche, que había manifestado con tanta frecuencia su horror a la idea de tener discípulos, pero más si cabe le habría horrorizado el tenor político que adquirió el culto a Nietzsche. La cercanía de la Primera Guerra Mundial impulsó una versión belicosa de nietzscheanismo que interpretaba la voluntad de poder como un concepción moral que sancionaba la violencia y la crueldad, el *Übermensch* como el mayor salvaje, la bestia rubia como un acicate para un programa de reproducción racial. Los artículos periodísticos de Elisabeth alentaban esas interpretaciones retorcidas, describiendo con entusiasmo a su hermano como un partidario de la guerra.

Se imprimieron ciento cincuenta mil ejemplares de *Zaratustra* en una edición especial de bolsillo para los soldados alemanes en la Primera Guerra Mundial, para que se lo llevaran al campo de batalla junto con el *Fausto* de Goethe y el Nuevo Testamento. Uno se pregunta para qué usarían esos libros, del mismo modo que se pregunta qué habría pensado Nietzsche, tan hostil siempre al militarismo pangermano, de ese hecho.

«Si pudiéramos disuadirlos de librar guerras, tanto mejor —había escrito en uno de sus últimos cuadernos—. Yo sabría encontrar un mejor uso para los doce mil millones que le cuesta cada año a Europa mantener su paz armada; hay otros medios de honrar la fisiología que con hospitales militares. […] Tomar a una selecta cosecha de juventud, energía y poder y colocarla delante de los cañones, eso sí es una *locura*.»**[32]**

La primera figura política importante que se dio cuenta de que la filosofía de Nietzsche podía adaptarse a sus propias ideas de nacionalismo y uso de la violencia fue Mussolini. De joven, mucho antes de su ascenso al poder, había formado parte de la generación que había encontrado motivos para la esperanza en Nietzsche.**[33]** En 1931, cuando el Archivo se había llenado de nazis y Mussolini se había convertido en el dictador fascista de Italia y era muy cercano a Hitler, mandó un telegrama a Elisabeth felicitándola por su ochenta y cinco cumpleaños. Ella admiraba inmensamente a Mussolini, y se propuso convencer al Teatro Nacional de Weimar para que pusiera en escena una obra coescrita por él titulada *Campo di Maggio*.**[34]** Cuando se estrenó en febrero de 1932, Hitler se presentó en el teatro con guardias de asalto y regaló un gran ramo de rosas rojas a Elisabeth. Volvieron a encontrarse un año más tarde, en una representación de *Tristán* celebrando el quincuagésimo aniversario de la muerte de Wagner. A esas alturas, Hitler era ya canciller de Alemania.

«Estamos embriagados de entusiasmo porque a la cabeza de nuestro gobierno está una personalidad tan maravillosa, ciertamente excepcional, como nuestro portentoso canciller Adolf Hitler —exclamaba entusiasmada Elisabeth—. *Ein Volk, Ein Riech, Ein Führer*.»[35]

El largo deslizamiento del Archivo Nietzsche a la esfera nazi había empezado en el periodo de entreguerras de la República de Weimar (1918-1933), cuando Alemania se enfangaba en el resentimiento por su humillante derrota en la Primera Guerra Mundial y sufría la desastrosa crisis de la Gran Depresión, con hiperinflación y seis millones de parados, y el consiguiente ascenso de los extremos políticos del comunismo y el nacionalsocialismo.

Durante la República de Weimar, el Archivo estuvo en el centro mismo de la política ya que Elisabeth acogió con los brazos abiertos a los nacionalsocialistas (nazis), cuyo nacionalismo agresivo y antisemitismo sintonizaba con los suyos. Nombró a su primo Max Oehler jefe del Archivo. Oehler era un soldado profesional que había vuelto de la Primera Guerra Mundial dolido por la derrota de Alemania y se había unido al partido Nacional Socialista. Ocuparía ese cargo en el Archivo hasta la caída de Hitler.

Elisabeth y Oehler llenarían el Archivo de nacionalsocialistas que redactarían la filosofía de su partido escudándose en el nombre de Nietzsche. Villa Silberblick se convirtió en la guarida de las tarántulas vengativas que Nietzsche había previsto y contra las que había advertido:

«Amigos míos, no quiero que se me mezcle ni se me confunda con otros. Hay quienes predican mi doctrina de la vida, y al mismo tiempo son […] tarántulas […] “Que el mundo se llene de las tormentas de nuestra venganza, precisamente eso será considerado justicia”, así hablaban entre sí. […] Parecen inspirados, pero no es el corazón lo que los inspira sino la venganza. Y cuando son refinados y fríos, no los mueve el espíritu sino la envidia. Sus celos incluso los llevan por el sendero de los pensadores; y ésa es la señal de su envidia. […] En cada una de sus quejas resuena la venganza, en cada uno de sus elogios late el agravio, y ser juez es para ellos la mayor dicha. Por eso yo os aconsejo, amigos míos: ¡desconfiad de quienes tienen la tendencia incontrolable a castigar! Es gente mala y de orígenes peores; en sus rostros son visibles el verdugo y el sabueso…»[36]

Los tarántulas, todos hombres de alta alcurnia, fueron nombrados editores o miembros del comité del Archivo. Entre ellos estaban Carl August Emge, profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Jena, futuro ministro

nazi del gobierno de Turingia y un importante signatario de la declaración de trescientos profesores universitarios apoyando la marcha de Hitler de 1933. Otro editor era el filósofo Oswald Spengler, cuya influencia más venenosa en la manipulación de las ideas de Nietzsche fue su creencia en el darwinismo social: la corrupción de la teoría de la evolución de Darwin de la selección a través del conflicto y la supervivencia de los más aptos traducida a la supremacía racial alemana, que justificaría la eugenesia y, con el tiempo, la Solución Final. Los términos *Übermensch* y «moral del amo» eran regalos para Spengler. Harry Kessler hervía de rabia y desprecio ante la presencia absolutamente mediocre de Spengler en el Archivo y su interminable chorreo de trivialidades y eslóganes trillados.

Alfred Bäumler, profesor de Filosofía en las universidades de Dresde y Berlín, preparó los textos de Nietzsche para las nuevas ediciones, entre ellos otra nueva versión de *La voluntad de poder* que una vez más pretendía trasmitir la impresión de que el texto había sido escrito tal cual por el propio Nietzsche. Bäumler dirigió la división de ciencia e investigación del departamento de Alfred Rosenberg para la Supervisión de toda la Educación Intelectual e Ideológica,**[37]** que publicaba libros escolares para los estudiantes en los que se enseñaban las teorías de la raza y la sangre como hechos. Bäumler ha sido descrito como la persona individual con mayor responsabilidad en el establecimiento del vínculo entre Nietzsche y Hitler.**[38]**

Bäumler supervisó la aciaga noche de quema de libros en Berlín. Pocos días antes, el filósofo Martin Heidegger se había unido al partido Nazi en una ceremonia pública repleta de esvásticas. A partir de ahí, se presentó en los estrados apoyando la nazificación de las universidades y pidiendo más quemas de libros por todo el país.**[39]** Heidegger se unió a Bäumler como editor en el Archivo, donde asumieron la extraordinaria convicción de que las obras publicadas de Nietzsche apenas importaban porque su verdadera filosofía residía en el *Nachlass*, el legado literario que Elisabeth ya había manipulado para sus propios fines. La elevación del *Nachlass* a la categoría de Escritura Sagrada fue la clave que permitió que los filósofos y editores del archivo cortaran y pegaran los fragmentos inconexos y los reorganizaran para que se ajustaran a sus propias ideas.

Harry Kessler lo observaba todo consternado: «Dentro del Archivo, todos, desde el portero al director, son nazis […] Hacen que te entren ganas de llorar […] a través de la puerta abierta veía el sofá donde se sentaba Nietzsche, como un águila enferma, la última vez que lo vi. […] Misteriosa, incomprensible Alemania».**[40]**

Kessler se exilió abandonando su querida Alemania y a su amado filósofo, cuya afirmativa danza dionisíaca de la vida estaba siendo transformada en una *danse macabre* por los nuevos amos de Alemania.

Tras su primer encuentro con Elisabeth, Hitler acudió a visitarla al archivo el 2 de noviembre de 1933. Ya canciller de Alemania, se presentó con toda su escolta, llevando su habitual fusta. Permaneció en el Archivo durante una hora y media. Cuando salió, la fusta había desaparecido. En su lugar aferraba el bastón de Nietzsche, que le había regalado Elisabeth.[41] Le había dado también una copia del texto de 1880 contra los judíos que Bernhard Förster había enviado a Bismarck. Hitler mandó un paquete con tierra alemana a Paraguay para que se esparciera sobre la tumba de Förster.

Hitler estaba obsesionado con la idea de sí mismo como líder-filósofo. Le encantaba mencionar grandes nombres. Es imposible demostrar si Hitler llegó a estudiar a Nietzsche. La creencia general es que no. Entre los libros que se sabe que formaban parte de su biblioteca durante el periodo que pasó en prisión en 1924, cuando escribió *Mein Kampf*, no se contaba ninguna obra de Nietzsche.[42] Por descontado, es posible que formaran parte de su colección de libros del periodo y se hayan perdido, pero su biblioteca posterior no conserva ejemplares usados. La famosa película de 1934 sobre la Concentración de Núremberg recibió intencionadamente el título nietzscheano de *El triunfo de la voluntad*, pero cuando la directora Leni Riefenstahl le preguntó a Hitler si le gustaba leer a Nietzsche, éste le contestó: «No, Nietzsche no me dice gran cosa […] él no es mi guía».[43]

Las ideas complejas contenidas en sus libros no le servían de nada, pero a los eslóganes y títulos simples como el *Übermensch*, la «voluntad de poder», «la moral del amo», la «bestia rubia» y «más allá del bien y del mal» podía dárseles el uso que se quisiera. El pianista de Hitler, Ernst Hanfstaengl, que lo acompañó en al menos una visita al Archivo Nietzsche, describió sombría pero acertadamente a su Führer como un camarero con genio que tomaba lo que necesitara para echarlo al combinado de su venenoso cóctel genocida.[44] Nietzsche distaba de ser el único filósofo desvirtuado en ese sentido. Citas cuidadosamente seleccionadas de Kant y otros sirvieron de apoyo al antisemitismo, el nacionalismo y el excepcionalismo de la raza superior alemana. Como comentaba Hanfstaengl: «El giro a la guillotina que Robespierre había dado a las enseñanzas de Jean-Jacques Rousseau lo repitieron Hitler y la Gestapo con su simplificación política de las contradictorias teorías de Nietzsche».[45]

Pero incluso mientras los propagandistas y creadores de eslóganes del Archivo usurpaban las palabras y el significado de Nietzsche, entre los propios nazis había quienes se percataban del absurdo de que su partido se apropiara de Nietzsche. Ernst Krieck, un destacado ideólogo nazi, comentaba con sarcasmo que, si no fuera por el detalle de que Nietzsche no era socialista ni nacionalista y además se oponía al pensamiento racial, podría haber sido un pensador nacionalsocialista de primera.[46]

En 1934, Hitler visitó Villa Silberblick, llevando a Albert Speer, el arquitecto a quien encargó diseñar la arquitectura triunfalista que se impondría en el mundo con la victoria del Tercer Reich. Para alegría de Elisabeth, Speer iba a diseñar un Memorial Nietzsche. Mussolini contribuyó mandando una descomunal y desproporcionada estatua griega de Dioniso.

Elisabeth se acercaba a los noventa años. Pasaba gran parte del tiempo en la cama, mientras le leían *Mein Kampf* en voz alta. Nueve días antes de morir, escribió sobre Hitler: «Si se lo conoce tan bien como yo lo conozco, uno no puede más que amar a este gran, espléndido hombre».[47]

La muerte fue amable con Elisabeth. Cogió la gripe y murió unos días más tarde, en paz y sin sufrir, el 8 de noviembre de 1935.

Elisabeth murió como había vivido, sin que la asaltaran dudas ni inseguridades. Nunca le había costado convencerse a sí misma de lo que quería creer y murió dichosa, persuadida de que era la persona a la que más había amado su hermano. También creía sinceramente que había sido gracias a su propia y magnánima intervención como se había asegurado la inmortalidad de Nietzsche. Fue ella, no su hermano, la que había erigido el archivo. Fue ella, no su hermano, la que había sido candidata al Premio Nobel. Fue ella, no su hermano, la que había recibido un doctorado honorario de la antigua Universidad de Jena. Fue ella, no su hermano, la que había conseguido las ingentes ventas de sus libros. Fue ella, no su hermano, la que disfrutaba de la amistad de los hombres más importantes del país, como el canciller de Alemania en persona.

Hitler se sentó en primera fila del salón del Archivo mientras Elisabeth yacía en la capilla ardiente. Colocó una corona ostentosamente grande y escuchó con seriedad los disparatados elogios que alababan a Elisabeth como cosacerdotisa de la Alemania Eterna (la otra sacerdotisa sería Cosima Wagner). Cómo le habría complacido oírlo a Elisabeth. Hitler no solía dejarse fotografiar con semblante triste, pero en esa ocasión sí lo permitió.

«Me asusta —había escrito Nietzsche— la idea de qué personas incompetentes e ineptas puedan invocar mi autoridad algún día. Pero ése es el tormento de todo gran maestro de la humanidad: sabe que, dadas las circunstancias y los accidentes, *puede* acabar convertido tanto en una desgracia como en una bendición para la humanidad.»[48]

Servir de referente de teorías políticas nunca había sido el propósito de Nietzsche. La ironía de su apropiación es que a él sólo le interesó siempre el hombre en cuanto individuo, más que como animal de rebaño, ya fuera el rebaño político o religioso.

Nietzsche describía al hombre como «el animal enfermo» porque está provisto de todo y aún así vive infectado por una inagotable necesidad de metafísica que nunca puede saciarse. En una tentativa de satisfacer esa necesidad eterna e indestructible, muchos de sus contemporáneos se volvieron hacia la ciencia y el darwinismo, pero, como señaló Nietzsche, el sentido de la ciencia no es religioso, y la evolución dista de ser una vía moral. El «bien» y el «mal» evolutivos equivalen tan sólo a «más útil» y «menos útil», y eso nada tiene que ver con la ética ni la moral.

La afirmación de Nietzsche «Dios ha muerto» había enunciado lo indecible en una época reacia a ir tan lejos como para reconocer lo obvio: que sin la creencia en lo divino ya no había ninguna autoridad moral que legitimara las leyes que habían perdurado a lo largo de la civilización erigida durante los anteriores dos mil años.

¿Qué sucede cuando el hombre anula el código moral sobre el que ha levantado el edificio de su civilización? ¿Qué significa ser humano sin las cadenas de un propósito metafísico central? ¿Se produce un vacío de sentido? De ser así, ¿qué llenará ese vacío? Si la vida por venir queda abolida, el significado último reside en el aquí y ahora. Con la potestad para vivir sin religión, el hombre debe asumir la responsabilidad de sus propios actos. Y aún así, Nietzsche veía que sus contemporáneos seguían sintiéndose cómodos viviendo en un relajado apaño, negándose a examinar su propia falsedad: negándose a blandir el martillo contra los ídolos para comprobar si todavía resonaban verdaderos.

Sigue siendo un desafío absolutamente moderno. Tal vez parte del duradero atractivo de Nietzsche radique en su renuncia a ofrecernos una respuesta. Se supone que nosotros debemos encontrar el sentido y la respuesta, si es que existe, por nuestra cuenta: ése es el verdadero logro del *Übermensch*.

Uno podría rechazar la ciencia como fe, podría rechazar la propia fe religiosa, pero conservar, pese a todo, valores morales. Para ello, el hombre debe, en primer lugar, convertirse en sí mismo. En segundo lugar, *amor fati*; debe aceptar lo que la vida le depara, evitando los callejones sin salida del autodesprecio y el *ressentiment*. Entonces, por último, el hombre puede superar sus propias limitaciones y encontrar la verdadera realización como *Übermensch*, el hombre en paz consigo mismo, que halla la alegría en su simple existencia terrenal, regocijándose en el absoluto esplendor de la existencia, satisfecho con la finitud de su condición de mortal.

Trágicamente para Nietzsche, la necesidad de superarnos a nosotros mismos se distorsionó de manera tan clamorosa en la necesidad de superar e imponerse a otros que ha tendido a eclipsar su pertinencia para plantear las preguntas eternas de un modo tan tremendamente provocativo. De manera similar, su dedicación a examinar cada faceta de la verdad y no recomendar jamás una respuesta más allá de «quizás…» ha abierto un potencial infinito para la interpretación.

Si usted visita hoy en día Villa Silberblick, encontrará que los árboles han crecido en el jardín, ocultando la majestuosa vista que dio nombre a la villa. Pero si pasea más allá de los árboles y llega al campo que se extiende junto al jardín, puede disfrutar de la panorámica que en el pasado era visible desde el balcón de Nietzsche. Mientras su mirada vaga por la cautivadora recreación de la perfección clásica de la Ilustración que diseñó Goethe, se regocijará maravillándose ante la capacidad humana para utilizar los materiales más sencillos de la naturaleza, la tierra y la piedra, el agua y las plantas, y darles forma en una visión simbólica de la perfectibilidad del planeta gracias a sus excelsos ideales. Se nos ofrece una visión de la trascendencia que se extiende a lo largo de más de quince esplendorosos kilómetros antes de que, finalmente, los preciosos riachuelos y los prados salpicados de ovejas desaparezcan en los montículos oscuros del bosque de Ettersberg, y ahí un nuevo hito se alza recortándose contra los árboles en el horizonte: la alta chimenea ennegrecida por el humo del crematorio del campo de concentración de Buchenwald.

Del mismo modo que la torva chimenea se cierne sobre el paisaje cuyo propósito era ilustrar las aspiraciones culturales más elevadas del hombre, las declaraciones proféticas de Nietzsche también quedan ensombrecidas por atroces connotaciones.

«Conozco mi suerte —había escrito—. Alguna vez irá unido a mi nombre

el recuerdo de algo gigantesco: de una crisis como jamás la había habido en la tierra, de la más profunda colisión de conciencia, de una decisión tomada, mediante un conjuro, *contra* todo lo que hasta ese momento se había creído, exigido, santificado. Yo no soy un hombre, soy dinamita.»[49]

Ante esa profecía, el alma se les cae a los pies a aquellos cuyos corazones están moldeados por la historia. Pero sólo en nuestra imaginación, oscurecida por la larga sombra de la mirada retrospectiva, es ése el grito de un hombre que quería desencadenar el mal sobre el mundo. Más bien, suena como la llamada triunfal del que ha volado un túnel a través de la densa indiferencia de su propia época ante las consecuencias de la muerte de Dios, abriendo el camino para que los audaces argonautas del espíritu alcancen nuevos mundos.

Agradecimientos

Han sido muchas las personas que me han ayudado de diferentes formas en el curso del viaje de cuatro años que ha requerido la escritura de este libro. Estoy en deuda con aquellos que he conocido, y con los que no. Con los estudiosos de Nietzsche, muertos y vivos, que han esclarecido y traducido los textos, en algunos casos depurando tardías ediciones creativas para recuperar el texto original de Nietzsche, desenmarañando lo verdadero de lo falso en el Nachlass, su legado literario.

Mi agradecimiento a mis editores en el Reino Unido y Estados Unidos, Mitzi Angel y Tim Duggan, por proponer nuevas ideas. A Nigel Warburton, que ha mostrado una generosidad inmensa y ha blandido su martillo con palpables repercusiones al supervisar la filosofía.

En Suiza y Alemania, mi agradecimiento a Erdmann von Wilamowitz-Moellendorff de la Herzogin Anna Amalia Bibliothek de Weimar, Tanja Fehling de Klassik-stiftung.de, al profesor Peter André Block y al doctor Peter Villwock de la Nietzsche-Haus en Sils-Maria, y a Katya Fleischer del Richard Wagner Museum en Tribschen.

En el Reino Unido, mi agradecimiento a Felicity Bryan, Michele Topham y todo el equipo de Felicity Bryan Associates. En Faber, quiero mencionar específicamente a Laura Hassan, Emmie Francis, Donna Payne, Anne Owen, Anna Davidson, John Grindrod y Sophie Portas. Gracias a Eleanor Rees por la corrección y a Rachel Thorne por encargarse de los permisos. Gracias igualmente a Louise Duffett (pariente de Harry Kessler) y al Departamento de Clásicas de la Godolphin School de Londres. Gracias a Roger Lomax por echar un vistazo a las dificultades que planteaban las monedas del siglo XIX, y a Laura Sanderson por su hilarante sesión sobre aforismos. Mi agradecimiento, también, al equipo de Andrew Nurnberg y, como siempre, al omnisciente personal de la London Library.

En Estados Unidos, además de a Tim Duggan, quiero agradecer a George Lucas, William Wolfslau y a Hilary McClellen la verificación de datos.

Mi gratitud a Gillian Malpass, Christopher Sinclair-Stevenson y al difunto Tom Rosenthal, quienes me dieron su ánimo y apoyo desde el principio; a Antony Beevor, Artemis Cooper, Lucy Hughes-Hallett y Sarah Bakewell, por

sus fructíferas conversaciones; y a mi familia, por su tacto, críticas, investigaciones y por tolerar al fantasma que rondaba por nuestra casa.

Aforismos

> Los peores lectores son quienes se comportan como soldados entregados al saqueo: se llevan cuanto puede serles útil, ensucian y revuelven el resto, y ultrajan todo.
>
> *Humano, demasiado humano*,
> libro II, sección 137

Llevamos más de cien años reconociéndonos en los aforismos de Nietzsche. A continuación sigue una selección personal de algunos que parecen tener una fuerte resonancia contemporánea. A menudo se contradicen entre sí, recordándonos lo mucho que le gustaba provocar a Nietzsche, que se llamaba a sí mismo el filósofo del «quizás». Su concisión, combinada con la facilidad para que el lector interprete su sentido como quiera (de forma bastante similar a las letras de Bob Dylan), implica que muchas de las máximas se hayan propagado en la cultura popular. Dado que sus ideas pasan al *zeitgeist* a través de una amplia variedad de diferentes traducciones, la fuente de sus escritos se da en la sección siguiente, pero el texto está extraído eclécticamente de las versiones más populares.

EL ABISMO

El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre, una cuerda sobre el abismo.
Así habló Zaratustra, «Prólogo de Zaratustra», primera parte, sección 4

El que lucha con monstruos debería cuidarse de no acabar convertido también en un monstruo. Si mira largo tiempo al abismo, el abismo le devolverá la mirada a su interior.
Más allá del bien y del mal, «Sentencias e interludios», 146

ABURRIMIENTO

Ni siquiera los dioses pueden escapar al aburrimiento.
El Anticristo, sección 48

¿No es la vida cien veces demasiado breve para aburrirse?

Más allá del bien y del mal, «Nuestras virtudes», sección 227

El fin de todas las disposiciones humanas es dejar de ser consciente de la vida distrayendo sus pensamientos.
Consideraciones intempestivas, «Schopenhauer como educador», sección 4

La premura es universal porque todo el mundo está huyendo de sí mismo.
Consideraciones intempestivas, «Schopenhauer como educador», sección 5

ARTE

El arte es la tarea suprema, la actividad genuinamente metafísica en esta vida.
El nacimiento de la tragedia, prólogo a «Richard Wagner»

BIGOTES

El hombre más pacífico y conciliador, si tiene un gran bigote, puede descansar tranquilamente a la sombra de su gran mostacho. Como accesoria al gran bigote, causará la impresión de ser militar, irascible y a veces hasta violento, y será tratado en consecuencia.
Aurora, libro IV, sección 381

CRISTIANISMO

El cristianismo es una hipocondría romántica para quienes no tienen bien plantados los pies en el suelo.
Cuaderno 10, otoño de 1877, 127

El Reino de los Cielos es una enfermedad del corazón, no algo que se abate «sobre la tierra» ni llega «después de la muerte».
El Anticristo, sección 34

La propia palabra *cristianismo* es un malentendido. En verdad, sólo hubo un cristiano y ése murió en la cruz.
El Anticristo, sección 39

Versículo 14 de san Lucas 18 mejorado: El que se humilla desea ser exaltado.
Humano, demasiado humano, «Sobre la historia de los sentimientos morales», sección 87

DIOS

Dios ha muerto, pero, dada la manera de ser de los hombres, es posible que siga habiendo cavernas durante miles de años en las que se mostrará su sombra. Y nosotros todavía tenemos que vencer también su sombra.
La gaya ciencia, libro III, sección 108

¡Dios ha muerto! ¡Dios sigue muerto! Y nosotros lo hemos matado. ¿Cómo nos consolaremos, nosotros, asesinos entre los asesinos? Lo más sagrado y poderoso de todo lo que el mundo ha poseído hasta

ahora se ha desangrado hasta morir bajo nuestros cuchillos: ¿quién nos limpiará esta sangre? ¿Qué agua hay para que nos lavemos? ¿Qué celebraciones de expiación, qué juegos sagrados tendremos que inventar? ¿No es la grandeza de este hecho demasiado colosal para nosotros? ¿No deberíamos convertirnos nosotros mismos en dioses simplemente para parecer dignos de ello?

La gaya ciencia, libro III, sección 125

¿Es el hombre un error de Dios? ¿O Dios sólo un error del hombre?

Crepúsculo de los ídolos, «Sentencias y flechas», sección 7

ESCLAVOS DEL TRABAJO

Trabajo excesivo, curiosidad y compasión: nuestros vicios modernos.

Cuaderno 9, otoño de 1887, sección 141

La desgracia de los hombres activos es que su actividad es casi siempre un poco irracional. No cabe, por ejemplo, preguntarse ante el banquero que amasa dinero por el fin de su incesante actividad: es irracional. Los hombres activos ruedan como la piedra, conforme a la estupidez de la mecánica.

Humano, demasiado humano, «Indicios de cultura superior e inferior», sección 283

Como en todas las épocas, así también hoy los hombres se dividen en dos categorías: esclavos y libres. Quien no dispone para sí de dos tercios de su día es un esclavo, sea por lo demás lo que quiera, político, comerciante, funcionario, erudito.

Humano, demasiado humano, «Indicios de cultura superior e inferior», sección 283

ESCRITORES

Hay algo cómico en la imagen de esos escritores que disfrutan arreglando los pliegues crujientes de sus largas y envolventes frases: están intentando ocultar los pies.

La gaya ciencia, libro IV, sección 282

Sólo aquellos con pulmones muy grandes tienen derecho a escribir frases largas.

Normas de escritura redactadas para Lou Salomé

Pensamientos en un poema. El poeta presenta sus pensamientos alegremente, en el carro del ritmo: habitualmente porque no podría ir a pie.

Humano, demasiado humano, «Acerca del alma de artistas y escritores», sección 189

Si es verdad que los bosques ralean, ¿llegará el momento en que las bibliotecas deberán utilizarse como leña? Dado que la mayoría de los libros nacieron del humo y el vapor del cerebro, tal vez deberían volver a ese estado. Si no arde un fuego en su interior, el fuego debería castigarlos por ello.

Consideraciones intempestivas, «Schopenhauer como educador», sección 4

Yo soy el primer alemán que ha dominado el aforismo, y los aforismos son una forma de eternidad. Es mi ambición decir en diez frases lo que todos los demás dicen en un libro, lo que todos los demás *no* dicen en un libro.

Crepúsculo de los ídolos, «Incursiones de un intempestivo», sección 51

EL ESTADO

El Estado quiere que los hombres lo idolatren igual que solían idolatrar a la Iglesia.
Consideraciones intempestivas, «Schopenhauer como educador», sección 4

Cuanto el Estado dice es mentira, y cuanto tiene es porque lo ha robado.
Así habló Zaratustra, primera parte, «Del nuevo ídolo»

Estado es el nombre que se da al más frío de todos los monstruos fríos. El Estado miente con toda frialdad, y de su boca sale esta mentira: «Yo, el Estado, soy el pueblo».
Así habló Zaratustra, primera parte I, «Del nuevo ídolo»

EXASPERADO POR SU FAMILIA

Con quien menos emparentado se está es con los propios padres; estar emparentado con ellos constituiría el signo extremo de la vulgaridad.
Ecce Homo, «Por qué soy tan sabio», sección 3

FAMA

Se paga cara la inmortalidad: por su causa se muere varias veces durante la vida.
Ecce homo, «Así habló Zaratustra», sección 5

Yo no soy un hombre, soy dinamita.
Ecce homo, «Por qué soy un destino», sección 1

FILOSOFÍA

Para vivir sólo hay que ser un animal o un dios, dice Aristóteles. Falta el tercer caso: hay que ser ambas cosas, un filósofo…
Crepúsculo de los ídolos, «Sentencias y flechas», sección 3

Platón es aburrido.
Crepúsculo de los ídolos, «Lo que debo a los antiguos», sección 2

No existiría en modo alguno una filosofía platónica si en Atenas no hubiera habido jóvenes tan bellos… La filosofía a la manera de Platón habría que definirla más bien como una competición erótica.
Crepúsculo de los ídolos, «Incursiones de un intempestivo», sección 23

Los filósofos actuales quieren gozar del divino privilegio de la ininteligibilidad.
Aurora, libro V, sección 544

Las explicaciones místicas suelen ser consideradas profundas; la verdad es que no son ni superficiales.
La gaya ciencia, libro III, sección 126

La filosofía ofrece un refugio a un hombre en el que ninguna tiranía puede penetrar, la caverna de la intimidad, el laberinto del corazón, y eso enfurece a los tiranos.
Consideraciones intempestivas, «Schopenhauer como educador», sección 3

Que todo nos parezca profundo es una cualidad incómoda. Nos hace forzar la vista todo el tiempo y al final se acaba encontrando más de lo que se deseaba.
La gaya ciencia, libro III, sección 158

Los pensamientos son sombras de nuestros sentimientos, siempre más oscuros, más vacíos y más simples que éstos.
La gaya ciencia, libro III, sección 179

La ecuación socrática de razón = virtud = felicidad tiene en su contra, en especial, todos los instintos del heleno antiguo.
Crepúsculo de los ídolos, «El problema de Sócrates», sección 4

FILOSOFÍA / ENSEÑANZA

Se recompensa mal a un maestro si se permanece siempre discípulo.
Ecce homo, prólogo, sección 4

Cómo se echa a perder a un joven: enseñadle a tener en gran consideración sólo a los que piensan como él.
Aurora, libro IV, sección 297

FÓRMULA PARA LA GRANDEZA

Mi fórmula para expresar la grandeza en el hombre es *amor fati*, ama tu destino: el no querer que nada sea distinto, ni en el pasado ni en el futuro ni por toda la eternidad. No sólo soportar lo necesario… sino amarlo…
Ecce homo, «Por qué soy tan inteligente», sección 10

FOTOGRAFÍA

Siendo fotográficamente ejecutado por los tuertos cíclopes, por más que procuro evitar el desastre, lo inevitable siempre ocurre, y así salgo eternizado de nuevo como un pirata, un famoso tenor o un boyardo.
Carta a Malwida von Meysenbug, 20 de diciembre de 1872

GUERRA

A quien vive para combatir le interesa que el enemigo siga con vida.
Humano, demasiado humano, «El hombre a solas consigo», sección 531

Las aguas de la religión retroceden y dejan tras de sí pantanos y estanques; la naciones se dividen de nuevo con inusitada hostilidad, anhelando destrozarse.
Consideraciones intempestivas, «Schopenhauer como educador», sección 4

EL HÉROE ROMÁNTICO

La distinción que la desgracia conlleva (como si sentirse feliz fuese un signo de superficialidad, de carencia de ambición, de ordinariez) es tan grande que uno suele quejarse cuando alguien le dice: «¡Pero qué feliz es usted».

Humano, demasiado humano, «El hombre a solas consigo», sección 534

La forma más eficaz de consolarse para aquél que lo necesita es afirmar que su desgracia no tiene consuelo alguno. Estas palabras lo distinguen de tal modo que inmediatamente yergue la cabeza.

Aurora, libro IV, sección 280

MATEMÁTICAS

Las leyes de los números asumen que existen cosas idénticas, pero en realidad no hay nada idéntico.

Humano demasiado humano, «De las cosas primeras y últimas», sección 19

Las matemáticas a buen seguro no habrían nacido si desde un principio se hubiese sabido que en la naturaleza no hay ninguna línea exactamente recta, ningún círculo verdadero, ninguna medida de tamaño absoluta.

Humano demasiado humano, «De las cosas primeras y últimas», sección 11

MATRIMONIO

Algunos hombres han suspirado por el rapto de sus mujeres, pero la mayoría porque nadie quisiera raptarlas.

Humano, demasiado humano, «Mujer e hijo», sección 388

MONSTRUOS

A la grandeza le corresponde el espanto, que nadie se engañe al respecto.

Cuaderno 9, otoño de 1887, sección 94

MUJERES

Dios creó a la mujer. Y el aburrimiento sin duda desapareció desde ese momento. ¡Pero también desparecieron muchas otras cosas! La mujer fue el *segundo* error de Dios.

El Anticristo, sección 48

Dos cosas quiere el hombre auténtico: peligro y juego. Por eso quiere a la mujer, el más peligroso de los juguetes.

Así habló Zaratustra, primera parte, «De las viejecillas y las jovencitas»

Las mujeres lo saben bien, al menos, las más delicadas de ellas: un poco más gruesas, un poco más delgadas. ¡Oh, cuánto destino depende de tan poca materia!

Así habló Zaratustra, tercera parte, «Del espíritu de la pesantez», sección 2

¿Vas con mujeres? ¡No olvides el látigo!
Así habló Zaratustra, primera parte, «De las viejecillas y las jovencitas»

EL MUNDO METAFÍSICO

Si la existencia de un mundo metafísico estuviese tan bien probada, se establecería entonces, sin embargo, que precisamente su conocimiento sería el más indiferente de todos: más indiferente todavía que para el navegante debe serlo en pleno naufragio el conocimiento del análisis químico del agua.
Humano, demasiado humano, «De las cosas primeras y últimas», sección 9

MÚSICA

Sin música, la vida sería un error. ¡El alemán se imagina a Dios mismo cantando canciones!
Crepúsculo de los ídolos, «Sentencias y flechas», sección 33

¿Es Wagner un ser humano en absoluto? ¿No es, más bien, una enfermedad? Toque lo toque, lo contagia; ha hecho que la música se ponga enferma.
El caso Wagner, sección 5

MÚSICA Y DROGAS

Cuando alguien quiere escapar a una presión intolerable necesita hachís. Pues bien, yo necesitaba Wagner. Él es el antídoto de todo lo alemán.
Ecce Homo, «Por qué soy tan inteligente», sección 6

NACIONALISMO

«*Deutschland, Deutschland über Alles*» [Alemania, Alemania por encima de todo]. Me temo que eso haya sido el final de la filosofía alemana…
Crepúsculo de los ídolos, «Lo que están perdiendo los alemanes», sección 1

Porque incluso si soy un mal alemán, soy en todos los sentidos un muy buen europeo.
Carta a su madre, agosto de 1886

POLÍTICA

La moral es el instinto gregario en el individuo.
La gaya ciencia, libro III, sección 116

Todo el que alguna vez ha construido un «nuevo cielo» reunió antes el poder para ello en su propio infierno.
La genealogía de la moral, Tratado tercero, sección 10

Quien piensa mucho no es apto para hombre de partido: piensa demasiado pronto más allá de los límites del partido.
Humano, demasiado humano, «El hombre a solas consigo», sección 579

Nadie habla más apasionadamente de sus derechos que quien en el fondo de su alma alberga dudas de que tenga alguno.
Humano, demasiado humano, «El hombre a solas consigo», sección 597

POSESIONES

La posesión tiende a restar valor a lo poseído.
La gaya ciencia, libro I, sección 14

Uno es propietario de sus opiniones como es propietario de peces, esto es, si se es propietario de un estanque. Hay que ir a pescar y tener suerte; entonces tiene uno sus peces, sus opiniones. Hablo aquí de opiniones vivas, de peces vivos. Otros se contentan con poseer una colección de fósiles y, en su cabeza, «convicciones».
Humano, demasiado humano, libro IV, «El caminante y su sombra», sección 317

POSVERDAD

Las convicciones son enemigas de la verdad más peligrosas que las mentiras.
Humano, demasiado humano, «El hombre a solas consigo», sección 483

Los hombres que viven en una era de corrupción son ingeniosos y agresivos; saben que existen otras formas de matar aparte del puñal y la violencia; también saben que todo lo que está *bien dicho* es creído.
La gaya ciencia, libro I, sección 23

La forma más indigna de dañar una causa es defenderla deliberadamente con malos argumentos.
La gaya ciencia, libro III, sección 191

SEXO

Voluptuosidad: la espina y la estaca de todos los despreciadores del cuerpo pues se burla y deja como idiotas a todos los maestros…
Voluptuosidad: el fuego lento en el que la chusma hierve en la lujuria..
Voluptuosidad: inocente y libre para los corazones libres…
Voluptuosidad: vallaré mis pensamientos y mi corazón para que no irrumpan los cerdos y los rateros…
Así habló Zaratustra, tercera parte, «De los tres males», sección 2

SUPLEMENTO DE VIAJE

La filosofía, tal como yo la he entendido y vivido hasta ahora, es vida voluntaria en el hielo y en las altas montañas.
Ecce homo, prólogo, sección 3

Después de pasar tres meses en él, ni siquiera el paisaje más hermoso tiene garantizado nuestro amor, y una costa remota despierta nuestra avaricia.
La gaya ciencia, libro I, sección 14

No confiar en ningún pensamiento que no haya nacido al aire libre.
Ecce homo, «Por qué soy tan inteligente», sección 1

TELERREALIDAD

Sin crueldad no hay fiesta: así lo enseña la más antigua, la más larga historia del hombre, ¡y también en el castigo hay mucho de festivo!
La genealogía de la moral, tratado segundo, sección 6

Ver sufrir produce bienestar; hacer sufrir, más bienestar todavía.
La genealogía de la moral, tratado segundo, sección 6

¿LA VERDAD?

No existen fenómenos morales, sino sólo una interpretación moral de fenómenos…
Más allá del bien y del mal, «Sentencias e interludios», sección 108

El hecho de que algo ocurra habitual y previsiblemente no significa que ocurra necesariamente.
Cuaderno 9, otoño de 1887, 91

La irracionalidad de una cosa no es un argumento contra su existencia, más bien una condición de la misma.
Humano, demasiado humano, «El hombre a solas consigo», sección 515

No hay hechos, sólo interpretaciones.
Cuadernos, verano de 1886, otoño de 1887, sección 91

VIDA

Llega a ser lo que eres.
La gaya ciencia, libro III, sección 270

El hombre es un puente, no una meta.
Así habló Zaratustra, «Prólogo de Zaratustra», primera parte, sección 4

Nadie puede construirte el puente por el que debes cruzar el río de la vida, nadie salvo tú mismo.
Consideraciones intempestivas, «Schopenhauer como educador», sección 1

La vida misma es voluntad de poder.
Más allá del bien y del mal, «Sobre los prejuicios de los filósofos», sección 13

¡Vivir peligrosamente! ¡Construid vuestras ciudades en las faldas del Vesubio!
La gaya ciencia, libro IV, sección 283

Para engendrar una estrella danzante, uno debe llevar cierto caos en su interior.
Así habló Zaratustra, «Prólogo de Zaratustra», primera parte I, sección 5

Queremos ser poetas de nuestra vida, sobre todo en los detalles más pequeños y triviales.
La gaya ciencia, libro IV, sección 299

Lo que no me mata me hace más fuerte.
Crepúsculo de los ídolos, «Sentencias y flechas», sección 8

Cuando uno tiene su propio *¿por qué*? de la vida puede avenirse a casi cualquier *¿cómo*?
Crepúsculo de los ídolos, «Sentencias y flechas», sección 12

El ser humano no aspira a la felicidad, salvo los ingleses.
Crepúsculo de los ídolos, «Sentencias y flechas», sección 12

Uno debería adoptar una línea peligrosa y temeraria con la existencia: pase lo que pase, estamos destinados a perderla.
Consideraciones intempestivas, «Schopenhauer como educador», sección 1

¿Cómo puede conocerse el hombre? Es un asunto oscuro y velado; y si la liebre tiene siete pieles, el hombre podría despellejarse setenta veces siete y ni aun así sería capaz de decir: «Éste eres tú de verdad, ya no queda ninguna envoltura».
Consideraciones intempestivas, «Schopenhauer como educador», sección 1

Ningún triunfador cree en el azar.
La gaya ciencia, libro III, sección 258

La ventaja de la mala memoria es que se disfruta por vez primera de las mismas cosas buenas varias veces.
Humano demasiado humano, «El hombre a solas consigo», sección 580

La virtud ya no se aviene a ninguna creencia; su atractivo ha desaparecido. Alguien tendría que pensar en una nueva forma de venderla de nuevo, tal vez como una forma rara de aventura y exceso.
Cuaderno 9, otoño de 1887, 155

Cronología

1844 Friedrich Wilhelm Nietzsche nace el 15 de octubre. Primogénito de Karl Ludwig Nietzsche, sacerdote, y Franziska (Oehler de soltera), en Röcken, Sajonia.

1846 Nace su hermana, Elisabeth Nietzsche, el 10 de julio.

1848 Nace su hermano, Ludwig Joseph, el 27 de febrero.

1849 Muere Karl Ludwig Nietzsche, de «reblandecimiento cerebral», el 30 de julio.

1850 Muere el hermano Ludwig Joseph el 4 de enero. La familia se traslada a Naumburgo. Nietzsche asiste a la escuela primaria pública.

1851 Nietzsche asiste al instituto privado del profesor Weber.

1854 Nietzsche asiste a la Escuela de la Catedral de Naumburgo.

1858 Franziska, Friedrich y Elisabeth se mudan, en la propia Naumburgo, al 18 de Weingarten. En otoño, Nietzsche empieza su formación en la Schulpforta.

1860 Funda Germania, un club literario y musical, con sus amigos Gustav Krug y Wilhelm Pinder. Empieza una amistad de por vida con Erwin Rohde.

1864 Se gradúa en la Schulpforta en septiembre. Se matricula en la Universidad de Bonn en octubre, donde estudia teología y filología clásica. Se hace miembro de la fraternidad Franconia.

1865 Deja Bonn para estudiar en la Universidad de Leipzig. Abandona la teología. Estudia filología clásica con el profesor Friedrich Ritschl. Descubre a Schopenhauer. Visita un burdel en Colonia.

1867 Servicio militar. Empieza la instrucción en el 2.° Batallón de Caballería, 4.° Regimiento de Campaña del Ejército.

1868 Herido en un accidente montando. Se queda fascinado al oír las oberturas de *Tristan und Isolde* y *Meistersinger* de Richard Wagner. Creciente alejamiento de la filología. Conoce a Wagner en noviembre.

1869 Designado profesor extraordinario de Filología Clásica en la Universidad de Basilea. Renuncia a la ciudadanía prusiana. Visita a Richard Wagner y a su amante Cosima von Bülow en su villa de Tribschen, en Lucerna. Primera ascensión del monte Pilatus. Toma notas para *El nacimiento de la tragedia del espíritu de la música.* Está presente en Tribschen cuando Cosima da a luz al hijo de Wagner, Siegfried. Pasa las Navidades en Tribschen.

1870 Ascendido a profesor titular. Conferencias públicas sobre «Drama musical antiguo», «Sócrates y la tragedia» y *Oedipus Rex.* Alemania y Francia se declaran la guerra en julio. Se alista como asistente médico en la guerra franco-prusiana. Al atender a los heridos, se infecta de difteria y disentería y es hospitalizado. Regreso a Basilea. Entabla amistad con Franz Overbeck, profesor de teología y crítico del protestantismo. Wagner se casa con Cosima.

1871 Solicita, sin conseguirla, la cátedra de Filosofía en Basilea. Escribe *El nacimiento de la tragedia del espíritu de la música*. Acaba la guerra franco-prusiana. Se proclama el Segundo Reich alemán. Guillermo I coronado emperador.

1872 Acompaña en el carruaje a Wagner en la colocación de la primera piedra del Teatro del Festival en Bayreuth. Se publica *El nacimiento de la tragedia*. Recibe duras críticas de Ulrich von Wilamowitz-Möllendorf y es defendido con firmeza por Erwin Rohde, el amigo de Nietzsche. Ningún estudiante de Clásicas se matricula para sus clases de invierno sobre retórica griega y latina. Richard y Cosima Wagner dejan Tribschen para instalarse en Bayreuth.

1873 Empieza *La filosofía en la época trágica de los griegos*, que deja inacabada. Conoce a Paul Rée. Primera *Consideración intempestiva*, «David Strauss, el confesor y el escritor», publicada en agosto. Escribe la agresiva «Exhortación a los alemanes» para recaudar fondos para Bayreuth. Es rechazada.

1874 Publica dos *Consideraciones intempestivas*: «Sobre la utilidad y el perjuicio de la Historia para la vida» y «Schopenhauer como educador». Wagner acaba el ciclo del *Ring* e invita a Nietzsche a pasar el verano en Bayreuth. Nietzsche se somete a tratamientos de salud en la Selva Negra.

1875 Empieza a escribir la cuarta *Consideración intempestiva*, «Richard Wagner en Bayreuth». Mala salud, pero sigue dando clase. Elisabeth va a Basilea a cuidarlo. Conoce a su admirador de por vida Heinrich Köselitz (más adelante llamado Peter Gast). Gravemente enfermo todo el invierno.

1876 Publica «Richard Wagner en Bayreuth» a tiempo para la inauguración del primer festival de Bayreuth. Flirtea con Louise Ott. Abandona Bayreuth de repente. Empieza a trabajar en *Humano, demasiado humano.* Propone matrimonio a Mathilde Trampedach, que lo rechaza. En octubre consigue la baja por enfermedad en Basilea. Va a Génova, donde ve el mar por primera vez. Va a Sorrento con Malwida von Meysenbug y Paul Rée. Lee a Voltaire y a Montaigne. Último encuentro con Wagner.

1877 En Sorrento hasta principios de mayo. Visita Capri, Pompeya y Herculano. El doctor Otto Eiser lo somete a un examen médico. Los ojos en muy mal estado. Reanuda sus clases en otoño, dependiendo de la ayuda de Peter Gast como amanuense y de Elisabeth como encargada de la casa.

1878 Publica *Humano, demasiado humano.* Se lo envía a Wagner. Éste a su vez le envía el libreto de *Parsifal.* A ninguno de los dos le gusta la obra del otro. Wagner ataca a Nietzsche en el *Bayreuther Blätter*. Elisabeth regresa a Naumburgo. Íntima amistad con Franz Overbeck y su esposa.

1879 Publica «Opiniones y sentencias diversas» como apéndice de *Humano, demasiado humano.* Dimite de su puesto en la Universidad de Basilea en mayo, aduciendo mala salud. Le conceden una pensión de 3.000 francos suizos durante seis años (más adelante, prolongada). Escribe «El caminante y su sombra». Sufre 118 días de ataques de fuertes migrañas a lo largo del año. Planes para convertirse en jardinero y vivir en una torre en la muralla de Naumburgo.

1880 Viaja al sur del Tirol, se reúne con Peter Gast en Riva, en el lago de Garda. Van juntos a Venecia. Año movido que acaba en Génova en Navidades, escribiendo *Aurora*.

1881 Más viajes: a Recoaro, el lago de Como y St. Moritz. Descubre a Spinoza. Visita Sils-Maria por primera vez, donde tiene la revelación del eterno retorno. Primeros borradores de *Zaratustra.* Publica *Aurora*. Regresa a Génova; se identifica con Colón. Escucha *Carmen*, la opera de Bizet, por primera vez.

1882 Prueba una máquina de escribir. Publica *La gaya ciencia.* Escribe los poemas *Idilios de Messina.* Viaja a Messina. En abril va a Roma donde encuentra a Lou Salomé y a Paul Rée en casa de

Malwida von Meysenbug. Lou propone que vivan juntos en una «trinidad impía» de espíritus libres. En el monte de Orta, Nietzsche le propone matrimonio a Lou, que ella rechaza. En Basilea se toma la tristemente famosa fotografía de Nietzsche y Rée uncidos a un carro mientras Lou blande un látigo sobre ambos. Nietzsche lleva a Lou a Tribschen, pero se niega a acompañar a Elisabeth y a Lou a Bayreuth. Se reúne con ellas en Tautenburg, donde revela a Lou la idea del eterno retorno. Ruptura con Elisabeth y su madre. La «trinidad impía» planea vivir y estudiar juntos en París. Lou y Rée se fugan. Él alivia el dolor con opio y escribe sobre el suicidio.

1883 Redacta la primera parte de *Así habló Zaratustra* en enero. En febrero, Wagner muere en Venecia. Escribe la segunda parte de *Así habló Zaratustra* en Sils-Maria y la tercera en Niza. Elisabeth anuncia su compromiso con el agitador antisemita Bernhard Förster.

1884 Publica la tercera parte de *Zaratustra.* Problemas con su editor: los libros de Nietzsche no se venden. Conoce a Meta von Salis-Marschlins y a Resa von Schrinhofer. Adopta un inventado linaje polaco. Se reconcilia con Elisabeth. Escribe la cuarta parte de *Así habló Zaratustra*.

1885 Imprime por su cuenta una pequeña tirada de *Zaratustra*, parte IV. Elisabeth se casa con Förster. Nietzsche paga una nueva lápida para la tumba de su padre. Escribe *Más allá del bien y del mal: preludio a una filosofía del futuro.*

1886 Publica una edición privada de *Más allá del bien y del mal*, como hará con todos sus libros a partir de este momento. El editor Ernst Fritzsch compra los derechos de la obra anterior de Nietzsche y publica nuevas ediciones de *El nacimiento de la tragedia, Humano, demasiado humano* (ahora con un segundo volumen que incluye las «Opiniones y sentencias diversas» y *El caminante y su sombra*) y *Aurora*. Franz Liszt muere en Bayreuth. Elisabeth y Bernhard Förster viajan a Paraguay para establecer Nueva Germania, una colonia aria «racialmente pura».

1887 Vive un terremoto en Niza. Lee a Dostoyevski en traducción francesa. Lou Salomé anuncia su compromiso con Friedrich Carl Andreas. Nietzsche pone música al poema de Lou «Himno a la amistad» y hace una impresión privada como *Himno a la vida*. Tentativas frustradas de que lo interpreten en público. Escucha *Parsifal*, y la música lo cautiva. Publica *La genealogía de la moral. Una polémica.* Nuevas ediciones ampliadas de *Aurora* y *La gaya ciencia.*

1888 Por fin le llega el reconocimiento público después de que el crítico literario danés Georg Brandes imparta conferencias sobre la obra de Nietzsche en Copenhague. Se cartea con el dramaturgo sueco August Strindberg, que escribe obras «nietzscheanas». Nietzsche descubre Turín, donde escribe *El caso Wagner: el problema de un músico.* Abandona *La voluntad de poder*. Acaba, en rápida sucesión, *Crepúsculo de los ídolos: o cómo filosofar con un martillo; El Anticristo: una maldición al cristianismo*; su autobiografía definitiva *Ecce homo, o Cómo se llega a ser lo que se es; Nietzsche contra Wagner: de los archivos de un psicólogo.* Reúne poemas que había escrito en la década de 1880 en el volumen *Ditirambos de Dioniso*. Evidentes indicios del principio de un colapso nervioso en su escritura de cartas cada vez más excéntricas.

1889 Se desmorona en Turín el 3 de enero. Su leal amigo Overbeck lo lleva a Suiza. Le diagnostican parálisis progresiva consecuencia de una infección sifilítica. Ingresado en un manicomio en Jena. El 24 de enero se publica *Crepúsculo de los ídolos*. En Paraguay, Bernhard Förster se suicida. Elisabeth lucha por la supervivencia de la colonia.

1890 Nietzsche al cuidado de su madre, en su hogar de la infancia en Naumburgo. Se sume más aún en la locura y en la creciente parálisis, perdiendo tanto la razón como el habla.

1896 El entusiasmo por su obra se extiende entre la vanguardia. Richard Strauss compone y estrena *Así habló Zaratustra*.

1897 Franziska Nietzsche muere el 20 de abril. Elisabeth traslada a Nietzsche y sus documentos a Weimar, donde funda el Archivo Nietzsche.

1900 Nietzsche muere el 25 de agosto. Es enterrado en la tumba familiar de Röcken.

1901 Elisabeth publica la primera versión de *La voluntad de poder*, compuesto por ella a partir de fragmentos de escritos de Nietzsche.

1904 Elisabeth publica una «versión definitiva» muy ampliada de *La voluntad de poder*.

1908 La autobiografía de Nietzsche, *Ecce homo*, se publica por fin. Se omiten las referencias poco halagadoras a Elisabeth.

1919 Un primo de Elisabeth, Max Oehler, entusiasta nacionalsocialista, se convierte en archivista jefe del Archivo Nietzsche.

1932 Elisabeth, fervorosa admiradora de Mussolini, persuade al Teatro Nacional de Weimar para llevar a escena la obra *Campo di Maggio*, coescrita por Mussolini. Hitler visita a Elisabeth en su palco.

1933 Hitler visita el Archivo Nietzsche. Elisabeth le regala el bastón de Nietzsche.

1934 Hitler vista el Archivo con el arquitecto Albert Speer y es fotografiado contemplando el busto de Nietzsche.

1935 Muere Elisabeth. Hitler asiste al funeral y coloca una corona. Tras haber desenterrado previamente a su hermano del lugar que ocupaba en el centro de la hilera de sepulturas de la familia, Elisabeth se apropia de esa importante posición.

Bibliografía escogida

La edición alemana estándar de las obras completas es *Kritische Gesamtausgabe: Werke*, ed. de Giorgio Colli y Mazzino Montinari, Walter de Gruyter, Berlín, 1967. [Puede encontrarse una espléndida versión de las *Obras completas*, incluidos *Fragmentos póstumos* en la editorial Tecnos, editada por el profesor Diego Sánchez Meca y su equipo, así como seis volúmenes de *Correspondencia* en la editorial Trotta.]

Las citas de Nietzsche están extraídas de los Cambridge Texts de la History of Philosophy Series, a no ser que se diga otra cosa. Las citas de las cartas, a no ser que se mencione otra referencia, proceden de *Selected Letters of Friedrich Nietzsche*, editadas por Christopher Middleton, Hackett Publishing, Indianápolis, 1969.

Andreas-Salomé, Lou, *Looking Back: Memoirs*, trad. de Breon Mitchell, Paragon House, 1991. [Versión esp.: *Mirada retrospectiva*, trad. de A. Venegas, Alianza, Madrid, 2010.]

Andreas-Salomé, Lou, *Nietzsche,* trad. de Siegfried Mandel, University of Illinois Press, 2001. [Versión esp.: *Nietzsche*, trad. de L. Pasamar, Zero, Madrid, 1980.]

Bach, Steven, *Leni: The Life and Work of Leni Riefenstahl,* Abacus, 2007. [Versión esp.: *Leni Riefenstahl,* trad. de B. López Buisán, Circe, Barcelona, 2008.]

Binion, Rudolph, *Frau Lou: Nietzsche's Wayward Disciple,* Princeton University Press, 1968.

Bishop, Paul (ed.), *A Companion to Friedrich Nietzsche: Life and Works,* Camden House, 2012.

Blanning, Tim, *The Triumph of Music: Composers, Musicians and their Audiences, 1700 to the Present,* Allen Lane, 2008. [Versión esp.: *El triunfo de la música: los intérpretes y el público desde 1700 hasta la actualidad,* trad. de F. López Martín, Acantilado, Barcelona, 2011.]

Blue, Daniel, *The Making of Friedrich Nietzsche: The Quest for identity 1844-1869,* Cambridge University Press, 2016.

Brandes, Georg, *Friedrich Nietzsche,* trad. de A. G. Chater, Macmillan, 1909. [Versión esp.: *Friedrich Nietzsche: un ensayo sobre el radicalismo aristocrático*, trad. de J. Liebermann, Sexto Piso, Madrid, 2008.]

Brandes, Georg (ed.), *Selected Letters,* trad. de W. Glyn Jones, Norvik Press, 1990.

Burckhardt, Jacob, *The Civilisation of the Renaissance in Italy,* Penguin, 1990. [Versión esp.: *La cultura del Renacimiento en Italia,* trad. de F. Bouza, J. Borja de Quiroga Losada y T. Blanco, Akal, Madrid, 2017.]

Cate, Curtis, *Friedrich Nietzsche: A Biography,* Pimlico, 2003.

Chamberlain, Lesley, *Nietzsche in Turin: The End of the Future,* Quartet, 1996. [Versión esp.: *Nietzsche en Turín: los últimos días de lucidez de una mente privilegiada: una biografía íntima,* trad. de A. L. Bixio, Gedisa, Barcelona, 1998.]

Detweiler, Bruce, *Nietzsche and the Politics of Aristocratic Radicalism,* University of Chicago Press, 1990.

Diethe, Carol, *The A to Z of Nietzscheanism,* Scarecrow Press, 2010.

Diethe, Carol, *Nietzsche's Sister and the Will to Power*, University of Illinois Press, 2003.

Diethe, Carol, *Nietzsche's Women: Beyond the Whip,* Walter de Gruyter, 1996.

Dru, Alexander, *The Letters of Jacob Burckhardt,* Liberty Fund, Indianapolis, 1955.
Easton, Laird M., *Journey into the Abyss: The Diaries of Count Harry Kessler 1880-1918,* Alfred A. Knopf, 2011.
Easton, Laird M., *The Red Count: The Life and Times of Harry Kessler,* University of California Press, 2002.
Feuchtwanger, Edgar, *Imperial Germany: 1850-1918,* Routledge, 2001.
Förster-Nietzsche, Elisabeth, *The Nietzsche-Wagner Correspondence*, trad. de Caroline V. Kerr, Duckworth, 1922.
Förster-Nietzsche, Elisabeth, *The Life of Nietzsche,* vol. 1, *The Young Nietzsche,* trad. de Anthony M. Ludovici, Sturgis and Walton, 1912.
Förster-Nietzsche, Elisabeth, *The Life of Nietzsche,* vol. 2, *The Lonely Nietzsche,* trad. de Paul V. Cohn, Sturgis and Walton, 1915.
Gautier, Judith, *Wagner at Home*, trad. de Effie Dunreith Massie, John Lane, 1911.
Gilman, Sander L. (ed.) y David J. Parent (trad.), *Conversations with Nietzsche: A Life in the Words of His Contemporaries,* Oxford University Press, 1987.
Gossmann, Lionel, *Basel in the Age of Burckhardt: A Study in Unseasonable Ideas*, University of Chicago Press, 2002.
Gregor-Dellin, Martin, *Richard Wagner: His Life, His Works, His Century,* trad. de J. Maxwell Brownjohn, Collins, 1983. [Versión esp.: *Richard Wagner: su vida, su obra, su siglo,* 2 vols., trad. de A. F. Mayo, Alianza, Madrid, 1983.]
Gregor-Dellin, Martin, y Dietrich Mack (eds.), *Cosima Wagner's Diaries,* vols. I y II, trad. de Geoffrey Skelton, Helen y Kurt Wolff Books, Harcourt Brace Jovanovich, vol. I, 1978; vol. II, 1980.
Grey, Thomas S. (ed.), *Richard Wagner and His World,* Princeton University Press, 2009.
Hanfstaengl, Ernst, *The Unknown Hitler,* Gibson Square, 2005.
Hayman, Ronald, *Nietzsche: A Critical Life,* Weidenfeld & Nicolson, 1980.
Heidegger, Martin, *German Existentialism,* trad. de Dagobert D. Runes, Philosophical Library Inc., 1965.
Hilmes, Oliver, *Cosima Wagner: The Lady of Bayreuth,* Yale University Press, 2010.
Hollingdale, R. J., *Dithyrambs of Dionysus*, Anvil, 2001.
Hollingdale, R. J., *Nietzsche: The Man and His Philosophy,* Cambridge University Press, 1999. [Versión esp.: *Nietzsche: el hombre y su filosofía*, trad. de C. García Trevijano y M. Garrido, Tecnos, Madrid, 2017.]
Johnson, Dirk R., *Nietzsche's anti-Darwinism,* Cambridge University Press, 2010.
Kaufmann, Walter (ed.), *Friedrich Nietzsche, The Will to Power*, trad. de Kaufmann y R. J. Hollingdare, Vintage, 1968.
Kessler, Charles (ed. y trad.), *The Diaries of a Cosmopolitan*, Phoenix Press, Londres, 2003. [Versión esp. de una antología de los diarios de Harry Kessler a cargo de J. E. Ruiz-Domènec: *Diario, 1893-1937,* trad. de R. Gabás, La Vanguardia, Barcelona, 2015.]
Köhler, Joachim, *Nietzsche and Wagner: A Lesson in Subjugation,* trad. de Ronald Taylor, Yale University Press, 1998.
Krell, David Farrell, y Donald L. Bates, *The Good European: Nietzsche's Work Sites in Word and Image*, University of Chicago Press, 1997.
Levi, Oscar (ed.), *Selected Letters of Friedrich Nietzsche,* trad. de Anthony M. Ludovici, Heinemann, 1921.
Love, Frederick R., *Nietzsche's St Peter: Genesis and Cultivation of an Illusion,* Walter de Gruyter, 1981.
Luchte, James, *The Peacock and the Buffalo: The Poetry of Nietzsche,* Continuum Publishing, 2010.
Macintyre, Ben, *Forgotten Fatherland: The Search for Elisabeth Nietzsche*, Macmillan, 1992.
Mann, Thomas, *Doctor Faustus,* trad. de H. T. Lowe-Porter, Penguin, 1974. [Versión esp.: *Doktor Faustus*, trad. de E. Xammar, Edhasa, Barcelona, 2009.]
Meysenbug, Malwida von, *Rebel in a Crinoline: Memoirs of Malwida von Meysenbug,* trad. de Elsa von Meysenbug Lyons, George Allen & Unwin, 1937
Middleton, Christopher, *Selected Letters of Friedrich Nietzsche,* Hackett Publishing, Indianapolis, 1969.

Millington, Barry, *Richard Wagner: The Sorcerer of Bayreuth*, Thames & Hudson, 2013.
Moore, Gregory, *Nietzsche: Biology and Metaphor*, Cambridge University Press, 2002.
Moritzen, Julius, *Georg Brandes in Life and Letters*, Colyer, 1922.
Nehemas, Alexander, *Nietzsche: Life as Literature*, Harvard, 2002.
Peters, H. F., *Zarathustra's Sister: The Case of Elisabeth and Friedrich Nietzsche*, Crown, 1977.
Podach, E. F., *The Madness of Nietzsche*, trad. de F. A. Voight, Putnam, 1931.
Roth, Samuel (supuesta obra de Friedrich Nietzsche), *My Sister and I*, trad. de Dr. Oscar Levy, Amok Books, 1990. [De la pretendida obra de Nietzsche hay varias trad. al castellano, entre ellas: *Mi hermana y yo*, trad. de B. M. Albelia, Edaf, Madrid, 1984.]
Ryback, Timothy W., *Hitler's Private Library: The Books that Shaped his Life*, Vintage, 2010. [Versión esp.: *Los libros del Gran Dictador*, trad. de M. Jiménez Buzzi, Destino, Barcelona, 2010.]
Safranski, Rüdiger, *Nietzsche: A Philosophical Biography*, trad. de Shelley Frisch, Norton, 2003. [Versión esp.: *Nietzsche: biografía de su pensamiento*, trad. de R. Gabás, Tusquets, Barcelona, 2002.]
Schaberg, William H., *The Nietzsche Canon: A Publication History and Bibliography*, University of Chicago Press, 1995.
Schain, Richard, *The Legend of Nietzsche's Syphilis*, Greenwood Press, 2001.
Sherratt, Yvonne, *Hitler's Philosophers*, Yale University Press, 2013. [Versión esp.: *Los filósofos de Hitler*, trad. de R. Neyra Castaño, Cátedra, Madrid, 2015.]
Spencer, Stewart, y Barry Millington (eds.), *Selected Letters of Richard Wagner*, Dent, 1987.
Storer, Colin, *A Short History of The Weimar Republic*, I. B. Tauris, 2013.
Tanner, Michael, *Nietzsche: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, 2000.
Vickers, Julia, *Lou von Salomé: A Biography of the Woman Who Inspired Freud, Nietzsche and Rilke*, McFarland, 2008.
Walker, Alan, *Hans von Bülow: A Life and Time*, Oxford University Press, 2010.
Watson, Peter, *The German Genius: Europe's Third Renaissance, The Second Scientific Revolution and the Twentieth Century*, Simon & Schuster, 2010.
Zweig, Stefan, *Nietzsche*, trad. de Will Stone, Hesperus Press, 2013. [El ensayo se incluye en *La lucha contra el demonio* (*Hölderlin, Kleist, Nietzsche*), trad. de J. Verdaguer, El Acantilado, Barcelona, 2018.]

DISCOGRAFÍA ESCOGIDA

Albany Records, USA, *Friedrich Nietzsche*, vol. I, *Compositions of his Youth, 1857-63*, vol. II, *Compositions of his Mature Years, 1864-82*.
Deutsche Grammophon, *Lou Salomé* (ópera en 2 actos) de Giuseppe Sinopoli. Lucia Popp, José Carreras y la Stuttgart Symphony Orchestra.

Créditos de los textos citados

Lista de agradecimientos por los permisos de reproducción:

Extractos de *Nietzsche: On the Genealogy of Morality and Other Writings,* segunda edición, editado por Keith Ansell-Pearson y traducido por Carol Diethe, Cambridge University Press, 2006, © Cambridge University Press, 1997. Reproducidos con el permiso del editor.

Extractos de *Nietzsche: Untimely Meditations,* segunda edición, editado por Daniel Breazeale y traducido por R. J. Hollingdale, Cambridge University Press, 1997, © Cambridge University Press, 1997. Reproducido con el permiso del editor.

Extractos de *Nietzsche: Thus Spoke Zarathustra*, editado por Robert Pippin y editado y traducido por Adrian Del Caro, Cambridge University Press, 2010, © Cambridge University Press, 2006.

Extractos de *Nietzsche: Daybreak. Thoughts on the Prejudices of Morality,* segunda edición, editado por Maudemarie Clark, Brian Leiter y traducido por R. J. Hollingdale, Cambridge University Press, 1997, © Cambridge University Press, 1997. Reproducido con el permiso del editor.

Extractos de *Nietzsche: Human, All Too Human. A Book for Free Spirits,* segunda edición, editado y traducido por R. J. Hollingdale, Cambridge University Press, 1996, © Cambridge University Press, 1986, 1996. Reproducido con el permiso del editor.

Extractos de *Nietzsche: Beyond Good and Evil. Prelude to a Philosophy of the Future*, editado por Rolf-Peter Horstmann y editado y traducido por Judith Norman, Cambridge University Press, 2002, © Cambridge University Press, 2002. Reproducido con el permiso del editor,

Extractos de *The Good European: Nietzsche's Work Sites in Word and Image*, traducido por David Farrell Krell y Donald L. Bates, The University of Chicago Press, 2000, © The University of Chicago Press, 1997. Reproducido con el permiso del editor.

Extractos de *Selected Letters of Friedrich Nietzsche*, editado y traducido por Christopher Middleton, Hackett, 1996. Reimpreso con el permiso de Hackett Publishing Company, Inc.

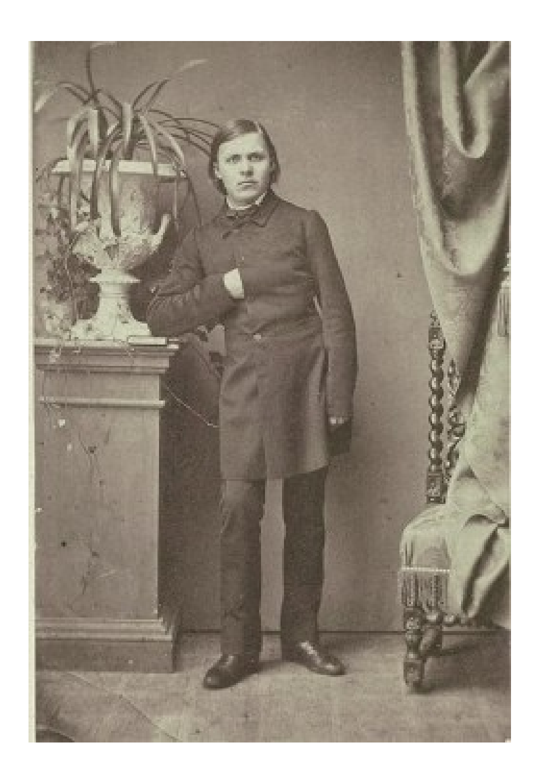
Extractos de *Nietzsche: The Anti-Christ, Ecce Homo, Twilight of the Idols: And Other Writings*, editados por Aaron Ridley y traducidos por Judith Norman, Cambridge University Press, 2011, © Cambridge University Press, 2005. Reproducidos con el permiso del editor y profesor Aaron Ridley.



El padre de Nietzsche, Karl Ludwig Nietzsche (1813-1849), sacerdote.



La madre de Nietzsche, Franziska, de soltera Oehler (1826-1897).



Friedrich Nietzsche a los diecisiete años. Retrato de la confirmación: el principio de la duda.



Elisabeth, la hermana de Nietzsche. Retrato de la confirmación: ni asomo de duda.



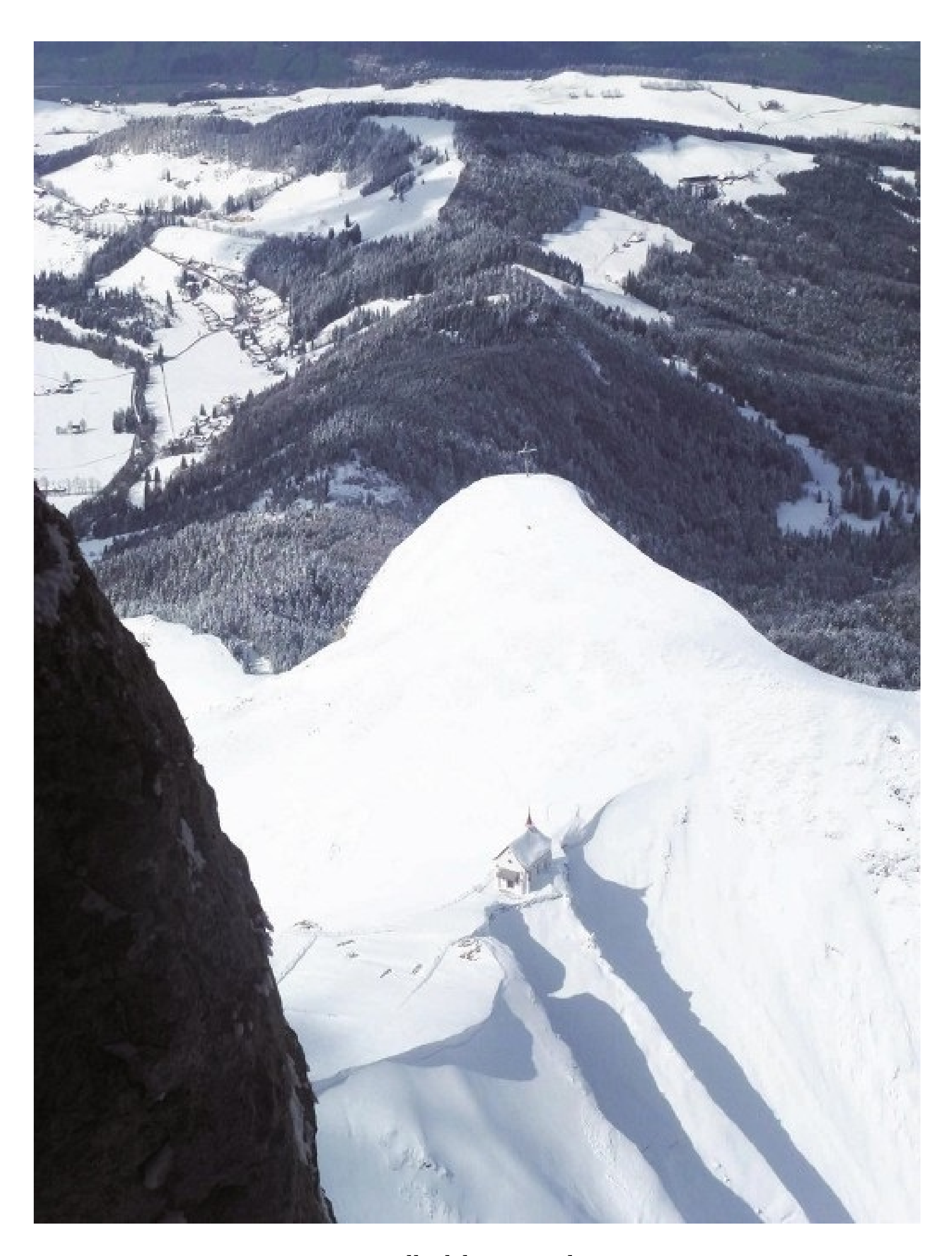
Richard y Cosima Wagner, 1875, cuando Nietzsche veneraba a ambos.



Cosima Wagner, *c*. 1870, al principio de la relación de Nietzsche con ella.



Tribschen, la casa de Wagner. El monte Pilatus se alza al fondo.



La capilla del monte Pilatus.



La amada Sils-Maria de Nietzsche: «La filosofía es vivir en altas montañas».



Sils-Maria: Sue Prideaux ante la roca donde Nietzsche tuvo la revelación de Zaratustra.



La casa de Gian Durisch en Sils-Maria. La habitación de Nietzsche estaba en la planta de arriba, a la derecha.



Lou Salomé, la *femme fatale* que fascinó a Nietzsche, Rilke y Freud.



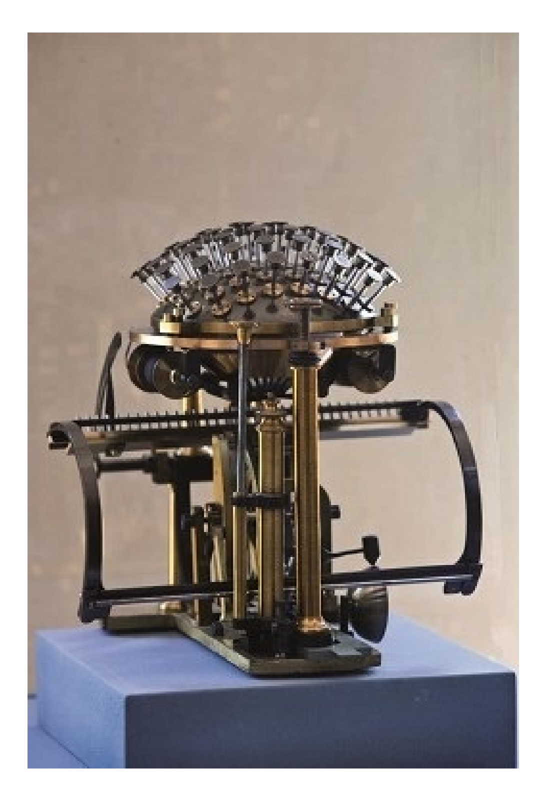
«Cuando vayas con mujeres, no olvides el látigo.» Lou Salomé blande el látigo sobre Nietzsche y Paul Rée.



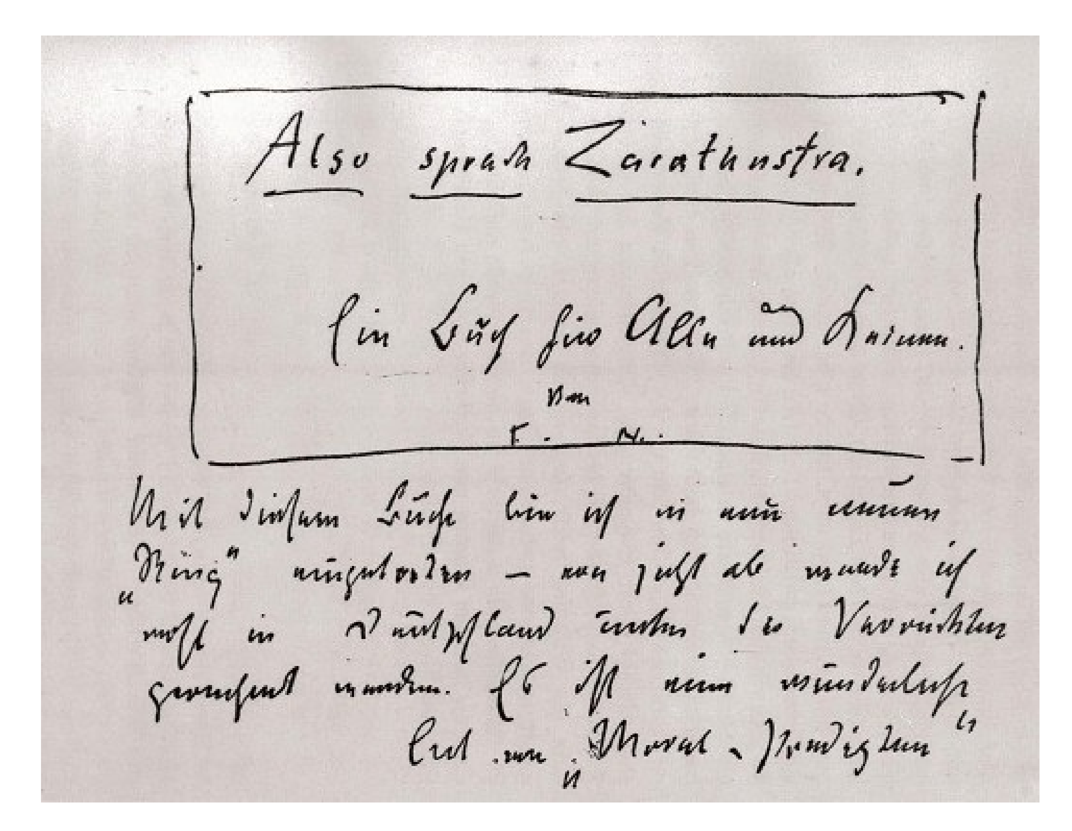
La Försterhof, en Paraguay, desde donde Elisabeth Nietzsche gobernaba su colonia antisemita.



Nietzsche en 1882, en el apogeo de sus facultades.



La máquina de escribir que Nietzsche nunca llegó a dominar.


Also sprach Zaratustra.

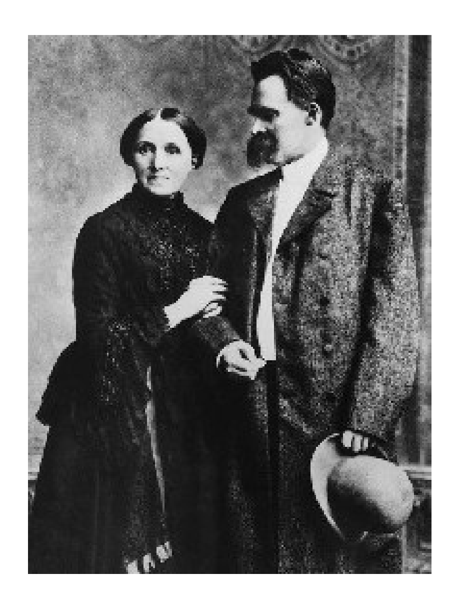
Ein Buch für Alle und Keinen.

von

F. N.

Mit diesem Buche bin ich in einen neuen „Ring" eingetreten — von jetzt ab werde ich wohl in Deutschland unter die Verrückten gerechnet werden. Es ist eine wunderliche Art von „Moral-Predigten"

Nietzsche anuncia el libro *Así habló Zaratustra*, febrero de 1883.



El Nietzsche demente al cuidado de su madre, 1890.



Elisabeth en una pose afectuosa con su hermano.



Hitler con aspecto triste en el funeral de Elisabeth.



Máscaras mortuorias de Nietzsche. A la izquierda, la original; a la derecha, la versión «mejorada» por su hermana Elisabeth.



SUE PRIDEAUX es novelista y biógrafa. Sus libros incluyen *Edvard Munch: Behind the Scream*, que recibió el Premio James Tait Black Memorial, y *Strindberg: A Life*, que recibió el prestigioso Duff Cooper Prize y fue preseleccionado para el Premio Samuel Johnson.

Notas

1. Una velada musical

[*] Los fragmentos citados de textos de Nietzsche —sea de sus obras, aforismos o de la correspondencia— se han cotejado con las traducciones españolas de referencia: por lo general, las de Andrés Sánchez Pascual, publicadas en Alianza Editorial, y las *Obras completas* a cargo de Diego Sánchez Meca y un equipo de especialistas en la editorial Tecnos; así como la *Correspondencia* editada en Trotta por Luis Enrique de Santiago Guervós y sus colaboradores. *[N. del T.]* <<

[1] Ottilie Brockhaus (1811-1883), hermana de Richard Wagner y esposa de Hermann Brockhaus, profesor y especialista en la India. <<

[2] Wilhelm Roscher (1845-1923), un condiscípulo. <<

[3] Los poemas de Eudoxia, hija del filósofo ateniense Leoncio. Renunció al paganismo para casarse con el emperador bizantino Teodosio el año 421. <<

[4] Fragmento autobiográfico, 1868-1869. <<

[5] *Rückblick auf meine zwei Leipziger Jahre*, citado en R. J. Hollingdale, *Nietzsche, the Man and His Philosophy*, p. 36. [Hay versión castellana de M. Garrido y C. García Trevijano con el título *Nietzsche, el hombre y su filosofía*, Tecnos, Madrid, 2016.] <<

[6] *El caso Wagner*, sección 10. <<

[7] *Ecce Homo*, trad. R. J. Hollingdale, introd. Michael Tanner, Penguin Classics, 2004, «Why I Am so Clever», Section 6. [*Ecce homo*, «Por qué soy tan inteligente», sección 5.] <<

[8] Véase Michael Tanner, *Nietzsche, a Very Short Introduction*, Oxford University Press, 2003, p. 23. <<

[9] *Ecce homo*, «Por qué soy tan inteligente», sección 6. <<

[10] Nietzsche a Erwin Rohde, 20 de noviembre de 1868. <<

[11] Karl Ludwig Nietzsche (1813-1849), casado con Franziska Oehler (1826-1897). <<

[12] Friedrich Nietzsche, *Jugendschriften*, ed. Hans Joachim Mette *et al*., 5 vols., Walter de Gruyter y Deutscher Taschenbuch Verlag, 1994, vol. I, pp. 4-5, trad. David Krell y Don Bates en *The Good European*, p. 14. [*Escritos de juventud*, vol. I de las *Obras completas*, ed. de D. Sánchez Meca, Tecnos, Madrid, 2011.] <<

[13] *Jugendschriften*, vol. I, pp. 6-7. Traducción directa. Abundan las especulaciones sobre las dos versiones ligeramente distintas de este sueño profético (véase Krell y Bates, *The Good European*, pp. 1617, nota al pie 2). Nietzsche describe el suceso como si hubiera ocurrido a finales del año 1850, pero tuvo que ser en marzo. La confusión aumenta debido a la fecha que consta en la tumba en la que el pequeño Joseph se unió a su padre, en cuya lápida se lee «Nacido el 27 de febrero de 1848, fallecido el 4 de enero de 1850», aunque según el registro de la parroquia, Joseph murió varios días después de su segundo cumpleaños, lo que nos pondría en marzo. Eso coincidiría con la cronología del sueño de Nietzsche. <<

[14] Paul Julius Möbius (1853-1907), neurólogo, ejerció en Leipzig, y publicó profusamente. Se dio su nombre al síndrome de Möbius, un raro tipo de parálisis de los nervios craneales, y al síndrome Leyden-Möbius, una distrofia muscular de la zona pélvica. <<

[15] Richard Schain, *The Legend of Nietzsche’s Syphilis*, Greenwood Press, 2001, pp. 2-4. <<

[16] *Jugendschriften*, vol. I, p. 7. <<

[17] Elisabeth Nietzsche escribiendo como Elisabeth FörsterNietzsche, *The Life of Nietzsche*, trad. Anthony M. Ludovico, Sturgis y Walton, 1912, vol. I, p. 27. <<

[18] Förster-Nietzsche, *The Life of Nietzsche*, vol. I, pp. 22-23. **<<**

[19] *Ibid.*, p. 24. <<

[20] *Jugendschriften*, vol. I, p. 8, trad. en Krell y Bates, *The Good European*, p. 19. <<

[21] «*Aus meinem Leben*», un breve relato autobiográfico de los años 1844-1863. Keith Ansell Pearson y Duncan Large, *The Nietzsche Reader*, Blackwell, 2006, pp. 18-21. <<

[22] *Ibid*. <<

[23] Förster-Nietzsche, *The Life of Nietzsche*, vol. I, p. 40. <<

[24] *Ecce homo*, «Por qué soy tan sabio», sección 5. **<<**

[25] *Aus meinem Leben*. <<

[26] *Sämtliche Werke, Kritische Studienausgabe*, vol. XI, p. 253. Nietzsche vuelve a referirse al tema, hacia el final de su vida literaria, en 1887, en la tercera sección del prólogo a *La genealogía de la moral*. <<

2. Nuestra Atenas alemana

[1] Texto para Wilhelm Pinder citado en Krell y Bates, *The Good European*, p. 61. <<

[2] Philipp Melanchthon Schwarzerd (1497-1560), principal colaborador de Lutero en la traducción del Antiguo Testamento al alemán, más conocido por su seudónimo helénico Melanchthon. <<

[3] Karl Wilhelm von Humboldt (1757-1835). <<

[4] Karl Wilhelm von Humboldt, *Gesammelte Schriften: Ausgabe des Prussischen Akademie der Wissenschaften*, vol. II, p. 117. <<

[5] Fragmento autobiográfico, 1868-1869. <<

[6] Anne Louise Germaine de Staël, *Germany*, 1813, vol. I, *Saxony*. **<<**

[7] Nietzsche a Wilhelm Pinder, abril de 1859. <<

[8] Diario, 18 de agosto de 1859. Citado en Krell y Bates, *The Good European*, p. 23. <<

[9] Sander L. Gilman (ed.), *Conversations with Nietzsche*, Oxford University Press, 1987, p. 15. <<

[10] Probablemente se trataba del profesor Koberstein. <<

[11] Nietzsche, «Carta a mi amigo…», 19 de octubre de 1861. <<

[12] Friedrich Hölderlin, *Hyperion*, trad. James Luchte, extraído de *The Peacock and The Buffalo: The Poetry of Nietzsche*, Continuum Books, 2010, p. 34. [De *Hyperion* hay varias traducciones notables al castellano, entre ellas la de Jesús Munárriz en, precisamente, la editorial Hiperión.] <<

[13] Empédocles, fragmentos 38 y 62. [En castellano pueden leerse en la traducción del clásico *Los filósofos presocráticos*, de Kirk y Raven, en Gredos, Madrid, 1981.] <<

[14] Nietzsche a Raimund Granier, 28 de julio de 1862. <<

[15] Krell y Bates, *The Good European*, p. 62. **<<**

[16] Fragmento autobiográfico, 1868-1869. <<

[17] El romano Tácito (*c*. 55-116) escribió la primera descripción de Alemania, *Germania*. <<

[18] Fragmento autobiográfico, 1868-1869. <<

[19] Elisabeth Nietzsche escribiendo como Elisabeth Förster-Nietzsche, *The Life of Nietzsche*, vol. I, p. 117. <<

[20] Fragmento autobiográfico, 1868-1869. <<

3. Llega a ser lo que eres

[1] Förster-Nietzsche, *The Life of Nietzsche*, vol. I, p. 144. <<

[2] *Ibid*., pp.143-144. <<

[3] Gilman (ed.), *Conversations with Nietzsche*, p. 20. <<

[4] *Encyclopedia* de Chambers, vol. IV, p. 433. <<

[5] Nietzsche a Elisabeth Nietzsche, 11 de junio de 1865. <<

[6] Nietzsche a Carl von Gersdorff, Naumburgo, 7 de abril de 1866. <<

[7] Heinrich Stürenberg, condiscípulo en la Universidad de Leipzig. Véase Gilman (ed.), *Conversations with Nietzsche*, p. 29. <<

[8] *Odas píticas*, 2,73. <<

[9] Nietzsche a Edwin Rohde, Naumburgo, 3 de noviembre de 1867. <<

[10] Nietzsche a Jacob Burckhardt, 6 de enero de 1889. <<

[11] Carl Bernoulli, citado en Hollingdale, *Nietzsche, the Man and His Philosophy*, p. 48. <<

[12] Gilman (ed.), *Conversations with Nietzsche*, p. 62. <<

[13] Nietzsche a Carl von Gersdorff, agosto de 1866. <<

[14] Nietzsche a Erwin Rohde, febrero de 1870. <<

[15] Richard Wagner a Franz Liszt, 15 de enero de 1854, citado en Barry Millington, *Richard Wagner: The Sorcerer of Bayreuth*, Thames and Hudson, 2013, p. 144. <<

[16] Immanuel Kant, *Critique of Judgement*, 1790, trad. James Creed Meredith, Oxford University Press, p. 144. [Puede consultarse la trad. de Manuel García Morente de la *Crítica del juicio*, en Tecnos.] **<<**

[17] Es más que probable que el fantasma del Rigi contribuyera a ciertos elementos sobrenaturales del *Ring* de Wagner: el puente del arcoíris que conduce al Valhalla, el hogar de los dioses, el par de gigantes que se ciernen, enormes y amenazadores, en la bruma en las ventanas del Valhalla, y la específica instrucción de dirección de escena en *Rheingold* que dice: «La nube se alza repentinamente, descubriendo Donner y Froh. Desde sus pies un puente de arcoíris de iridiscencia cegadora se tiende por encima del valle hasta el castillo, que ahora centellea bajo el resplandor del sol poniente». **<<**

[18] Judith Gautier, *Wagner at Home*, trad. Effie Dunreith Massie, John Lane, 1911, p. 97. <<

[19] Alan Walker, *Hans von Bülow: A Life and Times*, Oxford University Press, 2010, p. 98. <<

[20] Richard Wagner a Eliza Wille, 9 de septiembre de 1864. <<

[21] Richard Wagner a Mathilde Wesendonck, 4 de septiembre de 1858, citado en Walker, *Hans von Bülow*, p. 110. <<

4. Naxos

[1] Cosima Wagner, *Diario*, 17 de mayo de 1869. <<

[2] Hans von Bülow, citado en Joachim Kôhler, *Nietzsche and Wagner: A Lesson in Subjugation*, Yale University Press, 1998, p. 28. <<

[3] Lionel Gossman, «Basel in the Age of Burckhardt», University Chicago Press, 2000, p. 15. <<

[4] Jacob Burckhardt, *The Civilization of the Renaissance in Italy*, Penguin, 1990, p. 4. [Hay trad. española de Bouza y Barja en Akal, Madrid, 2004, con el título *La cultura del Renacimiento en Italia*.] <<

[5] *Consideraciones intempestivas*, «Richard Wagner en Bayreuth», sección 3. <<

[6] Jacob Burckhardt, *The Civilization of Renaissance in Italy*, Penguin, 1990, introducción de Peter Burke, p. 5. <<

[7] Mendès, «Personal Recollections», en Grey (ed.), *Richard Wagner and His World*, pp. 233-234. <<

[8] Wagner a Nietzsche, 7 de febrero de 1870. <<

[9] *«Zwei Nietzsche Anekdoten», Frankfurter Zeitung*, 9 de marzo de 1904, citado en Millington, Richard Wagner, p. 153. <<

[10] Carta del 29 de septiembre de 1850, citada en Millington, *Richard Wagner*, p. 221. <<

[11] Publicado originalmente en la *Revue européenne*, 1 de abril de 1861. <<

[12] Joanna Richardson, *Judith Gautier: A Biography*, Quartet, 1986, p. 39. <<

[13] Mendès, «Personal Recollections», en Grey (ed.), *Richard Wagner and His World*, pp. 231-234. <<

[14] Newell Sill Jenkins, «Reminiscences of Newell Sill Jenkins», impresión privada, 1924, en Grey (ed.), *Richard Wagner and His World*. **<<**

[15] Köhler, *Nietzsche and Wagner*, pp. 55-56. <<

[16] Förster-Nietzsche, *The Life of Nietzsche*, vol. I, pp. 230-231. <<

[17] Nietzsche a Wilhelm Vischer-Bilfinger, Basilea, probablemente enero de 1871. <<

[18] Nietzsche a Franziska Nietzsche, enviada desde Sulz, cerca de Weissenburg, en las proximidades de Wörth, 29 de agosto de 1870. <<

[19] Nietzsche a Carl von Gersdorff, Basilea, 12 de diciembre de 1870. <<

[20] Nietzsche a Carl von Gersdorff, 21 de junio de 1871. <<

[21] Cosima Wagner, *Diario*, domingo, 25 de diciembre de 1870. <<

[22] Wilhelm Vischer-Bilfinger (1808-74), reputado arqueólogo, profesor y consejero de la Universidad de Basilea. <<

[23] Malwida von Meysenbug, Rebel in a Crinoline, George Allen & Unwin, 1937, pp. 194-195. <<

[24] Förster-Nietzsche, *The Life of Nietzsche*, vol. I, pp. 243-244. <<

[25] *Ibid.*, p. 246. <<

[26] Un inmenso hotel a orillas del lago, ahora denominado Residenza Gran Palace y dividido en apartamentos. <<

5. El nacimiento de la tragedia

[1] *El nacimiento de la tragedia,* sección 1. <<

[2] *Ibid.*, sección 7. <<

[3] *Ibid*., sección 15. <<

[4] *Ibid*., sección 15. <<

[5] *Ibid*., sección 18. <<

[6] *Ibid*., sección 20. <<

[7] *Ibid*., sección 21. <<

[8] Cosima Wagner, *Diario*, 18 de agosto de 1870. **<<**

[9] *Ibid*., 8 de abril de 1871. <<

[10] Nietzsche a Erwin Rohde, 1871. <<

[11] Nietzsche a Carl von Gersdorff, 18 de noviembre de 1871. <<

[12] Nietzsche a Erwin Rohde, 21 de diciembre de 1871. <<

[13] Nietzsche a Franziska y Elisabeth Nietzsche, Basilea, 27 de diciembre de 1871. <<

[14] Nietzsche a Gustav Krug, Basilea, 31 de diciembre de 1871. <<

[15] «Sobre el porvenir de las instituciones educativas», primera conferencia, impartida el 16 de enero de 1872. <<

[16] Cosima Wagner, *Diario*, 16 de enero de 1872. <<

[17] Nietzsche a Erwin Rohde, Basilea, 28 de enero de 1872. <<

[18] Cosima Wagner, *Diario*, 31 de enero de 1872. <<

[19] Nietzsche a Carl von Gersdorff, 1 de mayo de 1872. <<

[20] Nietzsche a Friedrich Ritschl, Basilea, 30 de enero de 1872. <<

[21] Nietzsche a Erwin Rohde, 25 de octubre de 1872. <<

[22] Cosima Wagner, *Diario*, 22 de mayo de 1872. **<<**

[23] Walker, *Hans von Bülow*, p. 5. <<

[24] Nietzsche a Hans von Bülow, borrador, seguramente del 29 de octubre de 1872. <<

[25] William H. Schaberg, *The Nietzschean Canon: A Publication History and Bibliography*, University of Chicago Press, pp. 203-204. <<

6. La Cabaña del Veneno

[1] Cosima Wagner, *Diario*, 11 de abril de 1873. <<

[2] Profesor Hermann Carl Usener, teólogo y filólogo clásico que sucedió a Friedrich Ritschl en la Universidad de Bonn. <<

[3] Franz Overbeck (1837-1905) <<

[4] Carl von Gersdorff a Erwin Rohde, 24 de mayo de 1873. <<

[5] *Ecce homo*, «Humano, demasiado humano», sección 4. <<

[6] *Consideraciones intempestivas*, «David Strauss», sección 4. <<

[7] Carl von Gersdorff a Erwin Rohde, 9 de agosto de 1873. <<

[8] Nietzsche a Erwin Rohde, Basilea, 18 de octubre de 1873. <<

[9] Johann Karl Friedrich Zöllner, *Natur der Kometen*, 1870; Hermann Kopp, *Geschichte der Chemie*, 1834-7; Johann Heinrich Mädler, *Der Wunderbau des Weltalls*, 1861; Afrikan Spir, *Denken und Wirklichkeit*, 1873. <<

[10] *Consideraciones intempestivas*, «Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida», sección 10. <<

[11] Cosima Wagner, *Diario*, 9 de abril de 1874. <<

[12] Nietzsche a Von Gersdorff, 1 de abril de 1874. <<

[13] Cosima Wagner, *Diario*, 4 de abril de 1874. <<

[14] Richard Wagner a Nietzsche, 6 de abril de 1874. <<

7. Terremoto conceptual

[1] Nietzsche a Malwida von Meysenbug, 11 de agosto de 1875. <<

[2] Samuel Roth (1893-1974), escritor y editor, condenado por pornógrafo. <<

[3] Para la explicación de Kaufmann, véase «Nietzsche and the Seven Sirens», *Partisan Review*, mayo/junio de 1952. <<

[4] Herlossohn, *Damen–Conversations–Lexicon* (1834-1838), citado en Carol Diethe, *Nietzsche's Sister and the Will to Power*, University of Illinois Press, 2003, p. 17. <<

[5] Conde Harry Kessler, Diario, 23 de febrero de 1919, en Charles Kessler (ed. y trad.), *Berlin in Lights: The Diaries of Harry Kessler*, 1918-1937, Grove Press, NY, 1971, p. 74. <<

[6] Diethe, *Nietzsche’s Sister and the Will to Power*, p. 20. <<

[7] Elisabeth Nietzsche a Nietzsche, 26 de mayo de 1865. <<

[8] *Ecce homo*, «Por qué escribo tan buenos libros», sección 5. <<

[9] Gilman (ed.), *Conversations with Nietzsche*, p. 69. Ludwig von Scheffler, memoria fechada en el verano de 1876. <<

[10] *Consideraciones intempestivas*, «Schopenhauer como educador», sección 4. <<

[11] *Ibid*., sección 1. <<

[12] *Ibid.*, sección 1. <<

[13] *Ibid.*, sección 4. <<

[14] *Ibid*., sección 7. <<

[15] *Ibid.*, sección 8. <<

[16] *Ibid.*, sección 4. <<

[17] *Ibid.*, sección 4. <<

[18] Cosima Wagner, *Diario*, 8-18 de agosto de 1874. <<

[19] Cuaderno, 1874. <<

[20] Telegrama, 21 de octubre de 1874. <<

[21] Nietzsche a Mathilde Trampedach, 11 de abril de 1876. <<

8. El último discípulo y el primer discípulo

[1] *Consideraciones intempestivas*, «Schopenhauer como educador», sección 4. <<

[2] *Consideraciones intempestivas*, «Richard Wagner en Bayreuth», sección 7.
<<

[3] *Ibid*., sección 8. <<

[4] *Ibid*., sección 11. **<<**

[5] Gilman (ed.), *Conversations with Nietzsche*, pp. 54-60. <<

[6] *Ibid*., p. 56. <<

[7] Nietzsche a Malwida von Meysenbug, 20 de diciembre de 1872. <<

[8] Richard Wagner a Nietzsche, 13 de julio de 1876. <<

[9] «*Der Wanderer*», también conocido como «*Es geht ein Wanderer*». <<

[10] Cosima Wagner, *Diario*, 28 de julio de 1876. <<

[11] Artículo remitido a *Russky Viedomosty*, citado en Millington, *Richard Wagner*, p. 231. <<

[12] Malwida von Meysenbug (1816-1903). <<

[13] *Memoiren einer Idealisten*, publicado anónimamente, 1869. <<

[14] Alexander Herzen (1812-1870), a veces llamado «padre del socialismo ruso»; defendió la emancipación de los siervos y la reforma agraria. <<

[15] Von Meysenbug, *Rebel in a Crinoline*, p. 194. <<

[16] *Ibid*., p. 196 <<

[17] Nietzsche a Louise Ott, 30 de agosto de 1876. <<

[18] Louise Ott a Nietzsche, 2 de septiembre de 1876. <<

[19] Louise Ott a Nietzsche, 1 de septiembre de 1877, citada en Carol Diethe, *Nietzsche's Women: Beyond the Whip*, Walter de Gruyter, 1996, p. 39. <<

9. Espíritus libres y no tan libres

[1] Malwida von Meysenbug a Olga Herzen, desde Sorrento, 28 de octubre de 1876. <<

[2] Nietzsche a Elisabeth Nietzsche, desde Sorrento, 28 de octubre de 1876. <<

[3] *Humano, demasiado humano*, sección 4, «Del alma de los artistas y los escritores», sección 215. <<

[4] Paul Rée, *Notio in Aristotelis Ethics Quid Sibi Velit*, Halle Prometer, 1875, citado en Robin Small, *Nietzsche and Rée, A Star Friendship*, Clarendon Press, Oxford, 2007, p. xv. <<

[5] De estudiante, Nietzsche consiguió la mayor parte de información sobre la materia de Friedrich Albert Lange, *Geschichte des Materialismus und Kritik seiner Bedeutung in der Gegenwart* [«Historia del materialismo y crítica de su importancia actual»], 1879. En 1887 o 1888, Nietzsche adquirió un ejemplar de la obra de Karl Wilhelm von Nägeli, *Mechanisch-physiologische Theorie der Abstammungslehre* [«Teoría de la evolución mecánico-fisiológica»], 1884, un detallado estudio del darwinismo. Véase Carol Diethe, *The A to Z of Nietzscheanism*, Scarecrow Press, 2010, pp. 53-54. <<

[6] Publicado en *Mind*, 2 (1877), pp. 291-292. Para un seguimiento general del tema, véase Small, *Nietzsche and Rée*, pp. 88-90. **<<**

[7] Small, *Nietzsche and Rée*, pp. 72, 98. <<

[8] *La genealogía de la moral*, prólogo, sección 8. <<

[9] Nietzsche a Richard Wagner, 27 de septiembre de 1876. <<

[10] Cuaderno, 1876, citado en Small, *Nietzsche and Rée*, p. 58. <<

[11] Nietzsche a Richard Wagner, desde Basilea, 27 de septiembre de 1876. <<

[12] Cosima Wagner, *Diario*, 27 de octubre de 1876. <<

[13] *Ibid*., 1 de noviembre de 1876. <<

[14] Nietzsche a Elisabeth Nietzsche, 25 de abril de 1877. <<

[15] Nietzsche a Malwida von Meyesenbug, 13 de mayo de 1877. <<

[16] Nietzsche a Elisabeth Nietzsche, 2 de junio de 1877. <<

[17] Förster-Nietzsche, *The Life of Nietzsche*, vol. II, pp. 11-13. **<<**

[18] Richard Wagner al Dr. Eiser, 27 de octubre 1877, citado en Martin Gregor-Dellin, *Richard Wagner: His Life, His Work, His Century*, trad. J. Maxwell Brownjohn, Collins, 1983, pp. 452-453. [Hay trad. española de A. F. Mayo Antoñanzas en Alianza Editorial, 2001, con el título *Richard Wagner*.] <<

[19] Informe del doctor Eiser, 6 de octubre de 1877, citado en Gregor-Dellin, *Richard Wagner*, pp. 453-454. <<

10. Humano, demasiado humano

[1] Nietzsche a Ernst Schmeitzner, 2 de febrero de 1877. <<

[2] *Humano, demasiado humano*, «De las cosas primeras y últimas», sección 2. <<

[3] *Ibid*., sección 2. <<

[4] *Ibid*., sección 4. <<

[5] *Ibid.*, sección 5. <<

[6] *Ibid.*, sección 9. <<

[7] *Ibid*., sección 6. <<

[8] *Ibid*., sección 11. <<

[9] *Ibid*., sección 19. <<

[10] *Ibid.*, «Sobre la historia de los sentimientos morales», sección 37. <<

[11] La Rochefocauld, frase de apertura de *Sentences et maximes morales*, a la que se hace referencia en *Humano, demasiado humano*, «Sobre la historia de los sentimientos morales», sección 35. <<

[12] *Ibid.*, «Una ojeada al Estado», sección 438. <<

[13] *Ibid*., «Una ojeada al Estado», sección 452. <<

[14] *Ibid.*, «Sobre la historia de los sentimientos morales», sección 87. <<

[15] Schaberg, *The Nietzsche Canon*, p. 59. Véase también Förster-Nietzsche, *The Life of Nietzsche*, vol. II, p. 32. <<

[16] Ernst Schmeitzner a Nietzsche, citado en Förster-Nietzsche, *The Life of Nietzsche*, vol. II, p. 32. <<

[17] Nietzsche a Mathilde Meier, 15 de julio de 1878. <<

[18] «L’âme de Voltaire fait ses compliments à Friedrich Nietzsche.» <<

[19] Cosima Wagner a Marie von Schleinitz, junio de 1878. <<

[20] Wagner publicó tres artículos sobre *Publikum und Popularität* en el *Bayreuther Blätter*, agosto-septiembre de 1878. <<

[21] Nietzsche a Johann Heinrich Köselitz (alias Peter Gast), 5 de octubre de 1897. <<

[22] Nietzsche a Malwida von Meysenbug, 1 de julio de 1877. <<

11. El caminante y su sombra

[1] Sección 1 del prólogo a la segunda edición de *Aurora*, 1886. <<

[2] Sobre la electricidad, véanse las cartas a Peter Gast y Franz Overbeck durante agosto y septiembre de 1881. <<

[3] Nietzsche a Franz Overbeck, 30 de julio de 1881. <<

[4] Ida Overbeck recordaba que Nietzsche citaba las ideas de Feuerbach durante 1880-1883, cuando Nietzsche vivió en casa de los Overbeck durante varios breves periodos; véase Gilman (ed.), *Conversaciones con Nietzsche*, pp. 111-115. <<

[5] *Aurora*, libro I, sección 14. <<

[6] Nietzsche a Peter Gast, 5 de octubre de 1879. <<

[7] Mateo, 16, 18. <<

[8] Nietzsche a Franz Overbeck, 27 de marzo de 1880. <<

[9] En realidad, el cuadro de Böcklin reproduce el cementerio de Florencia, al que también llegaba el agua, aunque se suponía, por razones hidrológicas, que la vista representaba la isla cementerio de San Michele, en Venecia. <<

[10] *Humano, demasiado humano*, libro III, «El caminante y su sombra», sección 295. <<

[11] Nietzsche a Peter Gast, 14 de agosto 1881. <<

[12] Según un índice comparado de los precios de 1501 a 2006, el salario medio de un obrero de la construcción especializado suizo de la época era de 2,45 francos al día o 12,25 a la semana. El alquiler estaba en la gama de los baratos. <<

[13] Carta a Franz Overbeck, 18 de septiembre de 1881. <<

[14] *La gaya ciencia*, libro IV, sección 341. <<

[15] Cuaderno, 1881. <<

[16] Nietzsche a Elisabeth Nietzsche, 5 de diciembre de 1880. El ático estaba en el número 8 de Salita delle Battistine, frente al parque de la Villetta di Negro, en el que él encontraba tranquilidad y sombra. <<

[17] *Aurora*, libro IV, sección 381. <<

[18] Lou Salomé (1861-1937), hija de un general ruso de ancestros hugonotes; su madre era alemana. <<

[19] Lou Andreas-Salomé, *Looking Back: Memoirs*, trad. Breon Mitchell, Paragon House, Nueva York, 1990, p. 45. [Hay versión castellana de A. Venegas en Alianza, 2010, con el título *Mirada retrospectiva*.] <<

[20] Paul Rée a Nietzsche, 20 de abril de 1882. <<

[21] *La gaya ciencia*, libro IV, sección 77. <<

[22] Malwida von Meysenbug a Nietzsche, 27 de marzo de 1882. <<

12. Filosofía y Eros

[1] Andreas-Salomé, *Looking Back*, p. 45. <<

[2] Lou Salomé, escribiendo como Lou Andreas-Salomé, *Nietzsche*, trad. Siegfried Mandel, University of Illinois Press, 2001, pp. 9-10. <<

[3] Andreas-Salomé, *Looking Back*, p. 47. <<

[4] *Consideraciones intempestivas*, «Sobre la utilidad y el prejuicio de la historia para la vida», sección 2. <<

[5] *La gaya ciencia*, libro II, sección 71, «Acerca de la castidad femenina». <<

[6] Andreas-Salomé, *Nietzsche*, p. 11. Está citando el aforismo número 232 de «Opiniones y sentencias diversas» de *Humano, demasiado humano*. <<

[7] Lou Salomé, *Friedrich Nietzsche in seinen Werken*, 1894. [*Nietzsche en sus obras*, trad. de L. F. Moreno Clarós, Minúscula, Barcelona, 2005.] <<

[8] Andreas-Salomé, *Nietzsche*, p. 13. <<

[9] Julia Vickers, *Lou von Salomé: A Biography of the Woman Who Inspired Freud, Nietzsche and Rilke*, McFarland, 2008, p. 41. <<

[10] Nietzsche a Peter Gast, 13 de julio de 1882. <<

13. La aprendiz del filósofo

[1] *La gaya ciencia*, libro III, sección 125, «El hombre frenético». <<

[2] *Ibid*., libro III, sección 108, «Nuevas luchas». <<

[3] Nietzsche a Reinhardt von Seydlitz, 4 de enero de 1878. <<

[4] Elisabeth Nietzsche a Franziska Nietzsche, 26 de julio de 1878. <<

[5] La historia la descubrió Martin Gregor-Dellin. La cuenta en *Richard Wagner: His Life, His Cork, His Century*, pp. 451-457. <<

[6] Elisabeth Nietzsche, *Coffee-Party Gossip about Nora*, probablemente de 1882. La versión completa puede leerse en la traducción al inglés en Diethe, *Nietzsche's Sister and the Will to Power*, pp. 161-193. Diethe dio a la historia su título. <<

[7] Vickers, *Lou von Salomé*, p. 48. <<

[8] Nietzsche a Lou Salomé, 4 de agosto de 1882. <<

[9] Tenemos la versión de Elisabeth Nietzsche de la pelea en sus memorias y en varias cartas, especialmente a Clara Gelzer, escritas entre el 24 de septiembre y el 2 de octubre de 1882. Lou, siguiendo su prudente principio de ignorar las realidades desagradables, no hace referencia a la riña con Elisabeth, ni en sus memorias ni en su libro sobre Nietzsche. Como la cuestión de si Nietzsche la besó en el monte Sacro, recurre a su genio para el silencio. <<

[10] Andreas-Salomé, Nietzsche, pp. 77-78. <<

[11] *Ibid.*, p. 71. <<

[12] *Ibid*., p. 70. <<

[13] *Ibid.*, p. 71. <<

[14] *La gaya ciencia*, libro IV, «Sanctus Januarius», sección 276. <<

[15] Nietzsche a Lou Salomé, finales de agosto de 1882. <<

[16] Rudolph Binion, *Frau Lou: Nietzsche's Wayward Disciple,* Princeton University Press, 1968, p. 91. <<

[17] *Freundin —sprach Kolumbus— traue*

Keinem Genuesen mehr!

Immer starrt er in das Blaue

Fernstes zieht ihn allzusehr!

Wen er liebt, den lockt er gerne

Weit hinaus in Raum und Zeit

Über uns glänzt Stern bei Sterne,

Um uns braust die Ewigkeit.

(La versión en castellano sigue la traducción de Curtis Cate.) **<<**

14. Mi padre Wagner ha muerto. Mi hijo Zaratustra ha nacido

[1] Nietzsche a Paul Rée y Lou Salomé, mediados de diciembre de 1882. <<

[2] Nietzsche a Franz Overbeck, 11 de febrero de 1883. <<

[3] Una descripción posterior de Rapallo en un carta a Peter Gast, 10 de octubre de 1886. <<

[4] Nietzsche a Franz Overbeck, 25 de diciembre de 1882. <<

[5] *Ecce homo*, «Así habló Zaratustra», sección 5. <<

[6] *La gaya ciencia*, «Sanctus Januarius», sección 342. Ésa era la sección final de *La gaya ciencia* hasta entonces. Más tarde añadiría una más, «Nosotros los sin miedo». <<

[7] Nietzsche distaba de ser el único interesado en Zaratustra. Durante los cincuenta años anteriores se habían publicado en alemán veinte estudios sobre el *Zend-Avest* o su autor. Véase Friedrich Nietzsche, *Thus Spoke Zarathustra*, Oxford University Press, 2008, introducción de Graham Parkes, p. xi. **<<**

[8] Véase Mary Boyce, *Zoroastrians: Their Religious Beliefs and Practices*, Londres, 1979, y *The Oxford Companion to Philosophy*, ed. Ted Honderich, Oxford University Press, 2005. <<

[9] *Así habló Zaratustra*, «Prólogo de Zaratustra», sección 3. <<

[10] *Así habló Zaratustra*, Tercera parte, «Antes de la salida del sol». <<

[11] *Ibid*., «Prólogo de Zaratustra», sección 4. <<

[12] Así habló Zaratustra, primera parte, «De las viejecillas y las jovencitas».
<<

[13] Nietzsche a Franz Overbeck, 22 de febrero de 1883. <<

[14] Nietzsche a Franz Overbeck, desde Rapallo, recibida el 11 de febrero de 1883. <<

[15] Nietzsche a Carl von Gersdorff, 28 de junio de 1883. Se refiere a la península de Chastè. **<<**

[16] Nietzsche a Peter Gast, 19 de febrero de 1883. <<

[17] Nietzsche a Elisabeth Nietzsche, abril de 1883, citada en Binion, *Frau Lou*, p. 104 <<

[18] Nietzsche a Franz Overbeck, 17 de octubre de 1885. <<

[19] Nietzsche a Elisabeth Nietzsche, finales de verano de 1883. <<

15. Sólo donde hay sepulcros hay resurrecciones

[1] Claude Gellée (1604/1605?-1682), conocido como Claude Lorrain, pintor francés de paisajes arcádicos con referencias a la Biblia, Virgilio y Ovidio. Sus cuadros, a menudo salpicados de fragmentos arquitectónicos, figuras y animales clásicos, fueron la principal fuente de inspiración del movimiento paisajista inglés del siglo XVIII. <<

[2] *Así habló Zaratustra*, Segunda parte, sección 4, «De los sacerdotes». <<

[3] Nietzsche a Carl von Gersdorff, 28 de junio de 1883. <<

[4] *Ecce homo*, «Así habló Zaratustra», sección 3. <<

[5] Nietzsche a Georg Brandes, 10 de abril de 1888. <<

[6] *Así habló Zaratustra*, Segunda parte, «De las tarántulas». <<

[7] Nietzsche a Peter Gast, finales de agosto de 1883. <<

[8] Nietzsche a Franz Overbeck, recibida el 28 de agosto de 1883. <<

[9] Nietzsche a Franziska Nietzsche y Elisabeth Nietzsche, 31 de marzo de 1885. <<

[10] Elisabeth Nietzsche a Bernhard Förster, enero de 1884. <<

[11] Descripción del doctor Julius Paneth de las visitas a Nietzsche en Niza el 26 de diciembre de 1883 y el 3 de enero de 1884. <<

[12] Resa von Schirnhofer (1855-1948), nacida en Krems, Austria, autora de unas breves memorias inéditas sobre Nietzsche, *Vom Menschen Nietzsche*, escritas en 1937. <<

[13] Resa von Schirnhofer, 3-13 de abril de 1884, citado en Gilman (ed.), *Conversations with Nietzsche*, pp. 146-158. <<

[14] Los vestigios fantasmales del papel pintado perduran en la habitación de la casa, convertida ahora en el Nietzsche-Haus Museum de Sils-Maria. <<

16. ¡Me tendió una emboscada!

[1] Ernst Schmeitzner a Nietzsche, 2 de octubre de 1884, citado en Schaberg, *The Nietzsche Canon*, p. 113. **<<**

[2] Nietzsche a Franz Overbeck, iniciada en diciembre de 1884, citada en Schaberg, *The Nietzsche Canon*, p. 118. <<

[3] Nietzsche a Carl von Gersdorff, 12 de febrero de 1885. <<

[4] *Ecce homo*, «Por qué soy tan sabio», sección 2. <<

[5] *Humano, demasiado humano*, libro I, sección 638. <<

[6] Nietzsche a Carl von Gersdorff, 12 de febrero de 1885. <<

[7] Nietzsche a Elisabeth Nietzsche, 20 de mayo de 1885. <<

[8] *The Times*, 20 de mayo 1885. <<

17. Clamando en el vacío

[1] Nietzsche a Franz Overbeck, 24 de marzo de 1887. <<

[2] *Ecce homo*, «Más allá del bien y del mal», sección 2. <<

[3] *Más allá del bien y del mal*, «Sobre los prejuicios de los filósofos», sección 14. <<

[4] *Ecce homo*, «Humano, demasiado humano», sección 1. <<

[5] *Más allá del bien y del mal*, «De los prejuicios de los filósofos», sección 5. <<

[6] *Más allá del bien y del mal*, «De los prejuicios de los filósofos», sección 9. <<

[7] *Ibid*., sección 14. <<

[8] *Ibid*., sección 14. <<

[9] *Ibid*., sección 9. <<

[10] El sentido de «perspectiva de rana» se entiende por sí solo, pero se trata de un término artístico que se refiere al punto de vista del artista que mira desde abajo. <<

[11] *Más allá del bien y del mal*, «Nuestras virtudes», sección 232. <<

[12] Nietzsche a Malwida von Meysenbug, 12 de mayo de 1887. <<

[13] *Más allá del bien y del mal*, «El ser religioso», sección 14. <<

[14] *Ibid.*, «De los prejuicios de los filósofos», sección 17. <<

[15] *Ibid.*, «De los prejuicios de los filósofos», sección 193. <<

[16] *Ibid*., «El ser religioso», sección 46. <<

[17] *La genealogía de la moral*, tratado segundo, sección 16. **<<**

[18] *Más allá del bien y del mal*, «De los prejuicios de los filósofos», sección 19. <<

[19] *Sobre la genealogía de la moral*, tratado primero, sección 11. <<

[20] *Sobre la genealogía de la moral*, tratado primero, sección 11. <<

[21] *Ibid*., Tratado segundo, sección 17. <<

[22] *Crepúsculo de los ídolos,* «Mejora de la humanidad», sección 2. <<

[23] Joseph Victor Widmann (1842-1921), influyente crítico literario suizo, como Nietzsche, era hijo de un pastor luterano. <<

[24] La crítica apareció en *Der Bund*, 16 y 17 de septiembre de 1886. <<

18. Llamaland

[1] Nietzsche a Elisabeth Nietzsche, febrero de 1886. <<

[2] Cuaderno 9, otoño de 1887, nota 102. <<

[3] Cuaderno 9, otoño de 1887, nota 94. <<

[4] Nietzsche a Franziska Nietzsche, 18 de octubre de 1887. <<

[5] *Encyclopedia* de Chambers, 1895, vol. VIII, pp, 750-1. *Ibid*., pp. 750-751.
<<

[6] *Ibid.*, pp. 750-751. <<

[7] *Ibid*., pp. 750-751. <<

[8] Klingbeil citado en H. F. Peters, *Zarathustra's Sister: The Case of Elisabeth and Friedrich Nietzsche*, Crown, 1977. <<

[9] Julius Klingbeil, *Enthüllungen über die Dr. Bernhard Förstersche Ansiedlung Neu-Germanien in Paraguay* [«Revelaciones acerca de la colonia Nueva Germania del Dr. Förster en Paraguay»], Baldamus, Leipzig, 1889. <<

[10] Carta a Franz Overbeck, Navidades de 1888. <<

[11] *Ibid*. <<

19. ¡Yo soy dinamita!

[1] *Hymnus an das Leben für gemischten Chor und Orchester*, publicado el 20 de octubre de 1887. Para detalles más amplios sobre la tortuosa historia de la publicación, véase Schaberg, *The Nietzsche Canon*, pp. 140-149. <<

[2] Nietzsche se lo contó a Resa von Schirnhofer, aunque más tarde Elisabeth le dijo que tal carta no existía. <<

[3] Nietzsche a Peter Gast, 10 de noviembre de 1887. <<

[4] Nietzsche a Reinhardt von Seydlitz, 12 de febrero de 1888. <<

[5] Georg Brandes (1842-1927), crítico literario y biógrafo danés. <<

[6] *Qvinnans underordnade stähllning*, 1869. <<

[7] Príncipe Piotr Alexéyevich Kropotkin (1842-1921). <<

[8] Nietzsche a George Brandes, 2 de diciembre de 1887. <<

[9] Gustavo Adolfo o Gustavus Adolfus, rey de Suecia y líder de los protestantes alemanes, que perdió la vida al derrotar a las fuerzas imperiales católicas en la Batalla de Lützen en 1632, durante la guerra de los Treinta Años. En 1813, Napoleón consiguió una victoria en ese mismo lugar. <<

[10] Georg Brandes, *Friedrich Nietzsche*, William Heinemann, 1909, pp. 80-82. <<

[11] Elisabeth Nietzsche, carta citada por Nietzsche en su misiva a Franz Overbeck desde Turín, Navidades de 1888. <<

[12] Nietzsche a Elisabeth Nietzsche (borrador), diciembre de 1888. <<

[13] *El caso Wagner*, primer *post scriptum*. <<

[14] *El caso Wagner*, segundo *post scriptum*. <<

[15] *Ibid.*, primer *post scriptum.* <<

[16] Meta von Salis-Marschlins (1855-1929), autora de *Philosoph und Edelmensch* [«*Filósofo y caballero*»], 1897, un relato de su amistad con Nietzsche. <<

[17] Nietzsche a Franz Overbeck, 23 de febrero de 1887. Asimismo, Nietzsche a Peter Gast, 7 de marzo de 1887. <<

[18] *El Anticristo*, sección 7. <<

[19] Carl Bernoulli, 6 de junio-20 de septiembre de 1888, citado en Gilman (ed.), *Conversations with Nietzsche*, p. 213. **<<**

[20] *Crepúsculo de los ídolos,* «Lo que debo a los antiguos», sección 5. **<<**

20. Crepúsculo en Turín

[1] Unas notas sobre las diferencias entre el ritmo de la métrica antigua («rítmica temporal») y el ritmo bárbaro («rítmica afectiva») se recogen en una carta a Carl Fuchs, escrita desde Sils-Maria, sin fecha, finales de agosto de 1888. <<

[2] Nietzsche a Franz Overbeck, 18 de octubre de 1888. <<

[3] *The Maitland Mercury and Hunter River General Advertiser*, Nueva Gales del Sur, 30 de octubre de 1888. El periódico cita como fuente original de la noticia al *Boston Herald*. <<

[4] Alfred Ploetz, *Die Tüchtigkeit unserer Rasse und der Schutz der Schwachen, Ein Versuch über Rassenhygiene und ihr Verhältnis zu den humanen Idealen, besonders zum Sozialismus* [«La capacidad de nuestra raza y la protección del débil: un ensayo sobre la higiene racial y su relación con los ideales humanos, especialmente en el socialismo»], 1895. <<

[5] *El Anticristo*, p. 58. <<

[6] Véase Herbert W. Reichert y Karl Shlechta (eds.), *International Nietzsche Bibliography*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1960. **<<**

[7] Nietzsche a Malwida von Meysenbug, 18 de octubre de 1888. <<

[8] Nietzsche a Franz Overbeck, describiendo *Ecce homo*, 13 de noviembre de 1888. Había acabado de escribir el libro nueve días antes. <<

[9] Juan, 19, 5. <<

[10] *Ecce homo*, prólogo. <<

[11] Nietzsche a Ferdinand Avenarius, publicado en *Der Kunstwart*, 2 (1888-1889), p. 6. <<

[12] *Ecce homo*, «Por qué soy tan inteligente», sección 10. <<

[13] *Ibid.*, «Por qué soy tan sabio», sección 3. <<

[14] *Ibid.*, «Por qué soy tan inteligente», sección 2. <<

[15] *Crepúsculo de los ídolos,* «Lo que debo a los antiguos», sección 4. <<

[16] Nietzsche a August Strindberg, 7 de diciembre de 1888. <<

[17] Nietzsche a Jacob Burckhardt, 6 de enero de 1889. <<

[18] Nietzsche a Meta von Salis-Marschlins, 29 de diciembre de 1888. <<

[19] Nietzsche a Franz Overbeck, Navidades de 1888. <<

[20] Nietzsche a Franz Overbeck, 18 de octubre de 1888. <<

[21] Nietzsche a Meta von Salis-Marschlins, 14 de noviembre de 1888. <<

[22] Nietzsche a Franziska Nietzsche, 21 de diciembre de 1888. <<

[23] Nietzsche a Elisabeth Förster-Nietzsche, diciembre de 1888. <<

[24] Nietzsche a Peter Gast, 9 de diciembre de 1888. <<

[25] Nietzsche a Peter Gast, 16 de diciembre de 1888. <<

[26] Nietzsche a Carl Fuchs, 11 de diciembre de 1888. <<

[27] Nietzsche a Franz Overbeck, Navidad de 1888 y 28 de diciembre de 1888. <<

[28] Nietzsche a Meta von Salis-Marschlins, 29 de diciembre de 1888. <<

[29] Nietzsche a Peter Gast, matasellado en Turín, el 4 de enero de 1889 y el 31 de diciembre de 1888. <<

[30] Nietzsche a August Strindberg, sin fechar. <<

[31] Nietzsche a August Strindberg, sin fechar. <<

[32] Nietzsche a Peter Gast, matasellado en Turín, 4 de enero de 1889. <<

[33] Nietzsche a Georg Brandes, matasellado en Turín, 4 de enero de 1889. <<

[34] Nietzsche a Jacob Burckhardt, matasellado en Turín, 4 de enero de 1889.
<<

[35] Nietzsche a Cosima Wagner, principios de enero de 1889. <<

[36] Nietzsche a Jacob Burckhardt, fechada el 6 de enero de 1889, pero matasellada en Turín el 5 de enero de 1889. <<

21. El minotauro de la caverna

[1] Schain, *The Legend of Nietzsche’s Syphilis*, p. 44. <<

[2] Segunda estrofa de «*An der Brücke stand*» [«En el puente me hallaba»]:

Meine seele, ein Saitenspiel,

Sang sich unsichtbar berührt,

Heimlich ein Gondellied dazu,

Zitternd vor bunter Seligkeit.

Hörte jemand ihr zu? <<

[3] «Declaración de la madre», parte del informe sobre el estado de salud redactado en la clínica en enero de 1889. <<

[4] Carl Bernoulli, citado en E. F. Podach, *The Madness of Nietzsche*, trad. F. A. Voight, Putnam, 1931, p. 177. <<

[5] *Humano, demasiado humano*, «Opiniones y sentencias diversas», sección 408, «Descenso al Hades». <<

[6] El doctor Stutz, director de la Clínica de Basilea en la década de 1921, descubrió al revisar los registros que muchos casos diagnosticados en la clínica como *paralytica progressiva* eran, en realidad, casos de esquizofrenia. <<

[7] Recuerdos de un estudiante de medicina, Sascha Simchowitz, citados en Krell y Bates, *The Good European*, p. 195. **<<**

[8] Podach, *The Madness of Nietzsche*, p. 195. <<

[9] Langbehn al obispo Keppler, otoño de 1900, después de que Langbehn recibiera la noticia de la muerte de Nietzsche. Citado en Podach, *The Madness of Nietzsche*, pp. 210-211. <<

[10] Timothy W. Ryback, *Hitler’s Private Library: The Books that Shaped His Life*, Vintage, 2010, p. 134. <<

22. El morador vacío de habitaciones amuebladas

[1] Klingbeil, *Enthüllungen über die Dr. Bernhard Förstersche Ansiedlung Neu-Germanien in Paraguay*. <<

[2] Elisabeth Förster-Nietzsche a Franziska Nietzsche, desde Nueva Germania, 9 de abril de 1889. <<

[3] Bernhard Förster a Max Schubert, 2 de junio de 1889. <<

[4] Elizabeth Förster Nietzsche a Franziska Nietzsche, 2 de julio de 1889. <<

[5] Förster Nietzsche, *The Life of Nietzsche*, vol. II, pp. 400-401. <<

[6] Elizabeth Förster Nietzsche a Franziska Nietzsche, 2 de julio de 1889. <<

[7] Elizabeth Nietzsche, firmando como Eli Förster, *Dr. Bernhard Förster Kolonie Neu-Germanie in Paraguay*, Berlín, Pioneer, 1891. <<

[8] Harry Kessler, *Diary*, 23 de julio, en Easton (ed.), *Journey into the Abyss*, p. 30. [Existe una reciente versión de los diarios de Kessler, con entradas seleccionadas por J. E. Domènec y trad. de Raul Gabás, en Libros de Vanguardia, Barcelona, 2015.] <<

[9] Citado en Laird M. Easton, *The Red Count: The Life and Times of Harry Kessler*, University of California Press, 2002, p. 41. <<

[10] El 20 de agosto de 1891, el barón Zedlitz-Neumann mató a Marie Elisabeth Meissner y luego intentó suicidarse. Más adelante se haría periodista. <<

[11] Para un fenómeno similar en Noruega, véase Sue Prideaux, *Edvard Munch: Behind the Scream*, Yale University Press, 2005, pp. 7274. <<

[12] Harry Kessler, *Diary*, 22 de junio de 1896, en Easton (ed.), *Journey into the Abyss*, p. 160. <<

[13] Harry Kessler, *Diary*, 28 de enero de 185, en *ibid*., p. 128. <<

[14] El teatro *Die Freie Bühne* se fundó en 1889; la revista, en 1890. En 1893 se cambió el título por el de *Neue Deutsche Rundschau*. <<

[15] Fritz Kögel (1860-1904), filólogo, compositor y escritor. <<

[16] Construida en 1889-1890. Arquitectos: Theodor Reinhard y H. Junghans.
<<

[17] Meta von Salis-Marschlins al doctor Oehler, 14 de julio de 1898, citada en Peters, *Zarathustra's Sister*, p. 164. <<

[18] Peter Gast a Franz Overbeck, 4 de agosto de 1900. <<

[19] Harry Kessler, *Diary*, 7 de agosto de 1897, en Easton (ed.), *Journey into the Abyss*, p. 186. <<

[20] Hollingdale, *Nietzsche, the Man and His Philosophy*, p. 253. **<<**

[21] Fritz Schumacher, memoria de 1898, citada en Gilman (ed.), *Conversations with Nietzsche*, pp. 246-247. <<

[22] Karl Böttcher, *Auf Studienpfaden: Gefängnisstudien, Landsreicherstudien, Trinkstudien, Irrenhausstudien*, Leipzig, 1900, y Walter Benjamin, «*Nietzsche und das Archiv seiner Schwester*», 1932, citados en Paul Bishop (ed.), *A Companion to Friedrich Nietzsche*, Carden House, NY, 2012, p. 402. <<

[23] Harry Kessler, *Diary*, 2 de octubre de 1897, en Easton (ed.), *Journey into the Abyss*, p. 190. <<

[24] Harry Kessler, *Diary*, 3 de octubre de 1897, en *ibid*., pp. 190191. **<<**

[25] Förster-Nietzsche, *The Life of Nietzsche*, vol. II, p. 407. <<

[26] Anónimo, citado en Gilman (ed.), *Conversations with Nietzsche*, pp. 260-261. <<

[27] Förster-Nietzsche, *The Life of Nietzsche*, vol. II, p. 410. **<<**

[28] El elogio fúnebre lo hizo el historiador del arte Kurt Breysig (1866-1940). El comentario sobre el mismo fue del arquitecto Fritz Schumacher. En 1923, Breysig presentó a Elisabeth como candidata al premio Nobel de literatura. <<

[29] Edvard Munch, *Friedrich Nietzsche*, 1906, óleo sobre lienzo, 201 x 106 cm, Galería Thiel, Estocolmo. <<

[30] Edvard Munch, *Elisabeth Förster-Nietzsche*, 1906, óleo sobre lienzo, 15 x 80 cm, Galería Thiel, Estocolmo. <<

[31] Candidaturas de Elisabeth Förster-Nietzsche al premio Nobel de Literatura: 1908, candidatura presentada por el filósofo alemán Hans Vaihinger; 1916, presentada por Hans Vaihinger y Harald Hjärne, un historiador sueco; 1917, presentada por Hans Vaihinger; 1923 presentada por el filólogo Georg Goetze; 1923, por Kurt Breysig, que dio el interminable elogio fúnebre en las exequias de Nietzsche; 1923, presentada (de nuevo) por Hans Vaihinger. <<

[32] Último cuaderno, W 13, 646, W 13, 645; citado en Krell y Bates, *The Good European*, p. 213. <<

[33] En fecha tan temprana como 1912, Mussolini escribió un ensayo biográfico sobre Nietzsche, «*La vita di Federico Nietzsche*», publicado en la revista *Avanti*. <<

[34] Aunque no se trate de una traducción literal, el título inglés de *Campo de Maggio* ha sido siempre *The Hundred Days* [«Los cien días»]. **<<**

[35] Elisabeth Förster-Nietzsche, carta inédita, Weimar, 12 de mayo de 1933, citada en Peters, *Zarathustra's Sister*, p. 200. <<

[36] *Así habló Zaratustra*, sección 29, «De las tarántulas», trad. de R. J. Hollingdale. <<

[37] Alfred Rosenberg, comisario para la Supervisión de toda la Educación Ideológica e Intelectual del NSDAP, 1934-1945. <<

[38] Ivonne Sherratt, *The Hitler's Philosophers*, Yale University Press, 2013, p. 70. <<

[39] *Breisgauer Zeitung*, 18 de mayo de 1933, p. 3. <<

[40] Harry Kessler, «Dentro del Archivo…», 7 de agosto de 1932, en Count Harry Kessler, *The Diaries of a Cosmopolitan, 1918-1937*, ed. y trad. de Charles Kessler, Phoenix Press, 2000, pp. 426-427. <<

[41] Un testigo presencial del encuentro, Ernst Hanfstaengl, pianista de Hitler, lo detalló en su libro de memorias, *The Unknown Hitler*, Gibson Square Books, 2005, p. 233. <<

[42] Véase Ryback, *Hitler’s Private Library*, pp. 67-68. <<

[43] *Ibid*., p. 129. <<

[44] Hanfstaengl, *The Unknown Hitler*, p. 224. <<

[45] *Ibid*., p. 224. <<

[46] Ernst Krieck, profesor de Pedagogía en la Universidad de Heidelberg, citado en Steven E. Aschheim, *Nietzsche’s Legacy in Germany*, University of California Press, 199, p. 253. <<

[47] Elisabeth Förster-Nietzsche a Ernst Thiel, 31 de octubre de 1935. <<

[48] Carta a Elisabeth Förster-Nietzsche, desde Venecia, mediados de junio de 1884. <<

[49] *Ecce homo*, «Por qué soy un destino», sección 1. <<